26.725

LECCIONES DE HISTORIA COLONIAL AMERICANA Y ARGENTINA

Obra adaptada a los programas de tercer año de los Colegios Nacionales y Escuelas Normales y a los de primero de las Escuelas de Comercio.

POR

F. G. SOMMARIVA

Profesor diplomado de Enseñanza Secundaria y titular en los Colegios Nacionales "B. Mitre" y "J. M. de Pueyrredón de la Capital

TERCERA EDICIÓN
(CORREGIDA)

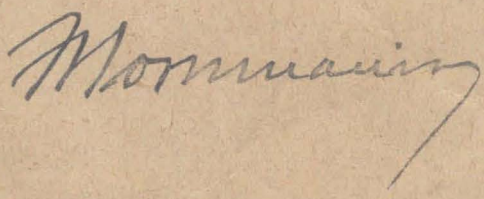
1939

BUENOS AIRES
"LIBRERÍA DEL COLEGIO"
ALSINA Y BOLÍVAR

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ES PROPIEDAD. QUEDA HECHO EL
DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY.

CADA EJEMPLAR AUTORIZADO
LLEVA LA FIRMA DEL AUTOR.



Viva Boca

CAPITULO PRIMERO

PREHISTORIA E HISTORIA

I

Objeto y modalidades del estudio de la prehistoria. Poblamiento primitivo de América. Teorías de Hrdlicka, Ameghino y Rivet.

Historia

La historia trata de los hechos del hombre del pasado y comienza desde que hay relatos o testimonios escritos, variando la antigüedad de éstos según los pueblos.

Los documentos escritos más antiguos que se conocen se refieren a Egipto y Mesopotamia, y datan de unos 4.000 años antes de J. C. En cambio, los primeros documentos en que se apoya la historia de América, se refieren a la época de su descubrimiento por los europeos a fines del siglo XV, marcando este acontecimiento el comienzo del período histórico para nuestro continente.

Prehistoria

Ahora bien: antes del período histórico, desde los tiempos más remotos, el hombre habitó el planeta, y aunque no nos ha dejado testimonio escrito, su vida está probada por el hallazgo de sus restos óseos, albergues y productos de su industria en general.

Los trabajos arqueológicos nos han ido descubriendo restos de la humanidad remota, y si bien ningún documento escrito nos habla del tiempo en que vivieron esos hombres, ni de sus hechos, esos restos posibilitan a veces reconstruir las modalidades de su vida.

Al estudio de este período de la humanidad, es decir, al que antecede al histórico, se le llama prehistoria.

Hay, pues, una diferencia esencial entre la prehistoria y la historia. La primera se apoya en elementos que corresponden a la categoría de restos de épocas que no es posible determinar mediante una cronología exacta, y que es variable según las zonas de su hallazgo. Los investigadores sólo por inducción, llegan a reconstituir algunas manifestaciones de la vida y cultura de los hombres, estudiando los fósiles humanos y animales, instrumentos, armas, etc., estableciendo la capa o estrato geológico en que se encuentran. Así se logra determinar la existencia de los pueblos primitivos y sus adelantos culturales, que es precisamente el objeto de la prehistoria.

uentes istóricas

En lo que concierne a la historia, que se refiere al período más reciente de la vida del hombre, constituye una ciencia que se funda en datos absolutamente comprobados. Sus hechos se conocen por el estudio reconstructivo de sus rastros, y para que la reconstrucción histórica sea auténtica es necesario que el historiador se atenga estrictamente a las llamadas "fuentes de la historia", que en términos generales la constituyen los documentos (manuscritos e inscripciones), los monumentos (monumentos propiamente dichos, armas, adornos, etc.), y las tradiciones.

Objeto y modalidades del estudio de la prehistoria. — Hemos dicho que el estudio de la prehistoria tiene por objeto determinar la existencia de los pueblos primitivos y sus adelantos culturales, antes de que fueran capaces de dejar un testimonio escrito de sus actos. Pero el método que se emplea, tiene necesariamente que variar fundamentalmente del empleado por la historia.

El investigador encara aquí directamente a la naturaleza y estudia las capas superpuestas de la corteza terrestre, y los restos que contienen: esqueletos humanos y de animales, vegetales, armas, utensilios, etc.

uentes ehistóricas

La prehistoria, pues, tiene también sus fuentes formadas por objetos paleográficos, (monumentos prehistóri-

cos), cuyo hallazgo, junto a fósiles humanos, proporciona acerca del hombre, algunos datos para llegar al probable conocimiento de las actividades de su vida, costumbres y cultura. Además, el estudio comparativo de las lenguas, nos ilustra acerca de las migraciones de los distintos pueblos, y por último, las tradiciones y las leyendas completan, muchas veces, los datos y conclusiones dudosos.

Protohistoria

Con respecto a las tradiciones y leyendas, algunos autores admiten que ellas caracterizan a la protohistoria, período que completa el anterior, o sea el de la prehistoria propiamente dicha, siendo por lo tanto la protohistoria un período de transición entre la prehistoria y la historia. Estarían comprendidos dentro de la protohistoria, las culturas de las edades de bronce y parte de la de hierro de Europa, y en lo que respecta a América, en algunas regiones, los primeros pasos del descubrimiento y exploración.

Ciencias auxiliares de la prehistoria

A fin de estudiar la vida del hombre de esos remotos tiempos, faltando el documento escrito, es necesario recurrir a conocimientos especiales y procedimientos adecuados, debiendo valernos de disciplinas o ciencias auxiliares que cooperen para efectuar la reconstrucción prehistórica.

Las principales ciencias auxiliares son: la geología, paleontología, antropología, etnología, etnografía, lingüística y arqueología prehistórica.

Geología

La geología es la ciencia de la tierra y nos enseña las transformaciones sucesivas que ha sufrido la corteza terrestre en el curso de su formación, dividiéndose los tiempos geológicos en eras: primaria o paleozoica, secundaria o mesozoica, terciaria o neozoica y cuaternaria que es la actual. La era arcaica o azoica precede a las eras citadas y su terreno está constituído por rocas, en las que se asienta la corteza terrestre. Cada una de estas eras está dividida en períodos, etc.

Los geólogos, que estudian las edades y períodos de

formación natural de las capas y estratos terrestres, han determinado, aproximadamente, el tiempo empleado en dicha formación, lo que posibilita establecer también en forma aproximada, la edad de los restos óseos (del hombre y de animales) y objetos (productos de industria) de los tiempos prehistóricos.

La era cuaternaria

En lo que respecta a nuestro estudio, la era cuaternaria es la que debe interesarnos, pues ella se caracteriza por la aparición del hombre, motivo por el cual se la denomina antropozoica. Se la subdivide en dos períodos: pleistoceno, el más antiguo y holoceno el más reciente.

Los Glaciales

Geológicamente el suceso más saliente de la era cuaternaria es el avance y retroceso de enormes masas de hielo, que invadieron principalmente las partes septentrionales de Europa y de América, en períodos sucesivos llamados glaciales, que transformaron substancialmente la configuración del terreno.

Los glaciales arrasaron las montañas, pulieron las rocas, variaron la configuración de los valles, arrastraron y amontonaron arenas y piedras formando inmensos depósitos, y dieron lugar a la formación de lagos, desviando los cursos de algunos ríos y formando otros.

Todo esto produjo enorme cambio en las condiciones atmosféricas y climatéricas con el consiguiente descenso de temperatura, principalmente en las regiones árticas de Europa, Asia y América donde los hielos cubrieron la parte septentrional de estos continentes, originando el fin de muchas especies animales y vegetales en esas zonas, antes templadas, y la emigración de los primeros hombres y animales a lugares de clima más propicio para la vida.

El avance de los glaciales también se manifestó en algunas zonas de Africa y de Oceanía y se han comprobado sus rastros en regiones elevadas y en las meridionales de la América del Sur, como por ejemplo en la Patagonia.

No es posible establecer la duración de los glaciales, pero se ha comprobado que a cada período glacial, sucedió otro que se denomina interglacial, durante el cual los hielos se retiraron, produciéndose el consiguiente

aumento de temperatura, y caracterizándose por su correspondiente flora y fauna.

La fauna cuaternaria de los períodos glaciales y de los interglaciales, está constituída por el zorro azul, el buey almizclado, el reno, etc., los primeros, y por el hipopótamo, rinoceronte, elefante y mono, los segundos. **La fauna cuaternaria**

En América, se ha encontrado en las capas correspondientes a la era cuaternaria, los fósiles de especies gigantescas ya extinguidas: milodonte, gliptodonte, megaterio, etc.

El estudio de los fósiles, es decir, de los huesos de animales y los vegetales petrificados en terrenos antiguos, es el objeto de la paleontología, ciencia fundamental para poder efectuar la reconstrucción prehistórica. **Paleontología**

Los primeros hombres aparecen a mediados de la era cuaternaria, hace millares de años, y sus restos óseos fosilizados, o sea mineralizados, tanto en el viejo como en el nuevo mundo, se encuentran diseminados en las capas geológicas correspondientes a esta era, junto a los de los animales, cuyas especies más importantes hemos citado. **Aparición del hombre**

Otra ciencia auxiliar de la prehistoria es la antropología, que es la parte de la historia natural que estudia al hombre y sus diferentes razas. La antropología sólo se ocupa de la especie humana y sus variedades, clasificando los pueblos primitivos, según las características de los restos óseos encontrados. **Antropología**

Para poder efectuar esta clasificación los antropólogos estudian y miden las distintas partes del cuerpo, buscando en las generaciones que se suceden los caracteres distintivos de cada raza. Por ejemplo: al estudiar los cráneos, a los largos y estrechos les denominan dolicocéfalos, y a los anchos y globulosos, braquicéfalos. Los antropólogos observan en los esqueletos prehistóricos estos caracteres craneanos y otros caracteres diferenciales, y aplicando métodos descriptivos y métricos, mediante el uso de índices y nomenclaturas especiales, llegan a conclusiones de gran valor en la reconstrucción prehistórica.

Otras ciencias auxiliares

Deben considerarse también, como disciplinas auxiliares de la prehistoria, la etnología, la etnografía y la lingüística.

Etnología

La etnología estudia en abstracto la formación y los caracteres físicos, intelectuales, morales y sociales de las razas primitivas.

Etnografía

La etnografía es la ciencia que estudia en forma concreta las manifestaciones materiales, intelectuales, morales y sociales de los pueblos primitivos.

Lingüística

Por su parte, la lingüística estudia la estructura y la fonética de los idiomas y dialectos. Es de inapreciable valor para el conocimiento de los pueblos indígenas y de sus manifestaciones intelectuales, y el fundamento más seguro para distinguir entre ellos, diferencias de origen y poder efectuar su clasificación.

Arqueología

La arqueología es una ciencia de excepcional importancia como auxiliar de la prehistoria, pues al estudiar los monumentos prehistóricos, es decir, utensilios, armas, adornos, etc., etc., los clasifica según su estilo, forma y materia

La arqueología es, pues, la ciencia que trata de los restos materiales de la más primitiva cultura humana. Frente a los productos de la industria del hombre primitivo, el arqueólogo procura inferir sus gustos, tendencias y poder de apreciación.

Su método

El estudio arqueológico prehistórico requiere un método riguroso que va sucesivamente y por etapas, de la exploración y descripción a la interpretación de los vestigios de la actividad material del hombre desde su aparición, procurando determinar el origen, antigüedad y desarrollo de sus grados culturales. De donde surge, que las distintas formas de perfeccionamiento no fueron obtenidas simultáneamente por el hombre, sino que, a través de un continuo aprendizaje milenario, y de experiencias mil veces repetidas, llegó a realizar avances en su des-

arrollo mental, patentizados por los productos de su industria.

Efectivamente, el hombre primitivo, para poder defenderse de los animales feroces, precaverse de las inclemencias climatéricas y bastarse a sus propias necesidades, debió, necesariamente, idear armas, buscar o construir refugios y fabricar útiles o instrumentos varios.

Edades arqueológicas

Teniendo en cuenta el estilo y el material de los restos arqueológicos, los investigadores europeos han dividido los tiempos prehistóricos, protohistóricos e históricos en edades que se nombran: edad de piedra, edad de bronce y edad de hierro, a cada una de las cuales se la subdivide en períodos.

Edad de piedra

Así, la edad de piedra comprende dos períodos: primero el paleolítico o de la piedra tallada, y segundo el neolítico o de la piedra pulida.

Período paleolítico

Durante el período paleolítico, la materia empleada por el hombre en su industria, fué preferentemente la piedra, aunque también empleó el hueso y el cuerno para la confección de útiles, armas, adornos, etc.

El hombre paleolítico, vivió al principio a la orilla de los ríos, errante, alimentándose de la caza, habitando después en grutas y cavernas (troglodítas). Conocía el fuego.

Lógrase inferir la evolución de este hombre primitivo, si se repara que en el mismo período en que se nota perfección en la fabricación de instrumentos y armas, aparecen las primeras construcciones (sepulturas), tejidos, grabados de figuras de hombres y animales en huesos de reno y elefante (mamut), y pinturas y dibujos en el interior de las grutas y cavernas. También se sabe que en el período paleolítico el hombre constituyó los primeros clanes o agrupaciones sociales embrionarias.

Período neolítico

Durante el período neolítico, se notan evidentes progresos en el procedimiento empleado por el hombre para hacer sus instrumentos y construcciones, y en su arte, agrupaciones sociales, etc. Las armas e instrumentos fue-

ron de piedra pulida, de madera, hueso y asta de ciervo. Aparecen los primeros tejidos de lino y las primeras muestras de alfarería consistentes en vasijas de barro cocido.

El hombre neolítico, ya sedentario, empieza a cultivar la tierra y a domesticar animales útiles. Sus habitaciones varían según el lugar, continuando la vida en las cavernas naturales en las zonas montañosas, o construyéndolas sobre tierra firme o sobre pilotes en los lagos y ríos, agrupándolas en aldeas. Se han encontrado también cavernas artificiales y monumentos (menhires y dólmenes) dedicados, tal vez, a fines religiosos.

Edad de bronce y de hierro

A la edad de piedra, sucede la de los metales, por el uso del cobre, primero, y luego de la aleación de éste con el estaño, llamada bronce, que da su nombre a otra edad. A ésta le sucede la edad de hierro.

A estas dos etapas algunos autores las unifican llamándola eneolítica, teniendo en cuenta que el hombre en su industria, al uso de la piedra, agrega el de los metales.

En Europa el uso del bronce data de unos 2.000 años antes de nuestra era, empezando a usarse el hierro, más o menos, unos 1.000 años después.

Conclusión

De acuerdo con lo expuesto, debemos considerar, que para Europa, las culturas paleolíticas y neolíticas, corresponden a los tiempos prehistóricos, de los cuales no tenemos noticias respecto a la vida y actos del hombre mediante documentos escritos; estando la edad de bronce y parte de la de hierro, comprendidas dentro de los tiempos protohistóricos, que conocemos vagamente a base de leyendas y tradiciones. Después comienzan los tiempos históricos.

Como se comprende, las llamadas edades, que marcan etapas del progreso humano, son aplicables a todas las razas y pueden durar millares de años. Pero según las regiones, las circunstancias y los hombres, varía el paso de una edad a otra. El desarrollo cultural no ha sido el mismo para todos los pueblos, y al par que algunos han

alcanzado un alto nivel, existen otros, que han quedado relegados, y no han pasado de la edad de piedra. Así, gran parte de los aborígenes de América y de la Polinesia, estaban en el período neolítico, cuando entraron en contacto con los europeos en los tiempos modernos, y sólo algunos (aztecas, incaicos, etc.) habían alcanzado la edad de bronce.

Las etapas del progreso humano han sido lentas. Gradualmente la humanidad, por evolución continua, ha avanzado en el camino de la civilización.

Poblamiento primitivo de América. — Ya hemos expresado que la historia de América comienza con su descubrimiento, pues los hombres que la habitaban o no han dejado testimonio escrito de sus hechos o no podemos descifrar sus escrituras. Por lo tanto, el período anterior al Descubrimiento pertenece a la prehistoria.

Generalidades

Los pueblos que los europeos encontraron en América se diferenciaban esencialmente en su aspecto racial, organización y modalidades de cultura, de los pueblos que ellos conocían. De allí que surgiera desde entonces el problema referente al origen, antigüedad o procedencia del hombre americano.

Casi todos los pueblos de América, a fines del siglo XV, no habían pasado de la edad de piedra y unos pocos recién habían alcanzado la de bronce.

Pero ¿de dónde procedían estos hombres? ¿Eran autóctonos del continente que habitaban? ¿Desde cuándo habían permanecido allí, separados de los otros pueblos de la tierra?

Prehistoria Americana

Por mucho tiempo no se creyó posible el hallazgo de restos humanos y de objetos industriales en los terrenos antiguos de América. Sin embargo, las excavaciones han dado por resultado el hallazgo de esos vestigios que atestiguan que el hombre, autóctono o inmigrado, es decir, originario de América o procedente de otras partes del planeta, vivió aquí por lo menos, desde el período pleistoceno, lo que nos permite asegurar que el hombre paleo-

lítico de América es tan antiguo como el de Europa.

Trabajos arqueológicos

En estos últimos años se ha progresado mucho en el estudio de la prehistoria americana. Las excavaciones metódicas realizadas, los hallazgos de restos fósiles de hombres y animales y objetos de industria, y la reunión, reconstrucción y clasificación de estos restos en los museos, ha producido un marcado adelanto y un interés siempre renovado por estos estudios.

Cultura paleolítica

Hay pruebas irrebatibles de la coexistencia en América, en el pleistoceno, del hombre y de especies de animales ya extinguidas, pues en ese período cuaternario se han encontrado principalmente en América del Sur, restos fósiles humanos y productos de industria, junto a los del megaterio, gliptodonte, milodonte, etc., que corresponden a los grandes mamíferos del pleistoceno europeo, también extinguidos, como el león y el oso de las cavernas, el mastodonte, etc.

Cultura neolítica

A la cultura americana paleolítica, y después de haber desaparecido el hombre contemporáneo de los grandes mamíferos extinguidos, sucede la neolítica, cuya vida y manifestaciones alcanza hasta el período histórico propiamente dicho.

Restos fósiles

Corresponden a sus comienzos, diversas manifestaciones de la vida del hombre. En los yacimientos llamados "paraderos", que son elevaciones del terreno en el emplazamiento de antiguas moradas hasta donde han hecho arrastre los cursos de agua, se han encontrado huesos de animales, útiles y fragmentos de alfarería. Asimismo, mediante metódicas excavaciones efectuadas en diversas zonas del continente, se han puesto en descubierto útiles neolíticos, como puntas de flecha, instrumentos punzantes, hachas, etc. que atestiguan la presencia del hombre desde épocas remotas. Debemos citar también, la presencia en varias zonas de las costas americanas que corren desde Terranova hasta Tierra del Fuego, de enormes acumulaciones de conchas o valvas de mariscos y restos de moluscos que sirvieron de alimento al hombre y que se cono-

cen- con el nombre vulgar de conchales. Estos depósitos, fueron formándose con el transcurso del tiempo, y bajo el limo que los cubre, se han encontrado también, puntas de flecha, alfarería y útiles varios. Todo esto prueba claramente la presencia muy prolongada del hombre en esos sitios, pues el cálculo aproximado del índice de acumulación anual, nos revela que para su formación, el hombre debe haber habitado continuamente allí durante millares de años.

Por último, pertenecen también a este período, restos sepulcrales, construcciones, cerámicas, útiles, armas, adornos, a base de los cuales los arqueólogos han inducido el brillo de algunas civilizaciones remotas de América.

Poblamiento primitivo

Con lo expuesto hasta aquí, basándonos en los datos que nos proporciona la prehistoria y sus ciencias auxiliares, como la geología, la paleontología, la antropología, la arqueología, etc., podemos asegurar la indudable existencia del hombre en América en el período pleistoceno de la era cuaternaria, pero queda sin resolverse lo referente al poblamiento primitivo de América.

En efecto, el americano ¿es autóctono del continente, emigró de otros puntos del planeta, tuvo un único tronco racial, o el poblamiento primitivo se operó por sucesivas migraciones de pueblos de diversa procedencia? Además, ¿puede establecerse con algún fundamento, cuándo se produjeron esas migraciones?

Teorías de Hrdlička, Ameghino y Rivet. — Diversas teorías se han formulado al respecto sin que, hasta el presente, podamos asegurar con exactitud de dónde procedió la primitiva población de América y cuál es su antigüedad.

Hrdlička

Uno de los antropólogos más eminentes, el profesor Aleç Hrdlička, —actualmente jefe de Antropología en el Museo Nacional de Washington— sostiene la tesis de que el hombre no es autóctono del continente americano, y que a sus antepasados hay que buscarlos en el continente asiático, donde ha creído encontrar el tronco del tipo americano, mediante el estudio de los caracteres somáticos

de un grupo racial de procedencia mongólica, que ha poblado y puebla aún las regiones septentrionales del Asia Oriental.

En su estudio "El origen y la antigüedad de los indios americanos", Hrdliçka sostiene que el poblamiento primitivo de nuestro continente, se ha formado por naturales y continuas migraciones que de Asia pasaron a América por el estrecho de Behring hasta poblarla por completo, rechazando la teoría de que ella pudiera ser autóctona o procedente de varias partes. Afirma, luego, que esas migraciones a través del Behring, siendo geológicamente recientes, se realizaron por vía acuática, cuando el terreno y las costas tenían ya la actual configuración. Por otra parte, el archipiélago que se extiende en el Behring, hace innecesaria una conexión terrestre para pasar de uno a otro continente, pues las islas los aproximan suficientemente.

Investigaciones comprobatorias

La teoría de Hrdliçka se apoya en investigaciones sobre el terreno que él mismo ha efectuado. En efecto, en el año 1926, Hrdliçka realizó exploraciones en la región del Behring, y especialmente en la zona del río Yukón y de las costas de Alaska, hasta la punta Barrow, continuándolas poco después Collins, hasta la península de Steward.

Estas exploraciones científicas tendieron a determinar la ubicación de pueblos primitivos, así como los yacimientos de carácter arqueológico y el estudio etnográfico de las tribus actuales.

El resultado de estos trabajos ha sido el hallazgo de "huellas de gran interés cultural y etnográfico".

Ameghino

El ilustre hombre de ciencia argentino, Florentino Ameghino, fué un decidido sostenedor de que el hombre de América es autóctono. Su teoría científica llega a la conclusión no solamente de que el americano es originario de nuestro continente, sino que América es la cuna del linaje humano, de donde el hombre se habría extendido al resto de la superficie del planeta.

Ameghino (1854-1911), fué uno de los investiga-

dores que a la par de Francisco P. Moreno y de Burmeister, hizo notables progresos en la paleontología argentina con el hallazgo y estudio de restos fósiles de especies extinguidas, dando impulso a esas disciplinas, continuadas principalmente por el Museo de La Plata.

Sus obras

Las primeras obras de Ameghino se titularon "Los mamíferos fósiles de la América meridional" y "La antigüedad del hombre en el Plata", para publicar luego "Filogenia", donde se refiere a los predecesores del hombre.

Origen del hombre

Asegura Ameghino que el hombre no desciende del mono, sino que ambos provienen de un antepasado común y que por lo tanto tienen un parentesco colateral.

Dice que, de los hominideos primitivos, que constituyen el tronco común, deriva una rama que origina los monos antropomorfos, y otra los hominideos verdaderos. De estos últimos derivan cuatro estados intermedios, el último de los cuales, es el prodomo, para llegar después de ese largo proceso evolutivo al hombre actual.

La formación pampeana

Al estudiar la formación pampeana, Ameghino disiente con los geólogos en general, pues mientras él asegura que ella corresponde a la era terciaria superior (plioceno), la mayoría de los geólogos cree que debe identificarse con la cuaternaria inferior (pleistoceno). Basándose en esto Ameghino dice que los fósiles encontrados en la formación geológica pampeana, pertenecientes a especies gigantescas ya extinguidas (toxodonte, megaterio, gliptodonte, etc.) corresponden a la era terciaria.

Primeros vestigios del hombre

Los primeros vestigios del hombre (homo pampaeus), fueron encontrados en la misma capa geológica, por lo que Ameghino sostiene que la antigüedad del hombre en el Plata, se remonta a la era terciaria, de donde resultaría que sería América y en particular la Argentina (lugar donde efectuó sus exploraciones) la cuna del linaje humano. De aquí el hombre se habría extendido por todo el continente, y por el resto del mundo.

La teoría de nuestro ilustre compatriota ha sido muy

combatida y la gran mayoría de los hombres de ciencia la niega.

Otras investigaciones

Posteriormente a Ameghino, comisiones científicas han efectuado trabajos, dando lugar a descubrimientos relacionados con el hombre fósil americano. Efectivamente, las exploraciones hechas en Miramar, pusieron en descubierto restos de una industria lítica y ósea consistente en útiles y boleadoras de piedra que atestiguan adelantos técnicos. De donde se infiere, que el hombre vivió en esta parte de América, durante la formación geológica llamada "chapadmalense", que equivale al pleistoceno europeo, o sea el cuaternario inferior.

Rivet

Otro hombre de ciencia, el profesor Paul Rivet, director del Museo del Hombre en el Trocadero, y secretario de la Sociedad de los Americanistas de París, funda su teoría acerca del poblamiento primitivo de América, en las comprobaciones de la antropología, negando la unidad racial del americano primitivo.

En su obra "Los orígenes del hombre americano", sostiene Rivet que el poblamiento primitivo de América se produjo por el aporte, desde tiempos remotos, de sucesivas migraciones de varias razas de diversa procedencia.

Dice que algunas de esas razas se identifican, por los estudios de la antropología comparada; otras por la etnografía y lingüística, habiendo, finalmente, algunas cuyo origen no puede determinarse, y que bien pueden pertenecer a un grupo autóctono.

Migraciones sucesivas

Cuatro son las migraciones identificadas por el profesor Rivet, entre las numerosas que de distinta procedencia llegaron a América, enumerándolas según el orden cronológico en que se efectuaron:

1°) El elemento étnico australiano, cuyos representantes en América serían los indios patagones y onas, además de otros pequeños grupos de esa procedencia, dispersados en distintas zonas del continente. Todos ellos se distinguen por la concordancia de sus lenguas con idiomas de Australia y por semejanzas en algunas manifestaciones culturales.

2°) El elemento étnico malayo-polinesio, cuyos representantes serían el grupo hoka de California, por sus concordancias lingüísticas con los malayos-australianos, y también por manifestaciones culturales semejantes.

3°) El tipo asiático o mongólico, que ha dejado huellas inconfundibles en algunas tribus americanas.

4°) Un grupo étnico ural-altaico, que llegó a América, con posterioridad a los otros grupos, y cuyos representantes principales serían los esquimales.

Rutas empleadas

Agregaremos que todas estas migraciones, según Rivet, habrían llegado atravesando el océano Pacífico, y tal vez, haciendo escala algunas de ellas, en la isla de Pascuas, y la australiana en especial, costeando el extremo austral, por el estrecho de Bass, isla Tasmania, continente Antártico, archipiélago de Shetland del Sur y, finalmente, el cabo de Hornos.

II

Las poblaciones primitivas de América. Los grandes focos culturales. Los Mayas.

Las poblaciones primitivas de América. — Desde el punto de vista histórico los europeos conocieron América recién en las proximidades del siglo X de nuestra era (viajes de los normandos y escandinavos a la América del Norte), habiéndose universalizado ese conocimiento entre los hombres de la cultura del Viejo Mundo, con el descubrimiento de Cristóbal Colón en 1492, y con las primeras exploraciones y conquistas europeas del siglo XVI.

Desarrollo cultural

En el momento de su descubrimiento, América estaba habitada por pueblos cuya existencia era completamente ignorada por los europeos. Estos pueblos, autóctonos o no, originados de un tronco único asiático, según algunos, o por el aporte sucesivo de varias razas de distinta procedencia, según otros, vivieron desde lejanos tiempos, aislados del contacto e influencia cultural de otros pue-

blos de la tierra. Y es así que el americano primitivo pudo desarrollar independientemente su cultura, adquiriendo características y modalidades propias y diferenciales. Pero este desarrollo no fué igual en todas las regiones del continente: mientras que en algunas habían alcanzado un grado cultural elevado formando agrupaciones y pueblos sedentarios con organización social, política y económica, en otras regiones los hombres vivían agrupados en tribus nómades o semi-nómades, en estado salvaje.

De lo dicho, podemos inferir que la vida del hombre prehistórico de América, se desarrolla en un completo aislamiento con respecto a los hombres del resto del mundo, y que su evolución cultural bien puede considerarse autóctona, independiente.

Hasta el presente no conocemos documento alguno que pruebe la comunicación del americano con hombres de otras partes, en el período histórico, antes de la época ya citada, y todas las hipótesis que al respecto se han formulado, no pasan de tales, y por lo tanto son inseguras.

Características generales

El estudio del indio americano y de sus pueblos, a partir del descubrimiento de América, nos revela, en general, condiciones físicas, psicológicas, sociológicas y culturales, que lo distinguen y caracterizan. Este estudio se ha hecho contando con los relatos y descripciones de los primeros cronistas, y con los datos que sobre las tribus actuales, nos proporciona la lingüística y la etnología. Con esta base se ha procedido a efectuar la clasificación de los distintos pueblos y tribus, teniendo en cuenta, principalmente, la distribución geográfica, el grado de cultura o el lenguaje.

Clasificación de los pueblos primitivos de América

Se han intentado diversas clasificaciones de los pueblos indígenas de América existentes en la época del descubrimiento, basándose principalmente en la distribución geográfica, en el estado cultural o en los datos obtenidos por las investigaciones de carácter filológico.

La clasificación más aceptada hoy es la de Ratzel y Deckert, que detallaremos a continuación, con exclusión de la parte que corresponde a la Argentina.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Indígenas de América en el momento del descubrimiento excluyendo los de Argentina.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

América del Norte y Central

Esquimales. (Parte de Alaska y N. de Canadá).

Atapaslas, algonquinos del norte y algonquinos orientales. (Canadá).

Sioux o dakotas, hurones, iroqueses, utes, indios pueblo, californianos, natchez, apaches, cados y seminolas. (E.E. U.U. de N. América).

Taraumarás, aztecas, mistecas, toltecas, mayas y caribes. (Méjico y A. Central). Ciburey, aruacos y caribes. (Islas Antillanas).

América del Sur

Aruacos y guayaros. (Guayanas y Guayana Brasileña).

Caribes y macusis. (Venezuela).

Chibchas o muiscas. (Colombia).

Mifangos. (Ecuador).

Quechuas. (Perú).

Panos. (Perú y parte del Brasil).

Chiriguanos, aimarás y guarayos. (Bolivia).

Tembés, mundurucús, paratintín, bororás, maskoi, balocudos, tupinambás y guaraníes. (Brasil).

Mocovis y guaraníes. (Paraguay).

Araucanos. (Sur de Chile).

Como en materia de etnografía americana, es muy difícil dar la ubicación geográfica exacta de los diferentes pueblos primitivos, hacemos constar que no debe tenerse como absolutamente precisa la ubicación de cada uno de ellos, en los límites territoriales de las naciones actuales.

Grandes focos culturales. — Hemos expresado oportunamente que no todos los pueblos indígenas de América tenían, a la llegada del europeo, es decir, cuando comienza el período histórico en nuestro continente, el mismo grado de cultura. Algunos habían logrado sobresalir por su organización social, política y económica, mientras que otros permanecían en estado de completo salvajismo.

Si tenemos en cuenta el nivel alcanzado por las más avanzadas civilizaciones de América, notaremos que existe una correlación entre la cultura material y la moral,

correspondiendo a los pueblos más adelantados en su industria, construcciones en general, métodos agrícolas, etc., el mayor desarrollo cultural en el sentido espiritual y moral, es decir, en la faz política, social, religiosa y artística.

No nos proponemos plantear el problema tan obscuro y debatido de la ubicación geográfica del foco cultural primitivo de América, en los remotos tiempos prehistóricos. ¿Podríamos determinar que fueron las regiones bañadas por el mar Caribe, (el Mediterráneo americano) donde se originó esa cultura primitiva que luego se propagó por todo el continente, de acuerdo con estudios filológicos recientes?

Repetimos que no abordaremos asunto tan intrincado, pues para los fines de nuestro somero estudio nos basta saber que en los albores del siglo XVI, al comienzo de la conquista europea de América, tres eran los más grandes focos culturales del continente: en Méjico y parte de América Central, se habían desarrollado las civilizaciones mejicanas: y en América del Sur, la de los chibchas o muiscan en Colombia, y la incaica, con radicación principal en el actual territorio del Perú.

Estos grandes focos culturales se radicaron, por lo general, en la parte occidental del continente, y es de notar que los pueblos cuyas actividades tuvieron por campo de acción la parte central y oriental del mismo, quedaron relegados en lo referente a la cultura material y espiritual, permaneciendo casi todos ellos en estado salvaje.

Los grandes focos culturales, fueron asimismo centros de irradiación con respecto a los pueblos vecinos, y su influencia civilizadora se ejerció en ellos en forma ostensible.

Los Mayas. — Tratando a grandes rasgos la civilización maya, iniciaremos el estudio de los grandes focos culturales de América.

Los mayas desarrollaron una civilización que ocupa un lugar destacado entre las de América precolombiana. Las ruinas monumentales que se encuentran en los terri-

torios en que vivieron, asimismo como sus esculturas, alfarerías, inscripciones y datos que se tienen de su vida y de sus conocimientos, principalmente de los astronómicos, nos llevan a comprender cuán grande fué el esfuerzo cultural de ese pueblo.

Orígenes

Cuando se inició la conquista española, a comienzos del siglo XVI, los mayas vivían en la península del Yucatán, constituyendo varios grupos tribales independientes. Allí se habían agrupado, después de haber ocupado con anterioridad, los territorios de los actuales estados mejicanos de Tabasco, Campeche y Chiapas, y una parte de Guatemala y Honduras. Indudablemente que sus orígenes se remontan a gran antigüedad, y en todos los territorios citados quedan restos que atestiguan el brillo de la cultura maya. Es problema arduo establecer ese origen, sobre el que existe gran obscuridad.

En estos últimos tiempos, algunos estudiosos han creído ver en los mayas los sobrevivientes del pueblo que habitaba la Atlántida, continente que se supone desapareció en las aguas del océano Atlántico. Pero esto no es más que una hipótesis.

Los mayas en la época de la conquista

Los conquistadores españoles encontraron a los mayas, ya en plena decadencia, con sus ciudades destruídas o semi-destruídas y en vías de desaparecer aquellas pocas que todavía estaban habitadas.

Las ruinas que se han encontrado en todas las zonas en que se desarrolló la civilización maya, atestiguan el esplendor de la misma, y es a base de esos restos materiales que se trata de reconstituir lo que fué la vida de ese pueblo.

Los aborígenes de la época de la conquista, contaban con pocas tradiciones que se refiriesen a sus antepasados, y nada sabían o muy poco, de quiénes habían sido los constructores de esas ciudades, palacios y templos, cuyas ruinas admiramos.

La selva que había avanzado en los sitios donde antiguamente florecieron grandes focos de población, cubrió las construcciones y las hizo casi invisibles. Recién a fines

del siglo pasado se han operado descubrimientos de esas ciudades y monumentos, y hoy se aprovecha hasta de la aviación, para determinar la ubicación de algunas ruinas. Ha sido necesario muchas veces desmontar y abatir la selva, para llegar hasta ellas.

Así fueron apareciendo ciudades y poblados, otrora centros de una gran cultura.

Ruinas de ciudades mayas

Entre las principales ciudades pertenecientes a esta antigua cultura, deben citarse las de Chitchen Itza, Uxmal, Itzamal, Labná, Kabah, Mayamal, etc., en el Yucatán, península que ha sido llamada por los arqueólogos, el Egipto americano, dado el carácter de las ruinas de ciudades importantes descubiertas, que llegan a ser más de cuarenta.

También son importantísimas las ruinas de las ciudades de Palenque, Quirigua y Copam en los territorios de Chiapas, Guatemala y Honduras, y que son vestigios de la antigua cultura de los toleicos, halladas entre la maraña de la selva, razón por la cual los conquistadores españoles no las advirtieron.

Palacios

Los inmensos palacios mayas tienen forma cuadrangular, edificados por lo general, sobre altas plataformas y se componen de varios pisos superpuestos. Adornan los exteriores abundantes bajorrelieves, en los que se representan hombres, animales fabulosos y adornos diversos, consiguiéndose un efecto agradable. Comprenden casi siempre dos secciones de departamentos separados por largos corredores. El interior de los salones presenta las paredes decoradas con figuras e inscripciones, adornos que muchas veces se repiten en los muros exteriores, donde resaltan más, por estar pintados con colores vivos.

Templos

Los templos o teocallis, tienen por lo general la forma piramidal, y constituyen verdaderos altares elevados. Estas pirámides son cuadriláteras y se las orienta hacia los cuatro puntos cardinales. En la cúspide plana de las mismas, sobre varias plataformas o terrazas, o bien sobre sencillos planos inclinados, se asientan otras construcciones. A ellas se llega mediante anchas y largas escaleras

que, sumamente inclinadas, ascienden por los lados y van de una a otra terraza.

Alrededor de los teocallis, se alinean las viviendas de los sacerdotes y otros edificios destinados al culto de sus dioses o ídolos.

Esculturas

En los palacios y templos se encuentran variedad de grandes esculturas que representan a veces sacerdotes cargados de ofrendas arrastrando largos mantos, con raros adornos en la cabeza; guerreros con sus armas, u hombres barbudos con coronas de plumas y engalanados con collares, pendientes, brazaletes, etc. Estas esculturas suelen encontrarse pintadas con vivos colores. Es común el hallazgo de ídolos de piedra, altares y piedras de sacrificios, bajorrelieves alusivos al culto y a ceremonias diversas, y arcos de triunfo e inscripciones en piedra, que revelan la posesión de un sistema de escritura jeroglífica.

Descripción de algunos palacios y templos

Haciendo una breve mención de los palacios y templos hallados en las principales ciudades, podemos citar:

En Uxmal: La Casa del Gobernador, la Casa de las Monjas, la Casa del enano, la Casa de la tortuga y el Palomar.

Si consideramos las ruinas del Yucatán, las más interesantes son las de Uxmal, por su extensión e importancia y el más importante edificio de Uxmal, es el llamado Casa del Gobernador. Palacio emplazado sobre alta y triple terraza, tiene una altura de ocho metros y ocupa una superficie de 115 metros de largo por 13 de ancho. Sus columnas y concavidades son características y sus muros son de piedra labrada solamente hasta la planta media, pero luego su superficie presenta hacia arriba, toda clase de esculturas, cuyos motivos son pájaros, cuadrúpedos fantásticos y cabezas de hombre.

El palacio consta de once puertas de acceso y se divide en numerosas secciones de iguales dimensiones y de otras dos principales. Sus pórticos llaman especialmente la atención, sobre todo los altos, con sus galerías y balaustradas ostentando infinidad de bajorrelieves, que representan o bien largas filas de guerreros armados, algunos

de ellos pasando sobre cuerpos tendidos, o volviendo del combate, todo esto, alternando con representaciones de cabezas humanas y animales diversos.

En Chitchen Itza se destacan las ruinas llamadas Torre del Caracol, la Casa Encarnada, el templo llamado el Castillo y el Palacio de las Monjas, hermosas construcciones que atestiguan la importancia que a Chitchen Itza daban los mayas como santuario y antigua capital.

En Itzamal entre las varias pirámides existentes se destaca el teocalli llamado Casa del Sol, que tiene 220 metros de circunferencia y a la que aún en épocas de la conquista, concurrían los indígenas a escuchar la voluntad de los dioses trasmitida por el sacerdote. Además se encuentra el templo llamado la Casa del Sacerdote y el de Itzamna, santuario, este último, al que conducían hermosos caminos desde sitios lejanos.

En Palenque, encontramos el Templo de la Cruz, con hermosas pinturas y bajorrelieves. Se levanta sobre una pirámide truncada, presentando en su interior tres cámaras sagradas. Dos de ellas presentan las paredes recubiertas de inscripciones, y en la central, en su medio, se destaca un bajorrelieve en forma de cruz circundada de figuras simbólicas, observándose la representación de un gallo en la parte superior y hacia los lados, dos figuras con ricos atavíos portadores de ofrendas.

También podemos citar el Gran Palacio y además grandes galerías que completan el cuadro arqueológico de Palenque, que en una época contó con calles y artísticos puentes sobre ríos cercanos.

En Copam, se observan gruesas murallas formadas por grandes bloques de piedra, de 20 a 30 metros de altura por ocho de base, sobre las que se elevan pirámides y terrazas, donde en grandes plataformas, se hallaban los ídolos y altares para los sacrificios cruentos. Distínguense, particularmente, en las ruinas de Copam, las columnas que representan ídolos y que son verdaderos monolitos de cuatro o cinco metros de altura, cuyas caras laterales están totalmente ornamentadas.

Escritura

Los mayas poseyeron una forma de escritura que es la más adelantada de las usadas por los aborígenes de América, porque su sistema de escritura jeroglífica, muy desarrollado, se acerca al sistema alfabético, pues sus pictografías tienen carácter fonético, al asignar a sus símbolos valor de sonidos silábicos. Estampaban sus signos de escritura en colores brillantes, ya sea sobre papel de maguey, tejido de algodón o pieles especiales. También se observan sus inscripciones en columnas, muros de los edificios monumentales, piedras y estatuaria en general.

Mediante la escritura expresaron los mayas los hechos más salientes de su vida, ceremonias, ritos religiosos, y muy principalmente el cómputo del tiempo, es decir, el calendario.

Calendario

Se sabe por la interpretación de las inscripciones, que los mayas dividían el año en 365 días y en 18 meses de 20 días, más cinco días suplementarios. Cada día del mes tenía su nombre y su signo. Este era el calendario solar u ordinario.

Contaban, además, con un calendario ceremonial o religioso, que utilizaban los sacerdotes para celebrar los sacrificios y festividades y hacer los horóscopos. Este constaba de 260 días, yendo la numeración de cada mes, de 1 a 13, y desde allí se volvía a repetir los nombres y números.

En Méjico se encontró la gran piedra del sol, con inscripciones que se refieren a este calendario ceremonial.

Caracteres raciales

Los mayas pertenecían a la familia lingüística llamada maya-quiché, de gran gravitación cultural en algunas regiones de Méjico y en países de América Central, como Guatemala y Honduras.

Eran de piel muy cobriza, de baja estatura, de fuerte constitución, inteligentes y de fisonomía expresiva. Acostumbraban deformar la cabeza de los niños, aplastándola en su parte central.

En el momento de la conquista, según lo hemos ya expresado, estaban divididos en numerosos grupos tribales, independientes unos de otros, con sus jefes civiles y mi-

litares. Tal vez esta organización emergía de la antiquísima Confederación fundada, según la tradición, por el legendario Votan.

Organización social

Con respecto a su organización social, los mayas estaban divididos en clanes totémicos, teniendo cada uno de ellos un distrito determinado. El hijo hereda el nombre totémico del padre y lo trasmite a su vez.

El clan comprende a los indios que habitan en determinado distrito y que lleva el mismo nombre, pero los individuos se agrupan en familias cuyos miembros cultivan una parte de terreno y poseen una misma vivienda.

La tierra es de propiedad común y cada familia recibe un terreno para cultivar principalmente maíz, correspondiéndole la cosecha. Sin embargo, trabajaban la tierra solamente los hombres, y parece que lo hacían en común los del mismo clan.

El padre o yum, es el jefe de familia, que tiene todos los poderes y se encarga de oficiar los ritos familiares. A su muerte le sucede su hijo mayor, que hereda junto con la madre, todos sus bienes muebles. En los tiempos primitivos la herencia se repartía por igual entre todos los hijos.

Cada clan tenía un jefe, asistido por varios funcionarios. Cuando el clan era muy numeroso y extendía su dominación por vastos territorios, se nombraba un jefe de cada distrito y un jefe general.

El ejército

La organización militar estaba a cargo de jefes de aldea que enseñaban la preparación militar a los jóvenes. Estos jefes obedecían a su vez, a dos jefes superiores, que lo eran de todo el ejército.

La justicia

La justicia se administraba en cada aldea, directamente por los jefes de la misma. El homicida era perseguido por los componentes del clan a que pertenecía la víctima, pero si el victimario pagaba lo que se llamaba el precio de la sangre, saldaba su culpa. Si el delito consistía en un robo, el ladrón debía devolver el valor del mismo, so pena de quedar en condición de esclavo.

Industrias

En lo que se refiere a industrias, los mayas eran habilísimos tejedores, y teñían muy bien sus finas vestiduras de algodón y sus adornos de plumas con colores vivos y brillantes.

Confeccionaban sus trajes, que consistían ya sea en simples taparrabos o suntuosos mantos bordados, que usaban los grandes sacerdotes y funcionarios prominentes. Las mujeres vestían un traje en forma de saco con tres aberturas para la cabeza y los brazos. Usaban además mantos para llevar encima de los hombros.

Artes

Si nos atenemos a lo que representan los bajorrelieves, los mayas usaban alhajas tales como alfileres, brazaletes, pendientes, sortijas, adornos de nariz, etc., pero ninguna alhaja se ha encontrado entre las ruinas.

Aparte de las grandes y bellísimas construcciones, los mayas se distinguieron en el arte de labrar y esculpir la piedra y en la producción de estatuas y relieves.

Las estatuas son en general de grandes proporciones y de pesado aspecto, pero el detalle suele ser admirable. Debemos mencionar la efigie obelística de Quirigua y las estatuas de Copam. Sobresalían más en el bajorrelieve.

Cultivaron también la pintura: se conocen algunas pinturas murales y frescos representando guerreros y diversos animales. Sabían también pintar los vasos, reproduciendo ceremonias, etc.

Pero donde realmente descollaron, fué en la alfarería y cerámica: Los hallazgos que se han hecho, realizando excavaciones, han puesto en descubierto cerámicas consistentes en escudillas, frascos cilíndricos con finos adornos geométricos, hechos con punzón y vasos zoomorfos y antropomorfos. Otras cerámicas representan animales, figuras humanas, mascarillas y abundan, además, los objetos de barro cocido.

Religión

Con respecto a la religión, adoraban a dioses y divinidades diversas.

Representaban el mundo por un cubo, que tiene en la parte superior lo que llamaban el árbol sagrado, ro-

deado por cuatro divinidades, que significan los cuatro puntos cardinales.

Adoraban, ante todo, a un dios supremo, hacedor de todo lo existente, dios bueno, amigo de los hombres, que está constantemente en lucha con el dios malo, enemigo del género humano, y que representaban en forma de serpiente. Pero al llegar el fin del mundo vencerá el primero.

Existen además otras divinidades superiores, entre las que se distingue Itzamna, que decían había sido el dios civilizador del Yucatán. Según la tradición, Itzamna, antes de ser dios había sido un rey, o especie de profeta, a quien los pueblos consultaban sobre el porvenir. A su muerte, se le consagró como a un dios y le fueron levantados altares y templos para adorarlo, en la legendaria ciudad de Itzamal. A esa ciudad santuario, llegaban los fieles desde lugares apartados conduciendo sus ofrendas al dios, por cuatro calzadas, construídas en la dirección de los cuatro puntos cardinales.

Allí se hacían sacrificios en su honor, se depositaban ricas ofrendas y se le pedía, entre otras cosas, que la lluvia fertilizara los campos para obtener abundantes cosechas de maíz.

Otro dios muy reverenciado era Cuculkán, cuyo santuario estaba en Chitchen Itza.

Al lado de estas divinidades superiores, existían gran cantidad de dioses o espíritus secundarios, dioses de los elementos, del viento, de la lluvia, de los viajeros, etc., a los que se reverenciaba con fervor.

El culto

Los ritos religiosos, oficiados por los sacerdotes, consistían en fumigaciones, danzas y sacrificios cruentos.

Los sacrificios se efectuaban en ocasión de las grandes fiestas en honor de los grandes dioses y eran sacrificados hombres y animales. Las víctimas humanas eran esclavos, o criaturas ofrendadas por sus adoradores al dios. Hasta el último día se les colmaba de agasajos. Cuando llegaba el momento de la inmolación, se les tendía en la piedra de los sacrificios y en medio de ceremonias

rituales, se les sacrificaba, arrancándoseles el corazón y salpicando con sangre humeante, la faz del ídolo.

Algunas fiestas religiosas eran fijas, otras variaban de acuerdo a indicaciones astrológicas, y nunca se realizaban en los días considerados nefastos.

Había varias categorías de sacerdotes, siendo los más considerados los llamados Chilanos. Su principal ocupación era la adivinación y predicciones, y gozaban de gran prestigio. Existía una autoridad religiosa suprema, o sumo sacerdote, al cual reverenciaban todos los funcionarios civiles y militares.

Los sacerdotes eran a la vez escribas que enseñaban el arte de la escritura, y poco a poco, fueron teniendo mayor preponderancia, hasta llegar a sentar una verdadera hegemonía política.

La práctica de la hechicería ocupó a adivinos, hechiceros y curanderos, los cuales ejercieron las formas inferiores de la adivinación.

III

Las primeras civilizaciones mejicanas. Area de difusión. Organización política, social y económica. La cultura.

Las primitivas civilizaciones mejicanas. Area de difusión. — Gran parte del actual territorio de Méjico y de algunos países de la América Central, era, a la llegada de los españoles, la sede de una poderosa confederación de pueblos, conocida bajo la denominación de Confederación Azteca.

Sus pueblos componentes habían desarrollado una civilización muy avanzada, dentro del cuadro de general atraso que los europeos encontraron en los pueblos de América.

Orígenes

La cuna de la civilización azteca fué el valle de Anahuac, donde mucho antes que los aztecas, habían vivido y desarrollado su cultura otros pueblos, entre los cuales, citaremos a los toltecas y chichimecas, cuya procedencia está envuelta en la mayor obscuridad.

Los toltecas

Los toltecas constituyeron un gran estado con la contribución de tribus vecinas que ellos dominaron, propagando su civilización en la región central y oriental de Méjico y parte de la América Central, que rivalizó con la maya. Su capital fué la ciudad de Tula, donde levantaron monumentos suntuosos, como lo atestiguan los restos materiales que hasta hoy subsisten.

Los toltecas fueron agricultores, tejedores y tintoreros; labraron los metales, llegaron a dar forma a un acertado sistema cronológico; cultivaron las artes y practicaron el comercio.

Los chichimecas

Posteriormente, los chichimecas, pueblo guerrero procedente del norte, penetró en los dominios de los toltecas, tomó su capital y después de haber vencido a otras tribus, fijó su residencia en esos territorios, beneficiándose con la cultura superior de los primeros.

Sabemos, pues, que antes de los aztecas florecieron en el territorio por ellos ocupado, otras civilizaciones, cuyas ciudades en ruinas y productos de su industria, día a día van apareciendo, a medida que avanzan los trabajos arqueológicos; pero, ello no implica que tengamos datos realmente ciertos con respecto a su vida y a sus hechos.

Con la aparición de los aztecas y su hegemonía en la meseta de Anahuac y regiones vecinas, comienza realmente el período histórico, en esa parte del actual territorio mejicano.

La confederación azteca. Organización política, social y económica. La cultura. — Los aztecas formaron con los tezcucanos y tlacopanos, que como ellos hablaban la lengua nahuatl, una confederación, en la que los primeros ejercieron verdadera hegemonía, ocupando un territorio que antes de la conquista española del siglo XVI, llegaba, a partir de la meseta de Méjico, en dirección sur, hasta Nicaragua y desde el Pacífico hasta el Atlántico.

La capital de la confederación azteca o mejicana era Tenochtitlán, edificada en una isla del centro del lago de Tezcuco.

El gobierno

Los tres pueblos que formaban la confederación azteca, estaban organizados políticamente en forma semejante. Los aztecas tenían un jefe civil, otro militar y un consejo supremo, y como ya lo expresamos, ejercían la hegemonía dentro de la confederación.

El jefe militar de los aztecas era a la vez jefe de la confederación y le llamaban tlacatecuhli o jefe de hombres, pero su autoridad, aunque grande, no era absoluta o despótica, pues estaba limitada por el consejo y por la autoridad del jefe civil, el cual velaba por el cumplimiento de los decretos del consejo y por la distribución de los tributos, ejerciendo, además, las funciones de juez supremo.

El tlacatecuhli, funcionario vitalicio, elegido entre los hombres de determinado linaje, era consagrado en el templo del dios de la guerra, y ejercía, asimismo, la más alta dignidad sacerdotal.

Siendo el jefe militar y sacerdotal, usando atavíos multicolores y brillantes, y adornos de oro y piedras preciosas, no es raro que los españoles lo creyeran un verdadero emperador.

La guerra

La actividad principal de los confederados era la guerra, a la cual les conducían jefes electivos, con fines de botín y para procurarse prisioneros, con quienes cumplir sacrificios humanos, que su religión les imponía.

Desde la infancia, el indio era educado para ser un buen guerrero. No existía diferencia de clases entre los jefes de guerra y ejercían su mando mientras se les considerara dignos. Las únicas diferencias eran de grados o categorías.

Su sistema de guerra era singularmente despiadado, pero no tenía por miras la ocupación territorial, sino la imposición de tributos a los vencidos, consistentes en maíz, tejidos, objetos de alfarería, etc. y, como lo hemos expresado, la toma de prisioneros a quienes ultimar en sus sacrificios.

La función militar era la más estimada por los mejicanos, y el dios nacional era el de la guerra. Se armaban

de flechas, picas, hondas, mazas, espadas de madera, y de una especie de lazo de mallas, que arrojándolo a la cabeza del adversario lo inmovilizaba. Se cubrían con escudos de junco o de metal, con corazas de algodón o de metal y cascos que también podían ser de metal o de madera con adornos de plumas. Su arte militar era rudimentario, y consistía principalmente en emboscadas y retiradas fingidas. Conocían el uso de tropas de reserva.

La sociedad

La sociedad azteca tenía carácter igualitario, pues en realidad no existían diferencias sociales. Los funcionarios públicos eran electivos y por lo tanto renovables, y sus distintas categorías establecían las únicas diferencias según el carácter militar, político o sacerdotal del cargo público que desempeñaban.

Los calpullis

Los aztecas estaban divididos en veinte linajes denominados calpullis, cada uno de los cuales disponía de una extensión de tierra laborable, perteneciente a la comunidad, y tenían sus ritos, templos, sacerdotes y arsenales propios, contando asimismo con su singular denominación totémica. Además cada calpulli, tenía su consejo de jefes, el que a su vez confería mando a dos jefes superiores, uno civil y otro militar.

Las fratrias y la tribu

Reunidos los veinte calpullis, constituían cuatro grupos de carácter militar, llamados fratrias, cada uno de los cuales era dirigido por un militar de alta graduación. Las fratrias y los calpullis constituían el completo organismo social, es decir, la tribu, cuyo gobierno supremo era el consejo tribal, formado por veinte miembros, uno por cada calpulli, con facultades judiciales inapelables. El jefe militar de la tribu azteca o tlacatecuhli, lo era, como ya lo hemos dicho, de toda la confederación, y tenía, además, carácter sacerdotal.

Los esclavos

Los aztecas practicaban la institución de la esclavitud con los prisioneros de guerra salvados de los sacrificios, con los que voluntariamente renunciaban a la libertad y con los expulsados de los calpullis, por su conducta o por haber dejado de trabajar la tierra dos años

seguidos. La esclavitud no alcanzaba a los hijos de esclavos.

Régimen económico

La tierra era considerada por los aztecas como pertenencia de la comunidad. Una parte de las tierras laborables era destinada para ser cultivada y atender con los productos obtenidos, las necesidades de diversas dependencias del gobierno o del culto, y el resto se entregaba a los calpullis o linajes.

Ahora bien; las autoridades de cada calpulli, dividían las tierras de cultivo entre las familias componentes del linaje, estando a cargo del jefe de la familia el laboreo de la parcela que le había correspondido para usufructuarla en beneficio propio y de los suyos. Sólo por abandono, o falta de trabajo, la familia perdía ese derecho.

No existía, pues, entre los aztecas, la propiedad privada sobre las tierras, y sólo los jefes principales y prominentes funcionarios podían ser propietarios de la tierra en forma temporaria, mientras desempeñaran sus funciones.

Sólo existía el derecho de propiedad sobre los vestidos, armas, adornos y objetos de uso personal, que a la muerte del jefe de la familia —de organización patriarcal— pasaban a sus hijos varones. El usufructo de la tierra asignada a la familia, lo heredaba el hijo mayor o sus hermanos, o a falta de éstos, los tíos del difunto. Los hijos inválidos o incapaces para el trabajo, eran mantenidos por los demás miembros del calpulli.

Agricultura

La agricultura, fué una de las dedicaciones más atractivas del pueblo azteca. La consideraban labor honrosa y la practicaban todos los hombres útiles, a excepción de los sacerdotes, los altos jefes y funcionarios prominentes.

Sabían preparar muy bien la tierra, el cultivo era esmerado, y los canales y acequias aseguraban el riego. Cultivaban en gran escala el maíz, el maguey, el cacao, el algodón, el añil, árboles frutales, etc. Eran jardineros exquisitos y obtuvieron variedad de flores.

.ndustrias

Fueron tejedores y tintoreros, confeccionando ricas telas de algodón que teñían primorosamente.

Con las hojas del maguey, fabricaron papel; del jugo obtuvieron una rica bebida, y con sus fibras confeccionaron hilo, tejidos y cuerdas. Con el cacao prepararon el chocolate.

Se destacaron los mejicanos como hábiles ingenieros de canales y construyeron las chinampas, prodigios de ingeniería y jardinería, consistentes en grandes balsas, sobre el lago de Méjico, en las que cultivaban arbustos y plantas de adorno.

Labraron excelentemente la plata y el oro, confeccionando ricas y delicadas alhajas, y trabajaron el plomo y el cobre, con cuya aleación substituyeron al hierro, cuyo uso desconocieron, elaborando utensilios, armas y adornos.

Comercio

El tráfico comercial era activísimo e iba aparejado con el desarrollo industrial. Existía una corporación de comerciantes amparada por el gobierno, que organizaba caravanas y llevaba los productos hasta los últimos confines de la confederación.

Muchas veces, tras de los comerciantes iban los guerreros, para obtener prisioneros y tributos.

La mayor parte de las transacciones comerciales se hacían por el simple trueque de los productos, lo que se efectuaba en las ferias que tenían lugar cada cinco días. Los productos de cambio más frecuente, eran los granos, vestidos, bebidas, adornos, armas, alfarería, etc.

La moneda

La moneda consistía en canutos de plumas llenos de polvo de oro, trozos de metales o saquitos de granos de cacao.

La renta

Un hábil sistema de percepción rentística estaba establecido en la confederación y su aplicación metódica y rigurosa alcanzaba a sus últimos extremos. El pago se hacía en especies agrícolas, tejidos o productos de alfarería, que afluían a la capital y servían para costear las empresas guerreras, los gastos de la administración y la construcción de monumentos públicos. También se efectuaba el pago mediante el trabajo personal.

Artes

Ya hemos expresado que los mejicanos fueron habilísimos orfebres, llamando la atención de los españoles lo fino y delicado de sus alhajas y adornos. En alfarería no fueron tan adelantados como otros pueblos vecinos, aunque se han encontrado vasos, jarrones, etc. de formas variadas, que atestiguan su dedicación a este arte.

En pintura, practicaron sobre todo, el arte religioso, en un papel de su fabricación (maguey), muy resistente, sobre telas de algodón y pieles de animales, empleando colores vivísimos. El dibujo fué aplicado en la representación simbólica de la escritura.

Como ignoraron el uso del hierro y del acero, empleaban para labrar la piedra de sus estatuas y monumentos, otra piedra volcánica, de extraordinaria dureza. Sus obras escultóricas suelen tener un carácter monstruoso particular, con sus colosales ídolos (en los que combinaban la representación humana y de bestias), sus estatuas de animales y máscaras ornamentales.

Su arquitectura es monumental: han dejado numerosos templos y palacios grandiosos, cuyas ruinas se encuentran todavía en toda la extensión del territorio que ocuparon.

Tenochtitlán, fué arrasada por los conquistadores del siglo XVI, de modo que casi nada queda de sus construcciones y esculturas, y sólo tenemos noticias de ellas por los relatos de los cronistas de aquella época.

De los templos piramidales, levantados sobre altas plataformas, con sus columnas, escalinatas y ornamentos, y de los grandiosos palacios, adornados con esculturas, bajorrelieves y estucos, sólo quedan algunas ruinas en el territorio que fué ocupado por los pueblos de la Confederación Azteca, perteneciendo la gran mayoría de ellos, a culturas cuyo desarrollo fué anterior a la de éstos.

Así, en el sitio que ocupó Tula, capital de los toltecas, quedan ruinas de cariátides y columnas pertenecientes a lo que fueron templos y palacios; en la parte noreste del lago de Tezcuco, se levantan las pirámides llamadas del Sol y de la Luna; cerca de Puebla, la pirá-

mide de Cholula. En Oaxaca, quedan las grandiosas ruinas de Mitla, que eran murallas de piedra cubiertas de pictografías, columnas y estatuas.

Luego se encuentran otras ruinas de grandes construcciones, hacia el este del territorio dominado por la Confederación Azteca, a las que nos hemos referido al tratar la civilización maya.

Conocimientos generales

Tuvieron un sistema de numeración vigesimal, y medían el tiempo mediante el cuadrante solar.

Dividían la semana en cinco días, uno de ellos festivo y de mercado; cuatro semanas constituían el mes, y el año venía, pues, a estar formado de dieciocho meses, más una semana suplementaria, que se conceptuaba aciaga.

No habían alcanzado adelantos mecánicos. Para transportar las grandes moles de piedra que empleaban en sus construcciones, usaban simplemente de sus fuerzas corporales, lo que nos hace suponer el esfuerzo titánico que tendrían que realizar.

Lengua y escritura

Los pueblos de la Confederación Azteca hablaban la lengua nahuatl común a varios pueblos de Méjico.

Los aztecas emplearon la escritura jeroglífica, cuyos símbolos eran interpretados convencionalmente. Sus pictografías no tenían carácter fonético, sino solamente simbólico. Ellas eran extendidas en vivos colores sobre pieles preparadas especialmente, sobre algodón, o papel de maguey, o eran grabadas en las columnas y muros de monumentos públicos. Empleaban su escritura, principalmente, con fines administrativos, rituales, etc.

Religión

La religión azteca era politeísta, pues creían en la existencia de una cantidad de dioses.

Ante todo adoraban a un dios supremo, creador del universo, a trece dioses inferiores y a más de doscientas divinidades.

Honraban preferentemente a Huitzilopochtli o Mexitli, dios de la guerra y a Quetzatcoatl, dios del aire. Este último era considerado como un dios benéfico, de alta e imponente estatura, luenga barba y hermosas facciones,

que había vivido en tiempos remotos en el Anahuac, donde propagó la cultura, para luego desaparecer. El mito decía que un día volvería de la región del sol naciente, para predicar la paz y abolir los ritos de sangre que la religión exigía al pueblo azteca.

Los aztecas creyeron en la inmortalidad del alma. Su religión tuvo cierto carácter sangriento y terrible, que modeló en el pueblo un estado espiritual, vecino al terror, predisponiéndolo para la dominación española que, por violenta que fuera, lo fué siempre menos que la de sus propios dioses nacionales.

El fondo del carácter azteca, está hecho de fatalismo y melancolía, forjado por sus creencias y ritos religiosos. Los templos o teocallis, construídos sobre montículos de tierra, en forma piramidal, eran lugares de adoración, ofrenda y sacrificios. Asistía a los dioses un numerosísimo cuerpo de sacerdotes, que en las fiestas religiosas dirigían y ordenaban los sacrificios humanos, frente a los ídolos de piedra que representaban a sus dioses, sobre todo ante el ídolo del dios de la guerra.

La víctima era colocada en la piedra del sacrificio, allá en lo alto de las plataformas del templo, entre dos altares en los que ardía perennemente el fuego sagrado. Un sacerdote la ultimaba con un cuchillo de piedra, extraía su corazón y rociaba de sangre al ídolo. El cuerpo de la víctima era luego devorado, en medio de bárbaro festín.

Los sacerdotes constituían un cuerpo de rígida organización jerárquica que, con el tiempo, predominó aún más que los guerreros, ejerciendo sobre todas las manifestaciones de la vida del pueblo, una suprema influencia.

IV

Los Chibchas. Las culturas preincaicas de la costa del Perú.

Los Chibchas. — Los chibchas o muiscas propiamente dichos, estaban establecidos en la meseta de Bogotá

Orígenes

(Colombia) en el momento de la conquista española y pertenecían a una gran familia lingüística compuesta por numerosos pueblos. Procedían según parece del sitio en que el istmo de Panamá se une al Continente Sudamericano, de donde algunos, dirigiéndose al norte ocuparon Panamá, Costa Rica y parte de Nicaragua, mientras que otros, dirigiéndose al sur, se establecieron en la meseta de Bogotá y en las regiones del sudeste de Colombia.

Con referencia a los chibchas o muiscas establecidos en las altiplanicies centrales de Colombia, los primeros cronistas españoles dicen que las tradiciones de este pueblo explican el origen de su civilización debido al impulso y enseñanza de un personaje legendario, que llaman Bochica, que los sacó de la barbarie. Venido de las llanuras del este, Bochica, enseñó a los chibchas las artes útiles, la forma de cultivar la tierra y el culto del sol, desapareciendo luego en el valle de Iraca, donde más tarde se constituyó la residencia de su sucesor, el sumo sacerdote.

El Gobierno

Cuando se operó la conquista española, los chibchas no constituían un solo estado, pues estaban gobernados por cinco caciques principales, con jurisdicciones territoriales separadas, librándose entre ellos continuas luchas.

El llamado zipa de Batacá (Bogotá) era el de mayor poder, siguiéndole en importancia el zaque de Hunsa o Tunja y el jefe de Iraca. Por fin, prevalecieron los dos primeros, venciendo a los jefes de las demás tribus.

Los territorios gobernados por el zipa o bogotá, y por el zaque, tenían cada uno su propia organización, sus ritos y hasta su dialecto especial.

El zipa y el zaque

Los españoles consideraban al zipa y al zaque, como soberanos de una especie de monarquía despótica y autocrática. En realidad eran jefes militares y civiles, que ejercían su autoridad despótica, consultando solamente a un consejo de caciques, cuando el asunto era de suma gravedad e importancia. Sus cargos eran hereditarios, pero no eran los hijos los que heredaban, sino un sobrino hi-

jo de una hermana, y a falta de éste su hermano mayor.

Estos jefes ejercían además el cargo de sumo sacerdote, y eran considerados como personas sagradas.

Vivían en palacios que eran verdaderas fortalezas, y su corte, era muy semejante a la de los incas del Perú. Se les consagraba con solemnidad y tan sólo podían acercárseles libremente los xeques o sacerdotes, que servían de intermediarios entre ellos y las tribus. Al morir, sus cuerpos eran embalsamados, enterrando con ellos a sus favoritas, insignias, armas y objetos de uso personal.

Revestía gran solemnidad la ceremonia consagratoria de estos jefes, que era precedida de un período de ayuno de los mismos. Luego el heredero, iba a un lago, donde había una balsa de juncos hermosamente adornada. Allí se despojaba de sus ropas, y se le ungía el cuerpo con una tierra pegajosa, espolvoreándosele con polvo de oro. Así recubierto, con ricos presentes de oro y pedrería a sus pies, el futuro jefe, acompañado de cuatro grandes sacerdotes, se alejaba en la balsa hacia el centro del lago, donde ofrendaba a los dioses, arrojando las joyas al agua. En las orillas del lago, el pueblo se entregaba a la danza y a grandes regocijos, tocándose el tambor y los cuernos, en homenaje al que consideraban desde ese momento su nuevo jefe.

Así se formó, al decir de los primeros cronistas, la célebre leyenda de "El Dorado", que hablaba de un país inmensamente rico, donde el oro abundaba a tal punto que el soberano "se cubría todos los días con renovada capa de polvo de ese rico metal". Esta leyenda originó, de parte de los conquistadores españoles, muchas expediciones en busca de ese país fabulosamente rico.

El ejército

Tanto el zipa como el zaque, tenían a su servicio un ejército armado con flechas, mazas y picas, y en las fronteras de sus dominios, establecían guarniciones aguerridas con fines defensivos.

Religión

Los chibchas creían en un dios supremo y al decir de la tradición, éste había enviado a Bochica para enseñarles la religión solar y las artes útiles.

Adoraban al sol, al arco iris, y a diversas divinidades. cuyos santuarios se encontraban en la cercanía de algunos lagos, montes y peñascos, considerados sagrados. Allí se levantaban, por lo general, los templos donde los sacerdotes hacían las ofrendas, consistentes en oro, piedras preciosas, frutas, etc.

El culto

En los templos, que a juzgar por algunas ruinas, eran grandes edificios de piedra sostenidos por columnas ricamente ornamentadas, los sacerdotes o xeques, oficiaban el rito ceremonial y ejecutaban los sacrificios humanos en forma bárbara y cruenta, siendo las víctimas, niños a quienes desde su más tierna edad, se les había consagrado al culto de Bochica.

Agricultura

Los chibchas eran buenos agricultores, conocían los beneficios del riego y lo practicaban por medio de canales. Cultivaron el maíz, la papa, la coca, la quinoa, el tabaco, etc., y fabricaban una bebida de maíz fermentado (chicha).

Industrias

Eran tejedores habilísimos y sabían teñir muy bien sus telas. Sus vestidos consistían en mantas de algodón, y usaban gorros o sombreros cuya forma variaba según el oficio y dignidad.

Trabajaban los metales, como el oro, la plata y el cobre y eran hábiles en el arte de la aleación de los mismos. Confeccionaban finas láminas de metal, objetos de orfebrería, máscaras de oro, ídolos y adornos diversos, habiendo acumulado ingentes riquezas en metales preciosos.

Fabricaron objetos varios de alfarería, algunos de ellos imitando figuras humanas y de animales. Estas alfarerías eran decoradas con pinturas, sobre las cuales extendían una fina capa de barniz.

Comercio

Practicaban el comercio intercambiando diversos productos, como sal, maíz, oro, piedras preciosas, etc. Además, para las transacciones comerciales usaban una especie de moneda, consistente en pequeños discos de oro. Tenían mercados y en determinadas épocas del año organizaban ferias comerciales.

Sus viviendas formaban verdaderas aldeas y ciudades, algunas de ellas defendidas por empalizadas que hacían las veces de murallas. Las viviendas de la gente del pueblo, eran chozas de madera y arcilla, cubiertas por un techo cónico de paja o mimbre y rodeados por cercos y empalizadas para su defensa. Después estaban los "palacios" de los jefes y caciques, que contaban con gran número de habitaciones. **Construcciones**

Sabían construir calzadas bien empedradas y para vadear los ríos emplearon puentes colgantes de fibras vegetales.

En sus construcciones emplearon muy poco la piedra.

En los alrededores de Tunja se encuentran ruinas de columnas talladas y esculpidas que dan alguna idea acerca de su arte arquitectónico.

Las culturas preincaicas de la costa del Perú. — Cuando los españoles en el siglo XVI, entraron al Perú, encontraron allí un poderoso Estado perfectamente organizado, cuya civilización se había extendido a varios pueblos vecinos: el imperio incaico. Pero su antigüedad no era mucha, pues en el mismo territorio se habían desarrollado con anterioridad otras culturas, pertenecientes a pueblos, algunos de los cuales, habiendo sido conquistados por los incaicos, se fusionaron en el imperio.

Efectivamente, los trabajos arqueológicos han revelado que antes de la constitución del imperio de los Incas, vivieron allí otros pueblos de cuyas culturas comparables a la de éste, hay rastros en diversas partes de los valles de la costa peruana y en los alrededores del lago Titicaca, extendiéndose la cultura desarrollada en este último sitio a la zona del altiplano.

Tres son las civilizaciones principales que se desarrollaron en la costa del Perú, en la parte sudeste del mismo y en la meseta boliviana. **Principales civilizaciones preincaicas**

Hacia el sur de la costa peruana, las culturas de Ica y de Nazca: hacia el sudeste del Perú, en la zona del Titicaca, extendiéndose por la meseta de Bolivia, la de los collas o aimarás de Tiahuanaco; y por último, en la par-

te norte de la costa del Perú, la de los yuncas o del Chimú.

Culturas de Ica y de Nazca

A la altura de los 15° de latitud sur, se extiende en el Perú una zona en la que se levantaron las ciudades de Ica y de Nazca, que ya habían sido conquistadas por los incaicos al llegar los españoles, zona en la que, de acuerdo a los datos proporcionados por la arqueología, se puede asegurar que se había desarrollado la más antigua civilización de la costa del Perú, cuyos caracteres presentan verdadera originalidad.

En las sepulturas antiquísimas de la región, se han descubierto objetos de cerámica, cuyo estilo pertenece a la cerámica adornada de Nazca. Pero se ha observado que allí donde se encuentra esta cerámica, no existen huellas de telas, que acompañan frecuentemente a la cerámica de otro estilo en antiguos enterratorios peruanos. De donde se deduce que los hallazgos de vasos y objetos de cerámica junto a los cuales no se encuentran restos de tejidos, pertenecen a un pueblo que no los confeccionaba, y que por lo tanto, es de mayor antigüedad que los demás.

Además, en estas viejas sepulturas, no se han encontrado objetos de oro y de plata, que acompañan comúnmente a los restos perteneciente a los peruanos de épocas posteriores.

Los pueblos que pertenecían a las culturas de Ica y de Nazca, se extendieron luego hacia el norte llegando hasta Trujillo, que más tarde fué centro cultural chimú.

Con lo expuesto, podemos suponer que en tiempos remotos, en la costa peruana que se extiende desde Trujillo a Nazca, vivió un pueblo bastante civilizado, cuyas huellas materiales atestiguan que conocía el arte de la cerámica (vasos pintados de varios colores y de motivos diversos, representando a veces escenas mitológicas), pero que desconocía los tejidos y el trabajo de los metales.

Cultura aimará

La civilización de los aimarás o collas del Perú y Bolivia, ha sido considerada como muy anterior a la de los incaicos. En el territorio habitado por ellos, en parte del Perú y del altiplano boliviano se encuentran ruinas

grandiosas como las del Tiahuanaco, cercanas al lago Titicaca, y sepulturas llamadas chulpas, en toda la zona, cuyas características son muy diferentes a las existentes en otras regiones del Perú, y sin duda de data mucho más antigua.

Orígenes

Con referencia al origen y establecimiento de los aimarás o collas en la meseta del Titicaca y en los valles inmediatos, y en el altiplano, nada se sabe. Lo único que se puede decir, hasta ahora, estando a este respecto de acuerdo los cronistas con los mitos incaicos, es que la civilización peruana emanó de la aimará en época muy remota y que de la región del Titicaca salieron el clan y los jefes guías, que pusieron las bases del poderío y de la civilización del imperio incaico.

Como dijimos, abundan en la zona que nos ocupa, sepulturas y ruinas gigantes, de templos y palacios.

Chulpas

Las sepulturas afectan la forma de dólmenes, constituídas por una piedra horizontal colocada sobre dos o más piedras verticales, o tienen la forma de torres redondas o cuadradas. Estas últimas son las llamadas chulpas, encontradas principalmente en las inmediaciones del lago Titicaca, donde se levantan grupos que varían entre 20 y 100 de estas torres sepulcrales.

Las chulpas, consisten como dijimos, en torrecillas de piedras labradas o no, cubiertas por una especie de tejado redondo, cuyo diámetro es generalmente mayor que la base de la construcción. La altura varía entre 2.50 y 5 metros, parte sobre la superficie y parte debajo de tierra. En su interior presentan una cámara con nichos, en los cuales se han encontrado huesos, restos de ropas y diversos adornos.

Cámaras sepulcrales

Cerca del lago Umayo, en la península Sillustani, que penetra en el mismo, se han encontrado cámaras sepulcrales que difieren de las descriptas, de entrada muy baja y que contienen muchos nichos.

Construcciones

Las gigantescas construcciones, verdaderamente ciclópeas, cuyas ruinas se admiran en las proximidades del

Titicaca, nos inducen a creer en la existencia de un gran estado, en épocas muy anteriores al imperio incaico que, disponiendo de medios y recursos excepcionales, pudo erigir esas moles de piedra, con características arquitectónicas que responden a un estilo propio.

Las ruinas más importantes se han encontrado en las orillas o cercanías del lago Titicaca, principalmente en Copacabana y en Tiahuanaco. Las últimas, de las que nos ocuparemos a continuación, son indudablemente, la manifestación más grandiosa de la antigua cultura aimará.

Ruinas de Tiahuanaco

Las ruinas de la ciudad de Tiahuanaco, que estaba situada a 4.300 metros sobre el nivel del mar, al sur del lago Titicaca, comprenden las de Acapana y Pumacocha, ambos grupos situados sobre plataformas o terrazas de más de veinte metros de elevación.

Las excavaciones practicadas en la colina de Acapana, han puesto en descubierto varias construcciones de tamaño imponente, entre ellas las de un palacio de muros ciclópeos, que en su cara externa presenta una cantidad de pequeños nichos, llamando la atención una escalera de piedra roja semejante a las de las construcciones del Yucatán.

El templo del Sol

Una gran cantidad de menhires o piedras colocadas verticalmente, fijas en el suelo, cubren la llanura que rodea la meseta de Acapana, destacándose hacia el oeste la célebre puerta del Sol, que es un monolito que aún se encuentra en buenas condiciones de conservación. Esta construcción, formada por un solo bloque de pórfido, se eleva a la 2.33 metros de altura, tiene 4.33 metros de ancho, y un metro de espesor, siendo el ancho de la puerta de 0.67 metros. Este monolito, que presenta todas sus caras profusamente esculpidas, tiene la cara anterior dirigida hacia el este y la posterior hacia el oeste. La primera, presenta sobre el dintel de la puerta un friso de bajorrelieves, en el centro del cual se destaca la figura que representa al dios sol, con la cabeza circundada de rayos luminosos que terminan en círculos o en ca-

bezas de serpiente. Una cinta anudada al cuello del dios, llega hasta el cinturón, del cual cuelgan varias cabezas humanas. En el pecho de la figura se observa la representación de dos serpientes y en cada mano sostiene un cetro. Rodean al ídolo gran número de figuras divididas en tres filas, que representan cóndores que miran hacia arriba, y guerreros alados en actitud de reverenciar al dios. En la parte inferior de esta triple hilera, hay otra transversal que presenta, entre gran número de ornamentos, las imágenes del sol y de la luna rodeadas de rayos de luz.

Sobre una colina más baja que la anterior se levantaban las construcciones de Pumacocha, pero ellas se han destruído y lo único que resta de las mismas, son cantidad de piedras talladas esparcidas por el suelo.

Las ruinas de Tiahuanaco fueron admiradas por los conquistadores españoles y los cronistas de esa época han dejado relación de la profusión de las mismas, consistentes en templos y palacios gigantescos, —algunos de ellos de 150 metros de largo por 125 metros de ancho—, estatuas y monolitos esculpidos; pero gran cantidad de estos monumentos en la actualidad han desaparecido, ya sea por la acción del tiempo o por haber sido destruídos, destinándose sus materiales para construcciones diversas en las poblaciones vecinas.

Otras ruinas

También se han encontrado interesantes ruinas en las orillas e islas del lago Titicaca, sobre todo en la isla del mismo nombre, donde antiguamente hubo un gran santuario del dios sol al que acudían nutridas peregrinaciones de fieles. Al lado del templo derruído, se encuentran ruinas de antiguas construcciones que sirvieron de albergue a los sacerdotes, a las vírgenes del sol y a los peregrinos. En la isla de Coati, se veneraba a la luna, y allí también aparecen ruinas de construcciones destinadas al culto religioso.

Caminos

Fueron, asimismo, excelentes constructores de caminos polifurcados, que recorrían el imperio en distintas direcciones.

Industrias

Los aimarás fueron buenos tejedores, si nos atenemos a lo encontrado en sus sepulturas, y conocieron el arte de la cerámica, fabricando vasos de formas variadas, representando algunos de ellos cabezas humanas, y otros, adornos consistentes en figuras geométricas.

Trabajaron los metales, como el oro, la plata y el cobre, y conocieron el bronce. Fabricaron cuchillos, cinceles y topos o sea alfileres de metal con cabeza consistente en placas de lo mismo, generalmente recortadas y con adornos de diverso motivo. Algunos topos, presentaban hasta cuatro cabezas o botones, característica que sólo se observa en estos objetos de procedencia aimará.

El Estado y la Sociedad

Los aimarás, constituyeron un estado, que si bien tuvo su centro en los alrededores del lago Titicaca y en el altiplano, extendió su dominación, tal vez, a las regiones del N. O. argentino.

Se organizaron en familias y linajes (ayllus), que al mando de sus jefes respectivos, sostuvieron luchas continuas, y hablaron el idioma aimará, que no hay que confundir con el quechua.

Sus jefes supremos o ingas, realizaron la unidad de las tribus aimarás creando el imperio, instituyeron el culto del sol y de la luna y ordenaron la construcción de los grandes monumentos, cuyas ruinas evocan aquella civilización.

Medios de subsistencia

Los aimarás o collas fueron agricultores, criaron ganado de llamas y vicuñas, que les procuraron lanas para sus vestidos y vivieron principalmente de la caza y de la pesca.

Los yuncas o chimús

Otro pueblo primitivo del Perú, que desarrolló una cultura propia, anterior a la de los incas, fué el yunca o chimú.

Su sede y procedencia

Su sede fueron los valles de la costa norte del Perú, que se extienden desde el Callao, hasta el norte de Túmbez, más o menos, entre los grados 5 y 14 de latitud sur.

Extendió su dominio por algunas regiones que fueron sede de la más antigua civilización de Ica, y proce-

dían, según parece, del norte, llegando a esas tierras por vía marítima. Poco a poco fueron sometiendo a diversos pueblos radicados allí con anterioridad, entre los que se encontraba aquél en cuyo territorio estaba el templo de Pachacamac, que fué y siguió siendo una especie de santuario general para los indios de todo el Perú.

La Gran Chimú

La capital de este estado estaba en la ciudad de Chanchán, conocida por los españoles con el nombre de la Gran Chimú, emplazada cerca de la actual Trujillo. Esta ciudad se levantaba sobre tres terrazas, destacándose en la primera el gran palacio del Chimú, hermosa construcción cuyas vastas galerías presentan sus paredes recubiertas de bajorrelieves pintados al fresco. Cerca de éste, existían otros palacios y templos, y luego las casas de la ciudad agrupadas y alineadas en calles, y separadas por amplios espacios y jardines.

Ruinas

Quedan como pruebas inconfundibles de esta civilización, ruinas esparcidas en una extensa llanura, de lo que fueron palacios y templos monumentales, con paredes ornamentadas con bajorrelieves y pintadas; gruesas murallas y pirámides, —como la llamada del Obispo, de unos 50 metros de alto y de gran base,— destinadas a sepulcros, contando con varias cámaras para depositar los cadáveres. Las murallas y las pirámides se construían con grandes piedras o cantos rodados, unidos por un cemento barroso. Son también dignos de notar los promontorios que servían de panteones, encontrándose en algunos de ellos multitud de galerías o cámaras, con nichos a ambos lados. En esos nichos se han encontrado esqueletos humanos vestidos con mantas de lana, con adornos de plumas y joyas de rico metal.

Canales

Agregaremos que todavía puede notarse un sistema complejo de canales que utilizaban para el riego. Cerca de Chimú las aguas de un río eran llevadas a la ciudad por un largo acueducto hasta un gran depósito, de donde el agua se repartía por medio de pequeños canales para regar los cultivos de maíz y de algodón.

Culto

Los chimús practicaron con fervor el culto de sus antepasados. Las momias aparecen en cuclillas de modo que las rodillas tocan el pecho. Al lado de los esqueletos aparecen armas, utensilios, vasos, y las ceremonias necrológicas eran solemnes, estando a cargo de sacerdotes especiales.

Industrias

Los chimús estaban más adelantados que los aimarás en lo referente a la industria, pues sus tejidos, cerámica, adornos y metales trabajados, eran de mejor calidad que los de aquéllos.

La alfarería chimú es particularmente interesante, pues a su buena calidad une la variedad de su forma. Los objetos, que representan animales y hombres, eran pintados reproduciendo escenas mitológicas, guerreras o de la vida diaria, que nos ilustran acerca de sus usos y costumbres.

En los sepulcros se han encontrado variedad de telas multicolores, de una trama muy particular y los adornos consisten en animales estilizados o figuras geométricas.

También eran excelentes orfebres. Se han encontrado vasos de oro y de plata artísticamente labrados y adornados con piedras preciosas.

Construían sus casas de adobe en forma de colmena, y eran buenos navegantes, utilizando canoas hechas de cuero de lobo marino o simplemente de paja. Además, fabricaban balsas de madera, con quilla, que movían por medio de velas.

Conclusión

Diremos para terminar, que los chimús gobernaron en toda la región de la costa norte del Perú, como los incaicos lo hicieron en la parte central y montañosa del mismo. Estos dos estados, vivieron largo tiempo en paz, hasta que iniciada la era de las grandes conquistas llevadas a cabo por los incas, los chimús fueron atacados por aquéllos. Después de larga y reñida lucha, durante la cual su capital fué destruída, cayeron vencidos y quedaron sometidos al poder de los incas.

V

El imperio Incaico. Area de difusión. Organización política, social y económica. La cultura.

El imperio Incaico. Area de difusión. — Cuando los españoles descubrieron y penetraron en el Perú, en la primera mitad del siglo XVI, encontraron allí un poderoso estado indígena, con sólida unidad política y con desarrollo cultural bastante apreciable: el imperio Incaico.

Este imperio, cuyo núcleo central era el Cuzco, había dilatado considerablemente sus límites territoriales, comprendiendo en la época citada, el territorio que se extiende en la costa del Pacífico desde el grado 2 de latitud norte, en Colombia actual, hasta casi el grado 36 de latitud sur, a la altura del río Maule, en Chile, teniendo una anchura máxima de unas ciento veinte leguas.

Su origen

La formación del vasto imperio Incaico o Quechua, comienza con la aparición —a mediados del siglo XIII de nuestra era— de Manco Capac, especie de profeta político religioso, que consigue sojuzgar algunas tribus del Cuzco, y se desarrolla durante el reinado de sus descendientes, por espacio de unos trescientos años, para terminar con el Inca Atahualpa, durante la conquista española.

Ya nos hemos referido a las principales civilizaciones preincaicas, desarrolladas dentro de los límites territoriales del que posteriormente fué el imperio Incaico, como la de los aimarás del Tiahuanaco, la del gran Chimú en la costa norte del Pacífico, y la de Ica y Nazca en la costa sur del mismo.

Todas estas civilizaciones correspondían, pues, a pueblos de radicación muy anterior en el territorio luego ocupado por los incaicos, y cuando éstos conquistaron algunos de ellos, que aún sobrevivían, aprovecharon los elementos de su cultura superior y la incorporaron a la propia. Luego, los incas dieron a su imperio, su organización política, social y económica.

Organización política, social y económica. La cultura.

El gobierno

El imperio Incaico desde el punto de su organización política, constituía una monarquía teocrática absoluta encarnada en la persona del inca.

El inca

Manco Capac, al fundar la dinastía, dijo descender del sol, lo mismo que su hermana Mama-Oello, que era al mismo tiempo, su esposa, y como sus descendientes sólo podían contraer matrimonio entre hermanos, el origen divino solar aparecía así ininterrumpido en los miembros de la familia reinante.

La persona del inca era considerada sagrada, y lo eran asimismo las ricas prendas de su uso personal, que al ser abandonadas por aquél, eran destruídas por el fuego. Su corte era numerosísima, su persona estaba rodeada de singular pompa, y el acercarse a su presencia, sólo era permitido, aún a los principales, con grandes muestras de humillación y acatamiento, y llevando una carga a las espaldas. Su gran poder se realzaba a los ojos del pueblo, por el boato de su vida cortesana, por sus ricas vestiduras, por sus visitas periódicas a las provincias de su imperio, y por su calidad de jefe supremo en el orden militar.

El inca se comunicaba con las partes más distantes de su Imperio, por medio de los chasquis o correos, que de posta en posta, a la carrera, llevaban sus mensajes y órdenes.

La familia imperial

La familia del inca constituía un linaje especial que los españoles llamaron orejones, porque era habitual en ellos agujerearse las orejas para suspender pesados pendientes. Estaban comprendidos dentro del mismo, además de sus hijos legítimos y parientes, sus hijos naturales y formaban un consejo, el llamado Consejo de los Orejones, que ejercía funciones judiciales y legislativas. Además, el consejo elegía al sucesor del inca entre los hermanos de éste, cuando al morir no había designado sucesor, dándole la borla o insignia, símbolo del poder imperial.

La segunda autoridad del imperio era el Villac-Unu

o sumo sacerdote, que en determinadas ocasiones, podía reemplazar temporariamente al inca.

La tradición dice que Manco-Capac y Mama-Oello, de origen divino por ser hijos del sol, fueron los fundadores del imperio, que llamaban de Tahuantinsuyu, es decir, orientado hacia los cuatro puntos cardinales, pues así lo estaban las cuatro provincias que lo componían, a partir desde el Cuzco. Esta ciudad fundada por Manco Capac, fué digna de ser la capital de tan poderoso imperio, por su situación, sus suntuosos templos y palacios, y sus sólidas y estratégicas fortalezas defensivas.

Cada provincia era gobernada por un alto funcionario, que pertenecía al linaje del inca, auxiliado por un consejo provincial.

La población del imperio incaico o quechua, estaba cuidadosa y artificialmente dividida, consultando, no las agrupaciones naturales de la familia, sino un sistema que consistía en reunir a diez de ellas bajo el mando de un jefe; agrupar diez de estos núcleos (cien familias), bajo la autoridad de otro jefe superior, y poner diez de estas jefaturas (mil familias), bajo un comando más alto. Por sobre estas autoridades, estaba la del capac o virrey. La población

En términos generales, la sociedad estaba dividida en tres clases: a la primera pertenecía la familia del inca, a la segunda, los señores o curacas, y a la tercera, el pueblo. No existía, pues, la igualdad social. La sociedad

Sólo las clases superiores podían ser propietarias. Las tierras que se entregaban al pueblo —como lo veremos — no era en propiedad, sino para su usufructo.

El estado intervenía en todas las manifestaciones de la vida del pueblo, hasta en la formación de la familia, pues era el encargado de efectuar la elección de las parejas que habían de unirse en matrimonio, ceremonia que se llevaba a cabo en forma colectiva, en determinados días, formándose dos hileras de jóvenes, de 18 a 20 las mujeres y de 24 a 25 los hombres. Los altos fun- La familia

cionarios presidían la ceremonia y juntando las manos de las parejas las declaraban desposadas. El vínculo matrimonial era indisoluble.

La comunidad proveía la habitación de las nuevas familias así formadas, y les asignaba una porción de tierra laborable para su usufructo.

La familia no podía cambiar de comuna o región sin orden de las autoridades. La situación de la mujer en el hogar era completamente inferior, análoga a la de la esclava.

Régimen económico

La organización del imperio estaba basada en la repartición de las tierras y en lo que podríamos llamar un comunismo agrícola.

Repartición de la tierra

Las tierras de cada provincia, se dividían en cuatro partes: la del sol, divinidad nacional, la del inca, la de los curacas o señores, y la que correspondía al pueblo, es decir, a la comunidad.

Las tierras destinadas al sol, al inca y a los señores, eran cultivadas por el pueblo, que en esa forma de trabajo personal, y con el hilado de la lana de llama o de vicuña, la confección de tejidos y vestuario para el inca y las milicias, la construcción de obras públicas y el laboreo de las minas, pagaba las contribuciones al estado.

Las tierras asignadas al pueblo, es decir, a la comunidad, se dividían en parcelas llamadas tupus, correspondiendo una de estas parcelas a cada matrimonio, agregándose otra por cada hijo varón, y media por cada mujer. Estas parcelas o tupus, no eran entregadas en propiedad, y sí únicamente para su usufructo, empleándose igual sistema en el reparto del ganado, consistente en llamas, del cual estaba permitido a los poseedores, la utilización de la lana.

Depósitos de productos

Debemos agregar que el gobierno tenía depósitos ubicados en la capital y en distintos puntos de las provincias, con productos que se destinaban para mantener a los enfermos e incapacitados para el trabajo, o

para auxiliar a las regiones donde la escasa cosecha ponía en peligro la alimentación de sus habitantes, con la obligación de devolverlos, en años prósperos. Además, se almacenaban los productos para abastecer al ejército en tiempos de guerra.

El trabajo estaba reglamentado y la ociosidad era severamente castigada. Cuando el trabajo era muy duro, como el del laboreo de las minas, se establecían turnos entre los trabajadores.

El trabajo

Los quechuas practicaron la agricultura en vasta escala, construyendo acequias y canales para el regadío y conocieron el uso del abono de la tierra, principalmente el guano.

Agricultura y ganadería

Se puede decir que ni una sola porción de tierra laborable, dejó de producir, pues sus cultivos fueron esmerados y excelentemente regados y abonados.

Fueron abundantísimas, en primer lugar, las cosechas de maíz y de papa. Cultivaron además el algodón, la coca, la yuca, la quinoa, el ají, etc.

La ganadería consistía en rebaños de llamas, de vicuñas y de guanacos, con cuya lana, se elaboraban los tejidos, utilizándose la carne para la alimentación. Preparaban el charqui que se empleaba principalmente para abastecer a las milicias.

La llama era empleada, también, como animal de carga.

La caza era permitida en ciertas épocas del año, que determinaban las autoridades.

Los incaicos llevaron a cabo grandes conquistas militares, que efectuaban con el fin de extender el reinado de su religión y propagar su cultura entre los pueblos vencidos, que debían adoptar la lengua quechua, quedando su territorio incorporado al del imperio.

El ejército, las conquistas

El ejército estaba perfectamente organizado, regía en él una severa disciplina, y se atenía a una bien ordenada jerarquía militar, factores que explican el por qué de sus triunfos militares.

El soldado quechua era sumiso, obediente, incansable en las marchas y de probada sobriedad.

Las buenas comunicaciones facilitaban la marcha de las expediciones militares, contando para ello con espléndidos caminos, tambos o refugios para las tropas y chasquis o correos que trasmitían los mensajes. Además, tenían excelentes puentes colgantes que extendidos de montaña a montaña o sobre los ríos, acortaban las distancias, y almacenaban en algunos sitios, armas, vituallas y productos destinados al ejército.

En las fronteras establecían colonias de carácter militar, para efectuar desde ellas la propagación del culto del sol, de las costumbres y de la cultura incaicos, entre los pueblos sometidos. Estas colonias eran ocupadas por gente de absoluta confianza del gobierno, llevadas allí desde distintas partes del imperio.

Las armas en uso fueron la flecha, la honda, la pica, el hacha, el lazo y la maza; se protegieron con cascos de madera, corazas de algodón y rodelas de cuero.

Industrias y artes

El sistema comunista de la colectividad impidió el desarrollo intensivo de la industria, a la que le faltó el estímulo de la competencia.

Sin embargo, sobresalieron en la confección de tejidos de lana de llama y de vicuña, los que eran variados y finísimos, siendo teñidos con vivos y brillantes colores, y a veces, ricamente bordados con hebras y lentejuelas de oro y de plata.

Los quechuas, que desconocieron el hierro, se distinguieron en el laboreo de las riquísimas minas de oro y de plata, que abundaban en su privilegiado territorio. Fueron excelentes metalúrgicos y sus alhajas y adornos de rico metal, atestiguan sus adelantos en orfebrería.

Confeccionaron cerámica y alfarería en gran escala, y en sus vasos, jarrones, urnas funerarias, —de formas y colores múltiples— pintaron y grabaron escenas y figuras que se referían a sus ritos, usos y costumbres.

No se destacaron en la pintura, que empleaban en el decorado de los muros de templos y palacios, ni en la ce-

rámica y tejidos, ni tampoco en la escultura, pues sus estatuas monumentales y figuras grotescas, esculpidas en piedra, denotan escasos adelantos en ese arte.

Los incaicos destacáronse en cambio, en la arquitectura que, en general, fué de carácter monumental, si se consideran las grandes construcciones, como templos, palacios y fortalezas, y en obras de utilidad pública, como los caminos, puentes y acueductos.

En la construcción de los templos y palacios, teniendo en cuenta sus proporciones gigantescas, debieron emplear el esfuerzo de multitud de obreros, que comenzaban su ciclópeo trabajo, con el transporte de los bloques de piedra, desde larga distancia, sin contar para ello con vehículos de rueda, pues ésta les era desconocida.

Estas grandes construcciones no tenían nada de artístico. Templos y palacios que cubrían grandes extensiones, presentan sus muros formados por piedras talladas, superpuestas con admirable justeza, sin cemento, pero su exterior era liso, sin ornamentación. Eran sólidos, pero bajos, de un solo piso, de líneas simétricas, sin arcos ni columnas, que realcen su belleza.

Los caminos, admirablemente construídos, eran rectos, conservando una dirección perfecta después de recorrer grandes distancias, con puentes colgantes hechos de cuerdas de fibras vegetales, con barandillas, tendidos sobre ríos y precipicios.

Al borde de los caminos se encontraban construcciones tales como los tambos y refugios, o locales destinados al almacenamiento de provisiones y de armas.

Todavía hoy se pueden admirar, entre otras, las ruinas incaicas del Cuzco, de Ollantaytampu, y las chulpas y sepulcros de variado estilo que, en cantidad, se encuentran en todas las zonas del Imperio.

Ciencias

Casi todos los conocimientos eran adquiridos por la repetición y la rutina y sólo los amautas u hombres sabios, eran los poseedores de conocimientos científicos, diferenciándose del atribuído a los sacerdotes, que se

decían exclusivos poseedores de la magia y ciencia divina.

Los incaicos conocían el sistema numérico decimal, pero su cálculo no iba más allá de cien mil. Fueron mediocres astrónomos, pues dividieron el año en doce meses lunares, división que les obligaba a frecuentes correcciones.

Los amautas practicaron la medicina por medio de la aplicación de ciertos vegetales y el uso de las sangrías: fueron audaces cirujanos, a juzgar por el hallazgo de un cráneo trepanado.

Como ingenieros, sobresalieron en la construcción de los grandes palacios y templos, de los hermosos caminos, acueductos, puentes y canales de irrigación.

Lengua y literatura

Hablaban la rica y armoniosa lengua quechua, y cultivaban la poesía y oratoria, pronunciándose discursos en días festivos. Cantaban el triunfo de sus héroes, y sus recitadores hablaban de la historia de los incas.

Los quipus

Pero esta literatura incipiente, se veía trabada por carecer de escritura. En su reemplazo emplearon un sistema llamado de los quipus, consistente en ringlas de cuerdas anudadas y teñidas de modo y color variado de acuerdo a un código preestablecido. El número de ideas que podían expresarse por este sistema era, naturalmente, muy reducido, y a lo que parece, él servía sobre todo, para llevar la contabilidad de los negocios del imperio.

A los amautas y a los quipucamayos, especie de cronistas encargados de los quipus, correspondía la tarea de interpretar y comentar, con ayuda de la memoria, las tradiciones y noticias expresadas en ellos, en forma sintética. La clave de los quipus se ha perdido, y su lectura es en la actualidad imposible.

Religión y culto

La religión de los incaicos era politeísta, pues adoraban muchos dioses y divinidades diversas. Creían en un dios creador, supremo, llamado Viracocha o Pachacamac, a quien estaban subordinadas las demás divinidades, distinguiéndose asimismo, por la adoración de los as-

trazado de acequias y canales que llevaban el agua a los terrenos que la necesitaban. Cultivaron maíz, porotos, zapallos, etc., constituyendo estos productos la base de su alimentación, que completaban con la fruta de tuna, algarrobo y chañar, y con la caza mayor y menor.

Cultivaron el tabaco y lo fumaron, a juzgar por el hallazgo de pipas de barro, y fabricaron aloja de algarrobo y otras bebidas fermentadas.

La observación de las ruinas, revela que las habitaciones de los diaguitas eran de forma cuadrada, rectangular o circular y las paredes de piedra, colocadas unas sobre otras, sin cemento, gruesas y bajas. Las puertas eran bajas y no se conoce cómo construían los techos.

Sus moradas agrupadas en forma que casi no permitía el trazado de calles o pasajes, formaban aldeas y pueblos, ubicándolos principalmente en lugares de fácil defensa, en lo alto de las colinas y en las cuestas y valles.

Industrias y artes

Sus industrias eran muchas y variadas, y consistían en el tejido y sus derivados, en la alfarería, fabricación de utensilios y metalurgia.

Los tejidos eran de lana de guanaco, vicuña y llama, finos o gruesos, generalmente de colores amarillo, rojo o pardo, adornados con líneas rectas y quebradas. Con ellos confeccionaban los vestidos y demás prendas de uso personal. Son famosos sus telares rudimentarios y sus métodos de elaboración, cuya habilidad manual, ha pasado de generación en generación, perdurando hasta en sus actuales remotos descendientes.

El vestido consistía, para los dos sexos, en una camisa larga que llegaba hasta las rodillas, en túnicas y ponchos de lana de guanaco, llama o vicuña. Se adornaban la cabeza con plumas sujetas por una vincha de lana y usaban ojotas o sandalias de cuero.

En alfarería habían adquirido gran adelanto, y sus platos, jarrones, vasijas, urnas funerarias, ídolos, estaban muy bien modelados, ornamentándolos con pinturas y grabados, que eran copias realistas de animales, plantas, y formas humanas.

Para la fabricación de utensilios, emplearon la piedra, el hueso, el asta y la madera. Trabajaban perfectamente la piedra, empleándola para fabricar variedad de utensilios, grandes morteros artísticamente esculpidos y adornos diversos. Se han encontrado también, máscaras trabajadas en piedra.

En metalurgia estaban bastante adelantados. Usaban hornos primitivos de fundición y confeccionaban infinidad de objetos y adornos de metal, algunos de ellos de oro y plata, los más de cobre y de bronce. Estos objetos y ornamentos de metal presentan, a veces, bajorrelieves admirablemente esculpidos.

Entre los adornos y alhajas de metal, podemos citar los discos y diademas de cobre, plata y oro, que usaban en la frente y en el pecho; amuletos que colgaban del cuello, pendientes, aros, prendedores y brazaletes de cobre y de plata.

Otras manifestaciones del arte de los diaguitas, consisten en sus esculturas de piedra dura y de madera, que representan hombres y animales, y en los dibujos y grabados ya mencionados, encontrados en rocas y grutas, entre los que se observan figuras de diversos colores, representando escenas de la vida diaria, jefes adornados con plumas llevando sus armas, mujeres que cargan sus niños, animales, etc.

Organización social

La familia tenía por base la poligamia. Era costumbre que en caso de fallecer el marido, la viuda debía casarse con el hermano de aquél.

Las tribus de cada comarca, se agrupaban bajo el mando de jefes militares.

Religión

Los diaguitas adoraban a los astros, principalmente al sol, y también al relámpago, al trueno y a los árboles.

Las ceremonias religiosas presididas por los sacerdotes se realizaban en medio de orgías y sacrificios sangrientos.

En Tafí (Tucumán) se han encontrado menhires y piedras paradas —algunas de ellas labradas—, destinadas al culto religioso.

Las ceremonias funerarias duraban ocho días. Junto

al cadáver se colocaba comida y bebida, se quemaban hierbas olorosas, y se le enterraba en fosas revestidas de piedra, habiéndose encontrado enterratorios junto a los pueblos.

En las urnas funerarias sólo se depositaban, por lo general, cadáveres de niños.

Influencia de las culturas del norte. — Con respecto a la influencia de las culturas del norte, sobre los pueblos aborígenes de la región noroeste de nuestro país, disienten los autores, pues a la par que algunos la niegan, otros, como Boman, no solamente la admiten, sino que, basados en argumentos de carácter lingüístico, arqueológico, folklórico e histórico, llegan a la conclusión de que la cultura de los pueblos que nos ocupa, es netamente peruana.

Una tercera opinión, sostiene que las viejas culturas peruanas y las del altiplano boliviano, han mantenido con los pueblos aborígenes del noroeste argentino, estrechas vinculaciones e influenciado poderosamente en su formación cultural.

Los que así opinan, dicen "que nadie duda que mucho antes que empezara a diseñarse el desarrollo cultural incaico, existían contactos entre nuestros pueblos montañeses y los que dominaban el altiplano andino (cultura aimará del Tiahuanaco).

"Si la dominación incaica en la región andina, — agregan— es un hecho innegable, según los cronistas, es innegable también que aquella civilización no consiguió absorber a ésta por infiltración ni por dominio. Los puntos de semejanza que ambas ofrecen no son suficientes para sostener que una dió origen a la otra. Y si así hubiera sucedido, las desemejanzas que ofrecen son tantas y tan variadas, que habrá que admitir desarrollos paralelos y evoluciones locales que han respondido a iniciativas de carácter también local".

En definitiva, es indudable la influencia de las culturas del norte, sobre los aborígenes del N. O. argentino: primero, la de los aimarás, luego, la de los incai-

cos, evidenciada en las semejanzas de sus manifestaciones artísticas, religiosas, industriales y en sus costumbres.

Comercio y medios de transporte. — Los diaguitas mantuvieron activo comercio con los pueblos vecinos, principalmente con los del norte y del oeste, intercambio comprobado por haberse encontrado en la región por ellos ocupada, objetos de procedencia extranjera. Este intercambio comercial fué favorecido por los excelentes caminos polifurcados, que facilitaban el transporte de los productos y la comunicación entre los pueblos.

2º) Pueblos históricos de las selvas chaquenses

Los indígenas del Chaco y del litoral. — La vasta llanura cubierta por las selvas chaquenses, que a partir del este de Salta comprende las gobernaciones del Chaco y Formosa, el noreste de Santiago del Estero y parte de Santa Fe, estaba habitada por una serie de pueblos nómades y sumamente belicosos, que defendieron tenazmente su suelo, hasta época todavía reciente.

Estos pueblos aborígenes comprenden cuatro grandes grupos: matacos-mataguayos, guaycurúes, chorotes y chiriguanos. Este último grupo procedía del Chaco boliviano, y en el siglo XVI vivía en la parte este de Salta, siendo el único de los cuatro citados, que no era propio de la zona.

Pertenecen a los matacos-mataguayos: los matacos, vejones, chulupíes y noctenes; y a los guaycurúes: los tobas, mocovíes, guaycurúes propiamente dicho, y abipones.

Consideraremos especialmente los matacos y tobas, teniendo en cuenta que son los más importantes de sus grupos respectivos. Luego nos referiremos exclusivamente a los chorotes y chiriguanos.

Los matacos

Habitan los matacos las márgenes superiores del Bermejo y Pilcomayo. Son fuertes, belicosos y de estatura generalmente elevada.

Sus cabañas, agrupadas en pequeñas poblaciones, son hechas con ramas hundidas en el suelo y unidas arriba, formando bóveda.

Se alimentan con los productos de la caza y de la pes-

ca y con algunos vegetales y frutas silvestres. Saben preparar bebidas fermentadas y consumen tabaco que fuman en pipas de madera.

Prefieren los alimentos cocidos y para obtener el fuego, hacen girar entre las manos, un palo cilíndrico sobre otro colocado en forma horizontal.

En cuanto a las industrias, la principal es la textil, distinguiéndose en la confección de bolsas de diversas formas.

Pueblo que vive cerca de los ríos, fabrica canoas con la corteza de los árboles y redes para la pesca.

Su alfarería consistente en cacharros de barro cocido, es rudimentaria, manifestándose buen gusto en los dibujos de los tejidos, y en la fabricación de pipas de madera.

Sus vestidos, —cuando los llevan— consisten en mantas y camisas, y se adornan con plumas de avestruz, collares de conchas y pulseras de cuero. Acostumbran tatuarse y pintarse la cara de diversos colores.

La dedicación principal de los matacos, es la caza y la pesca, pues la agricultura casi no la practican, y dado su espíritu belicoso, viven luchando entre sí, obedeciendo a sus caciques que ejercen su jefatura en la guerra y tienen alguna autoridad en tiempos de paz.

Los hombres fabrican únicamente sus armas, que son el arco, la flecha, la lanza y la macana. Las mujeres hacen todo lo demás.

Los matacos creen en la existencia del alma, y en espíritus que habitan debajo de la tierra y suelen salir e introducirse en el cuerpo de las personas, enfermándolas. Los brujos y hechiceros, son los encargados de curar a los enfermos.

Colocan a sus muertos en fosas que cubren con ramas, o envueltos en una red los depositan en un árbol, sin olvidar de poner un recipiente con agua cerca del cadáver.

Los tobas

Los tobas, pueblo perteneciente al grupo guaycurú, es el más belicoso de los que habitan la selva chaquense.

El toba vive en la zona bañada por el curso medio y desembocadura de los ríos Bermejo y Pilcomayo y en la parte norte de Santa Fe, y físicamente considerado, es de cuerpo hercúleo y de estatura muy elevada.

Construyen sus habitaciones en forma semejante a la de los matacos, empleando además con el mismo fin, especie de toldos, hechos de ramas y cubiertos de esteras de fibras vegetales. Agrupan sus cabañas en pequeñas poblaciones.

Obtienen el fuego, por el mismo procedimiento de los matacos.

Viven de la caza y pesca, o de frutas silvestres, alimentándose también con carne de animales montaraces. Saben extraer la miel de abeja de los panales y consumen bebidas fermentadas preparadas con algarrobo, maíz y mistol. Son fumadores de tabaco.

La industria se refiere solamente a la confección de sus armas, utensilios de uso común, alfarerías muy rústicas, vestidos, adornos y pipas de madera.

Los hombres usan como vestido una manta de lana teñida de varios colores, y las mujeres también usan mantas, pero de cuero de nutria, sosteniéndola con fajas de diferentes colores. Además se visten con camisetas de fibras de caraguatá y sacos largos o cortos de cuero de nutria.

Las mujeres tobas se tatúan la cara y llevan el cabello corto, y los hombres se pintan, suelen trenzarse el cabello y llevan collares de discos de conchas y dientes, como adorno.

Los tobas se distinguen por su instinto belicoso. Continuamente guerrean entre sí, y sus luchas con los blancos son bien conocidas.

Sus armas son el arco, la flecha, la lanza y la macana.

El hombre compra a su futura esposa y las familias se agrupan obedeciendo a un cacique que debe ser hombre de valor probado.

Sus muertos son depositados en fosos pequeños, y en-

tierran vivos a los ancianos cuando enferman y no esperan mejoría.

En cuanto a sus creencias religiosas, los tobas admiten la existencia de un espíritu del bien y otro del mal. Al primero lo invocan para que los proteja y le rinden culto y tratan de conjurar la ira del segundo. Sus sacerdotes son como genios intermediarios entre la divinidad y los hombres, y, a la vez, ejercen de curanderos.

Los chorotes

Los chorotes viven en las tierras bañadas por el curso superior del Pilcomayo. Son altos, fornidos y belicosos.

Sus habitaciones construídas de ramas, afectan la forma hemisférica, y están cubiertas de pasto y hojas de palmera.

Se alimentan con el producto de la caza y pesca, frutas silvestres, especialmente la de cháguar. El fuego lo obtienen como los matacos y casi no conocen las bebidas fermentadas.

Su vestido, tanto para hombres como para mujeres, consiste en una manta que les llega a los tobillos. Los hombres y los niños, andan casi siempre desnudos.

Hombres y mujeres usan tatuajes y se pintan la cara de rojo, adornándose con vinchas hechas de la piel de pájaros, y con plumas de distintos colores. En las orejas usan como adorno, discos de madera, sujetos en el lóbulo agujereado por un largo cilindro también de madera.

Fabrican morteros de madera, malas alfarerías, bolsas, peines de madera y de espinas y redes de cháguar. Ornamentan sus bolsas y mantas con dibujos geométricos.

Las mujeres son las encargadas de todos los trabajos. El hombre pesca, hace sus armas y guerrea.

Creen en espíritus buenos y propicios, y para aplacar la ira de los espíritus malignos producen ruidos con tambores y matracas.

Los sacerdotes o hechiceros, ofician el culto y curan a los enfermos, mediante cantos, gritos, sangrías, etc.

Los ritos funerarios consisten en danzas especiales, colocándose el cuerpo del muerto en un lugar no distante de la población, sentado y con un recipiente con agua y otro con alimentos.

Las cabañas de los chorotes se agrupan formando pequeños pueblos. En cada uno de ellos ejerce la jefatura un cacique, dependiendo todos de un cacique superior.

Los chiriguanos

Procedentes del Chaco boliviano, las tribus de los chiriguanos, son de raza guaraní. Habitaron luego la región selvática del este de Salta, el Chaco, y el norte de Santiago del Estero.

De estatura semejante a los matacos y chorotes, son de cuerpo bien proporcionado, pulcros e inteligentes. Hablan un dialecto muy semejante al idioma guaraní.

Sus cabañas de forma rectangular, son del tipo del "rancho" de nuestra pampa: armazón de ramas, techo de paja, con una sola abertura y paredes de cañas ligadas, llenas de barro en su parte interna. Estas viviendas las agrupan en pequeñas aldeas.

Viven de la caza y pesca, y practican la agricultura en pequeña escala. Preparan una bebida de maíz fermentado, llamada chicha.

Los hombres usan poca ropa, generalmente una especie de tapa rabo, permaneciendo desnudos cuando no salen del bosque. Las mujeres visten una larga camisa.

Acostumbran a llevar el cabello largo sujeto por una vincha frontal y se pintan la cara, los brazos y los pies.

El tembetá es el adorno característico del hombre chiriguano. Consiste en un disco de metal o madera, que se introduce en el labio inferior, sujetándose en la parte interna por una especie de travesaño.

Fabrican alfarerías toscas, consistentes algunas en vasos de formas variadas, con dibujos de color.

Los chiriguanos creen en un ser supremo, creador de lo existente, a quien atribuyen el principio del bien. Lue-

go admiten la existencia de espíritus protectores y malignos en que se han convertido las almas de los muertos.

Sus hechiceros, ejercen la función sacerdotal y curan a los enfermos por medio de conjuros.

Los cadáveres son colocados en cuclillas en grandes vasos de barro.

Cada tribu tiene su cacique que ejerce su cargo hereditario, en la paz y en la guerra. Belicosos, para guerrear se pintan la cara, y usan el arco, la flecha, la lanza y se cubren el pecho con corazas de cuero y fibras vegetales.

3º) Los pueblos históricos del litoral

Las tribus o pueblos componentes de este grupo, habitaban la zona del litoral argentino, que comprende la gobernación de Misiones, Corrientes, litoral de Santa Fe, Entre Ríos e islas del delta del Paraná.

Estas tribus del litoral, habitaban la región en la época de la conquista, habiendo desaparecido hoy casi por completo.

Los principales pueblos que constituían este grupo, casi todos nómades, eran los siguientes: guaraníes (principalmente los cainguás), mocoretás, agaces, mepenes, payaguás, charrúas, corondas, timbúes, quiloazas, minuanes, chanás, etc.

Es difícil establecer con precisión la ubicación de estos pueblos y trazar el área de difusión de los mismos, pues algunos de ellos, residían a la vez en diferentes puntos del amplio litoral.

Trataremos principalmente de los cainguás, y charrúas, por presentar rasgos típicos comunes a los pueblos del litoral.

Los cainguás

Los cainguás habitan en parte del Paraguay y en la gobernación de Misiones, ocupando los montes San Ignacio y Corpus.

Estos indios misioneros, proceden de la región noroeste, de la que llegaron cruzando el Paraná y forman parte del gran grupo lingüístico tupi-guaraní meridional, radicado desde antiguo en la cuenca del Río de la Plata.

Los cainguás, indígenas sedentarios, físicamente con-

siderados, son de talla algo menor que la mediana, de cuerpo robusto, menos las piernas, tez bronceada, pelo negro y algo ondulado y barba escasa. Hablan un dialecto tupi-guaraní del sur, tal vez más puro que el hablado hoy por los del Paraguay. Son poco belicosos.

Los cainguás construyen dos clases de habitaciones, unas provisorias y otras fijas. Las primeras son de ramas, troncos y hojas de palmeras; las segundas son verdaderos ranchos de paredes de troncos asegurados con cañas y ataduras de fibras, revestidas de barro. El techo de estos ranchos es de paja o de hojas de palmera y a dos aguas. Existen pocas aldeas, pues edifican sus viviendas aisladamente.

Viven de la caza, de la pesca y de los productos de la agricultura. Cultivan maíz, zapallo, algodón, mandioca, batatas, porotos, etc. Poseen numerosos animales domésticos. Se alimentan, sobre todo, de maíz que comen asado o pisado, de frutas regionales, larvas de escarabajos y mariposas, carne asada de tapir, chancho del monte y venado.

Obtienen el fuego en la misma forma que los matacos, fuman tabaco en pipas de barro, e ignoran el consumo de bebidas fermentadas.

Se visten, los hombres con una manta alrededor de la cintura y las mujeres con una especie de chiripá. Se adornan las mujeres, con aros, collares de semillas, pulseras de plumas y se pintan la cara. El hombre, entre otros adornos, usa el tembetá, para él exclusivo, que es un cilindro de madera largo, que coloca en el labio inferior, previamente agujereado.

Sus tejidos son de algodón, teñidos de variados colores, empleando para su confección telares muy primitivos.

Aparte de la industria textil, fabrican algunas alfarerías, como ollas, pipas y platos, y utilizando la caña del tacuarembó, hojas y fibras vegetales, hacen canastos, cestas, sombreros, adornándolos con dibujos geométricos de color negro.

Además saben construir hamacas de algodón, morteros de madera e instrumentos musicales, como flautas de tacuara, pitos, tambores, y hasta guitarras y violines.

Antes de contraer matrimonio el hombre prepara su casa y su sembrado para subvenir al mantenimiento de su familia; sin embargo, la mujer es la que se ocupa de todos los trabajos.

Los cainguás obedecen a caciques, son poco belicosos, usando como únicas armas, el arco, la flecha y el garrote. Intercambian sus productos agrícolas y objetos de industria, por otros extranjeros que necesitan.

Su religión consiste en la creencia de un ser superior, que vela por sus vidas, pero que también los castiga. Creen que después de la muerte las almas van hacia la divinidad suprema o se transforman en un animal montaraz.

Son supersticiosos y se precaven con infinidad de amuletos.

Entierran a sus muertos en sus mismas habitaciones, las que luego queman, levantando después una especie de carpa en el sitio que estuvo la misma, dentro de la cual ponen agua, alimentos y armas.

Los charrúas

Los charrúas procedentes del actual territorio del Uruguay, habitaron en Entre Ríos y Corrientes. Eran nómades.

De estatura regular, fuertes, de cabeza grande y cara alargada, el charrúa se caracterizaba por el color muy obscuro de su tez. Hablaba un lenguaje gutural y duro, que se desconoce.

Vivían en habitaciones formadas por un armazón de ramas recubiertas de pieles, que levantaban a orillas de los ríos y arroyos. Se alimentaban de carne asada y de pescado, y preparaban una bebida fermentada semejante a la chicha.

Sus vestidos consistían en camisetas de cuero para los hombres, pero frecuentemente no usaban ninguno. Las mujeres llevaban una manta anudada a la cintura.

Practicaban la caza y la pesca y no cultivaron la tierra.

Fabricaban objetos de piedra y de hueso, como cuchillos, raspadores y morteros. Sus alfarerías eran sumamente rústicas, con grabados geométricos.

Los charrúas practicaban la poligamia.

Cuando moría un miembro de la familia se le enterraba con sus armas, y los demás familiares se sometían a bárbaros sacrificios.

Era una tribu muy belicosa. Alrededor de sus viviendas construían empalizadas con fines defensivos. Peleaban con arcos, flechas, boleadoras y cuchillos de piedra.

VII

Los pueblos de la Pampa, Cuyo, Patagonia y Tierra del Fuego.

4º) Pueblos históricos de las llanuras

Tres agrupaciones aborígenes, los querandíes, los puelches y los araucanos, habitaban la inmensa pampa o llanura que cubre gran parte de la zona que comprende la provincia de Buenos Aires, gobernación de la Pampa, sur de Santa Fe, de Córdoba, y de San Luis, oriente de Mendoza y la parte de la gobernación de Río Negro comprendida entre los ríos Negro y Colorado. Además ocupaban la región montañosa que se extiende en toda la gobernación del Neuquén y occidente de Mendoza. En una palabra, este grupo de pueblos vivía en la región pampásica y en una parte montañosa de Cuyo y Neuquén. La otra parte de Cuyo (norte de San Luis y de Mendoza, y la provincia de San Juan), era ocupada por la gran familia de los huarpes, pertenecientes al grupo de los diaguitas.

Los querandíes

Los querandíes, ocupaban la parte norte de la provincia de Buenos Aires, desde el río Salado, y Santa Fe, hasta el Carcarañá, llegando en sus avances, hasta el este de la gobernación de la Pampa y sur de Córdoba.

Era un pueblo semi-sedentario, fuerte y muy belico-

so, que construía sus habitaciones con pieles de animales a orillas de los ríos y lagunas, formando pequeñas aldeas.

Su alimentación era casi exclusivamente carnívora, que procuraban con la pesca y la caza del avestruz, guanaco, nutria, mulita, etc.

Conocían el maíz y las bebidas fermentadas.

Su industria se concretaba a la fabricación de cacharros de barro, de morteros y cuchillos de piedra, boleadoras de piedra para la caza, y redes para la pesca.

Vivían casi desnudos, pues sólo usaban una manta alrededor de la cintura, y en sus guerras frecuentes, conducidos por sus caciques, empleaban el arco, la flecha, la lanza y las boleadoras.

Los puelches

Los puelches, nómades, vivían en el siglo XVI, en una parte de la provincia de Buenos Aires, la Pampa, sur de Córdoba, de San Luis y este de Mendoza, y en una pequeña zona de la gobernación de Río Negro.

Eran altos y musculosos, y su lenguaje muy semejante al de los patagones.

Sus habitaciones eran carpas, formadas por un armazón cubierto de pieles. Se alimentaban con productos de la caza (avestruz, guanacos, etc.), con la pesca y con frutas silvestres. Asaban la carne.

Hacían mantas de piel de guanaco y de zorrino y abrigos de cuero de nutria. El vestido consistía en mantas de pieles cosidas, usaban ponchos de lana y últimamente botas de potro.

Usaban vinchas de tejido de lana teñidas de diferentes colores.

Practicaban la poligamia, y la mujer era la encargada de todos los trabajos, menos de la caza y la pesca.

Los puelches casi se han extinguido por completo, debido a las continuas e intensas luchas sostenidas entre ellos, con tribus vecinas y con los blancos. Además, contribuyó a su desaparición, el uso inmoderado de las bebidas alcohólicas.

Los araucanos argentinos

Este pueblo, originario del sur de Chile, ocupó por mucho tiempo la gobernación del Neuquén y el sudoeste de Mendoza. Luego se fué estableciendo en las llanuras del este a medida que se extinguían los puelches y querandíes, llegando a ocupar hasta el sur y occidente de la provincia de Buenos Aires y parte de Río Negro. Hoy quedan apenas unos centenares.

El araucano es de estatura entre mediana y baja, cara casi cuadrada, angulosa, nariz aguileña. Es fuerte, bien desarrollado, sumamente belicoso, y habla un idioma sonoro y rico.

Sus habitaciones consisten en toldos de cueros de caballo, colocados sobre armazones, que en su interior están divididos por especie de tabiques. Las agrupan en pequeños caseríos, que no tienen más de siete u ocho habitaciones.

Su alimentación es casi exclusivamente carnívora a base de productos de la caza, como guanacos, avestruces, etc., y además comen carne de caballo y de yegua, apenas asada, casi cruda. Pero consumen también el trigo, maíz, cebada, papas, etc., y bebidas fermentadas. Fuman tabaco en pipas de madera.

Confeccionan muy bien sus tejidos, fabricando mantas y ponchos de trama finísima, adornados con guardas y dibujos de vivo color. Fabrican toda clase de utensilios de madera y de cuero.

Comercian, intercambiando sus tejidos, pluma de avestruz y cueros, por diversos efectos.

El vestido, consistía para los hombres, en una manta sostenida en la cintura por una faja, y en un poncho; se calzaban con botas de potro. La mujer usaba una manta envuelta al cuerpo, cruzada por delante y sostenida en los hombros. En la cintura llevaba una faja con adornos, y finalmente, una especie de capa.

Los adornos consisten en alfileres de plata, collares, pulseras y aros, objetos que presentan ornamentos repujados.

Entre sus recreaciones, conocen muchos juegos, cele-

bran pantomimas, y cubierta la cabeza con plumas y el cuello de collares de cascabeles, danzan al són de flautas y pequeños tambores.

Los araucanos argentinos creen que una divinidad superior vive en los volcanes de la montaña, y que existen espíritus del mal causantes de toda clase de desventuras. Sus sacerdotes o hechiceros, son a la vez curanderos.

Los muertos son enterrados junto a objetos de uso común, recados, alimentos, chicha. Sobre la tumba se sacrifican sus caballos.

En la guerra y en la paz, los araucanos obedecen a caciques superiores que administran justicia y a capitanejos o jefes de categoría inferior. Pueblo eminentemente guerrero, opuso tenaz resistencia a los conquistadores y luego a los gobiernos nacionales.

Sus armas son la lanza, las boleadoras , la honda, etc., y desde los primeros tiempos de la conquista, se hicieron excelentes jinetes.

5º) Pueblos históricos de la Patagonia

Los primeros exploradores españoles, llamaron patagones a los pueblos aborígenes, que poblaban la región que es hoy la Patagonia Argentina. Estos pueblos conocidos también con el nombre de tehuelches, vivían — hoy quedan relativamente muy pocos— en la zona patagónica, comprendida al norte por los ríos Negro y Limay, al oeste la cordillera de los Andes, al este el océano Atlántico y al sur la Patagonia Chilena.

Los indios patagones, esencialmente nómades, pueden ser considerados como los del tipo más hermoso de los habitantes aborígenes de nuestro territorio. Excepcionalmente altos y de cuerpo admirablemente desarrollado, vivían agrupados en tribus de unos quinientos individuos.

La lengua de los patagones, diferente de la del araucano y puelche, es de fonética sumamente gutural, y como carecían de escritura, dibujaban en las rocas y grutas, sus pictografías.

Sus habitaciones consisten en tiendas o carpas, de diferente tamaño, construídas sobre un armazón de estacas o postes, sobre los que extienden cueros de guanaco

fuertemente cosidos, presentando en su interior varias divisiones. Agrupan estas tiendas formando pequeños poblados. Antiguamente solían levantar sus carpas para trasladarlas a otros sitios.

Los patagones se alimentan de carne de avestruz, guanaco o liebre, que comen cruda o poco cocida. Además entra en su alimentación semillas de algarrobo, quinoa, etc. No conocen las bebidas fermentadas y fuman tabaco en pipas de madera y de piedra.

La caza es su principal ocupación y forma de procurarse alimentos. Para cazar el guanaco, ataban un ejemplar de corta edad, y esperaban que se acercara la manada para proceder a la cacería. Para la caza del avestruz, un indígena se recubría de plumas de esa especie y procuraba atraer el rebaño hacia un sitio donde esperaban los cazadores.

La industria consiste en la preparación de los cueros y pieles, fabricación de cuchillos, hachas, raspadores, perforadores, pipas, bolas o proyectiles y puntas de flechas. Todos estos objetos son de piedra. Fabrican además cacharros de barro cocido y tejen sus prendas indispensables.

Se visten con pieles de guanaco, con el pelaje hacia adentro y la parte lisa del cuero hacia afuera, sobre la que trazan dibujos de diversos colores. Antes se envolvían los pies con cuero de guanaco, cosido con tendones, y luego se acostumbraron a usar la bota de potro.

Se pintan la cara y se adornan con vinchas, collares de valvas, brazaletes y plumas de avestruz, y en los últimos tiempos comenzaron a llevar aros, alfileres, etc., de plata.

Sus diversiones consisten en la danza, las pantomimas, y la ejecución de música.

Practican la poligamia, y el marido compra sus esposas.

Creen en la existencia de dos divinidades, la una buena, reina del cielo, la otra buena y mala que tutela la vida del hombre. Las divinidades viven en cavernas de

las montañas o en las cercanías de los lagos, y cada familia tiene sus divinidad tutelar. Sus ceremonias solían hacerse en lo alto de los cerros o dentro de las tiendas. Los sacerdotes eran los que oficiaban el culto y curaban a los enfermos, por los medios y formas propios de esta gente primitiva.

Antaño colocaban a sus muertos en lo alto de los cerros, cubriéndolos de piedras, disponiéndolos en cuclillas, con las rodillas a la altura del pecho y los brazos recogidos; o en cavernas, donde se han encontrado restos momificados. Hoy los colocan en una fosa cubierta de ramajes.

Los patagones agrupáronse en familias, con un jefe cada una, que tiene algunas atribuciones y vela por el bien común.

Poco belicosos, usaban como armas, el arco y la flecha y una jabalina corta de piedra. Luego usaron las boleadoras y fabricaron algunas armas de hierro.

6º) Los pueblos históricos de la Tierra del Fuego y archipiélago magallánico

Dos grupos de indígenas nómades habitaban el territorio de la gobernación de Tierra del Fuego, los onas y los yamanas o yaganes.

Los onas

Vive en el interior de la isla la población reducida de onas que hasta hoy subsiste y presenta aspecto físico y caracteres lingüísticos análogos al del patagón o tehuelche. Indudablemente, estos indios proceden de la Patagonia.

Se alimentan de productos de la caza y de la pesca, no consumen bebidas alcohólicas o fermentadas, y no tienen habitaciones, pues sólo se guarecen del viento mediante un dispositivo de ramas, que sostiene dos cueros de guanaco unidos. Se tapan con cueros de guanaco que llevan sobre los hombros, y los hombres llevan sobre la frente un triángulo también de cuero de guanaco, sostenido por un trenzado alrededor de la cabeza. Se pintan la cara.

Fabrican canastillas de paja, arcos, flechas con punta

de vidrio y carcaj de piel de lobo, punta de flechas de piedra, raspadores, etc.

Sus creencias religiosas las concretan en un extraño ser que dicen emerge del mar, de color rojo y de ojos de fuego.

Obedecen a jefes, que son los más fuertes y decididos, y en sus continuas luchas usan principalmente el arco, la flecha y la honda.

Los yamanas o yaganes

Son aborígenes que con sus canoas vagan a lo largo de la costa de Tierra del Fuego, y ocupan parte del archipiélago magallánico, perteneciente a Chile.

Son de aspecto físico poco agradable, de talla reducida y pobreza extrema.

A orillas del mar agrupan sus cabañas, que son circulares, de paja y con una abertura en la parte superior para la salida del humo. Se alimentan de mariscos, pescados, aves, carne de foca y de guanaco, y de hongos, muy abundantes en esos parajes. La carne la comen ligeramente asada.

Viven enteramente desnudos; sólo por excepción se cubren con trozos de cuero de lobo marino y restos de trapos procedentes de naufragios.

Se adornan con collares y brazaletes de hueso y de valvas marinas y se pintan la cara y el cuerpo.

Son diestros en la construcción de canoas que hacen con la corteza del haya, fabrican diversos objetos y utensilios de hueso, y canastillas de fibras vegetales, baldes de corteza, líneas para pescar, etc.

Pescan usando el arpón, con lo que obtienen focas y cetáceos, y con el mismo procedimiento cazan guanacos en terrenos cercanos a la costa.

Los yamanas viven agrupados en familias, sin contar con una agrupación social.

Sus brujos o hechiceros curan a los enfermos y ejercen una gran influencia en la población.

El lugar preferido por los yamanas, es la canoa, donde se instala la familia con todos sus enseres, y así emprenden sus continuos merodeos por las costas y canales fueguinos.

CAPITULO TERCERO

EUROPA AL FINALIZAR LA EDAD MEDIA

VIII

Situación política y económica. Los turcos otomanos. Caída de Constantinopla: consecuencias.

A mediados del siglo XV, comienza a operarse en las naciones de Europa occidental una transformación en lo referente a la faz política, social, cultural y económica, dando lugar a una nueva etapa histórica. Así termina el período histórico de la Edad Media, cuya duración fué de unos diez siglos (476-1453), para comenzar el de la Edad Moderna (1453-1789).

Situación política y económica. — Europa al finalizar la Edad Media y comenzar la Moderna, se caracteriza políticamente por la creciente consolidación del poderío real, bajo la forma monárquica absoluta, y por la caída del feudalismo. Lo primero, trae como consecuencia directa la formación de la unidad nacional, pues los pueblos se agrupan alrededor del prestigio y poder de los reyes absolutos, posibilitándose la constitución de las nacionalidades modernas de occidente.

Las nacionalidades modernas

Esta evolución política hacia la consolidación del poderío real y unificación nacional, se elabora lentamente en el curso de la Edad Media, y se manifiesta de diferente manera, según los países.

El primer país que consigue unificarse es Francia, donde la corona apoyada por el pueblo lucha contra la nobleza y termina por vencer. Debemos recordar la actuación que desde el siglo XIII al XV tuvieron algunos reyes Capetos, como Felipe II Augusto, Felipe IV el Hermoso y principalmente Luis XI, que echaron los

cimientos de la formación de la nacionalidad francesa, que posteriormente se consolida en forma definitiva.

En Inglaterra, la lucha por la unificación del reino comienza desde la época de la conquista normanda, hasta que en el siglo XV, la sangrienta guerra de "las dos rosas", ocasiona la ruina definitiva de la nobleza, imponiéndose los reyes de la casa Tudor.

En España, durante la guerra de la reconquista cristiana, contra los moros, se destacan los reinos de Castilla y Aragón, que forman luego un núcleo, alrededor del cual se unifica la nacionalización española, obra en gran parte iniciada por los Reyes Católicos, Fernando e Isabel.

En Portugal también se opera la unificación de la nacionalidad en manos de reyes que saben estimular y encauzar las expediciones marítimas.

Los países citados que a fines del siglo XV y parte del XVI, se unifican políticamente, intervienen en los grandes viajes y descubrimientos de la época y desarrollan su acción colonizadora en América y en Oriente.

Pero al lado de los países citados, se encuentran otros, de la importancia de Alemania e Italia, que continúan políticamente divididos en muchos estados feudales, situación que se prolonga hasta mediados del siglo XIX. Estas naciones, por carecer del poderío que da la unidad, no intervienen en la obra colonizadora de esa época.

Decadencia de la nobleza

El espíritu de aventura reinante en la Edad Media, impulsó a los señores a llevar a cabo empresas superiores a sus fuerzas. Ejemplo de ello son las Cruzadas. Ellas y las luchas sostenidas por los señores entre sí y contra los reyes, demandaron gastos cada vez mayores, precipitando a la nobleza en la bancarrota económica, a tiempo que la burguesía, clase media enriquecida en las ciudades, empezaba a destacarse, poniéndose al frente del movimiento industrial y comercial.

De este modo, las ciudades libres obtenían cada vez más privilegios, dándose el caso de que los nobles, ayer

amos, se convirtieron en vasallos económicos de la burguesía, pues a menudo tuvieron que pagar sus deudas con la concesión de privilegios o el traspaso de tierras, hasta quedar con frecuencia arruinados.

Entretanto, los reyes, dueños de la hacienda del estado, constituída por el cobro de impuestos y contribuciones, apoyados en poderosos ejércitos permanentes, hacen evidentes progresos en la implantación del absolutismo, entablando una lucha a muerte contra los reyezuelos feudales que, al fin, en los países a que hemos hecho referencia, concluyen por someterse a la corona.

Las ciudades libres

El engrandecimiento de las ciudades libres comienza en momentos en que el debilitamiento de los señores se acentúa.

Al renacer el movimiento comercial, en los principios del siglo XI, crece la importancia de las ciudades, y sus principales vecinos, que ya empezaban a enriquecerse, obtuvieron cartas o fueros, otorgados por sus señores. Más tarde, alcanzaron libertades mayores, hasta que llegan a tener (y precisamente allí donde el comercio es más intenso, como en ciertas regiones de Alemania, Francia, Flandes, Italia y España), el derecho de gobernarse por sí solos, constituyendo republiquetas a la manera antigua que recibieron indistintamente los nombres de comunas, municipios o ciudades libres. Estas ciudades tuvieron sus gobiernos locales, sus milicias, banderas, escudos de armas y sellos propios y algunas llegaron a tener vasallos.

Ligas

Para reprimir el ataque de los señores feudales y con fines de protección comercial e industrial, las republiquetas libres, se asociaban entre sí, constituyendo ligas especiales.

La más importante de todas estas ligas, es la Hanseática, constituída en Alemania por unas ochenta ciudades, siendo las fundadoras y principales Hamburgo, Bremen, Lübeck y Dantzig.

Políticamente tienen gran importancia las ciudades libres, pues, dadas las garantías y libertades que adqui-

rieron, fueron bien pronto consideradas como verdaderas entidades políticas, celosas de sus libertades, instituciones e intereses, constituyendo una fuerza considerable frente al poderío de los reyes y de los señores.

Allí se define, como aspirante a ejercer sus derechos, la clase media o de los comunes, clase laboriosa y emprendedora que llega a monopolizar el comercio y las industrias, mediante la constitución de organizaciones gremiales, y obteniendo luego asiento en las asambleas legislativas, termina por ser un factor decisivo en la evolución política y social de las naciones.

Nuevas tendencias culturales

Este final de un período histórico y comienzo de otro se caracteriza, asimismo, por una corriente de renovación en el orden de las ideas, de las creencias, de los principios científicos y de la apreciación artística (que vuelve al clasicismo), que se va distanciando cada vez más de las normas medievales, para encauzarse por otros rumbos culturales. Esto, unido a la aplicación de los grandes inventos, y a los primeros viajes en el gran océano, tan temido hasta entonces, señalan la transición entre una época y otra nueva.

Los grandes inventos

La orientación hacia la realización de grandes empresas y hacia el estudio, predispone el espíritu de los hombres para la aplicación inmediata de los grandes inventos, tales como la brújula, la pólvora y la imprenta, que tantas y tan grandes utilidades prácticas tuvieron en el desarrollo del progreso humano.

La brújula hace fácil el acceso y navegación de los mares desconocidos; merced a ella se conocen nuevas tierras y las rutas del comercio marítimo se cambian, produciéndose una verdadera revolución en el orden económico.

La imprenta multiplica los libros y, con ello, se aumenta el caudal de los conocimientos. El perfeccionamiento de las cualidades intelectuales, morales, literarias y artísticas, toma así inusitado impulso.

Finalmente, la aplicación de la pólvora a las armas de fuego, después de largo ensayo, revolucionó la táctica

militar en forma muy favorable para el robustecimiento de los ejércitos permanentes.

El comercio y la navegación

Desde el punto de vista económico, debemos considerar a grandes rasgos el desarrollo del comercio, sus rutas y las materias primas y manufacturadas objeto de él, en los últimos años de la Edad Media y los cambios que se producen al acercarse la Edad Moderna.

Existían, durante los últimos tiempos de la Edad Media, dos núcleos de comercio bien definidos: el del Mediterráneo, servido por los puertos de Génova, Venecia, Pisa, Marsella, y el núcleo septentrional y central, que estaba, principalmente, en manos de la liga hanseática.

El Hansa

Los hanseáticos tenían una perfecta organización: la capital era Lübeck, donde, cada tres años, se reunían los delegados de las demás ciudades componentes de la liga.

En algunos puertos extranjeros tenían los hanseáticos sus establecimientos comerciales. Allí sus navíos desembarcaban las mercancías que eran almacenadas en los depósitos y resguardadas militarmente.

Había factorías de esta clase en Suecia, Rusia (Novgorod), Flandes (Brujas), Inglaterra (Londres), Noruega (Bergen), en número aproximado de veintidós.

A Rusia y a Noruega, los comerciantes del Hansa iban en busca de pieles de lujo, de cera, madera y de pescado seco de las pesquerías del Báltico. Llevaban estas mercancías a Alemania y a Inglaterra, de donde traían la lana. Transportaban también aquellos productos a Flandes, a donde iban en busca de paños y telas fabricados en el país, y de las mercaderías traídas a los puertos flamencos por navíos italianos: tejidos de seda y de lana, vinos, perfumes y especias de Oriente.

El Hansa presidió el comercio del norte y del centro de Europa hasta fines del siglo XV y tuvo el mérito de haber abatido la piratería en el mar del Norte y en el Báltico.

Las ferias

Las ciudades más importantes del interior de Euro-

pa, desde el punto de vista comercial, fueron Viena y Rongensburgo, Lyon y Ginebra.

En éstas y otras ciudades se realizaban ferias, en las que se reunían comerciantes de diversa procedencia, para exponer sus mercaderías, durante varias semanas, resolviéndose así, prácticamente, el factor distancia, tan digno de ser tomado en cuenta en aquellos tiempos, si consideramos las dificultades de transporte, la deficiencia de los caminos y la inseguridad de los mismos.

Las actividades comerciales, dentro del continente, eran difíciles, debido a la hostilidad de los salteadores de caminos, y por eso los comerciantes viajaban siempre en grupos y armados. Además, en cada señorío y en cada ciudad debían pagar derechos de entrada y salida.

El Mediterráneo

El Mediterráneo, vía natural entre Asia y Europa, no obstante la importancia del comercio septentrional, no había perdido su situación preponderante: Génova, Venecia, Pisa, Marsella, Barcelona, Alejandría, eran focos de intensa actividad mercantil. A esos puertos llegaban los navíos cargados con productos embarcados en los puertos del Mediterráneo oriental, procedentes de Asia.

Las mercaderías eran después conducidas al interior del continente europeo, por medio de caravanas comerciales que partían de las ciudades citadas, o que transponiendo el estrecho de Gibraltar, llegaban por mar a los puertos del norte.

Comercio con el Oriente

En su condición de intercontinental, el comercio del Mediterráneo era de capital importancia, pues en esa época Europa necesitaba de los productos y manufacturas de Oriente, y necesariamente ello trajo la riqueza de las grandes ciudades del Mediterráneo, que como Génova y Venecia, principalmente, fueron grandes emporios comerciales, y llegaron a ejercer una verdadera supremacía comercial en dicho mar.

Este comercio, sostenido desde tiempos antiguos, proveía a Europa de productos manufacturados que ella no producía y llegaban a su destino después de largos re-

corridos por rutas y medios de transporte, que estudiaremos en su oportunidad.

Los principales productos y manufacturas, objeto de ese tráfico comercial, eran, en primer lugar, las especias, como canela, pimienta, clavo de olor, nuez moscada, muy apreciadas en la época, pues eran consideradas como condimentos imprescindibles. Procedían, principalmente, de las islas llamadas de las Especerías, y dieron pingües ganancias a quienes tenían el monopolio de ese comercio.

También se traía de Asia, azúcar, té, algodón, materias tintóreas, plantas medicinales, opio, gomas, maderas odoríferas, pieles, coral, marfil, perlas, piedras preciosas, etc. A esto debemos agregar productos industriales y artísticos, como alhajas, porcelanas, tejidos de seda y de algodón, tapices, armas, esencias y perfumes exquisitos, etc.

Este tráfico comercial realizado desde los tiempos antiguos, sufrió una interrupción al producirse el derrumbe del Imperio Romano de Occidente, por la invasión de los germanos en el siglo V, y cobró nueva vida después de las Cruzadas de los siglos XI al XIII, que tuvieron la virtud de aproximar a los pueblos de Europa occidental con los pueblos de Asia.

El comercio al comienzo de la Edad Moderna

Agregaremos que el foco comercial del norte ya estaba en decadencia al finalizar la E. Media, no así el del sur que recién decayó cuando los turcos otomanos cortaron las comunicaciones comerciales entre Asia y Europa, al adueñarse del Asia Menor y de los Balcanes, cayendo en su poder la ciudad de Constantinopla (1453).

En esta época, comenzó la decadencia del comercio y de las industrias de las viejas ciudades italianas, renaciendo y fortificándose cada vez más la situación industrial y comercial de Flandes, con Brujas como centro principal. Por su parte, Francia estaba en situación comercial precaria, contando solamente con buenas fábricas de paños, e Inglaterra seguía siendo únicamente país exportador

de buenas lanas, para abastecer las fábricas de tejidos del continente.

Finalmente, en los reinos de la Península Ibérica, en Castilla y Aragón, en primer lugar, y luego en Portugal, se asistía a un despertar económico considerable, con sus industrias bien cimentadas y su comercio marítimo en situación floreciente.

Los turcos otomanos. Caída de Constantinopla: consecuencias. — Los turcos otomanos llamados así por el nombre del sultán Otmán, después de conquistar el Asia Menor, ocuparon Andrinópolis, poniendo el pie en la península de los Balcanes (1356). Bajo el sultán Bayaceto I en el siglo XIV, después de ser derrotados en Ansira por el terrible jefe mongol Tamerlán —que felizmente desvió sus conquistas hacia oriente— continuaron los turcos la conquista balcánica, rodeando cada vez más a Constantinopla, y amenazando extenderse hacia las llanuras de Hungría.

Los príncipes cristianos de Europa proyectaron varias cruzadas para contener el avance de los turcos de religión musulmana, y defender la existencia del tambaleante Imperio de Bizancio, sin que pudieran concretarse en hechos, dado el desconcierto entre ellos producido por las victorias obtenidas por aquéllos, debido a su indiscutible superioridad militar.

Caída del Imperio de Bizancio

Deshechas varias coaliciones de fuerzas cristianas, compuestas por polacos, serbios, albaneses y húngaros, al promediar el siglo XV los turcos otomanos procedieron a rodear por mar y tierra la ciudad de Constantinopla, que después de varios meses de sitio, caía en poder del sultán Mahomet II, el 29 de mayo de 1453.

El Imperio Otomano

Así se derrumbaba el Imperio Bizantino, reemplazado por el Imperio Otomano, que ostentaba su poder en la ciudad Capital, haciendo refulgir en lo alto de la catedral de Santa Sofía, en reemplazo de la cruz, la media luna del Islam, y constituyendo desde entonces, y por mucho tiempo, una constante amenaza para la Europa cristiana.

Los sultanes turcos fueron considerados los califas del mundo musulmán extendido principalmente en Asia y Africa, ejerciendo sobre el mismo su potestad religiosa, con el consiguiente poder y prestigio.

Consecuencias

Las principales consecuencias de la toma de Constantinopla y la ocupación de los Balcanes por los turcos otomanos, son las siguientes:

1°) Termina la existencia del antiguo Imperio de Bizancio, o Imperio Romano de Oriente, creado en 395.

2°) El Islam reemplaza en Constantinopla y en los Balcanes —extendiendo su dominación hasta las costas del Adriático—, el reinado de la religión de Cristo, y constituye una amenaza constante para el resto de Europa cristiana.

3°) Las conquistas turcas desalojaron a los genoveses y a los venecianos, respectivamente, de sus establecimientos comerciales de Constantinopla, de los puertos del Mar Negro y del Archipiélago, y de Alejandría en Egipto, arruinando el comercio del Mediterráneo.

4°) Los turcos otomanos se interponen entre Asia y Europa, cortando así las rutas tradicionales del comercio entre ambos continentes, produciendo la decadencia de las ricas repúblicas del Mediterráneo, convirtiendo en necesidad urgente del comercio el hallazgo de una nueva ruta marítima para comunicar Europa con Asia.

Esta necesidad origina frecuentes tentativas, principalmente de los portugueses, que al fin logran éxito costeando el occidente del continente africano, para llegar doblando la punta meridional del mismo a los mares y mercados del Oriente.

IX

El saber astronómico y geográfico. Los portulanos. Los elementos para la navegación. El comercio: rutas. Viajeros.

El saber astronómico y geográfico. — Hasta mediados del siglo XIII, el saber astronómico y geográfico

continuaba basándose principalmente en las obras de Ptolomeo, de modo que el conocimiento de las tierras y de los mares, era aproximadamente el mismo de los antiguos griegos y romanos, del siglo I de nuestra era.

Ptolomeo

Claudio Ptolomeo, célebre sabio y astrónomo del siglo II, d. J. C., perteneciente a la escuela de Alejandría, es autor de una obra de astronomía y matemáticas y de una geografía. En la primera expone Ptolomeo su sistema astronómico, sosteniendo que la tierra, de forma esférica, ocupa el centro del universo y está fija en el espacio, girando a su alrededor los demás cuerpos celestes. Esta teoría fué admitida durante toda la Edad Media, hasta que Copérnico —1473-1543— demostró el doble movimiento de los planetas, sobre sí mismos y alrededor del sol, fundamentando su sistema solar.

En su geografía, que fué considerada en toda la Edad Media como una autoridad indiscutida, hacía una descripción incompleta de las tierras y de los mares.

Conocimientos geográficos

El mundo habitable por los pueblos de la Edad Media se reducía a Europa, Asia y Africa, continentes que no se conocían totalmente, teniéndose sobre algunas regiones ideas vagas, fabulosas y muchas veces erróneas. Lo realmente conocido se reducía, pues, al centro, sur y occidente de Europa, la parte central y sur de Asia y la septentrional de Africa.

Nada habían aclarado los conocimientos geográficos, los comerciantes que desde antiguo transitaban entre Asia y Europa, ni las visitas a los lejanos países de Oriente de árabes y judíos, ni los cruzados, que sólo aportaron datos referentes al cercano Oriente.

La teoría de la esfericidad terrestre, sostenida por los sabios de la escuela Jónica, en Grecia, y familiar, desde Aristóteles, a los hombres poseedores de cultura, fué completamente desconocida para el vulgo de la Edad Media, que creía que la tierra era plana, sin concebir la existencia de los habitantes de zonas opuestas a las que ellos ocupaban.

El océano Atlántico, llamado el mar tenebroso, era considerado como el límite del mundo, y sus tempestades despertaban temor a sus navegantes y fábulas y leyendas terroríficas a la gente ignorante, que hablaba de aguas hirvientes, de abismos que atraían a las naves y de monstruos y dragones marinos que tragaban a las mismas. El "mar tenebroso" se extendía hacia occidente de Africa, más allá del grado 27, y llegaba a los confines de la tierra.

El mar tenebroso

Los mapas existentes no eran sino códices ilustrados, llenos de descripciones caprichosas, basados en tradiciones y leyendas, sin ninguna exactitud geográfica.

Intentos de circunnavegar el Africa

Sin embargo, desde lejanos tiempos existía la creencia, aunque vaga, de la posibilidad de circunnavegar el Africa. La tradición hablaba del viaje hecho por Eudoxio Cízico, navegante griego al servicio de Alejandría, que en el siglo II a. J. C., llegó a la India, doblando el Cabo de Buena Esperanza. Lo cierto es que al finalizar el siglo XIII, los cartógrafos admitían la posibilidad de circunnavegar el continente africano, y dos marinos genoveses, Ugolino y Vadino Vivaldi, basándose en esa doctrina geográfica, emprendieron un viaje en 1291, intentando la circunnavegación. Jamás se tuvo noticias de ellos, ni de sus hombres, suponiéndose que fueron víctimas de las tempestades.

Los portulanos. — Los antiguos mapas, tan imperfectos, fueron substituídos por otros, que en los siglos XIV y XV llegaron a tener gran exactitud geográfica: son las célebres cartas marítimas, llamadas portulanos, dibujadas principalmente por geógrafos y astrónomos italianos, que contribuyeron poderosamente a orientar en forma eficaz las exploraciones marítimas.

Los portulanos fueron cartas marinas indispensables para los navegantes de la época, pues determinaron con acierto y relativa exactitud en las costas y en los mares, las rutas a seguir, marcando los puertos, escollos, luga-

res de recalada y rumbo de los vientos, basados en los estudios sobre su periodicidad.

Los portulanos produjeron una gran transformación de la cartografía medieval, y se han encontrado, además de los trazados por los geógrafos y cosmógrafos italianos, otros de origen árabe, portugués y catalán.

Los elementos para la navegación. — Durante la mayor parte de la Edad Media, la navegación no había hecho adelantos sensibles, que la convirtieran en medio poderoso de comunicación. Sólo el Mediterráneo y el Atlántico europeo, no lejos de las costas, eran las vías recorridas por las embarcaciones de la época.

Faltaban instrumentos que guiasen a los navegantes en los viajes y les permitiera alejarse de las costas. La navegación era costanera, y las estrellas y los faros, las únicas referencias para el navegante, cuando conducía su nave a través de la obscuridad de la noche o de la bruma.

El astrolabio

Desde tiempos antiguos se conoció un aparato llamado astrolabio, que se utilizaba para determinar la altura de los astros, y calcular las horas. Recién en el siglo XV, los marinos italianos comenzaron a aplicar el astrolabio a la navegación. Por medio de él se podía conocer la situación de las naves, deduciéndola de la altura de los astros. El astrolabio servía, además, para determinar la latitud de las tierras descubiertas, siendo esto de gran utilidad para la cartografía. Agregóse al uso del astrolabio los primeros cronómetros náuticos, y las tablas astronómicas, con las cuales, a base del cálculo de la altura de los astros, se fijaba la longitud y la medida de las diferencias de tiempo.

La brújula

Pero lo que operó un cambio completo en las condiciones de la navegación fué el empleo de la brújula. Conocida desde muy antiguo, por los chinos, las propiedades de la aguja magnética, su aplicación a la navegación data del siglo XIV, atribuyéndose a Florio Gioia de Amalfi la idea de su aplicación. Desde el siglo XV, la brújula con su aguja imantada, que tiene la propiedad de

señalar el rumbo norte, montada en equilibrio sobre un eje, encerrada en una caja y provista de la "rosa de los vientos", fué un elemento imprescindible para la navegación y su uso dió a la misma inusitado vuelo.

Progresos de las construcciones navieras

A medida que la navegación fué extendiendo su radio de acción, apartándose de las costas, sondeando las ondas del ayer "mar tenebroso", la ingeniería naval hace ostensibles progresos, y la antigua galera es reemplazada por los galeones, carabelas y naos de gran porte, en condiciones de desafiar las iras del mar. Son los momentos precursores de los grandes viajes y de los descubrimientos de tierras lejanas, que terminan con el mayor de todos ellos: el descubrimiento de América.

El comercio: rutas. — Al referirnos anteriormente a la situación económica de Europa al finalizar la E. Media, hemos explicado la importancia de las grandes ciudades marítimas del Mediterráneo, y el comercio intenso que sostuvieron con el Oriente.

El comercio entre Europa y el Oriente tiene su origen en la época del Imperio Romano, y su mayor auge, durante la decadencia del mismo, producida por el lujo, el refinamiento de las costumbres y la aspiración de riquezas.

Como los viejos países de Oriente podían proporcionar objetos y joyas, perlas y piedras preciosas que colmaran esas aspiraciones de los romanos, el tráfico comercial cobró gran impulso. Esta corriente comercial entre Oriente y Occidente continuó sin interrupción en los tiempos sucesivos, y el lujo de la Europa medieval siguió alimentándose con las perlas de la India, los diamantes de Golconda y los rubíes de Ceylán. Agréguese a esto, los perfumes, las tinturas, las drogas, las maderas odoríferas, las porcelanas y las sedas de China y de Siam; los tejidos y tapices de Damasco, las armas y alhajas de Bagdad, el cristal de Samarcanda y las especias de Java, Sumatra, y de las Especerías, etc., etc., y se tendrá

idea de la necesidad que tenían los europeos de productos de origen asiático.

Tráfico comercial entre Europa y el Oriente en la Edad Media

Este comercio, amenguado en los primeros tiempos de la Edad Media, se intensificó en la época de las Cruzadas, siendo siempre favorable a Oriente el cómputo comercial, pues eran menores las exportaciones europeas consistentes sobre todo en lanas, metales y maderas, que las abultadas importaciones asiáticas.

Las rutas comerciales

Europa y Asia se vinculaban por tres rutas: una terrestre y dos marítimas.

La terrestre difícil y peligrosa, era transitada por caravanas que cruzaban el continente asiático, desde Pekín o los puertos del extremo Oriente, al través del desierto de Gobi, hasta Samarcanda, pasaba por Astrakán, sobre el Caspio, hasta Crimea y llegaba hasta los puertos del mar Negro.

Las marítimas eran: 1ª Una que, partiendo del Japón y la China, pasaba por el estrecho de Malaca y llegaba a Ormuz por el golfo Pérsico o al Cairo por el mar Rojo. En el primer caso, las caravanas tomaban los productos en Ormuz y atravesando la Arabia, los dejaban en los puertos del Asia Menor; en el segundo, hacían por vía terrestre el breve trecho de las costas del mar Rojo a Alejandría, para de allí salir al Mediterráneo.

2ª La vía que, partiendo de las costas occidentales de la India, pasaba por Basora, llegaba por el Tigris a Bagdad y de allí en caravanas se dirigía a Tabris (Persia), las costas del Caspio y del Mediterráneo.

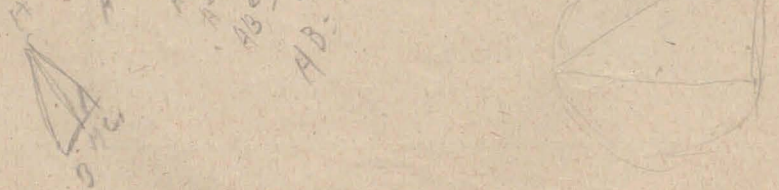
Alejandría, Constantinopla y los puertos del Asia Menor tenían almacenes donde se depositaban las mercancías así transportadas. Allí iban a buscarlas navíos que hacían el tráfico del Mediterráneo, y por intermedio de los puertos de Venecia, Génova, Marsella, Barcelona, se repartían por el Continente.



Rutas comerciales de la Edad Media.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Dificultad del tránsito comercial

Estas rutas, como es de suponer, no eran fáciles de transitar. Aparte de las dificultades del terreno, teniendo que atravesar desiertos, montañas, valles y ríos, los caminos terrestres eran inseguros, infestados de bandidos, y las largas caravanas de camellos, servidas principalmente por árabes, debían defenderse y luchar con toda clase de obstáculos. Igualmente, en las rutas marítimas que atravesaban mares procelosos, había que luchar con las tempestades, los piratas y las mil dificultades de tan larga y difícil navegación. Pero, no obstante todos estos graves inconvenientes, el comercio intercontinental jamás decayó, hasta que los turcos otomanos se apoderaron paulatinamente de todo el cercano Oriente, pasando luego a Europa, donde conquistaron los Balcanes, tomaron Constantinopla y terminaron con el Imperio de Bizancio (1453).

Se cortan las rutas tradicionales

A partir desde entonces, las rutas tradicionales del comercio entre Europa y Asia, quedaron cortadas, las grandes ciudades marítimas del Mediterráneo pierden importancia y los occidentales tuvieron que buscar una nueva vía comercial, que a través del Atlántico africano los llevara al océano Indico, y de allí a los codiciados mercados de Oriente.

Los viajeros. — La internación en los países lejanos del Asia, no era empresa fácil para los hombres de occidente. Esos países como el Cathay (China), el Cipango (Japón), la India, eran completamente desconocidos para los europeos, que los consideraban fabulosos e inmensamente ricos.

Después de las Cruzadas, en el siglo XIII, los misioneros apostólicos enviados a predicar la fe de Cristo a aquellas remotas tierras, trajeron datos interesantísimos referentes a los pueblos orientales. En esta misma época, algunos viajeros, casi todos de nacionalidad italiana, iniciaron viajes al Oriente lejano, escribiendo relatos acerca de los mismos, muchos de los cuales han llegado hasta nosotros.

Estos viajes ofrecían al europeo grandes dificultades, por las largas distancias, terrestres y marítimas, la falta de adecuados medios de transporte, la inseguridad personal por la amenaza de piratas y de bandidos, los obstáculos naturales del camino, y por fin la diferencia de lengua, de religión y de costumbres con las poblaciones de aquellos apartados países.

De entre la pléyade de viajeros que visitaron el Oriente citaremos al franciscano fray Juan del Carpino y a Nicolás, Mateo y Marco Polo.

Juan del Carpino

Juan del Carpino que hizo un viaje en 1246, portador de un oficio del papa destinado al Khan Karakoruna de Mongolia, se proponía preparar el terreno para una posterior propagación religiosa. Con tal objeto, atravesó el sur de Rusia y las estepas del Turkestán, y de allí penetró en la Mongolia. La relación de este viaje, realmente curiosa, lo es más, si se tiene en cuenta que fray del Carpino afirma que, más allá del país mongol existía un reino muy rico, cuyo príncipe, llamado el Preste Juan, era cristiano y había enseñado a sus súbditos su religión. Este reino fabuloso fué en la época y en las posteriores, objeto de la preocupación, a que aludiremos en su oportunidad.

Nicolás, Mateo y Marco Polo

Los comerciantes venecianos, Nicolás y Mateo Polo, realizaron en 1261 un viaje al lejano Oriente, que se prolongó por unos ocho años, recorriendo comarcas hasta entonces desconocidas. Un hijo del primero, Marco Polo, joven de 17 años, en 1271, atravesó el Asia, y entrando por la Mongolia, visitó el Cathay, conoció Pekin y la corte de Kublai Khan, donde permaneció largos años, siendo colmado de honores. Visitó luego el fabuloso Cipango, del cual contó maravillas, y las islas del archipiélago del océano Indico. El trayecto de regreso a Italia de Marco Polo duró tres años, y lo hizo por Tonkin, Java, Bengala, Ceylán y el mar Rojo, y a su llegada, habiendo caído prisionero de los genoveses —enemigos de los venecianos— hizo la celebérrima relación de sus via-

jes y aventuras, que impresionó a sus contemporáneos, dándoles a conocer los secretos fabulosos de los países orientales.

El libro de Marco Polo

En su libro, Marco Polo relata lo que vió y lo que le dijeron en los diversos países visitados, y tuvo tal éxito, que se conocen ochenta y ocho copias manuscritas de su libro, de los siglos XIV y XV, escritas en diferentes idiomas.

Aparte de los relatos y noticias de los exóticos países visitados, el libro de Marco Polo produce innovaciones en la cartografía de los mismos, pues aporta datos que sirven para modificar los mapas existentes.

La influencia de estos viajes y los relatos de los viajeros fueron visibles, en lo que atañe al conocimiento y a la penetración europea en los países del Oriente. Tras de los misioneros y de los viajeros, fueron los comerciantes, y ello trajo como consecuencia, un acrecentamiento del tráfico comercial entre Oriente y Occidente.

CAPITULO CUARTO

LOS DESCUBRIMIENTOS PORTUGUESES EN EL SIGLO XV

X

Las exploraciones. Los resultados obtenidos. Las bulas papales. El reino del Preste Juan.

A medida que se fué perfeccionando el arte de navegar por el uso de la brújula y del astrolabio y los adelantos hechos en la astronomía y en el cálculo, se empezó a orientar los viajes hacia los mares desconocidos. Hasta entonces la navegación había sido costera, sirviendo de guía los faros y astros, siendo las costas del Mediterráneo y las del Atlántico europeo, las únicas visitadas por los marinos de la época.

Ya hemos hecho mención del explicable temor de los marinos a la navegación en el Océano, del poco porte de las naves y del desconocimiento total de las rutas, durante el período de la Edad Media, y cómo después se operó un cambio en todas estas cuestiones que hicieron más viable la navegación y posibles los grandes viajes y descubrimientos.

Las exploraciones. — La teoría de la posible circunnavegación del continente africano, dió impulso a las expediciones intentadas al comienzo por los marinos italianos, y luego brillantemente realizadas por los portugueses.

Por otra parte, al finalizar el siglo XIV, el avance de los turcos otomanos, amenazaba ya seriamente las comunicaciones entre Europa y Asia, interrumpiendo el tráfico comercial intercontinental, que desde antiguo se

había realizado por las rutas tradicionales. Esto, que indudablemente era para Europa un rudo golpe, necesitada como estaba de los diversos productos y manufacturas orientales, hizo pensar seriamente en la posibilidad de realizar prácticamente la circunnavegación del continente africano, para llegar por vía marítima a los mercados de Oriente.

Ya en el año 1270, los marinos italianos habían descubierto las islas Canarias, intentando poco después (1291) los genoveses Vivaldi, llegar a la punta meridional de Africa, pero desapareciendo en un naufragio.

Viajes marítimos de los portugueses

En el siglo XIV, la navegación a lo largo de las costas occidentales de Africa tomaba incremento. Los comerciantes portugueses —dedicados muchos de ellos a la caza de esclavos—, que con relativa frecuencia las recorrían, fundaron compañías de navegación, con ese fin, y una expedición de esa clase llegó en 1341 a las islas Canarias, llamadas entonces Afortunadas y que, como dijimos habían sido descubiertas en 1270, por los marinos italianos.

El reino de Portugal había obtenido la unidad territorial y la expulsión de los enemigos de su fe religiosa, antes que España.

Esta circunstancia y la de su cercanía con el Africa, orientaba en esa dirección, naturalmente, la iniciativa de sus navegantes.

Enrique el Navegante

La navegación, por parte de los portugueses, se robustece a principios del siglo XV, merced al esfuerzo personal del infante Don Enrique, llamado luego el Navegante, quien en el curso de una expedición contra los moros del Africa tuvo noticias de la posibilidad de circunnavegar el Continente.

La escuela náutica de Sagres

Con objeto de estimular los posibles descubrimientos, estableció en Sagres, sobre el cabo San Vicente, una escuela náutica, donde se formaron los jefes de las suce-

sivas expediciones, que luego se hicieron a lo largo de la ruta occidental de Africa.

Amante de la geografía y de la navegación, el príncipe Enrique reunió en Sagres a buen número de marinos extranjeros que dominaban el arte de navegar. Allí se estudió náutica, se perfeccionaron los instrumentos, los buques y las cartas marinas, y a todos comunicó los efluvios de su gran espíritu, determinado a la consecución de una idea: llevar adelante los progresos geográficos y las expediciones marítimas.

Los primeros descubrimientos

La exploración marítima iniciada a comienzos del siglo XV bajo la dirección superior del príncipe Enrique, dió por resultado el descubrimiento de la isla de Porto Santo, realizado en 1418 por Juan Gonzales Zarco y Tristán Vaz y al año siguiente el de Madeira, por los dos marinos citados y Bartolomé Perestrello.

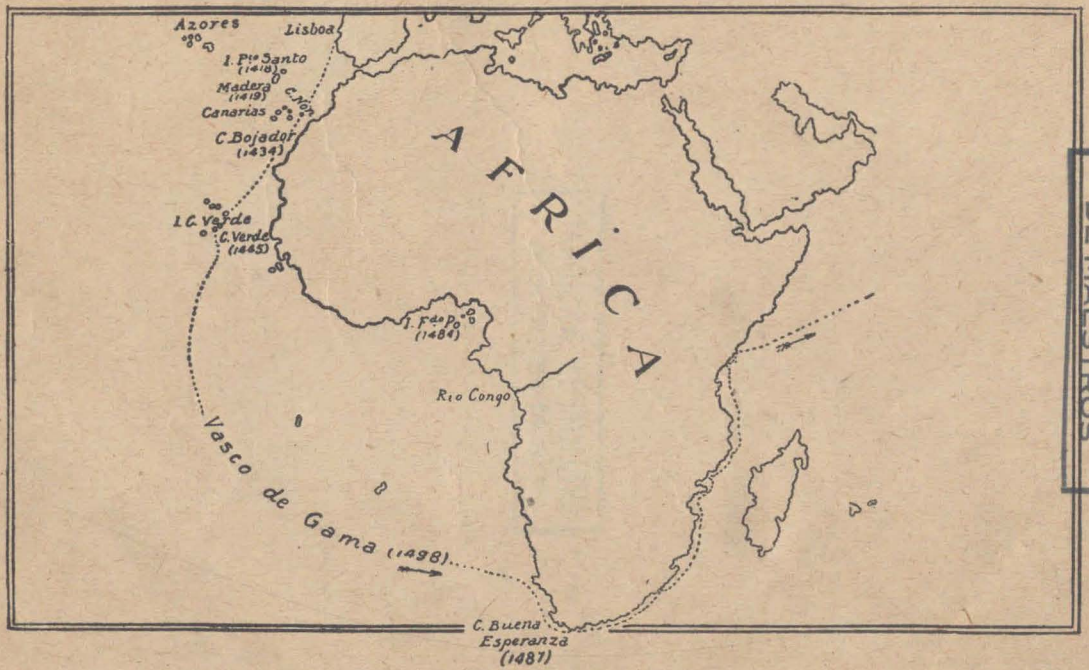
El cabo Bojador

La exploración y comienzos de colonización de las islas a que nos hemos referido, duró hasta 1425, y a partir desde entonces todos los esfuerzos tendieron a cruzar el cabo Bojador, situado entre los paralelos 26 y 27, de latitud norte, límite extremo de la navegación, más allá del cual se extendía, según la creencia de entonces, el tenebroso mar, de las aguas hirvientes y de los monstruos fantásticos. Cruzarlo, era pasar más allá del legendario cabo Non, del que, al decir del proverbio, "se volvía o no se volvía".

Después de muchas tentativas infructuosas, el marino Gil Eannes, en 1434, cruzó el cabo Bojador, aventando la fábula de la imposibilidad de pasarlo y navegar en el temido mar tenebroso.

Exploración desde el Cabo Blanco a Guinea

Desde entonces, la exploración de la costa de Africa por los marinos portugueses, se sucede sin interrupción. Así, en el año 1441, Nuño Tristán dobla el cabo Blanco; Antonio Gonzalves al año siguiente explora el Río de Oro; Diego Gómez en 1460, descubre las islas de



Descubrimientos de los portugueses.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Cabo Verde, y Pedro Cintra en 1462, llega a las costas de Sierra Leona y de Guinea.

De la línea ecuatorial al Congo

Hasta entonces, las exploraciones habían sido impulsadas por Don Enrique el Navegante, pero habiendo fallecido este príncipe en 1460, las mismas continuaron con gran entusiasmo durante los reinados sucesivos de Alfonso V y de Juan II. En 1472, Juan de Santarem y Pedro de Escobar cruzan la línea ecuatorial, y poco después Fernando Poo descubre la isla de su nombre. Luego, después de corta interrupción en las exploraciones, en 1484, Diego Cam llegaba a la desembocadura del Río Congo.

A esta altura de los descubrimientos, se había llegado a la convicción de que el límite sur de la costa africana estaba próximo, y abierto, por lo tanto, el camino marítimo hacia las Indias.

B. Díaz llega al Cabo Tormentoso

La gloria de doblar la parte meridional de Africa corresponde a Bartolomé Díaz, que lo logra entre los años 1486 y 1487. Llamó Tormentoso al cabo meridicional del continente, por las tempestades que tuvo que soportar en ese sitio, y se vió precisado a volver a Portugal, a raíz de imposiciones de la tripulación, que se negó a seguir adelante.

El rey de Portugal, don Juan II, dió al cabo alcanzado por Díaz el nombre de Buena Esperanza y pensó hacer uso inmediato del camino recién hallado.

Vasco de Gama: llegada a la India

Vasco de Gama logró ese objeto realizando, en 1498, un viaje casi directo desde las costas de Portugal a las de la India, tocando en la bahía de Calicut.

El camino marítimo de la India había sido encontrado, y el comercio halló al fin la tan anhelada vía.

Mientras Portugal llegaba a los mercados de Oriente siguiendo la ruta marítima hacia el sur y el este, España empezaba a hacer lo mismo, siguiendo la dirección occidental. El choque de las dos corrientes descubridoras era inevitable y de ahí las cuestiones que se suscitan

entre ambas naciones, casi inmediatamente después de efectuados tan importantes descubrimientos.

Los resultados obtenidos. La bulas papales. — Las consecuencias geográficas y políticas de los descubrimientos de los portugueses fueron muy provechosas para éstos, pues pudieron extender su dominación en las costas africanas, dominar las entradas del mar Rojo y del golfo Pérsico, fundando sus factorías en muchos puertos de la India, posesionarse de las islas Molucas o de las Especias y llegar a las costas de Cathay. En poco tiempo los portugueses habían asentado en Oriente su rico imperio colonial, obra realizada en gran parte, debido al impulso dado por Alburquerque.

Imperio portugués de Oriente

Estas vastas posesiones, y el dominio de las rutas que llevaban a la India y a las islas de las Especias, proporcionaron a los portugueses grandes ganancias. Ellos fueron por mucho tiempo los que monopolizaron el comercio de los ricos productos orientales y, sobre todo, de las especias, cuya venta les procuró grandes riquezas. Pero los portugueses, como antiguamente los fenicios, no fundaron colonias estables, no intentaban la penetración y radicación definitiva en las tierras, sino que se contentaron con fundar factorías comerciales en las costas, que les aseguraran buenas ganancias.

Esta es la causa de la corta duración de su imperio.

En 1580, Portugal es conquistado por Felipe II de España, y este país en plena obra de colonización americana no se ocupa de estas posesiones orientales, hasta que Holanda, durante la guerra con España, en el siglo XVII, incorporó a sus dominios las antiguas posesiones portuguesas de Oriente.

En general, debemos agregar que los viajes de los portugueses fueron de gran utilidad para el conocimiento del arte de navegar y de la geografía. En Sagres se habían formado los marinos que dirigieron las grandes expediciones descubridoras hacia el Oriente, además de cartógrafos y cosmógrafos de probada competencia.

Nuevas cartas marinas o portulanos enriquecieron la cartografía, entre los que se destaca el célebre y completo portulano llamado el Camaldolese, obra de dos monjes del Monasterio de Murano de Venecia, que lo trazaron por encargo del príncipe Don Enrique. Además, durante el reinado de Don Juan II, Martín Behaim, gran cosmógrafo de Nuremberg y miembro de la Junta de Matemáticas de Lisboa, construyó el primer globo terráqueo, e hizo conocer allí las efemérides o tablas astronómicas, compuestas en Alemania, que contribuyeron a dar nuevos rumbos a las teorías astronómicas.

Las bulas papales

Los resultados obtenidos por los portugueses en sus expediciones exploradoras, indujeron al pontífice Eugenio IV, en su calidad de jefe de la cristiandad, a conceder mediante una bula papal a favor de los soberanos lusitanos, la posesión de tierras que a partir del cabo Bojador se extendían hacia el sur y el oriente, hasta llegar a la India. Varias fueron las bulas papales que confirmaron el reconocimiento de la soberanía portuguesa sobre las tierras descubiertas en Oriente, entre las cuales citaremos, además de la mencionada, las de los papas Martín V y Sixto V, documentos de gran importancia, pues aseguraban a favor de Portugal el dominio de las rutas orientales.

El reino del Preste Juan. — Este es el nombre de un reino fabuloso que, al decir de algunos viajeros que habían recorrido países lejanos y exóticos, estaba gobernado por un príncipe llamado el Preste Juan, que había enseñado a su pueblo los preceptos de la religión cristiana. Los viajeros que de él hablaron no dieron una ubicación única, sino que lo situaron en diversas zonas y continentes, allí donde parecía existir entre las creencias de pueblos atrasados, cierta similitud con los preceptos del cristianismo. Algunos lo ubicaron en la Mongolia o el Cathay, otros en la India o en la actual Abisinia.

Esta leyenda tuvo gran importancia, pues fueron muchos los viajeros que se internaron en tierras desconoci-

das en busca de ese enigmático reino y de ese príncipe de leyenda. Y, principalmente los portugueses, en los comienzos de sus grandes empresas marítimas, quisieron llegar a las tierras del Preste Juan, deseosos tal vez de conseguir su ayuda y riquezas que les permitiera vencer en forma definitiva a los árabes, recientemente expulsados de Portugal, y ahora perseguidos por ellos en el norte de Africa.

Los portugueses, consideraban que el reino del Preste Juan estaba al sur de Africa, o bien, lo ubicaban en tierras de Abisinia, a las cuales se proponían llegar, navegando por el río Senegal.

Diremos, finalmente, que esta leyenda contribuyó a dar impulso, en los primeros tiempos, a los deseos del príncipe Enrique el Navegante, que soñaba con el dominio del océano y de las rutas orientales.

CAPITULO QUINTO

EL ESTADO DE CASTILLA Y ARAGON

XI

Situación política y económica. La unidad castellano-aragonesa con los Reyes Católicos. Rivalidad con Portugal. La expansión aragonesa.

Situación política y económica. — La reconquista que las armas cristianas emprendieron contra los árabes musulmanes, — que después de la batalla de Guadalete o Jerez de la Frontera, en el año 711, habían dominado el reino visigodo de España, — empezó en las montañas de Asturias, donde el rey Pelayo venció a los árabes en Covadonga en 718. Esta secular lucha de la reconquista cristiana, con sus largas treguas, continuó triunfante hasta que, a mediados del siglo XV, sólo quedaba en poder de los moros, el pequeño reino de Granada, relegado al extremo meridional de la Península.

Pero a medida que la reconquista cristiana se fué operando, se formaron nuevos reinos, señoríos, feudos, villas independientes, con legislación y modalidades diferentes.

Instituciones de Castilla y Aragón

Los reyes habían tenido que conceder privilegios, cartas y libertades que, con el nombre de fueros, constituyeron la base de la legislación y de las instituciones de los distintos reinos.

De estos reinos cristianos, subsistían a mediados del siglo XV, dentro de la Península Ibérica, los de Castilla, Aragón, Navarra y Portugal, siendo los dos primeros, los que más se habían distinguido en la obra de la reconquista, y donde la autoridad real fué, poco a poco,

consolidándose. En realidad, los grandes señores (ricos hombres), el clero, los caballeros, los hidalgos y las ciudades libres eran, dentro de sus jurisdicciones, dueños de sus destinos.

Librados de combatir contra los moros, los señores feudales, entablaron entre sí luchas sangrientas, que sumieron al país en la miseria.

Las ciudades habían constituído ligas de protección contra señores feudales y reyes, que querían violar sus fueros, legítimas libertades de que gozaban desde tanto tiempo, ligas que se llamaban Hermandades en Castilla y Universidades en Aragón.

Para poner trabas al poderío real, se habían creado las Cortes, asambleas representativas, en las que tomaban asiento los delegados del clero, de la nobleza y de las ciudades libres.

Los reyes no podían establecer impuestos, ni ley alguna, sin consultar a las Cortes, que se reunían cada dos años. En los intervalos de las sesiones de las Cortes de Aragón, quedaba la llamada Diputación de Aragón, encargada de velar por el respeto de los fueros o privilegios reconocidos a las diferentes regiones del reino.

Un funcionario especial y característico de Aragón, el Justicia Mayor, podía poner bajo su protección a todo individuo que se manifestara descontento de las sentencias dictadas por los jueces; de esas sentencias se podía apelar siempre ante el funcionario citado.

Existían, además, las órdenes militares, que durante la época de la reconquista adquirieron grandes riquezas y con ello marcado prestigio y poder y que constituían algo así como un estado dentro del estado.

Pero, a medida que la autoridad real se afirma, se va operando gradualmente la centralización en la administración y legislación feudal de ambos reinos.

La Industria

La industria y el comercio en toda la península, a mediados del siglo XV, adquieren marcado desarrollo.

Fabrican telas de seda y lino, y paños, Segovia, Zamora, Toledo, Sevilla; explotan el hierro y el acero y lo

elaboran, las provincias vascongadas; se refinan la fabricación de armas y la arquitectura; renacen la explotación de las minas y la de las salinas; las pesquerías vuelven a florecer; pero, sobre todo, la península sigue siendo país exportador de materias primas: lanas, pieles y de productos agrícolas: aceites, vinos, frutas secas.

Algunos de estos productos, las lanas y las pieles, han de volver a España, manufacturados en Inglaterra y Holanda, transportados por marinos de esas nacionalidades que los desembarcan en los puertos del mediodía y hacen con ellos afortunada competencia a los paños de Toledo y Segovia, de mejor calidad, pero más caros y a los arneses y talabarterías de Córdoba.

Dentro de esta vida industrial netamente española, que tiene un carácter agropecuario acentuado, se desarrolla otra de refinamiento y lujo que está, toda entera, en manos de árabes y judíos.

Los árabes fabrican magníficos muebles, labran el marfil, hacen cerámica, azulejos, mosaicos, perfumes.

Los judíos son exquisitos orfebres.

El comercio de tales productos y, sobre todo, el consumo de los de una provincia por otra, estaba trabado por dos factores: 1° por la ausencia, mala calidad e inseguridad de los caminos y 2° por la reglamentación excesiva que caracteriza a la época. **El comercio**

Los malos caminos sólo permitían el tráfico de las mercaderías en recuas de mulas, que cargaban artículos de fácil transporte, como eran, por ejemplo, las telas y las pellejas conteniendo vino y aceites.

La abundancia de bandoleros, obligaba a los mercaderes a armarse y transitar en grupos más o menos numerosos, lo cual entorpecía la marcha y obligaba a itinerarios a menudo caros y extensos.

El exceso de reglamentación trababa, aún más, el comercio de los productos y, sobre todo, el consumo de los de una provincia por otra. La autoridad real dictaba de continuo decretos, leyes aduaneras o de portazgo, que reglamentaban el paso de los productos, de una a otra de

las provincias sometidas a la corona (portazgos que, a veces, se repetían al entrar en los municipios, con todo lo cual se favorece a la importación extranjera). Otras veces, la autoridad real daba hoy decretos, que anulaban los dictados ayer.

El proteccionismo

Tal estado de cosas varía, en buena parte, con el advenimiento de los Reyes Católicos.

Inician éstos una política de marcado proteccionismo industrial; se reducen ciertos monopolios que sólo favorecen a algunos nobles en detrimento del productor, se dan facilidades a los marinos y exportadores, pero, a ratos, se exagera tanto la reglamentación proteccionista, que se da el caso de ciertas piezas de telas que, para salir al expendio, deben llevar tres sellos de la fábrica y cuatro de la administración.

El fenómeno, que es propio de la política económica de la época y se hace extensivo, con pocas diferencias, al resto de Europa, puede definirse en estos términos: pretensión, por parte de la corona, de ejercer su potestad sobre toda manifestación de vida de su pueblo, que intenta robustecer y encauzar con acopio de leyes.

Para comprender toda la importancia que sobre las industrias de la época ejercería una juiciosa política comercial, hay que recordar que, por entonces, las manufacturas estaban lejos de afectar la forma intensiva que le dieron más tarde las máquinas de vapor. Ellas son, por así decir, la modalidad de un pueblo, de una región y consisten, ante todo, en la habilidad manual de sus habitantes, practicada de padres a hijos, en una forma en cierto modo, doméstica, tal cual se practica hoy en Eibar, la fabricación de armas de fuego, la de encajes en Holanda o la de juguetes en ciertas regiones de Alemania.

La política era, pues, marcadamente proteccionista de los productos de la nación, y hasta de los de un municipio respecto de los otros.

Los centros comerciales

Barcelona fué el centro y el puerto de salida del más rico emporio comercial e industrial de la península; sus naves numerosas y bien construídas hacían el tráfico del

Mediterráneo, sur de Inglaterra y Flandes.

Valencia compitió el florecimiento mercantil con Barcelona; precisamente de esa época data la construcción de la hermosa Lonja o Casa de Contratación de Valencia (1482-1498), que aún se conserva.

Las letras de cambio más antiguas que se conocen (1376), son, asimismo, valencianas y demuestran el crédito de que gozaba la ciudad en el extranjero.

El comercio castellano era más intenso en Sevilla, que tenía dos importantes ferias anuales de un mes cada una; Murcia, Valladolid, Segovia, Burgos y Toledo también mantenían intenso comercio.

La unidad castellano-aragonesa con los Reyes Católicos. — Unidos en matrimonio con anterioridad, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, ocuparon sus respectivos tronos, la primera en 1474, y el segundo en 1479, conociéndoseles con la designación generalizada de Reyes Católicos.

Aunque ambos reinos conservaran separada su administración, el rey de Aragón intervenía en casi la totalidad de los asuntos gubernativos de Castilla, dado el vínculo personal que lo unía a la reina. Pero cuando se produjo el fallecimiento de esta última, los reinos de Castilla y Aragón, se separaron de nuevo, uniéndose definitivamente cuando el nieto de ambos, Carlos I, ocupó el trono.

La unidad política

El régimen de gobierno feudal reinante en Castilla y Aragón hasta entonces, sufre una marcada transformación, por la acción de ambos monarcas que, desde el comienzo de su reinado, emprenden la obra de centralizar el gobierno y la administración, luchando por la obtención de la unidad política, territorial y religiosa de la península.

Con objeto de pacificar los reinos, de implantar la justicia y de anular autoridades diversas existentes en los mismos, los reyes no omitieron esfuerzo alguno.

Castigaban a los nobles que no les rendían homenaje y a los que cometían abusos y arbitrariedades contra sus súbditos y, con el fin de ejercer la vigilancia, pusieron en

acción a la Santa Hermandad, cuerpo de policía y de defensa pública, cuyos miembros se distribuyeron por ciudades, aldeas y caminos, para proteger a los habitantes.

Dispuestos a centralizar la administración, los reyes reorganizaron el antiguo Consejo Real, que quedó convertido en fuerte instrumento de la corona, con objeto de implantar el absolutismo.

Una vez establecida la preponderancia real sobre los nobles, habiéndoseles quitado privilegios a los grandes señores, tanto laicos como eclesiásticos y a las ciudades libres, la autoridad real se fué extendiendo a los asuntos de orden local. Se designaron funcionarios con el título de corregidores para que, en nombre de la corona, gobernasen en las comunas, conjuntamente con los alcaldes y regidores, autoridades propias de aquéllas.

Para procurarse recursos, los reyes convocaron a las Cortes y ayudados por los representantes de las ciudades, se hizo una investigación sobre los bienes de la corona que los monarcas anteriores habían cedido a los señores laicos y eclesiásticos.

Así, muchas tierras, beneficios, pueblos, de manos de los señores, volvieron a la corona y aquéllos recibieron con ello, un golpe de muerte.

Por fin, las órdenes militares, que habían ayudado a los reyes en la obra de la reconquista cristiana, tales como la de Santiago, Alcántara y Calatrava y que enriquecidas, constituían fuertes organismos feudales, fueron declaradas por los Reyes Católicos, dependientes del trono, aumentándose así las rentas del estado, por la adquisición de tierras, beneficios, etc., pertenecientes a dichas órdenes.

Impuesta la autoridad real sobre la nobleza, el clero y las ciudades y convocándose las Cortes a voluntad de los reyes, la implantación de la monarquía absoluta fué un hecho consumado, trayendo ello aparejado el reinado del orden y de la justicia y la buena marcha de la administración centralizada. La unidad política había comenzado en España.

La unidad territorial El reino de Granada

Al sur de la península hispánica, en el espacio que limita al norte la sierra Nevada, entre el estrecho de Gibraltar y el cabo Gata, existía a fines del siglo XV, el último vestigio de la dominación árabe en Europa, bajo la forma del pequeño reino musulmán de Granada.

Las frecuentes expulsiones de musulmanes del resto de la península y el crecimiento vegetativo del reino habían acumulado una población de cuatro millones de habitantes, cifra considerable si se tiene presente lo exiguo del territorio.

Este reino poderoso, pues contaba con un aguerrido ejército, compuesto principalmente por soldados de caballería, se debatía en discordias sociales originadas por marcadas diferencias de clases, y aunque el esplendor de Granada, era semejante al de la antigua Córdoba, se había iniciado en él la decadencia.

La permanencia de los moros no podía perpetuarse en Granada, pues era constante deseo de los cristianos, expulsarlos definitivamente del suelo español.

Las discordias en los reinos cristianos, había paralizado la lucha contra los moros, desde el siglo XIII, durante unos doscientos años, y ahora la unidad castellano-aragonesa, bajo los Reyes Católicos, dió a la reconquista, el impulso final.

Efectivamente, después de unos años de tregua, nuevamente se encendió la guerra, que se prolongó más de diez años, hasta que, después de las victorias de Málaga y Lucena, los Reyes Católicos, pusieron sitio y rindieron a Granada (2 de enero de 1492). La dominación árabe había terminado en España, después de siete siglos de iniciada, y los Reyes de Castilla y Aragón, habían puesto los cimientos de la unificación nacional.

La unidad religiosa

Los Reyes Católicos, se propusieron seguir una política religiosa destinada a imponer la unidad católica.

Razones de convicción profunda y propósitos de amalgamar en el credo religioso a los habitantes de distintas razas que vivían en los límites territoriales de sus reinos, impulsaron a los Reyes Católicos a seguir esa política

de intolerancia religiosa, y hay que reconocer que esa actitud salvó a España, de las cruentas luchas religiosas, que por largos años durante el siglo XVI asolaron a otros pueblos del continente europeo.

Por bula del papa Sixto IV del año 1478, se implantó el Santo Oficio en España, nombre que allí se daba al Tribunal de la Inquisición, con cuya ayuda los Reyes Católicos, emprendieron la obra de depuración religiosa.

Los judíos, fueron bien pronto obligados a salir de sus reinos o bien a abjurar su credo religioso, mediante una orden real de marzo de 1492. Unos cien mil de ellos que no aceptaron el bautismo, buscaron asilo en otras naciones y España perdió así gran cantidad de banqueros, comerciantes, médicos y matemáticos, que la resintieron, sobre todo, en su economía.

Igual resolución fué adoptada poco después (1502), contra los moros que habían quedado (mudéjares) principalmente en Granada: se ordenó la expulsión de los que no quisieron abrazar la fe católica, abandonando la península gran cantidad de industriales, agricultores, artistas, etc.

Como resultado inmediato de estas medidas, se observó en España un decrecimiento de la agricultura, de la industria y del comercio, que ocasionaron considerables trastornos en la economía del país.

En resumen, podemos decir, que la política centralizadora de los Reyes Católicos, echó los cimientos de la nacionalidad española, poniendo en condiciones a los principales reinos de España, para llevar a cabo sus grandes empresas transoceánicas y la conquista y colonización de América, recientemente descubierta.

Rivalidad con Portugal. — La rivalidad entre Castilla y Portugal, tiene su origen en cuestiones dinásticas, y luego se intensifica en plena época de exploraciones y conquistas, por el dominio de las rutas y otros motivos de expansión colonial.

Efectivamente, el rey de Portugal Don Alfonso V, a la

muerte de Enrique IV de Castilla, reclamó para su esposa Doña Juana, apodada la Beltraneja, que era hija de aquél, el trono de Castilla. Doña Juana había sido desheredada por Enrique IV, a pedido de la nobleza, que la consideraba hija del favorito de la reina, Beltrán de la Cueva, nombrando en su lugar a su hermana Isabel la Católica, que luego ciñó la corona.

Este pleito dinástico terminó con la renuncia que Doña Juana, hizo del trono de Castilla, en 1479, pero como dijimos, la rivalidad así encendida entre los reinos de Castilla y Portugal, no se atenuó por muchos años, no obstante las bulas papales que delimitaron los radios de acción de las corrientes exploradoras y conquistadoras de ambos países y que se van a traducir, por motivos de predominio, en largos pleitos y conflictos en tierras de América, que analizaremos en su oportunidad.

La expansión aragonesa. — La unidad castellano-aragonesa, constituída por el vínculo personal que ligaba a los Reyes Católicos, no fué efectiva, como dijimos, en lo referente a la inmediata fusión política y administrativa de los dos reinos, pues ambos conservaron separadas su administración e instituciones gubernativas. Así se explica que la conquista de América, fué en los primeros tiempos, emprendida en nombre y cuenta del reino de Castilla, pues fué el estandarte castellano el que llevaban al tope las carabelas de Colón.

De la misma manera, la expansión hacia el este concierne en esta misma época al reino de Aragón.

Los reyes de Aragón fueron soberanos de Sicilia y Cerdeña desde fines del siglo XIII, tratando desde allí de extender sus dominios al reino de Nápoles. Esta aspiración, chocó con la del rey de Francia, que invocando la herencia de la casa de Anjou, también ambicionaba apoderarse del mismo, lo que provocó la guerra entre ambos reinos.

Efectivamente, después de haber conquistado el Milanesado, el rey Luis XII de Francia, quiso conquistar el reino de Nápoles, donde a la sazón (1499) reinaba Fe-

derico III de Aragón, primo del rey Don Fernando el Católico.

Como resultado de un arreglo entre el rey aragonés y el soberano francés, el reino de Nápoles cayó en manos de Luis XII (1500). Pero bien pronto las ambiciones de D. Fernando, le llevaron a declarar la guerra a Luis XII, y después de dos años de lucha (1502-1504) —en la que se distingue en forma sobresaliente, Don Gonzalo Fernández de Córdoba, llamado el Gran Capitán, vencedor en Seminara, Ceriñolo y Garigliano—, Francia reconoció la soberanía aragonesa en el reino de Nápoles, que se prolonga por el término de dos siglos.

CAPITULO SEXTO

EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

XII

Cristóbal Colón y su proyecto. Colón ante los Reyes Católicos. Las Capitulaciones. Viajes de Colón.

El descubrimiento de América, es un hecho fundamental en la historia humana, cuyas consecuencias bien pronto se dejaron sentir en todas las manifestaciones de la vida de los pueblos civilizados, afectados en la faz política, social, económica y cultural, tanto que, no son pocos los historiadores que consideran este acontecimiento como el punto de partida para la iniciación de un nuevo período histórico: la Edad Moderna.

Antecedentes

Desde la más remota antigüedad, las leyendas de la existencia de tierras que se extendían en el océano Atlántico hacia el occidente de las Columnas de Hércules, fueron frecuentes. De ahí la leyenda de la Atlántida, de la que Platón se hace eco, perdida allá en la lejanía del Mar Océano, y que desaparecida luego en los abismos del mar, habría dejado en descubierto sólo los picos más elevados de sus montañas, representados por la serie de islas y archipiélagos, existentes allí, entre el viejo y el nuevo continente.

¿Sería América la Atlántida de Platón, o realmente existió entre ésta y el viejo mundo, un continente, luego desaparecido? Los estudios de la oceanografía moderna tienden a confirmar esta última hipótesis, sin que hasta el presente nada seguro se pueda afirmar.

Otra leyenda conocida fué la de la Antilla, isla perdida

en el océano, que los cosmógrafos antiguos situaban entre las costas del Cathay y del Cipango y las del continente africano, consignada luego por Toscanelli en su célebre carta náutica de 1474.

Ahora bien; apartándonos de la leyenda, debemos admitir, como seguros, algunos viajes realizados a América, siglos antes del descubrimiento de Colón, procedentes unos del continente europeo y otros del asiático.

Viajes de los normandos y escandinavos

Los únicos viajes cuya realización no admiten dudas, son los llevados a cabo por normandos y escandinavos, pueblos de atrevidos navegantes, que abandonando las costas de la península Escandinava, se lanzaron al mar, con rumbo noroeste, descubriendo en el siglo X, la Islandia y luego la Groenlandia.

Cuentan las "sagas", que son crónicas y relatos normandos de los tiempos medios, que un noble normando desterrado de su país, Erico el Rojo, exploró las costas de unas tierras descubiertas un siglo antes por los normandos, a las que por su vegetación, llamó Groenlandia, que significa, tierra verde. Allí, Erico el Rojo fundó una colonia, y años después su hijo Leif, cuando ésta había alcanzado bastante prosperidad, introdujo el cristianismo.

El mismo Leif, expedicionando hacia el sur, en el año 1000, descubrió otras tierras, que llamó Helulandia o tierra pedregosa, Marklandia o tierra de la madera, y Vinlandia o tierra de la vid, que corresponderían a Terranova, y las costas de Nueva Escocia y Massachusetts actuales.

Según las "sagas", Vinlandia, situada más o menos a los 38° de latitud norte, fué objeto de varias tentativas de colonización, pero no se pudo establecer allí ninguna colonia estable debido a la hostilidad de los aborígenes.

Viajes de vascos, bretones y orientales

Debe, asimismo, admitirse que los intrépidos pescadores vascos y bretones llegaron a América, arrastrados por las corrientes del Atlántico, en siglos anteriores a Colón, y que lo mismo aconteció con naves chinas y japonesas, que en el siglo V llegaron a las costas occidentales

de América del Norte, impulsadas por las corrientes del Pacífico.

Pero lo cierto es, que estos viajes no dieron al mundo europeo el conocimiento cabal de la existencia de un nuevo continente. Nada restan, pues, a la hazaña de Cristóbal Colón que sin saberlo, como lo veremos más adelante, incorporó al mundo de los antiguos, uno nuevo.

Cristóbal Colón y su proyecto. — Este célebre navegante, destinado a añadir todo un continente al mundo conocido de los antiguos, nació en Génova, en 1451, siendo sus padres, Domingo Colón y Susana Fontanarrosa.

Sus estudios

Cursó primeras letras en una escuela que sostenía una corporación de tejedores, oficio que desempeñaban sus padres, debiendo considerarse inexactas las aseveraciones que se han hecho, sosteniendo que haya efectuado estudios en la Universidad de Pavía. Sus conocimientos generales los adquirió con la lectura de autores antiguos y de su tiempo, y con la experiencia que le proporcionaron sus viajes.

Sus primeros viajes marítimos

Su primera dedicación, fué ejercer el oficio de tejedor, haciendo de cuando en cuando, algunos viajes por el Mediterráneo. Más o menos en el año 1474, visitó la isla de Chio, siendo éste uno de sus viajes más largos hasta entonces, y después de su regreso a Génova, volvió a embarcarse en uno de los barcos pertenecientes a una flota mercante genovesa, que con cargamento de mercaderías italianas, se dirigía a Inglaterra. Esta flota fué atacada frente a las costas portuguesas por navíos de guerra portugueses y franceses, y Colón junto con casi toda la tripulación, fué conducido a Lisboa en calidad de prisionero (1476).

Se radica en Lisboa

Viajó luego hasta Inglaterra, visitó los mares del norte de Europa, y en 1478 fijó su residencia en Lisboa, donde contrajo enlace con Felipa Moñiz de Perestrello, hija de Don Bartolomé Perestrello, — portugués de ascendencia italiana—, que fué uno de los descubridores de Madeira,

y luego capitán hereditario de Porto Santo. Hoy no se da crédito a la versión de que los mapas y datos consignados en los papeles del marino citado, puedan haber influído en el viaje de Colón.

Lisboa era, por entonces, el más importante foco de las ciencias geográficas y matemáticas del mundo, por las luces que difundía la famosa escuela de náutica de Sagres; sus marinos los más avezados y emprendedores, y el deseo de llegar a las Indias, es decir, al Oriente, por la vía marítima, una pasión dominante.

Otros viajes de Colón

Colón recogió en su estada en Porto Santo y en sus viajes, que en esa época hizo a las costas africanas, las fábulas y tradiciones referentes a unas tierras situadas al occidente del Mar Océano, — nombre que se daba al Atlántico —, que llegaban a sus oídos con repetidas instancias.

La idea de la existencia de esas tierras no era nueva; existían mapas que las representaban y hubo quien intentó la empresa de descubrirlas.

La teoría de la esfericidad

Colón era entusiasta sostenedor de la teoría de la esfericidad de la tierra y su fuente de inspiración, además de las tradiciones de los marinos, fueron varios libros, cuya lectura, le alentó en su proyecto de efectuar un viaje directo a la India navegando hacia occidente. Varios ejemplares, que aún se conservan, presentan anotaciones marginales hechas de puño y letra por Colón, entre ellos uno titulado "Imago Mundi", que el cardenal Pedro d'Ailly, escribió en el año 1410.

La teoría de la esfericidad de la tierra en la cual se apoyó Colón para formular su proyecto, era conocida al comienzo de la era cristiana y sostenida por los intelectuales de la época de Colón. El origen de esta tesis hay que buscarlo en la Escuela Jónica, de Grecia, que data de unos dos mil años antes del descubrimiento de América y fué aceptada por filósofos como Aristóteles, Filolao de Crotona, Plinio, Séneca y muchos sabios cristianos.

Influencia de Toscanelli

Se ha sostenido y rebatido, sucesivamente, la influencia de unas supuestas cartas del médico florentino Pablo Toscanelli sobre el espíritu de Colón. Estas cartas, en las que sostenía la teoría de la redondez terráquea, fueron dirigidas por su autor, al canónigo portugués Martins, quien las divulgó entre los marinos portugueses. De cualquier modo, puede admitirse la idea de que Toscanelli fué un inspirador indirecto de Colón.

Errores de cálculo

Todos los cálculos, inclusive los del futuro descubridor, incurrían en el mismo error: basados en aquella afirmación de Aristóteles de que, "el mar Océano, bañaba también las costas vecinas de la India" y no sospechando la existencia de un nuevo Continente, reducían el perímetro terrestre en un tercio, más o menos, y colocaban al Asia frente a Europa, a una distancia casi igual a la que se encuentra América.

Resolución de Colón

Sentada esta tesis, la idea de llegar a las Indias, navegando hacia el occidente, debió acudir, naturalmente, al espíritu de Colón, y desde entonces no la abandonó.

Si aceptar la teoría de la esfericidad de la tierra y como posible su circunnavegación, era cosa corriente en la época, entre los cosmógrafos y marinos, la idea de afrontar la empresa no lo era, y ahí estriba la grandeza moral del futuro Almirante, que sufre mil penurias, viaja, ruega, postula, para que se le permita ofrecer a Europa, e incorporar a la civilización caucásica, un Continente más grande y más rico que esa Europa misma.

Primeras tentativas

Colón ante los Reyes Católicos. — En 1484 comienza Colón su larga serie de tentativas para alcanzar la ayuda que el logro de su empresa necesitaba.

Consigue hacer conocer su proyecto por el rey de Portugal, pero las exploraciones de la costa de Africa ocupaban todos los espíritus y la idea de Colón de llegar a las Indias por la ruta de occidente es rechazada, no tanto por quimérica, como por lo exagerado de las exigencias del marino y por hallarse en vías de realización la ruta contraria.

Descartada la posibilidad de ayuda por parte de Portugal, Colón pensó en España y a ella acudió, logrando en Córdoba, por intercesión de un compatriota, el banquero Berardi, hacer conocer sus pretensiones por la corte.

Fueron sus portavoces, el contador mayor del reino, don Alonso de Quintanilla, que en adelante no le retiró su protección, y el cardenal don Pedro González de Mendoza.

Reunión de notables en Córdoba

La reina quiso asesorarse, por una comisión de notables que se reunió en Córdoba, presidida por fray Hernando de Talavera. La versación de Colón en cosmografía y navegación, no era muy extensa, sus respuestas fueron vagas y el juicio de la junta resultó adverso a los propósitos del navegante.

Nuevas gestiones de Colón

Denegada la ayuda real, el duque de Medinaceli, apoyando la idea colombina, quiso hacer a su costa la expedición, y con tal objeto solicitó la licencia pertinente a la reina Isabel, licencia que le fué negada.

Ante este nuevo fracaso pensó Colón en volver a su hogar de Lisboa y, con ese objeto, se dirigió al puerto de Huelva, en procura de algún barco que, afortunadamente, no halló. Este aparente contratiempo obligóle a buscar refugio en el vecino convento de la Rábida, de la orden de San Francisco.

Su superior, fray Juan Pérez, interesado por los proyectos del huésped, le puso en contacto con un piloto del Puerto de Palos, don Martín Alonso Pinzón, que más tarde había de acompañarle en su feliz empresa.

Ambos marinos coincidieron en la idea de que el proyecto era factible, y este acuerdo movió a fray Juan Pérez, que había sido confesor de la reina, a requerir de ésta el necesario apoyo para realizar la idea.

Isabel acogió la solicitud con agrado e invitó a Colón a buscarla en Granada.

Decidida ya la expedición, sus preparativos sufrieron todavía varias dilaciones, a causa de las penurias por que pasaba el Real Tesoro.

Con respecto a esto se ha tejido una leyenda, diciendo que la reina Isabel, se había desprendido de sus joyas para aportar medios que permitiesen la realización de la empresa. Nada más distante de la verdad que esta aseveración: la verdad es que doña Isabel, decidida a que se realizase el viaje, manifestó en cierta ocasión, que hasta empeñaría sus joyas si fuera necesario, extremo al que no se llegó, naturalmente.

Por fin, después de ordenar la reina de Castilla, la reunión de una junta de peritos, para que investigase todo lo concerniente al proyectado viaje, delegó ante ella, al escribano de la corte, don Luis Santángel, el que enterado por Colón de la suma necesaria para financiar la empresa, resolvió informar a su soberana de la posibilidad de conseguir los fondos para su realización.

Las Capitulaciones. — El 17 de abril de 1492, en la ciudad militar de Santa Fe, bajo los muros de Granada, se firmaron las llamadas Capitulaciones de Santa Fe, entre la corona y Colón, por este tenor:

1) Colón y sus descendientes recibirían el título de almirante de las tierras que descubriese.

2) Sería virrey y gobernador general, con privilegio de nombrar gobernadores.

3) Recibiría la décima parte del producido neto de la explotación de los productos preciosos de las tierras que descubriese.

4) Colón y sus herederos serían los únicos jueces en los posibles pleitos que se produjeran entre la metrópoli y las nuevas tierras.

5) Colón contribuiría con la octava parte de los gastos de la expedición y percibiría igual porcentaje de los beneficios que por ella se obtuviesen.

Pocos días después de firmadas las Capitulaciones, se ampliaron por una nueva resolución, que convertía por gracia real, la concesión de las tierras a descubrirse, de vitalicia en hereditaria.

Viajes de Colón. — El alcalde de Palos, debía poner a disposición de Colón dos carabelas armadas y tripula- **Preparativos**

ción a costa de la ciudad, por requerirlo así la real orden, pero transcurrieron más de dos meses antes de iniciarse su cumplimiento. Por último, y por la intervención de Martín Alonso Pinzón, se allanaron las dificultades que representaba el hallar tripulantes lo bastante animosos para afrontar el viaje: se cambiaron los barcos provistos por la ciudad por otros dos de mayor porte, las carabelas Pinta y Niña, y se fletó una tercera, la Santa María, que comandó el Almirante, capitaneando Pinzón la Pinta y su hermano llamado Vicente Yánez Pinzón, la Niña. El total de la tripulación era de noventa hombres.

La expedición

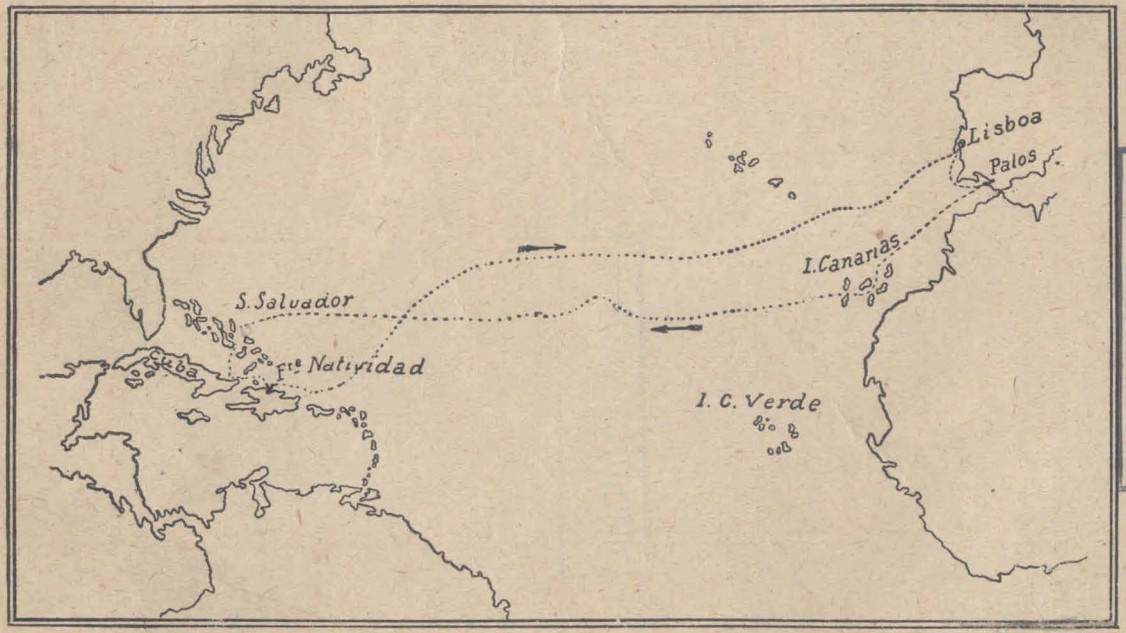
La expedición zarpó de Palos el 3 de agosto de 1492, recaló en la Gran Canaria y afrontó definitivamente los mares desconocidos del oeste, el 8 de septiembre del mismo año.

Observando el trazo del itinerario seguido por el descubridor, se advierte que la dirección S. O. seguida, no es el camino más corto para llegar a las nuevas tierras.

Esta circunstancia fortuita, hizo que el viaje se prolongara por más de dos meses a contar desde la partida de Palos, contrariando los cálculos de Colón, más optimistas, y haciendo fermentar el descontento en los tripulantes, que en los primeros días de octubre, poco antes de la llegada a San Salvador, amenazaban con retornar a España. Colón seguía su derrotero, guiándose por una carta geográfica, que bien pudo ser trazada de acuerdo con la célebre de Toscanelli. Un rumbo noroeste hubiera abreviado notablemente el viaje y dado otro curso muy distinto a la historia posterior de las nuevas tierras.

El descubrimiento

El 12 de octubre fué, por fin, avistada una isla por un marinero de la Pinta, Juan Rodríguez Bermejo, y ese mismo día Colón desembarcó y tomó posesión solemne de ella en nombre de Castilla y de León, cambiándole el nombre de Guanahaní que le daban los indígenas por el de San Salvador. Pertenece al grupo de las Lucayas menores, no habiéndose determinado hasta la fecha, cuál de ellas es.



Primer viaje de Colón.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

El Almirante creyó desde el primer momento que había llegado a una de las islas de la China, o sea del Cathay, y se lanzó a la exploración de las islas vecinas, que llamó Concepción, Fernandina, Isabela, hasta que el 28 del mismo mes, llegó a una que por su extensión tomó, al principio, por el continente asiático y por el mismo Cathay, llamándole luego Juana (Cuba).

En seguida dióse a averiguar dónde estaba la residencia del Gran Khan o emperador de ese fabuloso país, y despachó al interior a dos marineros con ese fin, naturalmente con resultado negativo.

El fuerte de Navidad

Continuando la exploración, el 6 de diciembre reconoció a Santo Domingo, isla a la que dió el nombre de Española, sufrió la pérdida de la nave almirante, fundó el fuerte de Navidad en la isla citada, utilizando los restos de la nave encallada, dejó en él una dotación de 43 hombres, y en enero de 1493, dió la vuelta a España, a bordo de la Niña.

El regreso

En el curso de las exploraciones antillanas, el Almirante y Martín Alonso Pinzón, se habían separado y vuelto a reunir, por razones aún no aclaradas, aunque parece que no estaban en muy amigables términos, pues de regreso, Pinzón se separó nuevamente, deseoso de llegar primero a España y dar él primero la noticia del descubrimiento.

Frente a las Azores, y durante varios días Colón tuvo que soportar una tremenda tempestad que estuvo a punto de producir el naufragio de la Niña, y después de una recalada forzosa en el puerto de Santa María, llegó a Lisboa el 4 de marzo. Allí se entrevistó con el rey don Juan II, a quien dió informes de su empresa, y a los pocos días se hizo nuevamente a la vela, entrando al puerto de Palos el 15 de marzo de 1493.

Colón se presenta a los reyes

Trasladado a Barcelona, sede de la corte por esos días, el descubridor fué jubilosamente recibido y colmado de honores. Presentó allí una pequeña cantidad de oro, algunas perlas y plantas desconocidas para los europeos,

como comprobación del descubrimiento que acababa de realizar. Tanto él, como los monarcas y el mundo entero pensaron, no que se había descubierto un mundo nuevo, sino que se había encontrado, simplemente, la nueva ruta marítima occidental, que de Europa conducía al extremo oriente asiático.

Consecuencias inmediatas del descubrimiento

En el orden interno de España las consecuencias del descubrimiento no fueron halagadoras: después de repetidas guerras intestinas contra los moros y contra el poder feudal, la población, que sentía poco arraigo por la tierra y creía en la existencia de tesoros fabulosos y de fácil obtención en los nuevos territorios, movida por el afán del medro, se sintió fuertemente atraída hacia ellos restando brazos y fuerza a la economía del país. Entraba también en juego el gusto por las aventuras, propio de la raza y de la época, y producto, en buena parte, de la exaltación religiosa que, en la lucha contra el poder musulmán, había nacido y tomado arraigo en la península.

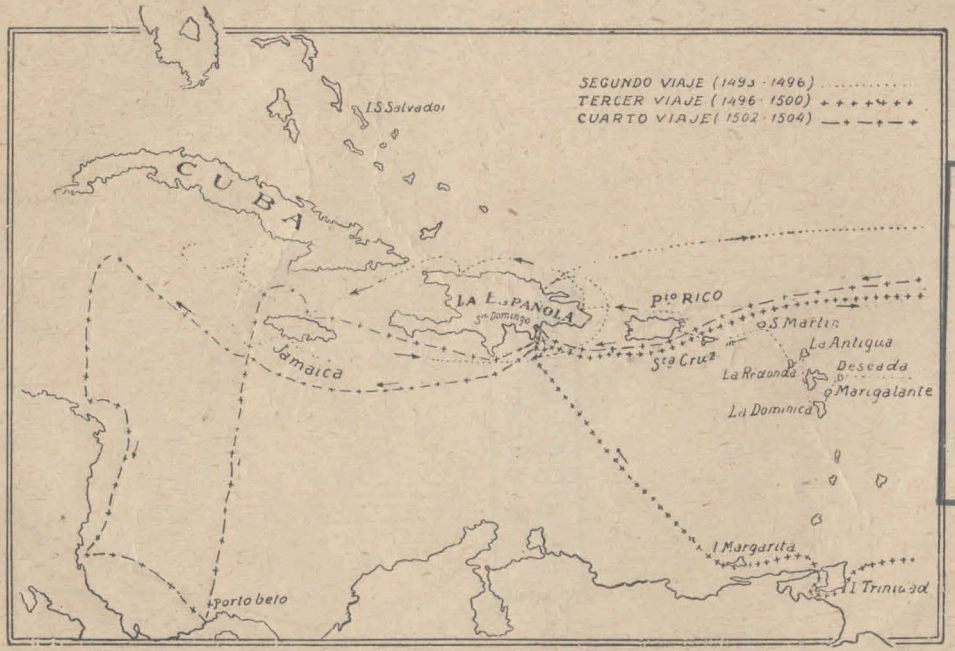
Segundo viaje

El segundo viaje de Colón, encontró, pues, en su preparación, allanada la dificultad de tripular sus barcos y si bien la situación financiera de España no había mejorado, se consiguió equipar, mediante préstamos y embargos, una flota de diecisiete carabelas, tripuladas por 1.200 hombres, entre los cuales se hallaban los futuros descubridores Juan de la Cosa, Ponce de León y Ojeda.

El 25 de septiembre de 1493 salió la flota de Cádiz, recaló en las Canarias y el 1º de noviembre descubrió la isla Deseada y, sucesivamente, la Dominica, Marigalante, Monserrate, Santa María la Antigua, Santa María la Redonda, San Martín, Santa Cruz y Puerto Rico. En la Española encontró destruído el fuerte que fundara en su viaje anterior y exterminados a los cuarenta y tres ocupantes; poco más al sur echó las bases de una ciudad a la que dió el nombre de Isabela.

Exploraciones

Envió al piloto Torres a España con la mitad de la flota, en procura de abastecimientos y él, por su parte,



Otros viajes de Colón.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

comenzó la busca de metales preciosos que suponía existentes en la región, explorando, a ese efecto, Santo Domingo y comandando una expedición de tres barcos que costeó una parte de Cuba y descubrió Jamaica y se vió precisado a volver a la Española, donde halló a sus gentes en plena convulsión y perdidas tres naves que, recién llegadas con víveres de España a cargo de su hermano Bartolomé, fueron apresadas por los revoltosos que dieron en ella la vuelta a la metrópoli.

Situación crítica en la Isabela

Los víveres empezaron a escasear. Afortunadamente llegó el piloto Torres con cuatro naves cargadas de ellos, y el Almirante dispuso que su retorno lo hicieran con un cargamento de quinientos indios prisioneros, en calidad de esclavos.

Las dificultades con los indígenas aumentaban de día en día, y el resultado fué que la situación se hizo insostenible. Embarcóse Colón y volvió a España, encontrando a los reyes en Burgos, y concertando, luego, la tercera expedición.

Tercer viaje

Con seis carabelas partió de San Lúcar para este tercer viaje, conduciendo seiscientos hombres de desembarco, en marzo de 1498, y dividiendo en dos partes la flotilla, desviando el rumbo hacia el sur, llegó al frente de tres barcos, a la isla de Trinidad, avistó las bocas del Orinoco, el golfo de Paria y la isla Margarita, descubriendo así las costas septentrionales del Continente Sudamericano.

Hallazgo del Continente Sudamericano

En estos parajes los indios acostumbraban llevar adornos de perlas, que decían proceder del norte y del oeste y dada la rica vegetación del lugar, el caudal del río, cuya desembocadura había descubierto, creyó Colón que había llegado al continente asiático. En una carta enviada a los Reyes, el Almirante, poseedor de un espíritu profundamente místico, después de hablar de su reciente descubrimiento, dice que según sus cálculos, acababa de tocar las costas del Paraíso Terrenal, el lugar idílico de la primera pareja humana donde sólo es posible llegar por inspiración divina. Lo que prueba, aparte del misticismo de

Colón, lo confuso que eran los conocimientos geográficos de la época.

Llegada a la Española. Santo Domingo

Después de esta exploración, Colón se dirigió a la Española.

Allí su hermano Bartolomé había fundado la ciudad de Santo Domingo, despoblando la Isabela, siendo desde entonces aquella villa el foco de la conquista española en las Antillas.

Encontró Colón que el espíritu sedicioso de los aventureros había hecho presa de la isla y fueron inútiles sus intentos de pacificarla. Las noticias de estos sucesos llegaron, naturalmente, abultadas a España, y promovieron el envío de un comisionado que informase sobre ellos, recayendo la elección en el comendador don Francisco de Bobadilla.

El comisionado, provisto de plenos poderes, escuchó las quejas de españoles y aborígenes contra el Almirante y sus hermanos: mal trato y esclavitud de los indios, y ejecuciones capitales de algunos colonos.

Colón es enviado preso a España

Bobadilla, en virtud de los poderes discrecionales de que era portador, ordenó el apresamiento del Almirante y de sus hermanos Diego y Bartolomé, y su remisión a España para ser juzgados, haciéndoles cargar grillos, como se acostumbraba en esa época.

Llegados los presos a Cádiz, los reyes dieron una real cédula ordenando su libertad, la restitución de antiguos honores y privilegios y la substitución de Bobadilla por don Nicolás de Ovando, en el gobierno de la nueva colonia.

El "Libro de las Profecías"

Encontrándose Colón, en Granada, donde residía la corte, escribió un libro llamado "Libro de las Profecías", dedicado a los Reyes Católicos. En él sostiene que, de acuerdo a las Sagradas Escrituras, él es un elegido para enaltecer y propagar la fe, y que su viaje al Occidente fué inspirado por Dios. Luego, agrega la necesidad de emprender la conquista del Santo Sepulcro, que estaba en manos de los turcos musulmanes.

Para ello propone una nueva expedición a las tierras firmes descubiertas en el viaje anterior, destinando al fin citado, el valor de las perlas y oro que se pudieran obtener.

Así, se concertó el cuarto y último viaje, que Colón hizo como simple emisario del trono, sin mando alguno sobre las tierras que pudieran hallarse, y sin participación de los probables beneficios. Se comprometía no tocar la isla Española, y a entregar al tesoro real, las riquezas que adquiriese en el curso de la exploración, destinando el total de lo obtenido, a intentar la empresa de la conquista del Santo Sepulcro. **Cuarto viaje**

El 11 de mayo de 1502, salió del puerto de Cádiz, al frente de cuatro pequeñas naves y 140 hombres de tripulación, acompañándolo su hermano Bartolomé y su hijo natural Fernando. Descubrió el 11 de junio la isla Martinica, costeó Puerto Rico, pretendiendo luego reparar sus naves en la isla Española, pero Ovando se lo impidió; avistó a continuación Jamaica, y alcanzó las costas del continente a la altura de Honduras. Costeándolas con dirección sur logró obtener bastante cantidad de oro, hasta arribar al golfo de Darién, que exploró. Intentó luego volver a la Española, dado el estado ruinoso de sus naves, pero naufragó en los arrecifes de Jamaica, siendo los náufragos, después de indecibles penurias de más de un año, socorridos por las autoridades de la Española, que los condujeron a Santo Domingo, y desde allí a España (1504).

Casi al mismo tiempo de llegar Colón a España, moría la reina. El descubridor se radicó en Sevilla, siguió a la corte a Segovia, Salamanca y Valladolid, intentando hacer cumplir por el rey Fernando lo estipulado en las Capitulaciones de Santa Fe, para sí o para su hijo, sin conseguirlo, y el 21 de marzo de 1506, moría en Valladolid, en la ignorancia de que había descubierto un nuevo mundo y convencido, hasta el fin, de haber alcanzado las costas de Cathay y de la India. **Ultimos años de Colón**

Sus restos, trasladados a Sevilla, lo fueron luego a Santo Domingo, de donde en 1795 debieron pasar a la

Habana, para luego volver a Sevilla, si bien se duda de que esta última parte de la larga odisea haya sido hecha por ellos o por los de su hijo Diego.

Pleito de los Colones

Al morir el Almirante, que en vida había renunciado a todos sus derechos a favor de su hijo Diego, sin obtener la restitución del gobierno de las Indias, sus descendientes entablaron pleito a la corona, por falta de cumplimiento a las cláusulas de las Capitulaciones de Santa Fe.

Los descendientes de Colón, emparentados con la poderosa casa de Alba, pues don Diego se había casado con Teresa de Toledo, sobrina del duque de Alba, reclamaron durante años, el gobierno de las Indias. La corona sostuvo que la concesión del gobierno hereditario de las tierras de las Indias a favor de los Colones, había sido solamente en calidad de gracia, y no por determinación expresa del contrato. Así planteadas las cosas, don Diego tuvo que aceptar el gobierno de la Española, y el pleito recién terminó, después de largos y enredosos pormenores, en 1536, reconociéndoseles a los descendientes del Almirante, la propiedad de la isla de Jamaica y considerables extensiones de tierras en Veragua.

CAPITULO SEPTIMO

LOS DESCUBRIMIENTOS GEOGRAFICOS

XIII

Los viajes españoles. La Junta de Burgos.

El descubrimiento de Colón, produjo como sabemos, un acrecentamiento notable del espíritu de aventura arraigado ya en el alma española, durante la secular lucha con el moro, y el escaso interés demostrado para efectuar el primer viaje, se trocó en fervor y entusiasmo al iniciarse el segundo.

Este entusiasmo por los viajes aumentó, cuando después del tercer viaje colombino, llegaron a la metrópoli las primeras perlas procedentes de Tierra Firme, — nombre que se dió a la parte norte del continente sudamericano. Un ansia desmesurada de riquezas, unida al espíritu de aventura, dieron lugar bien pronto a numerosas y pequeñas expediciones, que marinos muchas veces inexpertos, conducían a las nuevas tierras, con fines de exploración y de adquisición de riquezas.

Si bien estas primeras expediciones, se realizaban en perjuicio de los derechos y privilegios reconocidos a Colón por las Capitulaciones de Santa Fe, ellas tuvieron la virtud de acelerar la exploración y el conocimiento de las costas, trayendo como consecuencia la inmediata iniciación de la conquista y colonización de las tierras recientemente descubiertas.

Pero estas expediciones no fueron únicamente patrimonio de los españoles, pues, también se llevaron a cabo expediciones de este género, por parte de los portugueses, franceses e ingleses, que analizaremos a su tiempo.

Los viajes españoles. — Las primeras expediciones españolas de exploración, conocidas con el nombre de "viajes menores", fueron realizadas entre los años 1499 y 1502, y dieron lugar al reconocimiento de la costa sudamericana desde el cabo San Agustín al istmo de Panamá.

A estos viajes sucede una época de inactividad, para iniciarse luego un segundo período, que completa el conocimiento de las costas de América. En seguida empieza la conquista.

Primer viaje de Ojeda

Primer período: Viajes menores. — Inician esta serie de viajes menores, en 1499, el capitán Alonso de Ojeda y el cartógrafo Juan de la Cosa, acompañantes de Colón en su segundo viaje, formando también parte de la expedición, Américo Vespucio, que hasta entonces no se había destacado como piloto.

La escuadra compuesta de cuatro naves, reconoció Tierra Firme, desde el paralelo 10 de latitud norte, explorando el golfo de Paria, la isla Margarita, hasta llegar al cabo Vela. En el curso de la exploración, la vista de una aldea lacustre de los indígenas, sugirió a los españoles la idea de llamar a estas tierras, Venezuela, pues traía a la mente la evocación de Venecia. La expedición terminó en isla Española, donde llegó la flota de Ojeda en el mes de septiembre de 1499, cuatro meses después de su partida de España.

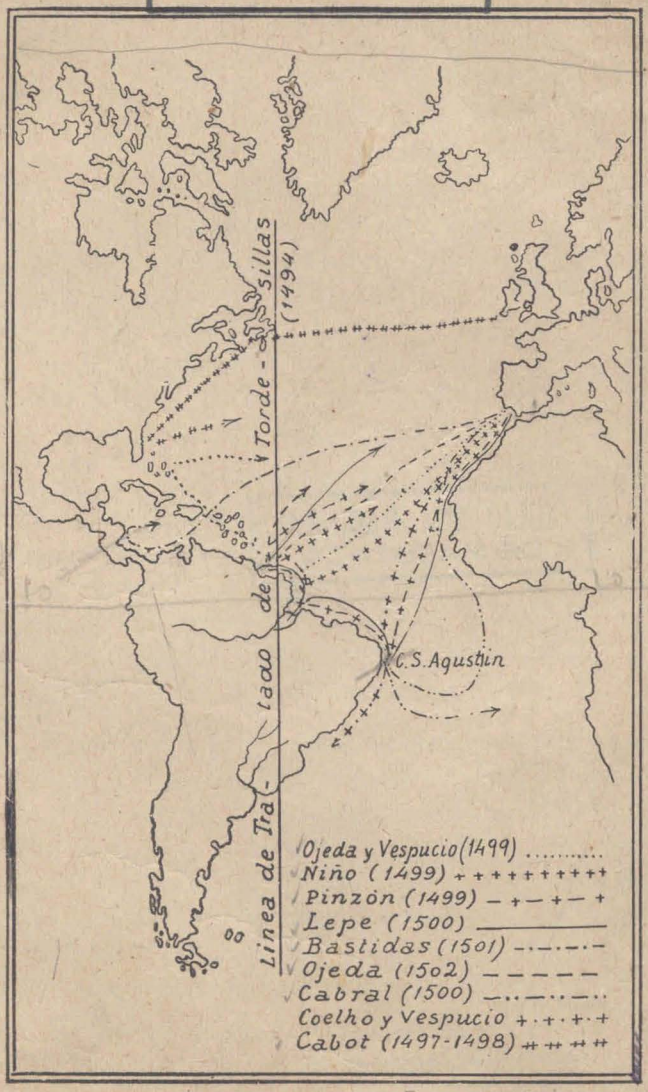
Niño

Poco tiempo después de haber partido la expedición de Ojeda, salía también de España, don Pedro Alonso Niño, acompañado de Cristóbal Guerra con una pequeña carabela y treinta y un hombres de tripulación. La expedición siguió la ruta de Ojeda, llegó al golfo de Paria. donde embarcó un rico cargamento de palo Brasil, planta semejante al campeche, utilizada para fabricar una tintura de color rojizo. Luego avistó la isla Margarita y se detuvo tres meses en la región del Cumaná, dando la vuelta a la metrópoli.

Vicente Yáñez Pinzón

Algunos meses antes (18 de noviembre de 1499), partía de Palos una expedición de cuatro carabelas manda-

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Viajes menores.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

das por el menor de los hermanos Pinzón, don Vicente Yáñez. Una tempestad torció hacia el sur el rumbo de la expedición y haciéndola cruzar el ecuador, sólo pudo avistar tierra en el cabo San Agustín, situado a poca distancia de los ocho grados de latitud sur, altura de Pernambuco. De ahí la expedición siguió el perfil de la costa brasileña, descubrió las bocas del Amazonas y llegó al golfo de Paria, de donde tomó rumbo a la Española, para volver a España el 30 de septiembre de 1500, donde el rey nombró a Pinzón gobernador de las tierras comprendidas entre el cabo San Agustín y el Amazonas, tomando así, legalmente, posesión de esas tierras.

De este modo, Pinzón es el primero y verdadero descubridor de la costa del Brasil, primacía que Portugal reclamara luego para Cabral.

Lepe

En enero del mismo año, salía otra expedición al mando de Diego de Lepe, que baja hasta las islas de Cabo Verde, para poner rumbo al oeste y alcanzar el continente, más o menos, a la altura del cabo San Agustín; de ahí sube hasta el Amazonas, al cual explora en una extensión de sesenta leguas, llega al golfo de Paria y vuelve a España adonde arriba a mediados de 1500.

Bastidas

En enero de 1501, un escribano de Sevilla, Rodrigo de Bastidas, acompañado por Juan de la Cosa, emprende un viaje con dos naves, con las que costea la parte norte del continente, comerciando en perlas y oro, desde la actual Cartagena (Colombia) hasta el Panamá; obligado por el mal estado de sus naves, a acogerse a la Española, fué preso por Bobadilla y remitido a España, donde se le libertó y concedió una pensión vitalicia.

Segundo viaje de Ojeda

El mismo recorrido, hizo otra expedición de Ojeda, que salió de Cádiz en enero de 1502, recorrió las mismas costas de Venezuela y Colombia comerciando con los indígenas, y como escaseasen los víveres, los tripulantes se sublevaron y le condujeron encadenado a la Española, donde recobró la libertad. Con respecto a este viaje no existen pruebas, ni documentos fehacientes.

Segundo período. La Junta de Burgos. — Hacia el año 1502, después de los viajes referidos, ya sea porque los mismos no habían colmado ampliamente la sed de riquezas de los marinos que los emprendieron, o porque el esfuerzo desmedido había producido un cansancio general, lo cierto es que se observa una verdadera paralización en esas arriesgadas empresas trasoceánicas.

Pero atenta la corona a la conveniencia de velar por la toma de posesión de las tierras descubiertas por sus marinos, concibe la idea de iniciar prontamente, la ocupación y colonización de las mismas, en el momento que los portugueses y los ingleses se esforzaban en la exploración de parte de las costas recientemente conocidas.

La Junta de Burgos. El pilotazgo mayor

Consecuente con esta idea, el rey don Fernando resuelve convocar en Burgos, la reunión de una Junta, compuesta de pilotos experimentados en navegación. Esta Junta que presidía el rey, se reunió en el mes de marzo de 1508, formando parte de ella los pilotos Américo Vespucio, Juan de la Cosa, Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís. La Junta de Burgos, después de largas deliberaciones aconsejó la creación del cargo de piloto mayor, con sede en Sevilla, a quien correspondía la dirección total de las expediciones exploradoras, ocupando sucesivamente, el pilotazgo mayor, pilotos como Vespucio, Díaz de Solís y Caboto.

Contando con una jefatura única, se podrían precisar los objetivos y fines de empresas tan arriesgadas, y los resultados serían más provechosos para la nación que las emprendía.

Los pilotos

En adelante, los comandantes de las expediciones debían poseer el título de piloto, o por lo menos acreditar suficiencia, en lo que respecta a la dirección de las naves y el arte de navegar. Para demostrar su competencia los pilotos debían rendir un examen teórico y práctico, que era previo al permiso otorgado por el pilotazgo mayor, para el comando de las naves.

El pilotazgo mayor, con anuencia real, creyó luego conveniente la creación de una escuela de náutica que se instaló en Sevilla, donde hicieron sus estudios los aspirantes a piloto, recibiendo los conocimientos científicos, que hacía de ellos verdaderos marinos. Esta medida se completó, con la orden de formar el padrón real, nombre que se dió a las cartas geográficas oficiales, en las que se indicaba las rutas más convenientes para llegar a Indias, y donde se consignaban las tierras que sucesivamente se descubrían.

La escuela náutica y el padrón real

El primer piloto mayor fué Américo Vespucio, y de inmediato se dispuso el envío de una expedición exploradora.

Expedición de Pinzón y Solís

Esta expedición que salió de San Lúcar en 1508 estaba comandada por Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís y tenía el encargo de buscar un paso de comunicación marítima en Tierra Firme, que permitiera llegar a las islas de las Especias o Molucas, tan ricas en las codiciadas especias. A ellas habían llegado los portugueses después del viaje de Vasco de Gama de 1498, y al mismo objeto, tendían los viajes españoles, por la ruta marítima opuesta, desde Colón en adelante, sin haber obtenido hasta entonces, ningún resultado.

Pinzón y Solís, después de explorar las costas de Cuba, recorrieron las del continente desde el grado 85 hasta el golfo de Paria, navegando luego hasta el cabo San Roque para cruzar de nuevo el océano de vuelta a la península. Naturalmente, el ansiado paso no fué hallado.

Expediciones de Ojeda y Nicuesa

En 1508, el monarca, dividiendo las tierras a la altura del golfo de Darién, concedía la conquista de la parte este, actual Colombia, al capitán Alonso de Ojeda y el oeste, actual istmo de Panamá hasta más allá del cabo Gracias a Dios, en Honduras, a don Diego de Nicuesa.

La primera zona se denominó Nueva Andalucía, y la segunda, Castilla de Oro.

Ojeda

Ambos jefes llegaron casi al mismo tiempo a la Española, donde incorporaron algunos hombres más a sus

efectivos, partiendo Ojeda, en noviembre de 1509, hacia el continente y desembarcando en el puerto de Cartagena.

Como la disposición de los aborígenes no le fuera favorable, los atacó de inmediato y persiguió hasta el pueblo de Jubarco, donde entregados los españoles al botín, fueron, a su vez, atacados y maltrechos por los indios, salvando Ojeda por milagro, después de haber vagado varios días por los bosques.

Nicuesa

En esas circunstancias, acertó a llegar la escuadra de Nicuesa, quien, sabedor de lo ocurrido a sus compatriotas, prestó cuatrocientos hombres para castigar a los indios, que, efectivamente, fueron alcanzados en Jubarco, ultimados e incendiadas sus habitaciones.

Aquí se separaron de nuevo, Nicuesa para ir a su desastrosa expedición del Panamá, y Ojeda para poblar al sur de Cartagena, la villa de San Sebastián, donde a la vuelta de largas penurias, dejó al entonces obscuro soldado Francisco Pizarro con una pequeña dotación, partiendo él, herido de flecha envenenada, en busca de socorros a Cuba, a donde llegó tras de penosos trabajos, falleciendo en Santo Domingo en 1515, a consecuencia de la herida recibida.

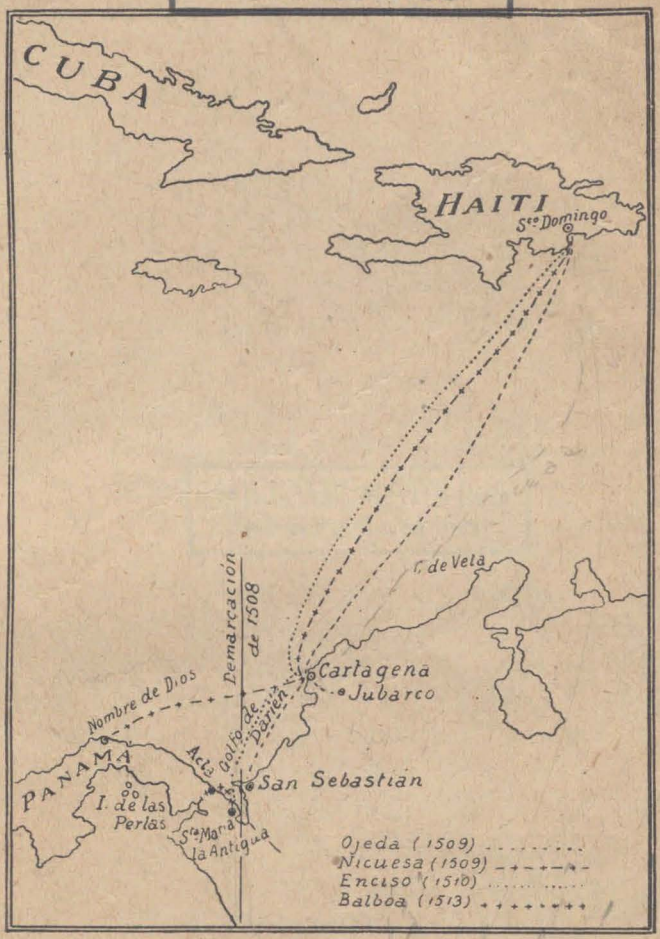
Enciso

De Santo Domingo había salido en 1510 una expedición al mando del bachiller Martín Fernández de Enciso, en busca de Ojeda. Esta expedición a cuyo bordo partía subrepticiamente de la isla, para escapar de sus acreedores, D. Vasco Núñez de Balboa, encontró a la altura de Cartagena a la nave que conducía a Pizarro y demás pobladores de San Sebastián.

El Darién. Santa María la Antigua

Reunidos los expedicionarios, concertaron poblar al oeste del golfo de Darién un sitio que denominaron Santa María la Antigua, dentro de la jurisdicción otorgada por el rey a Nicuesa. Enciso se hizo pronto impopular, y una confabulación encabezada por Balboa lo depuso, colocando a éste en su puesto.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Conquista de Tierra Firme.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Fin de Nicuesa

En esos momentos, llegaban a la colonia dos navíos fletados de la Española, al mando de Diego de Colmenares, en busca de Nicuesa. Este se hallaba a la sazón en un sitio de la costa denominado Nombre de Dios; un naufragio había destruído sus barcos y de su brillante expedición sólo quedaba un puñado de hombres, enfermos y casi muertos de hambre.

Sabedor Nicuesa, por la expedición de socorro, de la existencia de la población fundada por Enciso, pensó en ir a gobernarla como correspondía a los derechos que le había otorgado el rey, pero los colonos, encabezados por Balboa, le negaron obediencia y le obligaron a marcharse. Nicuesa debió naufragar en ese viaje, pues nunca más se supo de él.

Balboa en Santa María

Depuesto, como ya lo hemos dicho, Enciso, por Balboa, el cabildo de la colonia ratificó a éste en el mando con el cargo de alcalde. Balboa, cuya popularidad se hizo enorme en poco tiempo, desterró a Enciso a España, asumió el gobierno de hecho de la colonia y organizó una serie de expediciones al interior del Darién, en una de las cuales tuvo las primeras noticias de la existencia de un mar situado al sur de las tierras que ocupaba. Esta noticia y la de la existencia de un imperio muy rico y poderoso situado en la misma dirección, le indujeron a expedicionar en ese sentido.

Descubrimiento del Mar del Sur

Unos socorros oportunamente llegados de la Española, y la noticia de que Enciso había conseguido hacerse escuchar del rey, quien pronto iba a desautorizar a Balboa, indujeron a éste a apresurar la partida de la expedición y, en efecto, el 6 de septiembre de 1513, partió Balboa del puerto de Acla, al frente de ciento noventa españoles y numerosos indios auxiliares.

El espacio a recorrer hasta la costa opuesta, no era grande, pero, en cambio, presentaba a los expedicionarios mil dificultades que vencer, pues, a más de ser singularmente abrupto y riscoso por la cadena de monta-

ñas que recorre el istmo, estaba cubierto de selva virgen y pantanos palúdicos.

Combatió Balboa a algunas tribus que se oponían a su paso y, al cabo de diecinueve días, el 25 de septiembre de 1513, el jefe expedicionario, que se había adelantado a sus compañeros, avistó desde lo alto de un promontorio una extensa sabana de agua que se dilataba hacia el sur.

En el mismo sitio, llegaba Balboa a la costa y por medio de una ceremonia que consistía en penetrar a pie algunos pasos en el mar, con el pendón de Castilla en una mano y la espada en la otra, tomó posesión de él y de las costas e islas que pudiera bañar, en nombre de sus soberanos. Al mar descubierto se le llamó Mar del Sur.

El descubrimiento era una comprobación de la teoría sostenida desde Vespucio de que las nuevas tierras constituían un continente nuevo.

Después de recorrer cierto espacio de la costa y descubrir algunas islas, volvió al Darién.

Expedición de Pedro Arias de Avila

Entretanto, las intrigas de Enciso contra Balboa habían fructificado, y el monarca español ordenó una expedición a la nueva colonia, al mando de don Pedro Arias de Avila, quien tenía, al mismo tiempo, encargo de juzgar a Balboa.

La expedición, compuesta de veintidós naves y dos mil hombres, la más poderosa, hasta entonces, de las enviadas a Indias, llegó a Darién en mayo de 1514.

Arias tomó posesión del gobierno y dió, secretamente, comienzo al juicio de su antecesor. Mientras esto ocurría, fué preciso combatir una sublevación de los indios, que no soportaban tan bien a sus nuevos señores, como a los antiguos, y llegaba a España la noticia del descubrimiento del Mar del Sur.

El monarca quiso rehabilitar a Balboa y, al efecto, le nombró Adelantado del Mar del Sur y capitán gene-

ral de sus costas, aunque bajo el mando superior de Arias.

Este retuvo un tiempo los despachos del descubridor y al fin consintió en dárselos, acordando un convenio, una de cuyas cláusulas era el matrimonio de una hija de Arias, residente en España, con Núñez de Balboa.

Este último pensó hacerse cargo de su adelantazgo y, al efecto, ordenó la preparación y el transporte a lomo de indios de la tablazón, hierros y velas de cuatro naves, hasta la costa del Mar del Sur.

Había botado al mar dos bergantines y tenía dispuestos trescientos hombres para la expedición, cuando Arias le llamó al Darién, con el pretexto de darle instrucciones.

Muerte de Balboa

Cuando Balboa acudió, fué preso, y encontró que también lo habían sido algunos de sus compañeros. Se les imputaba haber intentado una sublevación contra Arias y, juzgados por el Alcalde Mayor, Gaspar de Espinosa, fueron condenados a la pena capital y, aun cuando pidieron apelación para ante el rey, Arias no les escuchó y los presos fueron decapitados en Acla, en 1517.

La corte española hizo justicia a la memoria de Balboa, pero no castigó a su ejecutor.

Viajes clandestinos

El deseo de eludir el pago del tributo al rey y al mismo tiempo el de evitar el cumplimiento de algunas disposiciones legales en el despacho de los buques de los puertos españoles, movió a muchos a hacer dichas expediciones, en forma clandestina y sin la correspondiente venia real.

Se caracterizaron también por carecer en absoluto del objeto colonizador y descubridor que tienen las anteriores expediciones salidas de la península, siendo más bien incursiones de carácter particular que no llevan consigo la representación oficial de los monarcas y cuyo objeto es, únicamente, hacer acopio de riquezas en metales, perlas, maderas finas, esclavos indios, cuadrúpedos y aves raras para mercarlos en el continente.

Hombres dedicados a las actividades más ajenas al mar, abandonaban la península y se lanzaban a la aventura. De este modo y teniendo en cuenta la impericia de sus capitanes, no es extraño que una buena parte de las expediciones haya terminado en el fondo del océano.

A tales viajes no puede unirse el nombre de ningún explorador famoso y sólo tienen importancia, como síntoma del estado febril del alma española, en la época que sigue al descubrimiento.

Dentro del orden internacional, hay otras expediciones que han merecido el nombre de clandestinas y son las que, saliendo de puertos no españoles, exploraron las costas del continente de Colón, y motivaron, más tarde, la intromisión en él, de Portugal, Inglaterra, etc. y la creación de colonias de esas nacionalidades.

Expedición de Juan Díaz de Solís

En 1514, veinte años después del Descubrimiento, estaba aún por hallarse el camino occidental de la India.

El descubrimiento de Balboa y las publicaciones de Vespucio, habían generalizado la idea de que las tierras descubiertas eran parte de un continente nuevo, del otro lado del cual se extendía un mar que bañaba las costas de la India y las de las islas de la Especería. Faltaba, pues, hallar el paso de comunicación entre los dos mares, y es de notar la curiosa propensión adivinatoria de la época, a buscarlo hacia el sur. Los mismos cartógrafos, aun desconociendo la costa meridional del continente, coincidían en ubicar en ella el deseado paso.

La propensión de que hablamos, es tanto más de notar, cuanto que la parte norte del continente, permanecía poco menos que desconocida. El ejemplo del Cabo de Buena Esperanza y la expedición de Vasco de Gama, no han de haber influído poco en la orientación de las expediciones.

El cargo de Piloto Mayor de España creado en un principio para dictaminar sobre la competencia de los marinos que aspirasen a comandar naves, recayó en

Américo Vespucio y pasó, a su muerte, a don Juan Díaz de Solís.

A fines de 1514, el Piloto Mayor firmaba capitulaciones con los reyes, por las que se comprometía a buscar el paso de comunicación con el mar del Sur, explorar y hacer descubrimientos en sus aguas y, el 8 de octubre del año siguiente, salía del puerto de San Lúcar, al frente de una flotilla de tres naves.

Descubrimiento del río de la Plata

Previa escala en las Canarias, arribó a las actuales costas brasileras, a la altura del cabo San Roque y siguió el perfil de la costa hacia el sur, hasta alcanzar la Punta del Este, en el actual Estado Oriental, donde dejó dos de sus barcos y, al mando del tercero, siguió la curva que, hacia el oeste, describe en este sitio la precitada costa.

Notando la dulzura de las aguas, debió comprender, sin duda, su origen fluvial, pero, en homenaje a lo extenso del estuario, lo denominó Mar Dulce (1516).

Durante varios días recorrió el río, hasta la boca del Uruguay y, habiendo hecho un desembarco en la costa, a la altura del arroyo de las Vacas, fué atacado, en compañía de media docena de sus compañeros, por los salvajes, que les dieron muerte.

El piloto Francisco de Torres tomó, entonces, el mando de la expedición y ordenó el retorno a España. Una de las naves se perdió en el camino y once de sus tripulantes buscaron refugio en la isla de Santa Catalina. De vuelta a Europa, Torres contó la fábula de que Solís había sido devorado por los indios de la región.

Expedición de Hernando de Magallanes

Fracasada la empresa de Solís, no había de tardar en seguir sus huellas una nueva, destinada a llevar a buen término la difícil tarea que se propusiera el malogrado Piloto Mayor.

Un marino portugués, al servicio de la corte española, don Hernando de Magallanes, salió de San Lúcar el 20 de septiembre de 1519, al mando de una flota de cinco naves con doscientos sesenta y cinco tripulantes. Lle-

vaba el encargo del monarca español, de seguir la ruta de Solís y de tentar el término de la empresa. Magallanes era el hombre indicado para ello: experto conocedor de los mares de la India, que había recorrido al servicio de su patria, estaba dotado de un valor personal a toda prueba y de una energía moral incontrastable.

San Julián

Los expedicionarios siguieron, lo mismo que Solís, las costas del Brasil, penetraron en el río de la Plata, donde, dividida la flota, lo exploraron minuciosamente y abandonando sus aguas, siguieron rumbo al sur, hasta el golfo de San Julián, donde el jefe decidió invernar.

Los tripulantes, fatigados del largo viaje y ansiosos de volver a España, tramaron una conspiración y, apoderándose de tres de las naves, estaban en camino de poner en ejecución sus deseos, cuando el jefe expedicionario se dispuso a reprimir la sublevación: mandó apuñalear, en su propia nave, al caudillo de los insurrectos, Luis de Mendoza, por intermedio del alguacil Espinosa, haciendo luego descuartizar su cuerpo; a otro de los jefes, Gaspar de Quesada, le hizo decapitar, y por último, Juan de Cartagena y el clérigo Sánchez Reina, fueron abandonados, sin recursos, en la costa patagónica.

El estrecho

Al llegar la primavera de 1520, la expedición siguió rumbo al sur, y el 21 de octubre del mismo año, llegaba a una profunda escotadura de la costa, que penetra bruscamente hacia el oeste y ahí se arriesgaron resueltamente los expedicionarios.

Así comenzó la exploración del paso, y el 1° de noviembre, Magallanes le llamó estrecho de Todos los Santos, en conmemoración de la festividad de esa fecha, empleándose casi un mes en recorrerlo en toda su extensión, al cabo del cual, se encontraron los expedicionarios con un inmenso mar que llamaron Pacífico, que era el descubierto en 1513 por Balboa y bautizado con el nombre de Mar del Sur.

La tripulación de una nave se había sublevado al man-

do de su piloto, Esteban Gómez, y dió la vuelta a España.

El viaje de los restantes continuó, esta vez, con rumbo noroeste. Los víveres que antes del paso del estrecho eran escasos, entraron en fermentación; se apeló para la alimentación, a las ratas y a los trozos de suela ablandada previamente en el agua. Estalló el escorbuto a bordo y más de veinte hombres murieron de la enfermedad, hasta que, por fin, el 6 de marzo de 1521, fueron avistadas las islas Marianas, bautizadas entonces, con el nombre de "de los Ladrones".

Muerte de Magallanes

Navegando en el archipiélago filipino, Magallanes consiguió la declaración de sometimiento de algunos reyezuelos al monarca español y luchando en el islote de Mactan en pro del sometido rey de la isla de Zebú, encontró la muerte, con algunos de sus compañeros, el 27 de abril de 1521.

El rey de Zebú pagó con una ingratitud el sacrificio de Magallanes, tendiendo una celada a los españoles restantes y causando una matanza entre ellos.

A esta altura de la expedición, sólo quedaban tres naves, pues, como lo hemos dicho más arriba, la del piloto Gómez desertó y otra se estrelló contra unos escollos; pero, como después de la matanza de Zebú, el número de los castellanos fuera insuficiente para tripular tres naves, se desamparó la más destruída de ellas, embarcándose sus tripulantes en las otras dos.

Elcano

Desde el sitio en que esto ocurría, las islas Molucas, las dos naves se separaron, por exigir reparaciones una de ellas, la Trinidad (que luego de una penosa odisea fué apresada por los portugueses), y la restante, la Victoria, al mando de uno de sus tripulantes, el piloto vizcaíno, Juan Sebastián Elcano, siguió por los mares de la India y el sur de Africa, el penoso viaje que había de terminar en el punto de partida, el 4 de septiembre de 1522, volviendo, al cabo de tres años, sólo una de las cinco naves que salieron y únicamente treinta y uno de los doscientos sesenta y cinco hombres que llevaban.

Resultados

El camino occidental o español de la Especería, estaba hallado y lo que es más importante, el pleito de la forma terrestre se había fallado con este primer viaje de circunnavegación, a favor de la teoría de la esfericidad.

Expedición de Loaysa

Sobre las huellas de Magallanes marchó una desgraciada expedición, compuesta de siete naves, al mando de García Jofré de Loaysa, a quien acompañaba Elcano, salida de España en julio de 1525. La armada se perdió al llegar al estrecho y una de sus naves, la "San Gabriel", al mando del piloto Rodrigo de Acuña, intentó el regreso de España, naufragando en las costas brasileñas, cerca de la isla de Santa Catalina, donde buscaron refugio los náufragos.

El Puerto de Los Patos y Santa Catalina

El azar había formado, en la costa brasileña, a la altura del paralelo 27 y en la isla vecina de Santa Catalina, un núcleo de europeos procedentes de sucesivos naufragios. Como hemos visto, once de los hombres de Solís se acogieron a ella y los de Rodrigo de Acuña siguieron igual destino.

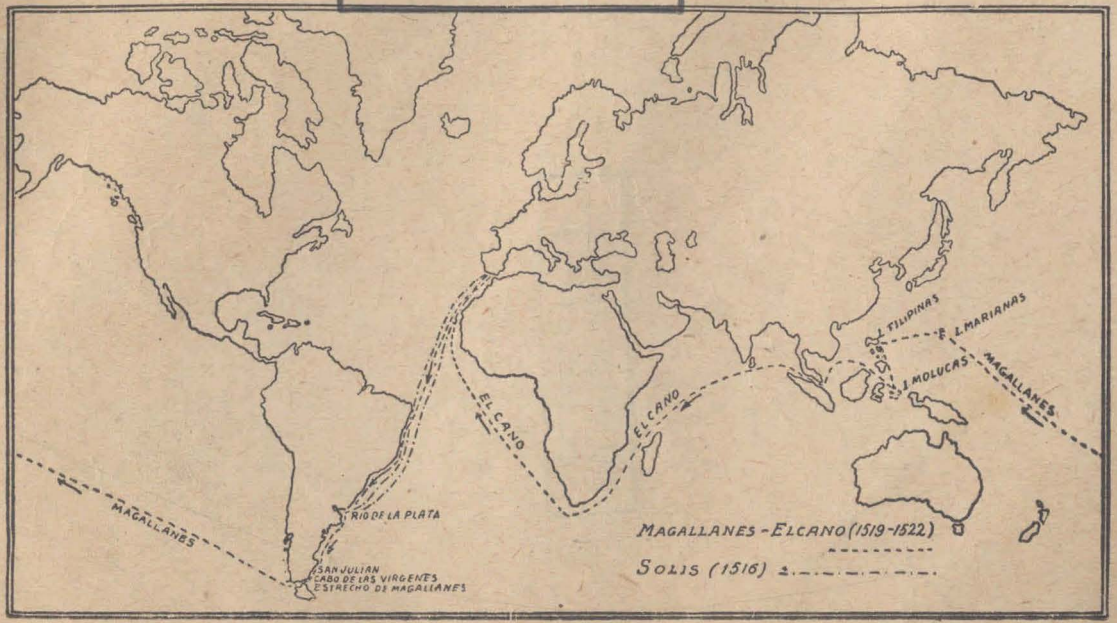
Tanto la isla como la región vecina del continente, eran singularmente ricas en venados, cerdos monteses y patos, la vida fácil y los indígenas de buen natural. Estas circunstancias convirtieron pronto a Santa Catalina (bautizada así más tarde por Caboto) y el puerto continental de los Patos, en sitios obligados de recalada para las expediciones procedentes del viejo mundo.

Expedición de Alejo García

De ahí salió también, una expedición, notable por los resultados obtenidos, en lo mezquino de sus medios.

Los once náufragos de Solís, de que hablamos más adelante, habían ungido como su caudillo a uno de ellos: Alejo García. A oídos de García y sus compañeros, cuyo trato con los indios era frecuente, llegaron noticias de la existencia de un poderoso imperio situado al noroeste, cuya riqueza en oro y plata era tal, que estos metales se empleaban en la construcción de las habitaciones. Según la fábula, el imperio estaba regido por un monarca de tez blanca y por esta circunstancia, la

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Solís y Magallanes.

Loti

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Loti

leyenda de Santa Catalina ha traído la designación de "leyenda del rey blanco".

García y sus compañeros decidieron alcanzar las famosas regiones y al efecto cruzaron en la dirección citada, el estado actual de Santa Catalina, y penetraron en el Paraguay, donde levantaron un ejército indígena de unos mil hombres. Siguiendo la ruta noroeste, cruzaron el territorio chaqueño y llegaron hasta las proximidades de Chuquisaca.

Provistos de rico botín de metales preciosos, dieron la vuelta al Paraguay, donde pensaron establecerse para repetir la empresa, mientras enviaban noticias a los compañeros restantes de Santa Catalina, pero, una sublevación de indios, terminó con ellos y con el codiciado botín.

Consecuencias

La aventura de García, tiene la doble importancia de haber servido para descubrir y explorar el Paraguay y la de torcer, más tarde, el rumbo de las expediciones subsiguientes de Caboto y Diego García que, dirigiéndose a la India por la ruta de Magallanes, fueron detenidos en tierras del Río de la Plata, por la fama de las riquezas obtenidas por la expedición de Alejo García y sus compañeros.

XIV

Descubrimientos realizados por los portugueses, ingleses y franceses.

Descubrimientos de los portugueses. — Los grandes navegantes portugueses del siglo XV, conquistaron para su país, un rico imperio colonial en el Oriente, llevando sus naves hasta la India y la Especería, a través del cabo de Buena Esperanza. En esa empresa larga y costosa, que abarca los esfuerzos de casi un siglo, se destacan las figuras de Bartolomé Díaz, descubridor del cabo de Buena Esperanza, en 1486 ó 1487 y de Vasco de Gama, que doblando el cabo referido, arriba a las costas de la India (1498). Más tarde, Alburquerque, va a consolidar la

posesión del imperio colonial portugués, con sus prósperas y ricas factorías comerciales, escalonadas en los puertos del Indico y hasta en las costas del Cathay y de las islas de las Especias.

Es así, cómo Portugal, debido al esfuerzo de sus marinos, se ve colmado de riquezas, pues son sus hijos los ricos traficantes de las especias y demás productos orientales, que Europa paga con largueza.

Pedro Alvarez Cabral

Pero un viaje casual dirige poco después, las miradas de Portugal, hacia las tierras recientemente descubiertas por Castilla, y ahonda la rivalidad existente entre ambos países por el dominio de las rutas, no obstante las bulas papales de reconocimiento y delimitación, que oportunamente analizaremos.

Efectivamente, el 9 de marzo de 1500, salía de Lisboa una flota portuguesa, compuesta de tres naves, bajo el mando de Pedro Alvarez Cabral, destinada a Calcuta, y con orden de seguir la ruta de Vasco de Gama.

Buscando vientos favorables, la flota apartóse tanto de las costas africanas, que el 22 de abril del mismo año se encontró frente a las actuales costas brasileñas, a la altura del grado 17 de latitud sur, entrando a un puerto natural, que Cabral denominó Puerto Seguro, dando a esas tierras el nombre de Vera Cruz, — llamadas después de Santa Cruz —, y tomando posesión de ellas en nombre de su soberano.

Cabral recorrió una gran extensión de las costas, y resolvió enviar al rey noticias de su hallazgo por medio de Gaspar de Lemos, que fué despachado con ese objeto, en una de las naves, mientras él con las dos restantes, seguía viaje a Calcuta.

Este fué el primer acto de posesión hecho en nombre de la corona lusitana, de lo que más tarde había de ser la colonia portuguesa del Brasil.

Gonzalo Coelho

Al conocerse en Portugal, el descubrimiento hecho hacia occidente por Pedro Alvarez Cabral, se dispuso el envío de una expedición con el fin de iniciar la explotación

de las tierras que ese marino había incorporado a los dominios lusitanos.

A ese efecto, una flota de tres naves se puso a las órdenes de Gonzalo Coelho a quien acompañaba Américo Vespucio. La expedición salió de Lisboa en el mes de mayo de 1501, empleando más de seis meses en reconocimientos de la costa del Brasil, llegando la exploración hasta un poco más al sur de la actual ciudad de Bahía.

Aparte de esta exploración, la verdadera importancia de la expedición de Coelho fué la de conducir a su bordo, al piloto Américo Vespucio, que hacía su tercer viaje a las nuevas tierras, pues el primero había tenido efecto en la expedición de Ojeda de 1499, y el segundo en la de Pinzón o de Lepe.

A la expedición de Coelho, siguen una serie de empresas, llevadas a cabo por los portugueses con el fin de obtener cargamentos de esclavos indios y de palo brasil, o destinadas a la caza de animales y pájaros raros.

Cristóbal de Haro

Posteriormente, sólo se destaca una expedición portuguesa, que al mando de Cristóbal de Haro, salió de Lisboa en 1513, recorrió una gran parte de la costa brasileña, y tal vez llegó a la desembocadura del actual río de la Plata.

Américo Vespucio

Américo Vespucio, célebre piloto y cosmógrafo italiano, nació en Florencia en marzo de 1452. En el año 1492, lo encontramos en España, ocupando el cargo de agente comercial de los Médicis, y luego pasó al servicio del genovés Berardi, que equipaba y armaba las expediciones gubernativas destinadas a las Indias Occidentales.

Su primer viaje a América, según su propia afirmación, lo hizo en el año 1497, tocando Tierra Firme, pero no existe constancia alguna del mismo, de modo que no debe merecernos fe. Los únicos viajes constatados que hizo Vespucio a las nuevas tierras, fueron: el realizado en 1499 con Ojeda y Juan de la Cosa, el que hizo con Pinzón o Lepe en 1500, y el de 1501, acompañando a Coelho.

Por otra parte, Américo Vespucio, nunca comandó

ninguna expedición, aunque cuando habla de ellas, lo hace sin mencionar a los jefes de las mismas, generalizándose la idea, de que él era el jefe de esas expediciones descubridoras. Sin embargo, Vespucio poseía un espíritu emprendedor, y se destacó como cosmógrafo y piloto, ocupando el cargo de piloto mayor, creado por indicación de la Junta de Burgos, que él también integró.

Sabemos que Colón llevó a la tumba el convencimiento de haber descubierto una nueva ruta de Asia y no un nuevo continente.

Ahora bien: la idea de que ese convencimiento era erróneo, estaba bastante difundida algunos años después del descubrimiento; sólo faltaba una palabra autorizada que fijara definitivamente los nuevos conceptos.

Esa palabra la dijo Vespucio en célebres cartas dirigidas a los Médicis de Florencia, después de la expedición de Coelho, de que formaba parte. La carta referente a este viaje, que contenía la afirmación hecha por Vespucio de que las tierras exploradas, eran parte de un continente desconocido hasta entonces, fué publicada en París, traducida al latín, en 1503.

En esa publicación, basóse un geógrafo alemán establecido en Saint Dié (Francia), Martín Waltzemüller, para proponer (1507), ya que era necesario crear un nombre nuevo, el empleo del nombre de Vespucio, — a quien suponía jefe de las expediciones de que hablaba en sus cartas —, para designar el continente nuevo.

La idea prosperó, y ya en 1509, en un mapamundi impreso en Estrasburgo, se consignan las tierras del nuevo mundo, con el nombre de América. Así, poco a poco, el nombre de América fué desalojando al de Indias o Indias Occidentales con que los españoles siguieron designando mucho tiempo aún, al continente descubierto por Colón.

Los Corte Real

Los hermanos Gaspar y Miguel Corte Real, recibieron en 1500, autorización de la corona portuguesa, para explorar las costas orientales de la América del Norte. Estos marinos eran hijos de Juan Vaz Corte Real, a quien

se atribuye un viaje, muy problemático, hecho en 1466, y que dió por resultado el descubrimiento de la llamada Tierra de los Bacalaos (isla de Terranova).

Gaspar Corte Real, al frente de una expedición portuguesa, visitó en 1500, las costas de "una tierra muy fría y de grandes bosques", que se supone fueran las occidentales de Terranova. Al año siguiente (1501), hizo un segundo viaje, durante el cual, según se cree, tocó el sur de Groenlandia, el Labrador, y las costas del noreste de los actuales Estados Unidos, desapareciendo durante este viaje, él y sus hombres.

Su hermano, Miguel Corte Real, en mayo de 1502, comandó una nueva expedición portuguesa en busca del primero, y como la de aquél, también desapareció.

El rey don Manuel, en 1503, fletó una flotilla en busca de los audaces navegantes, pero nunca se encontró rastros de los mismos.

Desde entonces, los portugueses, en homenaje a la memoria de tan arriesgados marinos, llamaron a Terranova, Tierra de los Corte Real.

Descubrimientos de los ingleses. — Las expediciones inglesas a la América del Norte, se inician inmediatamente de tenerse en Inglaterra conocimiento de la importancia de las nuevas tierras descubiertas por los marinos españoles, siendo consideradas por España, como todas las extranjeras, — de acuerdo al reconocimiento hecho por la Bula del papa Alejandro VI en 1493, y el posterior Tratado de Tordesillas en 1494, que más adelante analizaremos — como viajes clandestinos, es decir, no permitidos, desde que sólo sus marinos, con autorización real, podían explorarlas.

Los Caboto

Juan Cabot o Caboto, marino veneciano al servicio de Enrique VII de Inglaterra, recibió autorización de éste, para intentar la exploración y ocupación de islas y tierras de Occidente.

Acompañado de un hijo, Sebastián Caboto, el marino citado salió de Bristol, en mayo de 1497, comandando una expedición, embarcada en una sola nave, y

haciendo rumbo a occidente, tocó el 24 de junio la costa del Labrador. A continuación descubrió la isla de Terranova, y buscando el paso marítimo de la China, tomó rumbo al sur, llegando según se cree, a la península de la Florida, de donde volvió al punto de partida, debido a la escasez de víveres.

En un segundo viaje, hecho al año siguiente, con destino a los sitios ya visitados, Juan Caboto desapareció, dejando el mando de la expedición a su hijo Sebastián. Se cree que durante este último viaje, los expedicionarios recorrieron de nuevo la costa del Labrador, y exploraron el golfo de San Lorenzo. Esto, de acuerdo al mapa que Juan de la Cosa trazó en el año 1500.

Estos viajes no despertaron entusiasmo en Inglaterra, no obstante el aliciente que para los comerciantes presentaban las costas visitadas, ricas en pesquerías. Las empresas trasoceánicas inglesas, en esa dirección, fueron abandonadas por largo tiempo.

Otras expediciones inglesas

Las expediciones inglesas no se reanudaron hasta el reinado de Isabel (1558-1603), caracterizándose por ser expediciones netamente comerciales, corsarias o exploradoras.

Del primer carácter fueron las tres expediciones realizadas entre 1562 y 1568 por Juan Hawkins, destinadas a las islas de las Antillas, a fin de vender esclavos negros en los establecimientos españoles.

A estas empresas, siguieron las corsarias, apoyadas firmemente por la reina Isabel, enemiga irreconciliable por cuestiones religiosas, del rey Felipe II de España, campeón del catolicismo.

El principal corsario de la época fué el célebre Francis Drake, que entre 1570 y 1595, realizó seis expediciones, atacando a las colonias españolas de América y despojando a los galeones de su cargamento de oro, plata y otras riquezas, que le dieron ganancias fabulosas. Drake fué el segundo marino que dió la vuelta al mundo por el estrecho de Magallanes, y recibió honores, títulos y el

grado de almirante, que le concedió la reina, por los grandes servicios prestados al país.

Otros grandes corsarios ingleses, de esos tiempos, fueron Tomás Cavendish y Ricardo Hawkins.

Por último, se destacan en la misma época, algunas empresas marítimas tendientes al hallazgo del paso del noroeste, que comunicase el Atlántico con el Pacífico, siendo la principal la comandada por el marino inglés Juan Davis, que en 1585, descubrió el estrecho que lleva su nombre.

Descubrimientos franceses. — La noticia de la abundancia de peces existente en el Atlántico, a la altura de la península del Labrador, y particularmente del bacalao, en las aguas de la isla de Terranova, atrajo bien pronto hacia esas regiones, expediciones de los marinos franceses y noruegos, que con anterioridad, efectuaban sus pesquerías en Islandia.

Quince años después del descubrimiento de América, estos viajes eran frecuentes, y a menudo, se convirtieron en empresas corsarias contra el comercio español de América.

Así comienzan los primeros viajes franceses a la América del Norte.

Juan de Verrazano

En 1523, un marino florentino, Juan de Verrazano, al servicio de Francia, equipó, con licencia del rey Francisco I, una expedición de descubrimiento de la que, al fin, sólo se hizo a la vela un barco, en 1524, mandado por Verrazano y tripulado por cincuenta hombres.

De este viaje, esencialmente pacífico, su mismo jefe ha dejado una detallada crónica, en forma de carta, dirigida a Francisco I. Alcanzada la costa americana a la altura del paralelo 34° la recorrió de sur a norte hasta el 45° más o menos, reconociendo la parte de la costa americana que a mayor desarrollo comercial e industrial estaba llamada.

En el curso de su viaje, pasó, sin verla, la boca de la actual bahía de Chesapeake y avistando luego esas mismas aguas por sobre la península que la limita por

el este, atravesó ésta, que tomó por istmo y confundió a la bahía citada con el mar Occidental, consignándolo así en su cartas náuticas e induciendo a error, por algún tiempo, a los cartógrafos de la época.

Pasó de largo la actual bahía de Delaware, penetró en la de Nueva York, reconoció algunas de las islas situadas más al norte y desde la costa del actual estado de Maine dió la vuelta a Europa.

La guerra contra Carlos V absorbía de tal modo a Francisco I, que los descubrimientos de Verrazano fueron echados en olvido por los poderes públicos. El mismo descubridor armó, dos años después de la primera, una nueva flota de cuyo fin no se tienen noticias, ocurriendo otro tanto con su jefe, de quien alguien asegura que en este segundo viaje, terminó devorado por los indios de América, mientras que cronistas españoles afirman que murió ahorcado, en 1527, como corsario, en una localidad de España.

Jacobo Cartier

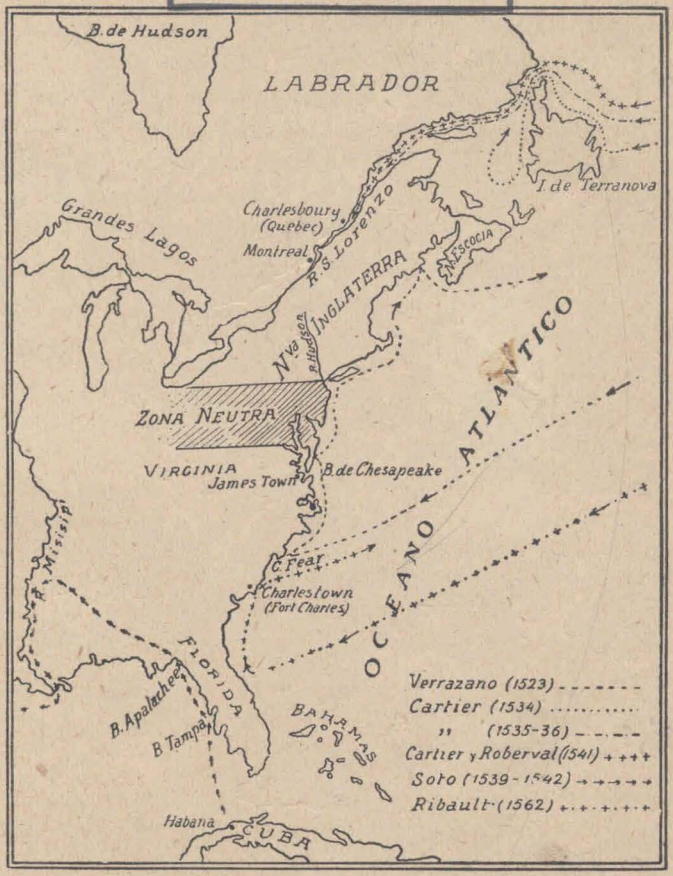
Un marino bretón, de nombre Jacobo Cartier, salió, en 1534, de Francia, comisionado por Francisco I, para completar los descubrimientos de Verrazano. Como su antecesor, buscaba Cartier el paso septentrional que le llevara a Cathay y en pocos días de afortunada navegación, llegó a la isla de Terranova, que circundó en parte, penetró al golfo de San Lorenzo por el estrecho de Belle Isle y le recorrió aunque sin descubrir el río San Lorenzo, que en él desemboca. Empleó algunos meses en reconocer la región y renunciando a encontrar el ansiado paso, en septiembre del año de su salida, estuvo de retorno en el continente europeo.

El descubrimiento del río San Lorenzo y su exploración hasta el emplazamiento de la actual ciudad de Montreal lo efectuó el mismo Cartier, en un segundo viaje que emprendió en mayo de 1535, dando retorno en julio de 1536.

Roberval

Estas dos expediciones originaron el envío de una tercera, con carácter colonizador, a cuya cabeza debía ir el caballero Juan Francisco de la Roque, señor de Rober-

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Ocupación de la América del Norte.

val, en condición de virrey, quedando reservado a Cartier el mando de la flota.

El 23 de mayo de 1541 salía Cartier con las naves de su mando, conviniendo en que Roberval lo haría más tarde. Llegó de nuevo al río San Lorenzo, construyó un fuerte en el actual emplazamiento de Quebec y en esas circunstancias, se le juntó Roberval, que hizo algunas fundaciones e intentó reconocimientos, ordenando, por último, a Cartier (1542), el retorno a Francia, en busca de refuerzos. En Francia, en cambio, Cartier recibió la orden de volver en busca del resto de los expedicionarios que debían abandonar la empresa, orden que se cumplió poco más tarde.

Roberval insistió, en 1549, en su fracasado proyecto, volviendo de nuevo a la región del San Lorenzo, ignorándose totalmente el destino de la expedición y el fin de su jefe.

XV

Consecuencias de los descubrimientos. Las bulas de Alejandro VI. Tratado de Tordesillas. La dominación de las rutas. La cartografía.

Consecuencias de los descubrimientos. — Las consecuencias generales del descubrimiento de América, y de la exploración de sus costas, fueron enormes y de todo orden.

Para su mejor estudio, podemos dividirlas en consecuencias de orden científico, político y económico.

Científicas

Al considerar las consecuencias científicas del descubrimiento colombino y de los viajes de exploración, se destacan las de orden geográfico. Con el conocimiento de la existencia de las nuevas tierras, concretado más tarde, al tenerse la certeza de que pertenecían a un nuevo continente, el horizonte geográfico se quintuplicó, y con ello, el mundo de los antiguos se amplía considerablemente dando nuevas posibilidades a la expansión civilizadora.

A las consecuencias geográficas, debemos añadir, otras consecuencias de orden científico, como son el conocimiento de la existencia de un nuevo grupo étnico, que se ha dado en llamar raza roja o cobriza, constituída por los aborígenes de América: la comprobación de la esfericidad del planeta, el perfeccionamiento de las construcciones navales y de los instrumentos náuticos, el trazado de nuevas cartas geográficas y el enriquecimiento de la ciencia astronómica con el descubrimiento de nuevas constelaciones. También debemos recordar, que a la fauna conocida, se agregaron nuevas especies animales, y lo mismo ocurrió con respecto a la flora: la papa, el tabaco, el tomate, el maíz, el cacao, el añil, etc., son originarios de América. La terapéutica, recibió gran impulso, con el hallazgo de nuevas plantas medicinales, como la coca, el palo santo, el betumen, etc., y asimismo se conocieron nuevas plantas tintóreas.

Políticas

En lo referente a las consecuencias políticas de los grandes descubrimientos, se hace notar una marcada influencia en el desarrollo y apogeo de las naciones europeas con costas en el Atlántico, como España y Portugal, y luego Inglaterra, Holanda y Francia, y la decadencia de los hasta entonces prósperos estados del Mediterráneo. Las naciones citadas, habían completado su unidad política interna y estaban en condiciones favorables para la realización de los grandes viajes, y para la obra de la conquista y colonización de las nuevas tierras descubiertas.

El Mediterráneo dejó de ser el único foco de la civilización greco-romana, y ella pudo salir desde entonces al Océano, y extenderse por el mundo, cobrando el poderío naval de las naciones mencionadas, tanto o mayor importancia que el poderío terrestre.

Económicas

Por último, el descubrimiento del nuevo continente, y los grandes viajes, tuvieron muchas consecuencias económicas, que se tradujeron en beneficios incalculables, dando lugar a la iniciación de un mayor desenvolvimiento en la vida del mundo civilizado. El hallazgo de fa-

bulosas minas de metales preciosos y de nuevos elementos que dieron impulso a la industria, produjeron grandes beneficios.

El mar Mediterráneo dejó de ser el mar comercial por excelencia, y Europa encontró en el Atlántico la vía marítima, por la cual se iba a desarrollar el más estupendo tráfico comercial.

Consecuencias para España

Para España, el descubrimiento de América, y los grandes viajes, implicaron un decaimiento en el trabajo y en la industria, pues las aventuras trasoceánicas restaron gran cantidad de brazos a esas actividades. Y es así que no obstante el continuo aporte de gran cantidad de oro y de otros minerales preciosos, que España obtuvo en sus dominios de América, su decaimiento industrial convirtió al país en importador de manufacturas necesarias, que su industria había dejado de producir. Este fué el comienzo de la crisis y decadencia económica, que se acentuaría un siglo después.

Sin embargo, debemos decir que el comercio español se acrecentó, inmediatamente después del descubrimiento, destacándose varios puertos que, como el de Sevilla, fueron verdaderos emporios comerciales.

Las bulas de Alejandro VI. — Desde la iniciación de los descubrimientos portugueses del siglo XV, en el occidente de Africa, diversos papas, —como jefes de la cristiandad, cuya autoridad era acatada por los príncipes cristianos— habían dictado bulas reconociendo el derecho de Portugal a las tierras e islas descubiertas. La primera de esas bulas data del año 1456, y fué dictada por el papa Calixto III, reconociendo a Portugal el derecho de posesión sobre las tierras descubiertas y por descubrir, hasta la India.

Ahora bien: Cuando se conoció en Portugal el descubrimiento de las tierras de Occidente hecho por Colón, el rey Juan II creyó honestamente, que las mismas le pertenecían, fundándose en la idea de que ellas eran tierras asiáticas, ya asignadas a la corona portuguesa por las bulas papales aludidas. Y de inmediato se preparó

para enviar una expedición, a fin de hacer valedera, en esas tierras, la posesión lusitana.

Estos preparativos llegaron a conocimiento de los Reyes Católicos, y a su solicitud don Juan II, resolvió suspender el envío de la flota y mandar un comisionado a Barcelona, para tratar con aquéllos, el arreglo del asunto. Se estaba en esto, cuando el papa Alejandro VI, — español de nacimiento— tomaba por sí, una resolución de capital importancia.

Bulas de Alejandro VI

Con fecha 3 de mayo de 1493, este pontífice dictaba una primera bula concediendo a perpetuidad a los monarcas españoles, "las islas y tierras firmes recientemente descubiertas y por descubrir, en cuanto no pertenezcan ya a algún príncipe cristiano". Y para evitar mal entendidos con respecto a los derechos que mediante bulas anteriores habían sido reconocidos a Portugal en las tierras del occidente africano, descubiertas y por descubrir, hacia las Indias, Alejandro VI resolvió dictar una segunda bula con fecha 4 de mayo o sea al día siguiente de la anterior. En ella se concedía a Castilla y León, el dominio absoluto de las tierras firmes e islas de occidente recientemente descubiertas y de aquellas a descubrirse, a partir de una línea divisoria imaginativamente trazada de polo a polo, a una distancia de 100 leguas de las islas Azores y del Cabo Verde. Esta soberanía se concedía a perpetuidad, siempre que ella no afectara los derechos adquiridos con anterioridad, por otro príncipe cristiano.

Por fin, con fecha 23 de septiembre, el mismo pontífice expidió una tercera bula, llamada "Bula de extensión y donación apostólica de las Indias", confirmando lo resuelto en la del 4 de mayo, que constituye el verdadero documento de la donación papal, al determinar la línea demarcadora, aunque sin precisar, es cierto, el punto de partida, desde el momento que las numerosas islas de las Azores y del Cabo Verde, se hallan en longitudes distintas.

Tratado de Tordesillas. — No obstante lo resuelto por

el papa Alejandro VI, el rey de Portugal don Juan II, insistió en reclamar lo que creía su derecho en lo referente a las tierras de Occidente recientemente descubiertas por Colón, lo que motivó una serie de negociaciones entre las cortes portuguesa y castellana. Después de mediar varias embajadas entre ambas cortes, los delegados de las dos naciones, en nombre de sus respectivos soberanos, firmaron un tratado en Tordesillas, el 7 de junio de 1494, estableciendo la línea demarcadora a 370 leguas hacia el oeste de las islas de Cabo Verde, dejando previamente a salvo el reconocimiento por parte de Castilla, de los derechos de la corona lusitana a las tierras ya descubiertas en las costas occidentales de Africa.

En el mismo tratado se establecía que después de 10 meses se nombraría una comisión mixta de entendidos, destinada a precisar el sitio por donde debía pasar la línea de demarcación. Pero esto ocasionó diversas discrepancias e incidencias, sin que se llegase a nada definitivo, lo que originó más tarde, dificultades internacionales entre España y Portugal por el dominio de las tierras de América meridional.

La dominación de las rutas. — Desde que los turcos otomanos se interpusieron entre Asia y Europa impidiendo el tráfico entre ambos continentes, los europeos buscaron en el océano la ruta que los condujera a los ricos mercados de Oriente, y muy principalmente a la región de las especias.

Los portugueses, buscaron esa vía en sus exploraciones de la costa africana, y paso a paso, siguiendo rumbo sur, llegaron al cabo de Buena Esperanza. Luego tomando hacia el este, Vasco de Gama (1498) arribaba a la costa de la India. El camino oriental de la Especería estaba hallado y Portugal, dueño de esa ruta, monopolizaba el tráfico de las especias y demás productos orientales, fundando luego su imperio colonial, cuya soberanía había sido reconocida por varias bulas papales, a partir de la segunda mitad del siglo XV.

Por su parte, Colón, apoyado en la teoría globular,

había guiado las naves castellanas hacia occidente en busca de una vía marítima, que en esa dirección, llevara al Cipango, al Cathay y a las islas de las Especias, es decir al lejano Oriente.

El conflicto

El descubrimiento casual de América, se hizo, pues, buscando la ruta occidental de la Especería, y una vez comprobada la existencia de este nuevo continente, se redoblaron los esfuerzos, para el hallazgo de un paso que llevara a ella.

El descubrimiento del Mar del Sur, en 1513 por Vasco Núñez de Balboa, comprobó en forma rotunda que las tierras descubiertas eran parte de un nuevo continente, y desde entonces, hasta la expedición de Magallanes de 1520, no se pudo dar con el tan ansiado paso. Ella abrió para España, el camino occidental al Oriente, y planteó entre este país y Portugal, no obstante la bula de Alejandro VI y el Tratado de Tordesillas, un serio conflicto por la dominación de las rutas.

Esto se complica, cuando Portugal intensifica su acción colonizadora en el Brasil, con el establecimiento de sus primeras colonias en las costas del mismo, y sus aspiraciones imperialistas hacia el sur, que en oportunidad estudiaremos.

En el año 1580, Felipe II, realiza por fin, su sueño de unidad territorial de la península ibérica, conquistando a Portugal, pero España, que antes había disputado al mismo, el dominio de las Molucas, no presta mayor atención a las tierras que había heredado en el Oriente y concentra cada vez más su acción en América.

En el siglo XVII, Holanda reemplaza a Portugal en el dominio de las rutas orientales, al apoderarse de las tierras que habían pertenecido a este país.

La cartografía. — La cartografía castellana y portuguesa, es decir la confección de mapas y cartas que representaban los territorios, islas y rutas, de los recientes descubrimientos, diferían, muchas veces, fundamentalmente.

Ello era debido a los escasos conocimientos geográ-

ficos de la época, a la deficiencia de los instrumentos para la determinación de la latitud, y en ocasiones, a la falta de buena fe puesta en juego para determinar, gráficamente, la ubicación de las tierras.

Esto último ocurrió cuando se trató de determinar y trazar la línea de Tordesillas de 1494, para delimitar las posesiones de Portugal y España.

Las cartas portuguesas acortaban deliberadamente la distancia que separa las costas americanas y africanas, entre sí, de modo que la línea de Tordesillas era trazada más hacia el occidente de lo que correspondía, asignando a Portugal mayor extensión de tierras en el actual territorio brasileño. Esto ocasionó largas luchas coloniales entre España y Portugal, solucionadas definitivamente, recién a fines del siglo XVIII.

CAPITULO OCTAVO

LA CONQUISTA

XVI

Conquistas de Boriquén y Cuba; otras expediciones. Hernán Cortés: conquista de Méjico. América Central: su conquista. El Virreinato de Nueva España.

La conquista española en América es llevada a cabo, paralelamente, por laicos y religiosos que operan con procedimientos diferentes.

Hay que considerar que los hombres a quienes les tocó efectuar la conquista por medio de las armas, pertenecían en general, no a la clase culta y ponderable de la península, sino a aquella que constituía la parte más arrojada, inquieta y codiciosa de la población española, que se lanzaba a las nuevas tierras atraída por la fama de riquezas fabulosas. No es extraño, pues, que cometieran violencias contra los aborígenes americanos, que inferiores, poca resistencia pudieron oponer al conquistador. Este, con audacia inaudita, y contando con armas perfeccionadas, en comparación a las rudimentarias de los indígenas, pudo imponerse y asegurar su dominación.

Pero, con espíritu justiciero, debemos afirmar que si hubo culpas, ellas no deben recaer sobre la nación conquistadora, sino sobre la ceguera y avidez de los aventureros que, hijos de su siglo, cometieron durante la conquista, actos que la Historia ha condenado.

Ahora bien: desde el punto de vista militar la conquista española de América constituye una grandiosa epopeya, pues los conquistadores llevaron a cabo hazañas

de tal magnitud que la posteridad les ha elevado a la categoría de verdaderos héroes.

La conquista espiritual, efectuada por religiosos abnegados, mediante el ejemplo, la persuasión y la predicación, abriendo muchas veces paso al guerrero en los más apartados rincones del continente, se caracterizó por el empleo de procedimientos humanitarios que atrajeron al indio a la civilización y contribuyeron poderosamente a la pacificación general.

Conquista de Boriquén y de Cuba; otras expediciones.

La Española

— El foco de las primeras expediciones conquistadoras españolas, fué la isla Española, donde Colón había iniciado la obra colonizadora, con la fundación de algunos fuertes y ciudades. De este foco de concentración primitivo, en las tierras descubiertas, partieron las corrientes que dieron lugar primero a la conquista y ocupación de las principales islas, y luego, a empresas mayores, tales como la conquista de Tierra Firme. y la posterior de Méjico.

Recordaremos que a Cristóbal Colón. sucedieron en el gobierno de la Española, Francisco de Bobadilla y Nicolás de Ovando, reemplazando a este último, en el año 1509, el hijo legítimo del Almirante, don Diego Colón, que promovió pleito a la Corona, como ya lo hemos visto, en defensa de lo consignado en las Capitulaciones de Santa Fe.

Desde los primeros tiempos se implantó en la isla Española, el régimen de los repartimientos o encomiendas, consistente en el reparto de las tierras y de los indios, entre los conquistadores, a fin de civilizarlos y obtener su evangelización. Pero los abusos fueron tales, —torciéndose así los sanos propósitos de la reglamentación— que la Corona optó por su supresión.

Reimplantados los repartimientos en época de Ovando, volvieron a cometerse excesos, debido a la avidez y falta de espíritu humanitario de los conquistadores. Esto redujo considerablemente la población indígena de

la isla, y ocasionó con frecuencia levantamientos de indios que fueron castigados con rigor.

Durante el gobierno de Ovando se introdujo en la Española, el cultivo de la caña de azúcar, que fué la base de la futura riqueza de la isla.

Juan Ponce de León

Poco antes de finalizar su gobierno, en 1508, encargó Ovando al capitán Juan Ponce de León, primero la exploración y más tarde la conquista de la isla de Boriquén o Puerto Rico.

Ponce de León se trasladó a la isla y comenzó los repartimientos, provocando un alzamiento de los indígenas, que la sitiaron, hasta que, llegándole refuerzos de Santo Domingo, pudo atacar y derrotar a sus sitiadores, afirmando su dominación sobre la isla.

Diego de Velázquez

A Ovando le sucedió en el gobierno don Diego Colón, que en 1511, encargó a don Diego de Velázquez que, con cuatro naves y trescientos hombres, emprendiera la conquista de Cuba.

Esta empresa tiene un carácter singularmente benigno dentro del cuadro general de la época: la ocupación se hizo sin gran derramamiento de sangre. Los conquistadores hallarón en la isla el cultivo y el uso del tabaco, que desconocían, importaron la caña de azúcar, organizaron el laboreo de las minas, previo el inevitable repartimiento de indios, y al año siguiente había ya establecidas algunas poblaciones españolas en su territorio: La Habana, Puerto Príncipe, Trinidad, San Salvador y Matanzas.

Descubrimiento de la Florida

En 1513, el conquistador de Puerto Rico, Juan Ponce de León, equipaba en esta colonia una expedición destinada a hacer descubrimientos en las islas septentrionales de las Antillas.

El objeto primordial del viaje era el hallazgo de la fabulosa fuente de Juvencio, a cuyas aguas se les suponía la virtud de volver a los cuerpos ancianos, la perdida juventud.

Con tan peregrino objeto zarpó, el 3 de marzo del

citado año, una flota que recorrió una por una las islas del archipiélago de las Bahamas, hasta dar, el 27 del mismo mes, con una tierra que en virtud de ser descubierta en ocasión de la festividad de Pascua Florida, se bautizó con este último nombre. Ponce de León siguió, luego, su inútil pesquisa por las Bahamas.

La península descubierta fué objeto por parte de él, en 1521, de una nueva expedición. En ella recibió, el descubridor, una herida de flecha de cuyas consecuencias falleció en Cuba, poco después.

Pánfilo de Narváez

Algunos años más tarde (1528), la región fué objeto de una desgraciada empresa, por parte del capitán Pánfilo de Narváez, en la que perecieron en dos largos meses de hambre y penurias y en un naufragio subsiguiente, él y la mayor parte de sus trescientos compañeros, salvándose únicamente el tesorero de la expedición, Alvar Núñez Cabeza de Vaca y tres compañeros, después de un estupendo viaje continental, que terminó al fin, en la ciudad de Méjico.

Hernando de Soto

En 1537, Hernando de Soto, uno de los grandes capitanes de la conquista del Perú, recibió del rey el nombramiento de gobernador de Cuba y Florida.

En el año 1539, fletó en Cuba una expedición de unos setecientos hombres, con la que desembarcó en la actual bahía de Tampa. Dejó en ese sitio una guarnición, y emprendiendo la marcha hacia el norte, llegó hasta la bahía de Apalache.

Desde este lugar, en procura de supuesta existencia de metales preciosos que debía encontrar en el interior, hizo incursiones durante dos años, en las regiones de los actuales estados de Florida, Carolina del Sur, Georgia, Alabama y Misisipí, penetrando luego en las llanuras de Arkansas en busca de las costas del mar Occidental.

Soto murió de resultas de las fiebres, a orillas del gran río Misisipí por él descubierto en 1541, y su cadáver fué arrojado a las aguas del mismo (1542).

El resto de la expedición, padeció aun de grandes penurias, logrando, en 1543, alcanzar las costas de Méjico

en algunos bergantines construídos por los mismos expedicionarios.

Exploración del golfo de Méjico: H. de Córdoba

En 1517, don Diego de Velázquez seguía gobernando la isla de Cuba, por el mismo sistema empleado por Ovando en Santo Domingo, y continuado por don Diego Colón. Para repoblar de indios sus dominios, envio una expedición a traerlos de las Islas Lucayas, al mando de don Francisco Hernández de Córdoba, a quien vientos contrarios llevaron hasta la península de Yucatán.

Así tuvieron los españoles la primera noticia de la civilización azteca, que juzgaron avanzadísima, considerando las construcciones de piedra que aun hoy cubren la península y los vestidos de algodón primorosamente tejidos, que los indios usaban.

La expedición tuvo un mal fin, pues, atacados los españoles en dos ocasiones por los indios, pereció una buena parte de ellos, y los restantes volvieron heridos a Cuba, donde su jefe falleció al poco tiempo.

Grijalva

Las noticias llevadas a Cuba por los restos expedicionarios, incitaron a Velázquez a tentar la conquista de lo que adivinaba un gran imperio y, al efecto, equipó una flota de cuatro barcos, que puso a las órdenes de uno de sus capitanes, llamado Juan de Grijalva. Este, emprendió el viaje en mayo de 1518, exploró algunas islas vecinas de la costa, hizo una incursión por el río Tabasco y, admirado del orden que reinaba en la región, del sistema de cultivos empleado por los indígenas y adivinando los enormes recursos del imperio a que las tierras pertenecían, volvió a Cuba, convencido de la inutilidad de una tentativa de conquista con los escasos medios de que disponía.

Hernán Cortés: conquista de Méjico. — Los datos aportados por Grijalva afirmaron más a Velázquez, en la voluntad de tentar la conquista y pensó en un vecino de Santiago de Baracoa, el hidalgo extremeño Hernán Cortés, como el hombre más indicado para comandarla.

Nacido en Medellín (Extremadura), en 1485, se dedica a estudios jurídicos y luego abraza la carrera de las armas.

Venido a América, se radica en Santo Domingo, donde obtiene su repartición de indios y, en 1511, va a Cuba con la expedición de Velázquez, haciéndose notar como elemento muy activo, en la conquista de la referida isla.

Los antecedentes de Cortés eran tales, como para adormecer el recelo siempre despierto de Velázquez. Ciudadano apacible al par que guerrero valiente y hábil, el jefe elegido no hacía sombra con su fama y la importancia de su humilde persona, a la fama del gobernador.

La expedición

Pero Cortés afrontó la empresa con tanto entusiasmo, puso tanto empeño al tripular y armar sus barcos, que la dormida suspicacia de Velázquez se despertó, y cuando aquél, después de salir de Santiago de Cuba, el 18 de noviembre de 1518 y tocar en Trinidad, llegó al puerto de la Habana, recibió orden de Velázquez de abandonar la empresa y volver al punto de partida.

Ya nada debía detener a Cortés en su empresa, así es que, si bien contestó a la orden del gobernador con muy comedidas palabras, en el hecho la desacató y siguió el derrotero de Grijalva.

La expedición que, al salir de Santiago de Cuba constaba de sólo seis barcos, en los puertos de Trinidad y la Habana, se remontó hasta el número de once con ciento diez marineros, más de quinientos soldados y catorce piezas de artillería, y 16 caballos.

Partida de la Habana

La partida de este último puerto, tuvo efecto en febrero de 1519, tocando en la isla de Cozumel, y dirigiéndose luego al Yucatán.

En la primera parte de su viaje, obtiene, por circunstancias fortuitas, el precioso concurso de dos intérpretes que más tarde le habían de prestar inapreciables servicios: eran éstos Jerónimo de Aguilar, marinero de la expedición de Nicuesa, que rescató de unos indios ma-

yas, cuya lengua había aprendido, y una esclava azteca Marina, que, poseedora de la lengua nahuatl o azteca, había adquirido también la lengua maya.

En San Juan de Ulúa, encontró emisarios aztecas que le entregaron ricos presentes y le dieron sobre los Señores del Lago, informes que excitaron su codicia.

Fundación de Veracruz

Para asegurarse un punto de apoyo en la costa, fundó la población de Villarrica de Veracruz, ante cuyas autoridades depuso el cargo que recibiera de Velázquez, obteniendo, en cambio, el nombramiento de Capitán General y Justicia Mayor.

Rotos así los lazos que le unían a Cuba, quedaba librada a sus fuerzas y a su genio la conquista que se había propuesto.

Alianza con Cempoalla

Vecina de Veracruz vivía la tribu de los Totonecas de Cempoalla, indios tributarios, por la fuerza, de los aztecas. Aseguróse Cortés su alianza y amistad y les indujo, cuando llegó la ocasión, a negar a Méjico el tributo de práctica. El ejemplo de la tribu de Cempoalla fué seguido por una veintena de tribus vecinas y el armazón del estado empezó a crujir.

Destrucción de la flota

Sin embargo, algunos miembros de la expedición, partidarios de Velázquez, amenazaban con volver a Cuba y el jefe, a fin de evitar desmembramientos que podían ser fatales a la expedición y con el propósito de impedir tentaciones para el futuro, decidió, de acuerdo con sus capitanes, destruir la flota que les había conducido.

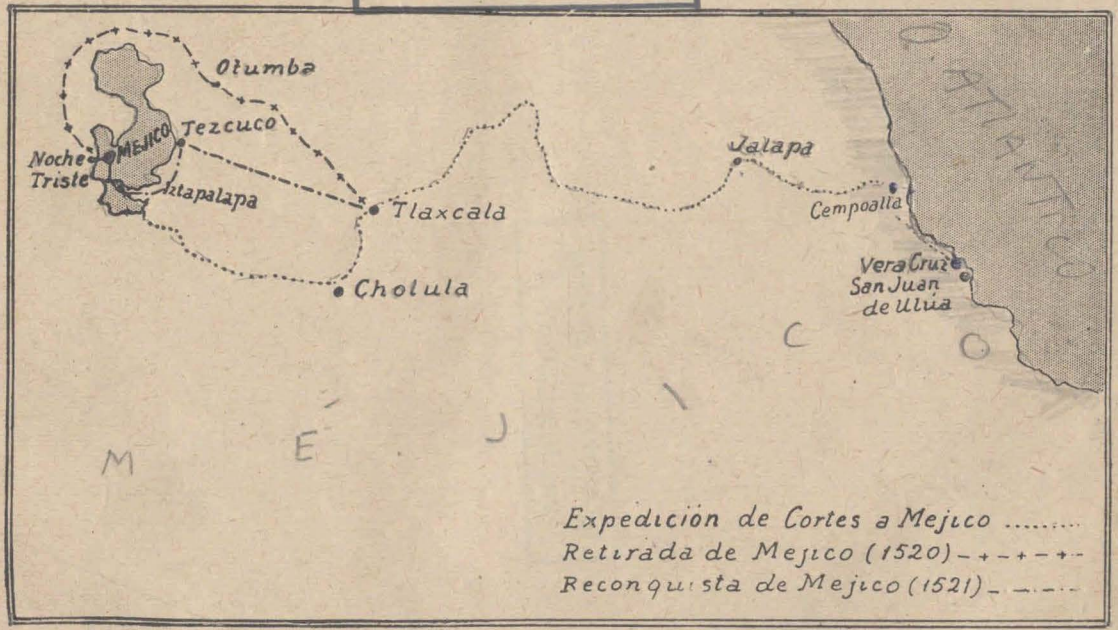
Así se hizo, después de haber extraído de las naves los hierros y jarcias que pudieran servir para otros destinos.

Un mito mejicano creía que su héroe-dios Quetzatcoalt, había de volver como vengador a destruir los ritos de sangre del imperio.

La superstición paraliza a los mejicanos

La superstición tomó por mensajeros del dios vengador a los extraños hombres blancos que llegaban en grandes pájaros voladores y flotantes, vestían lucientes

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Conquista de Méjico.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

armaduras y montaban monstruos extraños. El, a la sazón, jefe azteca, Montezuma el Joven, cayó en la misma creencia supersticiosa y quiso congraciarse con presentes la buena voluntad de los enviados celestes.

Esta predicción y una sucesión de agüeros funestos que precedieron a la llegada de Cortés, paralizaron la acción combativa de los mejicanos que se limitaron a presenciar, inermes, sus primeros avances, convencidos de la inutilidad de luchar contra lo sobrenatural.

Cortés marcha hacia Méjico

En Veracruz dejó Cortés a Juan de Escalante, como jefe de la guarnición, y él, al frente de 450 infantes, quince jinetes, seis cañones y 1.300 aliados de Cempoalla, emprendió la marcha al interior del país.

Alianza con Tlaxcala

Vecina de Méjico y vencedora en varias ocasiones de los aztecas, existía el estado de Tlaxcala.

Sus habitantes, los tlaxcaltecas, decidieron oponerse al avance de los castellanos y, al efecto, cargaron impetuosamente contra ellos. Los arcabuces españoles los diezmaron e iniciaron entonces un combate de fintas y retiradas que duró dos días. Cuando Cortés juzgó fatigados a sus atacantes, los cargó y produjo entre ellos gran mortandad. Una intentona de asalto nocturno encontró sobre las armas a los españoles, y los tlaxcaltecas, convencidos de la superioridad militar de sus adversarios, concertaron con Cortés una alianza ofensiva contra Méjico (septiembre de 1519).

Esta victoria obtenida sobre la poderosa Tlaxcala, reafirmó el espíritu de los soldados castellanos y apocó aún más el de Montezuma y sus jerarcas.

Cholula

En Cholula, los españoles fueron recibidos con muestras de gran afabilidad, pero los cholultecas, aliados de Montezuma, acordaron en secreto la destrucción de los invasores.

Una coincidencia feliz y el conocimiento que la esclava Marina tenía de la lengua azteca, descubrió a los españoles el complot.

Para evitarlo y castigar a los complotados, citó Cor-

tés a sus jefes que, ignorantes de haber sido descubiertos, se presentaron a la tienda del jefe español y mientras éste notificaba a aquéllos su prisión, los soldados tlaxcaltecas hacían en la población desprevenida una sangrienta carnicería.

Entrada a Méjico

El trecho que separa Cholula del lago de Tezcuco, es igual a un quinto del total del andado por los expedicionarios y fué recorrido en ocho días y, en ese espacio de tiempo, recibieron mil pruebas de acatamiento de los jefes indígenas, saliendo Montezuma a recibirles personalmente a la entrada de la calzada sur que atraviesa el lago y une la costa con Tenochtitlán.

Los huéspedes fueron suntuosamente alojados en un gran edificio público o tecpan, sede del Consejo, y si bien eran objeto por parte de los mejicanos de mil agasajos, Cortés pensó que la situación distaba mucho de ser segura para el puñado de hombres que encabezaba, dentro del enorme núcleo de población que le temía y odiaba, y pensó que sólo un rehén tan importante como el jefe mismo, podía garantizarles la existencia.

Ataque a Veracruz. Prisión de Montezuma

Pronto se le presentó un pretexto para poner en ejecución su audaz proyecto. La guarnición de Veracruz fué atacada por el jefe azteca Quanhpopoca, y Cortés exigió no sólo el castigo del jefe, sino que Montezuma se presentara al tecpan de los extranjeros como garantía de buena fe. Montezuma tuvo la debilidad de ceder y, en adelante, vivió entre enemigos, en calidad de prisionero.

El aprehensor obtuvo, desde entonces, del jefe azteca, cuantas concesiones quiso exigirle. Quanhpopoca y otros jefes fueron quemados vivos, los jefes de Tezcuco y Tlacopán fueron entregados a Cortés por haber intentado resistir su autoridad, y el mismo Montezuma terminó por jurar fidelidad y obediencia a su majestad, Carlos V, aunque sin abjurar de su fe religiosa.

Expedición de Narváez

Entretanto, Velázquez no permanecía ocioso y, a principios de 1520, alistaba una flota de 16 embarca-

ciones y 1.500 hombres al mando de Pánfilo de Narváez, con instrucciones de someter y reducir a Hernán Cortés.

Narváez desembarcó en San Juan de Ulúa y, en estas circunstancias, Cortés comisionó a su capellán, el padre Olmedo, para que presentara a Narváez proposiciones de paz, fracasando en su carácter de mediador, por la arrogancia del emisario de Velázquez, pero logrando levantar en las filas de sus soldados, tal partido a favor de Cortés, que cuando éste se decidió a dejar Méjico y venir a las manos con Narváez, los soldados de este último le abandonaron casi en masa, pasando a engrosar las filas de Cortés.

Reforzadas así sus tropas, con hombres, caballos y cañones, volvió el conquistador a Méjico y encontróse con que su teniente don Pedro de Alvarado, había, en su ausencia, ordenado una inútil matanza de indios con fútiles pretextos.

Rebelión de los aztecas

La oposición se despertaba y tomó cuerpo cuando el Consejo Tribal depuso a Montezuma y nombró en su lugar a su hermano Cuitlahuac; inmediatamente comenzó la lucha. Los españoles fueron sitiados en su residencia y el infeliz Montezuma expuesto por los españoles en las murallas, para aplacar la ira de los suyos, fué muerto en ese acto por los sitiadores. La acción de armas pareció favorecer a los castellanos, pero Cortés comprendió que la situación, dentro del recinto de la ciudad, se haría pronto insostenible y, en la noche del 30 de junio, seis días después de su vuelta a la capital, decidió abandonarla, retirándose sigilosamente por la calzada del oeste.

La noche triste

La operación fué notada por los mejicanos, que atacaron ferozmente, luchando largo rato en la obscuridad, sin poder distinguirse, amigos de adversarios.

Al final de esta jornada, que ha dado en llamarse de la Noche Triste, Cortés había perdido más de la mitad de sus hombres, sus caballos, su artillería y sus tesoros.

Otumba

El jefe español buscó, entonces, el contacto de los tlaxcaltecas, sus antiguos aliados y, entretanto, una brillante victoria que consiguió sobre los aztecas, en los llanos de Otumba (julio de 1520), vino a levantar su decaído prestigio.

Hizo de Tlaxcala su base militar de operaciones, fundó la villa Segura de la Frontera, concertó alianzas con los vecinos de Tlaxcala y, cuando hubo recibido refuerzos de Cuba, inició la campaña de la reconquista.

Nueva ocupación de la ciudad

Ocupó Tezcuco, armó y botó naves que habían de ayudarle a tomar la capital, hizo un inútil y sangriento asalto a Iztapalapa, cabeza de una de las calzadas del sud, y después de un sitio de ochenta y cinco días, en que por una y otra parte menudearon los más estupendos actos de valor, los castellanos entraron de nuevo en la capital azteca, el 14 de agosto de 1521.

Cuitlahuac había muerto con anterioridad y su sobrino Quanthemoc (Guatimocín), ungido jefe, después de dirigir valientemente la defensa, fué tomado prisionero.

Lo reducido del botín tomado, en comparación de lo grande de sus esperanzas, originó el descontento de la soldadesca, que exigió del jefe español que el prisionero fuera sometido a tormentos para denunciar supuestos escondites de tesoros.

Así se hizo; y al valiente jefe indígena le fueron quemados, a fuego lento, manos y pies.

Cuentan cronistas de la época, que al par del bravo jefe, sufría el mismo suplicio un indio principal, y al decir éste a su señor que contemplara su martirio, recibió la estoica respuesta que puede traducirse así: "¿Estoy yo, acaso, en un baño de rosas?"

La ocupación de la capital dió a Cortés el dominio de Méjico. Reparó los edificios y acueductos destruídos, envió expediciones al interior, y se reveló tan hábil organizador y estadista como fué admirable guerrero, recibiendo la confirmación real, en el cargo de capitán general y gobernador de Nueva España, nombre que se dió a la flamante colonia.

La colonia de Nueva España fué el punto de partida de expediciones, que al norte dieron por resultado el descubrimiento de California, otras que completaron el reconocimiento del golfo de Méjico, y otras que, dirigiéndose al sur, realizaron la conquista española de la América Central.

América Central: su conquista. — La conquista y ocupación española de la América Central se efectúa desde dos puntos opuestos: desde el sur, partiendo de Panamá, y desde el norte, saliendo de Méjico.

Corriente del sur

Panamá, fundado en 1518, por Pedro Arias de Avila, es el núcleo de donde irradian las expediciones que partieron del sur.

Espinosa

La primera de ellas estuvo al mando de Gaspar de Espinosa, que sólo alcanzó el golfo de Nicoya, en la costa del Pacífico, actual Costa Rica (1519).

Gil González Dávila

En 1522 otra expedición, al mando de Gil González Dávila, salida de Panamá, llegó también al golfo de Nicoya.

Desembarcó en ese sitio, siguió marchando al norte, por el actual territorio costarriqueño y alcanzó las tierras del cacique indio Nicarao, nombre que generó el de Nicaragua. Exploró la región de los lagos Nicaragua y Managua y, siguiendo la costa, llegó a la bahía que denominó de Fonseca: extremo N. O. de la costa de Nicaragua.

Acosado por los indígenas y compelido por la falta de hombres y elementos, volvió Dávila al punto de partida y de ahí a Santo Domingo, decidido a tentar, más adelante, la conquista de la región que acababa de explorar, desde el Mar de las Antillas.

Ocupación de Nicaragua: F. Hernández de Córdoba

En diciembre de 1523, salían de Panamá algunas naves conduciendo una nueva expedición hacia las tierras de Nicaragua, expedición organizada por Pedrarias y puesta por éste al mando de Francisco Hernández de Córdoba.

Bajó a tierra, en las proximidades del golfo de Nico-

ya, fundó las poblaciones de Bruselas y Granada, resistió con éxito los ataques de los indios, exploró el lago de Nicaragua y el río San Juan hasta el Atlántico.

Previamente, y a orillas del lago Managua, fundó la población de León, erigida en capital de las nuevas fundaciones (1524).

Nueva expedición de González Dávila

Por su parte, Gil González Dávila, como ya dijimos, preparó en Santo Domingo una nueva expedición, cruzó el Mar de las Antillas, desembarcó en Honduras, y marchó hacia el sur.

Su encuentro con algunas fuerzas de Hernández de Córdoba, dió motivo a un choque de armas en el que llevó la mejor parte, no obstante lo cual, abandonó el territorio al que creía tener derechos, y volvió a Honduras.

Corriente del norte

Méjico fué el punto de partida de las expediciones conquistadoras y colonizadoras que poblaron Honduras y Guatemala.

Honduras: Cristóbal de Olid

En Honduras operaba el capitán Cristóbal de Olid, enviado por Cortés, en busca de un paso de comunicación entre los mares del Sur y de las Antillas. Su expedición, que había salido de Veracruz en enero de 1524, completó su dotación en La Habana y pasó a Honduras. En mayo del mismo año, fundó la población de Triunfo de la Cruz, omitiendo señalar las circunstancias de su sometimiento a Cortés, y cortando con él toda relación de obediencia y disciplina.

El conquistador de Méjico quiso someter a Olid y, al efecto, comisionó a su oficial Francisco de las Casas que, en el desempeño de la orden, naufragó y cayó prisionero de Olid.

Por su parte, Gil González Dávila que, como se ha dicho, se creía con derechos a la posesión de Honduras, marchó también, contra Olid, que le derrotó y le hizo, asimismo, prisionero.

Muerte de Olid

Las Casas y Dávila, desde su prisión, tramaron contra Olid un complot que dió por resultado el asesinato

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



América Central: Primeras fundaciones.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

de este último y el reconocimiento de la autoridad de Cortés.

Las Casas, en su condición de delegado del gobierno de Méjico, tomó, entonces, el mando, y en esas circunstancias, fundó la ciudad de Trujillo, capital de la nueva colonia.

Cortés en Honduras

Antes de que la noticia de la muerte de Olid llegara a Méjico, Hernán Cortés había determinado castigar, en persona, al rebelde. En consecuencia, marchó por tierra con una expedición en la que figuraron Guatimocín, el héroe azteca, doña Marina, la intérprete, y algunos jefes mejicanos. Durante la marcha, cundió la noticia de que Guatimocín tramaba una conspiración contra el jefe español, y éste, sin detenerse a comprobar la veracidad de los hechos, mandó ahorcar, sin género de proceso, al valiente mejicano.

A su llegada a Honduras, recibió la noticia de la muerte de Olid. Confirmó a las Casas en el poder y volvió a Méjico, terminando así una expedición que, por cierto, no agrega gloria al nombre del conquistador.

Guatemala: Pedro de Alvarado

Uno de los más famosos capitanes de Cortés, en la conquista de Méjico, don Pedro de Alvarado, fué puesto por aquél al mando de otra expedición destinada a la exploración y conquista de Guatemala. Ella salió de Méjico antes que la de Olid, el 13 de noviembre de 1523.

Completó Alvarado la conquista de los territorios mejicanos de Tehuantepec y Soconusco y avanzó en territorio de Guatemala, donde, concertada alianza con los indios cackiquels, venció a los quiches. Mas, las demasías de la soldadesca originaron una sublevación de sus aliados, que sólo pudo sofocar con el auxilio de un refuerzo que le llegó de Cortés. En mayo de 1524 fundó a Santiago de los Caballeros, y en 1525, a San Salvador.

Acusado Pedro de Alvarado por los excesos de represión que cometiera en los territorios de su mando, dejó en el gobierno a su hermano Jorge y acudió a la corte a justificar su conducta ante el rey. Aprobóla éste y le nombró adelantado y capitán general de Guatemala.

Vuelto al gobierno, y continuando en sus prácticas crueles de dominación, la Audiencia de Méjico juzgó sus actos y comisionó al licenciado Alonso de Maldonado *para residenciarlo. Alvarado abandonó el gobierno y* acudió de nuevo al rey.

En su ausencia, gobernó Maldonado con mesura y acierto, acogiendo con simpatía al Padre Bartolomé de Las Casas, que, por entonces, llegó a Guatemala a continuar su prédica por la liberación del indio.

Alvarado fué nuevamente repuesto en su cargo, por el rey. Con su presencia sigue otro nuevo período de violencias, hasta que, muerto en un accidente el inquieto capitán, volvió Maldonado al gobierno de la colonia.

Audiencia de Guatemala

En 1542 se creó una Audiencia separada de la de Méjico, con jurisdicción sobre Honduras y Guatemala y sede en la última. En 1573, su jurisdicción se extendió a Nicaragua y Costa Rica.

El Virreinato de Nueva España. — Confirmado Hernán Cortés, en el cargo de Gobernador, Capitán General y Justicia Mayor de Nueva España en 1522, emprendió una meritoria obra de colonización y de expansión conquistadora, hacia las comarcas vecinas de su gobernación. Pero de vuelta de su campaña a Honduras, en 1526, se le hizo una serie de acusaciones, y el gran capitán resolvió trasladarse a España, donde pudo justificar su conducta ante el rey que lo nombró Marqués del Valle de Oaxaca y le confirmó en su calidad de Capitán General, pero entregó el gobierno civil a la Real Audiencia de Nueva España, de reciente creación.

En el año 1534, se organizó *el Virreinato de* Nueva España, primero de la América Hispana, nombrándose Virrey a don Antonio de Mendoza, iniciándose así la era colonial propiamente dicha. De él dependían la Audiencia y Gobernación de Guatemala, y luego su jurisdicción abarcó a Honduras, Nicaragua y Costa Rica.

Cortés tomó parte en dos expediciones de exploración por el Mar del Sur, la primera en 1532, y la segunda en 1536, llegando en esta última a la costa de California.

Vuelto a España, este incomparable caudillo expiró en Castilleja de la Cuesta el 2 de diciembre de 1547.

XVII

Perú: Pizarro y Almagro. Las concesiones de conquista y la división del continente sudamericano.

Conquista del Perú: Pizarro y Almagro. — El vasto imperio quechua permaneció desconocido para los españoles por más de veinticinco años, a contar desde el Descubrimiento. Sin embargo, la noticia de su existencia se había extendido a casi toda la población indígena de la América meridional, y por su conducto, llegó a oídos castellanos en regiones tan opuestas como son las costas de Santa Catalina y la región del Darién.

Los datos recogidos en este último sitio, movieron, como se sabe, a Balboa a tentar el descubrimiento de nuevas regiones, con el resultado que conocemos.

Andagoya

Este feliz principio debía estimular las nuevas empresas, y un teniente de Arias de Avila, gobernador del Darién, el caballero Pascual de Andagoya, tentó, el primero, la navegación del Mar del Sur y la exploración de sus costas.

Su viaje fué breve: salió de Panamá en 1522, desembarcó en las actuales costas de Colombia, desembocadura del río San Juan, y al cabo de algunos días de permanencia, debió volver al punto de partida por el estado precario de su salud.

Los datos recogidos por el explorador fueron unánimes en el sentido de señalar más al sur, la existencia de un poderoso imperio, particularmente rico en metales preciosos.

Pizarro, Almagro y Luque

Estas noticias no podían menos de excitar la codicia de los aventureros del Darién y tal ocurrió, sobre todo, con dos obscuros soldados de Arias de Avila: Francisco Pizarro y Diego de Almagro.

Hombres maduros, pobres, analfabetos y de probado valor, se habían unido en, al parecer, indisoluble amistad.

Pizarro era nativo de Trujillo, hijo natural del capitán don Gonzalo de Pizarro; fué, en su niñez, porquerizo, se alistó más tarde en los ejércitos que marchaban a Italia y llegó a América con la expedición de don Alonso de Ojeda. Era singularmente astuto, disciplinado y sagaz.

Su compañero Almagro, igualmente humilde e ignorante era, empero, de carácter más franco, generoso y abierto, por lo cual contaba con gran partido entre sus compañeros de milicia.

Estos dos hombres, con el apoyo pecuniario de un tercero, el vicario del Darién, Hernando Luque, decidieron, pues, afrontar la conquista del Birú, vago nombre proveniente de una región vecina del itsmo que servía, sin embargo, para designar a todos los territorios situados al sur del Darién.

De los tres asociados, aportaban a la empresa: los dos primeros, su acción personal y su ascendiente sobre los soldados, y el tercero, su peculio y su influencia sobre el gobernador.

Primera tentativa

De acuerdo con el plan concertado salió Pizarro, a principios de 1525, en una nave con casi un centenar de hombres y penetró en el río Birú, pero las interminables lluvias de la estación y el desbordamiento de los ríos obligáronle a dar la vuelta. A Almagro, que le seguía de cerca con otro contingente, le ocurrió otro tanto, volviendo a Panamá sin haber logrado beneficio alguno de la expedición y herido en un ojo.

Estos resultados desanimaron a Arias de Avila, pero no a los tres asociados y con otros nuevos esfuerzos de Luque para conseguir los veinte mil pesos en oro que se calculaba necesarios para la empresa y la autorización de Arias de Avila, arrancada por Luque a duras penas, se logró aprestar otra expedición de dos naves y ciento sesenta hombres y se contrataron los servicios del hábil piloto Bartolomé Ruiz.

El contrato de 1526

El 10 de marzo de 1526, los dos capitanes y el clérigo extendieron un contrato por el que se comprome-

tían a lograr la conquista del Biru (Birú, Pirú, Perú) con obligación de dividir en partes iguales los beneficios, y para afirmar más la fuerza del contrato, comulgaron solemnemente con una hostia consagrada, dividida en tres porciones, de las que tomaron una cada uno de los tres juramentados.

La segunda expedición

La nueva expedición partió de Panamá en 1526 y al llegar al río San Juan, Pizarro, desembarcando, intentó una desgraciada excursión por las tierras vecinas, en tanto que Almagro, con una nave, volvía a Panamá en procura de refuerzos y el piloto Ruiz seguía viaje con la otra, en reconocimiento de la costa.

Reunidos de nuevo los tres cuerpos de la expedición, más ochenta hombres de refuerzo que había facilitado a Almagro el nuevo gobernador del Darién, don Pedro de los Ríos, la expedición siguió viaje al sur avistando la importante población indígena de Tacamez; pero, no sintiéndose lo bastante fuerte como para invadir el país, se acordó que Pizarro desembarcara en la cercana isla del Gallo y esperara ahí los refuerzos que Almagro iría a buscar a Panamá.

Algunos soldados descontentos introdujeron en un ovillo de algodón enviado a la esposa del gobernador, un oficio destinado a éste, en el que se quejaban de los rigores de sus jefes y encarecían lo desaforado de su ambición y la imposibilidad de la empresa afrontada.

Episodio de la isla del Gallo

Escuchando las quejas, Pedro de los Ríos comisionó a Pedro de Tafur para que, con dos naves, llegara hasta la isla del Gallo y embarcara a Pizarro y a sus compañeros.

Empero, al tenaz capitán no le arredraban las penurias pasadas, ni le desanimaban las que hubiera de sufrir y desobedeciendo la orden del gobernador, manifestó que él se quedaría en el sitio para continuar la empresa. Trazando con la espada una línea de este a oeste en la arena y señalando alternativamente al sur y al norte de la improvisada demarcación:

"Por aquí, dijo, se va al Perú a ser ricos; por aquí a

Panamá a ser pobres", e invitó a sus compañeros a elegir una de las dos rutas. Trece de los más arrojados optaron por la del Perú; el resto de la expedición con el emisario de de los Ríos volvió a Panamá.

La isla de Gorgona

Pizarro y sus compañeros sufrieron siete meses de continuas penurias en la isla del Gallo y en la de Gorgona, a la que más tarde se trasladaron en una balsa, hasta que el incansable Bartolomé Ruiz volvió en su busca.

Túmbez

Embarcóse Pizarro, y antes de volver a Panamá, determinó expedicionar más al sur, logrando, al cabo de veinte días de navegación, avistar la bahía de Guayaquil y luego la hermosa ciudad incaica de Túmbez, cuyas calles, acueductos y templos, llenaron de maravilla a los viajeros.

La nave siguió aún hacia el sur hasta el puerto de Santa, dando luego la vuelta a Panamá, con muestras de tejidos, orfebrerías, llamas y algunos indios embarcados en la región.

Pizarro en España

Acordóse, entonces, en vista de la formal oposición del gobernador a nuevas empresas, que uno de los tres asociados se trasladara a la Corte a requerir del monarca el permiso pertinente. La elección recayó sobre Pizarro que, en efecto, partió para la península, en abril de 1528.

Las capitulaciones

Pasó más de un año sin que el emisario lograra el fin que se había propuesto y sólo en junio de 1529, se firmaron, entre Carlos V y Francisco Pizarro, las capitulaciones que hacían a éste, adelantado, capitán general y gobernador de las provincias que conquistara en las doscientas leguas de costa que se extienden al sur del pueblo de Santiago. A Diego de Almagro, se le nombraba gobernador de Túmbez, y a Luque, obispo de la misma ciudad, a más de ciertos privilegios de nobleza que se otorgaban a los tres asociados y a los trece castellanos que quedaron con Pizarro en el episodio de la isla del Gallo.

Pizarro, por su parte, debía equipar una expedición

de doscientos cincuenta hombres, que nunca pudo lograr, a pesar de la ayuda que Hernán Cortés, a la sazón en España, le prestara. En Trujillo, su ciudad natal, comprometió los servicios de tres hermanos suyos: Hernando, Gonzalo y Juan Pizarro, legítimo el primero y naturales como él, los dos segundos, y de Martín de Alcántara, hermano por parte de madre.

Llegada al Darién

En enero de 1530, partió la expedición compuesta de cinco naves y llegó, sin tropiezos, al Darién, tocando en el puerto Nombre de Dios.

La evidente desproporción de los beneficios otorgados por las capitulaciones de que era portador Pizarro, sublevaron el espíritu de Almagro y hubiérase producido un rompimiento entre los dos capitanes, a no mediar los buenos oficios de Luque.

Acordóse, por último, que Pizarro cedería a Almagro el título de adelantado, hasta que el rey ratificara el acuerdo.

Tercera expedición

La nueva expedición, tras difíciles aprestos, que duraron nueve meses, salió de Panamá en enero de 1531, al mando de Francisco Pizarro, conduciendo a sus hermanos y una dotación de ciento ochenta hombres.

En el puerto de San Mateo desembarcaron los expedicionarios y se propusieron continuar el viaje por tierra.

En Coaque recogieron algún botín en oro y plata que Pizarro envió como cebo para obtener nuevos soldados, a Panamá y Nicaragua. En la isla de Puna, donde se detuvo Pizarro, debió luchar contra los indígenas, que se sublevaron contra él y a quienes dominó.

Entretanto, habíansele reunido Sebastián Benalcázar y Hernando de Soto, este último al frente de ciento ochenta hombres y todas las tropas reunidas, entraron a Túmbez, que fué encontrado en ruinas, como consecuencia de la guerra de sucesión que asolaba al imperio.

San Miguel

Almagro, que debía aportar de Panamá nuevos recursos, no llegaba y, como hubiera transcurrido, desde la partida de la expedición, bastante más de un año, Piza-

rro decidió internarse sin más dilación, pero, antes de hacerlo, con el fin de asegurarse la retirada en el caso de un desastre, fundó y pobló al sur de Túmbez, altura del paralelo 5, el puerto de San Miguel. Sabedor de que el inca Atahualpa se encontraba en la región de Cajamarca, el 24 de septiembre de 1532, salió en esa dirección, al frente de sesenta jinetes y ciento veinte infantes.

Guerras intestinas peruanas

Entretanto, desde 1525, venían desarrollándose en el orden interno del imperio, graves sucesos. En esa fecha moría el inca Huayna Capac y dejaba el imperio a su hijo y heredero legítimo (Inti Cusi Hualpa,) o Huáscar, y rompiendo con las tradiciones establecidas, dejó a su hijo natural (Hualpa Titu Yupanqui, o) Atahualpa, el gobierno de la provincia de Quito, que le había ayudado a conquistar.

La guerra civil se encendió pronto entre ambos hermanos y terminó con la victoria de Atahualpa que, en el año 1531, ganó la batalla de Ambato, en que Huáscar quedó prisionero del vencedor. De este modo, la soberanía de Atahualpa sobre el imperio, quedó como un hecho consumado.

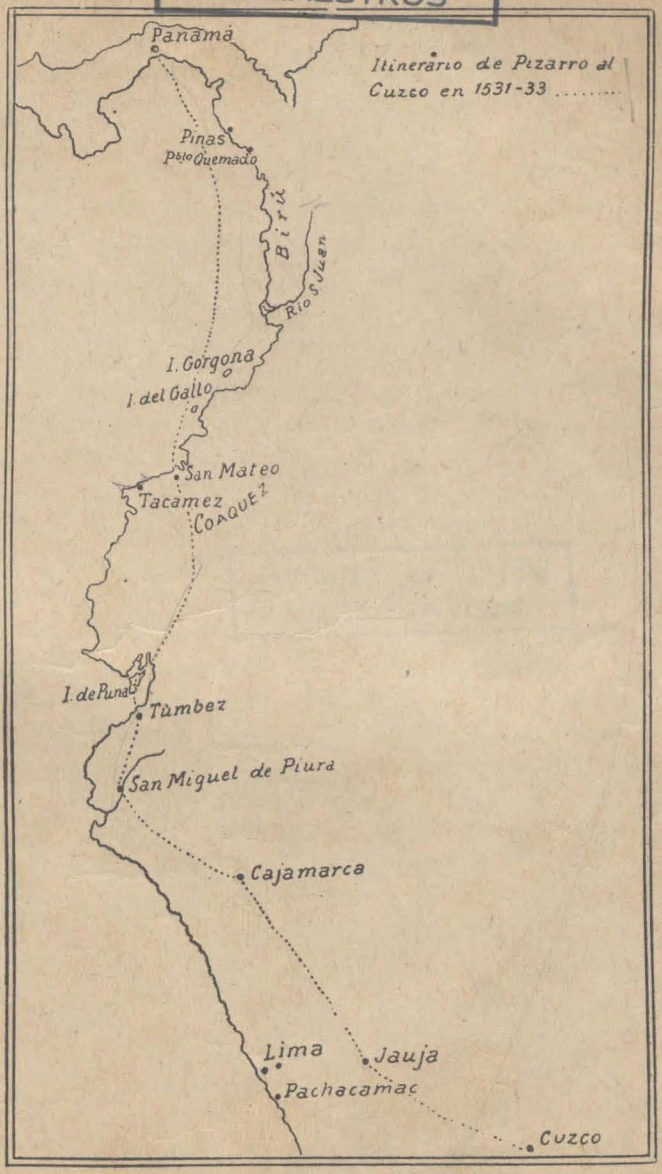
El ejemplo de Cortés en Méjico y tal vez sus consejos, habían fijado en el espíritu de Pizarro el convencimiento de que sólo un acto de loca audacia, en su lucha contra los indígenas, podría compensar la enorme desproporción de fuerzas de los dos bandos en pugna, y al igual que su modelo de Méjico, determinó aprehender la persona del inca y constituirse así, con tal rehén, la mejor garantía contra los ataques de sus súbditos.

La marcha de los expedicionarios fué larga y penosa por la topografía del terreno que pisaban, inapto para el paso de la caballería, pero, en cambio, de parte de las poblaciones que cruzaron, no recibieron ninguna muestra de hostilidad.

Entrada a Cajamarca

Al cabo de casi dos meses de camino, Pizarro se hallaba acampado en la plaza de Cajamarca, que encontró

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Conquista del Perú.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

abandonada; el inca y sus tropas ocupaban las faldas de las serranías vecinas.

Desprendió entonces de la columna a Hernando de Soto y a su hermano Hernando Pizarro, para que, al frente de una treintena de jinetes, se presentaran al inca, como enviados de paz de un poderoso monarca que vivía del otro lado de los mares y deseaba estrechar relaciones con el emperador peruano. Ofreciéronle, asimismo, la ayuda del contingente castellano en su lucha contra los parciales de su hermano Huáscar.

La delegación fué bien recibida, y el inca prometió visitar al día siguiente el campamento cristiano.

La celada

Durante la noche que siguió, se hicieron en la plaza de Cajamarca los aprestos necesarios para la celada en que el desgraciado inca debía ser tomado prisionero. Pizarro colocó en un edificio vecino, que dominaba la plaza, las dos pequeñas piezas de artillería que contaba, se reservó el mando de veinte infantes, con los que debía llevar a cabo el apresamiento del inca y distribuyó el resto de su gente en tres grupos, que confió al mando de Benalcázar, Soto y Hernando Pizarro: la plaza era un recinto murado, con sólo dos aberturas de acceso.

Al mediodía siguiente, Atahualpa, con brillante cortejo, se movió en dirección al campamento español, pero su marcha era tan lenta, que sólo llegó a la plaza a la caída del sol.

Un fraile dominico, Vicente Valverde, salió a encontrarle y levantando una cruz y un breviario, dirigióle un discurso en que le instaba a abrazar la religión cristiana, a reconocer la autoridad del papa, que había recibido de Dios el gobierno de todos los hombres y la del monarca español, en quien ese mismo papa había delegado la soberanía de las tierras del Perú.

Semejante discurso exasperó al inca, poco acostumbrado a exigencias de tal índole y tomando el breviario que se le presentaba, le arrojó al suelo.

Apresamiento de Atahualpa

Pizarro dió entonces la señal de la matanza: los cañones y arcabuces fueron descargados sobre la muche-

dumbre compacta; los jinetes, con los caballos adornados de cascabeles, para aumentar el estruendo y los infantes acorazados, cargaban sobre los indios desarmados. Los portillos de acceso estaban guardados para impedir la salida de los indios y aumentar el estrago: la litera que, portada en hombros de ocho indios, conducía a Atahualpa, vino al suelo y el inca fué apresado. Una parte del muro de adobes de la plaza, cedió bajo la presión de la enorme masa humana, y los indios sobrevivientes, escaparon por la brecha. La matanza duró media hora; los muertos pasaron de dos mil.

La idea de gobierno estaba de tal modo identificada en el espíritu de los peruanos con la persona del inca que, al ser tomado prisionero éste, quedó, de hecho, encarnado en sus aprehensores el concepto de la autoridad. Con una sola acción militar, que tiene más de matanza que de combate, Francisco Pizarro y sus ciento ochenta compañeros, desbarataron un ejército de treinta mil hombres y quedaron dueños de una nación que contaba, aproximadamente, cuatro millones de habitantes.

El rescate

Atahualpa ofreció rescate por su libertad y advirtiendo la codicia de sus aprehensores, prometió llenar de oro, hasta donde alcanzaba su brazo, la habitación en que se hallaban. Medía ésta seis metros de ancho por siete de largo y aceptado el convenio, fué extendido el contrato ante escribano y Pizarro ofreció solemnemente al inca su libertad, en caso de cumplir éste lo estipulado.

Enviados del prisionero recorrieron el imperio, y al cabo de dos meses, se había reunido un enorme tesoro, cuyo reparto los castellanos ya no quisieron dilatar. Había platos, fuentes, figuras humanas y de animales, representaciones de frutas y árboles, y alhajas de exquisita labor.

Reparto del botín

Entretanto, había llegado Almagro con ciento cincuenta hombres y la noticia de la muerte de Luque, en Panamá, y pidió, naturalmente, su participación en el botín. A la vuelta de largas discusiones, se acordó darle una parte y prescindiendo en absoluto del heredero que

instituyera Luque, se procedió al reparto del rescate, que resultó de un valor equivalente a unos cuarenta millones de pesos de nuestra moneda actual.

Juicio y muerte del inca

La primera actitud de los peruanos respecto de los españoles, de franco acatamiento, tomaba visos de cambiarse, a causa de los desenfrenos de la soldadesca. Esta circunstancia y el temor de que Atahualpa pudiera encabezar un movimiento de rebelión contra los conquistadores, indujo a Pizarro a que, lejos de ponerlo en libertad, según lo estipulado, pensara en el modo de deshacerse de él.

Se improvisó un tribunal y el prisionero fué juzgado: se le acusó de haber usurpado el trono de su hermano, de haber ordenado su muerte, de adorar falsos dioses y, por último, de haber intentado una sublevación contra los españoles. El veredicto fué condenatorio y a pesar de la atroz perfidia que tal acto representaba, en la noche del día del juicio se le condujo a la hoguera en que debía perecer, pero en vista de que, a último momento, para salvarse de ella, manifestara abrazar la fe cristiana, se le ajustició por la horca.

Sus mismos verdugos ordenaron, después, solemnes exequias, a las que asistieron vestidos de luto y el cadáver fué enterrado en la capilla de Cajamarca.

Marcha y entrada al Cuzco

Acéfalo el gobierno, empezaron los disturbios en el imperio, y temeroso Pizarro de que la rebelión cundiera, determinó ofrecer a los indígenas una parodia de soberano. La elección recayó sobre un hermano de Atahualpa, llamado Tupac, pero en el curso del viaje a Cuzco, que el conquistador emprendió, el presunto soberano murió envenenado por el jefe indígena Chalcuchima, al decir de los castellanos, por lo cual el jefe fué condenado a la hoguera.

Un hermano de Huáscar, Manco, apareció entonces, y Pizarro echó mano de él. En el Cuzco, donde entró el 15 de noviembre de 1533, le hizo coronar y se instaló a su sombra, decidido a gobernar el país; saqueó el tem-

plo del Sol, estableció en él la iglesia cristiana y empezó la evangelización del territorio.

Las concesiones de conquista y la división del continente sudamericano. — Las noticias llegadas a la corte española dando cuenta de la conquista del rico imperio de los incas, por una parte, y por otra, el deseo de efectuar la ocupación de esas y otras regiones del continente sudamericano, en forma estable, indujeron a Carlos V a dividir al mismo en cuatro grandes concesiones, y a firmar las respectivas capitulaciones, con particulares que estuviesen en condiciones de cumplirlas.

Primera concesión (Pizarro)

La primera concesión fué hecha a favor de Francisco Pizarro, por disposición del 4 de mayo de 1534, confirmando la capitulación anterior firmada en el año 1529 y ampliándola con setenta leguas más.

Esta concesión de 270 leguas de costa del Mar del Sur, abarcaba desde el pueblo de Santiago (1° 20' lat. N.) hasta más o menos los 14° de latitud sur, y se le llamó gobernación de Nueva Castilla.

Las tres concesiones restantes, consistentes en doscientas leguas cada una, fueron adjudicadas a favor de Diego de Almagro, de Pedro de Mendoza y de Simón de Alcazava, respectivamente, con fecha 21 de mayo de 1534.

Segunda concesión (Almagro)

La concesión de Almagro, llamada gobernación de Nueva Toledo, comprendía el territorio situado más o menos entre los 14 y 25 grados de latitud sur. Indudablemente, las concesiones de Nueva Castilla y de Nueva Toledo, con costas en el Pacífico, no llegaban hasta el Atlántico, pues hubiesen violado las cláusulas del tratado de Tordesillas, al invadir la jurisdicción reconocida por el mismo, a favor de Portugal, en tierras del Brasil.

Tercera concesión (Mendoza)

La concesión capitulada con Mendoza, o sea, el territorio del Río de la Plata, se extendía desde el paralelo 25 al 34 de latitud sur, fijándose su ancho desde el Mar del Sur, hasta el Atlántico.

Cuarta concesión (Alcazava)

Por último, la concesión de Simón de Alcazava, comprendía las últimas doscientas leguas entre el paralelo 34 y el estrecho de Magallanes también de mar a mar. A este último territorio se le llamó Nueva León, recayendo esta concesión, en el año 1536, a favor de Francisco Camargo, y luego de Francisco de la Rivera.

El porqué de estas concesiones

Esta división del continente sudamericano en cuatro grandes concesiones, y otras que se otorgaron posteriormente, aseguraban, como lo dijimos, la ocupación y colonización del mismo, con el aporte financiero particular.

Efectivamente, cuando se hicieron estas concesiones, el tesoro real no estaba en condiciones de atender por sí solo la obra de conquista y colonización en Indias, por los problemas internos de España y los conflictos internacionales, que demandaban ingentes gastos.

Estas razones, y las continuas solicitudes de licencia de gente solvente, que se comprometía a efectuar la obra conquistadora y colonizadora con sus propios recursos, haciéndose responsable de todos los riesgos, indujeron a la corona a efectuar el reparto territorial y las concesiones aludidas, en esta parte del continente.

XVIII

Perú: Las guerras civiles. El Virreinato

Expedición de Benalcázar

Epoca anterior a las guerras civiles. — El reino de Quito se había sublevado contra Pizarro, a la muerte de Atahualpa, y el arbitrio de coronar inca a Tupac, de origen quiteño, no aplacó la rebelión.

El general quechua Rumiñahui, deseoso de ocupar la jefatura vacante, hizo asesinar a gran parte de los miembros de la familia real y pensó en hacerse coronar a su vez.

Sebastián Benalcázar, que durante la marcha de Pizarro a Cuzco había quedado de guarnición en el puesto de San Miguel, vió propicia la ocasión que se presentaba de obrar por propia cuenta en la presente aventura,

y armando doscientos ochenta hombres, se puso a su frente y marchó contra Rumiñahui.

Fundación de Quito

La lucha, sostenida en el valle de Río Bamba, fué dura, y las armas castellanas acabaron por triunfar. Benalcázar ocupó la capital quiteña que sus enemigos habían incendiado antes de retirarse y le dió el nombre de San Francisco de Quito. No encontró en ella los soñados tesoros (diciembre de 1533).

Expedición de Alvarado

Don Pedro de Alvarado, gobernador de Guatemala, llegaba entonces al mismo punto, por distinta ruta.

Con la intención de conquistar la región de Quito, había armado en Nicaragua un cuerpo de más de setecientos hombres y desembarcando en la bahía de Caraques (Ecuador), afrontó el difícil camino de desfiladeros, altos barrancos y mesetas, que había de conducirle a los valles de Río Bamba, adonde llegó tras penosísima marcha en que el frío mató a numerosos indios auxiliares y a buen número de españoles.

Sabedor Pizarro del viaje de Alvarado, despachó a Diego de Almagro para que, uniéndose con Benalcázar se opusieran al paso del nuevo conquistador, pero avistadas ambas fuerzas, vinieron a amigables términos y se convino en que Alvarado traspasaría a Pizarro sus naves y su ejército, mediante el pago de una subida cantidad, volviéndose luego el primero a Guatemala (agosto de 1534).

Fundación de Lima

La noticia de la llegada de Alvarado al Perú sacó a Pizarro del Cuzco, y dirigíase al norte a reunirse con Almagro y Benalcázar, cuando, a poco de andar, encontróse con ellos, que venían en su busca, en procura de la ratificación del convenio celebrado en Río Bamba. La ratificación se hizo, y Pizarro determinó fundar en el sitio una ciudad a la que puso el nombre de Ciudad de los Reyes (enero 18 de 1535), nombre que la costumbre cambió por el del río que la cruza, Rimac, convertido por el uso en Lima.

Antecedentes

Las guerras civiles. — Por entonces ocurrió el regreso

de Hernando Pizarro, de España. Traía noticias de los nuevos honores y concesiones otorgadas por el monarca, a los conquistadores del Perú; las doscientas leguas de costa concedidas a Pizarro en la ocasión anterior, se extendía a doscientas setenta. A Almagro, en cambio, se le ratificaba en el título de adelantado y se le confería el dominio de otras doscientas leguas de costa a contar del extremo sur de la concesión de Pizarro. Las dos provincias creadas recibieron los nombres de Nueva Castilla, la del norte, y Nueva Toledo, la del sur.

El conflicto

Estas noticias se adelantaron a su portador, Hernando Pizarro, y enterado Diego de Almagro de los beneficios y títulos que se le concedían, juzgó que el Cuzco entraba en los límites de la provincia de su jurisdicción y determinó posesionarse de él, y hubiera venido a las manos con Juan y Gonzalo Pizarro, que en ausencia de Francisco Pizarro lo ocupaban, si la oportuna llegada de este último no resuelve el conflicto.

Viaje de Almagro a Chile

Se acordó una tregua, mientras peritos autorizados fijaran las latitudes de las dos provincias, durante la cual, Almagro emprendería un viaje de conquista a Chile, de cuyas riquezas hacían los indios grandes exageraciones.

El viaje no fué afortunado: levantó, Almagro, un lucido cuerpo de quinientos españoles, acompañábanle el villac-unu del imperio indígena, algunos orejones o miembros de la familia del inca y un fuerte contingente de indios auxiliares.

La empresa no reportó ni honor ni ganancia al valiente capitán. Cruzó la región de los lagos Titicaca y Aullagas, llegó a Tupiza, cruzó, con terribles penalidades. la Puna de Atacama, pasó por Copiapó y continuó viaje al sur. Sufrió, entonces, la traición de uno de sus intérpretes, Felipillo, que intentó promover contra Almagro una sublevación de indígenas. Descubierto a tiempo, Felipillo fué descuartizado.

Los metales preciosos no aparecían por ningún lado, los indígenas se mostraban hostiles y, por otra parte, desde el Perú le reclamaba el pleito de límites con Piza-

rro. Almagro determinó volver y empleó, para hacerlo, la ruta del desierto de Atacama.

Sitio del Cuzco

En tanto, una sublevación general de los indios peruanos ponía en peligro la conquista española del Perú.

El inca Manco, harto de ser sólo una figura decorativa que sirviera a los intereses de Pizarro, huyó un día del Cuzco y levantó la bandera de insurrección, y en poco tiempo, se formó y armó un ejército de doscientos mil hombres, que en febrero de 1536 ponía sitio al Cuzco.

La lucha fué singularmente cruda, pues los sitiadores pusieron de manifiesto, en esta ocasión, una tenacidad y arrojo que parecía incompatible con su natural apático. Usaron, con habilidad y provecho, las armas españolas y los caballos que en ocasiones anteriores arrebataron a los conquistadores.

La acción duró siete meses; durante ella los quechuas incendiaron los arrabales de la ciudad y Juan Pizarro murió en el asalto de una fortaleza o reducto, ocupada por los sitiadores.

La época de la siembra se acercaba (agosto de 1536) y Manco se vió obligado a licenciar una parte del ejército sitiador para cumplir ese requisito y no perecer de hambre.

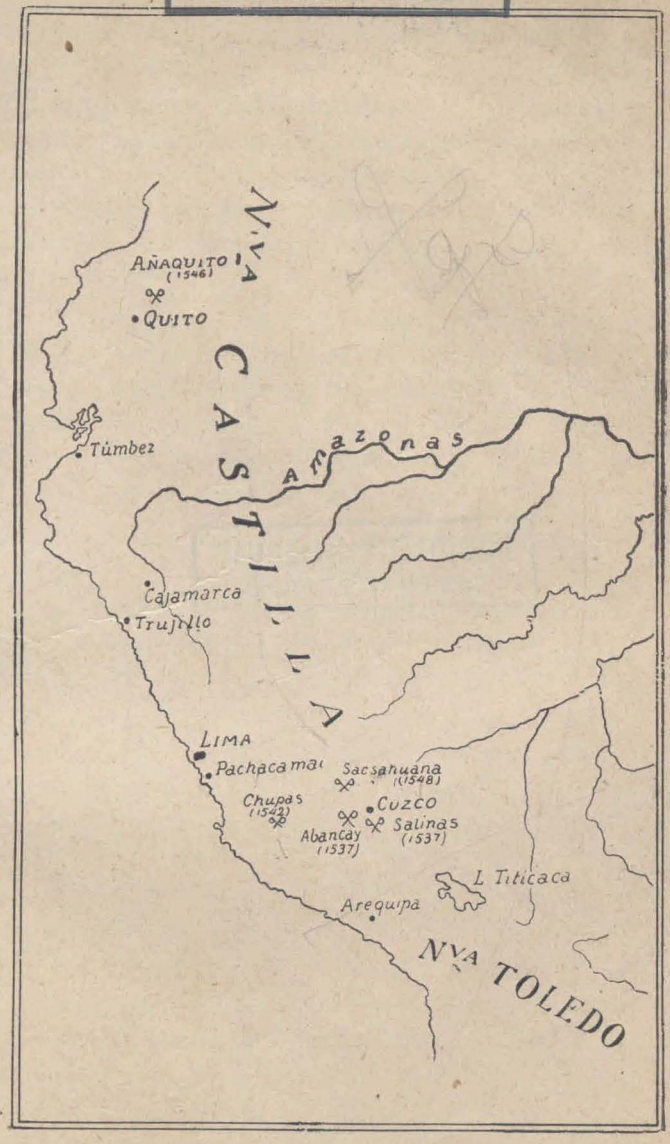
Los españoles destacados por el territorio del imperio, en partidas pequeñas y los que labraban los campos, habían sido asaltados y sacrificados; Pizarro se hallaba en Lima incomunicado con el resto de sus compañeros, incapaz, por lo escaso de sus fuerzas, de presentar batalla en campo abierto a los sublevados y de llevar socorros al Cuzco.

En esta crítica circunstancia, la salvación vino con Almagro.

Vuelta de Almagro

Volvía el bravo capitán de su desgraciada expedición a Chile, con miras de ayudar a sus compatriotas en el apurado trance y, al mismo tiempo, de tomar posesión de su gobierno de Nueva Toledo, en cuyos términos consideraba emplazado al Cuzco.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Guerras civiles del Perú.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Sabedor Hernando Pizarro de la aproximación de Almagro, y con el fin de impedir su entrada a la ciudad, intentó una inteligencia con el inca Manco, sin lograr resultado.

Almagro, después de afirmar su voluntad de ocupar el Cuzco, buscó entenderse con Manco, quien le contestó por medio de un ataque por sorpresa en el valle del Incay, en que los castellanos, al mando de un teniente de Almagro, Diego de Orgóñez, derrotaron por completo a los indígenas.

Acto continuo, avanzó Almagro sobre la ciudad, y después de infructuosas tentativas de pacificación y de una tregua rota antes de término, las fuerzas almagristas entraron al Cuzco el 20 de abril de 1537, hicieron reconocer gobernador a su jefe por el cabildo y aprisionaron a Hernando y Gonzalo Pizarro.

Abancay

En seguida se encendió la guerra civil: una columna de auxilio enviada por Pizarro al Cuzco, al mando de Alonso de Alvarado, encontró enemigos españoles, donde creyó encontrar sólo indios y fué deshecha y su jefe tomado prisionero, en la batalla de Abancay (julio de 1537).

Francisco Pizarro, entonces, negoció y obtuvo de Almagro la libertad de su hermano Hernando, con juramento de éste de no volver a tomar las armas y regresar a España (Gonzalo Pizarro y Alvarado habían logrado fugar de su prisión), y después de una entrevista con los dos antiguos asociados, en la que no se llegó a acuerdo alguno, las hostilidades se rompieron de nuevo.

Salinas

Hernando Pizarro, faltando a su juramento, levantó un fuerte contingente de tropas y marchó sobre la capital.

El encuentro tuvo efecto en los campos de Salinas (abril de 1538), a una legua del Cuzco y en él, Orgóñez, que, por delegación de Almagro mandaba sus tropas, fué completamente batido por las fuerzas atacantes y muerto él mismo en el combate.

Juicio y muerte de Almagro

Acto continuo, entró Hernando Pizarro al Cuzco, aprisionó a Almagro, anciano y enfermo, le formó juicio y, en cumplimiento del fallo, le hizo aplicar la pena de garrote, para luego hacer decapitar su cadáver en la plaza pública.

Al año siguiente marchó el ejecutor a España a explicar al rey su conducta, pero, acusado por un albacea de Almagro, fué apresado y confinado durante veinte años en un castillo de Medina del Campo. Al cabo de ellos recobró la libertad para morir, pobre y despreciado, a edad casi centenaria.

Diego de Almagro, el joven

El pleito Pizarro-Almagro no había terminado con el ajusticiamiento del segundo.

Un hijo del muerto, llamado también Diego de Almagro, joven de veintidós años, encabezó, el 26 de junio de 1541, una conspiración de los antiguos partidarios de su padre, vejados y despreciados por el régimen imperante.

Muerte de Francisco Pizarro

Los conjurados, en número de diez y ocho, con el mentor del joven Almagro, Juan de Rada a la cabeza, atacaron la casa del gobernador, en Lima, y a pesar de la bravura con que Francisco Pizarro se defendió, lograron inferirle numerosas heridas que terminaron con él.

Vaca de Castro: Chupas

Almagro tomó el gobierno vacante, pero, entretanto, llegaba al Perú un comisionado real, el licenciado Vaca de Castro, con cierta misión administrativa en la colonia e instrucciones para tomar el mando en caso de acefalía. Sabedor Vaca de Castro de la muerte de Pizarro se manifestó decidido a ocupar el gobierno y castigar a Almagro. Este se retiró al Cuzco, dispuesto a resistir y, en efecto, el 16 de septiembre de 1542, las fuerzas que había logrado reunir el comisionado real, se encontraron con las rebeldes de Almagro, en la llanura de Chupas, infligiéndoles una sangrienta derrota. Almagro fué preso en el Cuzco y decapitado en la misma plaza en que lo fuera el cadáver de su padre.

Vaca de Castro asumió el gobierno de la colonia.

Fray Bartolomé de Las Casas había, entretanto, provocado en España un movimiento de opinión en favor de los indios oprimidos y exterminados por los colonos españoles y el resultado de su labor fué una nueva reglamentación del trabajo de los indios, dictada por Carlos V, por la cual se quitaba a los encomenderos multitud de privilegios y se garantizaba a los indígenas la vida y la retribución, en salarios, bajo ciertas condiciones.

El virrey Núñez de Vela

Con el fin de asegurar el cumplimiento de estas disposiciones, el monarca erigió en virreinato a la gobernación del Perú y nombró virrey a Blasco Núñez de Vela.

La llegada del virrey (4 de marzo de 1544) y, más que nada, las instrucciones de que era portador, en pugna con los intereses de los colonos, movieron a éstos a sublevarse y eligiendo por caudillo a Gonzalo Pizarro, se dispusieron a resistir.

El virrey, en tanto, ni hábil ni prudente, originaba con la Audiencia de Lima un conflicto que terminó con su deposición y confinamiento a la isla de San Lorenzo, quedando, de ese modo, abierta la ciudad a las tropas triunfadoras de Gonzalo Pizarro.

Bien pronto, sin embargo, Pizarro veía levantarse en su contra dos enemigos: el barco encargado de conducir a Núñez de Vela a la isla de San Lorenzo, lo desembarcaba, en libertad, en Túmbez y el virrey formaba un ejército, en tanto que en Charcas, Diego Centeno también desconocía a Pizarro y se levantaba en armas contra su autoridad.

Añaquito

Ambas fuerzas fueron derrotadas; la primera en Añaquito, por Pizarro, que mandó decapitar al virrey y la segunda, en el sur, por Carvajal, segundo de Pizarro.

La Gasca

Las disposiciones sobre encomiendas, causantes de esta tercera guerra intestina, fueron derogadas por el gobierno de la península que nombró, al mismo tiempo, al sacerdote don Pedro de La Gasca, pacificador del país

e intermediario entre los rebeldes y el virrey, que se suponía vivo aún.

Al llegar a Panamá, La Gasca, hábil y astuto, se atrajo la voluntad de Pedro de Hinojosa, comandante de la flota de Pizarro, ocasionalmente en ese puerto y sobre esta base y ofreciendo indulto a los rebeldes, logró provocar la deserción en gran escala entre las tropas de Pizarro y animó a Centeno a levantar, en el sur, nueva insurrección.

Huarinas

Pizarro marchó contra él y le derrotó en la sangrienta batalla de Huarinas, a orillas del lago Titicaca, el 20 de octubre de 1547.

Sacsahuana

Pero La Gasca había desembarcado en Túmbez, tres meses antes, y en su marcha hacia el sur, la región se sublevaba contra Pizarro y se ponía a sus órdenes, hasta que, en el valle de Sacsahuana, proximidades del Cuzco, se encontraron ambos ejércitos el 8 de abril de 1548. Las tropas de Pizarro, entonces, desertaron en masa, pasándose al adversario y Pizarro y Carvajal, tomados prisioneros, sufrieron la última pena.

Pacificación

La Gasca pacificó, en parte, el país, y dos años más tarde de los sucesos que relatamos, volvió a España, delegando el mando en la Audiencia de Lima, que lo entregó al ex virrey de Méjico, don Antonio de Mendoza, trasladado con igual cargo al Perú (1551).

A La Gasca corresponde el mérito de haber alcanzado, en gran parte, la pacificación definitiva y la implantación de leyes más humanas en el trato de los indios, impuestas de nuevo por Carlos V, con gran oposición de los colonos, que causan nuevos disturbios, ahogados en forma definitiva, en 1554, por la Real Audiencia de Lima.

El Virreinato. — El Virreinato del Perú, fué creado en el año 1542, siendo el primer virrey Blasco Núnez de Vela.

Debatíase entonces, la cuestión de las Nuevas Leyes referente a los indígenas, por las que tanto había bregado,

fray Bartolomé de Las Casas, el ilustre protector de los indios.

Estas Nuevas Leyes privaban de sus repartimientos o encomiendas a los colonos del Perú, suprimiendo en forma absoluta el servicio personal de los indios.

El flamante virrey, Blasco Núñez de Vela, quiso poner en vigencia estas leyes humanitarias, de acuerdo con la Audiencia, lo que produjo entre los encomendados enorme resistencia, terminando por levantarse en armas contra la autoridad del virrey, acaudillados por Gonzalo Pizarro.

Así nació el virreinato del Perú, que pasado algún tiempo, ya serenados los espíritus, después de cruenta guerra fratricida, iba a adquirir, con virreyes como Antonio de Mendoza y Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, la importancia a que era acreedor dentro del marco colonial de la América hispana.

La jurisdicción de este virreinato, cuya capital fué la opulenta ciudad de Lima, abarcó todas las colonias de América del Sur, hasta que la creación de los virreinatos de Nueva Granada y Río de la Plata, y las capitanías generales de Venezuela y Chile, redujeron considerablemente sus límites, pero no su brillo y riqueza, que perseveró durante toda la época colonial.

XIX

Conquista de Chile. Exploración del Amazonas. Conquista de Nueva Granada y Venezuela.

Primeras tentativas

Conquista de Chile. — La desgraciada expedición de Jofré de Loaysa, de la que ya hemos hecho mención, fué la primera (1526) en tocar las costas chilenas del Pacífico.

Hubo, luego, otras empresas marítimas destinadas a Chile, tan poco afortunadas como la primera: una al mando de Simón de Alcazava (1534), que sólo alcanzó la costa patagónica y otra que, comandada por Francisco de la Rivera, se desbarató en el estrecho de Maga-

llanes, yendo a terminar al Perú (1540) uno de sus barcos.

Expedición de Pedro de Valdivia

En 1539, en territorio del Perú, se disponían a la conquista del sur dos caballeros: don Pedro Sánchez de la Hoz, ex secretario de Pizarro, con autorización real, y don Pedro de Valdivia, autorizado por Pizarro.

Ambos concertaron encontrarse cuatro meses después a la entrada del desierto de Atacama, y Valdivia, con una columna de ciento cincuenta hombres, marchó a comienzos de 1540. En la fecha estipulada se encontró con de la Hoz, pero, como éste no aportara a la empresa los elementos convenidos e intentara imponerse por la fuerza, Valdivia le sometió, obligólo a romper el pacto y a elegir entre combatir a sus órdenes o volver al Perú. De la Hoz optó por lo primero.

Fundación de Santiago

En cinco meses de marcha atravesaron el desierto de Atacama, y al cabo de ellos llegaron al valle de Mapocho, donde Valdivia echó los cimientos de una ciudad que denominó Santiago de Extremadura (12 de febrero de 1541). Su cabildo, le desligó pronto de la obediencia a Pizarro y le erigió en gobernador de la colonia.

Insurrección de los indios

En la costa, en sitio cercano de la desembocadura del Aconcagua, comenzó la construcción de una nave con la que había de iniciar la comunicación marítima con el Perú, obra que debió descuidar para acudir a Santiago a sofocar una confabulación contra su persona.

Reprimida ésta, estalló la insurrección de los indígenas. El puesto de Aconcagua fué destruído, los españoles asesinados y la nave en construcción, incendiada.

Valdivia salió a sofocar la insurrección y, en su ausencia, Santiago fué atacada (11 de septiembre de 1541). Sus habitantes se defendieron valientemente todo ese día, y a la llegada de Valdivia, al siguiente, terminó con el ataque.

Pedido de auxilios

Durante la lucha, los víveres habían sido incendiados, pero el ánimo de los conquistadores no decayó y se prepararon a esperar sobre el terreno, mientras un comisio-

nado, Alonso de Monroy, con cinco compañeros, marchaban por tierra al Perú, en busca de socorros.

La espera duró año y medio y en septiembre de 1543, fondeó en la bahía de Valparaíso una nave de auxilio, enviada por Monroy, quien, por su parte, llegaba por tierra, dos meses más tarde, con un refuerzo de setenta hombres.

Envío de expediciones

El gobernador se ocupó, acto seguido, de reconstruir la parte destruída de Santiago y despachó tres expediciones: una al norte, que fundó a La Serena, en el valle de Coquimbo (1544), otra al sur que sometió el territorio hasta el Maule, y una tercera, marítima, al mando del capitán Pastene, que llevaba instrucciones de alcanzar el estrecho de Magallanes y sólo llegó al paralelo 41.

Envió emisarios al Perú en procura de refuerzos, y a España, en demanda de concesiones reales, pero Monroy, enviado al Perú, falleció al llegar y Antonio de Ulloa, comisionado a España, distrajo en su provecho los fondos que llevaba y traicionó a Valdivia.

Sólo el piloto Pastene volvió a Chile, trayendo noticias de la insurrección de Gonzalo Pizarro contra el virrey Núñez de Vela (1547).

Viaje de Valdivia al Perú

Deseoso Valdivia de ver confirmados sus poderes por el delegado de la autoridad real, acudió en su socorro, contra el rebelde Pizarro, llevando consigo el tesoro de la colonia y dejando su gobierno a cargo de Francisco de Villagra.

Prestó Valdivia, en el Perú, importantes servicios a don Pedro de La Gasca, y en pago de ellos recibió de éste la confirmación del cargo de gobernador de Chile.

Vuelta de Valdivia

Después de una ausencia de casi dos años volvió, en 1549, a su gobernación. Durante esa ausencia, su teniente gobernador, Villagra, no había estado libre de cuidados, debiendo sofocar una confabulación encabezazada por Pedro de la Hoz, a quien hizo ejecutar, y varias rebeliones de indígenas que, destruyendo a La Serena, mataron a sus pobladores.

Fundaciones

Valdivia volvió a Chile en junio de 1549 y el mismo año de su llegada, después de despachar a Aguirre a La Serena, y a Villagra a expedicionar al otro lado de los Andes, salió él, en persona, hacia las provincias del sur. Sostuvo con los fieros naturales, encarnizados combates y a costa de grandes trabajos, echó, el 5 de marzo de 1550, los cimientos de la ciudad de Concepción, en la bahía de Talcahuano. Cruzó el Bío-Bío sostuvo con los indios nuevas luchas y fundó, sucesivamente, las ciudades de la Imperial, Valdivia, Villarrica y Angol.

Este momento, representa el apogeo de la gloria de Valdivia. En pocos años, y con recursos mezquinos, sin el aliciente de los metales preciosos y luchando con las tribus americanas más tenaces y aguerridas, dominaba casi todo el territorio de la actual República de Chile, había puesto los cimientos de siete florecientes poblaciones y extendía sus conquistas, por medio de sus capitanes, hasta el otro lado de los Andes, en territorio de nuestras actuales provincias andinas y del norte.

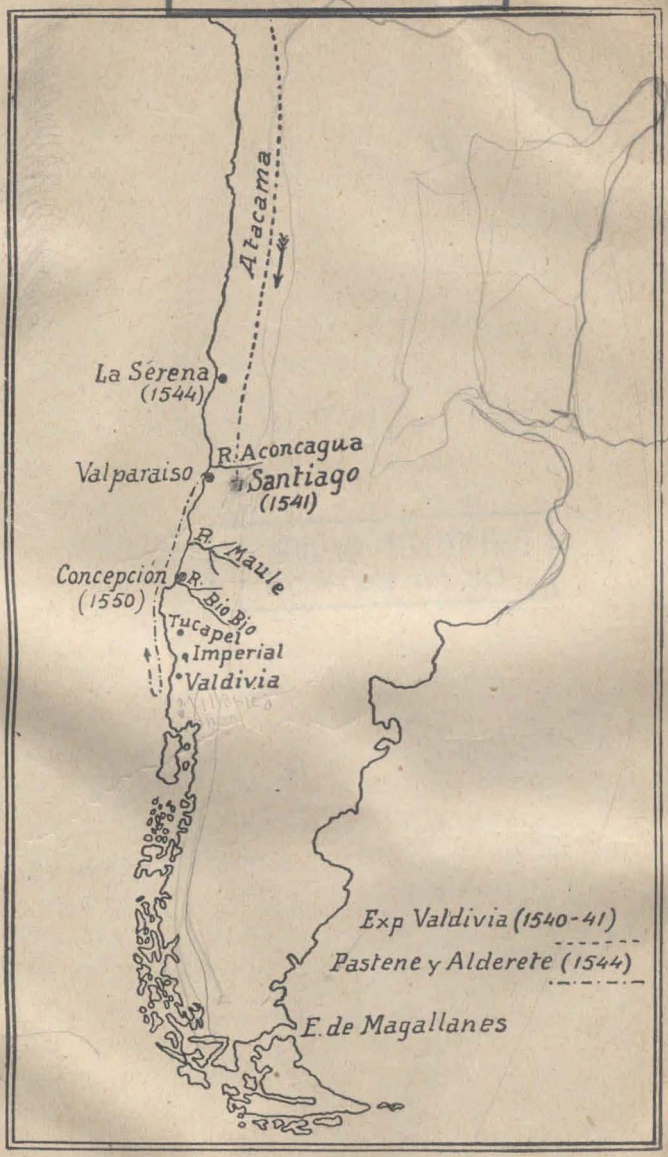
La guerra de Arauco

No en vano eran los araucanos los guerreros más hábiles, valientes y celosos de su libertad de todo el territorio de América: una asamblea general de jefes de clanes o tribus decretó la guerra contra el invasor; jefe de la resistencia, fué ungido un cacique de nombre Caupolicán, con prestigio de hábil y valiente, que no había de desmerecer tal fama en las luchas que se sucedieron.

La primera plaza atacada y tomada por los indios sublevados, fué la de Tucapel; Valdivia, que acudiera desde Concepción, en su socorro, sólo encontró ruinas en el sitio.

En la lucha a desarrollarse, la disciplina y la superioridad de las armas estaban de parte de los españoles, pero los indios contaban con una enorme superioridad numérica y al prolongarse un combate, los españoles tenían que ser vencidos, al menos, por el propio cansancio físico.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Conquista de Chile.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Así lo entendió un joven indio, al servicio de Valdivia, de nombre Lautaro, quien, pasándose a las filas de sus hermanos, propuso en asamblea una suerte de ataque en escuadrones escalonados, de tal modo que, aunque los primeros fueran derrotados por los españoles, los demás encontraran a éstos tan fatigados que no pudieran usar con eficacia de sus armas. Lautaro

En el primer ensayo del sistema se cumplieron exactamente las previsiones de Lautaro, y el primer día del año 1554, en las cercanías de Tucapel, Valdivia fué derrotado, preso y sacrificado por los indios insurrectos. Muerte Valdivia

La muerte de su valiente caudillo, tenía para los colonos españoles, los caracteres de un desastre, porque, al par que con él perdían una figura insubstituible en prestigio y pericia, el hecho debía, naturalmente, envalentonar a los sublevados indios.

El testamento de Valdivia designaba por sucesor suyo en el gobierno, en primer lugar, a Jerónimo de Alderete, ausente en España, en segundo a Francisco de Aguirre, ausente en el Tucumán y en tercero a Villagra.

En tal virtud, Villagra tomó el mando de las fuerzas, mandó despoblar Angol y abrió la campaña por el sur. Los resultados fueron desastrosos: en las cercanías de Lota sufrió una completa derrota, salvando el capitán con dificultad, y desamparando a Concepción se acogió a Santiago. Villagra

Aguirre, en tanto, llegado del Tucumán, atenido al testamento de Valdivia, reclamaba para sí el gobierno de la colonia, se hacía reconocer como gobernador de la Serena y amenazaba con la guerra civil.

Una decisión de la Audiencia de Lima mantuvo un tiempo en suspenso esta situación, otorgando los poderes militares y judiciales a los Cabildos, para terminar, dos años más tarde, por reconocérselos a Villagra.

El ejército indiano se había dividido en dos partes: una al mando de Caupolicán, que debía obrar sobre la Imperial y Valdivia, y otra, comandada por Lautaro, Muerte Lautaro

que marcharía sobre la capital. Villagra salió al encuentro de este último y en el valle de Peteroa, tuvo efecto entre ambas fuerzas, un combate indeciso (noviembre de 1556). Como los indios se retiraran hacia el norte, Villagra les siguió, y el 29 de abril de 1557, los sorprendió en las cercanías del río Mataquito, derrotándoles por completo y dando lugar a que Lautaro muriera en el combate.

urtado de
ndoza

La campaña debía continuar aún más activa con la llegada del nuevo gobernador de la colonia, don García Hurtado de Mendoza, joven de veinte y dos años, hijo del nuevo virrey del Perú, marqués de Cañete.

Hurtado de Mendoza embarcó, con destino al Perú, a Villagra y a Aguirre, para alejar de sí todo motivo de discordia y como contara con buenos pertrechos y refuerzos traídos consigo del Perú, desembarcó en la costa, en las proximidades de la isla Quiriquina y se dispuso a construir fortificaciones, cuando fué atacado por Caupolicán. Después de una lucha larga y tenaz (10 de agosto de 1557), los indios se retiraron.

Despachó el gobernador una flota de reconocimiento al estrecho de Magallanes y él, con un cuerpo fuerte de seiscientos hombres y cien caballos, se internó en el país (noviembre 1º de 1557).

Sostuvo dos terribles encuentros en las Lagunillas y Millaraupe, de los que salió vencedor. La Concepción fué repoblada por tercera vez y se fundó, en enero de 1558, la población de Cañete. La expedición continuó luego viaje al sur, llegando, en febrero del mismo año, hasta el archipiélago de Chiloé, que tocó explorar, en parte, al capitán don Alonso de Ercilla y Zúñiga, famoso cantor de "La Araucana".

En el viaje de vuelta fué fundada la ciudad de Osorno.

Caupolicán, entretanto, preparaba un golpe de mano contra la flamante villa de Cañete, pero el jefe de la guarnición española, anoticiado de ello, tendió una celada a los asaltantes, entre los que hizo terrible carnicería y tomó prisionero al valiente Caupolicán, a quien

BIBLIOTECA NACIONAL
— DE MAESTROS

1540, y después de recalar en las Canarias, arribó a una de las islas de Cabo Verde, donde reparó desperfectos de la nave capitana, emprendiendo luego la travesía del Atlántico hasta la costa brasileña, llegando finalmente, en marzo de 1541, a la isla de Santa Catalina, donde operó el desembarco.

Después de explorar la costa, envió desde allí a Felipe de Cáceres, contador de la flota, al frente de una de las naves, con la misión de llegar al río de la Plata; pero habiendo fracasado éste en su intento por la brusquedad de los vientos contrarios, se vió precisado a volver a Santa Catalina.

Noticias referentes región Plata

Así las cosas, el Adelantado tuvo las primeras noticias de los sucesos ocurridos con anterioridad en la región del Plata, que le proporcionaron dos frailes franciscanos, pertenecientes a la expedición de Alonso de Cabrera, y que debido a un naufragio, habían quedado abandonados en un lugar de la costa cercano a Santa Catalina. Estas nuevas fueron completadas por la llegada de otras más recientes, dadas por nueve pobladores de Buenos Aires, que acababan de llegar a la isla, y que dijeron habían abandonado aquella ciudad cuando se procedió a su despoblación, hablando de la concentración de los colonos en la Asunción, y de la muerte de Juan Ayolas.

Supo, además, don Alvar, por ellos, que se podría llegar a la Asunción directamente, mediante una travesía terrestre, mandando de inmediato hacer la exploración de la zona a atravesar.

Viaje a Asunci

Confirmada la posibilidad de ese viaje, el 8 de octubre de 1541, el Adelantado, al frente de 250 hombres, llevando 26 caballos, emprendió la marcha, disponiendo que las naves con el resto de los expedicionarios, hiciesen el viaje hasta el río de la Plata, y desde allí por el Paraná a la Asunción, lo que cumplieron poco después de la partida de Alvar Núñez.

El Adelantado, al frente de su gente, en cuatro meses de penosa marcha, atravesó los actuales estados brasile-

ros de Santa Catalina y Paraná, llegó a las cataratas del Iguazú y traspuso el río Paraná, llegando finalmente a la Asunción el 11 de marzo de 1542.

Irala reconoció la autoridad del nuevo Adelantado, y éste lo designó su lugarteniente.

ediciones
Irala y
ar. Núñez:
queda del
ino al
ú

No bien se hubo hecho cargo del gobierno, el nuevo Adelantado, envió a Irala al frente de una expedición (1542), con encargo de llegar a las codiciadas regiones de los metales preciosos, abriendo el camino al Perú, a fin de establecer vinculación entre los colonizadores del Plata y del citado país.

Irala recorrió 200 leguas de territorio hacia el norte, volviendo a la Asunción, con la nueva de haber llegado a una región rica en metales preciosos. Estas noticias intensificaron el deseo de llegar al Perú, y a tal objeto Alvar Núñez, en septiembre de 1543, comandó una nueva expedición de 400 españoles y 800 indios, embarcados en 10 bergantines y 120 canoas, que navegando las aguas del Paraguay, llegó más o menos a la altura del paralelo 18, al puerto de los Reyes. Desde allí el Adelantado al frente de sus hombres, resolvió internarse por tierra en dirección al Perú, atravesando una parte de la selva del Chaco, donde para pasar tuvieron necesidad de abrir picadas. Pero fueron tantas las dificultades que creaban la selva, el calor, los mosquitos y las enfermedades del trópico, que por fin Alvar Núñez, ante el descontento de los soldados y accediendo al deseo de sus oficiales que lo instaban a volver, emprendió el regreso, acogiéndose al puerto de los Reyes.

Esperó allí una época del año más propicia para intentar de nuevo el logro de su propósito, enviando hacia el norte una expedición de reconocimiento, que a su vuelta dió noticias del hallazgo de un país donde existían mujeres guerreras, que usaban ricos adornos de metales preciosos, siendo de lo mismo el decorado de los muebles de sus casas.

No obstante esto, la moral de las tropas decaía cada vez más, debido a los padecimientos y privaciones, y los

jefes principales opinaban que se debía dar por terminada la empresa. Así lo hizo Alvar Núñez, ordenando la vuelta a la Asunción, donde llegaron en abril de 1544.

Medidas gubernativas. Conflicto y prisión de Alvar Núñez

Durante su gobierno, Alvar Núñez, además de ocuparse de las expediciones que dejamos apuntadas, intentó sin éxito repoblar la ciudad de Buenos Aires, y, hombre generoso y honesto, defendió al indio de los excesos de las encomiendas, y a los pobladores de las imposiciones de los oficiales reales, que velaban por la hacienda real. En esta forma afectó los intereses de éstos y de los encomenderos, creándosele así una situación difícil, agravada luego por la propaganda adversa hecha entre sus hombres, por algunos oficiales, durante la fracasada expedición al Perú. Es así que, al poco tiempo de su regreso, estalló una sublevación dirigida por los oficiales reales, apoyada por Irala, cuyos resultados fueron la caída del gobierno, y la prisión de Alvar Núñez (1544), quien, después de diez meses de encarcelamiento, fué remitido a España. Allí se le abrió proceso, el que, después de siete años de trámite, terminó con su completa absolución.

Segundo gobierno de Irala. — Depuesto el Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, los amotinados resolvieron poner al frente del gobierno a Irala, para lo cual, basándose en las disposiciones de la cédula real de 1537, convocaron a una parodia de elección popular.

Elegido Irala, ocupó el gobierno por segunda vez, hasta su muerte en 1556, siendo confirmado como gobernador propietario, por cédula real del año 1552.

Leales y tumultuarios

Al comienzo de su actuación gubernativa, los colonos se dividieron en dos bandos: el de los "leales" adicto al depuesto adelantado y el de los "tumultuarios" que respondía a los promotores de la sublevación.

La lucha que estalló entre ambos bandos fué reprimida después de cierto tiempo por Irala, que se preocupó seriamente de establecer el orden. Una vez pacificados los espíritus, Irala dedicó sus actividades a buscar el paso de comunicación terrestre con el Perú.

Hallazgo del camino al Perú

Después de ordenar la exploración del río Pilcomayo, Irala resolvió emprender su proyectado viaje al Perú.

La expedición salió de la Asunción en julio de 1547. Se componía de 250 españoles y de 2.000 indios, embarcados en varios bergantines que, navegando el Paraguay hacia el norte, llegaron al puerto llamado de San Fernando, donde desembarcaron. Desde allí la expedición emprendió la marcha hacia el Perú, atravesando una comarca pobre, ocupada por indios belicosos, abriéndose paso a sangre y fuego, hasta llegar a un punto en la región de Charcas (actual Bolivia), donde tuvieron las primeras noticias del Perú.

Allí llegó a conocimiento de Irala la lucha fratricida entre los conquistadores del Perú, donde acababa de ser reprimida la sublevación de Gonzalo Pizarro, por las tropas del licenciado La Gasca, que se proponía conseguir la pacificación del país.

Irala se propuso ofrecer sus servicios al comisionado real, solicitándole al mismo tiempo la confirmación en su cargo como gobernador del Río de la Plata, que ocupaba provisoriamente, por designación de los colonos de la Asunción.

Nufrio de Chaves

A tal efecto, despachó al capitán Nufrio de Chaves con algunos compañeros, que, después de un largo recorrido, llegaron a Lima, entrevistándose con La Gasca.

Las solicitaciones de Irala fueron presentadas por Chaves al comisionado real; pero éste, sin pronunciarse al respecto, le previno que Irala no debía expedicionar fuera de la jurisdicción del Río de la Plata.

Regreso de Irala

Entretanto, Irala, en su campamento, esperaba ansioso el regreso de Chaves, pero no pudo satisfacer sus deseos, pues un serio conflicto promovido allí le obligó a emprender el regreso a San Fernando, y antes de llegar a este puerto, tuvo que renunciar el mando de la expedición, entregándoselo a Gonzalo de Mendoza (noviembre de 1548).

En San Fernando, se enteraron los expedicionarios que en la Asunción, al lugarteniente de Irala, Francisco

de Mendoza, lo había reemplazado en el gobierno Diego de Abreu, designado por elección popular. Este, que pertenecía al bando de los "leales", enemigo de Irala, había hecho decapitar a su antecesor Francisco de Mendoza, acusado de rebelión, y la situación creada era promisora de nuevas y sangrientas revueltas.

Estas noticias indujeron a confiar nuevamente el mando a Irala (1549), el que al frente de la expedición llegó a la Asunción, posesionándose del gobierno sin resistencia, pues Abreu había huído.

Nufrio de Chaves, llegado al punto convenido, no encontró a Irala, al que recién pudo enterar en la Asunción del resultado de sus gestiones ante el gobierno del Perú.

Cédula real de 1552: Irala gobernador propietario

Mientras Irala realizaba su expedición hacia el Perú, se habían hecho dos concesiones: una de ellas por el licenciado La Gasca y otra, por el rey, designando nuevo adelantado del Río de la Plata. Por la primera, que suscribió el pacificador del Perú en diciembre de 1548, a favor de Diego Centeno, concedíasele la conquista de un territorio, que comprendía parte del paraguayo a partir de la línea del trópico. Pero Centeno, falto de recursos, desistió de la empresa. Por la segunda, el rey nombraba nuevo adelantado, a don Juan de Sanabria (1547); pero éste —como lo veremos más adelante— falleció, y su hijo Diego, a quien le había transferido la concesión, fracasó al intentar llegar a la Asunción, para hacerse cargo del gobierno.

Estos trastornos, y los merecimientos notorios de Irala, decidieron al rey a nombrarle gobernador propietario, por cédula real del 4 de noviembre de 1552.

Durante esta última parte del gobierno de Irala, este infatigable capitán emprendió dos nuevas "entradas" en dirección noroeste, que no dieron resultado, y, según parece, envió una expedición con el fin de fundar una población en la margen del río de la Plata.

De esta época data también la fundación de la colonia de Ontiveros, por componentes del bando de los

"leales", la organización de las encomiendas y la llegada al Paraguay de las primeras ovejas y cabras procedentes del Perú, y de San Vicente, el primer plantel de ganado vacuno.

Además, en el año 1555, llegó a la Asunción el primer obispo de la diócesis del Río de la Plata, fray Pedro de la Torre, que la organizó, y tomó más tarde activa participación en los asuntos políticos de la colonia.

Domingo Martínez de Irala falleció a la edad de [illegible] años, el 3 de octubre de 1556, después de veinte años de actuación descollante, siendo el verdadero conquistador y colonizador del Paraguay.

Sucesores de Irala

Sucedióle en el gobierno su yerno Gonzalo de Mendoza, quien lo había ejercido durante la enfermedad de Irala por delegación de éste.

Gonzalo de Mendoza falleció después de dos años de gobierno (1558), y el pueblo de la Asunción, de conformidad con lo dispuesto por la cédula real de 1537, designó popularmente nuevo gobernador a Francisco Ortiz de Vergara, también yerno de Irala.

En el año 1564, Ortiz de Vergara salió con una expedición, acompañado por una brillante comitiva, entre la que iba el obispo de la Torre, rumbo al Perú, donde solicitaría la confirmación de su gobierno. Eligió el camino de Santa Cruz de la Sierra, fundada por Nufrio de Chaves en la provincia de Chiquitos. Al llegar allí se le impidió seguir adelante, siendo injustamente acusado y procesado por la Audiencia de Charcas, pero resultó absuelto por la misma después de largo y trabajoso litigio, ordenándose su reposición en el mando del Paraguay, hasta la llegada del nuevo adelantado. Pero Ortiz de Vergara no aceptó, y pasó a España, de donde regresó en la expedición de Ortiz de Zárate con el cargo de tesorero del Paraguay.

Mientras esto sucedía, el presidente de la Audiencia de Lima, don Lope de Castro, a cargo del gobierno del Perú, designó en febrero de 1567 a Juan Ortiz de Zárate virrey del Río de la Plata, con la condición de que

pasase a España para obtener del rey la confirmación correspondiente.

Juan y Diego Sanabria. — En julio de 1547, el rey firmaba capitulaciones con Juan de Sanabria, a quien nombraba adelantado, gobernador y capitán general del Río de la Plata, en reemplazo de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que, como dijimos, había llegado preso a España, donde, después de procesarle, se le absolvió, desistiendo el mismo de volver a ocupar su cargo de adelantado.

La capitulación

La capitulación de Sanabria autorizaba a éste a seguir la conquista del Plata, concediéndosele el territorio situado entre los paralelos 19 y 31, lo que significaba una disminución por la parte sur del concedido a Mendoza.

Habiendo fallecido Juan de Sanabria, sin poder cumplir lo estipulado, la concesión se transfirió a favor de su hijo Diego de Sanabria (1549).

La expedición. Su fracaso

Una flota compuesta de tres naves, que el adelantado confió a Juan de Salazar, salió de España al promediar el año 1550, viajando en ella la madre de don Diego, doña Mencía de Calderón —con quien se había asociado—, y tres de sus hijos. Por su parte, el adelantado quedó en España resuelto a procurar toda clase de elementos a fin de robustecer la expedición.

Desde la travesía, en la que la flota fué atacada por los piratas y los expedicionarios despojados del equipaje y de los víveres, hasta la llegada a Santa Catalina, donde dos de las naves naufragaron, la expedición se caracterizó por su mala suerte.

Tentativa de Diego de Sanabria

Después del naufragio de las naves, Salazar y doña Mencía desembarcaron, enviando emisarios a la Asunción en procura de auxilios. Mientras tanto, una flota comandada por el adelantado, don Diego de Sanabria, partía de España, perdiendo a poco el rumbo, y yendo a recalar, arrastrada por la corriente, en la isla Margarita. Desde allí el adelantado pasó al Perú, con la in-

tención, nunca realizada, de dirigirse luego a la Asunción.

Por su parte, Irala había despachado un contingente al río de la Plata para esperar al adelantado, y al tener conocimiento de la triste situación de doña Mencía en las costas del Brasil, le envió los auxilios requeridos, pudiendo ésta y el capitán Salazar trasladarse a San Vicente, desde donde el segundo, que había sido nombrado tesorero del Río de la Plata, pasó a la Asunción.

Fundación de Santa Cruz de la Sierra. — Durante el gobierno de Gonzalo de Mendoza, sucesor de Irala, este gobernador comisionó al capitán Nufrio de Chaves para efectuar la fundación de una población en las tierras de los xarayes, hacia donde salió a comienzos de 1558, con una expedición de 150 españoles y 2000 indios embarcados en numerosos bergantines, que ascendieron el Paraguay hasta la precitada región.

Desde allí los expedicionarios se internaron en el territorio, marchando hasta alcanzar los 15 grados de latitud en los llanos de Moxos, donde se detuvieron por varios meses, teniendo que alimentarse de lo que allí cultivaron y recogieron, y que soportar las continuas hostilidades de los indios. Más de la mitad de la gente no quiso seguir adelante y volvió a la Asunción, y el resto fué tras su jefe, acampando después de penosa travesía en los llanos de Grijota, donde fundaron en 1559, la población de Nueva Asunción, de vida efímera.

Estaban allí, cuando les llegó la noticia de que en las inmediaciones se encontraba una expedición española procedente del Perú, comandada por Andrés Manso, con intenciones de efectuar fundaciones.

Chaves y Manso: sus dificultades

Entre Chaves y Manso, que se entrevistaron, se entabló una enojosa cuestión, sosteniendo el primero que esa zona estaba sujeta a la jurisdicción del Plata, mientras el segundo alegaba que pertenecía a los dominios del virreinato del Perú. Para zanjar las dificultades acordaron someter el asunto a la decisión del virrey, y Chaves se dirigió a Lima, donde consiguió ser nombra-

do teniente del hijo del virrey, don García de Mendoza, designado gobernador de Moxos.

Habiendo regresado, Chaves ordenó aprisionar a Manso, que no quiso reconocer sus poderes, y lo remitió a Charcas, pudiendo entonces continuar su interrumpida marcha, hasta llegar a la provincia de Chiquitos. Allí Nufrio de Chaves fundó la ciudad de Santa Cruz de la Sierra (1561), en jurisdicción correspondiente al virreinato del Perú, y que fué algo así como el punto de unión entre la colonización del Perú y del Paraguay.

XXII

Juan Ortiz de Zárate. Juan de Garay: fundación de Santa Fe y repoblación de Buenos Aires. Fundación de Corrientes

Juan Ortiz de Zárate. — Nombrado Juan Ortiz de Zárate virrey del Río de la Plata, el 12 de febrero de 1567, por el presidente de la Audiencia de Lima don Lope de Castro, el flamante funcionario era una garantía para poner fin a las disidencias políticas entre los colonos del Paraguay, pues era persona completamente desvinculada de los mismos. Como sabemos, Ortiz de Zárate, de acuerdo a lo estipulado, partiría a España — como lo hizo por vía de Panamá— a fin de obtener la confirmación real y para alistar y llevar al Paraguay, una expedición, a su costa, de 400 ó 500 hombres. Se había comprometido, asimismo, enviar al Paraguay, de su hacienda de Charcas, unos 4.000 vacunos, 4.000 ovejas y otros animales.

Felipe de Cáceres

Antes de partir a España, Ortiz de Zárate nombró su teniente y representante en la Asunción a Felipe de Cáceres, el que se trasladó a esa ciudad en compañía del después célebre Juan de Garay, y de inmediato se hizo cargo del gobierno.

Durante el interinato de Felipe Cáceres que duró desde 1568 a 1572, se produjeron en la Asunción serios desórdenes promovidos por la oposición de los partida-

rios de Ortiz de Vergara, a cuyo frente estaba el obispo de la Torre. Y ellos se hicieron más intensos, cuando Cáceres hizo un primer viaje a las márgenes del Plata, en espera del adelantado, y más aún cuando emprendió un segundo viaje al mismo punto a comienzos de 1572.

Martín Suárez de Toledo

A su vuelta, estalló un motín que depuso a Felipe de Cáceres del gobierno, nombrándose en su lugar, mediante el recurso de la elección popular, a Martín Suárez de Toledo, quien ordenó que Cáceres, que permanecía en prisión, fuera remitido a España. Se le acusaba de tener ideas religiosas contrarias al catolicismo, y se encargó que lo acompañara para acusarlo ante la corte, al obispo de la Torre, pero éste sólo llegó a San Vicente, donde falleció. En San Vicente, el jefe de la nave que conducía preso a Cáceres, decidió no continuar el viaje, puso a éste en libertad, y le facilitó embarcarse en otra nave que lo condujo a España, donde se defendió de los cargos contra él formulados, logrando ser absuelto.

Juan de Garay: fundación de Santa Fe. — Juan de Garay había llegado al Perú a la edad de catorce años con la expedición del primer virrey don Blasco Núñez de Vela, y residido en él desde 1544 hasta 1548. Participó de algunas expediciones hacia el sur, estando presente en la fundación de Santa Cruz de la Sierra por Nufrio de Chaves, habiendo acompañado a la Asunción a Felipe de Cáceres, que iba a hacerse cargo del gobierno, como teniente del nuevo adelantado (1568). En la Asunción, Juan de Garay desempeñó el cargo de alguacil mayor, iniciando así su actuación en el Río de la Plata, donde bien pronto iba a destacarse.

Garay había acompañado a Felipe de Cáceres en su excursión al Plata de 1572, y junto con él recorrió las costas santafecinas y parte del curso del río Salado, sitio en el cual Cáceres deseaba fundar una población. Lo cierto es que, desde entonces, Garay, inducido tal vez por las ideas de Cáceres, no abandonó el pensamiento de realizar esa fundación, y continuamente repetía que

era necesario "abrir puertas a la tierra y no permanecer encerrados". Con esto quería significar que era menester fundar poblaciones próximas al estuario, acercándose así a la ruta marítima que llevaba directamente a España.

La expedición

Debidamente autorizado y apoyado por el teniente gobernador Martín Suárez de Toledo, Garay preparó a su costa una pequeña expedición compuesta de nueve españoles y setenta y cinco "mancebos de la tierra", es decir, jóvenes nativos de la región del Plata, con el encargo de fundar una población, y escoltar hasta San Gabriel, la nave que conducía a España a Felipe de Cáceres.

La expedición salió de la Asunción en abril de 1573, marchando una parte de ella a pie, conduciendo el ganado, siguiendo hacia el sur el curso del río Paraná.

La fundación

Garay no escoltó a Cáceres hasta San Gabriel, y desembarcando en la margen derecha del Paraná, a la altura del paralelo 31, esperó la llegada de los hombres y el ganado que venían por tierra, emprendiendo a continuación la exploración del lugar, para realizar la nueva fundación, eligiendo un sitio situado a 12 leguas del actual emplazamiento de la ciudad de Santa Fe. Allí echó los cimientos de una ciudad que llamó de Santa Fe, el 15 de noviembre de 1573.

Encuentro con la expedición de Cabrera

Mientras se hacían los aprontes para la fundación del nuevo asiento, Garay y una parte de sus hombres exploró la zona hasta el río Carcarañá, penetrando luego en el Coronda, donde la nave fué rodeada por la indiada en actitud hostil. En estas circunstancias apareció un piquete de tropas de caballería española que auxilió a Garay. Estas fuerzas pertenecían al gobernador del Tucumán, Jerónimo Luis de Cabrera, que acababa de fundar la ciudad de Córdoba (julio 6 de 1573).

A raíz de este encuentro, se entabló una cuestión enojosa entre Cabrera y Garay, pues ambos creían tener derecho de colonizar la zona, el primero alegando que per-

tenecía a la gobernación del Tucumán sujeta a la jurisdicción peruana, y el segundo, sosteniendo que eran dominios del Río de la Plata. Garay, después de esta incidencia con los hombres de Cabrera, se retiró dispuesto a continuar los preparativos de su fundación, regresando Cabrera y sus hombres a Córdoba, sin cumplir su intento de llegar a orillas del estuario.

Importancia de la fundación de Santa Fe

La fundación de Santa Fe marca una nueva etapa en la conquista y colonización del Plata: el foco colonizador ubicado en la Asunción desde 1541, por la necesidad de hallar el camino al Perú, cumplido este requisito, vuelve ahora a acercarse al estuario. La fundación de Santa Fe, prepara, en cierta forma, la próxima repoblación de Buenos Aires.

Arribo al Río de la Plata de Ortiz de Zárate. — Contemporáneamente a los sucesos ocurridos en el Plata, a contar desde el gobierno de Felipe de Cáceres, Juan Ortiz de Zárate, después de un viaje azaroso —durante el cual la nave que lo conducía fué atacada por piratas, que le arrebataron una considerable suma de dinero— llegó a España, donde capituló con el rey.

La capitulación

Confirmando el nombramiento otorgado en el Perú, el rey, en julio de 1569, concedía a Ortiz de Zárate el título de adelantado, para él y sus descendientes, y el de gobernador y justicia mayor, por dos vidas, para ejercerlo en el Río de la Plata, asistiéndole el derecho de designar su sucesor.

Los preparativos para la expedición se prolongaron por el término de tres largos años, durante los cuales no escatimó Ortiz de Zárate esfuerzos y medio alguno para poder organizar y financiar la expedición, lo que le fué muy difícil, pues su situación económica, después del despojo sufrido en la travesía, no era todo lo buena que requería la realización de la empresa.

La expedición

Por fin la expedición pudo partir de San Lúcar el 17 de septiembre de 1572, componiéndose de cinco naves y de 510 personas. De éstas, 104 constituían la tripula-

ción, 45 eran artesanos, 69 agricultores, 58 pertenecían al sexo femenino, y el resto lo componía gente sin oficio reclutada en Andalucía. Participaba en la expedición Martín del Barco Centenera, autor del poema titulado "La Argentina", publicado años después, donde narra episodios de la conquista y usa por primera vez el nombre de Argentina, derivado del nombre del río de la Plata.

La flota tocó en las Canarias, donde desertaron muchos expedicionarios, que no querían continuar el viaje a bordo de naves viejas e inseguras, teniendo, además, que soportar la falta de víveres. Después de recalar en las islas de Cabo Verde, se inició la travesía del océano hasta la costa brasileña, llegando a Santa Catalina, donde 50 expedicionarios perecieron de hambre, pues la isla continuamente saqueada por los portugueses carecía de víveres.

Llegada al Plata

Al llegar la expedición a la isla de San Gabriel, en noviembre de 1573, dos de las naves quedaron varadas, dándoselas por perdidas. Explorando la isla divisaron una cruz, de donde colgaba una calabaza conteniendo algunas cartas dejadas por la gente de la nave que conducía a Cáceres a Europa, dando noticias del sitio en que se hallaba Garay. Esto indujo al adelantado a ponerse en comunicación con los indios guaraníes de las islas, con el fin de comunicarse con Garay, despachando luego emisarios que encontraron a aquél, y le pidieron auxilios. Mientras tanto, una excursión a la costa oriental del río había costado, a los expedicionarios, 42 vidas, en un combate sostenido con los charrúas. Ortiz de Zárate y su gente permanecieron en San Gabriel, y luego en Martín García, hasta que llegó Garay, junto con el cual el adelantado fundó frente a San Gabriel el puesto de San Salvador, de corta duración.

Ortiz de Zárate en el gobierno

Después de larga estada, en diciembre de 1574, el adelantado decidió dirigirse a la Asunción, donde llegó en febrero de 1575, después de una escala en Santa Fe.

Durante su breve gobierno, Ortiz de Zárate tomó diversas medidas tendientes a mejorar la situación, efectuando un nuevo reparto de las encomiendas de indios.

Muerte de Ortiz de Zárate: su testamento

Al poco tiempo enfermó, y un día antes de su muerte ocurrida el 26 de enero de 1576, hizo testamento instituyendo en él como su heredera universal a su hija Juana, domiciliada en Charcas, y que si ésta falleciera sin dejar descendientes, le heredaría, a su vez, Diego de Mendieta, sobrino del adelantado, a quien dejaba provisoriamente a cargo del gobierno.

Mendieta

Diego de Mendieta ejercería el gobierno hasta que doña Juana contrajera enlace, pues, naturalmente, desde ese momento, el esposo de la hija del adelantado, se haría cargo del gobierno.

La juventud excesiva del nuevo mandatario hizo que ejerciera sus funciones sin el acierto y serenidad requeridos, llevando una vida de holgorio y ociosidad, que acabó por cansar a los colonos. Durante un viaje a Santa Fe, fué prendido y embarcado en una nave que se dirigía a España, siendo luego abandonado en las márgenes del estuario del Plata.

Viaje de Garay a Charcas

Durante el gobierno de Mendieta, Juan de Garay, cumpliendo indicaciones del extinto Adelantado, pasó de Santa Fe al Tucumán, desde donde, después de larga permanencia, regresó trayendo gran cantidad de ganado.

Al poco tiempo volvió al Tucumán, de donde salió con una expedición enviada al norte por el gobernador Gonzalo de Abreu, pudiendo llegar, finalmente, con algunos acompañantes a Charcas. Allí dió a conocer a doña Juana, las cláusulas testamentarias, dejadas por su padre, haciéndole presente su encargo de conducirla al territorio del Río de la Plata.

La herencia de Ortiz de Zárate

Cuando Garay llegó, se había entablado alrededor de la persona de Juana Ortiz de Zárate, joven de 16 años, un serio conflicto, del que participaban varios pretendientes a su mano, entre los que se destacaban Antonio Meneses, ahijado del virrey del Perú, y Francisco Ma-

tienzo, hijo de un oidor de la Audiencia de Charcas. Por fin, doña Juana decidió contraer enlace con Juan Torres de Vera y Aragón, otro oidor de la misma Audiencia, realizándose el mismo en diciembre de 1577.

Ahora bien: A los oidores les estaba vedado casarse con personas residentes dentro de la jurisdicción de su Audiencia, perdiendo su cargo aquellos que contravenían esta disposición. Vera y Aragón estaba en este caso, y el virrey exigió que abandonara el cargo. Pero con anterioridad, la Audiencia había dispuesto que podría seguir desempeñándolo, hasta que el Consejo de Indias decidiese, pero no podía, bajo pena de perder sus bienes, abandonar Charcas. Vera y Aragón permaneció en ella dos años, al cabo de los cuales pasó a Lima, donde estuvo confinado, para volver luego a Charcas, en la que continuó como oidor de la Audiencia.

No pudiendo hacerse cargo del gobierno, Vera y Aragón, con fecha 9 de abril de 1578, había nombrado a Juan de Garay, teniente gobernador del Río de la Plata

Repoblación de Buenos Aires. — Llegado a la Asunción procedente de Charcas, Juan de Garay ocupó el cargo de teniente gobernador en representación de Vera y Aragón, cargo que ejerció desde 1578 hasta su muerte, en 1583.

Gobierno de Juan de Garay

El hecho más importante de su gobierno fué la repoblación de Buenos Aires, empresa que realizó obedeciendo en parte a los deseos expresados en tal sentido por Vera y Aragón, pero más que todo a su propio convencimiento de que era de absoluta necesidad efectuar esa nueva fundación, llevando el foco colonizador de la región del Plata al lugar geográfico más adecuado.

Efectivamente, después de la despoblación operada en 1541 por Irala, reconocieron el error cometido y la necesidad de repararlo, fundando una población a orillas del gran estuario.

La fundación de Santa Fe preparó, como dijimos, la refundación de Buenos Aires; y cuando Juan de Garay,

por bando, dió a conocer en la Asunción su resolución de efectuar dicha repoblación, contó con el más decidido apoyo.

La expedición

En el mes de febrero de 1580, unos sesenta jóvenes criollos con dos bergantines y varias embarcaciones menores, salieron de la Asunción en dirección al río de la Plata; algunos de ellos hicieron la travesía a pie a fin de conducir el ganado.

Después de detenerse unos quince días en Santa Fe, la expedición continuó hacia el sur, empezando a bordear la costa a medida que se acercaban al estuario a fin de elegir el sitio para efectuar la nueva fundación.

La segunda fundación de Buenos Aires

Por fin, Garay eligió un sitio distante una media legua de la ubicación de la primitiva ciudad, por ser menos expuesto a las inundaciones, y el día sábado 11 de junio de 1580, dió por fundada en ese lugar una ciudad que llamó de la Trinidad, por celebrarse al día siguiente la festividad religiosa del mismo nombre. Al puerto se le siguió llamando Puerto de Santa María de los Buenos Aires, que con el tiempo se impuso para designar a la ciudad.

La ceremonia

El día de la fundación, Juan de Garay, según lo acostumbrado, designó las autoridades encargadas del gobierno de la misma, y ordenó se plantara un palo o rollo público, como símbolo del árbol de la justicia. Acto continuo desenvainó su espada, y tirando cuchilladas a diestra y siniestra, preguntó en alta voz si había alguien que se opusiera a sus designios de fundar, en nombre del rey, la nueva ciudad. Con esto y habiéndose labrado el acta correspondiente, se dió por concluída la ceremonia inaugural de la fundación.

Distribución de la tierra

La nueva fundación abarcaba una superficie muy superior a la primera, comprendiendo 250 manzanas, de 140 varas por lado, separadas por calles de 11 varas de ancho. El ejido urbano comprendía 46 manzanas, y a las demás se las destinaba para las huertas. Las tierras que rodeaban a la ciudad fueron, a su vez, divididas en

quintas, chacras y estancias. Cada uno de los cuatro solares o lotes de que se componía cada manzana, así como las quintas y chacras, fueron distribuídas entre los primeros pobladores. Estas eran en total setenta y seis.

Distribuída la tierra, se procedió a la organización del cabildo y éste por votación eligió a San Martín, como patrono de la ciudad. Además, Garay dió a conocer cuáles serían las características del escudo de la flamante Ciudad de la Trinidad.

Conjuración de Santa Fe

El 1º de junio de 1580, mientras Garay hacía los preparativos para la nueva fundación, estalló en Santa Fe la sublevación conocida con el nombre de conjuración de los mestizos, pues estaba encabezada por siete mestizos asunceños, que consiguieron deponer al teniente gobernador, poniendo en su lugar a otro de su preferencia. Esta conjuración, rápida y enérgicamente reprimida, parece que fué provocada por instigación del gobernador del Tucumán don Gonzalo de Abreu, enemigo de Garay, o bien, por el descontento de algunos mestizos, por la preferencia que daba Garay a los españoles para ocupar los puestos públicos. De todas maneras carece de importancia, y la presencia de Garay en Santa Fe, contribuyó luego a apaciguar los ánimos.

Ultimos años de Garay. Su muerte

Poco después, Garay regresó a Buenos Aires, desde donde realizó una expedición hacia el sur, llegando a las proximidades del Cabo Corrientes. Visitó a continuación varias poblaciones, estableciéndose luego en Santa Fe, desde donde pensaba llevar a cabo una expedición para dar con la ciudad de los Césares, fabulosa ciudad, de ubicación incierta, que algunos fijaban en la Patagonia.

Estando en Buenos Aires, a principios de marzo de 1583, Garay se dirigía a Santa Fe, y habiéndose detenido, según parece, a la altura de la laguna de San Pedro, en un sitio próximo al río Baradero, desembarcó con unos cuarenta compañeros, para pasar la noche. Allí se entregaron al sueño sin dejar centinelas, lo que fué

aprovechado por los indios, que cayeron sobre ellos y los ultimaron.

Así terminó la vida uno de los más eficientes capitanes de la conquista del Río de la Plata. Para la colonia, su muerte fué un rudo golpe, y para el adelantado, significó la pérdida de su más valioso colaborador. En su reemplazo, Vera y Aragón designó como teniente gobernador a su sobrino Juan de Torres Navarrete.

Torres Navarrete

Durante el gobierno de Torres Navarrete, se fundó la ciudad de Concepción del Bermejo. Esta fundación, de muy corta vida, fué hecha por Alonso de Vera (el Cara de Perro), a orillas del Bermejo, en una situación que facilitaba las comunicaciones con el Perú (1585).

Fundación de Corrientes. — En vista de que el extinto adelantado Juan Ortiz de Zárate no había cumplido con lo capitulado con el rey, éste, informado por el virrey del Perú, se resistía a reconocer como adelantado a Juan Torres de Vera y Aragón y hasta llegó a nombrar dos gobernadores para el Río de la Plata, que sucesivamente renunciaron sin hacerse cargo de sus funciones. Por fin en 1587, cuando ya se había producido el fallecimiento de doña Juana, el rey reconoció como adelantado interino a Vera y Aragón.

La fundación

En agosto de 1587, llegó al Paraguay el nuevo adelantado, y después de hacerse cargo del gobierno, por lo que había bregado nueve años, concentró su atención en completar las estipulaciones que su suegro había firmado con el rey, creyendo que en esa forma podría obtener la confirmación definitiva en su cargo.

Dos de las poblaciones que se había comprometido fundar Ortiz de Zárate, tenían efectividad con la repoblación de Buenos Aires y la fundación de Concepción del Bermejo. Faltaba una, que Vera y Aragón quiso fundar de inmediato. Con ese objeto salió de la Asunción, acompañándole su sobrino Alonso de Vera (el Tupí) y Hernando Arias de Saavedra, echando los cimientos de una ciudad que llamó San Juan de Vera de las Siete Corrientes (abril de 1588).

Realizada la nueva fundación, el adelantado se dirigió a Santa Fe, llegándole una orden emanada de la Audiencia de Charcas, prohibiéndole que asignara altos cargos de gobierno a sus parientes hasta el cuarto grado, pues tenía denuncias de que a algunos de ellos les había nombrado sus tenientes. Esta resolución determinó a Vera y Aragón a trasladarse en 1590 a Charcas con el fin de defenderse. De Charcas, el adelantado pasó en 1593 a España, haciendo allí renuncia de sus derechos al adelantazgo del Río de la Plata, regresando luego a Charcas, donde estableció su residencia y terminó sus días.

Renuncia de Vera y Aragón

XXIII

El Tucumán: descubrimiento y conquista. Las ciudades estratégicas. Conquista de Cuyo. Tentativas de conquista de la Patagonia. Descubrimiento de las islas Malvinas

El Tucumán: descubrimiento y conquista. Las ciudades estratégicas. — Casi al mismo tiempo que la corriente colonizadora del este, proveniente de España, emprendía la conquista del Río de la Plata, otra corriente colonizadora bajaba del Perú hacia el sur, acometiendo la conquista de la región conocida con el nombre del Tucumán. Esta región, que al comienzo comprendió una pequeña comarca del noroeste del actual territorio argentino, fué extendiéndose a medida que avanzaba la conquista, para abarcar en la segunda mitad del siglo XVI las actuales provincias de Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, Rioja, Santiago del Estero, y Córdoba, y una parte del Chaco.

El Tucumán —cuyo nombre se origina del de un cacique, o de un riacho de la zona— fué descubierto por la expedición de Diego de Almagro, que en 1536 pasó por él, para luego desviarse en dirección a Chile, empezando su exploración y conquista unos años después.

Durante una tregua de las guerras civiles del Perú, después de la derrota y muerte del joven Diego de Almagro,

Expedición de Diego de Rojas

el gobernador Cristóbal Vaca de Castro decidió enviar hacia el sur una expedición que confió al capitán Diego de Rojas, con el encargo de traer noticias acerca de un país hasta entonces desconocido para los españoles, que se extendía entre Chile y el Río de la Plata, al cual los indígenas llamaban Tucma.

Agraciado con el título de gobernador del Tucma, Diego de Rojas partió del Perú en 1543, al frente de una expedición que atravesó sucesivamente los territorios actuales de Salta, Catamarca y Santiago del Estero. Al llegar a este último punto, Rojas sostuvo un combate con los indios, muriendo por haber sido herido con una flecha envenenada. La expedición continuó viaje a las órdenes de Francisco de Mendoza, a quien Rojas, antes de expirar, confirió el mando, y después de costear el río Dulce, penetró en dirección sudeste al territorio de Córdoba, atravesó el de Santa Fe y llegó a las cercanías del lugar donde estuvo el fuerte de Sancti Spiritus.

Hasta allí alcanzó la exploración, pues, sabiendo por los indios la presencia de españoles en esa zona, Francisco de Mendoza decidió sin éxito dirigirse hacia la Asunción, torciendo luego su ruta hacia la región de Santiago del Estero, donde había dejado un pequeño contingente al mando de Nicolás de Heredia. Los expedicionarios, desilusionados por no encontrar metales preciosos, y sometidos a rígida disciplina, terminaron por levantarse contra Mendoza, a quien dieron muerte. Reconocido como jefe Nicolás Heredia, dispuso la vuelta al Perú, en 1546, dando así término a esta expedición exploradora.

Juan Núñez del Prado: fundación de la ciudad del Barco

La primera expedición de carácter colonizador de la corriente del norte, salió del Perú para el Tucumán en 1549, comandada por Juan Núñez del Prado. El presidente La Gasca le había encargado la colonización del Tucumán, donde debía fundar un asiento y tratar de evangelizar a los indios. Al frente de un contingente de unos sesenta hombres, el capitán y justicia mayor, Juan Núñez del Prado, llegó al territorio actual de la provin-

cia de Tucumán, donde en septiembre de 1550 hizo una fundación, que denominó ciudad del Barco, en un lugar próximo a la actual ciudad de Monteros.

Choque entre Núñez del Prado y Villagra

Había pasado muy poco tiempo, cuando se encontró con una expedición numerosa que al mando de Francisco de Villagra, teniente del gobernador de Chile don Pedro de Valdivia, se dirigía del Perú a Chile, para robustecer la ocupación española de aquel país. Como Villagra le exigiera la sumisión aduciendo que ese territorio correspondía a la jurisdicción de la gobernación de Chile, Núñez del Prado, no contando con medios para resistir, tuvo que someterse, siendo designado por aquél su teniente gobernador. Villagra, después de esto, continuó viaje a Chile.

Cambios de emplazamiento de la ciudad del Barco

Núñez del Prado, que sólo por la fuerza se había sometido a Villagra, no bien éste se hubo marchado resolvió trasladar el asiento unas veinte leguas al noreste del sitio primitivo, al valle del Guazán, donde quedó emplazada la ciudad del Barco poco menos de un año, para trasladársela de nuevo hasta las orillas del río Dulce, a una pequeña distancia hacia el sur de la actual ciudad de Santiago del Estero (1552).

El Tucumán, dependencia de Chile. Los tenientes gobernadores

Al tener noticias el gobierno de Chile del encuentro de Villagra con Núñez del Prado, y convencido de que el Tucumán caía dentro de las cien leguas, hacia el este, comprendidas dentro de la gobernación de Chile, decidió enviar con ese destino una expedición de 200 hombres al mando de Francisco de Aguirre, a quien se le confirió el cargo de teniente gobernador, en reemplazo de Núñez del Prado.

Llegado Aguirre a la ciudad del Barco, apresó a Núñez del Prado y le envió a Chile, desde donde pasó al Perú, y allí la Audiencia decidió reponerlo en su cargo. Pero no pudo hacerlo porque al cabo de poco tiempo falleció.

Fundación de Santiago del Estero

Mientras tanto, Aguirre había comenzado la colonización en la ciudad del Barco y la zona circunvecina,

agrupando los indios en numerosas encomiendas e iniciando los trabajos agrícolas. Pero notando que el sitio donde estaba emplazada la ciudad era inundable, decidió trasladarla a un lugar alto, situado a un cuarto de legua hacia el norte. Desde entonces la ciudad allí fundada recibió el nombre de Santiago del Estero (diciembre de 1553), y fué la sede del gobierno del Tucumán.

Francisco de Aguirre gobernó en el Tucumán como teniente de Valdivia hasta la muerte de éste, proclamándose entonces gobernador titular, y dejando un substituto se marchó a Chile, con ánimo de ejercer allí el gobierno, de acuerdo a la disposición testamentaria de Valdivia. Desde allí envió al Tucumán a su sobrino Rodrigo Aguirre, para hacerse cargo del gobierno, en su nombre, viéndose éste en graves cuestiones con los colonos partidarios de Núñez del Prado.

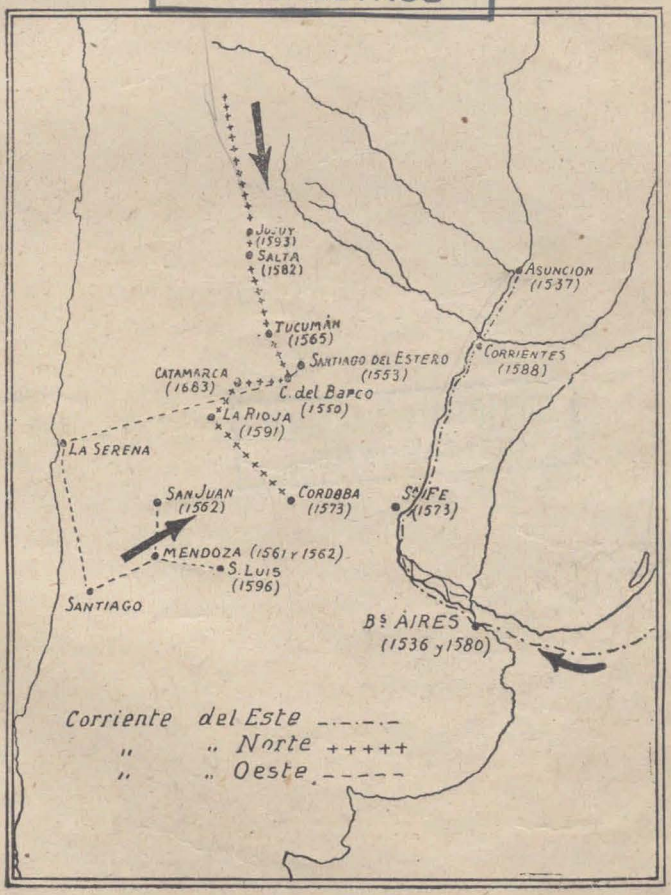
A Valdivia, le sucede en el gobierno de Chile, Francisco Villagra, que envía al Tucumán, como teniente gobernador a Miguel de Ardiles. Este gobernó hasta la llegada de Juan Pérez de Zurita, en 1558, delegado por el nuevo gobernador de Chile, García Hurtado de Mendoza, para reemplazar a aquél en el gobierno del Tucumán.

Fundación de Londres, Cañete y Córdoba del Calchaquí

El gobierno de Juan Pérez de Zurita se distingue por su espíritu de organización, disponiendo, entre otras medidas, una nueva distribución de las encomiendas.

Además, como fueran abundantes las rebeliones de los indios, que ponían en peligro la conquista y sobre todo la ciudad sede del gobierno, Pérez de Zurita resolvió fundar en lugares estratégicos algunas poblaciones, con fines defensivos. Así fueron fundadas las ciudades de Londres, Cañete y Córdoba del Calchaquí (1558), en las provincias actuales de Catamarca, la primera y tercera, y en la de Tucumán, la segunda. Estas fundaciones tuvieron corta duración, pues al poco tiempo fueron destruídas por los indios, cuyo espíritu combativo obstaculizaba seriamente la conquista española de toda esa región.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Corrientes colonizadoras.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

El teniente gobernador Pérez de Zurita fué substituído en el mando, en ocasión de hacerse cargo nuevamente del gobierno de Chile Francisco de Villagra, gobernando en el Tucumán, como teniente de éste, Gregorio de Castañeda, quien, ante la resistencia de Pérez de Zurita a entregarle el mando, lo aprisionó y envió a Chile.

Cédula Real de 1563: el Tucumán dependencia del Perú

La substitución de Pérez de Zurita, levantó los ánimos de los colonos del Tucumán, que no se avenían a su dependencia jurisdiccional del gobierno de Chile. Largo fué el litigio entablado por ese motivo ante las Audiencias de Charcas y de Lima, hasta que finalmente el rey Felipe II, por cédula del 29 de agosto de 1563, dispuso que el Tucumán debía depender de la jurisdicción de la Audiencia de Charcas.

Volvía así el Tucumán a depender del foco colonizador originario, de donde se había producido la corriente del norte, que comenzó a poblarlo. Esta corriente colonizadora, bien pronto se iba a propagar por todo el noreste de nuestro territorio, buscando luego para el Tucumán, en dirección sudeste, una salida hacia el mar, que la aproximase a la metrópoli. Fué así cómo la corriente del norte chocó con la del este, que, a la inversa, entrando por el este, pugnó por establecer, hasta conseguirlo, una comunicación con el Perú.

Gobierno de Aguirre

El primer gobernador del Tucumán, después de la cédula real de 1563, fué Francisco de Aguirre, de actuación anterior al frente del gobierno de la misma.

Aguirre se consagró de inmediato a reprimir severamente las rebeliones de los indios que amenazaban de continuo la vida de los colonos, y prosiguiendo la obra previsora de Pérez de Zurita, se resolvió a fundar poblaciones en sitios convenientes, que sirvieran de protección a Santiago del Estero.

Fundación de San Miguel de Tucumán

La primera expedición con ese fin, la puso a las órdenes de Diego de Villarroel, quien recorrió un buen trecho del camino al Perú, fundando en el sitio del antiguo emplazamiento de Cañete, la ciudad de San Miguel de

Tucumán (1565). Esa ciudad fué trasladada en el año 1685, al sitio que hoy ocupa.

Completó Aguirre la expedición anterior con una que él comandó personalmente, penetrando en el país de los comechingones, en la actual provincia de Córdoba. Allí conocieron los expedicionarios el mito de la fantástica ciudad de los Césares y de Trapananda, y el deseo de expedicionar hasta las lejanas regiones de la Patagonia, a todos alucinó menos al jefe que se resistió a ello. Tal vez este fué el principal motivo del motín que contra él organizó la soldadesca, cuyo resultado fué la deposición de Aguirre y su envío a Charcas para ser juzgado. Su reemplazante fué Diego Pacheco, durante cuyo gobierno, Juan Gregorio Bazán fundó en 1567 la ciudad de Esteco (prov. de Salta).

Reposición de Aguirre

Habiendo sido acusado Aguirre de hereje, por sostener ideas contrarias a la religión católica, fué procesado a su llegada a Charcas, durando dos años el sumario a cargo del obispo de Lima, al cabo de los cuales, fué absuelto. Marchaba a Santiago del Estero para reintegrarse a su cargo, cuando su causa fué reabierta, y preso de nuevo, fué enviado a Lima, donde después de cinco años, pasó a Chile, terminando allí sus días.

Gobierno de Cabrera: Fundación de Córdoba

En septiembre de 1571, el virrey del Perú designó gobernador del Tucumán a Jerónimo Luis de Cabrera, con el encargo de hacer una fundación en territorio de la actual provincia de Salta, en la ruta entre el Tucumán y el Perú.

Al año siguiente llegaba Cabrera a la capital del Tucumán, desde donde realizó casi de inmediato una expedición al país de los comechingones, que dió por resultado la fundación de la ciudad de Córdoba, el 6 de julio de 1573, en la margen norte del río Primero, cerca del sitio que hoy ocupa. A la comarca colindante, Cabrera la llamó Nueva Andalucía.

Entraba en los propósitos de Cabrera, buscar para su gobernación una salida hacia el océano, por donde pudiera comunicarse directamente con España, librándola

así de su dependencia económica del Perú. De modo que fundada Córdoba, Cabrera expedicionó hacia el este, llegando hasta las cercanías del lugar donde estuvo el fuerte de Sancti Spiritus, produciéndose el encuentro con la corriente del este, a que ya hemos hecho referencia.

Gonzalo de Abreu

Vuelto a Córdoba, se encontró con la novedad de la llegada del nuevo gobernador del Tucumán, Gonzalo de Abreu, a quien el rey había nombrado para sucederle. Este había ido al encuentro de Cabrera, el que al llegar a Córdoba le entregó el mando (1574). Al día siguiente, Abreu ordenó el arresto y proceso de Cabrera, aduciendo que había desobedecido al virrey al no hacer una fundación en el sitio indicado, y acusándolo además de organizar un levantamiento contra el gobierno del Perú. El resultado fué la condena y ajusticiamiento de Cabrera en Santiago del Estero.

El gobierno de Abreu, que había perdido popularidad por su proceder con Cabrera, fué en general desacertado, manteniendo a la colonia en un estado de creciente intranquilidad. Proyectó el abandono de la ciudad de Córdoba, luchó de continuo con los indios calchaquíes, fundó por tres veces un asiento que pronto fué destruído, e intentó el hallazgo de la ciudad de los Césares, sacrificando medios y fuerzas que eran indispensables dentro de su gobernación.

Hernando de Lerma: fundación de Salta

En 1580, fué reemplazado por el nuevo gobernador Hernando de Lerma, que procesó a su antecesor por los excesos cometidos durante su gobierno, haciéndole morir en la prisión en forma brutalmente cruel.

Durante el gobierno de Lerma se produjeron serios conflictos, —principalmente con la autoridad eclesiástica— que conspiraban contra el progreso de la colonia. Su única obra positiva fué la fundación de la ciudad que llamó de San Felipe de Lerma, en el valle de Salta (febrero 16 de 1582). Con esta fundación se cumplió por fin el encargo hecho a sus predecesores de asegurar estratégicamente el camino al Perú.

El gobernador Hernando de Lerma terminó su gobierno (1584) por orden de la Audiencia de Charcas, que lo mandó apresar, después de un conflicto con el obispo del Tucumán, reteniéndosele en esa ciudad hasta la llegada de su sucesor Juan Ramírez de Velasco, que resolvió residenciarlo en Santiago del Estero donde se le condenó a confinamiento perpetuo en Orán, lo que no se cumplió, por haberle sorprendido antes la muerte.

Juan Ramírez de Velasco: fundación de La Rioja y Jujuy

La actuación de Juan Ramírez de Velasco, que se hizo cargo de gobierno del Tucumán en 1586, diferenció se radicalmente de la de sus predecesores. Gobernó durante siete años con singular acierto, resolviendo arduos problemas de colonización, y dando gran impulso al progreso.

Comenzó por establecer la mita, que obligaba al indió a trabajar una vez por semana en obras públicas; ordenó la explotación de las minas de plata del Famatina, extirpó el bandolerismo, y combatió a los indios, principalmente a los calchaquíes, a quienes logró someter. Y siguiendo el plan de construcción de ciudades estratégicas, fundó la ciudad de La Rioja en agosto de 1591, y encomendó a Francisco de Argañaraz, la fundación de otra, la actual ciudad de Jujuy, a la cual su fundador llamó San Salvador (19 de abril de 1593).

Con estas fundaciones, el Tucumán tenía entonces, siete prósperas ciudades: Santiago del Estero, Tucumán, Córdoba, Esteco, Salta, La Rioja y Jujuy. La ciudad capital, Santiago del Estero era la sede del obispado del Tucumán, siendo su primer titular, fray Francisco Vitoria.

Al promediar el año 1593, Ramírez de Velasco, fué reemplazado en el gobierno del Tucumán por Fernando de Zárate, y dos años después se le designaba gobernador del Río de la Plata.

Fernando de Zárate y Pedro de Mercado Peñaloza

El gobernador del Tucumán Fernando de Zárate ejerció el mando de esa gobernación, y el del Río de la Plata, unidas entonces temporariamente, debido a la amenaza grave que se cernía sobre Buenos Aires de par-

te de los piratas. Como la gobernación del Río de la Plata no tenía elementos ni recursos para rechazar un posible ataque, se juzgó conveniente unificar las dos gobernaciones con fines de defensa. Felizmente el ataque esperado no se produjo.

Zárate ejerció el gobierno durante dos años (1593-95)) al cabo de los cuales, se nombró gobernador del Tucumán a Pedro de Mercado Peñaloza. Durante su período gubernativo que se desenvolvió en paz, adquirió gran impulso la labor de los misioneros tendiente a la evangelización y civilización del indio.

Conquista de Cuyo. — Denominóse Cuyo al territorio que hoy pertenece a las provincias de Mendoza. San Juan y San Luis, a la gobernación de Neuquén y a una parte de las de la Pampa y Río Negro. Esta región limitada al norte por el paralelo 30, al sur por el 44, al este por el meridiano 65 y al oeste por la cordillera de los Andes —llamada entonces Cordillera Nevada— estaba comprendida dentro de la concesión asignada por el pacificador del Perú don Pedro de La Gasca, a Pedro de Valdivia, en el territorio de Chile, con 100 leguas de extensión hacia el este, a partir de la costa del océano Pacífico.

Antecedentes

La región de Cuyo, fué descubierta por Francisco de Villagra en el año 1551, después de haber sometido a Juan Núñez del Prado en la ciudad del Barco. Como sabemos, después de esto, Villagra abandonó esa ciudad, y dirigiéndose hacia el sudoeste, penetró y atravesó la región que nos ocupa, internándose luego en Chile por el paso de Uspallata.

La región de Cuyo estuvo sujeta a la jurisdicción de la gobernación de Chile hasta 1776.

Expedición de Pedro del Castillo: fundación de Mendoza

En posesión de los datos aportados por la expedición de Villagra, el conquistador de Chile, don Pedro de Valdivia, intentó enviar a Cuyo una expedición, que finalmente no se realizó. Pasaron unos años, duros para los

conquistadores de Chile, y recién en 1559, el gobernador don García Hurtado de Mendoza, resolvió emprender la conquista de Cuyo. Los propósitos del citado mandatario tuvieron principio de realización, cuando en el año 1560, comisionó al capitán Pedro del Castillo, para que trasponiendo los Andes, redujera a los indios de Cuyo y tratara de evangelizarlos, asentando la dominación española.

De conformidad con lo que antecede, Pedro del Castillo al frente de una expedición atravesó los Andes, y el 2 de mayo de 1561, fundó una ciudad que, en homenaje al gobernador de Chile, llamó Mendoza. La ocupación de la zona por los españoles, fué hecha sin oposición, pues los indios no se mostraron hostiles, facilitando así la colonización de la misma.

Expedición de Juan Jufré: traslado de Mendoza y fundación de San Juan

En el año 1561, el nuevo gobernador de Chile, don Francisco de Villagra, reemplazó a Pedro del Castillo, por el capitán Juan Jufré, a quien nombró teniente gobernador en Cuyo, con especial encargo de continuar la colonización de la región y de expedicionar luego, hacia el este, con miras de alcanzar las costas del Atlántico, librando así a Chile y a Cuyo de la tutela económica del Perú, mediante el establecimiento de una vía directa de comunicación marítima con la metrópoli.

La expedición del capitán Juan Jufré, salió de Chile en 1562, y habiendo notado a su llegada a Mendoza, la poca salubridad del sitio en que estaba fundada, resolvió trasladarla a poca distancia de allí, a un lugar que juzgó más apropiado, lo que realizó el 28 de marzo de 1562. En ese emplazamiento existió la referida ciudad hasta el terremoto de 1861.

Una vez efectuado el traslado aludido, Jufré emprendió la exploración del norte de la zona, decidiendo fundar una nueva ciudad, a fin de asentar allí la dominación y continuar la obra colonizadora emprendida. En efecto, habiendo llegado al valle del Tucuma el 13 de junio de 1562, echó los cimientos de la ciudad que llamó de San Juan de la Frontera, en tierras de los indios huar-

pes, hoy capital de la provincia del mismo nombre.

No paró allí el empuje dado por Jufré a la conquista de Cuyo, sino que expedicionando hacia el este en busca del camino del Atlántico, llegó hasta las primeras serranías de Córdoba, donde intentó hacer una fundación que sirviera de punto de enlace entre las ciudades de Córdoba, Mendoza y San Juan en regiones dominadas por los indios pampas.

Fundación de San Luis

El fin que se proponía Juan Jufré, en su expedición hacia el este, no tuvo principio de ejecución hasta 1596, en que por orden del gobernador de Chile de ese entonces, don Martín García Oñez de Loyola, uno de sus capitanes, fundó la ciudad de San Luis de la Punta, no conociéndose con precisión los datos referentes a esa fundación.

Tentativas de conquista de la Patagonia. — Llamóse Patagonia a la inmensa región que se extiende desde el río Negro hasta el estrecho de Magallanes, originándose ese nombre del de los indígenas así llamados por los expedicionarios de Magallanes. En la narración del italiano Pigafetta, que acompañó a Magallanes en su célebre expedición, usa el nombre de Patagonia para designar la región aludida. Los mismos expedicionarios dieron el nombre de Tierra de los Humos, a las costas continentales del estrecho, y Tierra del Fuego, a las del sur, por las humaredas y fuegos observados por ellos en esa dirección, figurando así en los mapas de la época.

Capitulaciones de Simón de Alcazava

Con anterioridad a las capitulaciones de 1534, el rey concedió al portugués Simón de Alcazava, en 1529, la concesión de conquista y colonización de las tierras, que además de otras, comprendía las de la actual Patagonia. Pero esta empresa no pudo realizarse, por no contar el concesionario con los medios necesarios.

Así llegamos al año 1534, que al par de la concesión hecha a favor de don Pedro de Mendoza, el rey firmaba otra el mismo día, (21 de mayo) a favor de Simón de Alcazava, el que podría conquistar y ocupar el territorio de la Patagonia, en las 200 leguas que se ex-

tienden desde el paralelo 36 hasta el estrecho de Magallanes.

La expedición

Alcazava al frente de una reducida expedición embarcada en dos naves, salió de España en 1534, llegando a un lugar de las costas de su concesión; pero cuando se disponía a iniciar su obra, estalló el desorden entre los tripulantes, siendo Alcazava ultimado en una de las naves. Así terminó esta infructuosa tentativa.

Capitulación de Francisco Camargo

Una nueva capitulación, firmó el rey en 1535, a favor de don Francisco Camargo, para la ocupación de la Patagonia, concesión que fué transferida por éste, a favor de fray Francisco de la Rivera, en 1539.

Expedición de Francisco de la Rivera

La expedición de Francisco de la Rivera, financiada por el obispo de Plasencia, que constaba de cuatro naves, salió de España a fines de 1539, llegando a los comienzos de enero de 1540, al estrecho de Magallanes.

Esta expedición fracasó en forma lamentable, pues al llegar al estrecho la nave capitana se fué a pique, salvándose los tripulantes en la costa; otra fué empujada por las corrientes hacia el sur, llegando según se cree al canal de Beagle, regresando de allí a España; una tercera logró pasar el estrecho y llegar a un puerto del Perú, y la última desapareció.

Concesiones posteriores

La concesión dada a Pedro de Valdivia, conquistador de Chile, por el pacificador del Perú, Pedro de La Gasca, estaba limitada al norte por el paralelo 27, al sur por el 41 y al este por el meridiano 65, no comprendiendo por lo tanto las tierras de la Patagonia. Pero Valdivia gestionó y obtuvo del rey la concesión de las tierras de la Patagonia asignadas en la capitulación de Camargo.

Así, la Patagonia, quedó sujeta a la jurisdicción de Chile (1554).

Los piratas

Las continuas incursiones de los piratas ingleses a la costa de la Patagonia, y principalmente la expedición del famoso Francisco Drake, que en 1577, pasó al estrecho, y después de asolar las costas del Pacífico, llegó a Mé-

jico, decidieron al virrey Toledo, del Perú, a enviar una expedición cuya jefatura confió a Pedro Sarmiento de Gamboa, a fin de recorrer las costas patagónicas y terminar allí con las incursiones de los piratas.

La provincia del Estrecho

La flota de Sarmiento de Gamboa, después de pasar el estrecho, se dirigió a España, donde el jefe citado, gestionó el envio de una fuerte expedición, que el rey puso al mando de Diego Flores de Valdez, compuesta de 23 naves y de 5.000 hombres, para efectuar en forma definitiva la ocupación de las tierras del sur.

Formaban parte de la expedición, don Pedro Sarmiento de Gamboa, y don Alonso Sotomayor. Este último, nombrado gobernador de Chile, al llegar la flota al Río de la Plata, desembarcó y por tierra pudo llegar a su destino.

En cuanto a Sarmiento de Gamboa, había recibido del rey, el mando de la provincia del Estrecho, que comprendía las tierras magallánicas, situadas al sur de la Patagonia. Allí Sarmiento de Gamboa, fundó dos poblaciones que llamó Nombre de Jesús y Real Felipe, de corta vida, destinadas a servir de puntos de apoyo para la defensa del estrecho.

La carencia de recursos, indujo a Sarmiento de Gamboa a dirigirse a España para proveerse de ellos, pero desgraciadamente no llegó a su destino, pues fué apresado por los piratas ingleses, quedando sus hombres desamparados en aquellas inhospitalarias costas, donde perecieron de cansancio y de hambre.

La provincia del Estrecho, fué reincorporada luego a la gobernación de Chile, siendo sus costas y las de la Patagonia continuamente recorridas por piratas ingleses y holandeses que, sin embargo, no las ocuparon, por lo que España no perdió nunca el dominio sobre ellas.

Conclusión

Diremos para terminar, que las célebres leyendas acerca de la fabulosamente rica ciudad de los Césares, y asimismo de las ricas provincias de Trapananda y de la Sal, que los conquistadores de Chile, del Tucumán y del Río

de la Plata, ubicaban en la Patagonia, hicieron que se proyectaran o enviaran expediciones a la misma que, naturalmente, jamás fueron encontradas.

La Patagonia, perteneció a la gobernación de Chile, hasta que por la creación de la gobernación del Río de la Plata, por cédula real de 1617, pasó a depender de ésta.

Descubrimiento de las islas Malvinas. — Las islas Malvinas, fueron descubiertas casualmente, por Sebald de Weert, el 24 de enero de 1600. Este marino ejercía el comando del navío Geloof, componente de la flota holandesa de Jacobo Mahú, que se separó de ella al cruzar el estrecho de Magallanes, y se vió obligado a volver a Holanda. A los pocos días de abandonar el estrecho, desde el Geloof, avistaron tres islas desconocidas, que observaron desde la lejanía, sin desembarcar en ellas.

El primitivo nombre de las islas Malvinas, fué el de islas Sebaldinas, dado por su descubridor. Luego los ingleses y los franceses, desde comienzos del siglo XVIII, las llamaron respectivamente, Falkland y Malouines. Esta última denominación se originó por la presencia en esas islas, de numerosos pescadores franceses procedentes del puerto de Saint-Malo. Finalmente los españoles, por corrupción en su idioma de ese nombre francés, le llamaron islas Malvinas.

CAPITULO DECIMO

LAS NACIONES MARITIMAS DE EUROPA Y LA CONQUISTA AMERICANA

XXIV

Inglaterra. Formas de colonización inglesa en las distintas zonas de América. Gobierno y régimen económico. Adelantos culturales.

El siglo XVI fué para las naciones europeas que habían conseguido su unidad política, el siglo de los viajes, de las conquistas, y de la iniciación de la colonización en América, que continúa después, en los siglos XVII y XVIII.

En esa obra se distinguieron las grandes naciones marítimas de Europa, con puertos en el Atlántico, que reemplazaron a las del Mediterráneo en el predominio político y económico. Tales fueron: España, Portugal, Inglaterra, Francia y Holanda.

La conquista y colonización que estos países llevaron a cabo en América, se realizó de acuerdo a sus posibilidades económicas y al estado político-social de cada uno de ellos. Los métodos empleados fueron diversos y, también, los resultados obtenidos.

En su obra colonial americana que siempre estuvo supeditada a los cambios de la política continental europea, muchas veces chocaron los países citados, pero finalmente, supieron crear en América, casi todos, una colonización estable.

Inglaterra. Formas de colonización inglesa en las distintas zonas de América. — El primer intento de toma

Gilbert

de posesión formal de las costas de América, hecho por los ingleses, se debe a Sir Humphrey Gilbert que, en 1578, equipó una expedición de siete buques y 350 hombres con ese objeto, expedición que, a raíz de un temporal que sufriera a poco de zarpar, deshizo camino, abandonando temporariamente la empresa.

Esta tentativa se repitió pocos años después con los mismos elementos, y Gilbert llegado a la isla de Terranova, tomó posesión de ella en nombre de la reina de Inglaterra. A poco, una tempestad, echó a pique dos de los barcos de la expedición, pereciendo su jefe en el naufragio.

Raleigh

En ambas expediciones, había acompañado a Gilbert su hermano materno Walter Raleigh, que fué luego favorito de la reina Isabel.

Raleigh, no desalentado por el fracaso de Gilbert, determinó, en 1584, el envío de dos buques al mando de los capitanes Amydas y Barlow, quienes, al norte de la Carolina, pisaron tierra y, vueltos a Inglaterra, encarecieron de tal modo la abundancia y fertilidad de la región, que se decidió el envío de una expedición colonizadora al mando de Rodolfo Lane.

Intento de colonización en Virginia

Los habitantes de la nueva colonia que, en honor de la reina, fué denominada Virginia, encontraron en los naturales excelente disposición para con ellos, pero la torpe política de Lane se enajenó esas simpatías y, hostilizados por los indios, los colonos empezaron a sufrir privaciones, hasta que en uno de sus viajes el pirata Drake, recogió a los sobrevivientes y los transportó a Inglaterra.

Raleigh hizo, todavía, nuevos esfuerzos para poblar en la isla de Roanoke y en la bahía de Chesapeake, empleando en ello más de 40.000 esterlinas, pero todos sus esfuerzos resultaron vanos.

Las compañías colonizadoras

Las expediciones continuaron: entre 1602 y 1605, visitaron las nuevas tierras con propósitos de colonización, abandonados luego, los capitanes Gonsnold, Pring y Waymouth.

Sus viajes, muy productivos por cuanto comerciaron con la raíz de sasafrás, producto muy apreciado por la medicina de la época, e importaron a Inglaterra la papa y el tabaco, originaron un marcado movimiento de interés entre los comerciantes ingleses, quienes, en 1606, se asociaron en dos grandes compañías, con asiento en Londres y Plymouth, cuyo objeto era explotar las riquezas de las nuevas regiones, por la colonización y el comercio.

División de la costa

Estas dos grandes compañías obtuvieron del rey, a la sazón Jacobo I, la concesión y privilegios necesarios, para explotar los nuevos territorios, cuyos límites fijados entre los paralelos 34° y 45° se dividían en tres partes, a saber: la del norte, entre Nueva Escocia y Long Island (Nueva York) otorgada a la compañía de Plymouth, la del sur, entre el Potomac y el cabo Fear, concedida a la de Londres, y una zona intermedia, común a las dos, donde, con ciertas restricciones, ambas podían fundar establecimientos. Como límites este y oeste se fijaban los dos océanos.

El primero de los territorios se llamaría más tarde Nueva Inglaterra y el segundo conservaría su designación de Virginia.

Del gobierno de las nuevas colonias, se encargaría un Consejo nombrado por el rey, con residencia en Inglaterra. En las colonias residiría, a su vez, otro Consejo, nombrado también por el rey, con atribuciones locales y subordinadas. El poder ejecutivo, representado por la persona del gobernador, era también elegido por la corona. Estas empresas eran de carácter comercial, correspondiendo el quinto de los beneficios al rey.

Virginia

El mismo año de la formación de las compañías, partió de Inglaterra la primera expedición a Virginia, que fletaba la compañía de Londres.

El primer puesto que fundaron los colonos lo fué en la bahía de Chesapeake y recibió, en honor del monarca reinante, el nombre de Jamestown.

Smith

El sitio malsano mató en poco tiempo a la mitad de los pobladores, y la colonia hubiera terminado su vida a

no ser por el capitán Juan Smith, a quien se confió el mando.

Smith gobernó con prudencia y energía a su pueblo; escarmentó a los indios e hizo al interior, provechosas incursiones de exploración y abastecimiento.

En 1607, cuando la colonia había recibido de Inglaterra un nuevo y poderoso contingente de pobladores, entre ellos las dos primeras mujeres, Smith, en busca de cuidados médicos, vióse obligado a dejarla y a trasladarse a Inglaterra.

Lord Delaware

En ese mismo año, llegaba a Jamestown el nuevo gobernador, lord Delaware, portador del decreto sobre reformas en el régimen de gobierno de las colonias.

Por la más importante de sus modificaciones, el rey reconocía a la asamblea colonial la facultad de dictar sus reglamentos y leyes de impuestos, primer paso hacia el sistema de gobierno propio.

Dale

Lord Delaware se mostró gobernante activo y progresista, pero lo fué aún más su sucesor, Tomás Dale, a quien se debe el verdadero gran impulso inicial, que hizo de Virginia un riquísimo emporio agrícola y comercial.

Aconsejó el abandono de la busca del oro y propició el cultivo del algodón y el tabaco, consiguiendo que este último fuera bien pronto para la colonia, fuente de incalculables recursos.

Finalmente, comprendiendo la necesidad de población femenina que tenía la colonia, para dar arraigo y estabilidad al hogar, solicitó y obtuvo de la compañía el envío de un contingente de muchachas que formaron, muy luego, con los pobladores, los primeros hogares de europeos habidos en la América del Norte.

Progreso

Desde entonces la prosperidad de la colonia no conoció límites: en 1670 su población era de 40.000 almas, su exportación de tabaco sumaba 12 millones de libras anuales, tenía cinco fortalezas y podía armar un ejército de 8.000 jinetes.

Por el mismo tiempo, comerciantes holandeses intro-

ducen en Virginia los primeros esclavos negros, para dedicarlos a la producción de los cultivos tropicales.

Las instituciones

En el terreno de las instituciones también se había logrado importantes conquistas: en 1619 el gobernador Jardley convocó la primera asamblea a la que enviaron sus representantes once poblaciones. Esta innovación fué ratificada por la compañía de Londres, que la reconoció en carácter definitivo, agregándole, al mismo tiempo, otra asamblea de miembros elegidos por la compañía, con lo que, de hecho, venían a quedar constituídas dos cámaras: una baja, de elección popular, y una alta, designada por los directores de Londres.

Disolución de la compañía

En el año 1622 (22 de marzo), los virginianos sufrieron una ruda prueba: una sublevación de indios, sigilosamente preparada, atacó sus establecimientos y dió muerte a una cuarta parte de su población, pero la represión, que no se hizo esperar, escarmentó a los sublevados de manera sangrienta.

Estos hechos y las turbulencias del consejo de Londres determinaron a Jacobo I a disolver la compañía y a arrogarse el gobierno de Virginia, determinación que protestó la compañía, yendo el pleito a ventilarse a los tribunales, que, en 1624, fallaron a favor del monarca. En consecuencia, la compañía fué disuelta, y el gobierno de la colonia pasó a depender directamente del rey. Este nombró nuevo Consejo.

Su sucesor, Carlos I, respetó las conquistas institucionales logradas por los colonos, y a su muerte, buena parte de la aristocracia inglesa, arruinada por esa circunstancia, buscó asilo en las libres tierras de Virginia.

La Nueva Inglaterra

La compañía de Plymouth fué, en sus comienzos, mucho menos activa y afortunada que la de Londres.

Una primera tentativa de colonización hecha por Jorge Popham al año siguiente (1607) de constituída la sociedad, fracasó por la muerte de su jefe.

Juan Smith, el ex gobernador virginiano, hizo, en 1614, un viaje a la región, que bautizó con el nombre pronto generalizado de Nueva Inglaterra, puso otros

nombres geográficos a accidentes de la costa, pero no asentó en ella establecimiento alguno.

Los puritanos

La lucha religiosa sostenida en Inglaterra entre la iglesia oficial anglicana y los reformadores conocidos por puritanos, había originado, en 1608, la emigración a Holanda de buena parte de éstos. Pero la idea de que su establecimiento definitivo en país extranjero, haría perder a sus descendientes la nacionalidad y el conocimiento de la lengua inglesa, les hizo pensar en la necesidad de trasladarse a un sitio, en que, escapando a las persecuciones religiosas, pudieran establecer una sociedad que conservara su carácter y fisonomía propias. En este sentido, la elección de las tierras de América, satisfacía esas aspiraciones.

Así, pues, en julio de 1620, un núcleo de puritanos establecidos en Holanda, abandonaba sus costas en procura de las de Inglaterra, desde donde, uniéndose a otro grupo de peregrinos que les esperaban a bordo de otro barco, el Mayflower, debían emprender viaje a tierras americanas.

El barco fletado desde Holanda, empezó a hacer agua y, después de dos fracasadas tentativas, el Mayflower terminó por partir solo de Plymouth, el 16 de septiembre de 1620, con cien pasajeros a bordo.

Nueva Plymouth

Su destino eran las tierras de la compañía de Londres, pero, al cabo de dos meses de navegación accidentada avistó tierra mucho más al norte de lo estipulado y, después de un mes de exploración de la costa, los expedicionarios decidieron desembarcar en las costas del actual Estado de Massachusetts y fundar en ellas su primer establecimiento, requiriendo, luego, de la compañía de Plymouth, el permiso necesario.

La fundación se llamó Nueva Plymouth.

Los comienzos fueron duros. En el primer invierno falleció la mitad de los pobladores, pero el resto no cejó en su empeño; se asentaron definitivamente, firmaron con los indios vecinos, tratados de paz, llamaron de Inglaterra nuevos pobladores, se dieron leyes propias, eligieron

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Colonias de la América del Norte.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

sus gobernadores y la población fué creciendo, poco a poco, de modo que, en 1670, contaba con 8.000 almas, distribuídas en 20 aldeas.

Este desarrollo fué, como decimos, lento, y tuvo en su ayuda la encarnizada persecución de que los puritanos fueran víctimas en Inglaterra bajo el reinado de Carlos I.

Compañía de Massachusetts

En 1629, un núcleo de puritanos, constituídos en sociedad, compró a la compañía de Plymouth la concesión de explotar una gran parte de sus tierras y la nueva compañía así formada recibió el nombre de Compañía de Massachusetts.

Desde entonces, la inmigración tomó vuelo, nuevos establecimientos fueron fundados, entre ellos el más importante de Boston, que pasó a ser capital de la flamante colonia de Massachusetts. De ella se desprendieron con el sistema eclesiástico de gobierno que se daban los puritanos, y fundaron otras colonias llamadas a ser, a su vez, estados, en el futuro: New Hampshire, Rhode Island y Connecticut.

La zona media

En la llamada zona media se ensayó aún, otro medio de colonización. Jacobo I otorgó a un caballero de nombre Calvert, a quien hizo par del reino con el nombre de lord Baltimore, una concesión de tierras en la susodicha zona, con obligación de pagar a la corona un pequeño tributo, y con la facultad de legar el gobierno a quien quisiera designar lord Baltimore. De este modo, se creaba la colonia de gobierno hereditario.

Maryland

El establecimiento así fundado en 1632, a inmediaciones del Potomac, se llamó Maryland, sirviendo al principio de asilo a los católicos, perseguidos en Inglaterra. Pero más tarde fué poblada por colonos de diferentes religiones, desde que rigió la más absoluta libertad de cultos.

En 1692, pasó a depender de la corona.

Establecimiento de los holandeses

Con anterioridad a la colonización de Nueva Inglaterra y Maryland, y dentro de la zona media de que tratamos, aventureros holandeses habían fundado un puesto comercial a orillas del río Hudson.

El río había sido descubierto por un marino inglés de ese nombre, al servicio de Holanda, quien buscando un paso de comunicación con el Pacífico, lo remontó, en 1609, hasta el actual emplazamiento de Albany, advirtiendo la enorme riqueza de pieles de la región y lo fácil de su comercio con los indios. Cinco años después, los comerciantes holandeses de pieles habían fundado en la isla de Manhattan la ciudad de Nueva Amsterdam, designando con el nombre de Nueva Holanda al territorio comprendido entre el Hudson y el Delaware.

Nueva York y Nueva Jersey

La colonia prosperó rápidamente, extendiendo nuevas fundaciones en todas direcciones, hasta que, en 1664, el rey Carlos II reclamó para Inglaterra los derechos de posesión sobre esas tierras. Su gobierno fué otorgado al duque de York, hermano del rey, quien, en el mismo año de su designación, desembarcó militarmente en Nueva Amsterdam, se apoderó de ella, cambiando su designación por la de Nueva York y la del territorio por la de Nueva Jersey.

Pennsylvania

El rey Carlos I, deseando recompensar los servicios del almirante Penn, e indemnizarle de las deudas con él contraídas, concedió a su hijo y heredero, el territorio situado al occidente del río Delaware, fundándose allí una colonia, que en homenaje al almirante se le llamó Pennsylvania. La ciudad capital de la colonia fué fundada en 1682 por Guillermo Penn, — que pertenecía a la secta de los cuáqueros — a la cual denominó Filadelfia, que significa en griego, amor fraternal. Penn compró algunos terrenos a los indios y desplegó con respecto a ellos una política de generosidad y tolerancia.

Delaware

La colonia de Delaware, ocupada al comienzo por los suecos, perteneció luego a los holandeses, hasta que fué anexada a la de Nueva York, cuando éstos fueron desalojados de esa región. Por fin Delaware fué cedida en 1682,

a Guillermo Penn, conservándose como propiedad de la familia de ese nombre, hasta la emancipación norteamericana.

Las Carolinas

Las Carolinas, originariamente, constituyeron una sola colonia, siendo colonizada por varios nobles ingleses, a quienes Carlos II otorgó en 1663 el derecho de ocuparla en las mismas condiciones que a Maryland. En 1729, la colonia se dividió en dos: Carolina del Norte y Carolina del Sur.

Georgia

La última colonia que los ingleses fundaron en los actuales Estados Unidos de Norteamérica, fué la de Georgia, con la intervención del parlamento. Un filántropo inglés llamado Jaime Oglethorpe, considerando lo crítico de la situación, en época de Jorge II, propuso enviar allí, salvándoles de la miseria, a un numeroso grupo de ingleses. Su propósito tuvo su primera realización cuando Oglethorpe, en 1732, fundó la ciudad de Savanah.

Conclusión

Las trece colonias inglesas, cuya formación hemos esbozado, fueron la base de los actuales Estados Unidos de Norteamérica, ocupando una faja de territorio extendida a lo largo de la costa, teniendo por límites, al norte el Canadá, al sur la Florida, al oeste los montes Alleghanys, y al este el océano Atlántico.

Gobierno de las colonias inglesas. — La organización colonial inglesa en América, no fué uniforme, adoptándose para el gobierno de las colonias, tres formas diferentes: 1° gobiernos provinciales, 2° gobierno de las cartas, y 3° gobierno de los propietarios.

Gobiernos provinciales

Las colonias sujetas a la primera forma de gobierno, dependían directamente de la corona. El rey designaba un gobernador, que ejercía el poder ejecutivo colonial, existiendo además, un poder legislativo, compuesto de dos cámaras, el Consejo Provincial, constituído por personas nombradas por el rey, y la Asamblea, cuyos miembros eran elegidos por los colonos.

El gobernador como representante directo del rey, ejercía el gobierno y era el jefe de la administración y de las

fuerzas armadas de la colonia. Por su parte, el Consejo y la Asamblea, discutían y dictaban las leyes locales, principalmente las leyes de impuestos, para ser luego promulgadas por el gobernador, al que asimismo, le asistía el derecho de veto.

La justicia estaba organizada bajo el régimen de jurados, organización que fué adoptada en todas las colonias inglesas.

Esta forma de gobierno, que era de las tres existentes, la menos liberal, fué implantada en las colonias de: New Hampshire, New Jersey, New York, Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia.

Gobierno de las cartas

A la segunda forma de organización del gobierno, o sea al gobierno de las cartas, pertenecían las colonias fundadas por los puritanos. Allí el gobierno se basaba en cartas constitucionales que el rey había otorgado a los colonos, y tanto el gobernador, como el Consejo y la Asamblea, se constituían mediante elección popular, con la única excepción que, en la colonia de Massachusetts, el gobernador era designado por el monarca.

Este gobierno estaba de acuerdo con el principio igualitario y de amplia libertad, proclamado por los puritanos, e hizo de estas colonias de la Nueva Inglaterra verdaderos centros autónomos.

De este género de gobierno, fueron desde sus comienzos, y lo conservaron hasta su emancipación, las colonias de Massachusetts, Rhode Island y Connecticut.

Gobierno de los propietarios

Las colonias sujetas al sistema llamado gobierno de los propietarios, eran las concedidas por la corona a particulares, comprometiéndose éstos a pagar a aquélla, el quinto de la explotación de las minas de oro y plata. El concesionario recibía la colonia en propiedad y tenía el derecho de ejercer el gobierno, o de nombrar el gobernador. La Asamblea y el Consejo, eran elegidos por los colonos.

En los últimos tiempos coloniales, sólo quedaban tres colonias bajo este régimen: Pennsylvania, Delaware y Maryland.

La sociedad colonial: su organización

En las colonias inglesas de la América del Norte, se distinguieron dos núcleos sociales diferentes entre sí, que si bien procedían del mismo país, lo habían abandonado por distintas razones, o no tenían las mismas creencias religiosas. Estos dos núcleos sociales, eran formados por los puritanos del norte y por los pobladores del sur.

Los pobladores del norte, pertenecían a una clase moralmente superior. Habían abandonado Inglaterra, víctimas de persecuciones religiosas, dejando una posición social respetable. Eran instruídos, laboriosos, de costumbres morales severas y se dieron una organización igualitaria. adaptada a sus principios religiosos. Entre los puritanos, no hubo clases sociales basadas en nobleza de sangre, y la esclavitud no fué conocida.

En cambio, las colonias del sur a las que llegaron en los primeros tiempos buscadores de oro, fueron luego pobladas por agricultores, que se dieron al cultivo del tabaco, del arroz, etc. empleándose a poco en esas labores a los negros esclavos.

Los primeros años de Virginia fueron democráticos, pero la llegada de aristócratas ingleses, que adquirieron grandes extensiones de tierras laborables, dió lugar a la formación de latifundios, donde la esclavitud adquirió desarrollo y arraigo. Por eso la sociedad de estas colonias tuvo luego un carácter aristocrático, al establecerse diferencias de clases.

Los esclavos negros, fueron por lo general, mal tratados y menospreciados por los blancos, creándose así un serio problema social, originado por odios de raza.

En cuanto a los indios, los colonos ingleses y sus hijos de pura sangre europea, no quisieron mezclar su sangre con la de ellos, manteniéndolos apartados de sus centros coloniales. Es por eso que los indios no se contaron entre los pobladores de las colonias. Los blancos los fueron empujando paulatinamente hacia el interior inexplorado, desalojándolos de las tierras que ocupaban, organizando a veces la llamada caza de indios y sosteniendo con ellos sangrientas luchas.

Esta política de aislamiento y de exterminio seguida

con los indios, hizo posible la constitución de una población netamente europea.

Régimen económico. — En su organización económica las colonias inglesas sufrieron el régimen de restricción, propio del sistema mercantil imperante en esa época.

Industrias

La industria adquirió desarrollo principalmente en Nueva Inglaterra, donde la fabricación de paños y las construcciones navieras, hicieron grandes progresos. Pero en general la industria no pudo desarrollarse de acuerdo a sus posibilidades, por las reglamentaciones prohibitivas existentes, que impidieron todo cuanto pudiese hacer competencia a la actividad metropolitana.

Agricultura

Sin embargo, el suelo feracísimo y la variedad de climas, hicieron de las colonias inglesas fuentes inmejorables de producción. Al cultivo de los cereales en las regiones templadas, se agregó en las del sur el cultivo del tabaco, arroz y algodón, que dieron grandes beneficios a los colonos.

Comercio

El comercio, que en los comienzos de la colonización tuvo algún desarrollo, principalmente el realizado con la metrópoli y con los establecimientos coloniales vecinos, de los franceses y españoles, fué trabado después con disposiciones restrictivas que limitaron su actividad.

Efectivamente, entre otras providencias, citaremos la de 1645, estableciendo que el comercio colonial debía efectuarse con buques ingleses o con los construídos en las colonias.

Numerosos productos coloniales como el tabaco, azúcar, añil, cobre, etc. no podían ser enviados a puertos extranjeros, aunque el transporte lo hicieran buques ingleses, y sí únicamente a Inglaterra y en buques de esta nacionalidad. A esto se agregaron las disposiciones comprendidas en la célebre Acta de Navegación de 1651, obligando a las colonias a comerciar exclusivamente con la metrópoli, y con buques de bandera inglesa.

La violación de estas leyes restrictivas fué frecuente, no obstante constituir ello el delito de contrabando cuyo cas-

tigo establecía la ley. Pero en realidad, hasta mediados del siglo XVIII, las autoridades no aplicaron este castigo, y el comercio de contrabando favoreció grandemente el desarrollo económico colonial.

Este estado de cosas cambió durante el reinado de Jorge III, pues a contar de 1761, se persiguió el contrabando, ordenándose el registro de las casas de los comerciantes a fin de establecer si tenían almacenadas mercaderías cuyo comercio era prohibido por la ley. Esta medida ocasionó, principalmente en Massachusetts, grandes protestas, alegándose que esas reglamentaciones atentaban contra las cartas fundamentales de la colonia.

Estas disposiciones tendientes a abolir el comercio contrabandista tuvieron su complemento con la orden dada en 1763 a las fuerzas navales inglesas de estación en las costas coloniales, a quienes se encomendó la persecución del comercio de contrabando.

En los albores de la emancipación norteamericana, se colmaron las medidas restrictivas en materia comercial, y la imposición de gravámenes, no votados por las asambleas coloniales, originó una situación de tirantez entre las colonias y la metrópoli, que se tradujo, bien pronto en abierta rebelión.

Adelantos culturales. — Las libertades concedidas a sus colonias por los ingleses, contribuyeron a la formación de hombres responsables, capaces de dirigir sus propios asuntos, y si a esto se agrega las disposiciones tomadas desde el comienzo de la colonización en Nueva Inglaterra referentes a la educación e instrucción, nos explica el adelanto cultural allí alcanzado.

Instrucción pública

Efectivamente, los puritanos, anticipándose en esto a los estados europeos, establecieron en sus colonias, la enseñanza primaria obligatoria. Se abrieron escuelas de primeras letras que funcionaron en las parroquias de cada población, siendo dirigidas por comités o comisiones especiales, que establecían las contribuciones requeridas para su sostenimiento. Más tarde se ordenó que cada población de más de 100 casas tuviera además de la escuela primaria,

una de gramática, para preparar el ingreso de los jóvenes a los estudios superiores.

La colonia de Massachusetts, se distinguió por el impulso dado a la instrucción secundaria y superior, con la fundación en 1636 del célebre colegio y universidad de Harvard en Cambridge, contándose en 1776, con ocho de estos establecimientos superiores de enseñanza.

En estas casas de estudio se enseñaba las letras, filosofía y lenguas clásicas; física, química, ciencias naturales, matemáticas, medicina, jurisprudencia y bellas artes.

Los adelantos culturales en las demás colonias hicieron rápido progreso, a excepción de Virginia, donde éstos fueron más lentos.

La imprenta, el periodismo

Desde los primeros tiempos de la colonización de Nueva Inglaterra, existió libertad de pensamiento siempre que se respetaran las leyes y las creencias religiosas.

La primera imprenta fué importada en 1638, y un año después apareció el primer libro impreso en las colonias.

En 1704 se publicó en Boston el primer periódico, contando esta ciudad, poco después, con cinco diarios. Cada ciudad importante tuvo luego, uno o dos periódicos destinados a la difusión de ideas políticas, religiosas, económicas y de interés general.

XXV

Colonización portuguesa. El Brasil bajo la dominación española y lusitana. Los bandeirantes. Gobierno y régimen económico

Antecedentes

Colonización portuguesa. — La expedición de Pedro Alvarez de Cabral, que en 1500 arribó a las costas del Brasil, determinó a Portugal a invocar el derecho de posesión de las mismas. Pero era tanta la preocupación de los portugueses por las ricas tierras de Oriente, — a las que Vasco de Gama había llegado por vía marítima en 1498 —, que poco interés mostraron por emprender, inmediatamente, una obra seria de colonización en tierras

del Brasil. Esto no significaba que Portugal no tuviese interés por la posesión de las mismas, pues lo prueba con las expediciones de Coelho y Vespucio, y la de Haro, que en 1513, recorriendo esas costas llegó, según parece, hasta la desembocadura del río de la Plata. Pero la atención de Portugal estaba tan absorbida por las ricas tierras de Oriente y por la explotación de la ruta marítima que a ellas conducía, que recién cuando se tuvo noticias de la supuesta abundancia de ricos metales, decidió enviar una expedición a la región del Río de la Plata, ya explorada por los españoles, a fin de iniciar su conquista y ocupación. El resultado de esta empresa fué el de fundar la primera colonia estable en las costas del Brasil, donde solamente existían pequeños asientos portugueses, como el de Pernambuco.

Expedición de Martín Alfonso de Sousa

La expedición, compuesta de cinco naves y 400 hombres, salió de Lisboa el 3 de diciembre de 1530, bajo el mando de Martín Alfonso de Sousa, y previa una escala en las islas de Cabo Verde, alcanzó el continente sudamericano cerca de Pernambuco. Allí desprendió de la expedición, en dirección norte, al capitán Diego Leite, con encargo de explorar la costa hasta el Amazonas, y él continuó viaje hacia el sur.

Hizo estación en la bahía hoy llamada de Río de Janeiro, donde mandó construir dos bergantines, para continuar luego su viaje, llegando hasta la isla del Abrigo, donde una tempestad hizo naufragar la nave capitana. Este percance le decidió a interrumpir el viaje al río de la Plata, al cual envió a su hermano Pedro Lopes de Sousa que recorrió sus costas durante un mes, sin hallar las soñadas riquezas minerales, y sin intentar hacer ninguna fundación.

San Vicente

Por su parte Martín Alfonso de Sousa, mientras se realizaba la exploración mencionada, remontaba de nuevo la costa, fundando en enero de 1532, la colonia de San Vicente, situada al sur de la actual ciudad de Santos, dedicándose a administrarla, en tanto que enviaba a Portugal a su hermano — ya de vuelta del río de la Plata —, a fin

de dar cuenta a su soberano del resultado de su empresa.

Pronto fué San Vicente el núcleo comercial más importante de la costa atlántica sudamericana, comerciando con Europa, sobre todo en maderas, introduciendo ganados, e implantando con éxito el cultivo de la caña de azúcar. Sus progresos fueron en aumento, y con el tiempo fué San Vicente, el puerto desde donde los colonos españoles de la Asunción se surtían de mercadería europea, no obstante la distancia terrestre que había que salvar entre las dos poblaciones. Navíos portugueses, franceses y holandeses, entraban frecuentemente en el puerto de San Vicente, cargados de mercaderías, y sólo después de la fundación de Santos, en 1545, decayó su importancia política y comercial.

Las capitanías

Al poco tiempo de partir Pedro Lopes de Sousa, llegó a San Vicente un emisario real, que comunicó a Martín Alfonso de Sousa, que el rey había resuelto dividir el Brasil en quince capitanías, con más de cincuenta leguas de costa, concediéndole a él el gobierno de la de San Vicente. Sousa dejó un reemplazante y se dirigió a Portugal (1533), a fin de dar su parecer al monarca sobre la determinación real. No volvió más a San Vicente, pues en 1534 partió para la India Oriental.

La creación de las capitanías, llevada a cabo por Juan III en septiembre de 1532, tenía por finalidad asentar en forma definitiva la colonización lusitana en el Brasil, evitando así su posible ocupación por parte de otras potencias europeas. Los límites de cada una de ellas se fijaban mediante el trazado de líneas imaginarias a partir de un punto de la costa, en dirección occidental, hasta la incierta frontera con las colonias españolas.

Las capitanías eran de carácter hereditario a favor de algunos nobles portugueses, gozando sus concesionarios de grandes privilegios y de amplia jurisdicción civil y criminal. Por su parte, los colonos celebraban un contrato antes de ser puestos en posesión de las tierras, comprometiéndose a servir al rey y al señor de la capitanía, pudiendo comerciar libremente con la metrópoli, sin tener que pagar ninguna clase de impuestos.

Bien pronto se fueron formando algunos núcleos colonizadores que dieron origen a las capitanías, pero en general, su implantación fué tenazmente resistida por los indios, que con sus repetidos ataques consiguieron destruir algunas de ellas y evitar la fundación de otras. La única que logró establecerse por entonces, fué la de Pernambuco (1534), donde se fundó la villa de Olinda.

Bahía: centralización del gobierno

El poco éxito obtenido en los primeros tiempos, debido a los repetidos ataques de los indios, al aislamiento de las capitanías y a las intenciones de los franceses de establecerse en el Brasil, decidieron a don Juan III a operar un cambio de gobierno, creando un gobierno central con jurisdicción sobre los gobernadores de todas las capitanías. La ciudad de Bahía, de reciente creación, fué designada capital y sede del gobierno central del Brasil (1549), nombrándose gobernador general a Tomás de Sousa, que ya se había distinguido en las colonias de Oriente, como funcionario recto y capaz.

Sousa al frente de una expedición colonizadora compuesta de seis naves y unas mil personas, entre tripulantes, colonos con sus familias y seis padres jesuítas, llegó a Bahía en marzo de 1549, donde fundó una nueva villa en sitio más conveniente, que llamó San Salvador.

A partir desde entonces la colonización portuguesa, desarrollada con método y energía, cobró vuelo, y no obstante las luchas que en ocasiones hubo que sostener con los indios, los colonos eficazmente agrupados por los misioneros jesuítas, y aumentado su número con nuevos contingentes llegados de la metrópoli, lograron imponerse y alcanzar progresos apreciables.

Obra de los jesuítas

Entre los primeros misioneros jesuítas del Brasil se destacan los padres Rodríguez, Nóbrega y Anchieta, que fueron fervorosos evangelizadores, especialmente el padre Anchieta, considerado como apóstol eximio del Brasil, por su obra múltiple y su abnegación incomparable.

En 1551, se creó el obispado con residencia en Bahía, y al año siguiente el gobernador Sousa fué reemplazado por Duarte da Costa.

Durante su gobierno, los padres jesuítas fundaron, en 1554, el Colegio de San Pablo, base de lo que fué la importante ciudad de este nombre, teniendo lugar, asimismo, varias tentativas de los franceses para apoderarse del Brasil, alucinados por tentadoras noticias acerca de sus riquezas naturales.

Tentativas de los franceses

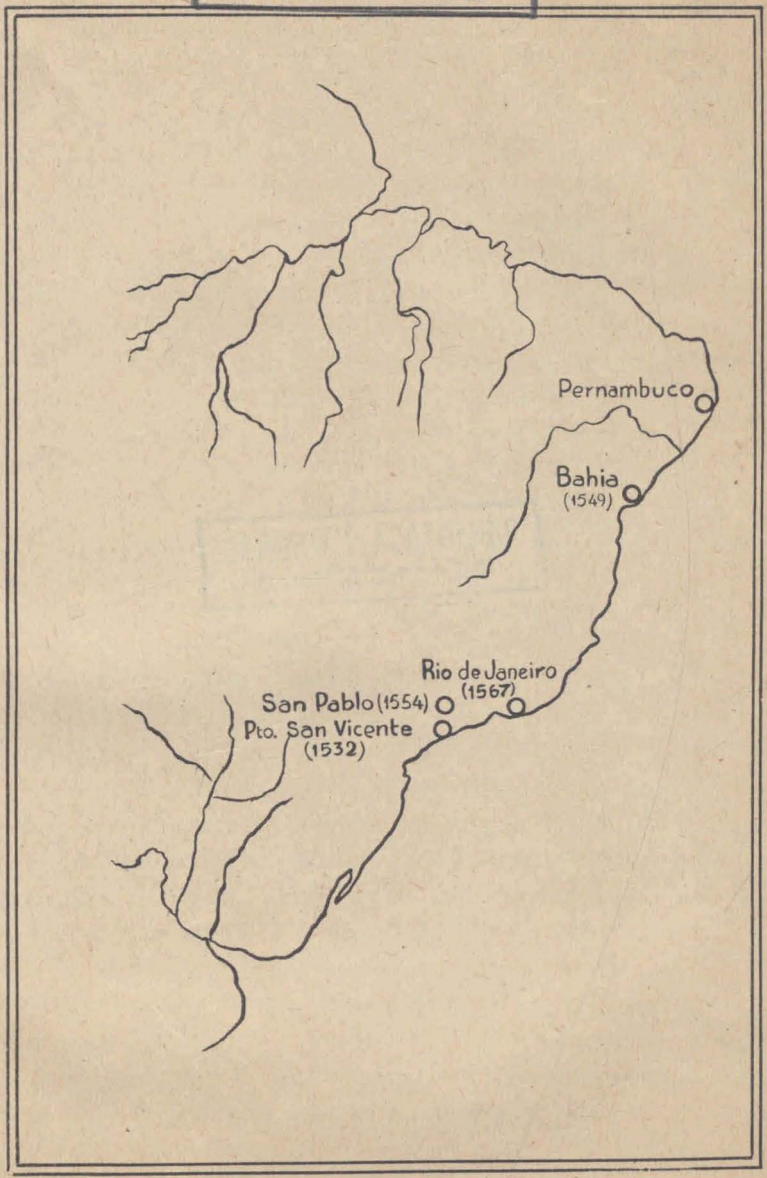
El almirante francés, Nicolás Durand de Villegaignon, condujo hacia el Brasil con la ayuda real y la del jefe hugonote Gaspar de Coligny, una expedición, con el fin de organizar allí un principado independiente. La expedición de Villegaignon desembarcó en 1555 en una de las islas de la bahía de Río de Janeiro, que hoy lleva su nombre, y un año después, Enrique II de Francia decidió robustecer la ocupación con el envío de un nuevo contingente expedicionario compuesto por hugonotes franceses y por un buen número de pastores enviados por Calvino, desde Ginebra, para predicar allí su doctrina. Continuas rencillas de carácter religioso, conmovieron y debilitaron la naciente colonia, hasta que Villegaignon expulsó violentamente de la isla a los calvinistas, habiendo regresado a Francia los sobrevivientes, después de sufrir toda clase de penurias en la costa cercana, donde permanecieron más de dos meses.

Los franceses continuaron en la isla de Villegaignon hasta que, el nuevo gobernador general Men de Sá, auxiliado por una fuerte expedición llegada de Portugal, destruyó la fortaleza allí levantada, obligando a los ocupantes a refugiarse entre sus aliados indios de la costa.

Con posterioridad, los indios, aconsejados por los franceses atacaron San Pablo, siendo detenidos en su intento de destruirla por los padres Nóbrega y Anchieta, que concluyeron con sus caciques un tratado de paz (1563).

Con refuerzos llegados de Portugal, y después de un vigoroso asalto (enero de 1567), se pudo por fin desalojar a los franceses de la fortaleza, que con sus aliados indígenas ocupaban en la costa de la bahía de Río de Janeiro. Los que escaparon de la matanza lograron huir en una

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Colonización del Brasil.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

nave, costeando la costa hasta Pernambuco, desde donde regresaron a Francia.

Progresos y nuevas divisiones del Brasil

Expulsados los franceses, el gobernador Men de Sá echó los cimientos de una nueva ciudad, en el actual Morro do Castello, que llamó Río de Janeiro (1567), continuando su buena obra administrativa, e impidiendo los malos tratos que los colonos daban a los indios. Men de Sá ayudó y alentó la ponderable acción de los jesuítas en el Brasil, en bien de la evangelización y reducción espiritual de las tribus indígenas.

Por cédula real de 1573, se dividió el Brasil en dos grandes capitanías, la del norte y la del sur, cuyas capitales serían Bahía y Río de Janeiro, respectivamente. Pero en 1577, esta división quedó suprimida, restableciéndose de nuevo la unidad de gobierno para las capitanías del Brasil, quedando como capital la ciudad de Bahía.

Desde entonces, una vigorosa inmigración europea, fué poco a poco poblando las costas del Brasil, donde se levantaron varias ciudades, para iniciarse luego la penetración hacia el interior del país.

El Brasil bajo la dominación española. — Las colonias portuguesas del Brasil estuvieron bajo la dominación española durante sesenta años, desde 1580 hasta 1640.

En efecto, habiendo muerto sin dejar descendencia, en 1578, el rey don Sebastián, ocupó el gobierno de Portugal el cardenal don Enrique, que en 1580, reconoció el derecho del rey de España, Felipe II, al trono portugués. Felipe II ganóse la buena voluntad de algunos príncipes portugueses, y para dominar a los reacios, envió un ejército al mando del duque de Alba que venció al pretendiente don Antonio, después de lo cual pudo unificar su corona con la de Portugal. Desde entonces las colonias portuguesas, y entre ellas las del Brasil, pasaron a depender de España.

Ataques al Brasil por los enemigos de Felipe II

Durante la dominación española del Brasil que el rey ejerció auxiliado por el llamado Consejo de Portugal, los establecimientos coloniales de este país, se vieron atacados

por los enemigos europeos de Felipe II: ingleses, franceses y holandeses.

Los corsarios ingleses saquearon la ciudad de Bahía, en 1588, incendiando poco después la ciudad de San Vicente y ocupando temporariamente la de Olinda.

Los franceses, ocuparon un punto de la costa de Marañón, siendo desalojados por los portugueses, después de recia lucha.

Pero, Holanda, que con el nombre de República de las Provincias Unidas, luchaba desde 1579 contra España, después de doce años de tregua, reanudó la guerra contra este país, en época del rey Felipe IV, autorizando a una compañía, llamada de las Indias Occidentales, a ejercer el monopolio comercial en las costas de América del Sur y tratar de apoderarse de las colonias del Brasil.

Esta actitud de Holanda, desencadenó una guerra colonial que duró 30 años, ocupando y colonizando los holandeses parte del Brasil, hasta ser completamente desalojados por los portugueses.

De estas cuestiones nos ocuparemos al referirnos, oportunamente, a la colonización holandesa en América.

Progresos

Durante la época de la dominación española en el Brasil, se operó en las colonias allí establecidas un marcado adelanto. En la región sur la colonización se había extendido hasta los límites de las colonias españolas, reconociéndose los afluentes del río de la Plata y región montañosa del centro; fueron sometidas numerosas tribus indígenas, y la colonización adquirió gran desarrollo.

Los bandeirantes. — La conquista y la colonización portuguesa en el Brasil, que encontró en las tribus indígenas, una seria y tenaz resistencia, fué realizada: 1°) por las fuerzas del gobierno; 2°) por los misioneros jesuítas, y 3°) por el genio aventurero e indomable de los paulistas.

La primera, realizada a fines del siglo XVI y parte del XVII, tuvo por objetivo la parte norte del Brasil, fundándose poblaciones y fortines a medida que se rechazaba

a los indios. Así se fundaron Serpige, Parahiba Norte, Río Grande del Norte, Ceará, Marañón y Pará.

La segunda, fué hecha con la ayuda valiosísima de las misiones jesuíticas, a partir de fines del siglo XVII, teniendo por escenario las regiones del sur, poblándose los territorios que luego formaron los estados de Santa Catalina y Río Grande del Sur.

Por último, el establecimiento del Colegio de San Pablo, en el sur del Brasil, reunió en la zona una gran población indígena. Con el tiempo, la radicación en la misma de numerosa población europea y el mestizaje de la raza, dió lugar a la formación del tipo paulista, vigoroso, emprendedor e incansable. **Los paulistas**

Ellos fueron los "bandeirantes", que emprendieron la conquista de los desiertos y de las dilatadas regiones del interior del Brasil, siguiendo el impulso aventurero y la sed de riquezas, que no les permitía llevar una vida fácil y tranquila.

Al principio, los paulistas se dedicaron a la caza de esclavos indios, principalmente en la zona del Guayrá, asaltando luego los establecimientos jesuíticos, que tuvieron que organizar milicias para defenderse. Después, emprendieron la busca de minas de oro y de yacimientos de piedras preciosas. Con tal fin tuvieron que trasponer ríos caudalosos, altas montañas, e imponentes selvas vírgenes, llevando sus famosas "bandeiras", hasta Minas Geraes, Mattogrosso, Goyaz, Pará, etc., donde una vez sometidos los indios, echaron los cimientos de las primeras fundaciones.

El hallazgo de oro en Espíritu Santo y luego en Minas Geraes, produjo entre los colonos la fiebre del oro, que atrajo principalmente hacia Minas Geraes, gran número de aventureros portugueses que se organizaron constituyendo asociaciones, y concluyeron por chocar con los paulistas, dando lugar al estallido de una sangrienta guerra civil. Esta sólo terminó con la intervención armada del gobernador de Río de Janeiro, y desde entonces, Minas

Geraes fué considerada capitanía independiente, separándosela de San Pablo (1709).

El Brasil vuelve a la dominación lusitana. — Cuando en 1640, Portugal apelando a la revolución recobró su independencia, reconociendo como rey al duque de Braganza, con el nombre de Juan IV, el Brasil volvió a la dominación portuguesa.

Las colonias del Brasil habían alcanzado bastante progreso, ocupando aún los holandeses la parte norte del país. Pero una insurrección general de colonos, logró tales triunfos contra los holandeses, que éstos se vieron obligados a entregar la plaza de Pernambuco, reconociendo en la región la soberanía portuguesa (1654).

Nuevas tentativas de los franceses

El hallazgo de oro principalmente en Espíritu Santo y en Minas Geraes, dieron a Río de Janeiro, y a su espléndido puerto, capital importancia, convirtiéndose esa ciudad en un centro populoso y rico. Era la época de la guerra de sucesión de España en la que tomaron parte en bandos contrarios, Portugal y Francia, lo que fué aprovechado por esta última para enviar dos expediciones destinadas a Río de Janeiro a fin de apoderarse de las riquezas que suponían acumuladas en ese puerto.

La primera intentona tuvo lugar en 1710, pero fracasó, pues los expedicionarios fueron sangrientamente rechazados por los portugueses. Pero al año siguiente, repitieron la operación, esta vez con una poderosa expedición comandada por el almirante René du Guay Trouin, que logró apoderarse de Río de Janeiro, y sólo se retiró después de exigir y obtener una fuerte indemnización.

Era progresista. Hallazgo de minas de diamantes

Terminadas las luchas contra los atacantes extranjeros, aunque continuaron los conflictos limítrofes con las colonias españolas, — que estudiaremos oportunamente — y acallados los disturbios y rencillas interiores, las colonias portuguesas entraron en una era de franco progreso.

Nuevos hallazgos de oro, y el descubrimiento de minas de diamante, dieron la pauta de la inmensa riqueza de la zona. Los mineros de Tijuco en Minas Geraes, no comprendieron hasta 1728, en que les fué reve-

lado, el valor de los diamantes, y desde entonces, hasta 1770, de los campos de Diamantina (Minas Geraes), se extrajeron más de cinco millones de quilates de diamantes. La zona de las minas de diamante, fué declarada propiedad de la corona, constituyéndose una colonia aislada, subordinada directamente a la metrópoli, bajo el gobierno de un intendente real. Más tarde, la explotación de los diamantes fué entregada a contratistas, proporcionando a la corona cuantiosas ganancias.

Epoca del marqués de Pombal

Pero los progresos del Brasil se hicieron sentir en forma considerable, durante el reinado de José I, que entregó la dirección del gobierno durante veintisiete años (1750-1777) al marqués de Pombal. Durante esta época al par que el gran ministro emprendía en Portugal grandes reformas políticas y administrativas, su acción gravitaba en las colonias del Brasil.

El marqués de Pombal dió impulso al comercio colonial, creando dos compañías comerciales a las que entregó el monopolio del mismo. Favoreció la agricultura, fomentando el cultivo del añil, del café, del cáñamo, etc., y fué entonces cuando aparecieron las primeras industrias.

La instrucción pública mejoró con la creación de escuelas en las diversas capitanías; los nacidos en el país ocuparon algunos importantes cargos públicos; se decretó la libertad de los indios y se tomaron disposiciones favorables para los esclavos. Además, se fomentó la inmigración, y las obras públicas adquirieron desarrollo con la construcción de edificios y fortificaciones militares.

En 1759, Pombal decretó la expulsión de los jesuítas de Portugal y de todos sus dominios, medida que privó al Brasil de los que habían sido sus más inteligentes y eficaces elementos en la múltiple obra colonizadora y civilizadora.

Agregaremos que en 1763, la ciudad de Río de Janeiro, fué declarada capital de las colonias del Brasil.

Gobierno de las colonias portuguesas del Brasil. — El gobierno de las colonias portuguesas del Brasil comprendía: 1°) el virreinato de Río de Janeiro; 2°) las capita-

nías generales (Pará, Marañón, Pernambuco, Bahía, San Pablo, Minas Geraes, y Mattogrosso); 3º) los gobiernos subalternos (Piahuy, Río Grande del Norte, Parahiba, Serpige, Espíritu Santo, Santa Catalina y Río Grande del Sur).

Virrey y capitanes generales

El virrey tenía la facultad de dictar los reglamentos de orden general, a los que debían atenerse los capitanes generales, jefes estos últimos del gobierno y administración regional de cada capitanía. Tanto el virrey como los capitanes generales, dependían directamente del rey, presidían los tribunales de justicia, y se rodeaban de boato, estándoles prohibido contraer enlace dentro de sus respectivas jurisdicciones, aceptar regalos o negociar, y cuando terminaban su período gubernativo, eran sometidos a un juicio llamado de residencia.

Los municipios

El régimen municipal estaba constituído en cada ciudad o pueblo, por un concejo o corporación municipal que velaba por su desarrollo e intereses.

La justicia

La organización judicial comprendía dos tribunales superiores ("relaçao"), con asiento en Río de Janeiro y Bahía, contando cada uno de los distritos judiciales en que estaba dividido el país, con un juez u oidor ("ouvidor").

El ejército

Existían en las colonias numerosas fuerzas de línea y milicias organizadas militarmente, distribuídas en las mismas, y sujetas al comando de los respectivos gobernadores.

La Iglesia

El gobierno eclesiástico estaba constituído por un arzobispado y varios obispados. El arzobispo primado tenía su sede en Bahía.

Los miembros del clero secular no gozaban de rentas propias, y estos funcionarios eran pagados por el rey, con las rentas que le proporcionaban los diezmos eclesiásticos, cuya administración ejercía el soberano. Por su parte los conventos coloniales se sostenían por medio de rentas propias.

La población de las colonias portuguesas del Brasil, estaba constituída: 1°) Por europeos e hijos de éstos, que eran los poseedores de las tierras, agricultores, explotadores de las minas y comerciantes, estando entre ellos distribuídos todos los cargos públicos. 2°) Por negros esclavos, cuyo número era a comienzos del siglo XIX de más de dos millones, destinados principalmente a los cultivos y la elaboración del azúcar. 3°) Por indios mansos, que convivían con los blancos y los negros, dedicados en el campo a las faenas agrícolas, y que hasta el decreto real de 1755, fueron considerados como esclavos. **La población colonial**

Régimen económico. — A contar desde el año 1750, los progresos de orden económico en las colonias del Brasil fueron evidentes, no obstante el monopolio ejercido por las compañías comerciales, en la exportación e importación, y las trabas que se oponían al desarrollo comercial interno, dificultado en gran parte, por la carencia de buenos caminos.

Sin embargo, la producción agrícola tomó gran vuelo: se exportaba del norte, arroz, azúcar, algodón, tabaco y palo brasil, estando la explotación de este último a cargo exclusivo de la corona. El principal producto vegetal del sur era el café, cuya exportación alcanzó cifras considerables. El centro del país, contó con las ricas minas cuya explotación produjo las riquezas a que ya hemos aludido. **La producción**

Las rentas coloniales se formaban a base de los siguientes impuestos: el quinto de la producción minera, el diezmo eclesiástico, el diez por ciento del producto del comercio de importación y exportación, y el del estanco del alcohol, de la sal, del jabón, de los naipes y del azogue. **La renta**

El Brasil colonial dió un gran salto hacia el progreso, cuando en 1808 se estableció en Río de Janeiro la familia real portuguesa, que había tenido que abandonar la metrópoli por la invasión napoleónica. **Conclusión**

El rey Juan VI adoptó disposiciones que favorecieron

el progreso colonial, fundó escuelas y establecimientos de educación superior, academias, museos y bibliotecas; introdujo la imprenta, apareciendo a poco los primeros periódicos; decretó el libre cambio comercial y fomentó la inmigración.

Así, el Brasil, fué preparándose para la vida independiente.

XXVI

Colonización holandesa. La Compañía de las Indias Occidentales. Colonización francesa. Gobierno y régimen económico de las colonias holandesas y francesas

Colonización holandesa. — La expansión colonizadora de Holanda en América, tiene lugar recién en la primera mitad del siglo XVII, y ella se realiza en una parte de la costa atlántica norteamericana, en las Guayanas, en algunas islas del Mar de las Antillas, y en tierras del Brasil.

Origen

Holanda y Bélgica habían constituído los Países Bajos, pertenecientes a la corona española, hasta que los vejámenes sufridos por la intransigencia religiosa de Felipe II, por las persecuciones y anulación de los derechos locales, llevó a las diecisiete provincias que los componían, a una insurrección general bajo el mando del Príncipe de Orange, Guillermo de Nassau (1572).

Después de unos años de lucha las diez provincias del sur, que eran valonas y de religión católica, se sometieron constituyendo los Países Bajos españoles; pero no sucedió lo mismo con las siete del norte de origen germánico y protestantes, que formaron la confederación de las Provincias Unidas, y que constituídas en república, se declararon independientes del dominio español.

La República de las Provincias Unidas, u Holanda, continuó la guerra contra España, hasta que por el Tratado de Westfalia de 1648, — que terminó con la guerra de los Treinta Años —, se le reconoció como país independiente.

Expansión comercial y colonial

Los holandeses que contaban con una flota mercante poderosa, bien pronto se impusieron a las provincias del sur, y Amsterdam se convirtió en un gran puerto marítimo, tomando impulso, al poco tiempo, la industrialización del país.

Los marinos holandeses eran apodados "los carreteros del mar", por el hecho de monopolizar el transporte de las mercaderías procedentes de Oriente, desde Lisboa hasta los puertos del norte de Europa.

Así las cosas, en el año 1580, Portugal es anexado a España, y Holanda, no pudiendo continuar su tráfico continental, decide extender en primer lugar, su influencia colonial hacia el Oriente, y en segundo, disputar a España y a otras naciones, su expansión colonizadora en América.

El Oriente

Lo primero lo consigue con la formación de la Compañía llamada de las Indias Orientales que, dependiente del gobierno, recibe la autorización de ocupar y realizar fundaciones en las colonias portuguesas. Así caen en su poder, el Cabo de Buena Esperanza, algunos puertos de la India y de Ceylán, Malaca y las islas de Sonda, que convierten a Holanda en gran potencia comercial y colonial.

Se inicia la colonización en América

Aunque Holanda había propiciado algunos viajes de sus marinos hacia el extremo meridional de América, recién a principios del siglo XVII, comienzan sus primeras tentativas de colonización en el Nuevo Mundo.

Nueva Holanda

El capitán inglés Henry Hudson, al servicio de Holanda, fué enviado al frente de una expedición hacia Occidente, con el fin de hallar el ansiado paso marítimo del noroeste, que comunicase con los mercados de Oriente. Así llegó a la actual bahía de Nueva York, penetrando en el río hoy llamado Hudson, en honor de su descubridor (1609), advirtiendo la gran riqueza en pieles de la región.

Recién después de cinco años de esta exploración, los holandeses se habían establecido en la isla de Manhattan, fundándose luego la ciudad de Nueva Amsterdam y el

fuerte de Orange sobre el río Hudson, el de Buena Esperanza a orillas del Connecticut, y el de Nassau sobre el Delaware.

La colonización en la zona ocupada por los holandeses, llamada Nueva Holanda, fué entregada a la Compañía de las Indias Occidentales y aunque alcanzó algún desarrollo comercial, él no justificó los esfuerzos hechos por la Compañía, para arraigar allí la colonización holandesa.

En 1664, los holandeses fueron desalojados por una expedición al mando del duque de York, quedando desde entonces la colonia en posesión de Inglaterra.

La Guayana e islas antillanas

En 1627 los holandeses ocuparon el territorio que hoy constituye la Guayana Holandesa y parte de la Inglesa, y poco después, en 1634, se establecieron en las islas Curazao y Bonaire, en el Mar de las Antillas, posesiones que sirvieron de base a un activo comercio de contrabando practicado con los puertos de las colonias cercanas.

La Compañía de las Indias Occidentales. — Los grandes beneficios obtenidos por la Compañías de las Indias Orientales, indujeron a los holandeses a fundar otra semejante, cuyo fin sería, en primer lugar, atacar las flotas y galeones que conducían a España las riquezas minerales de sus colonias de América; en segundo lugar, entorpecer su comercio marítimo, y por último, tratar de efectuar allí, a expensas de España, conquistas territoriales.

La nueva compañía recibió el nombre de Compañía de las Indias Occidentales, a la que Holanda concedió el monopolio del tráfico comercial con la América del Sur (1621).

Conquista y colonización holandesa en el Brasil

De inmediato la Compañía empleó su escuadra para atacar al comercio marítimo español, y como Portugal había sido anexado a España en 1580, las colonias portuguesas del Brasil, que contaban con puertos estratégicamente situados como para servir de base a esos ataques, fueron objeto de algunas expediciones holandesas, destinadas a su conquista y ocupación.

En 1624, la ciudad de Bahía, después de ser atacada por

una escuadra holandesa perteneciente a la Compañía, cayó en sus manos. Pero esta ocupación fué efímera, pues al año siguiente, la ciudad fué recuperada mediante un ataque contra los holandeses, llevado a cabo, conjuntamente, por las fuerzas españolas y portuguesas.

Los holandeses repitieron la operación en 1630, año en que otra expedición logró apoderarse de Olinda. La posesión de esta villa de la capitanía de Pernambuco, fué el punto de partida de la colonización holandesa en el Brasil.

Gobierno y régimen económico de las colonias holandesas. — Esta colonización recién tomó el carácter de tal, en el año 1637.

El príncipe de Nassau

En dicho año, llegó al frente de una fuerte expedición holandesa, el príncipe Juan Mauricio de Nassau, nombrado por la Compañía de las Indias Occidentales, capitán general del Brasil.

El príncipe de Nassau, después de reedificar Olinda, saqueada e incendiada por los expedicionarios anteriores, intentó apoderarse, infructuosamente, de la ciudad de Bahía, dedicándose después a la conquista y ocupación del territorio que se extiende desde el río San Francisco hasta el Marañón. En esa vasta región del Brasil, se asentó la dominación holandesa, teniendo por capital a la ciudad de Recife o Pernambuco, fundada por el príncipe de Nassau.

Grandes adelantos

El gobierno de éste, que a la par de ser un experimentado militar, era un hábil político, se caracterizó por una serie de medidas encaminadas a acrecentar el progreso de la colonia. Favoreció la agricultura, declaró la libertad de comercio, devolvió a los colonos portugueses los ingenios de azúcar que se les había confiscado y concedió la libertad de cultos; regularizó la administración pública y creó una especie de Legislatura.

Toda esta obra fué realizada por Nassau, teniendo a la vez que sostener continuas luchas con los patriotas portugueses que anhelaban su libertad. Al mismo tiempo debió soportar la oposición que le hacían los calvinistas por

la libertad de cultos concedida, y la de los miembros de la Compañía que juzgaban que su gobierno no se ajustaba a los intereses de la misma. Esta situación, determinó al príncipe de Nassau a renunciar, embarcándose de regreso en mayo de 1644, empezando desde entonces la decadencia de la colonización holandesa del Brasil.

Fin de la dominación holandesa

Como sabemos, en 1640, la revolución estallada en Lisboa independizó a Portugal de España, proclamándose rey al duque de Braganza con el nombre de Juan IV.

Este celebró un convenio con Holanda, a fin de recibir de ella auxilios en su lucha contra España, estableciéndose una tregua de diez años, durante la cual los holandeses quedarían en posesión de las tierras ocupadas en el Brasil.

Los colonos portugueses del Brasil, irritados por los términos de este convenio, apoyaron con todos sus medios la insurrección contra los holandeses estallada en Pernambuco en 1645, bajo las órdenes del valiente patriota Juan Fernández de Vieira, insurrección que se convirtió en guerra general, terminando recién en 1654, con la rendición de la plaza de Pernambuco y el abandono del Brasil por los invasores holandeses.

En 1661, se firmó un tratado de paz entre Holanda y Portugal, en una de cuyas cláusulas Holanda hacía renuncia a las tierras del Brasil, mediante el pago de una fuerte indemnización y de concesiones comerciales que Portugal hacía a su favor.

La colonización holandesa fué benéfica para la vasta zona del Brasil donde ella se desarrolló. Los holandeses fundaron algunas poblaciones, — siendo la principal la de Pernambuco —, dieron impulso al comercio, mejoraron las industrias, levantaron obras de utilidad pública y regularizaron la administración. Ellos fueron los que dieron a conocer y despertaron la atención de Europa, acerca de las riquezas naturales del Brasil.

Colonización francesa. — La fase preparatoria de la colonización francesa en tierras de América, se inició con los viajes de Verazzano, Cartier y Roberval — que ya hemos estudiado —, en la primera mitad del siglo XVI,

y se continuó en la segunda mitad de ese siglo, con las tentativas de los calvinistas franceses para establecerse, primero, en la bahía de Río de Janeiro, y luego, en la parte oriental y norte de la península española de la Florida. Recién a principios del siglo XVII, comienza la colonización propiamente dicha, a orillas del San Lorenzo (Canadá), para extenderse luego, siguiendo el curso del río Misisipí, hasta las costas del golfo de Méjico (Luisiana).

La acción colonizadora de Francia, comprende, además, la ocupación de algunas regiones de la América del Sur (Guayana), y de algunas islas del Mar de las Antillas.

Tentativas de colonización calvinista Villegaignon

La reforma religiosa, iniciada por Lutero en Alemania y extendida en Francia por Calvino, no fué, como es sabido, recibida en esta última sin grandes luchas.

El jefe de los calvinistas o hugonotes, almirante Gaspar Coligny, ansioso de ofrecer a sus hermanos de credo un refugio contra las persecuciones de que eran objeto en Francia, pensó fundar una colonia en las nuevas tierras de América, y con ese objeto comisionó, en 1555, a Nicolás Durand de Villegaignon, para que fundara una estación en la bahía de Río de Janeiro. La fundación tuvo una existencia agitada y breve, siendo los franceses definitivamente expulsados por los portugueses, en 1567.

Nos hemos referido a esta empresa al tratar la colonización portuguesa del Brasil.

Ribault

Conocidos los primeros fracasos de los calvinistas en Río de Janeiro, el mismo Coligny envió a Juan Ribault en 1562, para que repitiera el intento, esta vez sobre la parte norte de la costa atlántica de la Florida.

Ribault reconoció la costa, fundó un fuerte en territorio de la actual Carolina del Sur, dejó en él una guarnición de treinta hombres y volvió a Francia en busca de refuerzos, que no pudo reunir rápidamente, por el trastorno político-religioso que reinaba en el país.

La guarnición del fuerte, desesperando de ser auxiliada, construyó una mala embarcación en la que se hizo a la

vela, salvándose sólo una pequeña parte, socorrida por un buque inglés.

Laudonnière

Otra tentativa hugonote tuvo efecto dos años más tarde: Renato de Laudonnière llegó al sitio del abandonado fuerte, y en sus cercanías fundó uno nuevo, al que en honor de Carlos IX puso el nombre de Carlos. Algunos de los colonos desertaron entregándose a la piratería contra las naves españolas, y los que quedaron en el fuerte se vieron en situación crítica por falta de víveres, hasta que en 1565, llegó de Francia un considerable refuerzo al mando del primitivo jefe, Juan Ribault.

Menéndez de Avilés: lucha contra los hugonotes

El rey de España Felipe II, campeón del catolicismo, sabedor de estos hechos, comisionó al capitán Pedro Menéndez de Avilés, para que ocupara en forma definitiva la península española de la Florida, y desalojara de allí y de sus inmediaciones, a los calvinistas franceses.

Menéndez de Avilés recibió del monarca los despachos de adelantado de la Florida, y con una expedición colonizadora compuesta de varias naves y de 1.500 hombres, entre soldados y colonos, se dirigió a la Florida, donde al llegar echó los cimientos de la ciudad de San Agustín (1565). Desde allí, después de varios días de marcha, atacó el fuerte de los hugonotes, y después de ocuparlo, pasó a cuchillo a sus defensores. Luego cambió su nombre por el de San Mateo, dejó en él una guarnición, y sabiendo que Ribault, cuya flota había sufrido la pérdida de algunas naves en un temporal, se dirigía al fuerte al frente de 300 hombres, le salió al encuentro y le intimó la rendición, que se efectuó en forma incondicional, siendo degollado el jefe hugonote y casi todos sus hombres.

Después de asentar la colonización en la Florida con la ayuda de misioneros jesuítas, y de fundar siete u ocho fortalezas, dejando unos dos mil soldados para guarnecerlas, Menéndez de Avilés regresó a España, para dar cuenta al rey del resultado de su empresa.

Gourgues

La represalia por lo sucedido a los hugonotes en el Fuerte Carlos, no se hizo esperar. No contando con el apoyo oficial, pues a Carlos IX no le convenía enemistarse

abiertamente con España, un hugonote llamado Domingo de Gourgues, fletó en el puerto de Burdeos en 1567, a sus expensas, una expedición con el único fin aparente de dedicarse en Africa a la caza de esclavos negros. Realizado esto, dirigióse a las Antillas, consiguiendo en Puerto Rico y la Española, obtener pingües ganancias con la venta de esclavos. Desde allí, decidió Gourgues atacar el fuerte de San Mateo, lo que hizo por sorpresa, mandando ahorcar a todos sus ocupantes españoles. Después de cumplida su venganza, saqueó el fuerte y retornó a Francia.

La agravación del conflicto religioso en Francia, y la matanza de la noche de San Bartolomé (1572) en que Coligny perdió la vida, cortaron toda nueva tentativa de colonización calvinista en América, quedando la Florida, sujeta por entonces, a la dominación española.

Ocupación francesa del Canadá

Después de la última tentativa de Roberval, que como recordaremos, exploró por segunda vez la región de San Lorenzo en 1549, desapareciendo poco después, el movimiento colonizador de Francia en el Canadá quedó paralizado. Sólo la pesca del bacalao y la caza de la ballena, siguieron llevando a las regiones del Labrador y del río San Lorenzo, multitud de expediciones anónimas, cuyos fletadores enriquecían rápidamente.

Es al comienzo del siglo XVII, en época del rey Enrique IV de Francia, cuando pacificados los espíritus y terminadas las luchas religiosas, se reanudaron las expediciones colonizadoras hacia las tierras del Canadá, distinguiéndose en forma sobresaliente el colonizador que arraigó allí definitivamente la soberanía francesa: Samuel Champlain.

Pontgravé

En 1603, un comerciante de Saint-Maló llamado Pontgravé, habiendo obtenido el monopolio del comercio de pieles, hizo un viaje oficial a la región del San Lorenzo, llevando a su bordo al más tarde célebre, Samuel Champlain.

De Monts

El relato de este viaje, publicado a su vuelta por Cham-

plain, donde se hablaba con entusiasmo de las tierras visitadas, y sobre todo, de las posibilidades del comercio de pieles, originó la formación de una compañía colonizadora cuyo jefe, que en 1604 lo era el hugonote Pierre de Gast, caballero de Monts, recibió del rey grandes monopolios y el título de virrey de la Nueva Francia.

De Gast organizó una expedición, de la que Champlain formaba parte, que saliendo de Francia, en marzo de 1604, llegó en abril del mismo año al río San Lorenzo, que encontró helado. Este hecho determinóle a dirigir la expedición más al sur, penetrando en la bahía de Fundy, donde fué fundada la colonia de Port Royal, de vida efímera.

Colonización del Canadá. Champlain

En 1607 esta colonia, fué abandonada, mandando el jefe expedicionario a Champlain para que fundara un puerto sobre el río San Lorenzo. Champlain lo remontó hasta la ciudad indígena de Stadaconé y en sus cercanías, al pie de un alto promontorio, echó los cimientos de la ciudad de Quebec (1608), fundando, asimismo, tiempo después, la de Montreal.

Champlain puso hasta su muerte (1635) todo su empeño en asentar la soberanía francesa sobre la región, que llamó Nueva Francia. Fortificó a Quebec e hizo al interior del país algunas incursiones que dieron por resultado el descubrimiento de la región de los grandes lagos.

Los misioneros jesuítas

En la época de Champlain, llegaron al Canadá numerosos misioneros, que consiguieron atraer a la civilización y a la fe católica, a gran cantidad de indígenas. Iniciaron esa gran obra, cuatro franciscanos y la continuaron los jesuítas que cimentaron la colonización de Nueva Francia, extendiéndola considerablemente, fundando aquí y allá sus puestos misioneros y sus capillas, estableciendo en Quebec y Montreal, conventos, seminarios, colegios y hospitales.

Los misioneros se introdujeron en el interior del país, siguiendo muchas veces, los pasos de los traficantes de pieles (cuyo comercio fué desde los primeros tiempos, activísimo), contribuyendo así, al conocimiento y explo-

ración del territorio y muy especialmente, de la región de los grandes lagos.

Tal fué la obra de los jesuítas en Canadá, que el historiador protestante Spencer, consigna "que en ninguna época, ni en parte alguna del mundo, hubo nunca misioneros cuyos esfuerzos y trabajos por la causa que habían abrazado superasen a los suyos".

Marquette y Jolliet

En 1659, la colonia del Canadá fué puesta a cargo de la Compañía de las Indias Orientales fundada por Colbert, el gran ministro de Luis XIV, enviándose tropas para vencer a los indios iroqueses que atacaban continuamente los establecimientos franceses, impidiendo la expansión colonizadora. A partir desde entonces, renováronse los esfuerzos de los misioneros jesuítas, destacándose el padre Jacobo Marquette, que en compañía del negociante Jolliet, llegó tras larga expedición, hasta las fuentes del Misisipí, río al que los indígenas llamaban Mechassebé (1673). Navegáronlo, en dirección a su desembocadura, hasta la parte central y volvieron al Canadá.

La Salle

La navegación completa del Misisipí, hasta su desembocadura en el golfo de Méjico, fué efectuada por el señor de La Salle, que lo surcó en una pequeña embarcación, tripulada por unos cuarenta hombres. Alcanzó la desembocadura en abril de 1682.

La Luisiana

La Salle tomó posesión de la región en nombre de su rey, Luis XIV de Francia, y le dió en su honor, el nombre de Luisiana, encontrando, a poco, la muerte, en una de sus excursiones por la región, a manos de sus mismos compañeros.

La colonia adquirió luego desarrollo. Se fundaron sucesivamente varios fuertes y poblaciones, entre las que se destaca Nueva Orleans (1722), que se designó capital de esta colonia francesa.

La Luisiana, que llegó a comprender ambas bandas del Misisipí, en todo el curso de este río, permaneció en poder de Francia hasta la firma del tratado de París de 1763.

Otras posesiones francesas

Francia ocupó, también, durante el siglo XVII, una parte de las Guayanas, fundando la ciudad de Cayena (1604). Los franceses se internaron allí en busca de El Dorado, que tantas expediciones había provocado, en las regiones septentrionales de la América del Sur.

Finalmente, los franceses quedaron en posesión de algunas islas del Mar de las Antillas, ocupadas al comienzo por los filibusteros, piratas que asaltaban las tierras y naves extranjeras. Así fueron conquistadas, también durante el siglo XVII, las islas de San Cristóbal, Guadalupe, Martinica, y Haití, en la isla Española.

Gobierno

Gobierno y régimen económico de las colonias francesas. — Las colonias del Canadá fueron consideradas por la corona, en lo referente a su gobierno, como una provincia francesa.

El país fué dividido en señoríos o concesiones, y en parroquias. Al frente de las primeras estaba el concesionario, que fraccionaba las tierras arrendándolas a los colonos, los cuales vivían como si fuesen vasallos de aquél. En las segundas, el cura y el jefe de milicias constituían las únicas autoridades.

A fin de administrar justicia, Canadá estaba dividido en distritos judiciales. El poder ejecutivo era ejercido por un gobernador general, en nombre del rey.

En 1752, el gobernador Frontenac propuso el establecimiento de una Legislatura, pero esta iniciativa no fué aprobada por la corona, que se opuso a la concesión de todo derecho político a los colonos del Canadá.

Régimen económico

En lo referente al régimen económico, Francia implantó en sus colonias, el monopolio y la restricción comercial e industrial. El lucrativo comercio de pieles, pudo efectuarse solamente por un número restringido de personas, persiguiéndose a los primitivos "corredores de los bosques" que habían contribuído a la expansión colonial, y entregándose grandes monopolios a favor de personajes y favoritos de la corte.

Monopolio comercial

En general, puede decirse, que como consecuencia del sistema mercantil imperante en la época, Francia, como todas las naciones coloniales, prohibió a sus colonias el libre comercio, monopolizando el mismo y dificultando las actividades industriales que pudiesen competir con las metropolitanas.

Progresos alcanzados

Como consecuencia del gobierno y régimen económico de las colonias francesas de América, los progresos fueron escasos.

Nueva Francia, a fines del siglo XVII, no contaba con más de 12.000 habitantes, los que se habían arraigado allí, sobre todo, por la acción desplegada por los misioneros jesuítas. Los colonos tuvieron que luchar continuamente contra los indios indomables, soportar los rigores del clima y los desmanes resultantes de la corrupción administrativa.

Por su parte, Luisiana, no progresó hasta comienzos del siglo XVIII, pues su desarrollo fué trabado, al principio, por la oposición que le hicieron los colonos ingleses, y porque su producción, consistente sobre todo en arroz, y su comercio, estuvieron en manos de compañías monopolizadoras. La llegada de nuevos contingentes de pobladores avivó algo el progreso de Luisiana, que en la época de la fundación de Nueva Orleans (1722), sólo contaba con unos 5.000 habitantes, de los cuales la mitad eran esclavos negros.

Cuando en la segunda mitad del siglo XVIII, se produjo el choque con las lindantes colonias inglesas, tan prósperas en comparación con las francesas, éstas cayeron fácilmente en poder de Inglaterra.

CAPITULO UNDECIMO

LAS COLONIAS ESPAÑOLAS DE AMERICA DURANTE LOS SIGLOS XVII Y XVIII

XXVII

El Virreinato de Nueva España: fundación. La conquista espiritual. El arte y la cultura en general. Reformas administrativas; acción de José de Gálvez.

Durante el primer siglo que siguió al descubrimiento, España había conquistado y ocupado en América una extensión considerable de tierras, desde Méjico hasta la Tierra del Fuego, iniciándose luego, la organización política y administrativa de tan amplios dominios.

En los siglos XVI y XVII, el virreinato de Méjico o de Nueva España, fundado en 1534, y el del Perú, que data del año 1542, constituían los dos grandes "reinos" de los cuales dependían todas las demás colonias españolas establecidas en el continente. Luego se crearon dos nuevos virreinatos, el de Nueva Granada, cuyas dos fundaciones corresponden a los años 1718 y 1739, respectivamente, y por último el del Río de la Plata, en 1776. Además fueron creadas ocho capitanías generales, de las cuales subsistieron cuatro: Guatemala, Venezuela, Chile y Cuba.

Los virreinatos y capitanías generales fueron a su vez subdivididos en provincias, intendencias y corregimientos y se crearon asimismo, otras divisiones políticas y administrativas, como las gobernaciones y las presidencias, que constituían dependencias directas de aquéllas.

El virreinato de Nueva España: fundación. — El vi-

rreinato de Méjico o de Nueva España, fué fundado por Carlos V en 1534, siendo designado primer virrey don Antonio de Mendoza.

Límites y jurisdicción

Comprendía los territorios conquistados por Hernán Cortés y los de Mechoacán, Nueva Galicia, las Californias y Yucatán, que fueron sometidos después, extendiéndose desde los grados 16 al 42 y desde el río Colorado en Tejas, hasta las Californias.

La jurisdicción del virreinato de Nueva España abarcaba la capitanía general de Guatemala, la que comprendía los territorios actuales de Guatemala, Honduras, San Salvador, Nicaragua y Costa Rica.

Gobierno y administración

El virrey residía en la ciudad de Méjico y estaba rodeado de una verdadera corte tan fastuosa como la de un verdadero rey.

El virreinato estaba dividido en doce intendencias y tres provincias, existiendo dos tribunales superiores, ambos instalados en la primera mitad del siglo XVI, llamados Audiencias, con sedes en Méjico y en Guadalajara. Más tarde se fundaron tres consulados o tribunales de comercio en Méjico, Veracruz y Guadalajara; un tribunal de minería y otro llamado de acordada con el fin de juzgar en forma sumaria a los componentes de bandas de asaltantes que cometían sus fechorías en los caminos. Existía, además, el tribunal de la Inquisición.

Gobierno eclesiástico

El gobierno eclesiástico de Nueva España, en sus comienzos, contaba con un obispado, siendo más tarde erigido en arzobispado, del cual dependían ocho obispados, con sede del titular del primero en la ciudad de Méjico, y los obispos en las otras ciudades. En todo el virreinato habían 1073 parroquias y 254 conventos. Consignamos estos datos para dar una idea de la organización de la Iglesia en Méjico y la importancia que ella tenía en la vida del virreinato.

Producciones e industrias

Desde los primeros tiempos de la colonización española en Méjico, el descubrimiento y laboreo de las minas

de oro, plata, cobre, estaño, hierro y mercurio, produjeron fabulosas ganancias.

A estas riquezas minerales siguieron luego las que proporcionaron los ricos y variados productos vegetales de la zona tórrida, pues a medida que la colonización se fué asentando, pudo desarrollarse muy bien la agricultura.

Otro renglón de la riqueza de Nueva España fué la ganadería, principalmente el ganado vacuno y caballar, que inmediatamente de ser importado pudo multiplicarse en grandes cantidades en estado salvaje en los inmensos prados naturales del país, siendo después objeto de cuidados y dedicación por parte de los ganaderos.

La industria adquirió en Méjico gran desarrollo, haciéndose notar la fabricación de buenos paños, tejidos y telas pintadas, y en general, de artículos de lujo. Pero la industria que se destacó fué la de la platería, pues no había centro de población de cierta importancia donde no hubiese gran cantidad de gente dedicada a labrar la plata.

En la Casa de Moneda de Méjico, que era de las más ricas y grandes del mundo, trabajaban unos 400 obreros, que llegaron a acuñar, anualmente, 30 millones de pesetas. Esto nos ilustra acerca de la riqueza del país en metales preciosos.

La industria suntuosa de objetos artísticos de bronce, hierro y maderas preciosas, completaban el cuadro industrial del país.

El comercio

Nueva España, por su situación geográfica y su riqueza, fué centro comercial muy importante tanto en la costa del Atlántico, como en la del Pacífico.

El puerto de Veracruz era lugar de arribada de los galeones, que una vez por año llegaban a Indias procedentes al principio de Sevilla, y luego de Cádiz, trayendo mercaderías españolas. En Jalapa se realizaba una feria, en la que el intercambio era cuantioso. Luego los galeones volvían a España cargados de productos minerales y vegetales de Méjico y de las colonias cercanas.

El puerto principal sobre el Pacífico era Acapulco,

desde donde se comerciaba con los de Guayaquil, Callao, etc., y con el Oriente por medio del galeón de Manila, llamado también "la nao de la China". Esta nave hacía viajes periódicos cruzando el Pacífico, traía del Oriente sedas, telas pintadas, muselinas, prendas de algodón, objetos de metal labrado, especias y armas. De vuelta, llevaba a Oriente un cargamento consistente, sobre todo, en metal de plata.

En 1774, Carlos III autoriza el tráfico marítimo entre Nueva España, Guatemala, Nueva Granada y Perú, completado luego por la Pragmática de libre comercio de 1778, que al permitir el tráfico entre varios puertos españoles y coloniales, favorece mucho el desarrollo de las colonias y es, particularmente para Méjico, de suma trascendencia, pues activó sus fuentes de producción y dió mayor vuelo a sus industrias.

La conquista espiritual. — Desde los primeros tiempos de la conquista de Méjico se destacan las órdenes religiosas en su gran obra de conquista espiritual.

El conquistador Hernán Cortés había solicitado al rey el envío a Méjico de misioneros, a fin de emprender la tarea de evangelizar las tribus indígenas.

Tres padres franciscanos primero, y otros doce después, llegaron a Méjico en 1524, siendo los primeros que, abnegadamente pudieron propagar la doctrina de Cristo. En 1525 levantaron en la ciudad de Méjico el convento e iglesia de San Francisco, que fué la primera de ese virreinato. Poco después llegaron los misioneros dominicos y jesuítas que siguieron con ardor la obra emprendida por los franciscanos.

La acción de los religiosos se manifestó en su obra de conquista espiritual acompañando a los guerreros a las más apartadas regiones del virreinato, en lucha constante contra el indio. Ya sea en la conquista de California, de Sonora o de Nueva Galicia, la acción de los misioneros suavizó el rigor del conquistador, contribuyendo eficazmente al apaciguamiento general.

Además de lo expuesto, la obra misionera se carac-

terizó en Méjico por la formación de misiones compuestas de pequeñas reducciones o pueblos de indígenas aparentemente gobernados por ellos, pero con la tutela, el cuidado y la dirección experta de los religiosos.

Una parte del poderoso ejército que guarnecía a Méjico ocupó unos sesenta puestos fronterizos, destinados a servir de auxilio a las poblaciones avanzadas y a las misiones religiosas, debido a las frecuentes incursiones de los indios. En esos lugares la acción de los misioneros fué particularmente eficaz.

El arte y la cultura en general. — La riqueza y esplendor a que había llegado en poco tiempo el virreinato de Nueva España, fueron favorables para la fundación de hermosas ciudades y para que en ellas se desarrollasen todas las manifestaciones del arte.

A fines del siglo XVIII, la ciudad de Méjico era una hermosa capital, con calles rectas y grandes edificios, rodeada de granjas, jardines y huertas. En ella y en sus alrededores se levantaban 84 templos, destacándose la soberbia catedral. El palacio del virrey, bello y grandioso, el palacio arzobispal, la casa de moneda, el edificio del cabildo y el de la universidad, completaban el gran conjunto de edificios públicos de la ciudad. A ellos debe agregarse los edificios de los conventos, las mansiones de la gente adinerada y de los altos funcionarios, que se destacaron por su estilo y belleza.

El cuadro que hemos trazado con respecto a la arquitectura de la capital del virreinato, concierne asimismo al de otras ciudades importantes como Puebla, Santiago de Querétaro, Acapulco, Veracruz, Jalapa, etc.; donde también se levantaban magníficos palacios, templos y edificios públicos y privados. Los grandes edificios públicos y las mansiones de los poderosos estaban amueblados y alhajadas lujosamente, primando en ellos la nota artística y de buen gusto.

En la arquitectura colonial mejicana se opera la conjunción de elementos arquitectónicos españoles e indíge-

nas, adquiriendo modalidades propias, llenas de elegancia y esplendor.

En lo referente a la escultura se destaca la de carácter religioso, empleándose en ella madera, bronce y piedra. La industria artística del bronce y de la madera, tuvo su exponente en los ricos candelabros de bronce dorado, y en la elaboración de muebles tallados y ornamentados finamente por escultores indígenas, cuya paciencia y espíritu de imitación de los ornamentos naturales, daba a sus obras una originalidad acentuada.

A la par de estas manifestaciones de arte, floreció también la pintura, sobre todo la religiosa, donde se nota la influencia en el colorido y composición del genial Murillo.

La acción de la Academia de Bellas Artes, donde se educaron y formaron grandes artistas, no fué extraña al adelanto adquirido en Méjico en lo concerniente al arte colonial .

Adelantos culturales

Desde los primeros tiempos de la colonización, la cultura en general preocupó a las autoridades.

La enseñanza en sus distintos grados fué fomentada por el gobierno, estando, en gran parte, a cargo de los religiosos: franciscanos, dominicos y jesuítas, principalmente.

Los religiosos fundaron sus escuelas en conventos y parroquias donde enseñaban a leer, escribir, música, canto y rudimentos de latín, recibiendo muchas escuelas conventuales subvenciones de la Corona. Otras escuelas de primeras letras estaban a cargo de los cabildos, y algunas fueron creadas por iniciativa particular.

Al poco tiempo de su llegada, los jesuítas ya habían fundado en la capital, cuatro colegios donde se educaba la juventud selecta en las disciplinas culturales de la época. Luego su número aumentó mucho, y Puebla, Veracruz, Guadalajara, etc., contaron con colegios similares.

El sostenimiento de los colegios estaba a cargo del gobierno, de las órdenes religiosas y de particulares, y en

ellos se enseñaba latín, griego, retórica, artes, teología, idiomas indígenas, ciencias naturales y matemáticas.

La primera universidad fundada en Nueva España fué la de la ciudad de Méjico (1553), la que hizo rápidos progresos hasta constar de varias facultades, donde se estudiaba derecho, medicina, ciencias físicas y matemáticas, teología, filosofía y letras. Con el tiempo, se fundaron nuevas universidades en otras ciudades.

A la existencia de las universidades se agregaba la de otras casas de estudios, como la Escuela de Minería, la Academia de Bellas Artes y la Escuela del Jardín Botánico, gravitando todas muy eficazmente en la formación cultural, cuyos principales representantes fueron teólogos, historiadores, poetas y artistas, cuyas obras son el mejor testimonio de los adelantos alcanzados en ese sentido en el virreinato de Nueva España.

Para terminar, diremos que en el año 1535 se introdujo la primera imprenta en Méjico, destinándosela al comienzo a la impresión de obras de carácter religioso, a fin de propagar la doctrina cristiana. Luego, se imprimieron libros y en el año 1728 apareció el primer periódico titulado "Gaceta de Noticias", a cuya publicación siguieron la de otros periódicos. Naturalmente que tanto estos últimos, como los libros y escritos de todo género, estaban sujetos a estricta censura, de acuerdo con las normas de la época.

Reformas administrativas; acción de José de Gálvez. — Las reformas administrativas operadas en Nueva España en el siglo XVIII, tienen lugar principalmente durante el gobierno del virrey marqués de Croix (1766-71), y de su sucesor don Antonio María de Bucareli (1771-79), destacándose en esa época la acción del visitador general don José de Gálvez.

El visitador Gálvez

Talentoso jurisconsulto, don José de Gálvez, fué director de los asuntos de América del Consejo de Indias, siendo enviado a Nueva España en calidad de visitador general, con grandes atribuciones, a fin de operar allí una serie de reformas administrativas y de vigilar los actos

del virrey marqués de Cruilles, de cuya conducta acerca del manejo de los fondos reales, se tenían serias sospechas.

A su llegada a Nueva España, el visitador tuvo que abocarse al estudio y arreglo de una agria disputa entre el virrey marqués de Cruilles y el general Juan de Villalba, jefe militar que había sido encargado de organizar un ejército permanente a fin de preservar a la rica colonia de posibles ataques extranjeros.

En este conflicto entre la autoridad política y militar, terció Gálvez con habilidad, siendo al poco tiempo relevado del cargo el marqués de Cruilles, por orden real, y reemplazado por el marqués de Croix (agosto de 1766).

Gobierno del marqués de Croix: reformas

Durante el gobierno del marqués de Croix, el visitador permaneció en Méjico e inició con la valiosa colaboración del virrey, la aplicación de las nuevas reformas, mejorando la administración, substituyendo paulatinamente al clero regular por el secular en el gobierno de las parroquias, reduciendo el monto de los privilegios del santuario, regularizando la mejor y más equitativa percepción del impuesto y ordenando el estanco del tabaco, medida que produjo grandes beneficios al fisco. Además, se dispuso la supresión paulatina de las encomiendas de indios, mejorando las condiciones de los mismos.

La expulsión de los jesuítas en 1767, provocó en Méjico serios desórdenes, estallando motines en varias poblaciones, que fueron reprimidos violentamente por orden del virrey.

Gobierno de Bucareli

Terminada la gestión gubernativa del marqués de Croix, a su pedido, fué reemplazado por el virrey Bucareli, acompañándole también durante parte de su gobierno, el visitador D. José de Gálvez.

A esta altura de su permanencia en Nueva España, Gálvez había conseguido regularizar la administración y elevar considerablemente las rentas del virreinato, dando impulso a la agricultura, a la industria y al comercio, de

modo que los fondos alcanzaban para cubrir las necesidades del país y para efectuar envíos de fuertes cantidades a la metrópoli.

Por otra parte, Gálvez había dado término con suma habilidad a los conflictos entre la Audiencia y los poseedores de las minas, haciendo continuas visitas a diversas zonas del virreinato, a fin de resolver directamente todas las dificultades, fundando varias colonias, entre las que se destacó la del valle de Sonora.

Gálvez regresa a España

En el año 1775, don José de Gálvez regresó a España, donde Carlos III, para premiar sus servicios le concedió el título de marqués de la Sonora y le designó ministro universal de Indias, cargo de suma importancia y poder, que ejerció con inteligencia y laboriosidad.

Entre otras medidas, el ministro universal de Indias bregó para anular el monopolio comercial a favor del puerto de Cádiz, concediendo iguales derechos a varios puertos peninsulares, suprimiendo o rebajando aranceles y tomando una serie de medidas tendientes a favorecer y acrecentar el comercio con las colonias de América.

Las intendencias

Finalmente, en esta época se puso en vigencia en Méjico y en otras colonias de América, la Real Ordenanza de Intendentes de 1782, cuya iniciativa correspondió al virrey de Nueva España, marqués de Croix, que en 1768 había propuesto una nueva división administrativa de las colonias, sin anular completamente la existente.

Por la referida ordenanza, Méjico fué dividido en doce intendencias al frente de cada una de las cuales estaba un intendente, funcionario que, a partir de las llamadas Instrucciones de 1786, ampliatorias de las Ordenanzas de 1782, ejercía funciones de fiscalización, financieras, de justicia, policía, obras públicas, etc., dentro de su intendencia, anulándose el poder de los cabildos como gobiernos locales. Con esto, se centralizaba la administración y se aumentaba considerablemente los ingresos de la Corona, debido a la mejor y más regular recaudación de la renta.

XXVIII

Virreinato de Nueva Granada: las dos fundaciones. Acción de los comuneros. La cultura del virreinato.

Virreinato de Nueva Granada: las dos fundaciones.

Límites

—El virreinato de Nueva Granada estaba limitado al norte por la capitanía general de Guatemala y el Mar de las Antillas; al sur por el virreinato del Perú, comprendiendo los actuales departamentos peruanos de Cajamarca y Piura; al este por la capitanía general de Venezuela, y al oeste, por el Mar del Sur.

Jurisdicción

Dentro de sus límites territoriales estaban comprendidas las actuales repúblicas de Panamá, Colombia, Ecuador y los departamentos de Cajamarca y Piura, pertenecientes hoy al Perú.

El inmenso territorio llamado antes Nuevo Reino de Granada, constituía al comienzo una Gobernación, cuyo titular era a la vez presidente de la Real Audiencia de Santa Fe de Bogotá, su ciudad capital, dependiendo jurisdiccionalmente del virreinato del Perú.

Primera fundación

La presencia de un visitador real y el informe que el mismo presentó al Consejo de Indias, dando cuenta de la riqueza del territorio y de los adelantos alcanzados por la colonización, hicieron que éste aconsejase al rey la creación de un nuevo virreinato en esa zona, con jurisdicción sobre los territorios regidos por las Reales Audiencias de Quito y Panamá.

El año 1718, decidida la nueva creación, partió para Santa Fe de Bogotá el primer virrey de Nueva Granada, don Antonio de la Pedrosa y Guerrero, quien se hizo cargo del gobierno.

Esta primera fundación del virreinato tuvo una vida efímera, pues los informes presentados por un nuevo visitador real, contrarios a la subsistencia del régimen virreinal, por no justificarlo el grado de adelanto alcanzado, hicieron que el rey lo suprimiera.

Segunda fundación

Sin embargo, en el año 1739, el monarca restableció el virreinato de Nueva Granada, llegando al año siguien-

te a Bogotá, el nuevo virrey, general don Sebastián de Eslava.

En esta época, la plaza de Cartagena fué atacada por una fuerte escuadra inglesa que, habiendo desembarcado un cuerpo de ejército, fué rechazado sangrientamente por los defensores, que lograron hacer cuantioso número de prisioneros.

Las costas del virreinato de Nueva Granada fueron en varias ocasiones objeto del ataque de los corsarios extranjeros y piratas, en vista de lo cual se tuvo que fortificar los puertos de Portobelo, Cartagena, Santa Marta, Panamá y Guayaquil, manteniendo allí fuertes contingentes militares.

Gobierno

El virreinato de Nueva Granada estaba dividido a comienzos del siglo XIX en ocho provincias contando con un arzobispado y siete obispados.

Progresos generales

De la explotación de sus ricas minas de oro, platino, plata y de sus valiosísimas esmeraldas, se obtuvo una fuerte renta, siendo algunos de sus puertos, como el de Cartagena y Portobelo, centros de gran importancia comercial, pues eran puntos de arribada de las flotas mercantes cargadas de mercaderías españolas, y porque en ellos se realizaban las tradicionales ferias comerciales.

Cartagena

Era grande la importancia comercial de Cartagena, por ser el puerto donde hacía su primera escala en el continente sudamericano la flota mercante que, periódicamente, llegaba a Indias, procedente de la metrópoli. Cuando esto ocurría, Cartagena cobraba inusitada animación y bullicio, conociéndose, por el contrario, con el nombre de "tiempo muerto", al período transcurrido entre la partida de una flota y la llegada de otra, pues en ese lapso de tiempo, la vida y la actividad comercial de la ciudad parecían entrar en un verdadero letargo. Entonces su tráfico limitábase al que hacían algunas pequeñas embarcaciones que desde Trinidad, Cuba o Santo Domingo, llevaban a su puerto tabaco y azúcar principalmente, regresando al punto de partida cargadas con cacao, arroz, loza y otros productos y manufacturas

que les era necesarios. Otros balandros hacían también el tráfico entre Cartagena y puertos de Nicaragua, Honduras y el de Veracruz, pero este tráfico era de menor cuantía.

Cartagena mantenía asimismo activo e importante tráfico comercial con el interior del país, que la proveía de artículos de primera necesidad como maíz, arroz, cacao, algodón, plátanos, miel, aves, etc., haciéndose ese comercio en canoas que llegaban a la costa navegando por ríos y arroyos de la zona, y volvían a las poblaciones del interior con cargamentos de ropas y otros artículos indispensables.

Portobelo

El otro puerto de gran importancia fué Portobelo, situado en excelente posición geográfica en el istmo de Panamá sobre el Mar de las Antillas. Allí se realizaba, a la llegada de la flota comercial metropolitana, una gran feria que unía los comercios de España, del Perú y demás colonias del sur del continente. Entonces el puerto adquiría una gran actividad: se improvisaban barracas y depósitos con ramas y con las velas de las naves, para albergar las mercaderías consignadas a los mercaderes de Sudamérica. En recuas de mulas llegaban de Panamá los cajones de plata y oro enviados del Perú, así como también la lana, el cacao, las frutas y víveres en general. La multitud invadía el puerto y el poblado de Portobelo hasta que llegaba el turno al "tiempo muerto", durante el cual el comercio era insignificante, pues se limitaba al cacao recibido por medio de las canoas que navegaban el río Chagre, y al arribo de algunas balandras de Cuba y otras islas antillanas, con cargamento de tabaco, que de regreso llevaban cacao y aguardiente de caña.

Panamá

Completaba este cuadro comercial el puerto de Panamá, sobre el Pacífico, cuyo comercio de cabotaje le procuraba las hortalizas, cereales y carnes de que carecía la región, siendo considerable el comercio de perlas, obtenidas cerca de las islas del rey de Taboga y otras, gran

parte de las cuales se enviaban a Lima y una pequeña parte a España.

Periódicamente llegaban a Panamá los galeones del sur, procedentes del Perú, con cargamento de metales preciosos destinados a Portobelo, y asimismo las mercaderías que ascendían por el río Chagre. Era puerto de escala y de intercambio entre el sur y el norte del istmo: de allí su actividad e importancia.

Antecedentes

Acción de los comuneros. — Estando en guerra España e Inglaterra, en 1779, las fuerzas navales de esta última amenazaron las costas neogranadinas, por lo que el virrey don Manuel Antonio Flórez delegó el mando en el presidente de la real audiencia y en el visitador real don Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres, partiendo para Cartagena a fin de organizar la defensa.

Gutiérrez de Piñeres, que había recibido el encargo de obtener recursos, necesarios entonces para sostener la guerra, vejó de tal modo a los colonos con pesados tributos, que dió lugar al estallido de una fuerte sublevación en la provincia de Socorro, una de las más industriales de ese virreinato.

La sublevación

La sublevación cobró fuerza y extensión cuando una nueva orden del visitador dispuso que los indios que viviesen en aldeas pequeñas abandonasen sus viviendas y tierras, concentrándose en grandes agrupaciones que recibirían nuevos terrenos para el laboreo. Los bienes abandonados eran confiscados a favor de la corona.

Los comuneros

El descontento fué general, y se organizaron juntas revolucionarias en diversas poblaciones o comunas, dándoseles el nombre de comuneros a esos núcleos sublevados.

La acción de los comuneros pronto se hizo sentir en varias zonas del virreinato, llegando a insurreccionar unos 20.000 hombres, que después de haber obtenido algunos triunfos parciales contra las tropas enviadas para someterlos, habían cobrado gran brío y resolución.

Ante estas circunstancias, el causante directo de este movimiento, Gutiérrez Piñeres, optó por huir, decidien-

do de inmediato la audiencia, capitular con los comuneros, aceptando las condiciones que ellos impusieran, a fin de obtener la pacificación del país. Estos exigieron la partida del visitador y la derogación de los impuestos y tributos excesivos.

Restablecimiento del orden

El orden recién renació debido, sobre todo, a la obra de pacificación emprendida por el arzobispo don Antonio Caballero y Góngora, y a la presencia de un cuerpo de 500 soldados enviados desde Cartagena por el virrey Flórez. El último cabecilla rebelado, José Antonio Galán, fué entregado a las autoridades por sus mismos partidarios, siendo ejecutado.

Al poco tiempo renunció el virrey Flórez, regresando a España, substituyéndole el arzobispo de Bogotá Caballero y Góngora, designado virrey por disposición real.

Su primer acto de gobierno fué promulgar un amplio y generoso indulto concedido por el monarca a los comuneros insurrectos, que pacificó los espíritus, pudiendo desde entonces el nuevo gobernante dedicarse a una obra de útiles y provechosos adelantos, sobre todo en el orden cultural.

La cultura del virreinato. — Los primeros pasos culturales, fueron dados por los misioneros religiosos, cuya acción en Nueva Granada constituyó la característica de la segunda época de la conquista y colonización, durante la cual la cruz reemplazó ventajosamente a la espada.

Las órdenes religiosas: su acción

Desde la primera mitad del siglo XVI, los jesuítas habían emprendido en sus misiones la conversión de los indios, fundando luego escuelas de primeras letras y colegios en Honda, Mérida y Pamplona, rivalizando estos religiosos con los dominicos en la fundación de institutos de enseñanza en las parroquias y conventos. En manos de los dominicos y jesuítas también estuvo la enseñanza secundaria y universitaria.

Esta acción en bien de la cultura pública fue extendida por los mismos religiosos a las obras de beneficencia,

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

fundando asilos y hospitales, erigiéndose en protectores de los pobres y de los desamparados.

La expulsión de los jesuítas de España y sus colonias en 1767 causó en Santa Fe de Bogotá verdadera consternación, y una vez llevada a cabo, comenzó la decadencia en las misiones y en los establecimientos de educación pública por ellos dirigidos. Los lugares de las misiones empezaron a ser abandonados por los indios que retornaban a su vida primitiva, y aunque los dominicos fueron puestos al frente de las misiones, pronto solicitaron se les eximiese de esas funciones para las cuales no se sentían capacitados.

La instrucción pública en la 2ª mitad del siglo XVIII

La instrucción pública recibe impulso desde 1773, en que se hace cargo del gobierno de Nueva Granada el virrey don Manuel Guirior, que se preocupa de perfeccionar los planes de estudios de los colegios y de la universidad de Santa Fe de Bogotá, fundando, además, una biblioteca pública, y durante el gobierno de su sucesor el virrey Flórez que, entre otras iniciativas, establece una imprenta.

Epoca del virrey-arzobispo Caballero y Góngora

Pero la instrucción pública y la faz cultural del virreinato, dan un gran paso hacia adelante durante el gobierno del arzobispo y virrey, Caballero y Góngora. Este funcionario sostenía que era necesario substituir en los planes de estudios las ciencias meramente especulativas por las útiles. De ahí que recomendara el estudio de las matemáticas, botánica, química, metalurgia, etc.

La obra de Mutis El Instituto de Ciencias Naturales.

El virrey-arzobispo fué el fundador en 1780 del Instituto de Ciencias Naturales de Santa Fe de Bogotá, a cuyo frente puso al gran astrónomo y naturalista Dr. José Celestino Mutis —compañero de Humboldt— que hacía veinte años se encontraba en el virreinato de Nueva Granada dedicado al estudio de la flora. Mutis era ya famoso en Europa por su saber, y vivía en el Instituto consagrado a enriquecer las colecciones del Museo y del Jardín Botánico. El herbario del Instituto llegó a tener más de 20.000 plantas, siendo notables sus museos zoológico, mineralógico y de maderas preciosas.

En las excursiones realizadas bajo su dirección se descubrió el famoso té de Bogotá, la quina, variedad de maderas, aceites, gomas, resinas, betunes, variedad de mármoles y valiosas minas de mercurio.

El Observatorio Astronómico

No sin razón, Humboldt llamó a Mutis "el patriarca de los botánicos". Pero Mutis era también destacado astrónomo y costeó la construcción del bello y sólido edificio del Observatorio Astronómico de Santa Fe de Bogotá, al que el rey Carlos IV dotó de una parte de su magnífico instrumental, completado luego con el aporte de algunas personas pudientes (1803).

Francisco José de Caldas

Al frente del Observatorio fué puesto don Francisco José de Caldas, ilustre matemático y naturalista, y después, mártir de la independencia colombiana. Caldas fué discípulo, colaborador e inseparable compañero de Mutis, y a él correspondió el mérito de haber montado el instrumental y de haber trazado la meridiana después de pacientes observaciones astronómicas. A él se deben los primeros cálculos de latitud y longitud, que hizo con gran precisión.

A las relevantes condiciones de astrónomo unió Caldas sus trabajos de naturalista, escribiendo una "Memoria" acerca de la flora de las regiones ecuatoriales, coleccionando y describiendo infinidad de plantas. Trazó, además, la carta general del virreinato, hizo valiosas observaciones meteorológicas, dedicándose también a observar y dibujar antiquísimas ruinas, lo que contribuyó al conocimiento de la arqueología de esa parte de América.

Otras iniciativas del virrey-arzobispo

Siendo necesario renovar y activar los trabajos de las minas y de la fundición de metales en general, el virrey Caballero y Góngora solicitó y obtuvo el envío de un profesor especializado en esos trabajos y de máquinas para poder emplear el nuevo sistema de amalgama que permitía sacar al metal toda su ley, sin necesidad de perder, como hasta entonces, la tercera parte.

El virrey Ezpeleta: su obra cultural

El virrey-arzobispo renunció a su cargo en 1788, siendo reemplazado el 1º de agosto de 1789 por don José de Ezpeleta, hombre de gran ilustración que siguió las huellas de su predecesor en lo relativo a los adelantos culturales, fundando un semanario educativo y científico titulado "Papel periódico de Santa Fe de Bogotá", donde el virrey y otros cultores de las letras, de la filosofía y de la economía política, enriquecían sus columnas con valiosas colaboraciones.

El virrey Ezpeleta se dedicó también a la fundación de escuelas de primeras letras en la capital y en otras ciudades del virreinato. Y a la vez que bregaba por el perfeccionamiento de los estudios concernientes a la minería, se preocupaba por la beneficencia pública, creando un establecimiento donde los pobres y los detenidos por ociosidad, podían aprender un oficio.

La cultura en las postrimerías del virreinato

Con posterioridad, Caldas fundó la revista científica "Semanario de Nueva Granada" y aparecieron algunos periódicos de índole informativo.

Se distinguieron, asimismo, durante los últimos años del virreinato de Nueva Granada, el sacerdote Dr. Eloy Valenzuela, herborizador infatigable y descubridor de una mina de alumbre; Tadeo Lozano, autor de una obra titulada "La fauna cundinamarquesa", que estudió el hombre y la fauna de Nueva Granada; Salvador Matiz, gran botánico, que pintó numerosas láminas de la colección botánica del Instituto y descubrió algunas plantas. En fin, todos ellos dieron realce a la gran obra del Instituto de Ciencias Naturales de Santa Fe de Bogotá, hasta el momento de la revolución emancipadora.

XXIX

Capitanía General de Venezuela: su organización. Población, industria y comercio. Capitanía General de Cuba: su importancia en el comercio marítimo. Audiencia de Quito: su creación. Desarrollo de Guayaquil y Quito.

Antecedentes

Capitanía General de Venezuela: su organización. — La conquista de Venezuela comenzada por una expedi-

ción española al mando de Juan de Ampués que en el año 1527 había fundado el pueblo de Coro, fué interrumpida por la concesión hecha por Carlos V a favor de los Welser, con el fin de colonizar el territorio. Esta firma comercial alemana de Augsburgo, desde 1528, envió algunos contingentes de soldados y colonos españoles y alemanes que, dedicados luego a la caza y venta de esclavos indios, no hicieron ninguna fundación, faltando a lo que se habían comprometido, por lo que el rey les retiró la concesión (1546), volviendo el pueblo de Coro a manos españolas y a depender del gobierno de Santo Domingo.

Desde entonces, la colonización en Venezuela progresó, se repartieron equitativamente las encomiendas de indios y se obtuvo la ansiada pacificación del país.

Distintos gobernadores que se sucedieron, pusieron los cimientos de diversas poblaciones, como Tocuyo, Borburata, San Felipe de Buria, Barquisimeto y Trujillo. En 1560, el criollo Francisco Fajardo fundó la población de San Francisco, en el mismo sitio donde en 1567 el capitán Diego Losada levantó la ciudad de Santiago de León de Caracas, después de haber conquistado la región. Caracas fué más tarde la sede del gobierno de Venezuela.

Fundáronse luego, con el transcurso del tiempo, otras ciudades, entre las que se destacan La Guayra, Guanare, Cariaco, Barcelona, Puerto Cabello y Cumaná.

Organización del gobierno

Las poblaciones fundadas en Venezuela dependieron desde los primeros tiempos, unas, de la Audiencia de Santo Domingo, y otras, del virreinato de Nueva Granada, hasta que el rey Carlos III resolvió crear en 1773 la Capitanía General de Venezuela. Esta creación quedó cimentada definitivamente en el año 1786, al crearse la Audiencia de Caracas y poco después un Consulado o tribunal comercial.

La Capitanía General de Venezuela, cuya capital era la ciudad de Caracas, estaba dividida en siete provincias:

Caracas, Cumaná, Barcelona, Coro, Maracaibo, Barinas y La Guayra, más la isla de Margarita.

El obispado de Caracas fué transformado en arzobispado en 1803, dependiendo de él dos obispados.

A fines del siglo XVII se fundó en Caracas un colegio que dió origen un siglo después a la creación de la universidad (1795).

Población. — El número de habitantes de la Capitanía General de Venezuela era de unos 800.000 al finalizar la época colonial, siendo Caracas la provincia más poblada.

La población en general estaba compuesta de españoles, criollos, extranjeros, negros, indios, mestizos y mulatos, calculándose que a comienzos del siglo XIX el número de blancos era de 212.000.

Desde los primeros tiempos los indígenas de las costas venezolanas se habían mostrado hostiles a los conquistadores de sus tierras, habiendo cobrado mayor fuerza esa resistencia cuando se inició la venta de esclavos indios en los mercados de Coro.

La acción de los misioneros dejóse sentir también en Venezuela, dando comienzo a la evangelización del territorio los misioneros franciscanos, dominicos y jesuítas. En su oportunidad nos referiremos a la obra intentada en Cumaná por Bartolomé de Las Casas.

Industria y comercio. — El territorio de la Capitanía General de Venezuela se distinguió por la variedad y riqueza de sus producciones: cultivóse cacao, café, añil, tabaco, maíz, yuca, olivo, viñas, cereales y hortalizas en general. Figuraban, además, como productos que alimentaban el comercio de exportación el aceite de coco, el cachú, la vainilla, el nogal de la cochinilla, la morera de seda, gomas, resinas y plantas tintóreas, textiles y medicinales, entre las que se distinguía la famosa zarzaparrilla.

El añil recién empezó a cultivarse al finalizar el siglo XVIII, importado desde Guatemala por dos destacados

agricultores, los padres Orrendain y Arvide. Con el tiempo fué tal la demanda del añil de los valles de Caracas, que su cultivo convirtió en verdaderos vergeles zonas antes improductivas. Lo mismo ocurrió con el cacao que, por su superior calidad, logró ocupar el principal renglón del comercio de exportación del país; con el café, muy exquisito, y con el tabaco comparable con el que se producía en Virginia. El algodón indígena del país, de buena calidad, también se exportó en gran escala.

Se producía, además, buena y abundante miel, y desde la mitad del siglo XVI, se criaba gran cantidad de ganado vacuno, caballar, lanar, mular y cabrío.

El comercio

El comercio de exportación fué activísimo, distinguiéndose los puertos de La Guayra, Puerto Cabello, Maracaibo, Cumaná, Barcelona, etc. Desde ellos se exportaban las ricas cosechas de productos vegetales del país, cuyo comercio a fines del siglo XVIII llegó a la cifra de cuatro millones de pesos. A esta exportación hay que agregar la del tasajo y cueros secos, que también fué importante.

En 1634, los holandeses se habían instalado en la isla de Curazao, donde tenían una gran factoría destinada al comercio de contrabando con los puertos venezolanos, cuyas consecuencias inmediatas fueron aminorar las entradas fiscales de la Corona. Esto determinó al rey, en 1728, a conceder el monopolio exclusivo del tráfico en esas costas a una compañía de comerciantes vizcaínos, con la condición de extirpar el comercio de los contrabandistas holandeses.

Si bien la acción de la compañía fué favorable al desarrollo económico y al progreso de la colonia, sus abusos en el ejercicio del monopolio ocasionaron revueltas de los colonos y agricultores, que estaban obligados a vender sus productos de acuerdo con una tasa impuesta por la compañía, y estos desórdenes sólo terminaron cuando se dió debida satisfacción a los productores. La compañía de vizcaínos conservó la concesión hasta 1778.

Capitanía General de Cuba: su importancia en el co-

mercio marítimo. — La isla de Cuba había sido conquistada por el capitán Diego de Velázquez, que partió de Santo Domingo en 1511, durante la administración de Diego Colón, al frente de una expedición de 300 hombres. La conquista fué pacífica, y Velázquez pudo pronto completar la ocupación de la isla implantando los repartimientos e iniciando los cultivos de la caña de azúcar y del tabaco.

Desde entonces comenzaron a hacerse varias fundaciones que, con el tiempo, fueron importantes poblaciones, como Santiago, Trinidad, San Salvador, Puerto Príncipe y La Habana.

Antecedentes

En los primeros tiempos, el centro de la colonización española en las Antillas estaba en la isla Española, cuya capital, Santo Domingo, era la sede del gobierno, de la Audiencia y del arzobispado.

En 1630 comienza la penetración francesa en la parte occidental de la Española, donde los corsarios de esa nacionalidad establecidos en la isla Tortuga fundaron una pequeña colonia. La ocupación francesa, lejos de detenerse, se fué extendiendo en la isla, hasta que por un tratado firmado entre Francia y España en 1776, la última reconoce los derechos franceses en la parte occidental de la misma. La zona oriental de la Española queda bajo el dominio hispano como dependencia del virreinato de Méjico, hasta que en 1795 pasa a poder de Francia según lo establecido en la paz de Basilea firmada por ambas naciones.

La pérdida para España de sus posesiones de la isla Española ocasionó la salida en masa de gran número de familias españolas que se trasladaron a Cuba con todos sus bienes, y allí les fueron concedidos terrenos de cultivo que trabajaron e hicieron producir con su laboriosidad.

Gobierno

La Capitanía General de Cuba fué desde entonces el centro del gobierno español en las Antillas. En 1797 se creó una Audiencia en Puerto Príncipe, y desde comien-

zos del siglo XVIII, Santiago fué la sede del arzobispado.

Adelantos

Los adelantos de la isla fueron en aumento: La Habana a fines del siglo XVIII era una ciudad de 75.000 habitantes que contaba con un amplio arsenal naval y desde 1728 con una Universidad, fundándose luego el célebre Colegio de San Carlos.

Las producciones

La fertilidad de la tierra cubana y su ardiente clima contribuyeron a dotarle de una abundante y variada vegetación.

Los cultivos de tabaco, planta propia de la zona, de la caña de azúcar, café, cacao, añil, etc., fueron la principal fuente de recursos de la población y su exportación proporcionó a los colonos grandes beneficios.

En los primeros tiempos los colonos se dedicaron al laboreo de las minas y lavaderos de oro, extrayendo también gran cantidad de cobre.

El comercio marítimo

La gran riqueza natural de la isla y su situación geográfica la convirtieron pronto en gran centro de comercio marítimo, y aunque sus puertos sufrieron continuamente el ataque de corsarios y piratas extranjeros, gozaron de gran prosperidad comercial.

Esta prosperidad aumentó considerablemente a partir de 1778, cuando fué dictada la Pragmática de libre comercio, que concedía a las colonias de América grandes franquicias comerciales. Estas disposiciones se completaron con la concesión del tráfico libre de esclavos negros.

Los puertos cubanos, y sobre todo, el de La Habana, fueron verdaderos focos de comercio marítimo, y por ellos se exportaron el azúcar de los numerosos ingenios, y las cosechas de café, tabaco, cacao, añil, etc., llegando a representar ese comercio una cifra muy considerable.

Audiencia de Quito: su creación. — En el año 1564 fué creada la Presidencia o Reino de Quito, cuya capital, la ciudad de Quito, era la sede de una Real Audiencia. Esta, por intermedio de su presidente, ejercía el gobier-

no dentro de los límites jurisdiccionales, que abarcaban algo más de lo que hoy constituye la República del Ecuador, comprendiendo siete gobiernos subalternos: Guayaquil, Popayán, Cuenca, Macas, Quijos, Mainas, y Jaén de Bracamoros, a lo que hay que agregar dos tenencias y seis corregimientos.

La Audiencia de Quito era una dependencia política del virreinato del Perú, hasta que, al crearse en 1718 el virreinato de Nueva Granada, la Audiencia de Quito fué suprimida y el territorio sujeto hasta entonces a su jurisdicción pasó a depender del nuevo Virreinato en lo referente a lo político y administrativo, y de la Audiencia de Lima, en lo judicial.

Como recordaremos, la primera creación del Virreinato de Nueva Granada sólo duró hasta 1723, fecha en que fué suprimido, restableciéndose entonces la Audiencia de Quito.

Así las cosas, en 1739 se operó la segunda y definitiva creación del Virreinato de Nueva Granada, y la Audiencia de Quito, con los territorios sujetos a su jurisdicción, pasaron a depender política y administrativamente de este Virreinato.

La Iglesia

Desde el punto de vista religioso, algunas parroquias de la Presidencia dependían del metropolitano de Santa Fe de Bogotá, y otras, del residente en Lima. En 1545 fué erigido en Quito un obispado.

Los misioneros franciscanos, mercedarios, dominicos y jesuítas, actuaron allí desde los primeros tiempos, dedicados a la evangelización de los indios y a la enseñanza en general.

Producciones

La fertilidad prodigiosa del suelo unida a lo favorable de las condiciones climatéricas, hizo que la producción agrícola del territorio de la Presidencia de Quito adquiriese gran desarrollo. Allí pudieron aclimatarse maravillosamente las plantas traídas por los blancos de otras partes del mundo, y las plantaciones de la caña de azú-

car, del café y del algodón, adquirieron vigor y lozanía.

En la región de Guayaquil, fueron excelentes los cultivos de cacao y de tabaco y, en general, en todo el territorio se obtuvo buena producción de arroz, olivo, vainilla, yuca, plátano, maíz, trigo, cebada, árboles frutales, legumbres y hortalizas, exportándose gran cantidad de estos productos vegetales.

Progresó también la cría de ganado vacuno, caballar y lanar, que eran bien alimentados en las praderas naturales.

El puerto de Guayaquil

Desarrollo de Guayaquil y Quito. — El puerto principal del territorio sujeto a la jurisdicción de la Audiencia de Quito, era el de Guayaquil, considerado el quinto entre los más importantes de la América hispana. Por él se realizaba la mayor parte del comercio de exportación e importación, que era bastante activo no obstante las trabas existentes.

De Guayaquil se exportaban los ricos productos vegetales de la zona, llegando a la cifra de sesenta mil el número de fanegas de cacao que salían anualmente de ese puerto. A esto hay que agregar la exportación de manufacturas de lana y algodón confeccionadas en los telares y fábricas del interior, que se enviaban sobre todo al Perú.

Por otra parte, Guayaquil era también puerto de importación de productos y manufacturas de otras colonias, como el añil procedente del puerto de Acapulco, de donde llegaban también loza y productos orientales llevados a aquel puerto mejicano por la llamada urca o galeón de Manila. También se importaba añil de Guatemala; aguardientes, vinos y aceites del Perú, y harinas de Chile. A estos artículos debemos añadir los españoles y de otros países europeos, procedentes de Cádiz.

Este gran intercambio comercial con el exterior y el que se hacía con el interior del país, nos explica el desarrollo e importancia del puerto de Guayaquil.

Quito La ciudad de San Francisco de Quito fundada por el capitán Sebastián Benalcázar en diciembre de 1533, sobre las ruinas de la Quito indígena, adquirió durante los siglos XVII y XVIII importancia, en gran parte, por la situación geográfica, y porque la vida era allí naturalmente fácil hasta para las clases modestas.

Diversas obras públicas fueron dando relieve a la ciudad capital, destacándose los templos y edificios de las congregaciones religiosas que, como la Catedral, la Iglesia de la Compañía de Jesús y el Convento de San Agustín, con su hermoso pórtico, contribuyeron a embellecerla.

Desde los comienzos de la colonización fué grande la obra cultural de los religiosos en la ciudad de Quito: Al Colegio de San Buenaventura fundado por los franciscanos en 1567, sigue la fundación de otros, que como en el citado, se enseñaban las primeras letras a los niños blancos y algunas artes mecánicas a los indios. Poco tiempo después los jesuítas inauguraron el primer curso de estudios filosóficos, fundando luego el Colegio de San Luis y la Universidad de San Gregorio, cuyas cátedras estaban a cargo de ilustrados miembros de la Compañía de Jesús.

Por su parte, los dominicos fundaron a fines del siglo XVII la primera escuela pública de primeras letras. a lo que siguió la creación del Colegio y Universidad de San Fernando, que fueron la base de la Universidad de Santo Tomás de Quito, que Carlos III mandó instituir en 1786.

Bajo el influjo de estas casas de estudios y de la llamada "Sociedad Económica de amigos del país", que fomentó los estudios históricos, jurídicos y económicos, se produjo en Quito un despertar científico, literario, artístico y filosófico, que colocan a esta ciudad entre los más destacados centros culturales de las colonias españolas de América.

XXX

Capitanía General de Chile: área de su jurisdicción. La región de Cuyo. Dependencia del Virreinato del Perú. Guerra contra los indios. Reformas de 1776 - 1778; desmembramiento de Cuyo. Institución de la Capitanía General.

Capitanía General de Chile: área de su jurisdicción. — Al hacerse las concesiones de conquista y ocupación del continente sudamericano, la capitulación a favor del capitán Diego de Almagro, firmada por Carlos V el 21 de mayo de 1534, le acordaba el territorio a contar desde la proximidad del paralelo 14 de latitud sur, hasta la del 25, con un ancho de mar a mar. Esta fué la primera concesión hecha para la conquista de Chile.

Capitulación de Almagro

La segunda concesión fué otorgada por el pacificador del Perú, don Pedro de La Gasca, a favor de don Pedro de Valdivia, creando la gobernación de Chile, con fecha 18 de abril de 1548. Esta concesión comprendía el territorio limitado entre los paralelos 27 y 41 con 100 leguas de ancho, desde el océano Pacífico, hasta el meridiano 64, abarcando, por lo tanto, parte del territorio del Tucumán, que pasó a depender del Perú en 1563, y la región de Cuyo.

Concesión a favor de Valdivia

Estos límites fijados a la gobernación de Chile fueron ampliados en 1554 en tierras de la Patagonia, al prolongárselos por el sur, hasta el estrecho de Magallanes, conservando siempre la anchura de 100 leguas, a partir de las costas del océano Pacífico. Por real cédula de 1617, la Patagonia quedó sujeta a la flamante gobernación del Río de la Plata.

Modificaciones

La región de Cuyo. — Dentro de los límites fijados a la gobernación de Chile, por la concesión a Valdivia del 18 de abril de 1548, estaba comprendida la región de Cuyo, es decir, el territorio de las actuales provincias argentinas de Mendoza, San Juan y San Luis, más la

gobernación de Neuquén, y parte de la Pampa y Río Negro.

Fundaciones

En oportunidad, al estudiar la corriente conquistadora y colonizadora del oeste del actual territorio argentino, hemos hecho referencia a la fundación de la ciudad de Mendoza en 1561 por el capitán Pedro del Castillo, a la refundación de esta ciudad y fundación de San Juan por Juan Jufré en 1562, y finalmente, a la fundación de San Luis en 1596, ciudades que fueron los centros de formación de nuestras actuales provincias andinas.

La conquista de Cuyo y la fundación de las ciudades citadas, fueron realizadas durante las épocas de los gobernadores de Chile don García Hurtado de Mendoza y don Francisco de Villagra. Ambos, recomendaron a los capitanes que operaron esa ocupación, que se aproximasen todo lo posible hacia el este, teniendo por mira la obtención de una salida por el Atlántico, y la posibilidad en lo futuro de comunicarse con Europa a traves de ese océano, independizando así a Chile de la tutela económica del Perú. Para ello, expedicionó el capitán Juan Jufré hasta las serranías de Córdoba, en uno de cuyos valles estuvo a punto de fundar otra ciudad. La fundación de San Luis, en el camino que une a Córdoba con San Juan y Mendoza, marcó el límite oriental de los conquistadores de Chile para aproximarse al Atlántico.

Adelantos

La región de Cuyo adquirió bastante prosperidad durante su pertenencia a la jurisdicción de la gobernación de Chile, estando unidos sus principales centros, mediante buenos caminos, con la gobernación del Tucumán. El tráfico comercial se hacía con el empleo de carretas, abasteciéndose así aquellas regiones de los productos cuyanos, principalmente de sus buenos vinos.

Dependencia del virreinato del Perú. Guerra contra los indios. — La gobernación de Chile, dependió del virreinato del Perú hasta ser erigida en capitanía general, en 1778.

No obstante su dependencia en el orden político, administrativo y judicial, el virrey del Perú no estaba facultado para hacer las designaciones de gobernadores efectivos, que era atribución privativa del rey.

La Audiencia

En el año 1565, se creó una Real Audiencia en Concepción, a la que se confió el gobierno político y militar, pero en 1573, atendiendo el rey las repetidas quejas de los municipios, la suprimió. Recién en 1609, fué restablecida en Chile la Real Audiencia con sede en la ciudad de Santiago.

Los obispados

Los dos obispados con que contó el país eran dependientes del metropolitano de Lima.

Dificultades de la colonización por la lucha contra los indios

En la historia de la gobernación de Chile se destaca con severos rasgos la lucha terrible que los conquistadores tienen que llevar a cabo contra los indios araucanos, que, indómitos, defendieron con singular bravura, sus tierras y su libertad. Esta continua lucha hizo que los progresos fuesen necesariamente lentos, alcanzándose recién franco desarrollo en el orden económico y cultural, a mediados del siglo XVIII.

La lucha contra los araucanos comenzada por Valdivia cobró vigor en época del gobernador García Hurtado de Mendoza, que inició la penetración en el país de Arauco, logrando hacer llegar sus armas hasta Chiloé. Y esta guerra cruenta se continuó así durante el resto del siglo XVI, sin que los esfuerzos de los distintos gobernadores que se sucedieron pudiesen ponerle fin. Lejos de ello, la colonización se estancaba, las ayer florecientes villas eran repentinamente atacadas y destruídas por los indios, y el poder y la fama de los aguerridos soldados castellanos sufría en su reputación de invencibles.

En esta época los primeros lavaderos de oro produjeron escasos beneficios, y muchos fueron abandonados. Sin embargo, la ganadería y la agricultura fueron, en general, prósperas, lo que procuraba a los colonos un relativo bienestar.

En cuanto a los adelantos culturales, en estos primeros tiempos existía solamente una escuela dependiente de la catedral de Santiago, estableciéndose en el país, a fines del siglo XVI, misioneros jesuítas y agustinos. Pero en esta misma época, los españoles en retirada, abandonaban al indio envalentonado muchas poblaciones y comarcas, donde ya comenzaba a dar sus frutos la colonización.

Iniciado el siglo XVII, continuó la feroz lucha contra los araucanos, que siguieron mostrándose resueltos a morir, antes que aceptar la dominación española, no decayendo la intensidad de la misma, no obstante el envío que se hizo desde España de un fuerte contingente de tropas, y las recompensas y hasta indulgencias concedidas por el Papa a pedido de Felipe III, para los militares que cayeran en la lucha contra los indios, a fin de contar con soldados suficientes para continuar la guerra.

Varios intentos patrocinados por los misioneros jesuítas y acogidos bien por la corte, a fin de mejorar la vida del indio en las encomiendas, practicando una política pacífica y haciendo una guerra defensiva, fracasaron lamentablemente. Y algunos misioneros jesuítas que parlamentaron con caciques indígenas dándoles la seguridad de que las tropas no pasarían más allá del río Bío-Bío, penetraron en sus dominios, guiados por sus propósitos evangelizadores y fueron sacrificados bárbaramente. Los misioneros no pudieron reducir la arrogancia del araucano, y la guerra de Arauco continuó cada vez más terrible y sangrienta, pues los indios aleccionados por la estrategia de los españoles, y habiendo aprendido el manejo de sus armas, lograron prolongar la resistencia.

Pacto con los indios

La guerra duró casi dos siglos, y finalmente los españoles pactaron con los araucanos, fijándose los límites territoriales donde éstos permanecerían independientes, pero reconociéndose vasallos nominales del rey de Espa-

ña. Para defender las fronteras se construyeron fuertes y se organizaron milicias permanentes para servir de protección a las tierras conquistadas.

Sin embargo, la paz fué interrumpida de cuando en cuando por las acometidas de los indios, y la sumisión de la zona sureña de Chile recién se obtuvo en la época independiente, costando a los chilenos mucha sangre y grandes sacrificios.

Progresos lentos

Las circunstancias apuntadas hicieron que los colonos vivieran en medio de congojas y sobresaltos, debido a la incesante guerra con los indios, y por lo tanto los progresos de la colonización fueron escasos.

En Chile no fueron encontradas las ricas minas de metales preciosos que habían proporcionado fabulosas riquezas, como en el Perú y en Méjico. La fuente principal de recursos de la gobernación eran las minas de cobre.

La agricultura que relativamente había adquirido algún desarrollo, no tenía estímulo por la dificultad de exportar el sobrante de la producción agrícola; y por la misma razón, de los productos ganaderos, después del abastecimiento interno, sólo se aprovechaban los cueros para la fabricación de badanas, suelas, cordobanes, etc.

Las ciudades no podían alcanzar gran desarrollo, pues vivían continuamente bajo la amenaza del indio, que en ocasiones las saqueaba o destruía, lo que nos explica que algunas de ellas fueran refundadas varias veces.

La vida colonial

La sencilla y modesta vida de la colonia empezó con el tiempo a desaparecer, pues sus habitantes tuvieron, como en otras partes, una marcada inclinación por el lujo y la ostentación, que se manifestó cuando aparecieron las primeras fortunas: lujo en los adornos finos, en los vestidos, en las casas, en los muebles y vajillas de la gente acomodada y de los altos funcionarios, en visible contraste con la pobreza de la generalidad de los colonos. Si a esto se une la relativa facilidad en la obtención de los alimentos indispensables para la vida, nos explica-

mos la causa de que el hombre de pueblo, entre los que abundaba el mestizo, se mostrase reacio al trabajo y muy dado al ocio y a la vagancia.

Santiago

En ese tiempo, Santiago, que era una ciudad aislada por grandes distancias de los centros coloniales y de la metrópoli, contaba con una Audiencia y era el asiento del gobierno colonial, morando en ella la gente más pudiente. En ella se había concentrado la mayor parte de la actividad comercial e industrial del país, y el lujo ostentado por sus principales vecinos y lo frecuente de las festividades públicas, daban a Santiago cierta prestancia y animación.

La cultura intelectual

En punto intelectual, los padres jesuítas habían inaugurado clases de gramática y filosofía en diversas poblaciones, fundando en 1635 el famoso Convictorio de San Francisco Javier. A esta institución y a otra análoga fundada por los dominicos, se les concedió el título de universidades pontificias, donde los estudiosos podían graduarse de bachilleres, licenciados y doctores en teología.

En el terreno literario destácanse algunos escritores que revelan en sus obras, sobre todo, las congojas y la belleza de la titánica lucha contra el indio bravío: tales los poemas "La Araucana" de Alonso de Ercilla y Zúñiga, el poeta soldado, y "El Purén indómito" de Fernando Alvarez de Toledo, y otros destinados a pintar esa lucha, única en América.

El siglo XVIII: nuevos adelantos

Al advenimiento del siglo XVIII, las condiciones generales de la gobernación de Chile empezaron a variar fundamentalmente, debido a las medidas generales tomadas por los monarcas de la dinastía de Borbón con respecto a las colonias de América. Empezaron a exportarse cereales y otros productos al Perú, y el comercio se vió muy acrecentado con la implantación de los buques de registro, que tenían permiso especial para llevar mercadería de Cádiz a diversos puertos coloniales. El comercio de Chile con Buenos Aires, a través de la cordillera, fué intenso, comunicándose por ese lado con Eu-

ropa y suspendiéndose sólo en invierno, debido a las grandes nevadas.

Las minas de cobre aumentaron la producción considerablemente y el trabajo e industrias cobraron impulso. Se fundaron nuevas villas, como la de San Felipe de Aconcagua, Los Angeles, Talca, Melipilla, Rancagua, Curicó y Copiapó, en lugares estratégicamente situados. Santiago, Valparaíso y Concepción fueron adquiriendo importancia, rehaciéndose rápidamente, después de los terremotos y maremotos de 1730, que casi terminaron con estas ciudades.

Destácase en esta época la obra de las órdenes religiosas y sobre todo la de los padres jesuítas: construyense numerosos conventos, rodeados de productivos vergeles: cerca de las nuevas poblaciones se fundan granjas y se establecen talleres de industrias útiles.

Durante el gobierno de don José de Manso, que fué uno de los más progresistas gobernantes de Chile, se inaugura el 11 de marzo de 1747 el edificio de la universidad de San Felipe, en la ciudad de Santiago, comenzando recién a funcionar sus cursos en 1757. En esta célebre universidad, se dictaron con altura cátedras de filosofía, legislación, teología, cánones, medicina y matemáticas. Su biblioteca llegó a contar con más de cinco mil volúmenes.

La enseñanza primaria no era gratuita y adolecía de serios defectos. Se enseñaba a los niños a leer en libros de fábulas e historietas, y se les enseñaba el latín, cuando aun no tenían base gramatical suficiente para ello.

La concurrencia a la escuela, para una población tan diseminada como la de Chile, era sumamente difícil, por lo que las familias pudientes contrataban maestros que instruían a sus hijos en sus propios hogares. Los religiosos suplían en lo posible estas fallas. En los conventos de religiosas se educaba e instruía a las niñas, enseñándoles, además, conceptos generales y prácticos de la economía doméstica.

No obstante el aislamiento natural de Chile, debido a su situación geográfica, se destacaron algunos valores científicos, literarios y artísticos, sobresaliendo algunos cronistas, historiadores y naturalistas.

Reformas de 1776 - 1778; desmembramiento de Cuyo. Institución de la Capitanía General. — La época del reinado de Carlos III fué para Chile, como para las demás colonias hispanoamericanas, de grandes beneficios y de resurgimiento en el orden administrativo, económico y cultural.

Cuyo es separada de la gobernación de Chile

Por cédula real de 1776, se creaba el virreinato del Río de la Plata, pasando la región de Cuyo —hasta entonces perteneciente a la gobernación de Chile— a formar parte de ese virreinato.

La región de Cuyo, separada de Chile por la inmensa mole de los Andes, cuyas comunicaciones a través de ella permanecían poco menos que interrumpidas durante la época de las grandes nevadas invernales, mantuvo desde antiguo constantes relaciones y tráfico comercial con las gobernaciones del Tucumán y Río de la Plata, pasando a través de su territorio el tráfico entre Chile, el puerto de Buenos Aires y España. La proximidad de Cuyo con los territorios citados, con los cuales entró a formar parte, luego, del nuevo virreinato, hizo que su población, al mismo tiempo que se identificaba con la de aquéllos por sus vínculos comerciales y culturales, se distanciase cada vez más de la de Chile.

La separación de Cuyo significó una gran pérdida para la gobernación de Chile que recibió esa resolución real no sin grandes protestas, pues la privaba de una región que por su posición geográfica la aproximaba al estuario del Plata y a la ruta atlántica, la más cercana para sus difíciles comunicaciones y tráfico comercial con España.

Creación de la Capitanía general de Chile

Esta reforma se completó con la dispuesta por real cédula del 15 de marzo de 1778, creando la Capitanía General de Chile. Desde entonces Chile corta su tradi-

cional dependencia política, administrativa y militar con respecto al Perú, al reconocérsele su autonomía, como dependencia directa de la Corona.

Divisiones administrativas

La Capitanía General de Chile, limitada al norte por el virreinato del Perú, al este por los Andes que la separaban del virreinato del Río de la Plata, y al sur y oeste por el océano Pacífico, fué posteriormente dividida en dos intendencias, la de Santiago y Concepción, que a su vez llegaron a subdividirse en veintidós distritos o partidos.

Ciudades principales

Las principales ciudades de esta Capitanía, cuya población llegaba a medio millón de habitantes al finalizar el siglo XVIII, eran su capital, Santiago con 24.000 habitantes; Valparaíso, gran puerto comercial, y La Serena, Concepción y Valdivia.

El comercio

Las concesiones comerciales de Carlos III, y sobre todo la "Pragmática del libre comercio" de 1778, tan beneficiosas a la situación comercial de las colonias en general, fueron particularmente para Chile de gran importancia. Su comercio llegó a tres millones de pesos, incluyendo en esta cifra al realizado con el Perú, Buenos Aires y la metrópoli. Además, el comercio de contrabando practicado por barcos ingleses, franceses y holandeses, fué para Chile muy beneficioso.

Fuentes de recursos

Las fuentes de recursos de la Capitanía General de Chile siguieron siendo: sus yacimientos minerales, especialmente los de cobre; sus esmerados cultivos de cereales, principalmente de trigo, y el allí permitido de la vid y olivo. Sus ricos molinos procuraron abundantes harinas y sus vinos y aceites, compitieron ventajosamente con los peninsulares.

El Consulado

En 1795 creóse en Chile el tribunal comercial llamado consulado, a fin de proteger el tráfico e intervenir en los pleitos mercantiles, siendo a la vez una institución encargada de fomentar la agricultura y la industria.

Institutos de enseñanza

Por último, esta época de trascendentales reformas tuvo eco también en la faz cultural, inaugurándose en el edificio del convictorio fundado por los jesuítas —que habían sido expulsados en 1768— el colegio en homenaje a Carlos III llamado el Consistorio Carolino (1778). En este instituto se enseñaba latín, filosofía y teología. Data de este mismo año la fundación de una Academia, dependiente de la Universidad de San Felipe, donde se enseñaba la teoría y la práctica de los procedimientos jurídicos, a lo que se agregó por último un instituto de estudios comerciales, llamado Academia Comercial.

XXXI

Virreinato del Perú. Gobierno de los virreyes. Opulencia de Lima. El comercio. Las producciones. Desmembramiento del Virreinato.

Virreinato del Perú. — Consumada la conquista del rico Imperio Incaico, los españoles fueron organizando el gobierno y la administración en las tierras del Perú fundando ciudades como San Miguel, Trujillo, Huamanga y Lima (1535), siendo esta última la sede del gobernador y capitán general.

La importancia del país conquistado, sus inmensas riquezas en metales preciosos, el rico botín tomado a los indios y la extensión de la ocupación española hacia el sur, en las famosas tierras de la plata, hicieron que el Perú fuese considerado, desde los primeros tiempos, como la más valiosa colonia española de América.

El deseo de rápido enriquecimiento, las ambiciones de poder y las deficientes demarcaciones de las concesiones otorgadas a los primeros capitanes debido al desconocimiento geográfico del país, encendieron las sangrientas guerras civiles, cuyos hechos salientes ya hemos estudiado, guerras civiles que se continuaron por largo tiempo, aún después de establecido el Virreinato en 1542.

Jurisdicción

La jurisdicción del Virreinato del Perú abarcó, al prin-

cipio, todas las colonias españolas de América del Sur; pero la imposibilidad de que un solo gobierno pudiese regir en tan inmensos territorios, fué la causa determinante para que, paulatinamente, en distintas regiones, se crearan otros gobiernos coloniales dependientes del virrey del Perú, o independientes de él.

El primer virrey

Gobierno de los Virreyes. — Al crearse el Virreinato del Perú en 1542, el rey nombró virrey a Blasco Núñez de Vela, con el encargo de poner en práctica las nuevas leyes referentes a la sumisión de los indios. La poca habilidad del flamante gobernante y la codicia de los encomenderos cuyos intereses creían vulnerados, hicieron posible una gran sublevación que, organizada por Gonzalo Pizarro, logró posesionarse del poder después de la derrota y muerte del virrey en la batalla de Añaquito.

Antonio de Mendoza

Con la posterior llegada del pacificador Pedro de La Gasca terminó en el Perú el terrible período de las guerras civiles, tan sangrientas como inútiles, y cuando se hizo cargo del gobierno el segundo virrey don Antonio de Mendoza en 1551, la colonización del país estaba en vías de franco progreso.

El marqués de Cañete

A mediados de 1552, fallecía en Lima el virrey Antonio de Mendoza que, en su breve período gubernativo, había demostrado su ilustración y magnanimidad, siendo reemplazado por don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete.

Hombre ilustrado, conocedor a fondo de las cuestiones políticas y administrativas, el marqués de Cañete no desmintió en el gobierno esas condiciones. El nuevo virrey y su esposa fueron recibidos en Lima con singular pompa, convirtiendo a poco la capital virreinal, en el asiento de una verdadera corte.

Su primer acto de gobierno consistió en averiguar el motivo de los desórdenes y alborotos que de cuando en cuando se producían en el virreinato perjudicando su progreso, consiguiendo saber que de 8.000 españoles existentes en él, sólo 489 poseían indios y concesiones de

tierras, ocupando otros mil, funciones públicas. Los demás eran aventureros sin profesión ni trabajo, dados a organizar asonadas y tumultos. El virrey solicitó y obtuvo del rey la orden de expulsión de esos elementos de perturbación interna, reglamentándose desde entonces, la entrada al país de los nuevos colonos.

Organizó luego la administración, tomó medidas para moralizar las costumbres y desterró del Perú otros elementos turbulentos y díscolos. Asimismo, el marqués de Cañete organizó un respetable cuerpo militar de carácter permanente, mandó explorar el interior del país, fundó algunas poblaciones entre las que se destaca la ciudad de Cañete, e intentó efectuar la exploración del Amazonas

Por último, despachó a su hijo García Hurtado de Mendoza, a quien nombró gobernador de Chile, al frente de un cuerpo de 700 hombres con el fin de terminar allí la guerra contra los terribles araucanos.

No obstante su excelente obra de gobierno y la justicia de sus procedimientos encaminados a obtener la total pacificación del país, el marqués de Cañete, acusado ante la Corte por sus enemigos que eran los elementos por él desterrados para bien de la colonia, fué destituído de su cargo. Tal pena le produjo esta resolución del rey, que pronto enfermó, falleciendo en marzo de 1561, antes de la llegada a Lima de su sucesor.

Francisco de Toledo

Después del breve gobierno del nuevo virrey don Diego de Centeno, ejerció el mando el presidente de la Real Audiencia de Lima, hasta que, en 1569, fué nombrado virrey don Francisco de Toledo.

El gobierno del virrey Toledo cuya duración fué de trece años, se caracterizó por su obra de legislación y administración. La compilación de las ordenanzas expedidas por este virrey, en el llamado "Libro de las tasas", proporciona datos para juzgar su obra administrativa que fué de mucha trascendencia.

El virreinato fué dividido en distritos o corregimientos, estando al frente de cada uno de ellos un corregidor.

Cada municipio tenía su cabildo con sus alcaldes y regidores o cabildantes.

Con respecto a los indios el virrey Toledo encargó de su gobierno a cabildos formados por ellos mismos y presididos por alcaldes que eran sus propios caciques. Estos eran los encargados de cobrar los tributos que debían pagar los indios entre 18 y 50 años.

Pero el virrey Toledo también se ocupó de las cuestiones de orden espiritual dando impulso a las ciencias y a las letras, creándose en su tiempo la Real Universidad de San Marcos de Lima, de descollante fama, y en su Relación o Memoria que publicó al entregar el mando a su sucesor, consignó datos valiosos acerca de las costumbres y legislación colonial.

En los últimos tiempos de su gobierno el virrey Toledo empañó su actuación mandando al patíbulo a Tupac-Amarú, que era el último descendiente de los incas, acusado injustamente de organizar una sublevación. Esta infamia lo hizo impopular. Posteriormente, en España fué acusado ante el rey de malos manejos de fondos, confiscándosele todo el oro y plata traídos del Perú.

Otros virreyes

En el año 1581 el virrey Toledo había entregado el mando a su sucesor, don Martín Enríquez, que ya había desempeñado el mismo cargo en Nueva España, pero cuyo gobierno fué muy breve, pues falleció dos años después, haciéndose cargo del gobierno la Real Audiencia, hasta que el rey nombró virrey a don Fernando Torres y Portugal.

Atravesaba entonces el Perú tiempos difíciles debido a la producción de grandes terremotos, epidemias y escasez, hasta que, después de terminado este gobierno y después de algunos interinatos, fué designado virrey don García Hurtado de Mendoza, segundo marqués de Cañete (1590).

El 2º marqués de Cañete

Precedía al nuevo virrey justa fama por su feliz campaña en Chile contra los araucanos y bien venía al frente

del virreinato un hombre de su entereza de carácter y de su capacidad para el gobierno.

Efectivamente, el país fué favorecido por su obra de gobernante: fomento de la instrucción pública, mejoras materiales, y medidas humanitarias con respecto a los indios.

Como en la época de su padre, el Palacio de los Virreyes de Lima volvió a ser el centro de atracción de la mejor sociedad, la que formaba una verdadera corte, irradiando en toda la ciudad capital, el brillo de su cultura y el influjo de sus modales refinados.

Pero el segundo marqués de Cañete que gobernó en momentos críticos para las costas de las colonias por los ataques de los piratas como Drake, Cavendish y Hawkins, tuvo que contrarrestar esos ataques en las costas peruanas, fortificándolas convenientemente. En 1594, el puerto del Callao fué atacado por el pirata Hawkins, pero se le consiguió rechazar y perseguir tomándosele prisionero a él y a todos los tripulantes de su nave. Fué enviado preso a España, donde se le juzgó y condenó.

Otro suceso importante del gobierno de Hurtado de Mendoza, fué el descubrimiento de las islas llamadas Marquesas y también una sublevación ocurrida en Quito que, hábilmente, supo dominar.

En 1596, el marqués de Cañete pidió ser separado del gobierno por motivos de salud, siendo substituído ese año, por don Luis de Velazco.

Virreyes del siglo XVII

Las principales figuras de los virreyes que se sucedieron en el siglo XVII, son las siguientes: el marqués de Monteclaros, Diego de Benavides (marqués de Santisteban), Baltasar de la Cueva (conde de Castellar), el duque de la Palata y Melchor Portocarrero.

No mencionaremos los hechos ocurridos durante el gobierno de cada uno de estos virreyes: los principales serán tratados en general, al referirnos a los tópicos que van a continuación.

Opulencia de Lima. — La ciudad de Lima, llamada con razón la gran capital de la América española en la

parte meridional del continente, fué fundada por el conquistador don Francisco Pizarro el 18 de enero de 1535, dándosele originariamente el nombre de Ciudad de los Reyes en homenaje al monarca español y a su madre doña Juana.

El sitio elegido para la edificación de la ciudad, situado a dos leguas de la costa era el más conveniente, siendo hermoso y fertilísimo el valle bañado por el Rimac.

Su aspecto

El trazado de la ciudad obedecía a un plan armónico, cortándose sus calles en ángulos rectos. En la parte central existía una gran plaza, la Plaza Real, alrededor de la cual se levantaban los principales edificios públicos: el palacio del virrey, la Catedral y el palacio arzobispal. La parte oeste y sur de la plaza estaba rodeada de una serie de pórticos, destacándose el sitio ocupado por las tiendas minoristas que daban animación a la zona. En el centro de la plaza existía una magnífica fuente de bronce.

Hacia la parte norte de la plaza corre el río Rimac cuyo curso puede normalmente ser atravesado, excepto en la época veraniega, por los deshielos de las montañas cercanas. Desde 1610 existía el famoso puente de 500 pies de longitud construído sobre cinco arcos, que une Lima con el arrabal de San Lázaro.

Se destacaba en la Lima virreinal la hermosa Alameda que era un espléndido paseo en el que los naranjales formaban cinco deliciosas avenidas, proporcionando su sombra, su verdor, sus flores y aromas. Allí concurría todas las tardes, con sus coches, lo más granado de la sociedad limeña.

Construcciones

La frecuencia de los terremotos que, como el de 1746, la destruyó en gran parte, no fué impedimento para que Lima ostentase grandiosos edificios y templos construídos de piedra de sillería o de ladrillos; pero para precaverse de los estragos de los terremotos se acostumbraba construir las bóvedas de los templos de madera o de cañasta, imitando la piedra. Los edificios públicos y mansiones particulares se construían de ladrillo cocido y de un solo piso. También se empleaba el adobe en la

construcción de las viviendas, en general. Rodeaba a la ciudad una muralla de ladrillo de unos 20 pies de altura.

Su grandeza

La grandeza y opulencia de Lima comienza en el siglo XVIII, durante la época del rey Felipe V. La ciudad contaba entonces con 28.000 habitantes, de los cuales 9.000 únicamente eran de raza blanca, y desde esos tiempos Lima ejerce en la América del sur colonial verdadera hegemonía como centro político, social, militar y cultural.

La opulencia proverbial de la ciudad se derivaba de la suntuosidad de la corte virreinal y del hecho de ser Lima el asiento de la Real Audiencia, del Arzobispado, del Consulado, del Tribunal de Cuentas, de la Inquisición, etc.

La sociedad

La sociedad limeña compuesta por altos funcionarios civiles, eclesiásticos y militares, y por gente pudiente, se caracterizaba por su lujo, boato, costumbres refinadas y esmerada cultura.

Hombres y mujeres se vestían espléndidamente haciendo gala de rumbosa prodigalidad en sus trajes y adornos. Principalmente las damas se ataviaban con telas costosas usando alhajas valiosísimas de perlas y piedras preciosas, habiendo la emulación precipitado al despilfarro. No era extraño ver a una dama adornada con un aderezo de un gran valor, y lo que más llamaba la atención era que estos gastos de atavíos y adornos no eran privativos únicamente de las clases pudientes, sino que también las más humildes acostumbraban hacer esa clase de derroches.

La corte virreinal

La corte virreinal era realmente suntuosa. Cuantiosas eran las sumas cobradas por el virrey y los altos funcionarios en concepto de sueldos, etiqueta y viáticos. El virrey y los altos funcionarios llevaban, dentro del marco colonial, una existencia de grandiosa fastuosidad y de brillante boato.

La corte virreinal era en Lima, lugar mundano, donde

en fiestas, ceremonias y cortejos brillaba una sociedad de gustos y tendencias refinadas.

La guarnición militar

La guarnición militar de la ciudad de los virreyes, respondía a la importancia a ella asignada como centro del poderío español en esta parte de América, y se componía permanentemente de catorce compañías de infantería española de cien plazas cada una, y diez de caballería de cincuenta plazas. Además, existían otras siete compañías del gremio de mercaderes, ocho de indios y seis de mulatos y negros libres.

La Iglesia limeña

En el año 1541 se había erigido en Lima un obispado que en 1545 se le elevó a arzobispado del cual dependían, dentro del virreinato, cinco obispados, y que ejercía jurisdicción sobre los de Panamá, Quito, Santiago y Concepción.

Los templos

La primitiva iglesia de Lima fué la de la Asunción, nombre dado por Pizarro, que luego se le cambió por el de San Juan cuando se la convirtió en Catedral. Tres veces fué reconstruída la magnífica iglesia Catedral, la última después del terremoto de 1746, terminándose sus torres medio siglo más tarde.

En los templos había más ostentación de riqueza que de gusto artístico, pues el recargo de adornos lujosos no siempre respondía a una concepción estética aceptable. Sin embargo, destacábanse el convento e iglesia de San Francisco por su suntuosidad y por sus espléndidos claustros; la de Santo Domingo, muy venerada por reposar en ella los restos de Santa Rosa de Lima; y la de San Pedro y siete parroquias más, todas de arquitectura semejante.

Devoción de la población

La población limeña era muy religiosa y muy dada a las obras de beneficencia, lo que explica la abundancia de hospitales y asilos, para cuyo sostén colaboraban con su aporte la gente adinerada de la ciudad.

Conventos

Cada congregación religiosa tenía en Lima sus conventos, iglesias y capillas. Así, los dominicos tenían cuatro conventos, otros tantos los franciscanos y los agus-

tinos, tres los mercedarios, uno los benedictinos y cinco los jesuítas. Abundaban, además, los conventos de monjas, y todas estas casas religiosas eran a la vez escuelas de primeras letras y colegios.

La Universidad

La Universidad de San Marcos creada en Lima por orden de Carlos V en 1551 era un gran foco intelectual, cuyo influjo se hacía sentir en todo el virreinato.

La universidad estaba presidida por un rector renovable anualmente y se cursaba en ella estudios de teología, derecho, medicina y artes, es decir, humanidades y filosofía. También se instituyó en ella una cátedra de idioma quechua.

Colegios y escuelas primarias

Agregados a la universidad existían tres colegios reales: el de San Felipe y San Marcos, el de San Martín y un tercero, donde se cursaban estudios religiosos. A éstos hay que añadir seis colegios más que completaban el número de establecimientos de enseñanza media.

La enseñanza primaria se daba en las escuelas parroquiales, en las conventuales y en las sostenidas por el cabildo de la ciudad.

La imprenta y el periodismo

Lima en primer lugar y luego Cuzco —donde también existía una universidad creada en 1692— fueron los centros intelectuales del virreinato. Lima tuvo una imprenta desde 1584, que al comienzo se empleó casi exclusivamente para imprimir libros religiosos. El primer periódico noticioso apareció a mediados del siglo XVIII, y más tarde el "Mercurio peruano", que era una recopilación sobre asuntos científicos y literarios que publicó la "Sociedad de amigos del país" constituída por el virrey Gil Taboada y por varios eruditos.

El mismo virrey subvencionó la publicación de "La flora americana", y creó un establecimiento llamado Depósito Hidrográfico para la confección de cartas geográficas y una escuela de náutica.

En 1793 salieron a luz dos nuevas publicaciones: "La guía oficial del Virreinato" y "La Gaceta de Lima".

El comercio. — El desarrollo comercial del Perú fué de gran importancia desde las primeras épocas, habiendo sufrido las restricciones impuestas por España a todas sus colonias, de acuerdo a las ideas económicas dominantes en esos tiempos.

Se hacía un activo comercio con los puertos de Guayaquil, Panamá y hasta con el de Acapulco en Méjico, intercambiándose los productos entre esas colonias.

El comercio con la metrópoli realizábase por vía de Panamá. Ya explicaremos en su oportunidad la llegada periódica de las flotas y galeones a Portobelo y Veracruz, y la forma en que se comerciaba en la feria de Portobelo situado en el istmo de Panamá.

Desde la ciudad de Panamá partían los llamados galeones del sur cargados de mercaderías españolas rumbo al Callao, de donde esas mercaderías pasaban a Lima, para desde allí proveer al Perú y a las demás colonias. Por su parte, el Perú enviaba a España sus ricos productos minerales, su oro y su plata que, durante toda la época colonial llenaron las naves y galeones, patentizando la inmensa riqueza del país.

El contrabando

Teniendo en cuenta la riqueza del Perú y las trabas comerciales existentes, fácil es comprender que desde sus costas se desarrollara un intenso comercio de contrabando, que utilizaba la ruta del Cabo de Hornos, y era servido por naves inglesas, francesas y holandesas.

Franquicias del siglo XVIII

Este comercio ilícito perdió parte de su importancia, cuando durante el siglo XVIII, suprimido el sistema de flotas y galeones, se aumentó considerablemente el número de los buques de registro que traían directamente de España cargamentos de mercaderías y llevaban los productos peruanos. Pero el comercio legal aumentó a raíz de las franquicias otorgadas por Carlos III, que permitieron a todas las colonias comerciar con mayor liberalidad con la madre patria.

Supremacía comercial

Por otra parte, el Perú ejercía supremacía comercial sobre las gobernaciones de Chile, del Tucumán y del Río de la Plata, que dependían de aquel virreinato también en materia comercial. Lima no sólo era un foco comercial de primer orden dentro del Virreinato del Perú, sino que puede decirse que de ese punto de vista, también era considerado como un gran emporio en casi todas las colonias españolas de América del Sur.

Las producciones. — El suelo del Perú, fecundo y rico, contó con toda clase de productos tanto minerales como vegetales y animales, lo que dió lugar al desarrollo de una gran producción industrial.

Agricultura

La agricultura era practicada en gran escala por los antiguos habitantes del Perú, siendo la coca, el cacao, la papa, la quinoa, el maíz y variedad de plantas tintóreas y medicinales, las más conocidas por ellos. La importación que hicieron luego los blancos de semillas y su dedicación a nuevos cultivos, hicieron prósperos los de algodón, cereales, olivares y viñedos.

Ganadería

En cuanto a la producción ganadera, desde la época de la conquista se trajo al Perú ganado caballar, vacuno, lanar, etc., que se reprodujo admirablemente en las dehesas o establecimientos de campo peruanos, constituyendo una de las grandes fuentes de recursos del país.

Las minas de metales preciosos

Pero si la agricultura y la ganadería fueron prósperas en el Perú, su suelo excepcionalmente rico en minas de metales preciosos, proporcionó a los conquistadores inmensa riqueza.

La explotación de sus famosas minas de oro y plata que fué paulatinamente perfeccionándose, con la adopción de nuevos métodos, produjo fantásticos beneficios. No es extraño, pues, que las costas peruanas se vieran frecuentadas por corsarios y piratas de diversas nacionalidades en busca de buenas presas que, a la manera del famoso Francisco Drake, atacaban las naves y los puertos, consiguiendo incautarse muchas veces de estupendo

botín. Fué necesario fortificar algunos puertos como el del Callao, y organizar milicias permanentes, a fin de preservar al virreinato de la voracidad extranjera.

Manufacturas

Agregaremos que, en cuanto a manufacturas, fueron prósperos en el Perú, particularmente los telares, que produjeron telas de lana y algodón para la confección de toda clase de prendas de vestir, distinguiéndose la antigua industria de tejidos indígenas de vicuña, de gran valor.

Desmembramiento del Virreinato. — El territorio perteneciente al Virreinato del Perú fué paulatinamente desmembrado, constituyéndose, sucesivamente, los virreinatos de Nueva Granada (1718 y 1739), Río de la Plata (1776) y Capitanía General de Chile (1778), quedando así considerablemente reducidos los primitivos límites de este virreinato.

Límites

Sus límites, con estas reducciones, quedaron así: al norte, el virreinato de Nueva Granada; al sur, el virreinato del Río de la Plata y la Capitanía General de Chile; al oeste, el Océano Pacífico, y al este, la capitanía portuguesa de Matto Grosso.

Gobiernos del conde de Superunda y de Manuel Amat

El virreinato del Perú fué dividido en ocho intendencias, distinguiéndose en el siglo XVIII los gobiernos de los virreyes conde Superunda y de don Manuel Amat.

Durante el gobierno del primero, Lima fué destruída por el terrible terremoto de 1746, distinguiéndose este virrey por las providencias tomadas para auxiliar la población, y luego, para la reconstrucción de la ciudad.

Al virrey Amat, talentoso y dinámico, correspondió el mérito de haber informado a la metrópoli en 1775, puntualizando la necesidad de la creación del virreinato del Río de la Plata, teniendo en cuenta la riqueza, importancia de la población y situación geográfica de la inmensa zona que hasta entonces pertenecía, en gran parte, a la jurisdicción del gobierno de Lima y que, a partir de 1776, había de constituir el territorio del nuevo virreinato del Río de la Plata.

Conclusión

No obstante la reducción operada en el territorio del virreinato del Perú, que en 1791 contaba con un millón y medio de habitantes, continuaba siendo la más rica colonia y el centro principal del poderío español en América del Sur. El brillo de su capital, el rendimiento fabuloso de sus minas de metales preciosos, la excelencia de su producción agrícola e industrial, y su activísimo comercio, proporcionaron al virreinato del Perú rentas fiscales que oscilaban en seis millones de pesos, con las que se alcanzaba a cubrir los gastos de la administración, se auxiliaba a otras colonias como Chile y Nueva Granada, y todavía quedaba un remanente de un millón de pesos, que ingresaba al tesoro real.

XXXII

Las gobernaciones: a) del Río de la Plata. Desarrollo de la colonización. Hernandarias. Principales gobernadores.

Las gobernaciones: a) del Río de la Plata. — Con la renuncia al adelantazgo del Río de la Plata, hecha por Juan Torres de Vera y Aragón en 1593, termina de hecho el período de los adelantados, siendo reemplazado por el de los gobernadores. Con esto puede considerarse también terminado el período de la conquista, para dar lugar al de la colonización propiamente dicha. Desde entonces el Paraguay y el Río de la Plata dejan de ser concesiones mediante contratos especiales hechos por la corona a favor de particulares, para convertirse en dependencias sujetas al rey, representado por funcionarios llamados gobernadores.

Al abandonar Torres de Vera y Aragón la Asunción (1590), los vecinos de esta ciudad y los de Buenos Aires, en virtud de lo dispuesto por la real cédula de 1537, designaron popularmente gobernadores interinos, siendo elegido para la primera Hernando Arias de Saavedra y para la segunda Hernando de Mendoza.

Pero recién por cédula real del 16 de diciembre de

1617 —como lo veremos más adelante— se divide el territorio del Río de la Plata en dos gobernaciones: la del Río de la Plata, con capital en Buenos Aires, y la del Paraguay o Guayrá, con capital en La Asunción.

Con esta resolución real, cuatro fueron las gobernaciones de esta parte del extremo sur del continente sudamericano: Gobernaciones del Tucumán, Paraguay o Guayrá y Río de la Plata, dependientes de la jurisdicción del virreinato del Perú, y la de Cuyo dependiente de la jurisdicción de Chile. Estas cuatro gobernaciones, a partir de la fundación del virreinato del Río de la Plata en 1776, se refundieron en el mismo.

Desarrollo de la colonización. — La colonización en el Río de la Plata cobró bríos con la fundación de ciudades de capital importancia, como Santa Fe, segunda fundación de Buenos Aires, Concepción del Bermejo y Corrientes. Y cuando se produjo el alejamiento (1590) y luego la renuncia (1593) del último adelantado don Juan Torres de Vera y Aragón, la región del Río de la Plata que comprendía los territorios del Paraguay y Río de la Plata propiamente dicho, fué administrada hasta el año 1617 por gobernadores interinos, nombrados algunos por elección popular, otros por el virrey del Perú, o directamente por el rey.

Gobernadores interinos. Fernando de Zárate

El primero de los gobernadores interinos del Río de la Plata, nombrado por el virrey del Perú en 1593, fué don Fernando de Zárate, que ya lo era del Tucumán, rigiendo ambas gobernaciones hasta 1595. Así se dió término a los gobernadores interinos elegidos popularmente: Hernandarias en la Asunción y Hernando de Mendoza en Buenos Aires.

La designación de Fernando de Zárate estaba inspirada, sobre todo, por la necesidad de tomar enérgicas medidas contra el ataque de los piratas a la ciudad de Buenos Aires. En conocimiento de que el corsario inglés Hawkins se disponía penetrar en el río de la Plata, y an-

te la posibilidad de un serio ataque a la ciudad, Zárate ordenó la construcción de un fuerte, cuyo emplazamiento ocupó el sitio donde hoy se levanta la casa de gobierno, siendo el primer fuerte construído para la defensa de Buenos Aires.

Ramírez de Velasco

El gobernador Zárate fué reemplazado en 1595 por el ex-gobernador del Tucumán, don Juan Ramírez de Velasco, el que realizó un gobierno corto y sin importancia, dejándolo acéfalo por su fallecimiento ocurrido en 1597. Entonces por elección popular se eligió nuevo gobernador, resultando electo Hernando Arias de Saavedra.

Hernandarias. — Hernando Arias de Saavedra, o Hernandarias, como abreviadamente se le llamaba, era criollo, pues había nacido en La Asunción en 1561. Era hijo de Martín Suárez de Toledo y de María de Sanabria, que a su vez era hija del adelantado don Juan de Sanabria, y según lo acostumbrado en la época, usaba el apellido de uno de sus abuelos paternos.

Sus antecedentes

Hernandarias tenía antecedentes que lo prestigiaban como gobernante, pues había actuado como teniente gobernador de Corrientes en 1588 y como gobernador interino en la Asunción de 1590 a 1593. Además, había sido teniente gobernador en Santa Fe durante el gobierno de Fernando de Zárate (1593-95) e igual cargo había desempeñado nuevamente en La Asunción durante la administración de Ramírez de Velasco (1595-97).

Como militar había acompañado a Gonzalo de Abreu y a Hernando de Lerma, en sus expediciones colonizadoras del Tucumán, tomando parte asimismo en las expediciones fundadoras de Concepción de Bermejo y Corrientes, y en una campaña contra los indios que bajo la dirección de Garay —de quien era yerno— se llevó a cabo en la parte sur de la actual provincia de Buenos Aires.

Primer gobierno

Hernandarias tenía, pues, ganado justo prestigio, cuando en 1597 fué elegido gobernador, de acuerdo a

lo dispuesto por la real cédula de 1537, siendo confirmado luego, por el virrey del Perú.

Hombre inteligente, dinámico, poseedor de sentimientos altamente humanitarios, no desmintió en el ejercicio del gobierno la fama que le precedía.

Durante su primer período gubernativo, que va de 1597 a 1599, se ocupó preferentemente de mejorar la condición del indio sometido al régimen de las encomiendas, suavizando métodos y procedimientos.

Luego se ocupó en lo referente a la instrucción fundando algunas escuelas de primeras letras, con maestros pagados por los cabildos, y otras de artes y oficios para hacer del hombre de mañana, un útil artesano. Estas inquietudes revelan plenamente su visión de gobernante amante del bien público. Fomentó, además, el trabajo y las buenas costumbres y peticionó ante el rey a fin de que una parte de la flota mercante que llegaba a Portobelo, lo hiciese directamente al puerto de Buenos Aires, a fin de propender al adelanto económico de estas regiones.

De la Banda y Beaumont y Navarra

Esta gran obra de gobernante fué interrumpida por la llegada a Buenos Aires, en enero de 1599, de una flota al mando del nuevo gobernador designado por el rey para reemplazarle, Diego Rodríguez de Valdés y de la Banda, cuyo breve gobierno no dejó huellas apreciables en lo que se refiere al progreso de la colonia, falleciendo en Santa Fe, en diciembre de 1600. El substituto fué Francés Beaumont y Navarra que gobierna del año 1600 a 1602, después de cuyo período, Hernandarias ocupa de nuevo el gobierno, esta vez por designación real.

Segundo gobierno de Hernandarias

Este segundo período gubernativo de Hernandarias que se desarrolla por espacio de siete años (1602-1609) se distingue por el gran impulso que da a la vida y adelanto colonial en diversos matices. Impulsa el trabajo y la agricultura, estableciéndose en Buenos Aires el primer molino de trigo y la primera fábrica de tejas; fomenta el comercio con las costas del Brasil, a la sazón colonia española; hace una expedición en busca de la famosa ciudad de los Césares, avanzando unas doscientas leguas al

sur de Buenos Aires, creyéndose que llegó hasta los ríos Colorado y Negro; viaja e inspecciona mejorando las ciudades sujetas a su jurisdicción; fomenta la instrucción pública y propende al establecimiento de las misiones jesuíticas; dicta diversas disposiciones ordenando los archivos de cabildos y aduanas y la contabilidad para la percepción de la renta pública; manda reedificar las catedrales de Buenos Aires y Asunción; funda un hospicio de doncellas huérfanas, y todo —según él mismo lo declara—, "para que vaya en aumento esta tierra a la que debo amor de patria".

Marín de Negrón

Hernandarias es reemplazado en diciembre de 1609 por el nuevo gobernador Diego Marín de Negrón, durante cuya administración dicta sus célebres "Ordenanzas" el visitador Francisco de Alfaro, oidor de la audiencia de Charcas, que inspecciona la organización y métodos de trabajo a que se sometía a los indios en las encomiendas, aboliendo su servidumbre y reglamentando el trabajo personal de los mismos.

Por fallecimiento de Marín de Negrón, Felipe III, designó gobernador a Beaumont y Navarra, que ya había actuado en el Río de la Plata, en ese carácter, reemplazándole nuevamente Hernandarias.

Tercer gobierno de Hernandarias

Por tercera vez llegaba al gobierno Hernando Arias de Saavedra, designado por el rey el 7 de septiembre de 1614, haciéndose cargo del mismo desde 1615 a 1618.

Cédula Real de 1617: las dos gobernaciones

Este último período gubernativo de Hernandarias se caracteriza por dos hechos capitales: 1°) el establecimiento de las misiones jesuíticas, y 2°) la división de la región del Plata en dos gobernaciones, la del Río de la Plata y la del Paraguay o Guayrá, creadas por real cédula del 16 de diciembre de 1617.

Desde entonces, la gobernación del Río de la Plata, cuya capital fué la ciudad de Buenos Aires, comprendió el territorio de las actuales provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, la república del Uruguay, el territorio del Chaco y la Patagonia. Por su par-

te, la jurisdicción de la gobernación del Paraguay o Guayrá, que tenía por capital La Asunción, abarcaba el territorio actual de la república del Paraguay y zonas limítrofes del Brasil.

Causas de la división del Río de la Plata

Varias fueron las causas que tuvo en cuenta Hernandarias para proponer al rey Felipe III, la división del Río de la Plata en dos gobernaciones, medida sancionada por la Real Cédula del 16 de diciembre de 1617. Las principales fueron:

1°) La gran extensión territorial de la región del Río de la Plata, que hacía difícil su gobierno y administración, desde un solo centro gubernativo, obstaculizándose así la obra colonizadora.

2°) Era necesario proteger al puerto de Buenos Aires contra el ataque de los corsarios, la acción de los contrabandistas y las pretensiones de los portugueses que no desistían de la idea de apoderarse de las tierras de la margen oriental del río de la Plata.

3°) En igual forma era urgente que un gobierno establecido en La Asunción, vigilase especialmente las incursiones de los "mamelucos" de San Pablo, que organizados en bandas ("bandeirantes") asaltaban y saqueaban las colonias fronterizas. También había que defender las poblaciones norteñas del Paraguay contra los "malones" de los indios payaguás y guaycurúes.

4°) Por último, la importancia adquirida por Buenos Aires desde su refundación por Garay en 1580 era tal, que esta ciudad constituía indiscutiblemente el centro demográfico y comercial del Río de la Plata. Y mientras el foco colonizador más importante volvía a radicarse en el lugar geográfico y natural, a orillas del estuario del Plata, La Asunción, en franca decadencia, una vez hallado el camino al Perú, no podía ser la capital de toda la zona.

Esta decadencia del Paraguay se acentuó luego, por la falta de inmigración blanca, por su choque continuo con los "mamelucos" del Brasil que destruyeron varias de sus ciudades y se apoderaron de parte del territorio de la

antigua Guayrá, y por la implantación de las misiones jesuíticas que le restaron importancia.

Los primeros gobernadores

El primer gobernador del Río de la Plata, fué Diego de Góngora, que se hizo cargo del gobierno en 1618. Por su parte, don Manuel Frías fué el primer gobernador del Paraguay, que recién en 1621, llegó a La Asunción para asumir sus funciones.

Agregaremos que como complemento de la Real Cédula de 1617, se crea en 1620, el Obispado de Buenos Aires, nombrándose primer obispo a fray Pedro Carranza. El asiento de la diócesis del Río de la Plata había estado hasta entonces en La Asunción.

Ultimos años de Hernandarias

Terminada su última gestión gubernativa, Hernandarias se radicó en Santa Fe, hasta su muerte en 1634. Vivió allí ejemplarmente, libre de todo boato y respetado como un padre de la patria. Hombre ilustrado, prudente y generoso, había sido realmente un funcionario ejemplar, celoso del bien público, atento a las necesidades de la colonia, avizor del porvenir de la misma. Por eso, los ministros de la Casa de Contratación de Sevilla, dispusieron que se colocase su retrato en una de sus salas, entre las efigies de los varones ilustres de Indias.

Principales gobernadores. — Previamente consignaremos la nómina cronológica de los gobernadores del Río de la Plata, en los siglos XVII y XVIII:

SIGLO XVII

Diego de Góngora: 1618-22.
Alonso Pérez de Zalazar: 1622-24.
Francisco de Céspedes: 1624-32.
Pedro Esteban de Avila y Enríquez: 1632-38.
Mendo de la Cueva y Benavídes: 1638-40.
Ventura Mojica: 1640-41.
Interinatos de Pedro Rojas y Andrés de Sandoval: 1641-41.
Jerónimo Luis de Cabrera: 1641-46.
Jacinto de Lariz: 1646-53.
Pedro Luis de Baigorri: 1653-60.
Alonso de Mercado y Villacorta: 1660-63.
José Martínez Salazar: 1663-74.
Andrés de Robles: 1674-78.
José de Garro: 1678-82.
José de Herrera: 1682-91.
Agustín de Robles: 1691-1700.

SIGLO XVIII

Manuel de Prado Maldonado: 1700-03.
Alonso Juan de Valdés Inclán: 1703-08.
Manuel de Velasco: 1708-12.
Alonso de Arce y Soria: 1712-14.
Baltasar García Ros: 1714-17.
Bruno Mauricio de Zavala: 1717-34.
Miguel de Salcedo: 1734-42.
Domingo Ortiz de Rosas: 1742-45.
José de Andonaegui: 1745-56.
Pedro de Cevallos: 1756-66.
Francisco de Paula Bucarelli: 1766-70.
Juan José de Vértiz y Salcedo: 1770-76.

Antecedentes

Con respecto a los principales gobernadores y los hechos acaecidos durante sus períodos gubernativos, los anotaremos a continuación, ciñéndonos a aquellos de mayor importancia.

La serie de gobernadores del Río de la Plata se inicia con Diego de Góngora en 1618, y termina con Juan José de Vértiz y Salcedo, por haberse creado en 1776, el virreinato del Río de la Plata, inaugurándose así el último período de la época colonial.

La época de la gobernación puede dividirse en dos períodos bien caracterizados. El primero, comprendido entre los años 1618 y 1680, no se distingue por hechos notables: el monopolio comercial traba el desarrollo de la colonia, el contrabando asume vastas proporciones, los ataques de los indios son frecuentes, y la vida colonial sin mayores alternativas se agita de cuando en cuando por las reyertas entre los funcionarios civiles y eclesiásticos, tan enconadas como inútiles. Los adelantos son realmente precarios.

El segundo período (1680-1776), se caracteriza por los largos conflictos coloniales con Portugal, provocados por la fundación llevada a cabo por los portugueses de la ciudad de Colonia del Sacramento en la margen septentrional del estuario del Plata, en 1680. Estos conflictos, que absorben casi por completo la vida colonial durante este período, se prolongan, con treguas, en gran parte del siglo XVIII y sólo terminan, definitivamente,

por el tratado de San Ildefonso de 1777. De estos sucesos trataremos, especialmente, más adelante.

Diego de Góngora

La época de la gobernación se inicia, como dijimos, en el Río de la Plata, con el gobierno de Diego de Góngora (1618-1622), prestigioso militar, que inició sus actividades, sometiendo después de duros combates a los indios charrúas del Uruguay, expedicionando asimismo contra los indios de la región del río Bermejo y del sur de Buenos Aires, que asolaban las poblaciones con sus terribles "malones".

Procesado por haber traído consigo, de contrabando, un valioso cargamento de mercaderías, a su paso por las costas del Brasil, tuvo que buscar refugio en el colegio establecido por los jesuítas, donde falleció en 1623.

Alonso Pérez de Salazar

Durante el gobierno de Alonso Pérez de Salazar (1622-1624), se funda, por gestiones hechas ante el rey por los comerciantes de Lima, la llamada Aduana Seca de Córdoba, para servir de dique de contención al comercio de contrabando, que, ascendiendo del puerto de Buenos Aires, competía victoriosamente contra la corriente comercial del norte. Las mercaderías de este comercio ilícito debían pagar en la Aduana de Córdoba, para seguir hacia el norte, un 50 o|o de su valor.

Francisco de Céspedes

El hecho principal del gobierno de Francisco de Céspedes (1624-1632), es la fundación del pueblo de Soriano a orillas del río Negro en la Banda Oriental, que en sus comienzos fué una reducción establecida allí por los franciscanos.

Pedro Luis de Baigorri

Merece hacerse notar especialmente la descripción de la ciudad de Buenos Aires, hecha por Ascárate Du Biscay, llegado a esta ciudad en una nave holandesa que contaba con permiso comercial. Este viajero llegado en 1658, durante el gobierno de Pedro Luis de Baigorri, dice en su trabajo que la ciudad de Buenos Aires se componía de unas 400 casas de paredes de barro, de techos de paja y cañas, y de un solo piso. Todas tenían grandes patios, y en los fondos de los mismos, grandes huertos de

cabo por los indios misioneros, sin duda aconsejados por los padres jesuítas, se le conoce con el nombre de guerra guaranítica, cuyo estallido es una consecuencia directa del tratado de Permuta.

Durante esta guerra, cuya duración abarca el período comprendido entre los años 1753 y 1756, las fuerzas españolas y portuguesas se aunaron para luchar contra los indios de las misiones orientales, que con valor y tenacidad defendieron sus pueblos, formados por su esfuerzo y trabajo. Pero al fin pudieron ser reducidos, no obstante lo cual los pueblos componentes de las misiones orientales no fueron entregados a Portugal, pues cuando había comenzado su evacuación, Fernando VI, dándose cuenta del error cometido al firmar el tratado de Permuta, autorizó al nuevo gobernador de Buenos Aires, don Pedro de Cevallos, la suspensión de los trabajos de demarcación.

Anulación del tratado de Permuta

Habiendo ascendido al trono de España, el rey Carlos III (1759), por fallecimiento de Fernando VI, el nuevo soberano celebró un tratado con el rey de Portugal (1761), anulando el de Permuta, restableciéndose la situación existente con anterioridad a 1750, en lo referente a los dominios hispano-portugueses de América.

XXXVI

España y la guerra de los Siete años: el Pacto de Familia. Paz de París. La cuestión de las islas Malvinas.

Antecedentes

España y la guerra de los Siete años: el Pacto de Familia. — En el curso del siglo XVIII, después de los tratados de Utrecht (1713) y de Rastadt (1714) que terminaron con la guerra de Sucesión de España, la política europea, sumamente complicada, no permite conservar la armonía continental por mucho tiempo. Después del arreglo definitivo de la Sucesión de España obtenido recién por el tratado de Viena de 1725, firmado por el emperador Carlos VI y Felipe V de España, re-

nunciando éste a sus pretensiones en Italia, un nuevo conflicto perturba la paz continental: la guerra de Sucesión de Polonia (1733-38). A este conflicto sucede después de corto tiempo la guerra de Sucesión de Austria (1740), que termina con la paz de Aquisgrán de 1748. Pero aquí no finaliza este continuo período de guerras europeas, pues como consecuencia de la guerra de Sucesión de Austria, se produce otra, la guerra de los Siete años (1756-63).

El desequilibrio europeo, que ocasiona estos continuos conflictos, es producido por la aparición en el siglo XVIII de dos nuevas potencias, Prusia y Rusia, que con Francia, Austria e Inglaterra, completan el cuadro de las grandes potencias de Europa en esa época, diferenciándose substancialmente de lo que acontecía en el siglo anterior, durante el cual las naciones del continente estaban supeditadas, en cuanto a política exterior, a uno o dos países predominantes.

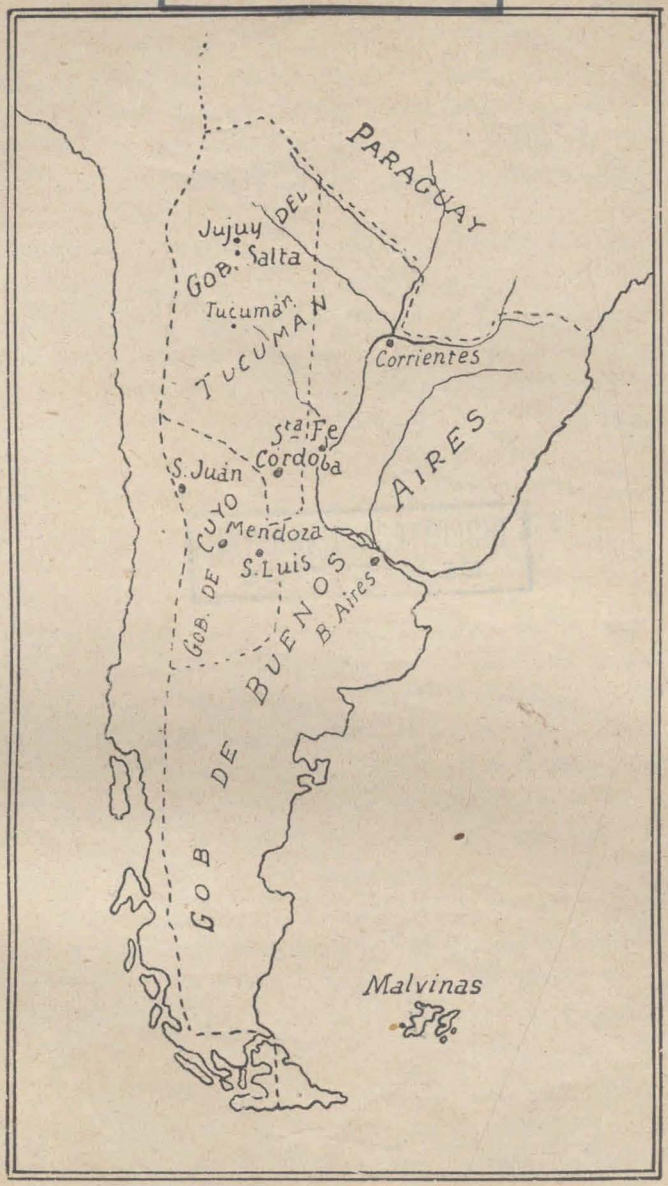
Todas estas guerras continentales tuvieron repercusión principalmente en las colonias de América y de Asia meridional, provocando luchas coloniales en las que se vieron envueltos Inglaterra, Francia, España y Portugal, resultando Inglaterra la verdaderamente victoriosa, habiendo acrecentado su poderío colonial, su comercio, su riqueza y su prestigio.

La guerra de los Siete años

La guerra de los Siete años (1756-63), originada por el deseo de María Teresa de Austria de desquitarse y recuperar la Silesia que, a raíz de la guerra de Sucesión de Austria había quedado en poder de Prusia, fué como todas las de esta época, una guerra general europea con repercusiones coloniales.

En esta lucha, Austria contó, al comienzo, con la alianza de Francia, Rusia, Suecia, Polonia, Sajonia y la mayor parte de los príncipes alemanes. En el campo contrario se agrupaban Prusia e Inglaterra, ingresando, luego, al primer grupo, España y al segundo, Portugal.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Las Gobernaciones del Río de la Plata.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

La intervención de España. El Pacto de Familia

Durante el desarrollo de la guerra de los Siete años, Inglaterra había logrado grandes triunfos en las colonias de América, apoderándose de la Colonia francesa del Canadá, con la colaboración de sus colonos de América del Norte. Además, había favorecido el establecimiento de los portugueses en la margen oriental del río de la Plata, con el fin de obtener ganancias en el comercio de contrabando.

Fué teniendo en cuenta estas últimas circunstancias que el rey Carlos III de España se decidió, en 1761, a firmar con Luis XV de Francia, el pacto de Familia, denominado así, porque los soberanos que lo subscribieron pertenecían a la familia de Borbón. A este pacto se asociaron, poco después, los príncipes Borbones de Parma y Nápoles.

El resultado del pacto de Familia, fué la intervención de España en la contienda, pues al año siguiente de su concertación, sobrevino la guerra entre España e Inglaterra.

Portugal, que hasta entonces no había intervenido, fué obligado a ello porque España y Francia le declararon la guerra, considerando que su neutralidad sólo podía favorecer los designios de Inglaterra.

La intervención de España en la guerra a favor de Francia, no libró a esta última de su desastre en la América del Norte, perdiendo España, por su parte, Cuba y Filipinas, conquistadas por Inglaterra.

Se reanuda la cuestión de la Colonia

En cuanto al Río de la Plata, el conflicto con Portugal, suscitó de nuevo la cuestión de la Colonia del Sacramento, ciudad que había quedado en poder de Portugal, al no cumplirse y luego anularse el tratado de Permuta de 1750.

Cevallos toma la Colonia

La gobernación del Río de la Plata tenía a su frente, en esa época, a un militar y gobernante de relevantes condiciones, don Pedro de Cevallos que, en conocimiento de la declaración de guerra de España a Portugal, reunió y organizó un fuerte ejército con el que atacó las fortalezas recientemente reforzadas de la Colonia del Sacra-

mento, consiguiendo vencer la resistencia de la guarnición portuguesa, que tuvo que capitular (octubre de 1762).

Tomada la Colonia, y después de haber rechazado un fuerte ataque llevado contra la plaza por una escuadrilla anglo-portuguesa, Cevallos decide marchar sobre Río Grande del cual se habían apoderado los portugueses indebidamente, estableciendo allí algunas poblaciones y fortines. Para la realización de su empresa, Cevallos atraviesa con sus fuerzas la campaña uruguaya y penetra en Río Grande, logrando reconquistarlo casi por completo, cuando recibe órdenes de suspender las operaciones militares, pues se terminaba de firmar la paz de París (1763), que ponía fin a la guerra de los Siete años, restituyéndose la Colonia del Sacramento a Portugal, no así Río Grande, que quedó en poder de España.

Paz de París. — La paz de París de 1763, que puso fin a la guerra de los Siete años en Europa, tiene gran trascendencia desde el punto de vista colonial, significando para Francia la pérdida de sus posesiones y ambiciones en la India y la de sus colonias de América, que pasan a engrosar el ya enorme poderío colonial inglés.

Con respecto a España y Portugal, ella constituye una nueva tregua en el conflicto ya casi secular, originado por la posesión de la Colonia del Sacramento y el dominio de la costa septentrional del estuario del Plata, quedando la citada ciudad en posesión de Portugal, y Río Grande, recientemente conquistado por Cevallos, en posesión de España.

Como dijimos, la verdadera vencedora en esa larga contienda, había sido Inglaterra, a la cual Francia cede el Canadá, los territorios de la orilla izquierda del Misisipí y numerosas islas en el Mar de las Antillas, entre ellas, las de San Vicente, Domínica y Tabago, renunciando asimismo Francia a sus pretensiones sobre la India.

Además de la adquisición de estas posesiones coloniales francesas, Inglaterra incorpora a sus dominios la

Florida, transferida por España a cambio de la restitución de Cuba y las Filipinas que habían caído en poder de Inglaterra.

Finalmente, para indemnizar a España de la pérdida de la Florida, Francia le cede la Luisiana.

La paz de París significa, pues, un enorme acrecentamiento del poderío colonial inglés, ensanchando en América del Norte los límites territoriales de sus colonias, las cuales, en la lucha sostenida contra los franceses del Canadá, templaron su espíritu para la posterior obtención de su propia independencia. En cambio, para Francia, esta paz significa su desaparición como gran potencia colonial en América, pues apenas conserva, desde entonces, algunas islas en el mar de las Antillas, como la Deseada, Martinica, Marigalante, Guadalupe, etc., las pequeñas islas de San Pedro y Miquelón en las proximidades de Terranova y la Guayana en la América del Sur.

A todo esto, debe agregarse, que la posición colonial consagrada por la paz de París, da a Inglaterra tal importancia de orden comercial, que obliga a España a defenderse en ese terreno de su formidable competidora en América.

La cuestión de las islas Malvinas. — Las islas Malvinas fueron descubiertas, según ya lo hemos expresado, por el marino holandés Sebald de Weert, que las avistó el 24 de enero de 1600, y no por Vespucio, Magallanes o los piratas ingleses Davis, Cavendish o Hawkins, como se ha afirmado con frecuencia.

Origen del nombre

Las Malvinas, llamadas originariamente Sebaldinas, en homenaje a su descubridor, fueron visitadas por el escocés Cowley en 1684, el que las llamó islas Pepy, recibiendo en 1762 el nombre de Malouines, dado por el armador francés Saint Jean, en homenaje al puerto de Saint Maló del cual había salido. Este nombre se convirtió, por el uso, en Malvinas.

El nombre de Falkland, como la denominan los ingleses fué dado al comienzo por el marino inglés Strong al es-

trecho que separa las dos principales islas y que él navegó (1690), habiendo adjudicado el mismo nombre al archipiélago, el marino inglés Byron, en 1766.

Cuestiones suscitadas por su posesión

La posesión de las islas Malvinas dió lugar a que se suscitasen cuestiones durante el siglo XVIII entre España y Francia y entre aquélla e Inglaterra.

Bougainville: Puerto Luis

Un navegante francés, Luis Antonio de Bougainville tomó posesión de las Malvinas en 1764, fundando en la más oriental una colonia destinada a la pesca de la ballena, que denominó Puerto Luis.

España reclamó ante la Corte francesa por esta ocupación, alegando que las islas eran parte integrante de sus posesiones coloniales de América, obteniendo su restitución en 1767, mediante el pago a Francia de una fuerte suma que España hizo efectiva con recursos fiscales de Buenos Aires. Desde entonces, los españoles llamaron a Puerto Luis, Puerto Soledad.

Byron y Macbride: Puerto Egmont

Mientras se debatían estas cuestiones por la posesión de las Malvinas entre España y Francia, un marino inglés, John Byron, desembarcó en un islote cercano a la más occidental, fundando una colonia con el nombre de Puerto Egmont (1776). Este mismo marino dió el nombre de Falkland a todo el archipiélago, que es con el que figura hasta ahora en las cartas inglesas.

Puerto Egmont fué fortificado, poco después, por el capitán Macbride, que procediendo de acuerdo a órdenes del gobierno inglés, lo convirtió en un pequeño apostadero naval. Después de cierto tiempo, los ingleses intimaron al comandante español de Puerto Soledad, para que en un plazo perentorio desalojase la isla, por entender que todo el archipiélago era pertenencia de Gran Bretaña.

El conflicto

Esta actitud de Inglaterra provocó la presentación de protestas y reclamaciones de España ante el gobierno inglés, pues aparte de haber sido vulnerada su indiscutible soberanía sobre las islas, el apostadero fundado allí por

los ingleses, significaba una seria amenaza para las extensas costas patagónicas pertenecientes a la gobernación del Río de la Plata.

Estas consideraciones determinaron al gobierno español a impartir órdenes al gobernador Francisco de Paula Bucarelli, para que, a la vez de efectuar un reconocimiento de las costas del sur, procediese a la expulsión de los ingleses, si éstos no abandonaran de inmediato las islas Malvinas.

Desalojo de los ingleses

Con tal fin, dando cumplimiento a las órdenes recibidas, Bucarelli despachó un navío de guerra al mando del comandante de la Real Armada, Juan Ignacio Madariaga que, después de intimar la retirada de los ingleses de Puerto Egmont, como éstos se resistiesen, los desalojó con el empleo de la fuerza (1770).

Nueva ocupación inglesa

Este acto de fuerza llevado a cabo en defensa de los legítimos derechos que asistían a España, provocó la más formal protesta de Inglaterra, estando a punto de estallar un conflicto armado entre los dos países, motivado por la cuestión que nos ocupa. Pero como una guerra con Inglaterra era en esos momentos para España un grave riesgo, ésta optó por resignarse a condenar la actitud de Bucarelli, restituyendo Puerto Egmont a los ingleses, que lo ocuparon nuevamente, en 1771.

Esta restitución había sido hecha por España, dejando a salvo sus derechos de soberanía con respecto a las islas Malvinas, y en una cláusula secreta del convenio celebrado se declaraba que, después de cierto tiempo, cesaría la ocupación inglesa, restituyéndose allí la soberanía española.

Nueva ocupación española

Efectivamente, en 1774, los ingleses levantaron su apostadero de Puerto Egmont, evacuando las islas que, poco después, fueron recuperadas por los españoles.

Conclusión

Las Malvinas quedaron en poder de España, y más tarde de las Provincias Unidas del Río de la Plata, hasta que en 1833, Inglaterra se apoderó de ellas nueva-

mente, expulsando por la fuerza a las autoridades argentinas constituídas en Puerto Soledad.

La Argentina ha heredado de España los derechos de posesión de las islas Malvinas y no ha cesado de protestar ante Inglaterra por la ocupación indebida de esas islas, considerando que "la cuestión de las Malvinas es cuestión pendiente", lo que implica que nuestro país no reconoce y no reconocerá jamás esa ocupación extranjera en esa parte de nuestro territorio nacional.

CAPITULO DECIMOTERCERO

EL GOBIERNO COLONIAL

XXXVII

El Rey. El Consejo de Indias. La Casa de Contratación.

Las instituciones creadas por España para ejercer el gobierno de sus colonias de América, respondían a las ideas predominantes en los siglos XVI, y sobre todo, en el XVII.

Durante esta época en todas las naciones de Europa occidental, sin omitir a Inglaterra, se había impuesto el sistema monárquico absoluto como una reacción al régimen feudal imperante en la Edad Media.

Ahora bien: el descubrimiento de América y el comienzo de su conquista, había sido hecho en nombre y por cuenta de la Corona de Castilla y León, de modo que sus tierras constituyeron propiedad exclusiva de la Corona, quedando anexadas a ella. Y cuando a partir del reinado de Carlos V, con la unión de Castilla y Aragón, comenzó a constituirse la unidad política española, consolidada definitivamente durante el reinado de Felipe II, las colonias castellanas de Américas pasaron a depender de los reyes españoles en condición de tierras anexadas a la Corona. De modo que las colonias hispano-americanas, nunca fueron una dependencia del Estado español, sino que constituyeron propiedades particulares de la Corona, vinculadas a España por la común soberanía del rey.

Autoridades del gobierno colonial

La Corona de Castilla y de León primero, y luego la española, fueron creando desde la iniciación de la dominación en América, diversas autoridades que se cons-

tituyeron paulatinamente. para ejercer el gobierno colonial.

Estas autoridades se pueden dividir en metropolitanas y "residentes".

Constituían las primeras, el rey, suprema autoridad, el Consejo de Indias y la Casa de Contratación, que desde España, ejercían el gobierno de las colonias de América, conjuntamente con las segundas que tenían su sede en América, a las que se llamaba "residentes". Estas últimas estaban constituídas por los adelantados, gobernadores, capitanes generales y virreyes que ejercían el poder ejecutivo dentro de sus respectivas jurisdicciones; y por las audiencias, cabildos y consulados, que eran cuerpos compuestos de varios miembros, con atribuciones propias.

Diremos para terminar que no existió en el gobierno colonial una centralización absoluta, pues las autoridades que lo constituían, aunque tenían separadamente marcado su rol y radio de acción, se complementaban mutuamente existiendo entre ellas grados de dependencia, de control y hasta de equilibrio, habiéndose establecido el principio de la renovación temporaria de los funcionarios que ocupaban los cargos públicos.

El Rey. — Según lo dijimos, la época en que se realizó la conquista y colonización española de América, se caracteriza por el absolutismo monárquico. Los reyes de las principales naciones de Europa ejercían el gobierno derivando su autoridad del derecho divino que les asistía *como representantes de la voluntad de Dios.* De modo que, no era la voluntad del pueblo la que primaba en esas naciones, sino la de los reyes. De ahí que las instituciones creadas, tanto en la metrópoli como en las colonias, fuesen la expresión directa de la voluntad real.

Por consiguiente, como consecuencia de estas teorías, los reyes ejercían el gobierno en forma absoluta, contando con la obediencia pasiva de sus súbditos, anulándose así, en lo que respecta a España, las viejas libertades cas-

tellanas y aragonesas que, desde tiempos muy antiguos habían limitado la autoridad de los reyes.

De lo expuesto, se deriva la autoridad omnímoda que ejercían los reyes también en el orden colonial, siendo ellos los encargados de crear los organismos de gobierno; de dictar las leyes y reglamentaciones pertinentes; de nombrar y remover los funcionarios y empleados de la administración; así como también, de firmar contratos y de otorgar concesiones de diversa índole para el gobierno, administración y negocios coloniales.

El gobierno colonial, cuyos organismos componentes hemos agrupado en autoridades metropolitanas y "residentes" emanaban, pues, de la suprema autoridad del rey, y su creación respondía al deseo de éste de que ella se ejercitase en forma conveniente y adecuada.

El Consejo de Indias. — La autoridad y jurisdicción suprema en los asuntos de las Indias Occidentales o simplemente de Indias, como llamaron los españoles a América, estuvo a cargo de un organismo que llegó a contar con veintiún miembros, denominado Consejo de Indias.

Su origen

Durante los primeros tiempos del Descubrimento, se encargó de las cuestiones de Indias a un miembro del Consejo Real de Castilla, ejerciendo esas funciones en calidad de ministro de las Indias, el arcediano Juan de Fonseca. Luego, se fué formando, dentro del Consejo citado, una sección especial o junta a la que se encargó de lo atingente a asuntos de Indias, que fué el origen de donde emanó el Consejo de Indias, constituído formalmente por Carlos V, en 1524.

El Consejo de Indias se originó, pues, en el seno del Consejo Real de Castilla, que desde antiguo había constituído un instrumento valioso para imponer la autoridad real.

Atribuciones

El Consejo de Indias fué constituído al comienzo, por miembros eminentes "que eran personas probadas en costumbres, nobleza y limpieza de linaje, temerosas de Dios y escogidas en letras y prudencia", según reza lo

dispuesto por la reglamentación pertinente, dándose con el tiempo cabida en él, con preferencia, a personas que, además de llenar los requisitos apuntados, hubiesen desempeñado funciones en Indias, con altura, inteligencia y honestidad.

El Consejo de Indias entendía en asuntos de carácter ejecutivo, legislativo y judicial, ejerciendo su jurisdicción en forma suprema, no reconociendo, excepción hecha del rey, autoridad capaz de modificar sus actos de gobierno. Por eso, se le llamó con razón, Consejo Supremo.

En el orden ejecutivo, el Consejo de Indias tenía la facultad de efectuar las correspondientes propuestas al soberano para proveer los titulares de las altas funciones políticas de las colonias, como virreyes, capitanes generales, gobernadores, etc., que representaban al rey en sus respectivas jurisdicciones.

En el orden legislativo sus funciones iban desde la redacción de las leyes, hasta formular los reglamentos y disposiciones para encauzar el gobierno, la administración y la legislación en Indias. Todo esto lo realizaba el Consejo de Indias con el visto bueno real, pues, previamente a sus resoluciones, consultaba al rey acerca de las mismas.

La obra legislativa del Consejo de Indias formada por resoluciones, leyes y reglamentos dictados para ser aplicados en las colonias, fué recopilada con el nombre de "Recopilación de Leyes de Indias", que fué promulgada por el rey Carlos II, en 1680.

Esta Recopilación o código, de gran valor legislativo, nos da a conocer — no obstante las deficiencias políticas, sociales y económicas de algunas de sus leyes y disposiciones — el alto espíritu que inspiró su elaboración, al propender al mejoramiento del gobierno y administración, espíritu repetidamente defraudado en la práctica, como lo veremos oportunamente.

Desde el punto de vista judicial, las funciones ejercidas por el Consejo de Indias eran las del más alto tri-

bunal de apelación, para la resolución en última instancia de ciertos fallos de las Audiencias, que a su vez, eran los tribunales superiores instalados en las colonias. También podía apelarse ante el Consejo de Indias algunos asuntos importantes de orden comercial fallados por la Casa de Contratación.

Además, el Consejo de Indias tenía a su cargo la resolución, en definitiva, de los juicios de residencia a que eran sometidos los altos funcionarios de Indias, al terminar sus mandatos.

La jurisdicción del Consejo de Indias abarcaba pues, todo lo que tenía relación con el gobierno y administración de las colonias de América, disponiendo además, todo lo concerniente a la organización militar y de la Iglesia, proponiendo al rey la designación de las personas para ocupar las altas dignidades eclesiásticas en las colonias, por corresponder al soberano el derecho de patronato.

La Casa de Contratación. — Completaba las autoridades metropolitanas, la Casa de Contratación establecida en Sevilla, en 1503, de acuerdo a las instrucciones dispuestas para su fundación, el 2 de enero del mismo año.

Funciones originarias

En los primeros tiempos, la Casa de Contratación tuvo a su cargo el suministro de toda clase de elementos empleados para llevar a cabo trabajos destinados a la colonización en Indias. Pero más tarde, al quedar constituído el Consejo de Indias, y a medida que fué pasando la época de las exploraciones de las costas y reconocimientos de las tierras del inmenso continente descubierto, la importancia de ciertas funciones de la Casa de Contratación, relacionadas con estas actividades, mermó considerablemente, a la vez que iba adquiriendo otras, que puntualizaremos a continuación:

Nuevas funciones

Cuando recién se fundó la Casa de Contratación se la destinó para que en ella se depositaran las mercaderías en general, que de España se enviaba a Indias, y los productos procedentes de las nacientes colonias, convirtiéndose, más tarde, en una institución cuyo rol era el de

efectuar la fiscalización y el de encauzar todo lo referente al comercio colonial.

De acuerdo a estas últimas atribuciones, era la Casa de Contratación la encargada de reglamentar la salida de las flotas mercantes que, periódicamente partían para las Indias, del puerto de Sevilla, teniendo que seguir en la travesía una ruta determinada y tocar puertos coloniales españoles, fijados con antelación.

Antes de partir las flotas mercantes, las mercaderías tenían que ser revisadas por los empleados de la Casa de Contratación, y el tonelaje de las naves debía ser establecido por la misma, estando asimismo a su cargo, el control y revisión de los convoyes mercantes que regresaban de Indias, realizando la liquidación de la parte de los beneficios que correspondían al rey.

Funciones judiciales

Más tarde, la Casa de Contratación fué investida de funciones judiciales, que la convirtieron en un tribunal de comercio, a cuyo cargo estaba la resolución de asuntos comerciales, interviniendo en los casos de violación de los reglamentos que regían la actividad comercial, y en los delitos, en general, perpetrados a bordo de las naves que efectuaban el intercambio con Indias.

La Casa de Contratación resolvía además, en apelación, los casos elevados a su consideración fallados por los consulados, que eran tribunales comerciales establecidos en las colonias, pudiéndose apelar de los fallos de la Casa de Contratación ante el Consejo de Indias.

Funciones geográficas y científicas

La Casa de Contratación tenía también funciones de carácter geográfico y científico, como el levantamiento de mapas coloniales y de cartas marítimas.

Traslado a Cádiz

Cuando en 1718, fué necesario habilitar el puerto de Cádiz por ser más amplio y cómodo que el de Sevilla, dado el vuelo adquirido por el tráfico comercial con Indias, la sede de la Casa de Contratación fué trasladada a aquel puerto.

Desde Cádiz, una vez suprimido el sistema de flotas y galeones y la política comercial del puerto y de la ruta únicos, que regía para el tráfico con Indias desde

1561, la Casa de Contratación continuó juzgando, como alto tribunal, los asuntos concernientes al comercio con las colonias, concediendo permisos a las naves que realizaban dicho tráfico, registrando en sus libros, controlando y autorizando la salida de los llamados buques de registro, y tomando todas las disposiciones para aplicar las nuevas normas establecidas en materia de comercio.

XXXVIII

Adelantados, Gobernadores, Virreyes y Capitanes Generales.

Hasta aquí nos hemos referido a las autoridades metropolitanas, o sea las que tenían su sede en España. Pero para completar su acción, estas autoridades necesitaban de otras establecidas en las colonias, que ejerciesen allí el gobierno directo, completando el organismo total del gobierno colonial.

Estas autoridades llamadas "residentes" por funcionar en las colonias fueron, unas unipersonales, y otras, compuestas de varios miembros. De las primeras trataremos a continuación:

Adelantados. — Al iniciarse la conquista y colonización de la América hispánica, se creó el sistema del Adelantazgo, cuya institución tiene sus raíces en la época de la reconquista cristiana efectuada en España contra los moros, cuya duración —contando las treguas— fué de más de siete siglos (718-1492).

En esos tiempos, nobles y grandes cristianos, recibían de sus soberanos, tierras, títulos y beneficios, cuando costeando y dirigiendo expediciones ayudaban en la obra de la expulsión de los infieles, adelantando en las fronteras, el territorio reconquistado a los mismos. El título que recibían era el de Adelantados, es decir, gobernadores y dueños de las tierras que habían reconquistado, por concesión expresa del rey.

A poco del Descubrimiento, el sistema fué empleado en Indias, siendo el primer adelantado, según las Capitu-

laciones, el mismo Almirante y luego su hermano don Bartolomé Colón, título que después fué conferido a tantos otros conquistadores, que como Balboa, Pizarro y Almagro, desempeñaron gran papel en los primeros pasos de la exploración y conquista de América.

El adelantado era un particular que celebraba un contrato o capitulación con el rey, comprometiéndose a costear y equipar por su cuenta y riesgo una expedición destinada a la conquista y colonización, en América, de determinado territorios, cuyos límites se establecían en las respectivas capitulaciones, debiendo de acuerdo a las mismas, fundar ciudades, fortines y propender a la evangelización de los indios.

Por su parte, el soberano le cedía los derechos del gobierno político y militar sobre el territorio capitulado, atribuyéndole asimismo el derecho de sucesión, pues generalmente el contrato se celebraba por dos o más vidas. pudiendo ceder o vender sus derechos con anuencia real.

El sistema del adelantazgo, —implantado por primera vez en el Río de la Plata en 1534, a favor de don Pedro de Mendoza— tenía la ventaja de estimular la realización de la conquista y colonización de las nuevas tierras, alentando el esfuerzo particular de aquellos que la emprendían; pero adoleció del grave defecto de poner frente a frente el interés político del gobierno, con el comercial del Adelantado, que sólo aspiraba a obtener en su empresa los mayores beneficios.

Comprendiendo esto, después de más de medio siglo de existencia, el sistema fué suprimido por el rey Felipe II, reemplazándoselo por el de los gobernadores.

Gobernadores. — Una vez suprimido el sistema de los Adelantados, fué substituído por el de los Gobernadores, que eran funcionarios que se diferenciaban esencialmente de los anteriores por representar la autoridad del rey en sus respectivas jurisdicciones, pero como simples delegados de aquél. Eran en una palabra, funcionarios a

sueldo de la Corona, para ejercer el gobierno civil y militar en una zona determinada.

Los gobernadores dependían directamente del virrey o capitán general, pues ejercían sus funciones en las gobernaciones dependientes de los virreinatos o en las provincias en que se dividían las capitanías generales, siendo jerárquicamente los que seguían en autoridad a la de aquéllos.

Como estaban subordinados a virreyes o capitanes generales, recibían órdenes de éstos, pero también solían recibirlas directamente del rey en cuestiones de capital importancia. Su nombramiento era efectuado directamente por el monarca, o por el virrey o capitán general de su dependencia, pero necesitando en estos casos, la confirmación real.

Cuando la zona de su mandato era muy extensa, y comprendía numerosas poblaciones, el gobernador podía nombrar un teniente para gobernar y administrar en su nombre, en ciudades y regiones determinadas de la misma. También para las plazas fuertes se designaron gobernadores militares que dependían del gobernador en cuya jurisdicción estaba la ciudad fortificada.

Por último, cuando por muerte, ausencia o imposibilidad material o moral del gobernador titular, se producía la acefalía del gobierno, el pueblo podía, en el Río de la Plata, a contar desde la famosa Real Cédula de 1537, nombrar popularmente un gobernador interino, que podía ser reemplazado por orden del rey o autoridad colonial superior, o confirmado en el mando, requiriéndose siempre, en último término, la confirmación real.

Virreyes y Capitanes Generales. — En oportunidad nos hemos referido a las modificaciones que se fueron operando en las primitivas divisiones de las colonias hispano-americanas.

Divisiones políticas y administrativas

En los siglos XVI y XVII, la América española se dividía en dos virreinatos, el de Nueva España o Méjico, creado en 1534 y el del Perú en 1542. Luego se or-

ganizaron los virreinatos de Nueva Granada (con sus dos creaciones de 1718 y 1739) y el del Río de la Plata en 1776, fundándose asimismo ocho capitanías: Nueva Méjico, Guatemala, Venezuela, Chile, Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y Luisiana, reducidas a comienzos del siglo XIX, a cuatro: Guatemala, Cuba, Venezuela y Chile.

Los territorios de los virreinatos y capitanías generales, por ser muy extensos, se subdividieron a su vez política y administrativamente, en gobernaciones, provincias, presidencias, corregimientos e intendencias.

Funciones de los virreyes y capitanes generales

Los virreyes y capitanes generales eran los funcionarios jerárquicamente superiores, destacados por el rey en las Indias, donde lo representaban directamente, ejerciendo la autoridad ejecutiva en el ejercicio del gobierno político, administrativo y militar dentro de sus respectivas jurisdicciones. De ellos dependían directamente los gobernadores y demás funcionarios que estaban al frente de las subdivisiones y dependencias políticas y administrativas de sus virreinatos o capitanías generales, estando facultados para dictar bandos a fin de reglamentar y poner en práctica las disposiciones del rey, dentro de sus respectivos límites jurisdiccionales.

Como delegados directos del rey en el ejercicio del gobierno ejecutivo, a virreyes y capitanes generales, les correspondía ejercer el derecho de vice-patronato, para el nombramiento de los titulares de algunos cargos eclesiásticos y la designación de algunos empleados de la administración colonial.

Les correspondía también ejercer la presidencia en los altos tribunales coloniales llamados Reales Audiencias o simplemente Audiencias. Estos cuerpos debían ser consultados por el virrey o capitán general en ciertos asuntos de carácter administrativo y en cuestiones referentes a la hacienda real.

Prohibiciones

Las leyes de Indias, tan celosas de la integridad y honestidad de los funcionarios representantes del rey, enunciaban una serie de preceptos prohibitivos que, limitando

la órbita de actividad social y económica de virreyes y capitanes generales, les aseguraban, teóricamente, condiciones de independencia e imparcialidad para el mejor desempeño de sus altas funciones.

Efectivamente, estos funcionarios no podían casarse en la colonia a su cargo, ni permitir que lo hiciesen sus hijos, para librarlos de vínculos afectivos que pudieran comprometer su acción de gobernantes. Tampoco podían asistir a bodas ,entierros y otras ceremonias que los vinculase con sus gobernados, y en otro orden de cosas les estaba asimismo vedado por la ley, dedicarse a actividades de índole comercial, comprar propiedades, etc.

En la práctica, lo que la ley establecía era letra muerta y dada la corrupción imperante en el gobierno y administración colonial, desempeñar un cargo importante en Indias, máxime cuando se trataba de virreyes o capitanes generales, era asegurar beneficios que llevaban a rehacer una fortuna o forjarla cuando no había existido...

Los virreyes de Nueva España, y principalmente los del Perú, llevaban una vida verdaderamente fastuosa, rodeándose de una corte, comparable por su brillo y suntuosidad mundana a las cortes reales. La corte virreinal de Lima era de un lujo fastuoso y las ceremonias, fiestas y reuniones sociales de diversa índole, implicaban gastos exorbitantes. Estos datos nos habilitan para juzgar que las previsiones juiciosas y mesuradas de la ley respectiva, en la práctica, pocas veces eran cumplidas.

Juicio de residencia

Al terminar su gobierno tanto los virreyes y capitanes generales, cuyos períodos duraban de cuatro a seis años según fuese la voluntad real, eran sometidos, como otros funcionarios coloniales (gobernadores, oidores, etc.), al llamado juicio de residencia.

El juicio de residencia consistía en una investigación o sumario referente a los actos cometidos por el dimitente, llevado a cabo por un funcionario designado expresamente para "residenciarlo", en el lugar donde aquél había desempeñado sus funciones.

El magistrado sometido al juicio de residencia debía

permanecer en el lugar hasta quedar terminada la revisión de sus actos, para lo que se acostumbraba citar por bando al pueblo, pudiendo presentar sus quejas con la inclusión de las pruebas, aquellos que lo juzgasen conveniente. El fallo era dictado por el Consejo de Indias.

El rey podía eximir del juicio de residencia a funcionarios cuya actuación había sido notoriamente satisfactoria. Esto favorecía, en ocasiones, a quienes merecían todo lo contrario, pesando en otras, las influencias en la Corte, para que el fallo resultase favorable.

XXXIX

Audiencias, Cabildos y Consulados. — Las principales autoridades "residentes" compuestas de varios miembros, fueron las Audiencias, los Cabildos y los Consulados, siendo las primeras, los más altos tribunales coloniales de justicia, llenando además otras funciones; los segundos eran corporaciones municipales, y los últimos, tribunales de comercio y juntas de protección y fomento comercial e industrial.

Audiencias. — Las Reales Audiencias eran los más altos tribunales de justicia que, para administrarla en nombre del rey, se fueron organizando en Indias, a medida que la expansión colonizadora hizo necesario la creación de organismos judiciales de tanta importancia .

Atribuciones

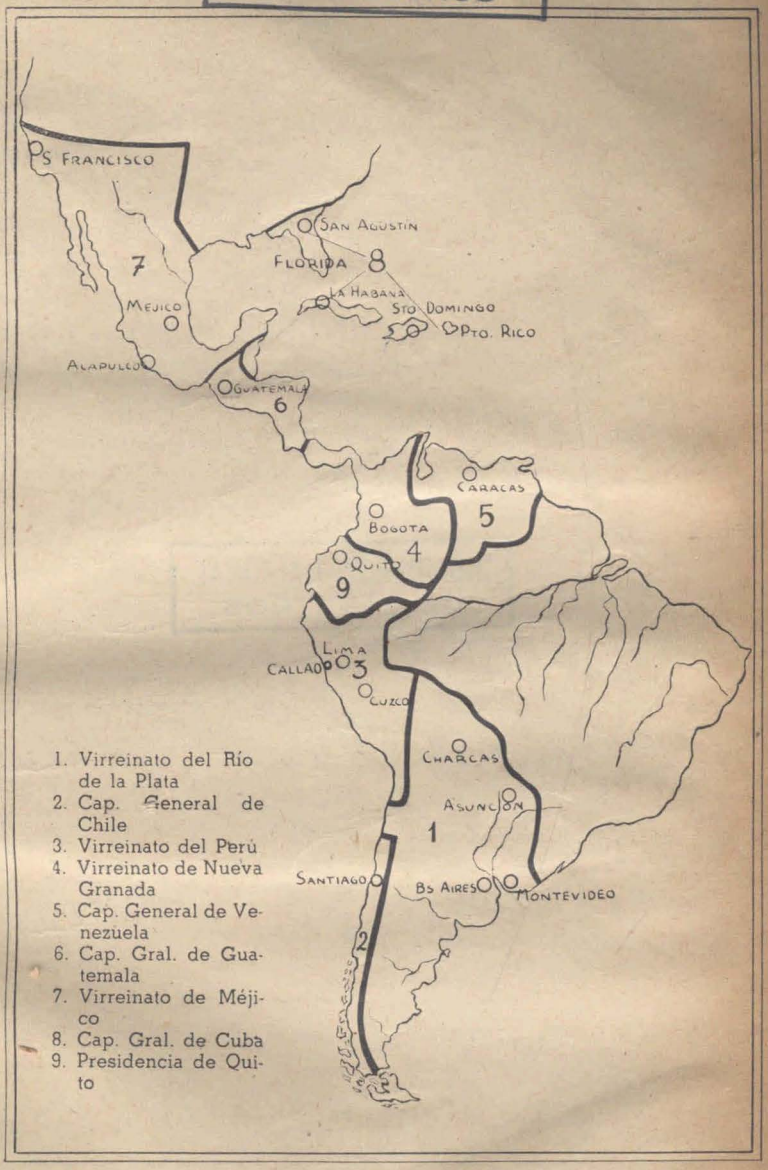
Pero no solamente las Audiencias fueron tribunales de justicia, sino que se agregaban a sus atribuciones judiciales, otras de carácter político, que les dieron gran ascendiente dentro del mecanismo del gobierno colonial.

Atribuciones judiciales

Como organismos de justicia, las Audiencias, cuyos miembros se denominaban oidores, constituían los más altos tribunales existentes en las colonias, administrando justicia en segunda instancia en asuntos de carácter civil y criminal. La justicia en primera instancia estaba a cargo de los alcaldes ordinarios de los Cabildos, pudiéndose apelar de sus sentencias ante las Audiencias.

Los fallos de las Audiencias eran inapelables, excepto en asuntos civiles de más de 6.000 pesos fuertes: en

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Divisiones políticas y administrativas de la América española.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

estos casos podía recurrirse ante el Consejo de Indias, el que producía sentencia definitiva.

Atribuciones políticas, etc.

Las Audiencias completaban su condición esencial de tribunales superiores, con atribuciones políticas que hacían de ellas organismos de colaboración y contralor de los actos del poder ejecutivo.

Efectivamente: las Audiencias colaboraban con los virreyes, capitanes generales y gobernadores, para el mejor gobierno de las colonias a su cargo, asesorándoles en las cuestiones de capital importancia, evitando los excesos del poder y entendiendo en las quejas presentadas a causa de resoluciones ejecutivas conceptuadas injustas. Además, intervenían en los juicios de residencia instaurados a gobernadores y corregidores.

Los oidores frecuentemente hacían recorridas por las ciudades y pueblos situados dentro de su jurisdicción, a fin de cerciorarse del trato dado por las autoridades a los pobladores, vigilando, asimismo, la conducta de éstos con respecto a los indios, a quienes los oidores prestaban su protección.

Era también privativo de las Audiencias intervenir en los conflictos suscitados entre las autoridades civiles, eclesiásticas o comunales, a fin de evitar perturbaciones en el gobierno de las colonias.

Su constitución

Las Audiencias eran presididas por el virrey o capitán general, y en caso de acefalía del gobierno, estos funcionarios eran reemplazados por el oidor más antiguo, representando a toda la Audiencia, que entonces asumía poderes ejecutivos, recibiendo el nombre de Audiencia gobernadora. Ya muy avanzada la época colonial, se creó el cargo de regente, cuyas funciones dentro de la Audiencia, eran de suma importancia.

Los oidores eran designados por el rey, siendo funcionarios amovibles mientras durara su buena conducta. En su calidad de funcionarios que, aparte de jueces tenían atribuciones de carácter político, gozaban de gran ascendiente en la vida social de las colonias. Como los virreyes y capitanes generales, los oidores, dentro de la juris-

dicción de sus respectivas Audiencias, no podían casarse ni participar en actos que pudieran coartar su rectitud e imparcialidad, estando también sujetos al juicio de residencia.

Clases y sedes de las Audiencias

Las Audiencias dividíanse en las siguientes clases: 1°) pretoriales virreinales, si las presidía un virrey; 2°) pretoriales, cuando ocupaba la presidencia un capitán general; y 3°) subordinadas, cuando las presidía un togado.

La primera Audiencia fué creada en Santo Domingo por Real Cédula de 1511, organizándose recién en 1526. Al año siguiente se creó la Audiencia de Méjico, y luego, las de Panamá, Lima, Guatemala, Guadalajara, Santa Fe de Bogotá, Charcas, Quito, Cuzco, Caracas y Santiago de Chile. La de Buenos Aires fué creada en 1661, siendo suprimida diez años después, para ser organizada de nuevo en 1785, durante el gobierno del virrey marqués de Loreto.

Otros tribunales

Además de las Audiencias, que eran tribunales superiores en materia civil y criminal, y de los alcaldes de los cabildos que administraban justicia en primera instancia, existían en la América española otros tribunales como los de minería, eclesiásticos, militares, de cuentas y de comercio.

Cabildos. — Los Cabildos constituyeron en las colonias españolas de América, organismos institucionales de carácter local, que correspondían a los viejos Ayuntamientos y Concejos de los municipios castellanos, que ejercían el gobierno de las ciudades, basándose en las cartas y privilegios acordadas a las mismas por reyes y señores, y que tanta prestancia y autoridad dieron a esas corporaciones municipales.

Orígenes

Los Cabildos o corporaciones municipales americanas, sufrieron variantes en su constitución, si se los compara con los de la metrópoli, al tenerse que adaptar a las nuevas condiciones de ambiente y a distintas necesidades.

Al echarse los cimientos de una nueva población, el fundador organizaba de inmediato el Cabildo, desig-

nando los miembros del mismo, que se renovaban anualmente.

Composición

Los miembros componentes de los Cabildos se llamaban regidores o cabildantes, variando su número entre seis y doce, según la importancia de la población, contando con dos alcaldes, uno de primer voto y otro de segundo voto, que aparte de presidir el Cabildo, desempeñaban funciones judiciales de primera instancia.

Numerosos cargos especiales que representaban diversos intereses de la población, eran desempeñados por los regidores o por funcionarios adscriptos al Cabildo: así, el alférez real, era el encargado de llevar el estandarte real en las ceremonias públicas; el síndico procurador general, en representación de la ciudad, proponía reformas, velando por las necesidades y defensa de sus habitantes; el mayordomo, se encargaba de las fiestas y ceremonias del culto; el escribano público daba fe en las actas labradas por el Cabildo; el alguacil mayor, hacía cumplir los pronunciamientos judiciales; y otros más, como los defensores de pobres, menores y naturales, el oficial de justicia, el cuidador de cárceles, el sargento mayor, etc., desempeñaban otras funciones, que también correspondían al gobierno comunal.

Elección de los regidores

La elección de los miembros de Cabildo se hacía entre los vecinos de la ciudad, y se daba preferencia a los criollos, descendientes de los conquistadores, siendo cargos gratuitos y su aceptación obligatoria.

Los regidores salientes elegían a los nuevos miembros del Cabildo, haciéndolo entre los vecinos más calificados de la población. Se les daba esta facultad a los regidores salientes, pues se consideraba que ellos eran los más capacitados, por su experiencia, para efectuar tal elección, que una vez realizada era puesta en conocimiento del público, solicitándose en último término, la aprobación del virrey, capitán general o gobernador, según el caso, que la sancionaba o vetaba.

Con el tiempo, los cargos del Cabildo, excepto los de

alcaldes ordinarios, eran comprados o adquiridos en remate, al mejor postor, surgiendo de este procedimiento, los regidores perpetuos, pues los desempeñaban vitaliciamente. Sólo al finalizar la época colonial se extirpó este procedimiento venal, otorgándose el cargo de regidor perpetuo, por decisión del propio Cabildo, a personalidades que habían prestado notorios y relevantes servicios.

Funciones ordinarias

Los cabildos, que en los primeros tiempos realizaron obra legislativa, extendiendo su jurisdicción a una gran zona dependiente de la ciudad de su sede, fueron paulatinamente circunscribiendo su acción a su rol exclusivo de corporaciones municipales. Se ocuparon de cuestiones administrativas y edilicias, y de higiene, abastecimiento, milicias, distribución de tierras, educación, policía, finanzas y justicia, llevando su intervención benévola, a fin de solucionar las discordias de los pobladores de las ciudades, velando constantemente por su adelanto y bienestar.

Funciones extraordinarias

En dos casos los Cabildos ejercían funciones de carácter extraordinario: 1°) cuando por vacancia del cargo de gobernador, capitán general o virrey, asumían el gobierno político de la ciudad; 2°) cuando por cuestiones de suma importancia se convocaba a los vecinos más caracterizados de la población, a concurrir a un Cabildo abierto.

Cabildo abierto

En estos casos, convocado por el Cabildo ordinario, reuníanse en la sala capitular, lugar de deliberaciones del mismo, los habitantes a que nos hemos referido, haciéndolo a veces en los atrios de las iglesias para mayor comodidad. Allí deliberaban con los regidores ordinarios acerca de la mejor forma de repeler los ataques de los indios; o sobre la forma de combatir las grandes epidemias que solían causar estragos en las poblaciones; o sobre las grandes sequías que diezmaban el ganado; o sobre el ataque de los piratas; o se reunían para escuchar la lectura de una noticia de gran trascendencia llegada de la metrópoli, etc., etc.

En estos Cabildos abiertos, se excluía la intervención del pueblo, como en todos los actos de la vida pública colonial, convocándose solamente a los más espectables vecinos de la ciudad. Tampoco debe considerarse que ellos fueron verdaderos congresos generales, pues carecieron de finalidad política.

Recién al comenzar el siglo XIX, algunos de estos Cabildos abiertos fueron verdaderos Congresos generales, arrogándose funciones políticas.

Función política y social

No obstante la opinión de ilustres argentinos como Alberdi y Sarmiento, que veían en los Cabildos coloniales una escuela de democracia debido a la intervención en ellos de la voluntad popular, hoy se les niega toda importancia como institución democrática. Si bien en los primeros tiempos desempeñaron los Cabildos un rol político, llegando a detener en ocasiones las extralimitaciones de los gobernantes, no se deja ver su acción democrática, pues el pueblo no intervenía para nada en su constitución, desde que los nuevos regidores eran elegidos por los salientes, o bien esos cargos eran comprados o adquiridos en remate público.

Lo que no debe desconocerse es que, en la constitución de los Cabildos entraron elementos criollos que tuvieron allí el único campo para ejercitar funciones públicas, pues aunque legalmente podían aspirar a ocupar otras de orden político, en la práctica, rara vez pudieron alcanzarlas.

Pero lo que no ofrece dudas, es la alta función social ejercida por los Cabildos. Ellos fueron constantes defensores de los intereses de las poblaciones, velando por su seguridad, necesidades, progresos y adelantos, e influyendo poderosamente en su formación y desarrollo.

Consulados. — Otras de las autoridades residentes en las colonias españolas, fueron los tribunales de justicia mercantil y juntas para el fomento y protección comercial e industrial, llamados Consulados.

Origen

Debe buscarse el origen de los Consulados en los gremios de comerciantes, cambistas y navieros de Castilla,

que se habían constituído desde antiguo para facilitar a sus componentes los fletamientos, seguros y pago de derechos marítimos, formando una agrupación gremial llamada "Universidad de mercaderes". Los Reyes Católicos dispusieron en el siglo XV, que correspondía a la Universidad de mercaderes de Burgos, la resolución de los asuntos comerciales, otorgándole al efecto, atribuciones de tribunal mercantil.

Su instalación en América

Dos Consulados existieron en las colonias desde el siglo XVI, los de Méjico y Lima; pero como a partir de la segunda mitad del siglo XVIII se produjo un acrecentamiento del comercio colonial, originado por las concesiones otorgadas al mismo por el rey Carlos III, se establecieron nuevos Consulados en Buenos Aires, Santiago de Chile y Cartagena de Indias. 1º Consul. (Belgrano)

Carácter

Los Consulados tenían doble carácter: el de tribunales mercantiles, y el de junta de fomento y protección del comercio e industrias de la región de su sede, designando representantes en los puertos y sitio de mayor actividad comercial, con jurisdicción mercantil para juzgar en su nombre pleitos locales de carácter comercial.

Los componentes de los Consulados, eran un presidente o prior y los cónsules que constituían el tribunal, a los que se agregaban el síndico, los consiliarios, secretario, contador y tesorero que, con aquéllos, integraban la junta de fomento y protección.

Los miembros iniciadores eran elegidos, generalmente, por el rey; pero luego se los renovaba parcialmente cada dos años, convocándose a una reunión a los comerciantes de la región que, por sorteo, elegían a los candidatos propuestos para ocupar las vacantes. Los cargos de secretario, contador y tesorero eran vitalicios.

CAPITULO DECIMOCUARTO

ESTADO SOCIAL, ECONOMICO Y CULTURAL DE LA POBLACION

XL

Blancos: españoles, criollos y extranjeros. Mestizos. Los negros. Clases sociales, especialmente en el Río de la Plata. La ciudad y la campaña. El gaucho.

En el presente capítulo haremos el estudio del estado social y de las cuestiones económicas y culturales de la población colonial de la América española.

Desde el punto de vista social analizaremos a grandes rasgos los componentes raciales de la población colonial, las diversas formas de mestizaje, las capas sociales, la vida en las ciudades y en la campaña, y los métodos laicos para la reducción y civilización del indio. Terminaremos este tópico con el estudio somero de las leyes y medidas legales dictadas para el gobierno de las colonias.

En lo que concierne al estado económico, nos referiremos al comercio, su organización, rutas y características generales, para tratar a continuación las reformas comerciales llevadas a cabo en las colonias hispanoamericanas, durante el siglo XVIII.

Y, por último, finalizaremos este capítulo con el estudio de los grandes centros de cultura de las colonias españolas, y en particular, la enseñanza universitaria, secundaria y primaria en el Río de la Plata, haciendo luego referencia a las más importantes manifestaciones literarias, a la imprenta, al periodismo y al arte.

Blancos: españoles, criollos y extranjeros. — El estado social de las colonias españolas de América se derivó, en primer lugar, de los elementos componentes de su población, de la que formaban parte los blancos, los indios y los negros que, por fusión, produjeron diferentes formas de mestizaje.

La raza blanca estaba representada en la población colonial por los españoles, los criollos —hijos de raza blanca nacidos en América— y los extranjeros originarios de otras naciones de Europa.

Españoles

Los españoles como representantes de la raza blanca conquistadora y colonizadora, gozaban de toda clase de preeminencias dentro de la población colonial. Ocupaban en el gobierno y en la administración las principales funciones públicas, eran los poseedores de las tierras, estando también en sus manos el comercio que, a muchos, proporcionó el logro de cuantiosas fortunas. Ellos conservaban su carácter autoritario, su espíritu guerrero, su fe religiosa, sus usos y costumbres tradicionales, apenas modificados por el nuevo medio en que actuaban, introduciendo en la vida colonial las leyes e instituciones esenciales de la organización política española.

Criollos

Los hijos de los españoles o descendientes, en general, de pura raza blanca, eran llamados criollos. Las leyes de Indias les reconocían los mismos derechos que a los españoles, pero en la práctica, sobre todo en lo referente a la obtención de funciones públicas, estaban, generalmente, excluídos. Fueron, sin embargo, inteligentes y enérgicos, formándose entre ellos, con el transcurso del tiempo, un espíritu de cohesión y de amor a las cosas de la tierra, que les diferenciaba y hasta creaba antagonismos, con sus propios padres.

Los criollos intervinieron en el gobierno comunal, ocupando funciones de regidores de los cabildos, habiéndose dedicado muchos de ellos a estudios superiores que cursaban en las universidades coloniales o en las de España.

Otra de las ocupaciones favoritas de los criollos fueron

las del campo, principalmente en el Río de la Plata, donde gran número fueron ganaderos o hacendados.

Extranjeros

España, de acuerdo a las costumbres de la época, prohibió la libre entrada de extranjeros a sus dominios de América. Los extranjeros para poder entrar y vivir en sus colonias, tenían que poseer un permiso especial, y a veces, que pagar tasas elevadas. Esta restricción era impuesta en ocasiones por motivos religiosos, y otras, por considerarse que la presencia de gran número de extranjeros podría constituir para las colonias peligros e inconvenientes.

Sin embargo, numerosos extranjeros, principalmente franceses, portugueses, ingleses e italianos, vivieron en las colonias españolas de América, dedicándose a tareas particulares, pues la ley les vedaba ocupar cargos públicos, necesitando un permiso y patente para dedicarse al comercio.

Los extranjeros blancos radicados en las colonias españolas mezclaron su sangre con la de otras razas existentes. Algunos próceres criollos, fundadores de la nacionalidad argentina, como Belgrano, Castelli, etc., fueron hijos de padre extranjero.

Mestizos. — El mestizaje de las razas fué en las colonias españolas un fenómeno normal, permitido por las leyes. La cruza de razas dió lugar a la formación de nuevos tipos étnicos. Así, de la cruza entre blancos e indios se originaron los mestizos; de la de blancos y negros, los mulatos, y finalmente, de la de negros e indios, los zambos.

Dentro de este mestizaje de razas se distingue el mestizo propiamente dicho por su constitución vigorosa, producto de la cruza de hombres blancos con mujeres indias, que cooperó en forma eficaz en la obra de extender la colonización conjuntamente con los españoles y criollos.

En los primeros tiempos de la conquista, los españoles llegaban a América solos, sin sus familias, lo que favoreció grandemente la formación de éstas a base de

mujeres indígenas. Las autoridades amparaban las uniones legales entre españoles e indias, consignándose en la Recopilación de leyes de Indias, algunas disposiciones que establecían la libertad de contraer enlace entre gente de distinta raza.

La condición social del mestizo fué inferior a la del español y criollo, ocupándose en las ciudades, a la par de los mulatos, de trabajos y oficios mecánicos desdeñados por aquéllos. Una gran mayoría de ellos vivían en la campaña, originando en las pampas rioplatenses ese poblador característico, llamado gaucho.

Mulatos y zambos

Los mulatos y los zambos fueron también productos de la fusión de razas: de blancos y negros, los primeros; de indios y negros, los segundos.

Tanto los mulatos como los zambos eran considerados como pertenecientes a una casta inferior, en lo que respecta a su condición frente a los demás elementos de la población colonial.

A los mulatos se les reputaba como "infames de derecho", no pudiendo ocupar ningún empleo público, ni seguir estudios, ni ejercer el sacerdocio, ni tener mando alguno en las milicias. La sociedad no admitía a los mulatos en ninguno de sus grados, y la sospecha de serlo traía consigo desdeñoso repudio, no siendo extraña a esa actitud su condición de descendientes de negros esclavos.

Los negros. — Los negros fueron traídos de Africa a las colonias españolas de América, en calidad de esclavos.

La primera importación de negros esclavos se hizo con destino a la isla de Santo Domingo, y luego a otras Antillas, para ser empleados en los cultivos de la caña de azúcar. Ellos iban allí a reemplazar a los indios sometidos al régimen de las encomiendas, en esos trabajos rudos que éstos no podían soportar; pero más tarde se generalizó el tráfico de buques negreros hecho por gente sin escrúpulos que, atentos a grandes ganancias, recibían concesiones para volcar en América gran cantidad de esclavos.

El puerto de Buenos Aires contó con un "asiento" de

negros, cuya concesión fué dada a una compañía inglesa, a raíz de la paz de Utrecht de 1713.

Los esclavos negros eran empleados en algunas colonias en los agobiadores trabajos de las minas, o en las plantaciones tropicales e industrias varias; y en las ciudades, los negros monopolizaban muchos oficios e industrias humildes, y los quehaceres domésticos en las casas de gente pudiente o de cierta holgura económica.

En el Río de la Plata, sobre todo en las ciudades de Buenos Aires y Córdoba, no había gente de cierta posición social que no tuviese uno o varios esclavos negros dedicados a las faenas domésticas, a la crianza de los niños y a los oficios de lacayos y porteros.

Clases sociales, especialmente en el Río de la Plata. — La sociedad colonial presenta diferencias en la constitución de sus clases sociales. En los virreinatos del Perú y de Nueva España, con sus ricos yacimientos de metales preciosos, existía una verdadera nobleza constituída por los poseedores de grandes fortunas y por poderosos funcionarios. En cambio, en el Río de la Plata, cuyos recursos consistían en el ejercicio del comercio y en la dedicación a las faenas agropecuarias, las diferencias sociales fueron menos pronunciadas.

La sociedad en el virreinato del Río de la Plata estaba formada por tres elementos básicos: 1°) La gente culta, 2°) la plebe y 3°) los esclavos. La primera clase estaba integrada por los funcionarios, el clero, los profesionales y los ricos comerciantes y hacendados. La segunda, por el pueblo compuesto de artesanos, pequeños comerciantes y gente dedicada a tareas humildes, entre los que habían españoles, criollos, mestizos y mulatos, constituyendo una especie de clase media. En tercer lugar, estaban los esclavos.

La vida colonial

La vida de los colonos que habitaban Buenos Aires y otras ciudades importantes pertenecientes hoy a nuestro país, se desarrollaba de ordinario, monótona, sin mayores alternativas. Ella, aparte de la constante atención para evitar los ataques de los indios, se agitaba por diversos

motivos: Podía ser por la llegada de un nuevo gobernante o alto funcionario o de un visitador real; por noticias que, de tarde en tarde, llegaban de España referentes a cuestiones de capital importancia; por conflictos coloniales que unían a los colonos para defender los dominios del rey que estuviesen amenazados por un país extranjero; por las amenazas de los piratas al puerto de Buenos Aires, o por las arribadas "maliciosas" de navíos que en lugares apartados de la costa descargaban sus mercaderías de contrabando. Estos ejemplos, nos dan una idea de los motivos que podían agitar los días iguales de los pobladores de aquellos tiempos.

En otro orden de ideas, la acendrada fe religiosa y el respeto sumiso a la ley, no impedía, sin embargo, las reyertas continuas entre las autoridades civiles y religiosas, frecuentes durante todo el curso de la época colonial. Además, esos sentimientos no eran suficientes para impedir la corrupción de costumbres, cuyas manifestaciones se hacían notar con mayor intensidad entre las clases menos preparadas.

La familia

La vida urbana hasta los comienzos del siglo XVIII era sumamente modesta, concretándose casi exclusivamente a la vida del hogar.

En el hogar familiar, de características patriarcales, el padre ejercitaba suma autoridad. La familia, generalmente numerosa, comprendía no solamente a padres, hijos y otros parientes, sino también a numerosos allegados y personal de servicio, compuesto de esclavos negros.

Los esclavos negros servían en la familia de generación en generación, identificándose cada vez más con ella. En sus manos estaba, aparte de los quehaceres domésticos, el cuidado de los niños, utilizándose las esclavas negras como nodrizas de los mismos, lo que daba origen a cierta familiaridad afectuosa. Por su parte, los servidores eran fieles, respetuosos y honestos.

El hogar constituía un pequeño taller, pues en él se cosía, se tejía y se amasaba el pan, empleándose también a los esclavos, en algunas casas, en pequeñas indus-

trias, cuyos productos vendían luego, en beneficio de sus patrones.

Vida social

Las franquicias comerciales otorgadas por la Corona durante el siglo XVIII produjeron un cambio favorable en la situación económica colonial, lo que, unido al desarrollo de la ganadería, contribuye, en el Río de la Plata, a la formación de fortunas privadas, lo que influye para modificar la vida urbana. Es así que, al promediar el siglo XVIII, en Buenos Aires había numerosas familias pudientes que, aunque no habían perdido su provincial sencillez, vivían con comodidad y hasta con lujo.

La creación del Virreinato del Río de la Plata en 1776 influyó poderosamente para que se operaran esos cambios en la vida de la colonia, por la llegada de funcionarios de alta jerarquía, que vivieron sobre todo en la capital y también en otras ciudades importantes, dando nuevo ritmo a la vida social, al realizarse con mayor asiduidad actos de etiqueta, reuniones y tertulias frecuentadas por familias pertenecientes a la mejor sociedad.

Fiestas

Las fiestas públicas principales, de las que participaba toda la población, consistían en las grandes y suntuosas ceremonias, procesiones y festividades religiosas, realizadas en días grandes para la Iglesia.

Otras fiestas, como las llamadas juras reales, celebradas en ocasión del advenimiento de un nuevo soberano; las recepciones tributadas a funcionarios eclesiásticos o civiles de alta jerarquía; las funciones teatrales; las famosas corridas de toros; todas ellas constituían, con las ya citadas, las fiestas y diversiones públicas más salientes de la época colonial.

La ciudad y la campaña: El gaucho. — Las clases sociales a que nos hemos referido anteriormente, concernían a la población de las ciudades. En la campaña, constituída por las llanuras de Buenos Aires y del litoral, se fueron formando ricos hacendados, españoles y criollos, rigiendo allí un ambiente más primitivo y rudo, destacándose un poblador valiente y temerario, que se conoce con el nombre de gaucho.

La ciudad

La ciudad, en cambio, fué el asiento natural de la vida civilizada, al abrigo de las asechanzas de los indios. En ella se concentraba el gobierno, el comercio, el clero y los elementos de cultura, en general.

Buenos Aires tenía una población de 10.223 habitantes en 1744, y la campaña contaba con 6083, según el censo de ese año. Al término de la época colonial, la población de Buenos Aires se había elevado más o menos a 50.000 habitantes, adquiriendo ya los contornos de gran ciudad, dentro del cuadro colonial, contando con un próspero comercio interior y de ultramar.

El ejido urbano de la ciudad era reducido, enmarcándolo las quintas de los alrededores que, a su vez, estaban rodeadas por las chacras.

La campaña

En la campaña se fueron formando establecimientos ganaderos que abarcaban grandes extensiones, llamados estancias, cuyo origen radicaba en concesiones de tierras hechas por las autoridades a favor de españoles y criollos. Los hacendados o estancieros se dedicaban a las faenas ganaderas y al comercio derivado de esas actividades, siendo su principal renglón, el de los cueros y carnes, que les proporcionaron grandes ganancias.

El gaucho

En la campaña, la vida ofrece peculiaridades notables. Allí impera el gaucho, producto mestizo de español e india, robusto, valiente, altivo, jinete admirable, que tiene a su cargo los trabajos propios del campo y que fué buen soldado cuando llegó el momento de defender los territorios de la colonia contra los avances de los portugueses.

Su vida es singularmente agreste, y su trabajo, muy rudo, consiste en dar caza y sujetar, en pleno campo y sin más útiles que el lazo y las boleadoras, a los animales cimarrones, pertenecientes al ganado vacuno y caballar. En esta labor llamada la "boleada", que dura días y hasta semanas, el gaucho ignora el uso del techo viviendo al descubierto en el sitio donde el azar del trabajo lo ha llevado. Su alimento consiste en la carne de las vacas que faena sólo para comerciar sus cueros, y la

prepara asándola, a menudo, sin sal. La carne es casi siempre su único alimento, pues la galleta, artículo de lujo, no llega hasta la campaña pastora. Su bebida es el mate, su sociedad la pulpería.

En las zonas agrícolas la condición del hombre de campo mejoraba: gozaba de las ventajas de la habitación, el rancho, y agregaba a su alimentación carnívora el locro y la mazamorra.

La indumentaria del gaucho se componía de chaqueta, de pantalón corto hasta las rodillas, de tosca camisa, de una manta y poncho. El chiripá vistoso y característico no fué usado por el gaucho en los primeros tiempos, pues aparece recién al terminar el siglo XVIII. Su sombrero es de copa alta y alas cortas con frisa.

Sus armas son el facón y las boleadoras, usando también en algunas ocasiones el trabuco de chispa.

El gaucho era muy afecto a cantar al compás de su guitarra, y como expansión necesaria del espíritu, no conoció otra cosa que las reuniones de la pulpería, las carreras de caballos, de la bandera, la corrida de sortija, el juego del pato, etc. y los placeres del baile.

XLI

Los indios. El P. Bartolomé de Las Casas. Las Leyes Nuevas. Régimen de encomiendas. Mita y yanaconazgo. Ordenanzas de Alfaro. Las reducciones.

Los indios. — Los castellanos llamaron Indias Occidentales al continente de Colón, e indios a los habitantes que vivían en América cuando se operó su descubrimiento, nombre que aun perdura para designar a los primitivos habitantes de este continente.

Su condición

Desde los días iniciales del descubrimiento de América existió la propensión, de acuerdo con las teorías de la época, a considerar que los indios eran esclavos teniendo en cuenta que carecían de civilización, o estaban en un grado muy inferior con respecto a la de los europeos. Tal aserto se comprueba por los cargamentos de

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

indios ordenados por Colón y por otros expedicionarios, para ser vendidos como esclavos.

Disposiciones reales

No obstante esto, los Reyes Católicos dictaron instrucciones tendientes a evitar que los indios fuesen tratados con rigor, disponiendo que Colón, en su segundo viaje, castigase severamente a los que violasen esas disposiciones reales favorables a los indios.

Naturalmente, los propósitos humanitarios de la Corona en la práctica no encontraron eco, dada la avidez de los conquistadores, que vieron en los indios una riqueza explotable mediante la imposición del trabajo personal, imposición muchas veces abusiva y cruel.

Sin embargo, ya en el año 1500, los Reyes Católicos habían declarado expresamente el principio de que los indios eran libres, y a mediados del siglo XVI se les reconoció como vasallos de la Corona, a los efectos de ser tratados en calidad de tales, medidas éstas que honran a los monarcas que las dictaron, pues determinaban claramente los propósitos civilizadores perseguidos por ellos, en la conquista y ocupación del continente americano.

Consecuente con los principios civilizadores anotados, la Corona autorizó, desde los primeros tiempos, el trabajo obligatorio de los indios, pero con la salvedad de que debían recibir un trato humanitario, de modo que pudiesen cooperar con su esfuerzo al éxito de la colonización.

Sistemas

Los sistemas adoptados para la obtención de esos propósitos, fueron: las encomiendas, las reducciones y las misiones, empleándose el último, por parte de los religiosos.

El P. Bartolomé de Las Casas. — Este famoso religioso que dedica la mayor parte de su vida a una ardorosa y constante defensa de los indios, sometidos en las encomiendas a rudos trabajos e inhumanos tratos, nació en Sevilla en 1474, licenciándose en leyes en la Universidad de Salamanca, donde cursó sus estudios.

Comienzo de su acción

En 1501 llegó a Santo Domingo, ordenándose sacerdote en 1510, y dos años después inició en Cuba la defensa y trabajos a favor de los indios.

En 1515, el Padre Bartolomé de Las Casas se dirigió a España, con la idea de exponer sus quejas ante el rey D. Fernando el Católico, deseos que no pudo satisfacer, por fallecimiento de este soberano; pero logra, luego, entrevistarse con el regente, cardenal Cisneros, a quien informa acerca de las penurias de los indios en las encomiendas, recalcando los excesos cometidos por los encomenderos y pidiendo, al respecto, la supresión de las leyes vigentes.

Los Padres Jerónimos

Una junta de teólogos convocada por orden del regente, dictó nuevas ordenanzas para mejorar la condición de los indios, encargando su aplicación a una comisión compuesta de tres monjes jerónimos que, al poco tiempo, se trasladaron a Santo Domingo.

Protector universal de los indios

El Padre Bartolomé de Las Casas continúa luego la campaña iniciada, abogando por la supresión de las encomiendas, pasando nuevamente a España en 1517, donde se le otorga el nombramiento de Protector universal de los indios.

Las Casas consiguió mayor éxito al iniciar su reinado el rey Carlos I (emperador Carlos V).

Como el principal obstáculo para la supresión de las encomiendas era la falta de brazos que ello originaría, y la consiguiente paralización de los trabajos, propuso al citado soberano que, al mismo tiempo que se dispusiese el envío de cultivadores castellanos, se autorizase la libre introducción de esclavos negros destinados a reemplazar a los indios en los trabajos de las minas y plantaciones de caña de azúcar.

Los esclavos negros

Se ha dicho, sin razón, que por sugestión del Padre Bartolomé de Las Casas se introdujeron esclavos negros por primera vez en los dominios españoles de América. Esto no se ajusta a la verdad, pues ya en 1505 se ordenó al gobernador de la Española, don Nicolás de Ovan-

do, que permitiera entrar en esa isla un contingente de negros esclavos, y lo mismo solicita y obtiene después la comisión de monjes jerónimos a que aludimos anteriormente.

Más tarde, es cierto, Las Casas propuso que se permitiese la entrada de los esclavos negros a las nacientes colonias en número reducido, acompañando a los colonos, y él mismo fué autorizado para llevar algunos de ellos a Cumaná, cuando realizó la fracasada empresa a que nos referiremos más adelante.

Las Casas sostenía que el trabajo de los negros representaría un alivio para los indios que resistían malamente los esfuerzos que se les exigía.

Más tarde, cuando el comercio de esclavos negros adquirió en América vastas proporciones, el mismo Las Casas se arrepintió de lo que había preconizado, llevado por su ilimitada protección a los indios, convencido de que la esclavitud del negro era tan odiosa e injusta como la del indio.

La colonia de Cumaná

En 1520 se otorgó a Las Casas una concesión en Tierra Firme, consistente en 270 leguas en la región de Cumaná, donde él se proponía colonizar y evangelizar llevando labradores y eclesiásticos, prescindiendo de hombres de armas. Pero el intento fracasó debido a la hostilidad de los indios, retirándose entonces Las Casas a Santo Domingo, donde tomó los hábitos de dominico en el convento de esta Orden religiosa.

Nuevos trabajos

No vamos a seguir, minuciosamente, la trayectoria de esta vida, en su afán constante de mejorar la condición del indio, para el que obtuvo en 1520 la declaración de que era libre, por parte de Carlos V, resolución modificada en varias ocasiones. Las Casas desarrolló después una acción eficiente en Guatemala, contribuyendo a pacificar el país y a disminuir los rigores de *la conquista* participando desde 1539, en España, en los congresos o juntas celebradas allí a fin de encarar el problema del gobierno de los indios, dictándose, en 1542, las llamadas

Leyes Nuevas, de las cuales nos ocuparemos oportunamente.

Al poco tiempo, Las Casas fué nombrado obispo de Chiapas, en Méjico, a fin de que pusiese allí en vigencia las Leyes Nuevas, cuyas disposiciones él tanto había defendido, encontrando gran oposición de parte de los encomenderos.

Su muerte

Vuelto a España en 1547, el Padre Las Casas continuó la acción de toda su vida: sostuvo disputas, prosiguió la redacción de sus libros y no se procuró descanso hasta su muerte, acaecida en Madrid, en julio de 1569. d los 92 años

Sus libros y su apostolado

Los libros principales dejados por el Padre Bartolomé de Las Casas se titulan "Historia General de las Indias" y "Brevísima relación de la destrucción de las Indias". En ellos, llevado por su celo apostólico y por el ardor del inmenso debate sostenido durante toda su vida a favor de la liberación del indio, abulta frecuentemente lo referente a la mortandad de los indios, sosteniendo, por ejemplo, que la brutalidad de los conquistadores había causado la muerte de quince millones de éstos, y otras exageraciones destinadas, sin duda, a obtener un poco de justicia, frente a los intereses en juego, que cerraban el corazón de los hombres a la razón humanitaria, que inspiró siempre a este excepcional apóstol de una raza oprimida.

Las Leyes Nuevas. — En 1542, se sancionaron las ordenanzas relativas al sistema de las encomiendas, conocidas con el nombre de Leyes Nuevas, quedando desde entonces suprimidas todas las disposiciones anteriores.

Origen

Las Leyes Nuevas fueron una consecuencia de la tenaz campaña emprendida por el Padre Bartolomé de Las Casas contra el régimen vigente de las encomiendas, y de la reacción que su asidua defensa del indio produjo en todas partes.

Sus disposiciones

Estas nuevas ordenanzas modificaron favorablemente la condición del indio, quedando abolido el trabajo obli-

gatorio del mismo en las minas y pesquerías de perlas. Suprimíase el servicio personal, substituyéndolo por el pago equitativo de un tributo, dejándose, asimismo, sin efecto, el goce de concesiones de encomiendas a favor de altos funcionarios del gobierno colonial y de los conventos e iglesias. Además, en adelante, las concesiones de encomiendas tendrían carácter vitalicio y se ajustarían a las nuevas condiciones que acabamos de apuntar.

Consecuencias de su aplicación

Las Leyes Nuevas produjeron revuelo entre los poseedores de encomiendas, que veían en ellas un atentado contra sus intereses particulares, originándose una serie de protestas y una situación tirante en Méjico, y sobre todo en el Perú, donde como castigo se les privaba de su concesión a los que notoriamente habían intervenido y tenían gran responsabilidad en las sangrientas contiendas civiles estalladas entre los conquistadores.

En Méjico, la habilidad del virrey don Antonio de Mendoza y de un visitador comisionado por el rey para poner en vigencia lo dispuesto por las Leyes Nuevas, evitaron desmanes mayores de parte de los encomenderos lesionados en sus intereses. Pero en el Perú, no ocurrieron las cosas en esa forma, pues allí se había creado recientemente el virreinato e instalado en Lima la audiencia, a fin de facilitar el cumplimiento de las nuevas disposiciones sobre las encomiendas. Pero, la actitud poco hábil del primer virrey Blasco Núñez de Vela provocó la reanudación de la guerra civil, y su muerte en los campos de Añaquito.

Las disposiciones sobre encomiendas sufrieron posteriores modificaciones, a las que nos referiremos después.

Régimen de encomiendas. — Las necesidades propias de la colonización, por una parte, y la evangelización de los indios, por otra, originaron en América el régimen de las encomiendas. A este régimen sería sometido el indio para obtener su incorporación a la vida civilizada, aprovechando su esfuerzo, al mismo tiempo, para el trabajo de las minas y de los cultivos, por ser insuficiente el número de brazos disponibles.

El régimen de encomiendas fué aplicado en todas las colonias españolas de América, dictándose para su gobierno numerosas disposiciones, todas ellas humanitarias, que establecían las relaciones recíprocas entre los encomenderos y sus encomendados.

En general, se organizaban exigiendo al indio, o bien el trabajo personal, o el pago del correspondiente tributo.

La mayor parte de las encomiendas se organizaron contando con el trabajo personal de los indios a ellas sujetos, llevando una vida de dependencia absoluta con respecto al encomendero que había recibido la concesión. En la práctica, la vida del indio era así equiparable a la de un verdadero esclavo, olvidando frecuentemente el concesionario los propósitos civilizadores y evangelizadores de la ley, atentos a su propio interés, que les impulsaba a cometer excesos, a veces, intolerables.

En las encomiendas donde se exigía al indio el pago de tributo, éste debía ser percibido por una persona considerada como "benemérita de Indias", a quien el rey le había otorgado la concesión vitaliciamente, con derecho de sucesión para un solo heredero, siempre que procurase el bien de los indios a él encomendados y se encargase de velar, al mismo tiempo, por la seguridad de las provincias donde estaban sus encomiendas.

Mita y yanaconazgo. — Conociéronse dos formas de encomiendas: la mita, que consistía en el trabajo periódico, por turnos, recibiendo el nombre de mitayos los indios así encomendados; y la del yanaconazgo, que consistía en una verdadera servidumbre de por vida, llamándose yanaconas los indios sometidos a este régimen de encomiendas.

Mitayos

Los indios sometidos al régimen de la mita trabajaban por secciones, turnándose, de modo que trabajaban una semana y descansaban dos, de donde resultaba que la labor anual era de cuatro meses.

La mita fue aplicada principalmente en las regiones

mineras, para el laboreo de las minas, cometiéndose allí excesos con los indios, propios de la avidez de los encomenderos. Este mismo régimen se aplicaba en los obrajes o fábricas de tejidos y paños, y en otros trabajos industriales, domésticos y rurales.

El laboreo de las minas y el trabajo de los obrajes eran realmente agobiadores para los indios, por exigírseles un esfuerzo superior a su naturaleza, a lo que se agregaba los tratamientos inhumanos y los castigos corporales por cualquier falta cometida, a fin de obtener de ellos mayor rendimiento en el trabajo, agravándose aún más su situación, al alimentárseles mal y escasamente.

Estas condiciones soportadas por los mitayos dió lugar a frecuentes sublevaciones que fueron violentamente reprimidas, dejando en el espíritu del indio sentimientos de rencor e ideas de venganza, perjudiciales para la marcha de la colonización.

Yanaconas

Generalmente los yanaconas eran indios sometidos mediante el empleo de las armas, y su condición en las encomiendas era la de verdaderos esclavos. Se les destinaba al laboreo de las tierras y cultivos, considerándoles como objetos pertenecientes a la tierra, en perpetua servidumbre. La ley establecía que el encomendero debía hacer del indio un hombre útil, enseñándole a adquirir hábitos de trabajo, procurando su evangelización, sin que le asistiese el derecho de castigarlo ni desprenderse de él por motivos de salud; pero en realidad el abuso constituyó también la norma en las encomiendas de los yanaconas, contrariamente al elevado espíritu que había determinado su implantación.

Ordenanzas de Alfaro. — Las reclamaciones contra las arbitrariedades cometidas en las encomiendas del Río de la Plata y del Tucumán, llegaron a la metrópoli, originando el envío de un visitador a las gobernaciones citadas. La designación hecha por el rey Felipe III recayó en la persona del oidor de la audiencia de Charcas, don Francisco de Alfaro. Su objeto era la de inspeccionar y tomar las medidas que considerase oportunas para termi-

nar con los desmanes de los encomenderos, mejorando las condiciones de vida de los indios.

Las ordenanzas

El visitador dictó en 1611, unas después de otras, sus famosas disposiciones concernientes a las encomiendas existentes en las gobernaciones del Río de la Plata y del Tucumán, conocidas con el nombre de ordenanzas de Alfaro.

Ellas comprendían 84 cláusulas disponiendo la supresión del servicio personal del indio, que era substituído por una tasa que debía pagar anualmente, determinándose para el Río de la Plata, que el indio podía elegir entre el pago del tributo o treinta días de trabajo personal, derecho que fué también reconocido en algunas regiones del Tucumán.

El servicio personal de las encomiendas recién fué abolido en 1618; pero, no obstante estas disposiciones humanitarias, los abusos continuaron en las encomiendas, subsistiendo este régimen hasta los albores del siglo XIX.

Las reducciones. — Denominábanse reducciones a los pueblos habitados exclusivamente por indios reducidos, gobernados por su jefe o cacique y por un cabildo formado por regidores indios. A estas autoridades agregábase la de un funcionario real, el corregidor, quien tenía a su cargo la recaudación del tributo que debían satisfacer los indios de los 18 a los 50 años de edad.

Las reducciones habían sido fundadas respondiendo al propósito de la Corona de evangelizar a los indios, manteniéndolos apartados de las poblaciones de los colonos españoles, a los cuales sólo se les permitía residir allí temporariamente. Cada una de las reducciones contaba, por lo menos, con un cura doctrinero.

Las providencias tomadas por el rey para propender al mejor gobierno de las reducciones, no siempre pudieron evitar los abusos, sobre todo, los cometidos por los corregidores que recaudaban los tributos a su paladar, acaparaban el tráfico comercial y cometían otras arbitrariedades que originaron frecuentes rebeliones de parte de los indios esquilmados.

XLII

La Recopilación y demás medidas legales para el gobierno de la América hispana.

Legislación

La obra legislativa, es decir, la formulación de las distintas leyes para ser aplicadas en las Colonias de América, comienza desde las épocas iniciales del descubrimiento y se prolonga hasta la terminación de la época colonial, a través de diversas fases.

Esa obra legislativa tenía necesariamente que partir de los principios que en materia de gobierno y legislación existían entonces en Castilla y luego en España, principios que reconocían en el soberano español la fuente de todo poder y de toda soberanía. Pero, no obstante el poder absoluto de la monarquía española, los reyes decidieron la creación de instituciones y la formulación de leyes capaces de regir y ser aplicadas en Indias, para el mejor gobierno y administración de las colonias.

Así fueron creándose instituciones y legislándose en el orden civil, administrativo, comercial, militar, eclesiástico, estableciendo la justicia, la organización municipal y el régimen para el gobierno de los indios.

La legislación no fué uniforme, dictándose a medida que se presentaban las necesidades correspondientes a las distintas regiones de los inmensos dominios españoles de América, adaptándolos a esa diversidad de medios y circunstancias, y a los problemas que la mestización de las razas iba creando en el ambiente social de las colonias. Hubo necesidad, además, de crear funciones, armonizar los poderes delimitando jurisdicciones y organizar lo concerniente al contralor y vigilancia de la administración colonial.

Las disposiciones reales con respecto al gobierno y legislación de Indias, se realizaron por medio de las Reales Cédulas, suscriptas por el rey después de ser asesorado debidamente por el Consejo de Indias, organizado por Carlos I en 1524, a base del antiguo Consejo Real de Castilla, o por medio de las Pragmáticas o Reglamentos, o de las Reales Ordenes.

A las resoluciones reales que hemos citado deben agregarse las sentencias, actas, resoluciones, etc., de diversa índole, dictados por las autoridades coloniales existentes en la metrópoli y las residentes en las colonias que completaban las anteriores.

Primeros trabajos de recopilación

Pero llegó el momento en que se hizo imprescindible la recopilación y ordenamiento de esa variada y dispersa obra legislativa, que habíase ido formando con el transcurso del tiempo.

Esto requería reunir las leyes y disposiciones dictadas siguiendo un plan sistemático y cronológico que facilitase su conocimiento y su aplicación, excluyéndose las vetustas, caídas en desuso, y reformándose o completándose las dignas de continuar en vigencia.

La primera obra de recopilación es intentada en 1556 por el fiscal de la Audiencia de Méjico, don Antonio Maldonado, seguido en 1563 por el oidor de esa audiencia don Vasco de Puga, que por decisión del virrey y con venia real publicó el llamado "Cedulario de Puga", que contiene la recopilación cronológica de las leyes de Méjico.

Estos trabajos aislados destinados a reunir la legislación indiana, fueron proseguidos en 1599 por el miembro de la Secretaría de Indias, Diego de Encinas, que en cuatro libros compiló las Reales Cédulas dictadas sobre asuntos de Indias.

Esta obra fué continuada a comienzos del siglo XVII por Rodrigo de Aguiar y Acuña, Antonio de León Pinelo y más tarde por el gran jurista Juan de Solórzano Pereyra, cuyos conocimientos acerca de los asuntos de Indias eran notorios, siendo el autor de dos obras famosas, "De Jure Indiano" y "Política Indiana", particularmente esta última.

Recopilación de 1680

En 1680 el rey de España, a la sazón, Carlos II, promulgó la llamada "Recopilación de Leyes de Indias", dividida en nueve libros, donde se consignan minuciosamente todas las leyes y disposiciones referentes a la Iglesia, a las Autoridades Coloniales metropolitanas y "resi-

dentes", a las instituciones en general, al gobierno de los indios, al comercio, a la sociedad, etc., etc. Es ese el Código, que en adelante fué la base para la aplicación de las leyes en Indias, dándoles la cohesión y unidad de que hasta entonces habían carecido.

Nueva Recopilación

Durante el siglo XVIII se produce en España una profunda transformación en materia política, social y económica, que alcanzó a las colonias de América. Estos cambios tuvieron su origen en los nuevos rumbos dados a los asuntos públicos en general por los monarcas de la dinastía de Borbón, y muy principalmente por el eminente soberano que se llamó Carlos III, operándose reformas de mucha trascendencia. Así, por ejemplo, se suprimió el Consejo de Indias, creándose el Ministerio de Indias, donde se distinguió el eminente ex-visitador de Méjico, don José de Gálvez (1775-1787).

Estas nuevas tendencias tienen como consecuencia una reacción contra lo legislado en épocas anteriores con respecto a Indias, encargándose durante el reinado de Carlos III la ordenación de una nueva Recopilación de Leyes de Indias, que comprendiese también las leyes dictadas durante este período de grandes reformas. Pero ella casi no alcanzó a aplicarse, pues tan sólo el primer libro de esa nueva Recopilación, se terminó recién bajo el gobierno del rey Carlos IV.

XLIII

El comercio: requisitos. Los puertos y el régimen de flotas y galeones. Naves Avisos. La Urca de Manila.

El comercio: requisitos. — Cada época se caracteriza por su legislación referente a las actividades comerciales, o sea, al intercambio de la riqueza formada por los productos naturales y las manufacturas producidas por el trabajo humano.

En general, distínguese dos formas de comercio: el librecambista, que presupone la más amplia libertad comercial garantizada por las leyes, y el monopolista, que

significa restricción, limitando las posibilidades comerciales a lo concedido expresamente por leyes y reglamentos.

El mercantilismo

Durante los siglos XVI y XVII, rigió en Europa el sistema comercial denominado mercantilismo, cuyas características esenciales fueron el proteccionismo, la restricción y el monopolio. Esta política comercial a que se sujetaron las naciones europeas, fué, como es natural, adoptada también en sus respectivas colonias.

El mercantilismo tendía a favorecer, según las ideas económicas de la época, la adquisición y retención de los metales preciosos, pues se consideraba que ellos constituían la riqueza de las naciones, tratando todas ellas de acaparar las monedas de oro y de otros metales, dando una organización adecuada al intercambio comercial, para evitar, a todo trance, la salida del país de las mismas.

Por eso, la intervención del Estado en materia comercial era constante, dictándose reglamentaciones tendientes a protegerlo y orientarlo de conformidad con esas concepciones.

De acuerdo con lo expuesto, la política comercial sostenida ateniéndose a esos principios, puede sintetizarse así:

a) La riqueza radica sobre todo en la posesión del oro y otros metales preciosos, representados por las monedas metálicas.

b) Necesidad de que la balanza comercial acuse mayor valor en las exportaciones que en las importaciones, inclinándose uno de los platillos a favor del primero, lo que significa que el mayor beneficio de ese intercambio queda en el país en forma de moneda metálica.

c) Para obtener estos resultados favorables, es necesario la reglamentación y protección vigilante del Estado en todas las manifestaciones mercantiles del país.

Consecuencias

La resultante de esta concepción mercantil es la siguiente: Proteccionismo excesivo del Estado con respecto al comercio y producción nacionales, lo que trae apa-

rejado la restricción y el monopolio de dichas actividades con el único y exclusivo fin de obtener los mayores beneficios para la riqueza nacional.

Los economistas de esos tiempos no concebían que la riqueza de un país está determinada por el grado de desarrollo de su producción en general, y que la moneda sólo sirve como elemento de intercambio, obtenida mediante el aumento progresivo de esas fuentes productoras.

Como medida de protección a la producción e industrias nacionales, se prohibió la importación de algunos productos y manufacturas extranjeras que pudiesen competir con las primeras, aplicando a otras fuertes gravámenes, consistentes en derechos de aduana y otros, que recargaban enormemente su precio.

Esta política provocó un desequilibrio en el mundo mercantil, desatando luchas y rivalidades entre las distintas naciones. España, Portugual, Francia, Holanda e Inglaterra, que eran grandes potencias comerciales y también coloniales en los siglos XVI y XVII, practicaron el mercantilismo, adaptando a sus concepciones su actividad comercial e industrial.

El Acta de Navegación

Así, en 1651, el Parlamento sancionó en Inglaterra, durante la época de la república, la famosa Acta de Navegación, cuyas disposiciones principales respondían en un todo a la concepción del sistema mercantil, protegiendo el comercio y la marina inglesas.

Sus dos cláusulas más importantes eran: 1°) Los productos y mercaderías procedentes de las naciones europeas sólo se podían importar a Inglaterra en buques ingleses o en los de bandera de la nación que los producía. 2°) La producción colonial y de otros puntos del mundo sólo podían entrar a Inglaterra en buques ingleses. Esto, naturalmente, dió vuelo a la marina y al comercio ingleses, cimentando las bases del poderío de Inglaterra en los mares. Por otra parte, la aplicación de éstas y las restantes cláusulas del Acta de Navegación se tradujo en una guerra con Holanda, que hasta entonces monopolizaba en Europa el tráfico comercial. Esta guerra fué ga-

nada por Inglaterra, que pudo librarse de un formidable competidor en los mares.

El Colbertismo

Diremos brevemente que el Colbertismo fué el sistema mercantil empleado por Colbert, el gran ministro del rey de Francia Luis XIV, inspirado también en los principios del mercantilismo. Mediante medidas protectoras de la producción industrial del país, Colbert obtuvo un acrecentamiento de la potencialidad industrial, sobre todo en artículos de lujo; pero su sistema conspiraba contra la iniciativa particular trabando la industria, en general, con una reglamentación excesiva, a fin de protegerla.

Por otra parte, el oro acumulado por Colbert sólo sirvió para alimentar los sueños hegemónicos de Luis XIV y aumentar los gastos de la Corte, en lugar de haber sido empleado juiciosamente en el incremento de la industria y del comercio, es decir, de la potencialidad económica del país.

Comercio colonial

La política comercial implantada en sus respectivas colonias por las naciones colonizadoras de Europa, se basó estrictamente en los principios del mercantilismo, monopolizándose las fuentes de producción y el comercio coloniales, en unas en mayor grado que en otras.

El monopolio del tráfico comercial no permitió a las colonias comerciar libremente con otros países, y a veces tampoco entre ellas mismas, sino exclusivamente con sus respectivas metrópolis. Por otra parte, se puso obstáculos a la producción industrial de las colonias, para que no pudiese competir con la producción metropolitana.

Esta política comercial puede decirse que fué uniforme en las colonias de las diversas naciones, diferenciándose solamente por la intensidad de las restricciones y monopolios impuestos. Así, por ejemplo, las colonias inglesas, a partir del Acta de Navegación de 1651, vieron trabado su tráfico comercial por medidas restrictivas que impedían el librecambio con los países extranjeros, imponiéndose como norma el monopolio comercial.

Los puertos y el régimen de flotas y galeones. — La política comercial de España con sus colonias de América se basó en los preceptos del mercantilismo, adoptando una estricta restricción comercial, que alcanzó también a la producción y a las industrias coloniales. El monopolio fué, pues, la característica del régimen comercial impuesto por España en sus colonias americanas.

Primeros tiempos

El tráfico comercial que se realizaba en los primeros tiempos entre España y sus colonias de América, gozó de bastantes franquicias, careciéndose entonces de una legislación adecuada que, paulatinamente, se fué dictando a medida que fué avanzando la obra de la colonización.

El puerto único

Poco a poco fué adquiriendo importancia el puerto de Sevilla, donde en 1503, según lo hemos expresado, se había creado la Casa de Contratación, destinada a atender lo referente al comercio con Indias.

Una Real Cédula del rey Felipe II, dictada en 1561, designaba al puerto de Sevilla como el único por el cual se permitía comerciar con las Indias. La concesión exclusiva a favor de ese puerto duró hasta 1718, en que por disposición de Felipe V, se habilitó para tal objeto al de Cádiz, también con carácter exclusivo, debido a que el acrecentamiento del tráfico comercial hacía necesario disponer de un puerto de mayor capacidad.

La ruta única

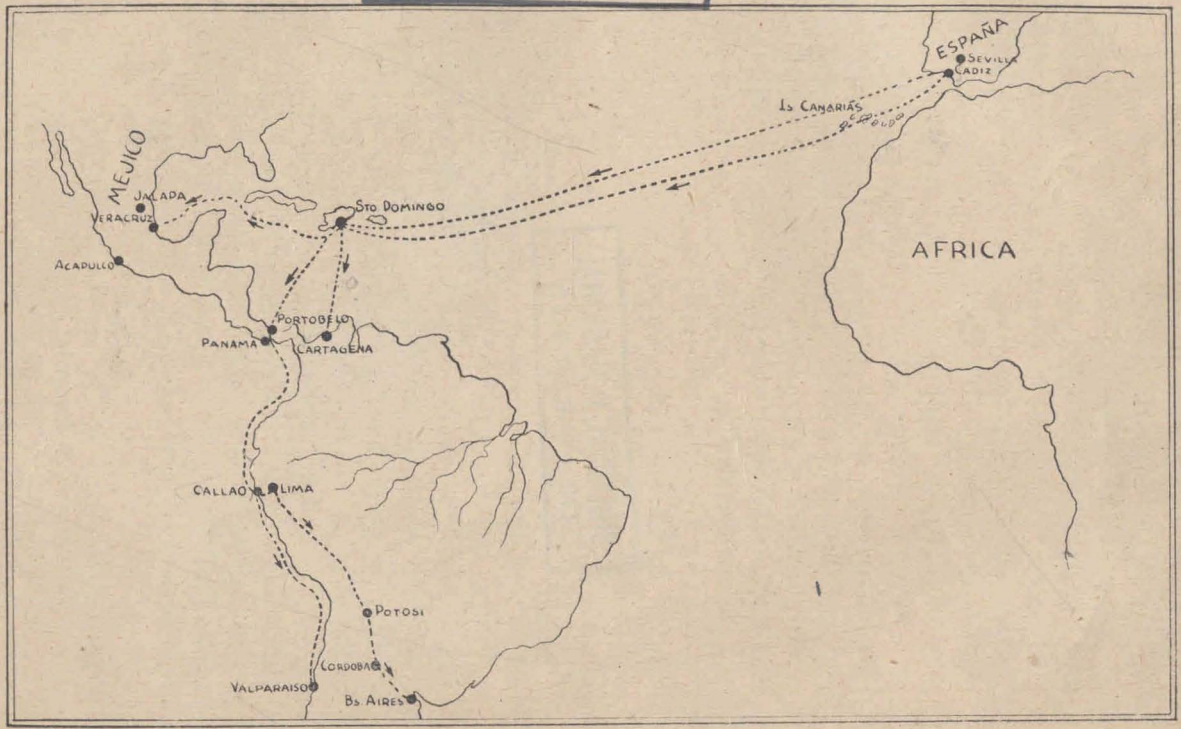
A la vez que se optó por habilitar un puerto único para realizar el comercio con Indias, se decidió también emplear una ruta única, siguiendo la cual se operaría ese tráfico, mediante el régimen de flotas y galeones.

Flotas y galeones

El régimen de flotas y galeones organizado para efectuar el tráfico comercial entre España y sus colonias de América, estaba sujeto a restricciones consistentes en la habilitación de un solo puerto como punto de partida, y a seguir por determinada ruta.

Las dos flotas (flotas y galeones) zarpaban para América, una vez por año, después de haber sido revisado su cargamento por los empleados de la Casa de Contratación y de satisfacer los gravámenes y demás condiciones exigidas.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Rutas comerciales.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Desde Sevilla o Cádiz, según la época, las flotas y galeones hacían la travesía hacia América, escoltados por una armada real, que tenía la misión de ampararlos de los ataques de corsarios y piratas que recorrían los mares en busca de buenas presas.

Las flotas y los galeones llegaban a las Antillas menores y al puerto de Santo Domingo, de donde el primer convoy (la flota) partía hacia Tierra Firme, y el segundo (los galeones) lo hacía hacia Méjico.

De la flota se desprendían algunas naves portadoras de mercaderías españolas para los puertos de Venezuela y Nueva Granada, realizándose una importante feria en Cartagena de Indias, y el grueso del convoy se dirigía directamente a Portobelo, que era el puerto terminal, situado en el istmo de Panamá.

Por su parte, los galeones, después de tocar Jamaica y puertos de Cuba, y de desprender naves para abastecer de mercadería metropolitana a Honduras y Yucatán, llegaban a los puertos de San Juan de Ulúa y Veracruz, y en Jalapa se realizaba una gran feria, a la que concurrían comerciantes de Méjico y de algunas partes de América Central.

Una vez desembarcada la mercadería de las flotas y galeones consistentes en paños y tejidos de lana y de lino, ropa, muebles, objetos de lujo, vinos, aceites, útiles varios, y en general, artículos de imprescindible necesidad; y embarcados los ricos metales, perlas, piedras preciosas y especies vegetales propias de las nuevas tierras, ambos convoyes se encontraban en La Habana, desde donde, siempre bajo la protección de naves de guerra, regresaban a España.

La feria de Portobelo

La feria más importante era la que se realizaba en Portobelo, cuya duración alcanzaba a 40 días.

Ruta del sur

Desde allí las mercaderías consignadas a los comerciantes de las diversas colonias españolas de América del Sur, tenían que salvar largos y costosos recorridos para llegar a su destino.

De Portobelo, las mercaderías eran transportadas a

través del istmo, hasta el puerto de Panamá, donde nuevamente se les embarcaba hasta el Callao, en la llamada Armada del Mar del Sur. Una parte del cargamento seguía luego por mar hasta el puerto de Valparaíso, a fin de abastecer a Chile, y otra parte era desembarcada en el Callao, continuando por tierra hasta Lima. De allí seguía por el interior del Perú, pasando luego por Potosí, para entrar por el actual límite norte de nuestro país, alcanzando Córdoba y, finalmente, Buenos Aires.

Corsarios y piratas

El régimen de flotas y galeones respondía en primer término al deseo de precaver a las naves que realizaban el tráfico, del ataque y saqueo practicado por corsarios y piratas. Durante el siglo XVI y XVII, España sostuvo luchas contra Inglaterra, Holanda y Francia motivadas por cuestiones políticas, religiosas y económicas, contándose entre estas últimas las referentes al tráfico mercantil. Como España había cerrado sus colonias de América a toda intervención comercial y de explotación económica, en general, por parte de las naciones extranjeras, éstas optaron por organizar buques en corso para hostilizar el tráfico comercial entre España y sus colonias, asaltando las naves mercantes y posesionándose de riquísimas presas.

Además, los corsarios llevaban a cabo audaces incursiones contra los puertos coloniales, apoderándose de los navíos ricamente cargados, imponiendo, a veces, pesados tributos a sus habitantes. Las expediciones de Drake, Hawkins y de Cavendish, famosos corsarios ingleses, nos dan la pauta de lo que fueron estas empresas.

Los filibusteros

La piratería adquirió cada vez más desarrollo, llegando a organizarse y a ocupar algunas islas de las Antillas, que les sirvieron de refugios y bases para sus terribles incursiones. Estas organizaciones de piratas datan del siglo XVII, y a sus componentes se les conoció con el nombre de filibusteros.

Consecuencias

La situación creada por estas razones, fué la que, principalmente, indujo a España a adoptar el régi-

men de flotas y galeones para poder defender, con eficacia, por medio de sus fuerzas marítimas, el tráfico comercial con Indias, defensa que en otra forma era mucho más difícil, si se tiene en cuenta la extensión enorme que abarcaban sus dominios de América y la distancia que mediaba entre ellos y la metrópoli.

Sin embargo, la organización de este régimen de tráfico causó perjuicios a las colonias, y muy especialmente a las más alejadas de los puertos de arribo obligatorio de las flotas y galeones.

Si se tiene en cuenta que el tráfico comercial debía hacerse exclusivamente en la forma indicada, permaneciendo cerrados los demás puertos coloniales (salvo la concesión de algunas franquicias para comerciar con lugares cercanos), es fácil comprender que las mercaderías después de recorrer un inmenso trayecto, empleándose diversos medios de transporte, llegaban a los puntos alejados en deficiente estado de conservación y recargadas en su precio en una enorme proporción, por el pago de fletes y gravámenes varios.

Tal cosa sucedía, efectivamente, con las mercaderías destinadas al Río de la Plata, punto terminal del largo recorrido marítimo y terrestre, procedente de Portobelo. Lo más natural hubiese sido conceder al puerto de Buenos Aires, por ejemplo, el intercambio directo con España por el arribo a él de una flota mercante, en la misma forma que lo hacía a puertos de Tierra Firme y de Méjico. Pero como esto no se consiguió, no obstante haberse gestionado la adopción de esta medida, adquirió cada vez mayor auge el comercio ilícito, o sea, el comercio de contrabando, realizado principalmente, por naves portuguesas, inglesas y holandesas, que satisfacían, hasta cierto punto, las necesidades de estas distantes colonias. Pero esto será tema para más adelante.

Naves Avisos. — Las naves avisos eran embarcaciones veloces que se utilizaban, al principio, para anunciar la llegada de las flotas y galeones.

Cuando la flota llegaba a Portobelo se comunicaba la

noticia a Panamá, desde donde se enviaba una nave aviso al virrey del Perú, dándole cuenta de la llegada de la flota, y este funcionario disponía entonces la salida del puerto del Callao de la Armada del Mar del Sur, conduciendo los metales preciosos de Chile y del Perú, con destino a Panamá, de donde pasaban por medio de recuas de mulas a Portobelo para ser embarcados para España.

Una vez que la flota y los galeones llegaban a Sevilla, se comunicaba su feliz arribo a los virreyes de Nueva España y del Perú por medio de naves avisos, estándoles vedado a estas naves conducir carga o pasajeros, pues se les destinaba, exclusivamente, para conducir los despachos oficiales.

Pero, con el tiempo, como la salida de la flota y de los galeones no se hacía regularmente, se fué autorizando, paulatinamente, a las naves avisos para conducir mercaderías, y su uso para esa clase de transporte fué cada vez más frecuente.

La Urca de Manila. — Al referirnos al virreinato de Nueva España, hemos hecho mención de la vinculación comercial que se establecía entre esa colonia y las islas Filipinas, también españolas, y con puertos de la China, por medio de la llamada Urca o galeón de Manila, o la Nao de la China que, periódicamente, cubría la travesía del Pacífico entre Manila (Filipinas) y el puerto de Acapulco, situado en las costas mejicanas del océano citado.

La Urca de Manila traía a Acapulco, donde se realizaba una importante feria, productos orientales, consistentes en especias, aromas, etc., y manufacturas procedentes de China, como sedas, muselinas, telas pintadas, porcelanas, objetos de metal labrado, etc. Existía vinculación, a su vez, entre el puerto de Acapulco y puertos del Pacífico, como Panamá, Guayaquil y Callao, de modo que las mercaderías orientales podían llegar a diversas colonias españolas.

La Urca volvía a Manila llevando algunos productos

americanos y mercaderías de procedencia española, pero sobre todo, con rico cargamento de plata.

XLIV

Reformas comerciales de los reyes borbónicos. Navíos de registro. Otras franquicias. La Pragmática de libre comercio. El contrabando.

Reformas comerciales de los reyes borbónicos. — La ascensión al trono de los reyes de la Casa de Borbón que en el siglo XVIII fueron, sucesivamente, Felipe V (1700 - 46), Fernando VI (1746 - 59), Carlos III (1759-88) y Carlos IV (1788-1808), implica para España un cambio de orientación política, social y económica, que alcanza a las colonias de América, destacándose por sus reformas liberales, sobre todo, el gran rey Carlos III.

Las reformas comerciales operadas en España durante el siglo XVIII, se basaban en las nuevas ideas liberales sostenidas por los economistas, cuyo representante más sobresaliente fué el inglés Adam Smith, que escribió un libro titulado "La riqueza de las naciones" (1776), donde expone sus teorías económicas.

España también tuvo sus economistas como Campomanes y Jovellanos, que se destacan durante el reinado de Carlos III y Carlos IV. Anteriormente, durante la época de Fernando VI, este rey encarga al irlandés Bernardo Ward la realización de un viaje de estudio por varios países de Europa, a fin de apreciar sus respectivos regímenes coloniales. A su regreso a España, Ward escribe un libro que titula "Proyecto económico", donde sostiene ideas liberales de comercio y auspicia reformas en el régimen colonial.

Nuevas ideas económicas

Las nuevas ideas económicas estaban en contraposición con las sostenidas por el sistema mercantil en auge en los tiempos inmediatamente anteriores al siglo XVIII, y se basaban en los principios de la libertad comercial, en su desvinculación de la protección oficial, y en aceptar que la riqueza de las naciones no consiste solamente en la posesión del oro amonedado, sino también en el impulso y el

desarrollo que logre imprimirse al comercio y a la producción general.

Cambios en la política colonial

España, por su parte, no se inclina tampoco entonces a suprimir por completo el régimen monopolista; pero los nuevos monarcas, asesorados por los economistas españoles y sus grandes ministros, a la vez que impulsan la vida comercial e industrial del país, con el otorgamiento de franquicias, activan el tráfico comercial con las colonias, suprimiendo medidas restrictivas que trababan el desarrollo económico de las mismas. En esa forma, sería posible competir en el campo comercial con Inglaterra que, desde el tratado de Utrecht de 1713, había obtenido concesiones para poder comerciar, aunque limitadamente, con las colonias españolas. Además, se podría poner dique al contrabando, que competía ventajosamente con el comercio legal.

Navíos de registro. — Se empieza a hablar de navíos de registro en un proyecto del rey Felipe V, del año 1720, referente "a las flotas y galeones y navíos de registro para el Perú y Nueva España", tendiente a acrecentar el tráfico comercial entre España y esas importantes colonias de América, auspiciando el envío de manufacturas peninsulares, mediante la rebaja de gravámenes.

Supresión de las flotas y galeones

El régimen de flotas y galeones estuvo en vigencia, con intermitencias, hasta ser suprimido en 1740, siendo nuevamente reimplantado en 1754, pero solamente para el tráfico con Nueva España.

Se generalizan los navíos de registro

Desde entonces, cobró impulso el empleo de los navíos de registro. Estos, debían salir del puerto de Cádiz, que desde 1718 era el único habilitado para el tráfico con Indias, siendo necesario contar con el permiso real, y ser registrados por la Casa de Contratación. Se destinaban a un puerto colonial determinado, a elección de sus fletadores, pero con la condición de retornar al puerto de partida, cargados con frutos del país.

La habilitación y generalización del uso de los navíos de registro, implicó un cambio fundamental en las nor-

mas tradicionales empleadas en el tráfico comercial entre España y sus colonias. Desde entonces empiezan a caer los moldes monopolistas y se opera la apertura de las vías naturales del comercio, al permitirse elegir el puerto, a los navíos citados, para comerciar sus cargamentos.

Consecuencias para el Río de la Plata

La implantación de los navíos de registro, significó para Chile y el Perú, el intercambio marítimo directo por la vía marítima del Cabo de Hornos; pero para el Río de la Plata, especialmente, esta nueva forma de tráfico era el comienzo de su independencia de la tutela económica del Perú. Fué tal y de tanto volumen y valor la entrada de mercaderías procedentes de la metrópoli al puerto de Buenos Aires, por los navíos de registro, que las mismas eran despachadas desde este puerto, en grandes cantidades, hacia Chile y Alto Perú. Esto motivó más de una protesta de las autoridades del Perú, que veían en ello un atentado contra los intereses de ese virreinato. Lo cierto es que la frecuente llegada al puerto de Buenos Aires de los navíos de registro, implicó un gran vuelco favorable en la situación económica de la gobernación del Río de la Plata, al poder surtirse a precios convenientes de mercaderías metropolitanas, enviando de retorno los frutos del país, estimulándose en esa forma, las fuentes de riqueza de esta colonia.

Otras franquicias comerciales. — La implantación de los navíos de registro, es el comienzo de nuevas franquicias comerciales, que si bien no implicaron la abolición del monopolio, vigorizaron el comercio colonial.

Correos marítimos

En 1764 se establecieron los correos marítimos, consistentes en buques que salían normalmente del puerto de La Coruña, con destino a Nueva España y a otras colonias septentrionales, y cada dos meses para la América del Sur, beneficiándose el puerto de Buenos Aires con esta medida, en 1767.

Termina el régimen del puerto único

Por Real Cédula de Carlos III del año 1765, se dispone la abolición del régimen del puerto único, habilitándose los puertos españoles de Cádiz, Sevilla, Málaga,

Cartagena, Alicante, Barcelona, La Coruña, Santander y Gijón, para comerciar con La Habana, Santo Domingo y otros puertos antillanos, franquicia que se hace extensiva a puertos del Yucatán, Campeche y Luisiana, tres años después.

Permisión de comercio intercolonial

Estas concesiones, más una apreciable disminución de gravámenes comerciales, fueron completadas por otras, permitiéndose el tráfico comercial de las colonias entre sí: Es así que en 1768 se autoriza el libre comercio entre el Perú y Nueva Granada, resolución ampliada por otra en 1774, permitiendo el intercambio comercial entre las colonias citadas y las de Guatemala y Nueva España. Dos años después, en 1776, esta concesión comprendió también al Río de la Plata.

La Pragmática del libre comercio. — Las franquicias otorgadas por Carlos III, que acabamos de enumerar, fueron seguidas por la famosa Pragmática del libre comercio, cuyo título original fué el de "Reglamentación y aranceles reales para el comercio libre de España a Indias", sancionada por el mismo soberano, el 12 de octubre de 1778.

Esta Pragmática, que constaba de 55 artículos, otorgó importantes franquicias al tráfico comercial entre España y sus colonias, abriendo muchos puertos metropolitanos y coloniales, pero conservando el monopolio, al no permitir el intercambio comercial de estos últimos con puertos extranjeros.

La concesión

La concesión fué para trece puertos españoles, más Mallorca y las Canarias, que podrían comerciar con veinticuatro puertos coloniales de la América española, entre los cuales estaba el puerto de Buenos Aires. En 1789 se extendió los beneficios de esta reglamentación a Nueva España y Venezuela.

Cláusulas principales

Las principales cláusulas de la Pragmática del libre comercio, fueron las siguientes:

1°) Se establecía la división de los puertos coloniales a que alcanzaba esta franquicia, en puertos mayores y menores, a fin de determinar el porcentaje de los derechos a

pagar, por la importación de efectos españoles y extranjeros, los que sufrían variación de acuerdo a la categoría del puerto.

2°) Las manufacturas españolas de lana, algodón, lino y cáñamo enviadas a los expresados puertos de América, quedaban exentas del pago de derechos aduaneros, a fin de alentar la producción nacional, y al mismo tiempo poder competir, en forma ventajosa, con las de procedencia extranjera, que salieran de España.

3°) Los fletadores de navíos españoles, que cargasen exclusivamente productos o mercaderías nacionales destinadas a Indias, tenían una rebaja consistente en la tercera parte de los derechos a pagar, estando exentos, solamente, de un quinto de los mismos, aquellos cuyos cargamentos de efectos españoles, alcanzase a los dos tercios del total. En esta forma se trataba de favorecer el incremento de la marina mercante española.

Consecuencias

La Pragmática de libre comercio fué de grandes beneficios para el desarrollo del comercio y de la producción de las colonias, significando, especialmente para el Río de la Plata, la iniciación de una época de prosperidad económica.

El contrabando. — El contrabando, es decir, el comercio ilícito realizado al margen de la ley, fué practicado durante todo el período colonial, habiendo disminuído, pero no desaparecido, después de las franquicias otorgadas al tráfico legal, en la segunda mitad del siglo XVIII.

El contrabando tiene su explicación en el régimen comercial adoptado por España, basado en el monopolio y en la prohibición de todo tráfico entre las colonias y los países extranjeros, no permitiéndose tampoco, que los extranjeros comerciaran en las colonias españolas sin contar con un permiso especial.

Varias fueron las formas que afectó el contrabando, realizado por navíos ingleses, portugueses, holandeses, franceses y también españoles: En ocasiones consistía en arribadas llamadas "maliciosas", pues simulando tener que recalar forzosamente en algún puerto, los navíos

aprovechaban para descargar en él sus mercaderías: otras veces lo hacían en lugares alejados, a cubierto de la vigilancia de las autoridades; y en ocasiones, con la complicidad de las mismas.

En la época del régimen de las flotas y galeones, en complicidad con los encargados de efectuar este tráfico, los contrabandistas trasbordaban sus mercaderías a las naves componentes del convoy, y en esa forma, mucha mercadería de procedencia extranjera, podía expenderse en las ciudades donde se realizaban las ferias. Otro tanto sucedió al concederse a favor de Inglaterra lo dispuesto por el tratado del Asiento, y al permitirse al mismo país el envío anual de una nave de 500 toneladas para conducir mercaderías a Portobelo: La Compañía inglesa del Mar del Sur que tenía estas concesiones, las aprovechó para intensificar el contrabando. Y a tal punto llegó, que los cargamentos de flotas y galeones fueron disminuyendo ostensiblemente, hasta que se juzgó conveniente suprimir ese régimen de tráfico comercial, en vista de que el contrabando iba terminando con las ganancias de los comerciantes que tenían en sus manos el monopolio de ese tráfico.

Pero ni la implantación del sistema de navíos de registro, ni todas las franquicias otorgadas, pudieron terminar con el contrabando, pues, manteniendo España el monopolio, aunque atenuado, no podía esperarse que él desapareciese totalmente.

El contrabando en el puerto de Buenos Aires

En lo referente al Río de la Plata, el contrabando fué favorecido por la fundación de la ciudad de Colonia del Sacramento por los portugueses, frente mismo a Buenos Aires; pero ese tráfico ilícito era ya antiguo, pues desde los primeros tiempos, los portugueses, ingleses, holandeses y franceses, lo practicaron con el citado puerto, obligando a las autoridades, por pedido de Lima, a fundar la Aduana seca de Córdoba (1622), para evitar que las mercaderías que entraban clandestinamente al puerto de Buenos Aires, siguieran desplazando a las que procedían de la feria de Portobelo. Esa aduana exigía el pago de un

50 % de derechos para que las mercaderías procedentes de Buenos Aires, pudieran ser transportadas hacia el norte.

Conclusión

El contrabando realizado en las colonias españolas, surgió, pues, de la rigidez del monopolio comercial, de la extensión de las colonias y de su lejanía de España; de la venalidad de muchos funcionarios coloniales; de las ganancias que él proporcionaba a los extranjeros; y, sobre todo, de la necesidad de los colonos de munirse de lo necesario a precios convenientes.

XLV

La cultura: principales centros. Universidades de Charcas y Córdoba. La enseñanza primaria. Los Colegios Monserrat y San Carlos.

La cultura: principales centros. — La cultura colonial desarrollada de acuerdo con las ideas de la época y en particular, con las tendencias predominantes en la metrópoli, tropezó con inconvenientes creados por el nuevo medio tan alejado, y con la multiplicidad de la obra allí emprendida.

Comenzó la difusión cultural española en América, con los primeros pasos de la colonización y estuvo a cargo, principalmente, de los religiosos por ser los más capacitados para ello, por sus conocimientos e ilustración.

Se debe tener en cuenta que, de acuerdo a las tendencias de esos tiempos, el cultivo del espíritu no fué la preocupación de los hombres de armas, aptos para las grandes empresas conquistadoras, ni tampoco del común de la gente, sino de aquellos núcleos selectos que valoraban la ciencia, la literatura, la filosofía y el arte, formados por gran número de elementos laicos, pero predominando los religiosos, que se entregaban a las tareas superiores del intelecto, favorecidos por la naturaleza misma de la misión a que habían consagrado su vida.

No es extraño, pues, que los conquistadores descuidasen algo lo referente a la cultura de las colonias, pero ello no se originó en el propósito de las autoridades su-

periores de mantener en estado de ignorancia a los habitantes de las mismas, sino que así sucedió, debido a factores de índole diversa, como son:

1º) Predominio de los elementos poco instruídos entre los españoles laicos llegados a América.

2º) Dificultades para fundar y organizar escuelas por la escasez de libros y de toda clase de elementos que requiere la enseñanza.

3º) Creencia que la enseñanza primaria sólo era útil para los que iban a seguir, luego, estudios superiores, motivo por el cual daban más importancia a la fundación de colegios y universidades.

4º) Desidia de muchos funcionarios que descuidaban esas cuestiones, al amparo del relativo aislamiento de las colonias, debido a la distancia y a los deficientes medios de comunicación con la metrópoli.

5º) Dificultad de desarrollar la cultura en un medio social difícil, por la mestización racial.

6º) Poca difusión de libros debido a la censura ejercida con respecto a la difusión de ideas políticas, sociales y religiosas.

Obra cultural de la Iglesia

La Iglesia Católica fué la institución a cuyo cargo estuvo en su mayor parte, la difusión cultural en la América hispánica, por estar sus miembros en mejores condiciones de preparación para ejercer esa gran misión.

En efecto: los religiosos, aparte de su obra de evangelización, fueron los grandes maestros de escuelas, colegios y universidades, y sin su concurso, estos establecimientos hubieran sido pocos y muy deficientes. Sus escuelas conventuales y parroquiales, sus colegios e internados y sus cátedras en las universidades, estuvieron a la altura de las existentes en España, con sus bondades y con sus defectos que, por otra parte, eran propios de la época.

Principales centros culturales

Pero lo que antecede no significa que la Corona dejase de preocuparse de los problemas culturales de sus colonias.

A su cargo estuvo la transmisión de la cultura, enviando a América hombres de estudio y organizando en

los principales centros culturales, colegios y universidades que cumplieron su cometido en forma eficiente.

Bástenos saber que la América española contó con doce universidades y una gran cantidad de colegios, destacándose como grandes centros culturales, ciudades como Méjico, Santa Fe de Bogotá, Lima, Charcas, Córdoba, Santiago de Chile, etc. La mayoría de estas ciudades, durante la época colonial, fueron focos de concentración política y administrativa y centros de irradiación cultural, a cuyo influjo se formaron y destacaron algunos valores representativos de las ciencias, de la literatura y de las artes.

Por ejemplo en Méjico se estableció un Jardín Botánico; en Santa Fe de Bogotá, un Observatorio Astronómico y un Museo de Historia Natural; y en las ciudades citadas, en Lima, Charcas, Córdoba, etc., hubieron muchos hombres dedicados a las ciencias, que, venciendo las dificultades originadas por la carencia de buenos libros y de instrumentos de investigación, escribieron obras basadas en la observación y estudio de comarcas desconocidas, sobre su clima, geografía, historia natural, arqueología, etc. Además, se destacaron cultores de las bellas letras y de la historia, y otros que, con sus creaciones, enriquecieron el arte.

Universidades de Charcas y Córdoba. — La enseñanza superior en el virreinato del Río de la Plata, se impartió en las universidades de Córdoba y de Charcas, erigidas en una misma época, por Reales Cédulas de Felipe III de 1622 y 1624, respectivamente.

Universidad de Charcas

La universidad de Charcas era la de mayor renombre en la América del Sur, después de la famosa universidad de San Marcos, de Lima.

En esta universidad se seguían cursos de jurisprudencia, literatura y filosofía, con un espíritu de innovación, que fué librando a los estudios allí realizados de la enseñanza circunscripta solamente a los textos y apegada a los viejos cánones, para adquirir rumbos más liberales.

Su principal facultad fué la de jurisprudencia, estu-

diándose además de derecho en general, derecho indiano, que sirvió para propagar entre los estudiosos lo referente al gobierno y legislación colonial. Allí recibían los estudiantes sus títulos de licenciado o doctor en leyes, completando luego sus estudios en la Academia Carolina, constituída en 1780, y que era un curso superior de la universidad de Charcas, donde se hacía práctica forense por espacio de dos años.

La universidad de Charcas bien pronto fué la preferida de los jóvenes del Río de la Plata, que concurrían a ella, sobre todo, para graduarse en jurisprudencia. No era extraño a esta preferencia, el hecho de que en Charcas habían encontrado eco las nuevas ideas sobre gobierno, orden social y economía, de los pensadores del siglo XVIII. Fuera y dentro de la universidad, eran frecuentes la discusión y el comentario sobre esos temas y también los referentes a los acontecimientos trascendentales de la época, tales como la independencia norteamericana y la revolución francesa estallada en 1789.

Las nuevas ideas eran conocidas a través de libros y escritos llegados allí, no obstante el rigor de la censura existente, y su lectura a la vez que producía verdadera conmoción entre los estudiantes, preparaba sus espíritus para los momentos decisivos que más tarde se producirían, destinados a obtener la emancipación de las colonias.

Cursaron sus estudios en la universidad de Charcas, Mariano Moreno, Juan José Castelli, Vicente López y Planes, José Ignacio Gorriti, Bernardo de Monteagudo, etc., jóvenes que se destacaron en la Revolución de Mayo y en los días posteriores.

Universidad de Córdoba

El fundador de la universidad de Córdoba fué el obispo del Tucumán, Fray Hernando de Trejo y Sanabria, ilustre prelado nacido en el Paraguay, que empleó todos sus esfuerzos y sus recursos para la organización del Colegio Máximo, trasladado de Santiago de Chile, y que empezó a funcionar en Córdoba en 1614, con el nombre de Colegio del Rey o de Loreto, hasta que por Real Cé-

dula de 1622, se le elevó a la categoría de universidad.

Esta universidad constaba de dos facultades: la de Artes o Filosofía, donde se estudiaba lógica, física y metafísica con un plan de tres años, y latín, en dos años, otorgándose los títulos de bachiller, maestro y licenciado; y la de facultad de Teología, que comprendía el estudio de la teología escolástica, de la moral y de los sagrados cánones. Los títulos que acordaba esta facultad, eran los de bachiller, licenciado y doctor en teología, necesitándose para la obtención de este último título, cuatro años de estudios.

Los estudios realizados en la universidad de Córdoba, se ceñían a los antiguos sistemas y tenían carácter teológico. Pero, sin embargo, sus aulas fueron frecuentadas por la juventud estudiosa de los principales centros, teniendo que dirigirse a Charcas o a Santiago de Chile, los que deseaban seguir estudios jurídicos, pues la universidad de Córdoba no contó con una cátedra de derecho hasta el año 1791. En 1808 recién se inauguró una de matemáticas, a instancias del Deán Gregorio Funes.

Cursaron sus estudios en la universidad de Córdoba, jóvenes que luego llegarían a ser personalidades relevantes, como Juan José Paso, Manuel Alberti, Pedro Ignacio Castro Barros, Valentín Gómez, José María Paz, etc.

Debemos agregar que, tanto la universidad de Charcas como la de Córdoba estuvieron bajo la dirección de los padres jesuítas, hasta su expulsión por resolución real, de 1767. Desde entonces, la de Córdoba quedó bajo la dirección de los padres franciscanos hasta 1808.

La enseñanza primaria. — La enseñanza primaria también estuvo en gran parte en manos de religiosos, que en todas las colonias españolas, fueron los verdaderos maestros.

Clases de escuelas

De tres clases fueron las escuelas primarias: 1°) religiosas, 2°) laicas y 3°) particulares.

1°) Franciscanos, dominicos, mercedarios y jesuítas fundaron en sus conventos escuelas de primeras letras llamadas escuelas conventuales, existiendo otras que fun-

cionaban como anexos de las parroquias y que se les llamaba parroquiales.

2°) Las escuelas primarias laicas eran sostenidas por los cabildos. En 1601, el cabildo de Buenos Aires crea la primera escuela pública sostenida con sus propios recursos. Esta iniciativa es oficializada, en cierto modo, por el rey Carlos II que, en 1773, ordena que cada cabildo debía fundar y sostener con sus propios medios una escuela de primeras letras, creándose después otras, llamadas escuelas del rey, destinadas a la enseñanza gratuita de los pobres.

3°) También funcionaron algunas escuelas que estaban en manos de personas autorizadas.

Carácter de la enseñanza primaria

En general, la enseñana primaria era impartida en la forma indicada en las poblaciones de cierta importancia, y los que más se beneficiaban eran los hijos de familias pudientes. Solamente en algunas parroquias se daba enseñanza gratuita a los niños pobres, lo mismo que en las escasas escuelas fiscales. En la campaña, la enseñanza era nula ,pues a ella rara vez llegaba la acción benéfica de la escuela.

En las escuelas religiosas, que eran las mejores, se daban nociones de aritmética, lectura y escritura, y se hacía el aprendizaje del catecismo. En las escuelas municipales y en las escuelas del rey, de carácter fiscal, cuya aparición se opera en la segunda mitad del siglo XVIII, la enseñanza primaria impartida, carecía de todo método. En estas escuelas también se aprendía a leer, escribir, contar y a conocer nociones de la doctrina cristiana, pero los niños tenían que llevar sus libros, empleándose, por lo general, viejos librotes de caballería y de historietas, algunos de ellos referentes a la vida de los santos. La escasez de recursos hacía muy difícil la adquisición de libros adecuados, de útiles y materiales en general, que requiere la enseñanza, lo que contribuía a aumentar sus deficiencias.

En cuanto a los métodos, eran de los más rutinarios, empleándose los castigos corporales para obtener una relativa disciplina durante el desarrollo de las clases.

La instrucción de las niñas estaba muy descuidada: se juzgaba como conveniente su poca instrucción, pues debían dedicarse enteramente a las tareas del hogar, preparándose así para ser buenas esposas y madres. Las familias pudientes eran las únicas que procuraban alguna instrucción a sus hijas, y estas condiciones no mejoraron hasta las postrimerías de la época colonial.

Propulsores

En los últimos tiempos destácase en Buenos Aires la acción tesonera e inteligente del secretario del Consulado don Manuel Belgrano, a favor de la difusión de la enseñanza primaria. En algunas de las "Memorias" del cuerpo citado y en las columnas del "Correo del comercio", Belgrano preconiza los beneficios de la enseñanza de primeras letras, y dice que a ello deberían contribuir los recursos de los cabildos de villas y ciudades, y con su óbolo la gente pudiente, a fin de pagar a los maestros y sostener las escuelas.

Ya al terminar el período colonial, durante el gobierno del último virrey del Río de la Plata, don Baltasar Hidalgo de Cisneros, se dispuso que la enseñanza primaria sería obligatoria, amenazando a los padres que no enviasen a sus hijos a la escuela, con excluírlos de la ciudad, cuando llegasen a la edad de 16 años. Esta medida, aunque tardía, produjo benéficos resultados.

Los Colegios Monserrat y San Carlos. — La enseñanza secundaria, dentro de los límites del Virreinato del Río de la Plata, estuvo a cargo de dos colegios: el de Monserrat, de Córdoba, y el de San Carlos, de Buenos Aires.

Carácter de la enseñanza secundaria

La enseñanza secundaria que se impartía en esos tiempos era de carácter clásico, dándose primacía a los conocimientos teológicos, literarios y filosóficos. Las principales materias eran las siguientes: teología, gramática, retórica, dialéctica, latín, lógica, metafísica, etc.

Este plan de estudios obedecía a los moldes escolásticos, y en su organización primaban las bases religiosas.

Se exigía a los alumnos la lectura y repetición de los textos de memoria, sin preocuparse del raciocinio. Pero no obstante el carácter dogmático de la enseñanza me-

dia, puede decirse, en general, que los alumnos pudieron adquirir una buena preparación que les capacitaba para emprender, luego, estudios superiores.

Colegio Monserrat

El Colegio Monserrat fué un internado fundado en Córdoba por el Padre Ignacio Duarte y Quirós. En 1695 fué entregado por su fundador a los padres jesuítas, y cuando en 1768 fueron expulsados, el citado internado fué puesto bajo la dirección de los franciscanos.

En el "Colegio Real Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat" —tal era su nombre oficial— tuvieron los padres de familias pudientes del virreinato, la facilidad de poder dejar sus hijos como pupilos, bajo la dirección de excelentes maestros, preparándose para sus futuros estudios universitarios que cursaban luego en la universidad de Córdoba, y en las de Charcas o de Santiago de Chile, cuando querían seguir cursos de derecho.

No todos podían frecuentar las clases de Monserrat. Para poder hacerlo, los jóvenes debían acreditar su calidad tradicional de cristianos, ser hijo de matrimonio legítimo y tener constancias acerca de su buena conducta.

El Colegio de San Carlos

El "Real Colegio de San Carlos" fué una de las grandes fundaciones del virrey Vértiz, y constituyó un centro cultural que, desde Buenos Aires, irradiaba sus luces en todo el virreinato.

Al inaugurarse en 1783, contaba el San Carlos con más de un centenar de alumnos y funcionó en el edificio que había pertenecido al colegio de la Compañía de Jesús.

Su primer rector fué el sacerdote Dr. Juan Baltasar Maciel, nacido en Santa Fe, ilustre precursor de los grandes educadores argentinos. Contó con la colaboración de un destacado cuerpo de profesores, entre los que se distinguieron los doctores Vicente Juanzaras y José Luis Chorroarín, y el presbítero Pedro Fernández.

Las cátedras del San Carlos fueron adjudicadas por concurso de oposición, y en él se realizaban torneos de oratoria y dialéctica a cargo de alumnos de los diferentes cursos, completándose así los conocimientos transmiti-

dos por los profesores, en sus diarias conferencias. Y cabe destacar que, no obstante el carácter dogmático de la enseñanza impartida en sus aulas, en el Colegio de San Carlos siguieron sus estudios gran número de jóvenes que inscribieron sus nombres en los pasos iniciales de la Revolución de Mayo, como Belgrano (que luego siguió sus estudios superiores en España), Rivadavia, Saavedra, French, Beruti y muchos otros. Y SAN MARTIN.

XLVI

La cultura: La Academia de Náutica, la Escuela de Dibujo y el Protomedicato. La Imprenta: Principales manifestaciones literarias.

Antecedentes

La cultura: La Academia de Náutica, la Escuela de Dibujo y el Protomedicato. — Manuel Belgrano, el destacado secretario del Consulado de Buenos Aires, fué el principal propulsor mediante las famosas "Memorias" que todos los años presentaba al Consulado, de las medidas en pro de la agricultura y comercio del virreinato, distinguiéndose, además, por su preocupación constante en lo que atañe a la instrucción primaria que, según él, debía ser gratuíta y obligatoria, y a la enseñanza de carácter profesional. Belgrano propuso la creación de una escuela de náutica y otra de dibujo y, además, escuelas de comercio y de agricultura y un instituto de química experimental.

No obstante lo beneficioso que hubiese resultado la creación de estas últimas escuelas citadas, para que los jóvenes pudiesen obtener conocimientos y práctica de agricultura y comercio, asimismo como la utilidad que representaría para la industria de la curtiembre de cueros, la creación de un instituto de química experimental, estos proyectos no prosperaron por no contarse con el apoyo de las autoridades superiores.

La Academia de Náutica

Más suerte tuvieron las iniciativas de Belgrano con respecto a la Academia de Náutica y Escuela de Dibujo, creadas en el año 1799.

La Academia de Náutica, cuyo fin era la formación de pilotos para que pudiesen prestar sus servicios en las naves llegadas al estuario del Plata, sirviendo de prácticos, y para dirigir como patrones las lanchas y demás embarcaciones de cabotaje que realizaban el transporte en las orillas del mismo, fué puesta bajo la dirección de don Pedro A. Cerviño, ingeniero naval que desempeñó su cargo gratuitamente.

En la Academia de Náutica se cursaban estudios de matemáticas y los referentes al arte de navegar, formándose algunos pilotos que, según la expresión de Belgrano, "como acostumbrados al cálculo y a la meditación serán profesores excelentes en todas las ciencias y artes a que se apliquen".

La obra de la Academia tendía a la futura formación de una flota mercante, con técnicos propios, pero ella no tuvo mucha vida por haber sido prematuramente clausurada.

La Escuela de Dibujo

La Escuela de Dibujo fué otra de las creaciones propiciada por Belgrano que tuvo realización. En una de las "Memorias" del Consulado, decía que el estudio del dibujo era de gran aplicación tanto para el artista como para el artesano (carpintero, sastre, herrero, etc.), pues sin él no podrían desempeñar sus respectivos oficios con la competencia requerida, extendiéndose los beneficios de su conocimiento a múltiples aplicaciones de la vida. La Escuela de Dibujo también fué suprimida al poco tiempo, pues, como la anterior, fué juzgada por las autoridades como establecimiento de mero lujo.

El Protomedicato

Desde mucho tiempo atrás, se exigió en Buenos Aires un certificado que acreditase competencia para el ejercicio de la medicina, que se otorgaba a gente que comprobaba ser entendida para curar algunas afecciones. Esta medida fué tomada por la carencia de médicos, pues los que llegaban a esta ciudad lo hacían de paso, generalmente para el Perú.

El virrey Vértiz, comprendiendo que había urgente necesidad de crear un organismo a fin de velar por la

salud pública, dispuso la fundación del Protomedicato (1780). Este era un tribunal destinado a expedir certificados de suficiencia a aquellos que, mediante un examen rendido ante el mismo, comprobaran su idoneidad para dedicarse al ejercicio de la medicina y cirugía.

El tribunal del Protomedicato fué puesto bajo la dirección del médico irlandés Miguel O'Gorman, que fué el primer facultativo que puso en práctica en Buenos Aires las inoculaciones contra la viruela, peste que de continuo había azotado a la población, y al producirse una nueva epidemia en 1793, se comprobó el éxito del nuevo método de curación.

Al establecimiento del Tribunal del Protomedicato siguió la creación de una cátedra de medicina en 1801 y otra de cirugía en 1802, a cargo, respectivamente, de los doctores Agustín Fabre y Cosme Argerich.

La Imprenta. — La introducción de la imprenta por primera vez en la América española se realizó en Méjico en 1536, haciéndose después lo mismo en el Perú y en otras colonias españolas, siendo los padres jesuítas los primeros en instalar una imprenta de fabricación local, en sus misiones del Alto Paraná y Alto Uruguay, utilizándola para la publicación de libros religiosos y diccionarios en idioma guaraní y castellano. Imprimieron varios de esos libros con copiosa ilustración, algunos de los cuales se conservan todavía. El primero de esos libros religiosos titulado "Diferencias entre lo temporal y terrenal, etc." terminó de imprimirse en 1705, siendo su autor el P. Eusebio Nuremberg, estando la traducción al guaraní a cargo del padre José Serrano.

Corresponde al Colegio de Monserrat de Córdoba la importación de otra imprenta en 1765, cuando esa casa de estudios estaba en manos de los Jesuítas, funcionando solamente hasta la expulsión de éstos en 1768, imprimiéndose a poco la obra del P. Peramós "Laudationes quinque", elogiando al fundador del colegio, Duarte y Quirós.

Después, la imprenta quedó abandonada en los sóta-

nos del colegio hasta ser trasladada en 1780 a la Casa de Expósitos de Buenos Aires, por resolución del virrey Vértiz.

Desde entonces las publicaciones de carácter religioso y administrativo, las memorias del Consulado y primeros periódicos que se imprimieron en Buenos Aires, fueron hechos en la "Real Imprenta de Niños Expósitos", a beneficio casi exclusivo de este establecimiento, utilizándosela en esta ciudad hasta 1824 en que fué llevada a Salta.

Una nueva imprenta fué utilizada en Montevideo, durante la segunda invasión inglesa, importada por un comerciante, vendiéndola más tarde a la de los Niños Expósitos de Buenos Aires.

Principales manifestaciones literarias. — No obstante las trabas y las dificultades propias de la vida colonial, la literatura tuvo buenos representantes en todas las colonias de América hispánica, alcanzando su mayor difusión en Méjico y en el Perú. Se distinguieron en los primeros tiempos cronistas y escritores como Bernal Díaz del Castillo, soldado y cronista de la conquista de Méjico; Ulderico Schmidel, que en su obra "Viaje al Río de la Plata" narró lo concerniente a la expedición de Mendoza y fundación de Buenos Aires; Martín del Barco Centenera, que escribió su poema "La Argentina"; Ruiz Díaz de Guzmán, que escribió la "Historia del descubrimiento, conquista y población del Río de la Plata"; Alonso de Ercilla y Zúñiga, el poeta soldado, autor del poema "La Araucana", donde canta la guerra de Arauco; y Alvar Núñez Cabeza de Vaca, con sus famosos "Comentarios". Estas y muchos más, constituyen manifestaciones salientes de la literatura referente a la conquista y colonización americana.

En el Río de la Plata

En las gobernaciones del sur que luego formaron parte del virreinato del Río de la Plata, las manifestaciones literarias no fueron tan copiosas y frecuentes, como en el Perú, por ejemplo, y otras colonias, pues la dedicación

al comercio y a las tareas agropecuarias, restó muchas energías a las especulaciones del espíritu.

La fundación de la universidad de Córdoba dió impulso a la producción intelectual, contando entre sus catedráticos eminentes cultores de las letras y de la filosofía.

Historiadores religiosos

Entre los historiadores religiosos que escriben obras referentes a esta parte de la América española citaremos al P. Pedro Lozano con su "Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán", y al P. José Guevara, que escribe una obra titulada "Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán". Por su parte, otro religioso, el P. Antonio Ruiz de Montoya, escribe su "Arte de la lengua guaraní", obra impresa en 1724 por la imprenta misionera.

El primer poeta

El primer poeta criollo fué Fray Luis de Tejeda, nacido en Córdoba en los albores del siglo XVII. Es autor de una copiosa producción en verso y en prosa, destacándose su poema titulado "El peregrino en Babilonia".

Epoca del virrey Vértiz: manifestaciones literarias

Pero recién al finalizar el siglo XVIII, se notan las primeras manifestaciones literarias, durante el gobierno del virrey Vértiz, bajo el influjo del Colegio San Carlos de reciente creación, donde adquirió conocimientos e inquietud espiritual la juventud que luego pasó a completar sus estudios en la liberal universidad de Charcas.

La juventud estudiosa empieza entonces a gustar la lectura de los maestros clásicos, asimilando prontamente el espíritu de la literatura antigua y moderna, y cultiva a los poetas, publicistas e historiadores de su tiempo, que abren ante su vista horizontes más amplios. Muchos de estos jóvenes son luego los mismos que toman parte en los trascendentales sucesos de Mayo.

Al lado del virrey Vértiz, se constituyó un círculo de hombres de valía, siendo los más eminentes el R. P. Dr. Juan Baltasar Maciel, nacido en Santa Fe, de gran erudición y ascendiente en los medios intelectuales, y el poeta Manuel José de Lavardén, cuya tragedia titulada "Siripo", basada en la famosa leyenda de Lucía Miranda, es la primera obra teatral escrita en el Virreinato del Plata

por un criollo, contando además con dos producciones en verso, "Sátiras limeñas" y "Oda al Paraná".

Manuel José de Lavardén encabezó un grupo literario, que en Buenos Aires formó escuela, frente a la constituída en Montevideo por otro cultor de las bellas letras, José Prego de Oliver, cuyas tendencias literarias eran opuestas a las del primero.

Otros escritores y poetas de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX

Destácanse también otros escritores y poetas, muchos de los cuales tuvieron que dejar la pluma para empuñar la espada, o que ocupar todas sus energías para llevar adelante la acción revolucionaria a fin de obtener la independencia política del país. Entre ellos citaremos a Vicente López y Planes, el autor de nuestro Himno inmortal, que por entonces glorificó el heroísmo desplegado durante las invasiones inglesas en su poema "Triunfo Argentino"; el deán Gregorio Funes, gran orador y educador, que fué rector de la Universidad de Córdoba; Pedro Antonio Cerviño, ingeniero naval, que ocupó el cargo de director de la Academia de Náutica y fué periodista de nota; Manuel Belgrano, que escribió sobre asuntos económicos y educacionales, sobre todo en sus "Memorias", que constituyen sesudos estudios sobre agricultura, ganadería, comercio y enseñanza primaria y profesional; Domingo de Azcuénaga, que se distingue por sus versos y especialmente por sus fábulas; Joaquín Araujo, autor de la "Guía de Forasteros", que describe la vida política y económica del virreinato; Juan José Castelli, Mariano Moreno, Manuel Moreno y muchos otros, que enriquecen la literatura colonial en los últimos tiempos del virreinato.

XLVII

La cultura: El periodismo. El arte.

El periodismo. — En general, el periodismo tuvo poca propagación en las colonias españolas de América, lo que se explica debido a la escasez de imprentas y a la restricción impuesta a la difusión de las ideas. Sin embargo, algunas colonias como Nueva España y Perú, tuvieron

algunos periódicos, la primera desde los comienzos del siglo XVII, y la segunda, desde mediados del XVIII.

Por su parte, el Río de la Plata no contó con periódicos hasta los comienzos del siglo XIX.

Desde tiempos anteriores, los pobladores de Buenos Aires, anhelaban poseer un periódico informativo de las noticias y cuestiones que más les interesaba; pero recién con la fundación del virreinato en 1776, y las franquicias otorgadas, habiendo mejorado la situación, se produjo un ambiente favorable para la obtención de esos propósitos. No fué extraña a los mismos, la influencia cultural ejercida por los eminentes hombres de la comisión española, llegados para determinar los límites con Portugal, ni el auge entre las clases pensantes, de las nuevas ideas sociales y políticas llegadas de Europa. A esto hay que agregar la instalación de la primera imprenta con que contó la ciudad, que el virrey Vértiz había hecho trasladar de Córdoba, en 1780.

La aparición del periodismo significó un gran paso para la sociedad colonial, pues ella pudo contar desde entonces, con la difusión de ideas y conocimientos de utilidad general.

El "Telégrafo Mercantil"

El primer periódico apareció el 1° de abril de 1801, titulándosele "Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiógrafo del Río de la Plata".

La dirección de este periódico, impreso en la imprenta de los Niños Expósitos, fué confiada al antiguo periodista español, don Francisco Antonio Cabello y Mesa, que con anterioridad había dirigido un periódico en la ciudad de Lima.

En las columnas de este periódico colaboraron con sus artículos de carácter literario, científico e histórico, los componentes de la Sociedad Literaria, algunos de los cuales estampaban sus firmas al pie de sus artículos o lo hacían con seudónimos. Entre ellos podemos citar a: Juan Manuel de Lavardén, Luis José Chorroarín, Pedro Antonio Cerviño, Manuel Medrano, Gregorio Funes, Manuel Belgrano, Juan José Castelli, Joaquín Araujo,

Domingo Azcuénaga y al naturalista Tadeo Haenke, residente en Cochabamba, desde donde enviaba sus colaboraciones.

Los trabajos de las personas citadas sirvieron para ilustrar a los lectores sobre temas diversos, estimulando la propensión a la buena lectura y a la adquisición de conocimientos. Además, en el "Telégrafo", se daba toda clase de noticias y de informaciones útiles para las diversas actividades, sobresaliendo un meritorio estudio sobre las condiciones de vida y riqueza de las provincias del virreinato.

Cabe decir, pues, que la publicación del "Telégrafo", fué para la población de Buenos Aires y para el virreinato de mucha trascendencia, dado que él contribuyó a su progreso cultural y abrió posibilidades al intercambio de ideas de interés general.

El "Telégrafo" fué suprimido en octubre de 1802, por orden del virrey Joaquín del Pino, a causa de unas notas festivas, y sobre todo, por un artículo criticando su actuación.

El "Semanario de Agricultura, Industria y Comercio"

Como lo indica su nombre, "Semanario de Agricultura, Industria y Comercio", este periódico aparecido en Buenos Aires en 1802, bajo la dirección de don Hipólito Vieytes, se dedicó especialmente a los problemas económicos que preocupaban a agricultores, ganaderos, comerciantes e industriales del virreinato.

En las columnas del "Semanario" se hizo una amplia propaganda de las nuevas ideas económicas que sobre todo había sustentado Belgrano, abogando por la obtención de mejoras en la producción agropecuaria e industrial y por la libertad del comercio, muy especialmente el de exportación e importación. Por eso abundaban en los artículos del "Semanario" los consejos a agricultores e industriales sobre la forma de hacer los cultivos y de encarar la principal industria de la región, que era la derivada de la ganadería. Y en todo, se nota la penetración de sus redactores, que veían en la producción agropecuaria, la riqueza futura del país, más soberbia aún, que

la proporcionada por las minas de metales preciosos, en otras zonas del continente.

El "Semanario" suspendió su publicación el 11 de febrero de 1807, cuando los ingleses, después de ocupar Montevideo, amenazaban de nuevo a Buenos Aires, habiendo circulado en total 218 números.

"La Estrella del Sur"

En Montevideo, durante la ocupación inglesa, se editó un semanario titulado "La Estrella del Sur", cuyo primer número apareció en mayo de 1807. Fué escrito en los idiomas castellano e inglés, siendo de corta duración pues desapareció al mes siguiente, habiéndose alcanzado a publicar ocho números (uno de ellos extraordinario) y un prospecto.

La publicación de "La Estrella del Sur", respondía al plan de los invasores, de robustecer la ocupación inglesa mediante el desprestigio de España y de sus instituciones, prometiendo a los colonos un régimen de gobierno más liberal y libertad de comercio, de industria y de culto. Esto, indudablemente, agradaba a los criollos, pero lo que jamás iban a consentir era salir del dominio español para caer en el inglés, cualesquiera fuesen las condiciones ofrecidas.

Sin embargo, las ideas liberales sustentadas en esta hoja de tan poca duración, al difundirse, hicieron vislumbrar a los colonos las ventajas que experimentaría el país, si ellas fuesen puestas en práctica.

El "Correo de Comercio"

Otro semanario apareció en Buenos Aires, poco tiempo antes del estallido de la Revolución de Mayo, con el nombre de "Correo de Comercio", bajo la dirección de Manuel Belgrano.

En este nuevo periódico, Belgrano reproduce sus ya conocidas ideas acerca del comercio, de la agricultura y de la industria, ocupándose también de uno de sus temas favoritos: la educación popular.

El último de sus 52 números se publicó en febrero de 1811.

El arte. — El arte tuvo en la América española sus manifestaciones propias, principalmente en la arquitectu-

ra. Ella fué, en líneas generales, uniforme, en todo el continente, respondiendo a un estilo que es el característico del arte colonial, sufriendo en cada región la influencia de su respectivo arte indígena. También tuvo su expresión este arte en lo referente a la escultura, pintura y orfebrería, pero indudablemente la expresión superior del arte colonial, reside en su arquitectura.

El arte tuvo sus grandes cultores en la época colonial, principalmente en las capitales y ciudades de los más ricos virreinatos, en Méjico y en Lima, centros de vida refinada y lugar de despliegue de ceremonias y boato. Allí se levantaron los más espléndidos templos, con sus imágenes talladas, sus hermosos ventanales, sus ricas pinturas místicas. En sus lujosos palacios y residencias señoriales, se hacía ostentación de buen gusto en los adornos, muebles tallados y decoraciones refinadas. Joyas, artísticos tejidos, cerámica esmaltada, abundaban en esas ciudades coloniales, como expresión de arte.

El arte en el Río de la Plata

Estas manifestaciones del arte colonial, no tuvieron un desarrollo tan destacado en las regiones que formaron parte del virreinato del Río de la Plata. Aquí las condiciones de vida de sus habitantes menos fáciles, no permitieron el despliegue artístico que se observa en aquellas ricas regiones del mundo colonial.

Arquitectura

Si nos referimos a la arquitectura colonial en el virreinato del Río de la Plata, debemos distinguir como centros principales a las ciudades de Buenos Aires, Córdoba y Salta, en las que ella tuvo sus distintos tipos representativos.

Buenos Aires

En Buenos Aires, la edificación en general dejó mucho que desear hasta mediados del siglo XVIII. Las principales construcciones eran: el Cabildo, la Catedral y la Fortaleza, que estaban ubicados rodeando la Plaza Mayor.

El gran propulsor del progreso edilicio de Buenos Aires fué el virrey Vértiz, empezando luego a construirse algunos edificios lujosos que se han conservado hasta hace poco, ubicados en el barrio de Santo Domingo, cu-

ya calle principal, era la del Rosario (hoy Venezuela).

Como en todas partes, predominó en la edificación el estilo barroco-andaluz, con sus rejas, alféizares, balcones y tejados, aunque en Buenos Aires, este estilo no era tan puro como en otras ciudades coloniales.

La edificación de templos adquirió también gran desarrollo en Buenos Aires, en el siglo XVIII, encontrando la colaboración pecuniaria de los vecinos pudientes, todos muy religiosos.

Con la llegada de algunos arquitectos, como los padres jesuítas Primoli, Schmidt y Kraus, se dió gran impulso a la construcción de templos. Ellos fueron los que dirigieron la construcción de los de San Ignacio, San Telmo y Ntra. Sra. de Pilar, reconstruyéndose otros templos más antiguos.

Sin embargo, las iglesias no presentan un estilo único y sus interiores, particularmente, acusan diferencias sensibles, lo que no ocurría con las casas que, en general, presentaban gran uniformidad, siendo de un solo piso, a excepción de algunas principales construídas de ladrillos, que llegaban a tener hasta dos pisos.

Córdoba

En Córdoba, el arte arquitectónico en la época colonial, presenta amalgamados, diremos así, el estilo barroco-andaluz con el de la técnica usada por la escultura calchaquí. Vale decir, una fusión del estilo español e indígena. Por eso se dice que en Córdoba, donde el arte tiene más carácter autóctono, es donde aparece el arte netamente colonial dentro del virreinato del Río de la Plata. Sus principales templos coloniales, son la célebre Catedral, la Iglesia de la Compañía de Jesús y la de Santa Catalina, destacándose en ellas la influencia de la arquitectura jesuítica.

Salta

La arquitectura de esta ciudad en la época colonial sufrió la influencia directa del Perú, presentando los rasgos dominantes del estilo hispano-incaico que allí prevalecía, adquiriendo a fines del siglo XVIII, formas intermedias entre este estilo y el predominante en la zona central

Escultura, pintura y orfebrería

En cuanto a la escultura, no se distinguió mayormente en el Río de la Plata, concretándose a la santuaria, consistente en imágenes representando a Cristo, vírgenes y santos. Estas obras escultóricas, cuyas superficies aparecían pintadas con vivos y brillantes colores, cubiertas muchas de ellas con lujosas vestiduras y adornadas con ricas alhajas, tenían en general, reducido valor artístico, pues sus proporciones y la expresión de los rostros dejaban mucho que desear. Muchas de ellas eran talladas en madera, conservándose ejemplares en los principales templos del interior del país, como en los de Córdoba, Salta, Jujuy y Catamarca.

En la confección de imágenes de madera se distinguió el arte misionero.

En los templos y edificios públicos, se podían apreciar esmerados trabajos en madera, consistentes en altares, púlpitos, bancos, arcones, decoración general y muebles diversos, ricamente tallados. En el arte del tallado en madera no había uniformidad de estilo, notándose la influencia de las formas autóctonas.

En cuanto a la pintura, tuvo algunas manifestaciones recién en la última parte del período colonial. La mayoría de los cuadros existentes, fueron importados de España o del Perú, o ejecutados en los colegios religiosos o en las misiones. Por lo general, la pintura, que no alcanzó gran desarrollo, se concretaba a motivos religiosos.

Por último, en el arte del labrado en metal, destacáronse los trabajos de platería, consistentes en toda clase de objetos, desde los de adorno y de utilidad casera, hasta los usados en los correajes y sillas de montar.

La orfebrería tuvo también algún desarrollo, utilizándose principalmente la plata, proveniente de Potosí.

Se confeccionaron alhajas, imágenes, copones y adornos diversos, que por lo general, eran grandes, macizos y repujados a martillo. Sin embargo, también se hicieron algunos trabajos donde primaban la filigrana y el fino cincelado, que fueron exponentes de un arte más refinado.

CAPITULO DECIMO QUINTO

ACCION RELIGIOSA Y COLONIZACION MISIONERA.

XLVIII

Acción desarrollada por los dominicos, franciscanos, mercedarios y jesuitas. Acción de la Compañía de Jesús en nuestro territorio: Misiones del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán. Organización. Vida económica.

La acción desplegada por la Iglesia Católica durante la conquista y colonización de la América hispánica, fué grande y eficiente. Ella se manifestó, desde los primeros tiempos, en la ardua tarea de contribuir a la civilización del indio, y en conseguir su evangelización, mediante lo que justicieramente se ha llamado conquista espiritual, que completó y facilitó por medios pacíficos la obra del conquistador laico.

Pero la acción religiosa no se detuvo allí, sino que ella gravitó en todos los aspectos de la vida colonial, influyendo poderosamente en la formación de la sociedad y de las buenas costumbres, colaborando con la Corona en todo cuanto contribuyese a la formación de la cultura en las colonias de América.

El patronato

En el año 1501, el Papa Alejandro VI concedió a la Corona de Castilla las rentas de los diezmos, teniendo en cuenta que ella sostenía con sus asignaciones al culto y a los miembros del clero de las tierras recientemente descubiertas. Poco después esta medida fué completada por la bula del Papa Julio II, de 1508, que confería a la Corona el derecho de designar los miembros del clero en

América, lo que significaba el ejercicio del derecho de patronato que le aseguraba la administración y gobierno de la Iglesia en Indias.

El clero secular y regular

Tanto el clero secular como el regular ocupó en las colonias un lugar destacado, organizándose jerárquicamente. Arzobispos, obispos y deanes constituían las más altas dignidades, figurando luego los demás componentes del clero, que eran los curas, doctrineros y misioneros.

Las parroquias estaban a cargo de los curas; las reducciones o pueblos de indios dependientes de la autoridad civil contaban con uno o dos curas doctrineros, y por último, los misioneros actuaban en las misiones cuyo gobierno les estaba confiado, o entre los indios no sometidos, procurando evangelizarlos y atraerlos a la civilización.

Los clérigos seculares de cada diócesis dependían de sus respectivos obispos, realizándose de cuando en cuando concilios provinciales destinados a tratar asuntos concernientes a la disciplina eclesiástica, al culto y a su propagación.

Con respecto a la forma en que los miembros del clero cumplían su misión, es de hacerse notar que muchos clérigos, faltando a la confianza que se había depositado en ellos, observaron una conducta poco escrupulosa, ocupándose algunas veces más de sus intereses particulares que de aquellos espirituales que su condición de sacerdotes les exigía. Pero también es justo decir que formaron legión los que por sus virtudes, abnegación y conducta ejemplar, fueron dignos representantes de la Iglesia en América. Entre estos últimos, cuéntase nutrido número de sacerdotes criollos, que al llegar los días de la emancipación americana, supieron defender la tierra donde habían nacido, con el mismo amor y tesón con que siempre habían desempeñado su dignísimo apostolado.

Acción desarrollada por los dominicos, franciscanos, mercedarios y jesuitas. — La acción de los misioneros en lo que se refiere a la evangelización y civilización de

los indios, pone de manifiesto la paciencia admirable y la fervorosa abnegación puesta en práctica por los miembros pertenecientes a distintas órdenes de regulares, como los dominicos, franciscanos, mercedarios y jesuítas, en toda la extensión del inmenso territorio americano.

Estos abnegados misioneros, que hicieron frecuentemente el sacrificio de sus vidas en sus peligrosas empresas, fueron los más firmes colaboradores de la voluntad de la Corona, para que ésta pudiese cumplir lo que se había propuesto en América: hacer de los indios, buenos cristianos, para que bajo la protección de las leyes se incorporasen a la civilización, como dignos vasallos del rey.

Los misioneros, precedieron a veces a los conquistadores, internándose en regiones inexploradas, sin más armas que su fe en Cristo, y sin esperar más recompensa que la de obtener el mayor número de nuevos convertidos. Muchos de ellos pagaron su temeridad con sus propias vidas, regando con su sangre generosa el suelo de América, como muchos de sus hermanos lo habían hecho en otras regiones apartadas del globo, pero dejando un ejemplo de valor heroico y de sublime fe.

Los misioneros

Los misioneros católicos actuaron en los distintos dominios que España, Portugal y Francia poseían en América. En los dominios españoles fundaron por todas partes sus misiones o aldeas de indios, donde los recién iniciados eran guiados por los misioneros por las sendas de la civilización, al recibir de ellos las primeras enseñanzas y al adquirir hábitos de trabajo y participar de una religión de paz y de amor.

Cada misión era una verdadera escuela agrícola e industrial, donde se trabajaba bajo la constante vigilancia de los misioneros, alternándose el trabajo con los primeros rudimentos de la enseñanza y el aprendizaje del catecismo.

En algunos casos, los misioneros, después de haber transcurrido algún tiempo entregaban los indios redu-

cidos a la autoridad civil, —actuando entonces en sus poblados los corregidores y curas doctrineros—, para dedicarse ellos, con renovado afán, a su abnegada tarea de atraer y reducir nuevos elementos que luego participarían de los beneficios de la civilización.

Muchos pueblos y ciudades de la América española tuvieron sus orígenes en estas misiones.

Los dominicos, franciscanos, mercedarios y jesuítas, actuaron en toda la América española, tanto en sus misiones como en los colegios, conventos y parroquias de pueblos y ciudades.

Los primeros misioneros del Río de la Plata y del Tucumán fueron los franciscanos, destacándose entre ellos los nombres de dos de sus miembros, mártires sacrificados durante el desempeño de su apostolado, los Padres San Francisco Solano y Luis de Bolaños.

San Francisco Solano

El primero llevó a cabo su obra de predicación y evangelización en el Tucumán, predicando entre los indios salvajes, a los que atraía con la dulzura de sus palabras, con el canto y con los sonidos armoniosos de su violín. Su obra terminó con el sacrificio de su vida consagrada como pocas a un generoso y santo ideal. La Iglesia santificó a este hijo predilecto.

Fray Luis de Bolaños

Por su parte, fray Luis de Bolaños, tuvo su campo de acción en el Río de la Plata, efectuando algunas fundaciones, como la de una reducción de donde se originó la actual ciudad de Baradero en la provincia de Buenos Aires, y la de Itatí en la de Corrientes. Pero su mejor obra la realizó en la antigua provincia de la Guayra, donde debido a sus constantes esfuerzos pudieron levantarse muchos pueblos misioneros.

También actuaron en las gobernaciones citadas los dominicos y mercedarios; pero indudablemente correspondió a los miembros de la Compañía de Jesús la actuación más destacada, tanto en la obra cultural desarrollada en las escuelas, colegios y universidades, como en la fundación de sus famosas misiones organizadas

con métodos propios, destacándose principalmente las del Río de la Plata y las del Paraguay.

Acción de la Compañía de Jesús en nuestro territorio: Misiones del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán. — Puede decirse, sin lugar a dudas, que correspondió a los padres jesuítas, desde mediados del siglo XVI, el desempeño del papel más destacado entre sus correligionarios de otras órdenes religiosas que actuaron en la América española, portuguesa y francesa.

La acción de los miembros de la Compañía de Jesús, en América española fué múltiple, como dijimos, manifestándose en los colegios fundados en todas las colonias, en sus incursiones entre los indios salvajes para evangelizarlos y en la fundación de sus misiones, dando pruebas de capacidad, ilustración, disciplina y espíritu abnegado.

Las misiones del Río de la Plata y Paraguay

En lo que respecta al territorio que comprendía las gobernaciones del Río de la Plata y del Paraguay, las misiones fundadas allí por los jesuítas, tuvieron capital importancia y constituyeron lo que algunos autores llamaron imperio jesuítico, otros, república guaraní y ellos mismos, república cristiana.

Antecedentes

Desde mediados del siglo XVI los jesuítas habían llegado al Brasil, fundando a poco el P. José Anchieta un colegio que fué base de la ciudad de San Pablo. Al terminar el siglo citado, los jesuítas establecieron sus primeras misiones en la gobernación del Tucumán durante el obispado de Trejo y Sanabria, fundando luego un colegio en la ciudad de Córdoba.

Siendo gobernador interino del Río de la Plata, Hernando Arias de Saavedra, los jesuítas habían fundado un colegio en La Asunción, destacándose los Padres Antonio Ruiz Montoya y José Cataldino. Poco tiempo después iniciaron su obra de evangelización en la provincia de la Guayra, que por entonces estaba comprendida dentro de los límites jurisdiccionales del Río de la Plata, tomando por base las misiones fundadas allí por los franciscanos, que luego pasaron a manos de los jesuítas.

Emigración: acción de los mamelucos

Las constantes incursiones vandálicas llevadas a cabo por los mestizos paulistas, llamados mamelucos, en procura de oro y esclavos, obligó a los jesuítas en 1631, a levantar sus ya casi destruídas misiones, trasladándose con los indios reducidos (en número de 12.000) y sus enseres, en multitud de canoas que bajaron el río Paraná, dirigidos por el P. Antonio Ruiz de Montoya, instalándose en el territorio comprendido entre los ríos Paraná y Uruguay (actual Misiones). Allí, y en el Paraguay ya existían diez misiones fundadas con anterioridad, de acuerdo con una Real Cédula de Felipe III, que autorizaba a los jesuítas a aplicar las recientes ordenanzas referentes a las encomiendas, dictadas por el visitador Alfaro.

Area de ocupación

Con el tiempo, los pueblos de estas misiones jesuíticas ocuparon territorios pertenecientes hoy a las repúblicas del Paraguay, Argentina y Brasil. El número total de reducciones llegó a treinta y tres, ocupando la gobernación de Misiones y la parte este de la provincia de Corrientes; la parte sur del Paraguay bañada por el Paraná y la del norte del mismo país; y por último, al oriente del río Uruguay, se extendieron por una parte de los territorios de Río Grande y Santa Catalina, pertenecientes al Brasil.

Estabilidad

Estas misiones, como veremos después, adquirieron desarrollo y arraigo, subsistiendo más o menos un siglo y medio, hasta la expulsión de los jesuítas, decretada en 1767. En ellas, los jesuítas impusieron sus métodos propios de gobierno y organización, sin intromisión de las autoridades coloniales ni de los colonos blancos, lo que aconteció en otras regiones del actual territorio argentino, como en las misiones establecidas en el Tucumán, en tierras de los calchaquíes y chiriguanos, y al sur de Córdoba, asimismo como en las formadas en los dominios de algunas tribus chaquenses. En estas últimas misiones la intromisión de las autoridades civiles y de los pobladores blancos en general, unida a la diferencia de ubicación geográfica y a la distinta índole del índigena, difi-

cultó enormemente la acción de los misioneros jesuítas, que se vieron obligados a abandonar su obra.

Nombre de los pueblos misioneros

Los pueblos jesuíticos del Paraguay y Río de la Plata, muchos de los cuales dieron origen a poblaciones actuales, fueron: San Ignacio Guazú, Santa María, Santa Rosa, Santiago, San Cosme, Itapua, Trinidad, Jesús, San Joaquín, San Estanislao y Belén, en el Paraguay; Corpus, San Ignacio Miní, Loreto, Santa Ana, Candelaria, San Carlos, San José, Mártires, San Javier, Santa María la Mayor, Apóstoles, Concepción, Santo Tomé, La Cruz y Yapeyú en Misiones y Corrientes; San Nicolás, San Borja, San Luis, San Angel, San Juan, San Lorenzo y San Miguel, eran las siete misiones orientales en territorio del actual Brasil.

Organización. — La Compañía de Jesús tuvo la exclusividad de la organización de las misiones del Paraguay y Río de la Plata, ejerciendo en ellas el gobierno y la administración, aunque con dependencia política de las autoridades civiles. Dentro del territorio misionero no era permitida la entrada de españoles ni de otros pobladores ajenos a las mismas, y los indios sólo estaban obligados a pagar el derecho de capitanía, que satisfacían los varones entre los 18 y 50 años de edad, y el correspondiente diezmo a cargo de cada reducción.

Gobierno

El gobierno de todas las misiones era ejercido por el Padre Superior que residía en la Candelaria (Posadas), quien a su vez estaba bajo la dependencia del Padre Provincial.

Cada pueblo misionero, compuesto exclusivamente de población indígena, tenía a su frente un Padre Rector que lo gobernaba y administraba auxiliado por uno o más sacerdotes, los que ejercían las funciones de maestros, doctrineros y despenseros. Completaban las autoridades locales, un corregidor, un teniente corregidor y un cabildo cuyos miembros (alcaldes y regidores) eran indios. Estas autoridades en realidad estaban sujetas a

las órdenes del Rector y demás religiosos de la misión.

Los pueblos

Gran uniformidad presentaba el aspecto de los pueblos misioneros, por haber sido todos edificados de conformidad con un mismo plan.

El centro del poblado lo constituía la plaza, rodeada en uno de los costados por el convento y el colegio, la iglesia y el cementerio; detrás de la iglesia se ubicaban los talleres y depósitos. En los demás costados de la plaza, se alineaban las viviendas de los indios que eran de adobe o de piedra, con techumbre de tejas.

La planta urbana de la población, cuya extensión variaba según su importancia, estaba rodeada de tierras destinadas al cultivo y a la cría del ganado.

El trabajo

El trabajo estaba estrictamente reglamentado y respondía al régimen que caracterizaba la vida económica de las misiones, que luego analizaremos.

Cuando los indios se dirigían a sus faenas agrícolas, lo hacían en largas filas al són de tamboriles y de música ejecutada con diversos instrumentos, llevando en andas la imagen de la Virgen o de un santo. Así llegaban al lugar del trabajo y durante él, también se ejecutaba música. El regreso lo hacían en la misma forma. Así se daba al trabajo carácter festivo, haciéndolo más llevadero.

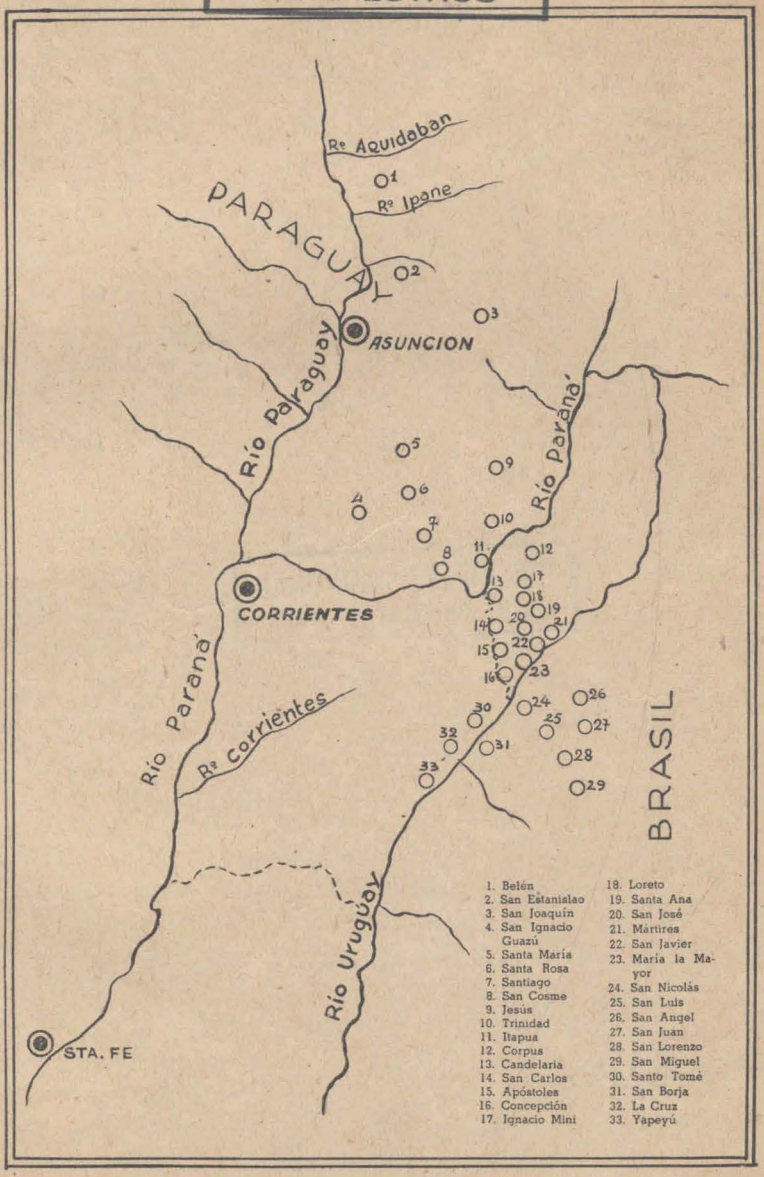
Además de la dedicación a trabajos agropecuarios los indios misioneros aprendieron algunos oficios, como los de carpintero, zapatero, herrero, etc.

El trabajo de las mujeres consistía en el hilado y la elaboración de tejidos de algodón; pero su dedicación esencial era la crianza y cuidados de los niños.

La instrucción

Ante todo, la enseñanza impartida a los indios por los padres jesuítas, tendía, naturalmente, a hacerlos buenos cristianos, enseñándoseles a leer, escribir y contar, pero todo en guaraní, idioma que los misioneros habían aprendido. Como en las misiones se contó con algunas im-

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Las Misiones Jesuíticas.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

prentas rudimentarias (una de ellas se conserva) los jesuítas hicieron imprimir libros en dicho idioma. Además, instruyeron a los indios en pintura, arquitectura, escultura y música.

El arte

Los indios de las misiones tenían buena predisposición para las artes en general, dando prueba de ello en las obras, cuyos restos podemos valorar.

Ellos levantaron capillas y templos de piedra muy bien decorados, de los cuales quedan aún algunas ruinas en el sitio que ocuparon sus pueblos. Además, las imágenes de vírgenes y santos, talladas en madera, atestiguan relativo buen gusto, lo mismo que algunas pinturas murales sobre motivos religiosos. Cultivaron también la música, por la cual tenían una marcada predisposición natural.

Las milicias

La necesidad de defender a las misiones de las repetidas incursiones de los mamelucos de San Pablo, que los atacaban con fines de botín y para procurarse esclavos indios, indujo a las autoridades de las mismas a solicitar que se les permitiese organizarlas militarmente, lo que fué concedido, por Real Cédula del año 1640.

Desde entonces, contando los indios con organización militar y armas adecuadas, pudieron defender sus misiones. En repetidas ocasiones los ejércitos misioneros prestaron gran utilidad a las autoridades civiles, ya sea para sofocar rebeliones o para robustecer las tropas coloniales en las luchas sostenidas contra Portugal.

Vida económica. — El régimen económico de las misiones jesuíticas se caracterizaba por la forma de considerar la propiedad y por la organización del trabajo.

En cuanto a la propiedad, el inmueble pertenecía a la comunidad y únicamente los indios misioneros podían poseer en calidad de propiedad privada, los muebles, vestidos y útiles en general, es decir los bienes muebles.

Por otra parte, la reglamentación del trabajo establecía que era obligatorio para los hombres válidos, y los beneficios, comunes para todos. Así por ejemplo, las cosechas recogidas en la tierra de la comunidad, obtenidas

por el trabajo de todos, asimismo como el ganado, se utilizaba para abastecer a la población, y el resto se comerciaba. Esto originó un intenso tráfico, pues los productos eran enviados principalmente por vía fluvial, en grandes barcazas, a La Asunción, a Corrientes y, sobre todo a Buenos Aires, donde se vendían o intercambiaban por diversas manufacturas.

Los principales productos misioneros fueron: yerba-mate, algodón, azúcar, tabaco, maderas y ganado en general. Entre los productos agrícolas se destacaba por su abundancia y calidad la yerba mate y el algodón, constituyendo con los productos ganaderos, la principal fuente de recurso de las misiones.

XLIX

Expu'sión de los jesuítas. Las Juntas de Temporalidades. Obra cultural realizada por las Ordenes religiosas en nuestro país. La Imprenta. La Inquisición.

Expulsión de los jesuítas. — El reinado de los borbones en España, se caracteriza por la aplicación de nuevos principios de carácter liberal, distinguiéndose en este sentido, especialmente, el rey Carlos III.

En lo referente a la Iglesia, Carlos III quería que en España estuviese subordinada al Estado, en la misma forma que lo estaba en las colonias de América. En éstas, el rey ejercía el derecho de patronato, estando por lo tanto, y sobre todo en materia económica, en condición de dependencia de la autoridad real. En cambio, en España, la Iglesia contaba con rentas propias y concesiones especiales, que la colocaban en condiciones de verdadera independencia con respecto al Estado.

La Compañía de Jesús

Consecuente con estas ideas, y considerando que el poder e influencia de la Compañía de Jesús, tanto en España como en las colonias, perjudicaba los intereses del Estado, Carlos III, decretó su expulsión por Real Orden del 27 de marzo de 1767, estableciendo que los miembros de la Compañía debían abandonar España y

sus colonias. Esta misma medida ya había sido tomada en países, donde como en España, imperaba el absolutismo ilustrado: En Portugal se expulsó a los jesuítas en 1759 y en Francia en 1764. Luego lo fueron también de Nápoles y Parma.

La expulsión de América

El conde de Aranda, uno de los ministros de Carlos III, puso en conocimiento de los gobernantes de América, del decreto real referente a la expulsión de los jesuítas, con la orden de cumplirlo cautelosamente, a fin de no provocar conflictos; pero no obstante estas precauciones, en varias colonias se produjeron disturbios, debido a la influencia y al alto prestigio que en ellas gozaban los padres jesuítas.

En lo que respecta al Río de la Plata y al Paraguay, el encargado de ejecutar la orden fué el gobernador Bucarelli, y los jesuítas, en número aproximado a 300, fueron embarcados en el puerto de Buenos Aires, con destino a España, sin oponer resistencia, en mayo de 1768, abandonando sus institutos de enseñanza, sus parroquias y sus misiones.

Consecuencias de la expulsión

Si la expulsión de los jesuítas de España fué ordenada para abatir su gran poder y su influencia política, las mismas razones no eran válidas para las colonias, pues en ellas esa influencia no se dejó sentir. El verdadero poderío de la Compañía de Jesús en América, consistió en su acción misionera, social y educativa.

Las condiciones de laboriosidad y de ilustración de sus miembros tuvieron grande y benéfica gravitación sobre la cultura colonial, y cuando tres mil padres jesuítas fueron obligados a salir de las colonias españolas, quedaron sin sus grandes maestros más de cien colegios, y numerosas misiones, sin sus mejores conductores.

En lo que repecta a las misiones jesuíticas del Paraguay y del Río de la Plata, mientras estuvieron en manos de los jesuítas, se encontraban pobladas por miles y miles de indígenas (en 1750, su número alcanzaba a 150.000), sustraídos a la vida salvaje y a la ociosidad, entregados al trabajo y aislados por la falta de contacto

con los extraños y por el idioma, pero tratados con sentimiento humanitario. Cuando los jesuítas fueron expulsados, las misiones, carentes de su dirección, entraron paulatinamente en decadencia, hasta desaparecer. Lo que si puede prestarse a pensar que la obra allí desarrollada por los miembros de la Compañía de Jesús, no alcanzó a modelas hombres verdaderamente civilizados, también comprueba las relevantes condiciones de estos religiosos, que formaron y supieron conservar sus misiones durante tanto tiempo.

Las Juntas de Temporalidades. — La orden de expulsión de los jesuítas, fué seguida, poco después, por la declaración de que pasaban a ser bienes de la Corona, las rentas eclesiásticas de los mismos, así como también sus propiedades muebles e inmuebles, designándose en cada provincia y población, Juntas de Temporalidades para su debida administración.

Los principales bienes temporales (de allí el nombre de las Juntas), confiscados a la Compañía de Jesús, consistieron en colegios, templos, casas, hospitales, tierras, etc. Los recursos y rentas obtenidas por las respectivas Juntas de Temporalidades en la administración de esos bienes, fueron destinados por la Corona para propender a la difusión de obras de beneficencia y de cultura públicas.

Decadencia de las misiones

Las misiones del Paraguay y Río de la Plata, despues de expulsados los jesuítas, fueron puestas bajo la dependencia de un gobernador con sede en la Candelaria, auxiliado por tres tenientes gobernadores. El gobernador misionero dependía a su vez del gobernador del Río de la Plata. Cada pueblo misionero fué administrado por un delegado civil y dos sacerdotes franciscanos, mercedarios o dominicos, encargados de la parte religiosa.

Si bien fué conservada, con pocas variantes, la organización dada por sus fundadores, bien pronto se hizo sentir la falta de la hábil dirección de los jesuítas, comenzando las discordias entre las autoridades civiles y

eclesiásticas, la indisciplina y las deserciones frecuentes de indios.

Aunque treinta años después de la salida de los jesuítas, se puso a la gran mayoría de los pueblos misioneros bajo una autoridad especial, suprimiéndose el régimen de propiedad y de trabajo existentes, permitiendo a los indios la posesión de la propiedad privada, nada se pudo hacer para evitar la creciente decadencia de las misiones, que las condujo a su total desaparición.

Obra cultural realizada por las Ordenes religiosas en nuestro país. — Ya hemos tenido ocasión de referirnos al papel desempeñado por las órdenes religiosas que actuaron en nuestro país, destacando la acción de los franciscanos, dominicos y jesuítas.

Los religiosos fueron los maestros por excelencia, y cupo al clero regular, por ser sus miembros más instruídos, la tarea de enseñar en escuelas, colegios y universidades.

Ellos fueron los primeros que impartieron la enseñanza primaria en nuestro territorio, —distinguiéndose como maestros de primeras letras los franciscanos y dominicos— en las llamadas escuelas parroquiales y conventuales. La población colonial, muy religiosa, con sus frecuentes donaciones y legados, permitió a los religiosos poder proseguir su gran obra de difusión cultural.

La gente más calificada de Buenos Aires y del interior, enviaba a sus hijos para que iniciasen el aprendizaje de las primeras letras en las escuelas religiosas, y cuando estaban en edad de comenzar sus estudios secundarios, fueron los preferidos, los colegios e internados dirigidos por los jesuítas. Con respecto a la enseñanza superior, las cátedras estuvieron en gran número, a cargo de estos religiosos, que las desempeñaron con la altura propia de su ilustración, no obstante la tendencia verbalista y dogmática, de rigor en la época.

En el siglo XVIII fué grande la difusión de los libros entre la gente intelectual, a pesar de la prohibición existente con respecto a los que sostenían las nuevas

ideas. Ello contribuyó a elevar el nivel intelectual de la colonia y fueron numerosos los particulares, y también las instituciones educacionales religiosas, que poseyeron buenas bibliotecas, tanto en Buenos Aires, como en Córdoba y otras ciudades, que hoy pertenecen a nuestro país.

Era común encontrar en los conventos nutridas bibliotecas consistentes en obras teológicas, filosóficas, históricas, literarias y científicas, distinguiéndose ,particularmente, en Buenos Aires, la del Convento de San Francisco.

Cuando los jesuítas fueron expulsados, dejaron ricas bibliotecas en varias poblaciones, sobre todo, en Córdoba, bibliotecas que decían a las claras por el número, calidad y variedad de sus ejemplares, que al país entraban toda clase de obras, cuya lectura permitía a sus poseedores ser eficientes colaboradores de la propagación de la cultura.

La Imprenta. — La primera imprenta con que contó el Río de la Plata, fué —como ya lo dijimos— la de las misiones, habiendo importado los jesuítas en 1765 otra imprenta destinada a la Universidad de Córdoba, que funcionó en el Colegio Monserrat, pasando luego a Buenos Aires, en época de Vértiz.

Trasladada a esta ciudad, la imprenta funcionó a beneficio de la Casa de Niños Expósitos. Esta imprenta y luego otra procedente de Montevideo, contribuyeron en Buenos Aires a la difusión cultural, con la impresión de libros, periódicos y folletos, que fueron dando otro cariz a la vida intelectual de la ciudad, en vísperas de la Revolución.

La Inquisición. — La Inquisición o Santo Oficio como se le llamaba en España a este tribunal religioso, fué creado en Indias por Real Cédula de 1569, instalándose en Méjico en 1570, y al año siguiente en Lima, para serlo, después, en diversas colonias de la América española.

El fin primordial de la creación de la Inquisición en las colonias españolas, era el de velar por la pureza de

la fe, castigando a los heréticos, para evitar la propagación de sus doctrinas en la población colonial.

Sus sentencias, que iban desde la pena de azotes, reclusión, trabajos forzados o destierro, hasta la de la muerte en la hoguera, cumplidas mediante sus famosos autos de fe, no fueron tan frecuentes en América como en España. Inquirir la vida de los habitantes sospechosos del delito de herejía, y perseguir y castigar a brujos, blasfemos y gente de costumbres depravadas, fué lo que más ocupó a la Inquisición en Indias.

Una de las principales preocupaciones de la Inquisición en América, fué la de impedir la entrada y difusión de libros considerados heréticos o divulgadores de ideas sociales y políticas, que pudiesen atentar contra las leyes e instituciones existentes. Para ejercer esta censura la Inquisición ordenó la publicación de sus famosos "Indices expurgatorios", donde figuraban los libros cuya lectura constituía delito pasible de pena. Pero no obstante esta censura, ya hemos dicho que la entrada de libros y escritos en las colonias españolas fué grande en el siglo XVIII, lo que hizo posible la propagación de las nuevas ideas que contribuyeron a preparar a la élite intelectual criolla, para forjar la idea de la emancipación.

CAPITULO DECIMO SEXTO

EL VIRREINATO DEL RIO DE LA PLATA

I

Causas de su creación. Crecimiento de su población. Comercio e industrias. Problemas administrativos. La justicia. La expansión inglesa. El avance lusitano.

El virreinato del Río de la Plata fué creado con carácter provisional por Real Cédula del 8 de agosto de 1776, quedando organizado en forma definitiva, desde el 27 de octubre de 1777, fecha de la designación del segundo virrey don Juan José de Vértiz y Salcedo.

Esta creación convierte a las gobernaciones del Río de la Plata, Paraguay, el Tucumán y Cuyo, conjuntamente con las provincias del sur del Alto Perú y la región occidental de los estados brasileños de Río Grande y Santa Catalina, en partes integrantes de un nuevo organismo colonial, cuya capital fué la ciudad de Buenos Aires.

En esa forma se completaba la obra de los reyes de la casa de Borbón, que con la creación del virreinato de Nueva Granada en 1718 y 1739 y de nuevas capitanías generales, hasta alcanzar el número de ocho, había limitado la jurisdicción política de los virreinatos de Nueva España y del Perú, los que, durante mucho tiempo, abarcaron en su totalidad los dominios de España en América.

Ahora bien; si consideramos la creación del virreinato del Río de la Plata, desde el punto de vista argentino, diremos que marca el segundo período de nuestra historia colonial, pues el primero fué determinado por la or-

ganización de la gobernación del Río de la Plata, en 1617.

Por otra parte, la creación del virreinato implica el reconocimiento por parte de la Corona de la importancia política, social y económica de una vasta región de sus dominios coloniales, cuya base fué el actual territorio argentino con su capital, la ciudad de Buenos Aires, que desde entonces empieza a destacarse cobrando cada vez mayor importancia.

Causas de su creación. — Si consideramos metódicamente las causas de la creación del virreinato del Río de la Plata, las podemos dividir en causas internas y externas.

Las causas internas más importantes son: 1°) El crecimiento de su población; 2°) el desarrollo del comercio e industrias; 3°) los problemas administrativos; 4°) la organización de la justicia.

Entre las causas externas, mencionaremos la expansión inglesa y el avance lusitano.

Crecimiento de su población. — Una de las causas que influyeron en la creación del Río de la Plata, fué indudablemente la importancia de las poblaciones de las gobernaciones citadas, cuya dependencia del Perú y de Chile, llegó a resultarles gravosa.

La población había ido aumentando con el aporte de la llegada de nuevos colonos, con sus descendientes blancos y mestizos y con los esclavos. Sobre todo en el Río de la Plata, su crecimiento se debió en buena parte, a las facilidades existentes para la vida.

El número de habitantes había llegado en el territorio luego adjudicado al virreinato a 600.000 almas, con ciudades y puertos importantes desde el punto de vista demográfico, económico y cultural, tales como Buenos Aires, Córdoba, Salta, La Asunción, Potosí y Charcas.

Comercio e industrias. — La inmensa región que luego abarcó el virreinato, era por su variedad de clima, apta para toda clase de cultivos y para la cría del ganado, poseyendo asimismo riquezas minerales en sus partes montañosas. Con costas marítimas dilatadas, con

una gran red fluvial, con recursos naturales y la posibilidad de obtener cada vez mayor producción agrícola y ganadera, no es extraño que los habitantes de ese territorio se dedicasen a la práctica del comercio y de la industria, actividades que fueron favorecidas en el siglo XVIII, por las franquicias otorgadas, de conformidad a la nueva orientación económica de los reyes borbónicos.

Este desarrollo fué aún más sensible en la región de Buenos Aires y del litoral, donde la cría de ganado y la producción agrícola, alimentaron un fuerte comercio marítimo, legal y de contrabando, que se hacía por medio del puerto Buenos Aires, intercambiándose estos efectos por mercaderías europeas útiles para la vida. Con esto, la condición económica de los habitantes fué mejorando, lo que acrecentó la importancia de la región que aspiraba a cortar su dependencia política del Perú, como ya lo había realizado en el orden económico.

Problemas administrativos. — Una de las causas aducidas para la creación del nuevo virreinato, fué la enorme extensión territorial de las antiguas gobernaciones que lo formaron y que hasta entonces dependían jurisdiccionalmente del Perú y de Chile.

La concentración de estas gobernaciones en el virreinato del Río de la Plata, iba a solucionar grandemente sus problemas administrativos, que la distancia, los deficientes medios de comunicación y la tardanza en resolverlos en Lima o en Santiago, hacían difíciles en extremo. Lo natural y lógico aconsejaba, como se hizo, la creación de un nuevo organismo político y administrativo directamente dependiente de España, para que, dada la importancia adquirida por estas poblaciones, pudiesen ser resueltos sus asuntos por gobernantes directamente dependientes del rey.

La justicia. — En la misma forma que en los asuntos administrativos, en los de justicia tenía que recurrirse en gran parte ante las Audiencias de Lima, Charcas y Santiago, como tribunales de apelación, lo que causaba grandes trastornos, y aun más, cuando de ahí debía apelarse

ante el Consejo de Indias. En 1661 se había fundado en Buenos Aires la primera audiencia, pero fué suprimida diez años después, sin que se contase con un tribunal de esa importancia hasta la época virreinal.

El establecimiento del virreinato del Río de la Plata solucionó, pues, con la implantación en B. Aires de instituciones como la audiencia, el cabildo y el tribunal de cuentas, el problema de la organización de la justicia, que fué también una de las causas que hacía urgente la creación del nuevo organismo colonial.

La expansión inglesa. — Las causas externas de la creación del virreinato son las determinadas por la expansión inglesa y el avance lusitano. En cuanto a la primera, ella consistió en las ambiciones de expansión de Inglaterra en las costas patagónicas, que por lo alejadas, habían permanecido hasta entonces casi abandonadas.

La frecuencia de las expediciones de los piratas ingleses, franceses y portugueses a esas zonas del lejano sur, y el atractivo que ellas ejercían por la existencia de excelente pesca, consistente en ballenas y otros cetáceos, preocuparon más de una vez a los gobernadores del Río de la Plata, sin que sus reducidos medios militares les permitiese intentar la intensificación de la vigilancia, a fin de preservarlas de una posible ocupación extranjera. Aquí recordaremos las medidas tomadas por el gobernador Bucarelli, debido a la ocupación de las islas Malvinas, primero por Francia, y luego por Inglaterra, que llegaron a suscitar la posibilidad de serios conflictos entre España y las dos potencias citadas.

Por otra parte, no era posible que el virrey del Perú pudiese ejercer la vigilancia que requerían esas apartadas regiones del sur, lo que constituye otra de las causas determinantes de la creación del nuevo virreinato, pues existiendo en Buenos Aires una autoridad militarmente fuerte, se podrían impedir esas amenazas de expansión extranjera, en detrimento de la soberanía española.

El avance lusitano. — Finalmente, otra de las causas externas del establecimiento de la autoridad virreinal en

B. Aires, fué la de crear allí una base capaz de contrarrestar las ambiciones imperialistas de Portugal con respecto a la Banda Oriental, y poder abatir la piratería y el contrabando con el puerto de Bs. Aires realizado por los portugueses e ingleses, que contaban con el apoyo proporcionado por la posesión portuguesa de la Colonia del Sacramento. Estas últimas consideraciones fueron las que indujeron al rey Carlos III a enviar al Plata, en 1776, la expedición al mando de don Pedro de Cevallos, nombrado virrey del flamante virreinato del Río de la Plata, de la que luego tendremos ocasión de ocuparnos.

LI

Expedición de don Pedro de Cevallos. Paz de San Ildefonso. El virreinato; su carácter definitivo. Cronología de los virreyes.

Expedición de don Pedro de Cevallos. — La paz de París de 1763, que tuvo en América tanta trascendencia, no significó sino una tregua en lo que concierne al conflicto que, desde la fundación de la Colonia del Sacramento en 1680, sostenían España y Portugal. El incumplimiento de parte de los lusitanos a los términos de ese tratado, se evidenció bien pronto, por haber iniciado la indebida ocupación de las posesiones españolas de Río Grande, lo que trajo como consecuencia, primero la intervención del gobernador Vértiz a fin de contenerlos, y luego el envío desde España al Río de la Plata de una fuerte expedición, comandada por don Pedro de Cevallos.

La expedición

El deseo de terminar una vez por todas con el avance lusitano y abatir al mismo tiempo el contrabando, robusteciendo la posesión española en ambas márgenes del río de la Plata, constituyeron las causas esenciales que determinaron al rey Carlos III a crear, provisoriamente, el virreinato del Río de la Plata (1776), designando virrey a don Pedro de Cevallos.

Este distinguido militar, que ya había ejercido el cargo de gobernador del Río de la Plata, partió de Cádiz al frente de la más poderosa expedición enviada hasta entonces a las colonias de América, compuesta de 116 naves y de unos 10.000 hombres, ocupando, sin resistencia, la isla de Santa Catalina, el 20 de febrero de 1777. **Toma de Santa Catalina y de la Colonia**

Realizada esta operación inicial de su campaña, Cevallos dirigió su expedición hacia Montevideo, desde donde atacó la plaza de la Colonia con tal violencia que, a poco, la guarnición portuguesa tuvo que rendirse (4 de junio de 1777).

Paz de San Ildefonso. — Una vez posesionado de la ciudad de Colonia del Sacramento, Cevallos se preparaba a atacar desde allí, por tierra, a los portugueses establecidos en Río Grande, cuando recibió orden de España de suspender de inmediato las hostilidades, pues se había firmado con Portugal la paz de San Ildefonso, el 1° de octubre de 1777.

Según los términos de este tratado, España quedaba en posesión definitiva de la plaza de Colonia del Sacramento y de todo el territorio de la Banda Oriental, pasando también a su poder las misiones orientales del Uruguay; pero el verdaderamente ganancioso era Portugal, a quien se le reconocía la soberanía definitiva de Santa Catalina y Río Grande, así como también de las tierras tomadas por los paulistas en el Guayrá y Matto Grosso.

En una de las cláusulas de la paz de San Ildefonso, se establecía el nombramiento de comisiones hispano-lusitanas a fin de determinar sobre el terreno la respectiva línea demarcadora. Pero, una vez constituídas estas comisiones e iniciados sus trabajos, éstos se vieron interrumpidos por las dificultades propias de tan ardua tarea en zonas difíciles para determinar la línea divisoria, y por desinteligencias entre los comisionados portugueses y españoles. Esto tuvo como consecuencia, que el límite divisorio no pudo ser establecido, no obstante los trabajos realizados durante diez años por las expresadas comisio- **Las comisiones demarcadoras**

nes, lo que ocasionó, más tarde, nuevas pérdidas territoriales para la soberanía española, determinadas por los continuos avances lusitanos.

La comisión española y su influencia cultural

La comisión española de límites estaba formada por personalidades eminentes, de gran ilustración, que si no pudieron cumplir debidamente con su cometido por la obstrucción lusitana, contribuyeron con sus luces a la difusión de la cultura en el virreinato del Río de la Plata.

Las nuevas ideas liberales, sobre todo en materia económica, tuvieron en muchos de ellos ilustrados cultores, que se encargaron de hacerlas conocer entre los elementos más capacitados de la colonia.

El más destacado hombre de ciencia perteneciente a la comisión que nos ocupa fué, indudablemente, Félix de Azara, cuya larga permanencia en el virreinato fué muy provechosa, pues escribió numerosas obras referentes a la historia natural, geografía e historia de las regiones que había visitado y estudiado. Estas obras son consideradas de gran valor científico.

Completaban la comisión española numerosos intelectuales, entre los que se encontraban marinos, ingenieros, matemáticos, geógrafos, etc., muchos de los cuales nos han dejado obras de verdadero mérito. Los más destacados fueron: Pedro Antonio Cerviño, José Varela y Ulloa, Juan Francisco Aguirre, Diego de Alvear, Pablo Zizur, José Cabrer, Andrés, Oyarvide y Bernardo Lecoq.

El virreinato; su carácter definitivo. — La creación del virreinato del Río de la Plata, dispuesta por Carlos III el 8 de agosto de 1776, tuvo, al comienzo, carácter provisorio, para asumir carácter definitivo, recién con el nombramiento del virrey Juan José de Vértiz y Salcedo, el 27 de octubre de 1777, que se hizo cargo del gobierno, el 12 de junio del año siguiente.

El virrey Cevallos

La breve actuación del virrey Cevallos al frente del gobierno, se distingue por su laboriosidad inteligente, especialmente en el orden económico, al tomar medidas, como el bando prohibiendo la extracción de metales de Potosí con destino a Lima: favoreciendo los cultivos de

cáñamo y lino; reglamentando el trabajo y dictando el famoso bando de libre internación, que fué la base para la Pragmática del libre comercio de 1778, medidas de gobierno a que nos referiremos más adelante.

Terminaremos esta breve reseña del gobierno de Cevallos mencionando que, por su consejo, el rey puso en vigencia, posteriormente, el sistema de intendencias y se restableció la Audiencia de Buenos Aires.

El virrey Vértiz: carácter de su gobierno

Don Juan José de Vértiz y Salcedo, fué el segundo virrey del Río de la Plata, habiendo sucedido a Cevallos el 12 de junio de 1778.

Vértiz, que ya había desempeñado el cargo de gobernador, con su período gubernativo como virrey afirma su eminente personalidad, y es durante ese período que la creación del virreinato, hasta entonces provisoria, se convierte en definitiva.

El nuevo virrey había nacido en Méjico, y fué uno de los más ilustres gobernantes de la época colonial. Sus iniciativas múltiples, su amor hacia todo cuanto implicase adelantos para la colonia, su tacto y altas cualidades de funcionario recto y progresista, le colocaron en un plano muy difícil de superar. Cuando a su pedido se le reemplazó en el gobierno, en marzo de 1784, se retiró a España, habiéndosele eximido del juicio de residencia, en mérito a sus relevantes servicios.

Su obra

Su acción al frente del virreinato imprime nuevo ritmo a la vida colonial, y sus iniciativas y creaciones son tales, que puede decirse, que todo fué objeto de su atención avizora.

Acción edilicia

Si nos referimos a Buenos Aires, la obra edilicia de Vértiz implica para ella adelantos que constituyen la iniciación de su vuelo progresista para alcanzar el rango de gran ciudad. Ordena la construcción de aceras, el empedrado de dos calles, dota de ombúes y sauces al paseo de la Alameda, hace nivelar varias calles y construir pasos de piedra en las esquinas para poder pasar los días de lluvia. Y completa estos adelantos edilicios mandando construir varios edificios públicos y mejorando aún más el

alumbrado a velas de sebo, inaugurado cuando era gobernador; en fin, no pierde la ocasión de embellecer la ciudad y de favorecer sus condiciones higiénicas, para que la vida en ella fuese más llevadera.

Acción cultural

La administración de Vértiz tiene marcado carácter cultural. Empezó por rodearse de hombres ilustres como el canónigo santafecino doctor Juan Baltasar Maciel y el doctor José Luis Chorroarín, talentosos educadores y poseedores de una elevada cultura; del poeta Manuel José de Lavardén y del procurador de la ciudad, Manuel de Basavilbaso. Estas personalidades y algunas otras, fueron asesores y consejeros de este virrey que consideraba que la cultura, debía ser una de las más altas preocupaciones de todo gobernante.

Ya en la época de su gobernación, Vértiz había fundado el primer teatro de Buenos Aires, llamado la Casa de las Comedias, que funcionaba en una casa muy modesta, pero "que sería la mejor escuela para las costumbres, para el idioma y para la urbanidad general", según sus propias palabras.

El traslado de la imprenta que los jesuítas habían usado en Córdoba, influyó en la difusión cultural, a lo que agregó, con el mismo fin, la fundación del Colegio de San Carlos y la del Protomedicato, y hasta llegó a proyectar la creación de una universidad en la ciudad de Buenos Aires.

Tal fué, rápidamente reseñada, la obra en bien de la cultura pública, del virrey Vértiz.

Acción de beneficencia

Durante su administración, realizó también el virrey Vértiz, una interesante y proficua obra en bien de la beneficencia pública, creando los siguientes establecimientos de esa índole: La Casa de los Niños Expósitos, para cuyo sostenimiento se destinaron los recursos obtenidos con la imprenta y el teatro: el Hospicio de Mendigos, la Casa de Huérfanos y la Casa Correccional de Mujeres.

Fundación de fortines y ciudades

Otra de las preocupaciones de Vértiz, fué la de preservar a Buenos Aires de los frecuentes ataques de los in-

dios. Con ese fin, ensanchó considerablemente la línea fronteriza, mandando construir fortines, a manera de protección. De ellos se originaron, con el tiempo, algunas poblaciones, como Chascomús, Lobos, Navarro, Areco, Salto, Rojas, etc. Además, dispuso la fundación de poblaciones en Entre Ríos y Uruguay actuales, con familias traídas de España para colonizar la Patagonia, y que, por no haberse logrado éxito, se les dió ese nuevo destino. En Entre Ríos se levantaron las ciudades de Gualeguay, Gualeguaychú, Nogoyá y Concepción del Uruguay, y en el Uruguay, las de San José, Minas y San Juan Bautista.

Exploraciones

Durante la época de Vértiz, se hicieron exploraciones en la Patagonia, fundándose algunos fuertes, a fin de evitar la posible ocupación de esas lejanas costas, por parte de naciones extranjeras: Los hermanos Viedma, de la Piedra y el piloto Villarino, exploraron la costa patagónica hasta San José, reconociendo parte de los ríos Negro y Colorado, fundándose las poblaciones de Carmen de Patagones y San José.

El censo

El censo levantado durante el gobierno de Vértiz (1778), en la ciudad y campaña, dió para la primera, 24.754 habitantes, y para la segunda, 12.925.

Otras mejoras

Por último, durante la actuación de este progresista virrey, la situación económica del virreinato experimentó un gran cambio favorable por haberse puesto en vigencia la Pragmática de libre comercio de 1778, habiéndose asimismo aplicado la Real Ordenanza de Intendentes de 1782, dividiendo el virreinato en intendencias y gobiernos subordinados, para su mejor gobierno y administración.

Cronología de los virreyes. — La nómina cronológica de los virreyes del Río de la Plata es la siguiente:

1°)	Pedro de Cevallos	1776-78
2°)	Juan José de Vértiz y Salcedo	1778-84
3°)	Nicolás del Campo, marqués de Loreto	1784-89
4°)	Nicolás de Arredondo	1789-95
5°)	Pedro Melo de Portugal y Villena	1795-97
6°)	Antonio Olaguer Feliú (interino)	1797-99

7°) Gabriel Avilés y Fierro 1799-1801
8°) Joaquín del Pino 1801-04
9°) Rafael de Sobremonte 1804-07
10°) Santiago Liniers 1807-09
11°) Baltasar Hidalgo de Cisneros 1809-10

Principales virreyes

Con excepción de los dos primeros virreyes, cuya actuación hemos estudiado, sus sucesores no se distinguen por iniciativas y actos de gobierno de alguna notoriedad.

Sin embargo, anotaremos los hechos principales ocurridos durante el período gubernativo de algunos de ellos:

Gobierno del marqués de Loreto

Durante el gobierno del tercer virrey, marqués de Loreto (1784-89), el hecho más saliente fué la nueva instalación de la Audiencia de Bs. Aires (8 de agosto de 1785), que había sido suprimida en 1671, después de diez años de existencia.

El marqués de Loreto fomentó la agricultura, el comercio y la industria de la salazón de las carnes. Mandó construir el muelle de Bs. Aires.

Gobierno de Arredondo

El hecho principal de la actuación de don Nicolás de Arredondo (1789-95) es la fundación del Consulado de Bs. Aires (1794). Además, durante su época se conceden importantes franquicias comerciales, y se autoriza a una compañía marítima para poblar las costas patagónicas y para dedicarse a la pesca de la ballena y de otros cetáceos.

Gobierno de del Pino

En tiempos del virrey del Pino (1801-04) se fundan los dos primeros periódicos de Bs. Aires, el "Telégrafo Mercantil, etc." y el "Semanario de agricultura y comercio"; también se empiezan a dictar las cátedras de medicina y de cirugía, a cargo de los doctores Fabre y Argerich.

Gobiernos de Sobremonte y Liniers

Al marqués de Sobremonte (1804-07) le tocó actuar durante las invasiones inglesas, siendo destituído por la Junta de Guerra del 10 de febrero de 1807, y reemplazado interinamente por Santiago Liniers, el salvador

de Buenos Aires, que luego es confirmado por el rey (1807-09).

Durante el gobierno de Baltasar Hidalgo de Cisneros (1809-10), se produce la Revolución de Mayo. Gobierno de Cisneros

LII

El problema indígena. Las vaquerías. Expediciones a las Salinas. La Patagonia: tentativas de colonización.

El problema indígena. — A medida que se fué operando la colonización de nuestro territorio, los indios, o bien fueron reducidos, o tuvieron que retirarse paulatinamente hacia los lugares más resguardados, ya sea la pampa o el bosque, para continuar allí su vida primitiva.

Naturalmente que las relaciones entre los conquistadores y los indios no sometidos, no fueron pacíficas, y el problema indígena fué ampliándose cada vez más, cuando, fundadas las ciudades, establecidas las comunicaciones comerciales entre ellas e importados los primeros ganados, tuvo el hombre civilizado que protegerse contra los ataques de los indios.

Cuando recién se fundaron las primeras poblaciones, ya sea en el Tucumán o Río de la Plata, se organizaban de cuando en cuando batidas contra los indios, que eran expediciones llamadas "entradas" destinadas a librar a las ciudades y caminos de los "malones" de indios, obligándoles a apartarse de ellos. Las "entradas"

Esta acción continuada se observa en la época de los gobernadores del Tucumán, que en el siglo XVI fundan las llamadas ciudades estratégicas, bien protegidas y ubicadas para la defensa del territorio, a fin de poder despachar de ellas batidas contra los indios de la región, y de la selva chaquense.

Las "entradas" de aquellas épocas, poca huella dejaron en las selvas chaquenses que se extendían más allá del Salado. Posteriormente, las primeras reducciones de indios formadas en la frontera, y lo mismo las misiones jesuí-

ticas, poco pudieron hacer ante el ataque continuo de los indios del Chaco y del valle Calchaquí. Sólo con una línea de frontera (principalmente en la época de Vértiz) jalonada con fortines o guardias bien guarnecidos y provistos, pudieron mantener al indio de las selvas en sus refugios naturales. Este problema recién ha tenido solución, en lo que se refiere a la zona chaqueña con la intervención de las fuerzas nacionales, después de muchos años de continuo bregar.

El indio y la conquista de la pampa

El problema indígena en la región de la llanura revistió tanta o mayor gravedad que el del noroeste del país y del Chaco.

Desde los primeros tiempos en que se establecieron los conquistadores en las márgenes del Plata, el indio nómade y fuerte opone gran resistencia, asaltando continuamente las poblaciones. Y cuando del plantel inicial dejado por la expedición de Mendoza, fué desarrollándose la ganadería y poblándose la pampa inmensa de animales salvajes o cimarrones, el indio pampa, mezcla de puelche y araucano, fuerte y bravo, se hizo jinete, aumentando así el poder de sus correrías y la impunidad de sus "malones" organizados para robar, matar e incendiar, en las poblaciones, chacras y estancias.

Recordaremos las expediciones llevadas a cabo por Hernandarias a comienzos del siglo XVII contra los indios del sur, y la importancia de la "entrada" de Garay, que empujó a la indiada bravía hasta más allá de Cabo Corrientes.

Una de las mayores incursiones que se recuerdan en la campaña cercana a la ciudad de B. Aires, fué la llevada a cabo por los indios pampas en 1737, durante la época del gobernador Salcedo, invasión que alcanzó a abarcar unas cien leguas de territorio.

Este gravísimo problema creado por las incursiones de los indios pampas, se hizo cada vez peor, a medida que se fueron desarrollando las poblaciones en la campaña, y organizando los primeros establecimientos ganaderos. Los indios convertidos en hábiles jinetes usando de lazos y

boleadoras, además de asaltar con fines de botín a las poblaciones sin mayores medios de defensa, se apoderaban en las estancias de grandes cantidades de ganado que solían vender a hacendados del centro o del oeste del país, así como también a algunos compradores de Chile.

Los fortines

Con el fin de contener a los indios pampas, se fueron formando paulatinamente en la campaña sur y oeste que rodea a la ciudad de B. Aires, una serie de fortines o guardias, bien guarnecidos y armados. Pero, no obstante estas medidas de defensa y la organización de algunos cuerpos de milicias destinados a defender el tráfico comercial en los caminos que llevaban al interior, las incursiones sangrientas de los indios continuaron, lo que mantuvo por mucho tiempo la intranquilidad de los pobladores, retardándose así el progreso en una zona rica y de gran porvenir.

Correspondió al virrey Vértiz ensanchar las líneas de defensa en la actual provincia de B. Aires, fundando varios fortines que describían un arco con apoyo en la guardia de Luján, hasta el curso inferior del río Salado (B. Aires). La frontera con los dominios de los pampas, por mucho tiempo, la constituyó la línea de estos fortines, algunos de los cuales fueron base de las que hoy son florecientes poblaciones, como: Chascomús, Ranchos, Montes, Lobos, Navarro, Carmen de Areco, Salto, Rojas y Pergamino.

Pero, no obstante haber mejorado las condiciones de seguridad de los pobladores, con la construcción de estos fortines, los malones de los indios contra las poblaciones de la campaña bonaerense se repitieron de cuando en cuando, dejando huellas de barbarie consistentes en muertes y despojos, a lo que se unió el hábito de apresar a hombres, mujeres y niños, sometiéndolos a dura e infamante cautividad.

El problema indígena recién pudo ser solucionado en la época independiente. Rosas, en 1833, llevó a cabo su expedición al desierto, como llamaban a los dominios de los indios, donde no había podido penetrar la civili-

zación, confinándolos en la parte sur de la provincia, a la que sucedieron otras expediciones, destacándose la de 1879, comandada por el general Roca, que rechazó a los indios hasta el lejano sur, fijando el límite fronterizo a orillas del río Negro.

Las vaquerías. — El primer ganado importado de Europa al Río de la Plata, fué un plantel de caballos y yeguas traídos por la expedición de Mendoza, que, ya muy aumentado, quedó abandonado en los campos cercanos a Bs. Aires, cuando Irala, en 1541, ordenó la despoblación de la ciudad. Este ganado se reprodujo enormemente, haciéndose cimarrón, es decir, salvaje. Lo mismo ocurrió más tarde con el ganado vacuno procedente del Paraguay y del Alto Perú, que, habiéndose multiplicado en gran cantidad y hecho cimarrón, se propagó junto con el caballar por las inmensas pampas de la provincia de B. Aires, y luego por los campos de la Pampa, Río Negro, Mendoza, Córdoba y Santa Fe.

Este ganado que fué declarado propiedad del Estado, constituyó una inmensa riqueza, de la que durante mucho tiempo, sólo se aprovechaban los cueros, exportados en gran cantidad del Río de la Plata, desde que se implantó el sistema de los buques de registro.

Las vaquerías

Las autoridades concedían permisos llamados de "vaquerías", para poder cazar y faenar cierto número de animales cimarrones, o poder retenerlos en las estancias o establecimientos ganaderos. Generalmente se hacía uso del permiso de vaquería para extraer al animal el cuero y poder negociarlo, desperdiciando parcial o totalmente la carne, además del sebo, cerdas y astas.

Cómo se practicaban

Los que obtenían el permiso de vaquería, se trasladaban con sus peones a un sitio conveniente para la caza del ganado cimarrón, ya fuese la orilla de una laguna o río donde los animales satisfacían su sed, o a un sendero obligado para ir en busca de buenos pastos. Allí procedían a enlazarlos y sacrificarlos, extrayéndoles la piel y a veces el sebo. La carne no se aprovechaba y era abandonada en el lugar de la faena. Los cueros allí mismo se

estaqueaban, estirando y secándolos al sol, para llevarlos oportunamente a los lugares de venta.

Más tarde, cuando la industria del cuero fué mejorando, se le saló, conservándolo fresco, lo que daba la ventaja de poder ser destinado a distintos usos.

Expediciones a las Salinas. — Las vaquerías habían sido concedidas, especialmente, para obtener y negociar los cueros de animales. Pero también desde mediados del siglo XVII se exportaba tasajo, es decir, carne salada, en pequeñas cantidades, a las colonias del Brasil principalmente, obteniéndose para ello concesiones especiales.

La salazón de la carne

Pero la industria de la salazón de la carne recién adquiere importancia en el Río de la Plata en 1776, por iniciativa del ministro don José de Gálvez, que incitó a fomentarla, a las autoridades de esta colonia. Desde entonces comenzaron a construirse en B. Aires depósitos o saladeros, donde las reses, divididas en trozos, después de dejarlas sumergidas en salmuera durante un cierto tiempo, eran embarriladas, cubriéndolas de sal, y así se las exportaba.

Las expediciones en procura de sal

A fin de poder disponer de gran cantidad de sal destinada a esta industria, el virrey marqués de Loreto estimuló la realización de expediciones regulares a las Salinas Grandes existentes en la parte sudoeste de la actual provincia de Bs. Aires, de donde podía traerse, como se hizo, grandes cantidades de sal, lo que produjo una considerable merma en los precios de la misma, favoreciéndose así la industria que nos ocupa.

Pronto se fundaron numerosos saladeros particulares, perfeccionándose la industria, lo que acrecentó el comercio de carnes saladas que, en grandes cantidades, se exportó con destino a España y también a Cuba.

Exploraciones

La Patagonia: tentativas de colonización. — Al comenzar el siglo XVIII, se realizaron en el continente sudamericano una serie de viajes científicos y exploraciones, a fin de reconocer lugares hasta entonces no visitados, para prolongar hasta ellos los beneficios de la colo-

nización. Entre estas exploraciones, podemos citar las realizadas en la Patagonia en los años 1745 y 1746, por los padres jesuítas José Quiroga y Tomás Falkner. Este último, de vuelta a Inglaterra, publicó en 1774 un libro titulado "Descripción de la Patagonia y de las partes adyacentes de la América meridional", donde se describe la naturaleza del lugar y se pone de manifiesto sus fuentes naturales de riqueza y, especialmente, su situación envidiable desde el punto de vista estratégico, comercial y militar.

Nuevas exploraciones

Como las costas de la Patagonia eran objeto de frecuentes expediciones de los ingleses y portugueses, siempre existía la posibilidad de un intento de ocupación, lo que era más probable dada la dificultad de guarnecer y vigilar esas lejanas costas por parte de las autoridades españolas.

Ahora bien, estas circunstancias y el conocimiento que tuvo el rey del contenido del libro escrito por el P. Falkner, le decidieron a impartir órdenes al virrey Vértiz, para que, sin demora, levantara algunos fuertes en las costas patagónicas, a fin de prevenirlas contra cualquier ocupación extranjera.

Cumpliendo estas órdenes, Vértiz envió algunas comisiones para explorar y ocupar la zona, que estuvieron a cargo de Francisco y Andrés Viedma, Juan de la Piedra y los pilotos Villarino y Bruñel. Este último, acompañado del teniente Pedro García, recorrió la costa desde San José hasta descubrir la desembocadura del río Negro, desde donde regresó al punto de partida, considerando que no era posible penetrar en él. El río Negro, traducción castellana de Curú Leuvú, como lo llamaron los indios, fué descripto por el P. Falkner, en la obra ya mencionada, el que afirmaba que era el río mayor de la Patagonia. La exploración de su curso correspondió al piloto Villarino, que con un bergantín lo recorrió hacia su nacimiento, volviendo luego hacia el Atlántico.

Fundaciones

El piloto Villarino fué el fundador de Carmen de Pa-

tagones, que constituyó un baluarte para ejercer desde allí la vigilancia de esas extensas costas sureñas, enviándose luego, desde España, numerosas familias asturianas y gallegas, a fin de poblar diversos puntos de las mismas, como San Julián, Puerto Deseado y San José. Pero esta empresa fracasó, y muchas de esas familias fueron enviadas a Entre Ríos y a la Banda Oriental, donde —como ya se ha dicho— contribuyeron a la fundación de algunas poblaciones.

Finalmente, durante la época del virrey Nicolás de Arredondo, se reanudaron las tentativas de colonización de las costas de la Patagonia, y se constituyó una compañía que recibió concesiones ventajosas para fomentar la pesca de la ballena y de otros cetáceos, muy abundantes en todo el extremo sur de las costas del Atlántico.

LIII

Las cuestiones económicas. El Bando de libre internación. Producción minera, agrícola y ganadera. La pesca. Industrias manufactureras. Los gremios. El contrabando.

Las cuestiones económicas. — En lo que concierne al virreinato del Río de la Plata, las cuestiones económicas, es decir, las que atañen a su comercio, producciones e industrias, experimentaron un gran cambio debido a la política liberal de los reyes borbónicos. Ya nos hemos referido a las reformas comerciales auspiciadas por esos monarcas, y a continuación trataremos lo referente al Bando de libre internación de 1777, y luego, a las producciones e industrias dentro del virreinato.

El Bando de libre internación. — Entre muchas medidas económicas adoptadas por el virrey Cevallos, se destaca el Bando o auto de libre internación, que él suscribió el 6 de noviembre de 1777.

Desde 1776, el Río de la Plata estaba comprendido, entre las colonias a las cuales el rey había concedido la franquicia de poder efectuar, entre ellas, intercambio co-

mercial. El Bando de libre internación completaba aquella franquicia, al autorizar el comercio libre entre las distintas provincias del virreinato del Río de la Plata, ya sea con los efectos que ellas producían, como con los de procedencia española, llegados al puerto de Buenos Aires en los buques de registro. Además, el Bando establecía que las mercaderías importadas podrían expedirse libremente al Perú y Chile.

Su importancia

La importancia del Bando de libre internación era destacada por Cevallos en la parte dispositiva del mismo, al asegurar que, una vez fundado el virreinato, era imprescindible otorgar libertades comerciales que contribuyesen a su progreso y bienestar de sus habitantes, "deprimidos hasta hoy a la sombra de la distancia y falta de comunicaciones". Y tan importante es esta resolución, que la Corona, con fecha 2 de febrero de 1778, la confirmó, decretando que el puerto de Buenos Aires podría comerciar con varios puertos españoles, medida que después se extendió a favor de varios puertos coloniales de América, por cédula real del 12 de febrero del mismo año, al ponerse en vigencia la Pragmática de libre comercio, o Reglamento de comercio libre entre España e Indias, disposición que ya hemos estudiado y que tuvo tanta importancia para el desarrollo comercial de las colonias españolas de América.

Producción minera, agrícola y ganadera. — Las minas de metales preciosos fueron escasas en el virreinato del Río de la Plata, consistiendo su riqueza, sobre todo, en su producción agrícola y ganadera.

La minería

El Río de la Plata fué la única colonia española de América que debió su engrandecimiento exclusivamente a su producción agropecuaria, lo que dió a su constitución social características especiales. En los primeros tiempos, el aliciente de los metales preciosos y, principalmente, la leyenda del rey blanco o de Santa Catalina, contribuyeron a los adelantos de la exploración y colonización de nuestro actual teritorio, pero bien pronto ese aliciente desapareció, al convencerse los conquistadores de la inuti-

lidad de su busca. Solamente hallaron minas de oro, plata y cobre en las regiones montañosas de La Rioja, Córdoba, San Luis, San Juan y Mendoza; pero su producción fué escasa, careciendo totalmente de esas riquezas minerales el resto del territorio, a excepción de Misiones, donde fueron descubiertas algunas minas de azogue.

Organizado el virreinato, la única fuente de recursos minerales fueron las intendencias del Alto Perú, y el cerro de Potosí fué, en esa zona, el de mayor producción, por su enorme riqueza en mineral de plata. Este cerro había sido descubierto en 1546, formándose al poco tiempo núcleos de gente dedicados a su explotación, que dieron nacimiento a la ciudad de Potosí, de tanta fama durante la época colonial.

La agricultura

Las dos fuentes de recursos de este virreinato fueron la agricultura y la ganadería, aunque el desarrollo de la segunda fué inmensamente superior.

Los cultivos recién cobran importancia durante la época del virreinato, pues en las anteriores, aunque llegan gran número de agricultores de España y se traen semillas para la siembra, la agricultura no adquiere la pujanza que las condiciones naturales y la fertilidad de la tierra hacían esperar. El trigo, el maíz, el centeno, la cebada, el arroz, los garbanzos, la caña de azúcar, los árboles frutales, el algodón, la yerba mate, el lino y el cáñamo fueron los principales productos obtenidos de los cultivos realizados en las diversas zonas del territorio. Y aunque se producía admirablemente la vid y la oliva, estos cultivos no fueron permitidos, y lo mismo pasaba en las demás colonias, a excepción de Chile y el Perú, por su lejanía con respecto a España. La razón de esta prohibición radicaba en que esos cultivos y la elaboración consiguiente del vino y del aceite, podría perjudicar grandemente a la producción metropolitana de lo mismo.

Con respecto al trigo y demás cereales, cuya producción hubiese sido fácilmente abundante en las regiones templadas de nuestro actual país, por las excepcionales

condiciones naturales existentes, fué trabada hasta la segunda mitad del siglo XVIII, por la imposibilidad de su exportación. Recién su producción aumentó con el otorgamiento de franquicias comerciales; pero, no obstante los buenos propósitos puestos de manifiesto por la reglamentación, las trabas a la exportación continuaron, en parte. Por ejemplo, el cabildo de Buenos Aires sostenía ante el virrey que era perjudicial para los habitantes de esa ciudad la exportación de trigo en los navíos de registro o en los buques negreros que llegaban al puerto, pues en esa forma se encarecía el producto. Con tales razones se entorpecía el desarrollo agrícola de la colonia, pues los agricultores se negaban a dedicarse de lleno a los cultivos, desde el momento que corrían el grave riesgo de perder sus cosechas por no poder colocarlas.

Estos motivos indujeron a presentar peticiones y reclamaciones como la representación de los labradores de 1793 y de 1798, presentadas, respectivamente ante el rey y ante el cabildo de Bs. Aires, pidiendo que se permitiese la exportación de productos agrícolas, sobre todo, del trigo, en condiciones adecuadas que evitasen el alza de los precios destinados al consumo interno.

Esta situación no permitió que la agricultura adquiriese el desarrollo que era de esperar, no obstante las disposiciones que a su favor habían tomado algunos virreyes, como Cevallos, que estimuló el cultivo del trigo y más aún el del cáñamo y lino, para que estos productos pudiesen exportarse libres de todo derecho, a fin de vigorizar la industria española de lienzos, lonas, etc.

Finalmente, agregaremos que el secretario del consulado, don Manuel Belgrano, fué un incansable defensor del desarrollo de la agricultura. En sus famosas "Memorias" del Consulado, expresa claramente cuánto esperaba de la producción agrícola y de la libertad de su exportación, teniendo en cuenta la fecundidad de la tierra y las condiciones favorables del clima que posibilitaban los más diversos cultivos.

La ganadería

Fué de tal importancia la producción ganadera en las ricas praderas naturales de las que hoy son las llanuras argentinas, que constituyó de lejos la principal fuente de recursos del virreinato, siendo su explotación, y luego su industria derivada, la actividad mayor de sus habitantes.

Aquel primer plantel de caballos y yeguas que trajo Mendoza y que se hizo cimarrón, al ser abandonado en la inmensa llanura; aquellas cabezas de ganado vacuno llevadas originariamente de San Vicente al Paraguay y que luego se propagó viviendo también en estado salvaje; aquellas cabras y ovejas traídas por Nufrio de Chaves, en 1550, desde el Alto Perú, en la época de Irala, y aquella otra remesa de ganado que Garay llevó de las dehesas del Alto Perú a Santa Fe y Corrientes, fueron las bases de la riqueza ganadera argentina.

Desde los primeros tiempos el ganado cimarrón fué objeto de continua caza que se hacía libremente para obtener carne para el consumo y, más que todo, cueros para comerciarlos. Como este ganado pertenecía al Estado, los cabildos fueron los encargados de conceder los permisos de vaquerías, permisos que se utilizaban para extraer el cuero de los animales y venderlos, para luego ser exportados en los navíos de registro.

Las estancias

Más tarde empezaron a aparecer los primeros establecimientos ganaderos o estancias, constituídos por vastas extensiones de tierras cedidas a particulares mediante donaciones reales. Estos establecimientos dedicados a la cría de ganado, fueron explotados por sus propietaros o hacendados que, con el tiempo, alimentaron con sus productos los mercados de exportación de cueros y carnes saladas.

La exportación de cueros alcanzó a la cifra de 150.000 hasta la Pragmática del libre comercio de 1778, elevándose ese número a 800.000 y a 1.400.000 de cueros anuales, a partir del año 1785.

Poco tiempo después cobró importancia la salazón de las carnes que, convenientemente preparadas, contándose

para ello con sal abundante y barata procedente de los lagos del sudoeste de la actual provincia de Buenos Aires, se exportaba en grandes cantidades a la metrópoli y a Cuba.

En repetidas ocasiones, los hacendados solicitaron se permitiese la exportación de cueros y carne salados con destino a colonias extranjeras de Africa y también al Asia, agregando que, asimismo, se podría exportar manteca, grasa, sebo, cerdas, cueros de ganado lanar, etc., aprovechándose convenientemente la producción ganadera, cuyos resultados redundarían en beneficio del progreso de la colonia. Es interesante, al respecto, el Memorial de los Hacendados de ambas márgenes del Plata, presentado a la Corte en el año 1794, documento que refirma la conveniencia de permitir, en gran escala, la exportación de productos ganaderos.

La pesca. — La producción pesquera en el virreinato del Río de la Plata, consistió en el pescado fluvial y marítimo que constituyó una apreciable fuente de recursos para el consumo. La abundancia de la pesca en los ríos y en la costa del mar, no llegó a explotarse como para constituir una verdadera industria. Solamente en las lejanas costas patagónicas, la pesca de la ballena y de otros cetáceos, originó la formación de una compañía que, durante la época del virrey Arredondo, recibió grandes concesiones para dedicarse a ella y a las industrias derivadas: pero la competencia inglesa, que de hecho monopolizaba la industria pesquera de esa zona, hizo que la citada compañía no llegara a organizar una industria estable.

Industrias manufactureras. — El desarrollo industrial en el virreinato del Río de la Plata no alcanzó las proporciones que adquirió en el Perú, Méjico y otras colonias, principalmente a partir del siglo XVII; pero tuvo sus manifestaciones, que fueron diversas en las distintas zonas de su inmenso territorio.

Industria textil

La industria textil, originada en la habilidad manual hereditaria de los habitantes, sobresalió en las provin-

cias del centro, norte y del oeste, donde en cada hogar había uno o más telares, cuyo producido en tejidos era aprovechado en la confección de diversas prendas. Así Córdoba tenía talleres y manufacturas de cobijas, ponchos, pantalones y chaquetas de abrigo. En Santiago del Estero, Catamarca, La Rioja, Tucumán y también en las provincias de Cuyo, se hacían tejidos de lana ordinarios y manufacturas de cuero de becerro, badana, pergaminos, tafiletes, ponchos y, además, riquísimos tejidos de vicuña. También se tejía el algodón y se elaboraba telas primorosamente bordadas y cribadas. En las intendencias del Alto Perú, principalmente en Cochabamba, habían grandes telares de algodón. Corrientes se distinguió, sobre todo, por la fabricación de cinchas, vergas y correajes y, como el Paraguay, también elaboraba finas puntillas y encajes.

Industria vitivinícola

La industria vitivinícola fué muy importante en las regiones andinas, principalmente en las actuales provincias de Mendoza y San Juan, y en menor escala, en La Rioja y Catamarca. A pesar de la prohibición existente en todas las colonias españolas de América, en lo que respecta al cultivo de la vid, a fin de evitar la competencia que sus productos derivados (vinos, pasas, aguardientes) podrían hacer a sus similares españoles, estas disposiciones no se cumplieron. Los vinos y aguardientes cuyanos se vendían en otras regiones del virreinato y llegaban a Buenos Aires, donde encontraban excelente mercado.

Industrias derivadas de la ganadería

Además de la industria del cuero y de las carnes saladas, que dió lugar a la instalación de los primeros saladeros, se aprovechó también el sebo, surgiendo la industria del jabón y velas, a la que siguió la del curtido de cueros, talabartería y zapatería.

Otras industrias

En Tucumán, el cultivo de la caña de azúcar originó la industria azucarera, y la existencia de excelentes maderas dió lugar a la construcción de las famosas carretas tucumanas, usadas con las galeras y otros vehículos para el transporte de carga y pasajeros a través de largos, irre-

gulares y fatigosos caminos que unían las diversas regiones del virreinato.

En Corrientes y en el Paraguay, la construcción de embarcaciones cobró gran incremento, empleándose las ricas maderas de esas regiones. Los astilleros del Paraguay fueron muy importantes, llegándose a construir, a fines del sglo XVIII, algunos bergantines y otras embarcaciones menores.

Los gremios. — En Buenos Aires existieron gremios o asociaciones de gente de oficio: los gremios de plateros, talabarteros y zapateros.

Los oficios en toda la América española eran considerados como actividades indignas de ser ejercidas por españoles y por sus hijos blancos, lo que explica que, por lo general, estuviesen en manos de extranjeros y de mestizos.

Los plateros

El principal gremio de Buenos Aires fué el de los plateros: estaba organizado desde 1788, y nadie podía abrir un negocio de platería sin haber pasado por la condición de aprendiz durante cinco años, y de oficial, otros dos, en casa de un maestro. Recién entonces, con los pertinentes certificados de competencia, era considerado maestro y podía abrir una tienda. Al que, sin ser maestro, abría tienda, podía condenársele a la pérdida de sus efectos.

La industria de los plateros adquirió mucha importancia en Buenos Aires, pues labraban la plata extraída del cerro de Potosí, haciendo diversas obras de arte, vajillas de lujo, alhajas y los famosos "chapeados" de las sillas y "recados" para montar.

Talabarteros y zapateros

Otra industria que floreció en Buenos Aires fué la de los talabarteros que elaboraban, sobre todo, aperos, riendas y correajes para montar, y la de los zapateros.

Estos últimos, después de mucho bregar, constituyeron su gremio, organizándolo en forma similar a la de los plateros. No podían ser maestros los negros y mulatos, y los extranjeros fueron excluídos de los puestos superiores del gremio.

Críticas a la organización gremial

La organización gremial fué en ocasiones objeto de críticas y dictámenes contrarios por parte de las autoridades, principalmente, por los regidores del Cabildo, sosteniéndose que ellos conspiraban contra el libre desarrollo del trabajo, al ser tan estrictos en su reglamentación.

El contrabando. — Si bien las franquicias comerciales otorgadas en el último cuarto del siglo XVIII, y la posesión española de la Colonia del Sacramento y de toda la costa oriental del estuario del Plata, fueron factores que influyeron para la supresión del contrabando, él continuó aún, pues en los buques negreros y en los neutrales se importó a Buenos Aires toda clase de mercaderías extranjeras. Y como España, hasta los últimos tiempos de su dominación en el Río de la Plata se negó a permitir el libre tráfico comercial con las naciones extranjeras, el comercio de contrabando, lejos de perjudicar, favorecía los intereses generales de los pobladores del virreinato, al permitirles proveerse de mercadería extranjera que le era necesaria, a precios muy convenientes.

Desde este punto de vista, el contrabando, aunque ilícito, tiene su explicación, como reacción natural de los colonos que, desde los primeros tiempos, salvo en contadas excepciones, tuvieron el puerto cerrado a todo tráfico, y que después, no obstante las franquicias concedidas, siguieron en la condición de no ver cumplidas sus aspiraciones librecambistas, aspiraciones que Belgrano en uno de los debates del Consulado expresaba así: "El comerciante debe tener libertad para comprar donde más se le acomode, y es natural que lo haga donde se le proporcione el género más barato, para poder reportar más utilidad".

LIV

Desarrollo económico y progreso industrial del Río de la Plata. Nuevas concesiones comerciales. Crisis 1808-1809. El expediente de comercio de ingleses. La Representación de los Hacendados.

Desarrollo económico y progreso industrial del Río de la Plata. — Los progresos de la producción agropecuaria e industrias en general alcanzados en el virreinato del Río de la Plata, sobre todo el de las industrias derivadas de la producción ganadera, unido a las franquicias comerciales otorgadas por Carlos III y luego por Carlos IV, determinaron un acrecentamiento del desarrollo económico de esta importante y rica colonia. Esta vigorización económica se nota principalmente desde que fué puesta en vigencia la Pragmática de libre comercio de 1778, que significó para todas las colonias, pero especialmente para el Río de la Plata, un gran avance en su desarrollo económico, y para B. Aires, su iniciación como gran puerto comercial.

Desde entonces, el citado puerto exportó en grandes cantidades frutos del país, eximiéndose a muchos de ellos del pago de derechos de introducción a España, lo que produjo un progresivo aumento de las exportaciones, cuyas cifras llegaron en 1796, a la suma de 4.667.000, cifra que casi doblaba la de las importaciones, que en ese año fueron de 2.545.000 pesos.

Nuevas concesiones comerciales. — Con la Pragmática del 12 de octubre de 1778, no se puso fin a las concesiones comerciales otorgadas por la Corona a favor de sus colonias de América. Nuevas franquicias completaron las ya existentes, dando mayor impulso a la vida económica colonial.

Comercio negrero

Efectivamente, el rey Carlos IV, en 1791, concedió libertad para que se pudiera efectuar el comercio de negros esclavos con numerosos puertos coloniales, tráfico que había comenzado desde los primeros años de la dominación española en América, mediante licencias especiales, adoptándose luego el sistema llamado de "asientos de negros" que eran contratos con compañías o particulares.

La concesión de comercio negrero de 1791, se hacía con el principal fin de fomentar la agricultura en las colonias, razón por la que se permitía la introducción de esclavos negros y herramientas de labranza, libres del pa-

go de todo derecho, pudiendo encargarse de este tráfico tanto españoles como extranjeros. Los buques negreros, después de descargar los esclavos en los puertos coloniales, podían llevar de retorno frutos del país y dinero, mediante el pago de 60 o|o de derechos aduaneros.

Comercio con colonias extranjeras

Una Real Orden de Carlos IV de 1795 otorga al puerto de Buenos Aires el derecho de comerciar con colonias extranjeras, ateniéndose a disposiciones especiales. Al comienzo la franquicia solamente se refería a la exportación de harinas y carnes destinadas a algunas Antillas inglesas, pero luego se generalizó para que se pudiera efectuar el tráfico comercial entre ese puerto y todas las colonias extranjeras.

Las condiciones establecidas eran las siguientes: a) del puerto de B. Aires se podía exportar con destino a las colonias extranjeras, frutos del país, que no se enviasen a España; b) sólo se podía importar mercadería extranjera que no produjera España, para evitar la competencia a las mismas; c) era libre la importación de productos como algodón, azúcar y café, así como también el dinero y esclavos negros.

Comercio con buques neutrales

En 1797, una nueva Real Orden establece el comercio con neutrales. Esta franquicia tuvo su origen en la circunstancia de estar España en guerra con Inglaterra, y como ésta tenía dominio absoluto de las rutas marítimas, los comerciantes españoles debían soportar graves pérdidas por la interrupción del tráfico con Indias, lo que les hizo solicitar repetidamente al rey la concesión de poder enviar las mercaderías en "buques neutrales", ya sea de puerto español o extranjero.

El comercio con neutrales estaba sujeto a estas condiciones: a) los "buques neutrales" sólo podían cargar frutos del país, negros o dinero; b) los buques podían ser españoles o extranjeros, partiendo de puertos extranjeros, pero con retorno obligado a puerto español; c) los cargamentos debían pagar los derechos de importación y exportación, como si procediesen siempre de puertos nacionales.

La necesidad hizo que la reglamentación establecida para efectuar el comercio con neutrales se violase continuamente, pues ella sólo permitía el intercambio de muy pocos productos, y a los buques no les era posible cumplir la disposición de retornar a España, debido a que sus costas estaban bloqueadas por la escuadra inglesa.

El resultado fué que en los "buques neutrales" se llevó y desembarcó toda clase de mercaderías no permitidas, ante la vista de las autoridades, que nada hicieron para impedirlo, y sin que se operara la obligada vuelta con productos coloniales a puerto español. Naturalmente que este comercio benefició grandemente a las colonias, al poder abastecerse de los productos más necesarios, haciéndose, por entonces, un activo tráfico comercial entre varios puertos coloniales españoles (entre los que figuraba el de Buenos Aires) y puertos extranjeros.

Antecedentes

Crisis de 1808-1809. — La guerra que España sostuvo con Inglaterra desde 1796 y que tan desastrosa había resultado para el comercio español, terminó con la firma de la paz en 1802, lo que permitió el restablecimiento del tráfico comercial entre España y sus colonias de América; pero esto sólo fué una tregua, pues en 1805 se abren nuevamente las hostilidades entre estas dos naciones.

Esta nueva guerra vuelve a perjudicar el intercambio comercial entre los puertos españoles y coloniales, ocasionando pérdidas tanto a los comerciantes peninsulares como a los colonos, que ven resentirse seriamente sus intereses más vitales.

En esta época se producen las invasiones inglesas al Río de la Plata (1806 y 1807), lo que complica allí la situación económica ya grave, con los gastos extraordinarios que se deben hacer para repeler a los invasores, teniendo para ello que bastarse con sus propios recursos. Pero, librados de los ingleses, esa situación ya muy crítica no termina allí, porque en 1808 se produce la invasión napoleónica a España, la que sucumbe momentáneamente bajo el yugo extranjero, lo que paraliza de

nuevo el tráfico comercial entre la metrópoli y sus colonias.

La crisis

En el Río de la Plata, desde 1806, la situación económica era crítica, y los impuestos y gravámenes para obtener recursos, cada vez eran mayores. Esta situación hizo crisis entre 1808 y 1809.

El 30 de julio de 1809, don Baltasar Hidalgo de Cisneros había reemplazado a Santiago Liniers al frente del virreinato, y por entonces las penurias del erario público habían llegado a tal extremo, que la situación se hacía insostenible. Las rentas aduaneras, debido a la disminución del tráfico, no alcanzaban a cubrir los gastos de la administración, y los impuestos y contribuciones habían alcanzado un límite que no era posible sobrepasar. Cisneros creyó remediar la situación de las finanzas públicas intentando un empréstito interno, pero fracasó. El malestar económico y las ideas revolucionarias crecían paralelamente.

El expediente de comercio de ingleses. — En estas circunstancias, en el mes de agosto de 1809, dos comerciantes ingleses presentan al virrey una solicitud pidiendo que se les permita desembarcar y vender en B. Aires. mercaderías que tenían en sus naves; las que acababan de arribar al estuario.

Trámite del expediente

El virrey Cisneros, después de estudiar la solicitud y oferta de los comerciantes ingleses, la remite al Consulado y al Cabildo, con una nota donde deja constancia de que su actitud, al proceder a dar curso a esa solicitud, estaba determinada por las apremiantes circunstancias económicas del momento, pidiendo a ambas corporaciones su pronunciamiento al respecto. Por su parte, el virrey se declara partidario de acceder a lo peticionado, pues esa concesión, a su entender, sería beneficiosa en esos momentos, y sugiere la reunión de una comisión de comerciantes a la que se podría encargar, en último término, el estudio del expediente, a fin de que ella aconsejara lo que debía resolverse de acuerdo a los intereses generales.

Tanto el Consulado, como el Cabildo, informaron fa-

vorablemente a lo solicitado por los comerciantes ingleses, a excepción del Síndico del Consulado que se expidió en forma negativa.

Alegato del representante del Consulado de Cádiz

Habiendo pedido vista del expediente el representante del Consulado de Cádiz (este último era entonces el encargado de controlar el tráfico comercial entre la metrópoli y sus colonias), produjo un alegato oponiéndose tenazmente a lo que se solicitaba. Apoya su extenso memorial, recalcando que si se accediese a la petición, aparte de contrariarse lo dispuesto por las leyes en vigor, se ocasionaría serios perjuicios a la industria, al comercio y a la marina mercante españoles, llevando a la ruina a los industriales de la colonia, pues sus manufacturas no podrían competir con las de procedencia británica. Finalmente, el memorial del representante del Consulado de Cádiz propone que se remedie la situación de la hacienda pública mediante el levantamiento de un empréstito interno, la implantación de una lotería, algunas contribuciones a la propiedad inmueble, y la rebaja de los sueldos de las milicias, del clero y de los empleados de la administración.

La Representación de los Hacendados. — En vista de los argumentos sostenidos por el representante del Consulado de Cádiz —que recibía la aprobación de los interesados en mantener sin variantes las disposiciones en vigor, aun en perjuicio de los intereses generales de los colonos—, los hacendados y labradores de ambas orillas del Plata, comisionaron al joven y talentoso abogado Dr. Mariano Moreno, para que en su nombre y representación refutase las conclusiones formuladas por el citado apoderado.

Moreno redactó entonces su famoso escrito, que no lleva su firma, pues a su pie figura únicamente la de su procurador José de la Rosa, escrito que se conoce con el nombre de la "Representación de los Hacendados" y que fué agregado al expediente formado con motivo de la petición formulada ante el virrey por los comerciantes ingleses.

La Representación de los Hacendados fué publicada en Buenos Aires en 1810, y casi al mismo tiempo aparecía en Río de Janeiro una traducción portuguesa de la misma, hecha por el gran economista José Da Silva Lisboa, que en su prólogo elogia el talento, la ciencia y la habilidad de su autor.

La tesis

Moreno defiende en su famoso escrito las excelencias del libre cambio, poniendo de manifiesto sus profundos conocimientos de economía política adquiridos en el estudio de los maestros del siglo XVIII, y alterna consideraciones teóricas con ejemplos prácticos, que las aclaran y consolidan. Sostiene la conveniencia de permitir la libre exportación de los productos animales y vegetales que abundan en el país, evitando así su pérdida, diciendo que ello contribuiría al fomento de la agricultura, de la ganadería e industrias de ella derivadas, lo que traería como resultado un acrecentamiento de la riqueza pública. Agrega luego que estas medidas deben ser completadas con la libre importación de productos que no se producen en el virreinato, y que nada es más conveniente para un país que contar con abundancia de efectos extraños a su producción industrial, que le son necesarios para la vida, pues ello beneficia al consumidor, al producirse con su abundancia la consiguiente rebaja de precios.

Refiriéndose a la oportunidad de los arbitrios ideados por el representante del Consulado de Cádiz para salvar la grave situación, Moreno dice que esas medidas de emergencia, en realidad, nada remediarían y que sólo la concesión del libre cambio pondría permanentemente a salvo la situación financiera de la colonia.

Al referirse al monopolio, el Dr. Moreno dice: "La justicia no puede ver sin horror un atentado tan manifiesto contra los más sagrados derechos de la propiedad y libertad del hombre y del ciudadano, un atentado prescripto, autorizado y legitimado por la pública autoridad. Las colonias sujetas al comercio exclusivo de la metrópoli, son el digno objeto de esta reclamación: nosotros tenemos más fuertes derechos, que elevan a un alto grado

la justicia con que reclamamos un bien que, aun en el estado colonial, no puede privarse sin escándalo". Y agrega en otro párrafo, dirigiéndose al virrey: "No confirió el soberano a V. E. la alta dignidad de virrey de estas provincias, para velar sobre la suerte de los comerciantes de Cádiz, sino sobre la nuestra".

Como se ha hecho notar, el verdadero mérito del escrito de Moreno no hay que buscarlo en las nuevas ideas económicas que en él sustenta (ya difundidas por Manuel Belgrano), sino en el hecho de rebatir, ampliamente, las restricciones comerciales sostenidas por el apoderado del Consulado de Cádiz.

Resolución del 6 de noviembre

Al poco tiempo de la presentación de este documento, el virrey Cisneros convocó una junta consultiva compuesta de magistrados y vecinos calificados que se reunió bajo su presidencia, resolviéndose el 6 de noviembre de 1809 abrir el puerto de Buenos Aires al comercio "con cualquier buque amigo neutral o nacional procedente de puertos extranjeros con cargamentos de efectos y frutos, de igual propiedad y procedencia".

Esta resolución fué reglamentada, estableciéndose los requisitos a cumplir y los derechos a pagar por los buques que entraran al puerto, lo que restó buena parte de su liberalidad, razón por la cual ella no significó el logro de la completa libertad de comercio. Sin embargo, sus resultados inmediatos fueron de gran provecho para los intereses generales, particularmente para el fisco, cuyas entradas aumentaron considerablemente, debido a la actividad registrada desde entonces por el comercio de importación y exportación.

LV

Las autoridades políticas y administrativas del Virreinato. Las Intendencias. La Aduana y el Consulado de Buenos Aires. El régimen rentístico. El sistema monetario.

Las autoridades políticas y administrativas del Virreinato. — El período virreinal constituyó la última

etapa de la vida colonial del Río de la Plata, y está comprendido entre los años 1776 y 1810, es decir, alcanza hasta la Revolución de Mayo.

Este período se caracteriza por la nueva organización política y económica de las instituciones, y porque en su transcurso se comienzan a determinar los límites de lo que más tarde constituiría nuestro país.

Algunas de sus autoridades e instituciones se organizan a medida que va desarrollándose este nuevo organismo colonial que es el virreinato del Río de la Plata, desde su creación en 1776, las que se pueden enumerar cronológicamente de esta manera: Intendencia de Ejército y Real Hacienda y la Aduana de Buenos Aires, creadas en 1778; las Intendencias, organizadas en 1782; la Real Audiencia, que se instala de nuevo en Buenos Aires en 1785, y el Consulado, creado en la misma ciudad en 1794.

Las Intendencias. — La Real Ordenanza de Intendentes de 1782, contribuye a la organización definitiva del virreinato del Río de la Plata, de modo que la autoridad del virrey fuese compartida en el orden administrativo por nuevos funcionarios llamados gobernadores intendentes, sin disminuir su autoridad política, muy poderosa desde que ejercía la representación directa del rey, en el gobierno colonial.

La Real Ordenanza de Intendentes

Por la Real Ordenanza de Intendentes de 1782, con las modificaciones dispuestas al año siguiente, se dividía el vastísimo territorio del virreinato del Río de la Plata en ocho intendencias y cuatro provincias subordinadas.

Intendencias

Las intendencias eran las siguientes:

1°) Intendencia de Buenos Aires, que hasta 1778 constituyó al mismo tiempo una superintendencia general, que comprendía la provincia de Buenos Aires y todo el territorio argentino hacia el sur, incluso la Patagonia, más el litoral de nuestro país.

2°) Intendencia de Córdoba del Tucumán, que comprendía Córdoba, San Luis, Mendoza, San Juan y La Rioja.

3°) Intendencia de Salta del Tucumán, dentro de cuyos límites estaban las actuales provincias de Salta, Jujuy, Catamarca, Tucumán y Santiago del Estero.

4°) Intendencia de Asunción del Paraguay que abarcaba el actual territorio paraguayo situado al este del río Paraguay.

5°) Intendencia de la Paz, de la cual se desprendió más tarde el territorio de la Intendencia de Puno, para formar parte del virreinato del Perú; 6°) Intendencia de Cochabamba; 7°) Intendencia de Charcas; y 8°) Intendencia de Potosí, que se extendía también en el actual territorio chileno, presentando costas bañadas por el Océano Pacífico. Estas últimas intendencias constituían las cuatro Intendencias del Alto Perú.

Provincias subordinadas

Las provincias subordinadas estaban constituídas por territorios fronterizos y eran cuatro: Moxos, comprendida dentro del actual territorio boliviano; Chiquitos, que abarcaba parte de Bolivia, la parte occidental del Paraguay y la gobernación argentina de Formosa; Montevideo, que comprendía la Banda Oriental; y Misiones, dentro de la actual gobernación de Misiones y parte del Brasil.

Relatividad de los límites

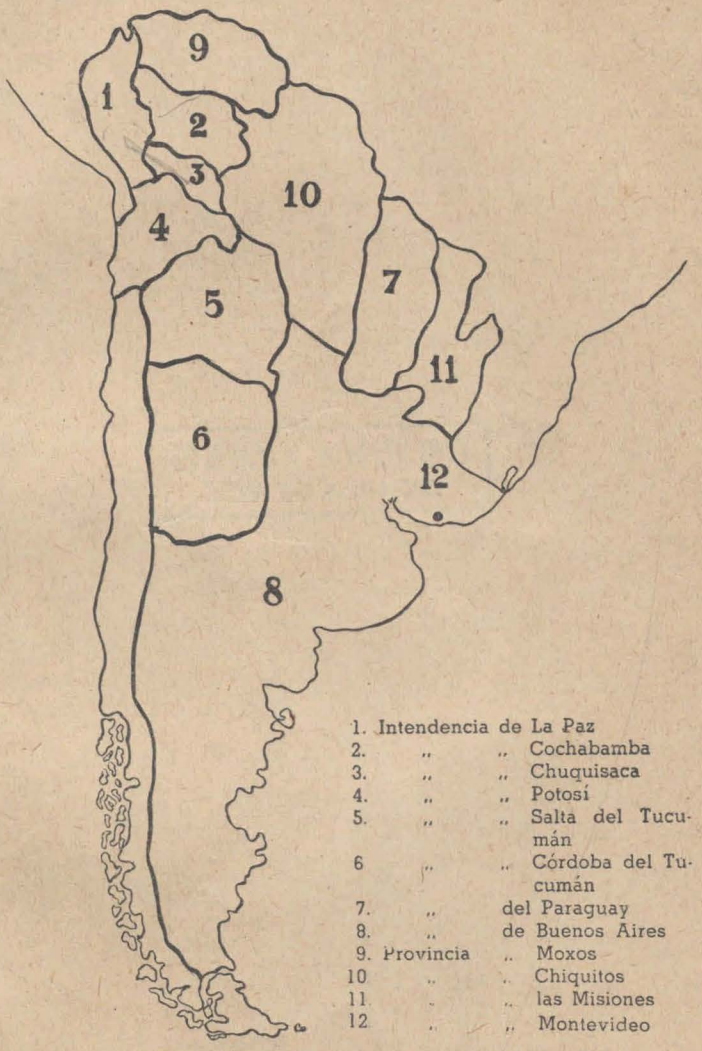
Los límites de las intendencias y provincias subordinadas no pueden fijarse con gran exactitud, procurándose, en lo que respecta a las intendencias, que su jurisdicción territorial fuese la misma del obispado de la zona.

Gobierno de las intendencias

A cargo del gobierno de cada intendencia estaba un funcionario llamado gobernador intendente, habiendo contado la de Buenos Aires con un superintendente, cargo que fué suprimido en 1788, pues su autoridad chocaba con la del virrey. La intendencia de Buenos Aires quedó desde entonces sujeta directamente a la autoridad del virrey.

Los gobernadores intendentes duraban cinco años en sus cargos, a los que llegaban por designación directa del rey. Como los grandes funcionarios de Indias, eran pasibles del juicio de residencia. Tenían a su cargo el go-

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



El Virreinato del Río de la Plata. Intendencias.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

bierno y administración de su respectiva intendencia, ejerciendo, además, funciones de justicia, hacienda, policía y guerra.

La justicia era administrada en cada intendencia por un teniente letrado, cuya designación correspondía directamente al rey. Entendía en asuntos civiles y criminales, pudiendo apelarse de sus sentencias ante la Real Audiencia.

En lo referente a las funciones de hacienda, los gobernadores intendentes tenían a su cargo la dirección de las rentas reales, reemplazando a los Oficiales Reales, al reconocérseles atribuciones judiciales que éstos habían tenido con respecto a la percepción de la renta.

Un libro llamado "De la razón general de la Real Hacienda" estaba a cargo de los gobernadores intendentes, y en él se debía consignar el manejo de los fondos fiscales.

En cuanto a la policía, los gobernadores intendentes debían velar en todo lo concerniente al adelanto social y económico, observando las actividades de los habitantes de su intendencia; reglamentando el trabajo; fomentando la agricultura, el comercio y la industria; haciendo trazar acequias y canales de riego; proveyendo a la edilidad e higiene de las poblaciones, y a la vigilancia de las mismas y de los caminos.

Finalmente, si bien la organización de las tropas destacadas en cada intendencia correspondía a los jefes militares, lo referente al albergue, mantenimiento, vestuarios y pago de sueldos, estaba a cargo de los respectivos gobernadores intendentes.

Consecuencias de la R. O. de Intendentes

Si se analizan los resultados generales de la organización de las intendencias, de acuerdo a lo dispuesto por la Real Ordenanza de 1782, se llega a la conclusión que, la división administrativa contribuyó a mejorar el gobierno de las distintas regiones del virreinato, y a crear un ambiente regionalista propicio para la futura formación de las actuales provincias argentinas, como núcleos de gobiernos federativos. Además, el régimen de inten-

dencias chocó con la autoridad local de los cabildos, a los que absorbió muchas de sus antiguas atribuciones, originándose así un cambio apreciable en el terreno institucional.

Gobierno de las provincias subordinadas

Las provincias subordinadas estaban a cargo de un gobernador militar, pues su ubicación les asignaba un carácter militar, a fin del mejor resguardo y cuidado de las fronteras.

La Aduana y el Consulado de Buenos Aires. — Las más importantes instituciones de carácter económico del virreinato, fueron la Aduana y el Consulado.

La Aduana de Buenos Aires

La Aduana de Buenos Aires, fué creada por Real Cédula del 25 de julio de 1778, nombrándose primer administrador, a don Francisco Jiménez Mesa.

Su creación obedeció a la necesidad de la existencia de un organismo administrativo, de su importancia, para organizar debidamente la percepción de los derechos de importación y exportación, que se hicieron cuantiosos desde que se otorgaron diversas franquicias comerciales. Pero no solamente se ocupó la Aduana de la percepción de derechos sino que también, en su calidad de dependencia consultiva, era una institución a quien se pedía opinión acerca de casos importantes de orden comercial, y sus informes merecían la mayor atención de parte de los virreyes y demás funcionarios coloniales.

Así, se recuerda, especialmente, el informe del administrador don Angel Izquierdo, presentado al virrey en 1796, en momentos de crisis financiera ocasionada por la interrupción del tráfico comercial entre España y sus colonias, debido a la guerra contra Inglaterra. El informe aludido sostiene con razones irrebatibles, la conveniencia de permitir la apertura del puerto a la introducción de mercaderías extranjeras, medida que se adoptó, temporariamente, contribuyendo a mejorar la situación existente, por la mayor percepción aduanera.

El Consulado de Buenos Aires

El Consulado de Buenos Aires fué creado por Real Cédula de Carlos IV, fechada el 30 de enero de 1794,

durante el gobierno del virrey don Nicolás de Arredondo. Su creación tuvo origen en el pedido insistente de los comerciantes de la ciudad, contando con la ayuda del virrey que era partidario de su instalación en un centro de tanta importancia comercial, enclavado en una zona agropecuaria de gran porvenir.

Su composición

El Consulado de Buenos Aires se componía de un prior y dos cónsules que constituían el tribunal, y otros componentes que, con los citados, formaban la Junta de protección y fomento del comercio e industrias de la región, que eran el síndico y nueve consiliarios, más el secretario, el contador y tesorero.

Los primeros miembros del Consulado fueron elegidos por el rey, pero luego se renovaban por partes cada bienio, para lo cual se convocaba a los comerciantes a una reunión presidida por un miembro de la Real Audiencia, donde se elegían por sorteo practicado entre los candidatos propuestos, los titulares para ocupar los cargos vacantes. En 1797, se resolvió que el Consulado se compusiese, en partes iguales, de comerciantes y hacendados.

Funciones

Como tribunal comercial, fallaba en los pleitos de ese carácter, producidos dentro de los límites del Virreinato del Río de la Plata, destacando sus representantes a los puertos y lugares de mucha actividad comercial, a fin de que dirimiesen los pleitos locales. De las sentencias del Consulado, referentes a asuntos muy importantes, podía recurrirse al Consejo de Indias o apelar ante un tribunal especial compuesto por dos comerciantes, bajo la presidencia del decano de la Audiencia.

En su condición de junta de protección y fomento comercial e industrial, el Consulado realizaba sesiones bimensuales propendiendo al mejor desarrollo del comercio, favoreciéndolo con la construcción de caminos a fin de facilitar el tránsito, procurando conservarlos en buen estado, preocupándose, asimismo, de la buena conservación de los puertos utilizables para el comercio. Además, velaba por el progreso de los cultivos, ocupándose de la

irrigación e introducción de herramientas y útiles necesarios para trabajos agrícolas.

Los debates del Consulado: las dos tendencias

En el seno del Consulado de Buenos Aires, tuvieron lugar debates de índole económica, de gran trascendencia. Estos debates se entablaron entre las dos tendencias: la de los partidarios de las ideas liberales en materia de comercio, que defendían las medidas tendientes a la obtención de un acrecentamiento de la libertad comercial, y la que, por conveniencia propia, era defendida por los partidarios del monopolio comercial.

Estas dos tendencias habían nacido en el seno del Consulado, algún tiempo después de su instalación, pues al comienzo, como decía don Manuel Belgrano, que desempeñaba el cargo de secretario, "todos eran comerciantes españoles, y exceptuando uno que otro, nada sabían más que de su comercio monopolista, a saber, comprar por cuatro para vender por ocho con toda seguridad".

Los debates producidos, implicaban una lucha entre los que sostenían sus propios intereses defendiendo las tendencias de los monopolistas de Cádiz, y aquellos que bregaban por los intereses generales de los comerciantes, agricultores y hacendados, para la obtención del bienestar económico de la colonia. Entre los primeros figuraban gran número de comerciantes españoles, y entre los segundos, colonos y hacendados que veían en las libertades comerciales un beneficio real para la Corona, al aumentar con los derechos aduaneros las entradas fiscales, y un mejoramiento del estado económico del Virreinato.

Durante estos debates que, naturalmente, trascendieron, agitando las opiniones favorables a la obtención de franquicias comerciales, que permitiesen la libre exportación de los frutos del país y la importación ilimitada de las mercaderías que eran de mayor necesidad, se discutió lo referente al embarque de cueros en los buques negreros que, luego del desembarco de su carga de esclavos negros, estaban autorizados por la ordenanza real de 1791, a llevar de retorno, frutos del país.

Al respecto, los monopolistas del Consulado sostuvieron con deleznables argumentos que los cueros no eran frutos del país, a fin de evitar su exportación. Más tarde, con motivo de la ordenanza real de 1795, referente al permiso de comerciar con colonias extranjeras, el núcleo monopolista del Consulado protestó enérgicamente contra estas franquicias que implicaban, según ellos, grandes abusos, lo que provocó la réplica del bando contrario en pro de la franquicia citada.

En estos debates se distinguieron varios miembros que bregaron en favor de la libertad comercial, entre los que citaremos a los siguientes: Francisco Antonio Escalada, Tomás Fernández y Miguel Marcó del Pont. El primero, sostuvo que los intereses particulares debían ceder ante las conveniencias generales, agregando "que si así no lo hacen debemos salirles al encuentro en bien general del Estado y de nuestros hijos". Por su parte, Tomás Fernández, sostuvo que debía atenderse los dictados de la ciencia de la economía política, favorables a estas concesiones comerciales; y el tercero, que ocupaba el cargo de síndico del Consulado, abogó ante el rey por medio de un escrito, a favor del comercio con colonias extranjeras, basándose en la riqueza agropecuaria del país, diciendo que los frutos propios del mismo no solamente bastaban para alentar ese comercio, sino que había suficientes como para abastecer a las demás colonias americanas que carecían de ellos.

La trascendencia de los temas tratados en el Consulado operaron, más tarde, un cambio en la constitución del mismo, ingresando a él gran número de hacendados partidarios de la apertura del puerto de Buenos Aires al comercio extranjero, que demostraron los beneficios que se obtendrían al otorgarse esas franquicias.

Las "Memorias" redactadas por Belgrano

Don Manuel Belgrano, que ocupó el cargo de secretario del Consulado de Buenos Aires, conocedor a fondo de las nuevas doctrinas referentes a la economía política, asimiladas al realizar sus estudios en Salamanca y en otras universidades españolas, fué uno de los más

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

eficientes sostenedores de las ideas favorables al libre cambio.

En sus "Memorias" del Consulado que redactaba todos los años, Belgrano evidencia su constante preocupación por los adelantos del comercio, de la agricultura y de la industria, vislumbrando cuáles serían las actividades que en lo futuro, llevarían al país a su gran potencialidad económica.

El régimen rentístico. — La renta se formaba por la recaudación de los impuestos, de los cuales existían tres categorías: 1°) impuestos de Real Hacienda; 2°) impuestos de ramos particulares; y 3°) impuestos de ramos ajenos.

1º Impuestos de Real Hacienda

Los impuestos de Real Hacienda eran destinados al pago de los sueldos de los empleados administrativos, de los militares y de los eclesiásticos, siendo los principales los siguientes: el almojarifazgo, la alcabala, el quinto, el diezmo, el tributo, etc.

El almojarifazgo era un impuesto aduanero que gravaba los productos y manufacturas, a su salida de puerto español y a la entrada a puerto colonial, y consistía en un tanto por ciento sobre el valor de las mercaderías. A los efectos del pago de este impuesto, los puertos coloniales se dividían en puertos mayores y menores: En los mayores (entre los que estaba el de Buenos Aires), las mercaderías extranjeras pagaban el 7 % en concepto de almojarifazgo y las españolas el 3 %; en los menores, el arancel era respectivamente del 4 y del ½ %.

La alcabala era un impuesto que se aplicaba a toda venta, compra o donación, cuyo monto, como el anterior, se pagaba en oro y plata al contado, variando a medida que fué pasando el tiempo, del 2 al 6 % del valor de la transacción.

El quinto, que en el siglo XVIII se redujo al diezmo, consistía en esa proporción de los metales preciosos extraídos de las minas, que pertenecía a la Corona, y que los oficiales reales se encargaban de hacer efectivo, enviando lo recaudado a España.

El diezmo, que consistía en el 10 % del beneficio neto que dejaban los productos de la tierra, como minerales y productos agropecuarios, correspondía al rey, quien, como ejercía el derecho de patronato de Indias, sostenía con parte de lo obtenido con este impuesto, todo lo referente al culto, iglesias, sueldos eclesiásticos, etc.

El tributo era el impuesto pagado en especies por los indios sometidos entre los 18 y 50 años, variando el porcentaje según la zona a que pertenecía el contribuyente, dedicándose parte de lo recaudado para edificar iglesias, mantener escuelas, etc.

2º Impuestos particulares de ramos

Los principales impuestos de ramos particulares eran los aplicados a las vacantes mayores y menores, la mesada eclesiástica, las penas de cámara, etc.

El impuesto a las vacantes mayores y menores se refería a las rentas de los dignatarios de la Iglesia en Indias: cuando morían o eran ascendidos, hasta que la vacante fuese provista, su sueldo pasaba a engrosar las rentas del fisco.

La mesada eclesiástica era el gravamen pagado por los miembros del clero, consistente en la contribución anual de un mes de sus sueldos.

Las penas de cámara eran multas por diversas infracciones que imponía la justicia.

3º Impuestos de ramos ajenos

Los principales impuestos de ramos ajenos eran los siguientes: la media anata eclesiástica, el montepío militar, la sisa, etc.

La media anata eclesiástica, era el impuesto de la mitad del sueldo anual que debían pagar los eclesiásticos, cuya finalidad era la de obtener recursos para propagar el catolicismo. Los eclesiásticos que pagaban este impuesto, estaban eximidos del pago de la mesada eclesiástica.

El montepío militar, era un impuesto que debían pagar los hombres de armas; y por último, la sisa, consistía en el gravamen sobre ciertos artículos, como vino, aguardiente, tabaco, yerba, etc., que debían satisfacer

los habitantes de Santa Fe y Buenos Aires, a fin de conservar las fortificaciones militares.

Otros impuestos

Agregaremos que, además de los impuestos enumerados, existían otros de carácter local o municipal destinados a la conservación y fomento de las ciudades, a la celebración de fiestas públicas y procesiones, y al pago de algunos empleados de la comuna. Esta renta era llamada de propios y arbitrios, y se formaba con lo recaudado en concepto de patentes y licencias municipales de diverso orden.

Recaudación de la renta

Los oficiales reales eran los encargados de la recaudación de la renta, disponiendo, además, el envío a la metrópoli, de los fondos fiscales. También incumbía a los oficiales reales, el deber de llevar la contabilidad de la percepción de la renta real, desempeñando asimismo funciones judiciales, a fin de compeler a los que no dieran cumplimiento al pago de las contribuciones. Sus resoluciones eran apelables ante el Tribunal de Cuentas o Contaduría Mayor, cuya fundación en Buenos Aires, data del año 1767.

El sistema monetario. — La carencia casi absoluta de moneda metálica, fué la causa de que hasta fines del siglo XVI, se usara en el Río de la Plata un sistema de intercambio primitivo: Se asignaba valor, según las regiones, a productos vegetales y animales y a manufacturas, lo que se utilizaba como instrumento de cambio. Por ejemplo, una vara de lienzo de tal calidad era equivalente a dos reales; una arroba de yerba, equivalía a doce reales; una cabra, a seis reales: y así se asignaba valores equivalentes a la moneda metálica, a artículos como el tabaco, la yerba, el ganado, los cueros, la lana, los tejidos y hasta se usó como moneda, las herraduras y caños de hierro.

Esta escasez de moneda metálica, obligó a las autoridades a admitir el pago de tributos y contribuciones con especies naturales, y una Real Cédula de 1618, reconoce a éstas como moneda, pero depreciándolas en una cuarta parte. En esta forma surgió el llamado peso hueco, ta-

sado en dos reales menos que el peso metálico, cuyo valor era de ocho reales.

Recién a mediados del siglo XVIII empezó a haber mayor circulación de moneda española en el Río de la Plata, sobre todo en Buenos Aires, aunque la de mayor circulación era la de plata sencilla, acuñada en la Casa de Moneda de Potosí. Esta moneda era labrada con disminución de metal noble, a tal punto que, un peso de plata sencilla, sólo equivalía, más o menos, a la mitad del peso metálico de ocho reales.

También circulaba una moneda de plata llamada macuquina, cuyo peso era irregular, la que se mandó retirar para ser refundida, pero sin lograrlo, debido a la escasez de moneda metálica legal.

Las monedas de oro y plata, en uso durante la época colonial en España y en América, eran las siguientes:

De oro: el doblón de a ocho, cuyo valor era de 16 pesos; el de a cuatro (8 pesos); el doblón (4 pesos) y el escudo (2 pesos).

De plata: el peso cuyo valor era de 8 reales; el medio peso (4 reales); el real (34 maravedís).

De todas estas monedas, el real fué la más firme y usual, sirviendo de base para la fijación del valor de las demás.

CAPITULO DECIMO SEPTIMO

EMANCIPACION DE LAS COLONIAS DE AMERICA

LVI

Independencia de las colonias inglesas de la América del Norte: causas. Guerra de Independencia. Organización del nuevo Estado.

La primera nación de América que obtiene su independencia es los Estados Unidos de América del Norte. la que es reconocida por la paz firmada en Versalles, el 3 de septiembre de 1783.

Este reconocimiento se realiza cuando las colonias españolas marchaban por el mismo camino de su hermana del norte, bajo la influencia de diversos factores externos e internos que oportunamente se iban a manifestar en todas ellas, casi simultáneamente.

En este capítulo estudiaremos algunos sucesos ocurridos a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, que directa o indirectamente, tienen relación con la emancipación de las colonias españolas, como son las cuestiones de política internacional, la influencia de la revolución francesa de 1789, la acción de algunos precursores de la independencia, las invasiones inglesas al Río de la Plata y sus consecuencias políticas, sociales y económicas.

Independencia de las colonias inglesas de América del Norte: causas. — Estados Unidos es la primera nación que surgió a la vida independiente en tierra americana y reviste particular interés el estudio de las causas y sucesos principales que dieron origen a su emancipación, por la importancia que ella tiene en el mundo y por la trascendencia esencialmente americana de la misma.

Antecedentes

El movimiento emancipador de las trece colonias inglesas de la América del Norte, es indudablemente una consecuencia indirecta de la guerra de los Siete Años, pues la intervención de Inglaterra en esa guerra victoriosa, fué particularmente costosa para la hacienda pública. La deuda llegó a unos siete mil millones de la moneda actual y los impuestos que soportaba la nación eran realmente exorbitantes.

Monopolios

El gobierno y el parlamento creyeron conveniente hacer recaer sobre las colonias parte del peso impositivo de la nación, máxime si se tenía en cuenta que las colonias habían sido las verdaderamente gananciosas de los resultados obtenidos. Se pensó también que ellas debían sostener, en parte, las milicias organizadas para su defensa, y se dispuso poner en práctica (1764) las limitaciones comerciales impuestas en la época de Cromwell, por el Acta de Navegación, caídas en desuso.

El impuesto del timbre

Al año siguiente, el parlamento votó el impuesto del timbre o del papel sellado, por el cual todos los documentos legales, como contratos, testamentos, etc., tanto en Inglaterra como en sus colonias, debían ser extendidos, para ser válidos, en papel sellado o simple, que llevase el timbre o sello oficial y cuya venta debía hacer exclusivamente el Estado. Este nuevo impuesto, que provocó la más enérgica y enconada resistencia de parte de los colonos norteamericanos, dió origen a toda clase de discusiones jurídicas que se prolongaron por espacio de ocho años, asumiendo después carácter político y terminando, unido a otras causas similares, por producir el levantamiento de las colonias.

El impuesto del timbre destinado al pago de los gastos de las milicias, aunque no era oneroso, molestó mucho más a los colonos que las limitaciones comerciales, pues éstas podían eludirse con la práctica del contrabando.

"La contribución sin representación es ilegal"

En la Legislatura de Massachusetts, Samuel Adams, y en la Virginia, Patricio Henry, sostuvieron con gran autoridad "que la contribución sin representación

era ilegal y no debía tolerarse". Invocando los principios básicos de la Magna Carta de 1215, decían los representantes coloniales reunidos en Filadelfia, que aunque alejados de Inglaterra, continuaban perteneciendo a la nacionalidad inglesa, y como ciudadanos, no estaban obligados a pagar ningún impuesto que no fuese votado por sus propios representantes ante el parlamento, y ya que no los tenían y ellos no los habían votado, nadie estaba obligado a pagar dichos impuestos. El parlamento se abocó el estudio del asunto y muchos sostuvieron con Pitt que la ley era inconstitucional, terminando por suprimir el impuesto del timbre (1766); pero un año después se crearon nuevos, que gravaban las mercaderías inglesas importadas a las colonias, tales como el té, el papel, la pintura, el hierro y el vidrio. Los colonos también resistieron esta imposición y dejaron de comprar estas mercaderías, perjudicando seriamente al comercio de importación.

El impuesto al té

Por fin, en 1770, el parlamento decidió suprimir los impuestos creados, menos el del té, y ello no hizo decrecer la oposición de los colonos. Decidieron no comprar el producto, e impedir su desembarco en puertos coloniales, y tiempo después, en 1773, se produjo un suceso insólito en el puerto de Boston, donde los colonos ya organizados, disfrazados de "pieles rojas" arrojaron al agua las cajas de té desembarcadas de tres barcos ingleses. El parlamento votó medidas de represalia contra la colonia de Massachusetts, para atemorizar a los habitantes, clausurando la asamblea local, suspendiendo su carta constitucional, nombrando al general Tomás Gage gobernador militar, y cerrando el puerto de Boston hasta tanto los colonos no indemnizaran al gobierno por la pérdida sufrida (1774).

Los primeros hechos de armas

Bien pronto se organizó la llamada "liga legal de no importación", constituída por delegados de todas las colonias, y se formaron milicias de vigilancia que contaban, en diversos lugares estratégicos, con depósitos de armas. En varias ocasiones las tropas del rey fueron in-

juriadas por el pueblo, culminando estos hechos con el episodio del 19 de abril de 1775, en que tropas reales enviadas por el gobernador Gage, recibieron orden de apoderarse en Concord, cerca de Boston, de un depósito de armas y, de paso, aprehender en Lexington a Adams y Hancock, acusados de alta traición; pero su plan fracasó, pues las milicias, avisadas a tiempo, se prepararon y esperaron en Lexington, donde derrotaron a las tropas reales. Perseguidos, los ingleses bien pronto se vieron sitiados en Boston por 16.000 milicianos, que acudieron de diversos municipios de Nueva Inglaterra.

Así comenzó la guerra de la emancipación que dió como resultado, ocho años más tarde, al reconocimiento de la independencia de los Estados Unidos (1775-1783).

Washington

Poco tiempo después de estos sucesos, el 10 de mayo de 1775, un segundo Congreso General reunido en Filadelfia, atribuyéndose el mandato de todas las colonias, ejerció el poder, e inmediatamente designó a Jorge Washington, jefe del ejército.

Acaudalado hacendado virginiano, Washington había puesto de manifiesto sus relevantes condiciones, su fe y decisión, en la guerra colonial contra el Canadá. Perseverante, prudente y enérgico, jamás dudó, ni aun ante los mayores peligros, del triunfo de la revolución, y si fué apenas iniciada su edad viril, destacado hombre de guerra, llegó más tarde, aunadas estas condiciones a la de organizador y estadista, a ostentar justicieramente, el honroso título de "padre de la patria y fundador de la nacionalidad".

Se seguía combatiendo frente a Boston, donde los ingleses pudieron mantenerse y obtener algunos éxitos, cuando Washington se hizo cargo del ejército independiente, en Cambridge, el 3 de julio de 1775, y durante algún tiempo se ocupó de su organización y disciplina.

Declaración de la independencia

Entre tanto, los insurrectos no hacían alarde de sus ideas de independencia. Lejos de esto, el Congreso envió a Londres una nueva exposición del caso, abogando por

el respeto de las libertades coloniales, en forma de petición hecha al rey Jorge III, el cual se rehusó a recibirla y ordenó, inmediatamente, el reclutamiento de 20.000 soldados para ser enviados a América y sofocar la rebelión.

Hasta entonces, pocos habían pensado en independizarse de Inglaterra, pero la intransigencia real por un lado, los azares de la guerra en el norte y la actitud de varias colonias como las de Carolina del Norte y Virginia, que se habían dado gobierno local propio, imitadas por otras, decidieron, por fin, a que los congresales diesen al movimiento, el carácter que la situación requería.

4 de julio de 1776

Después de no pocas vacilaciones, en la sesión del 4 de julio de 1776, el Congreso de Filadelfia hacía la solemne declaración de la independencia.

A la proposición que presentó al Congreso Richard Henry Lee, de Virginia, secundado por John Adams, de Massachusetts, donde sostenían "que toda conexión política con el Estado de Gran Bretaña debe ser totalmente disuelta", y que fué aprobada, siguió la declaración de independencia del 4 de julio, redactada por Tomás Jefferson. Un preámbulo a modo de exposición filosófica de los derechos del hombre, precedía al Acta de la Declaración de Independencia, y en él estaban sintetizadas las ideas sociales y políticas de siglos XVIII, sostenidas en Francia por Voltaire, Montesquieu y Rousseau, sobre la soberanía del pueblo como base de la constitución del estado, reconocimento de los derechos individuales e igualdad entre los hombres.

A continuación, el Acta sostenía la legitimidad de los derechos por cuyo respeto los colonos habían reclamado ante el rey, para finalizar en estos términos: "En consecuencia, nosotros, Representantes de los Estados Unidos de América, reunidos en Congreso General, tomando por testigo de la rectitud de nuestras intenciones al Juez Supremo del mundo, y en nombre y por autoridad del pueblo de estas colonias, publicamos y declaramos

que estas colonias unidas, son y deben ser Estados libres e independientes".

Guerra de Independencia. — La guerra por la emancipación, se divide en dos períodos perfectamente definidos: 1°) Lucha entre Inglaterra y sus colonias, 2°) Intervención de Francia, España y Holanda, que declararon la guerra a Inglaterra.

1er. período

Durante el primer período, las colonias norteamericanas tuvieron que soportar una lucha desventajosa contra los ingleses, que convenientemente reforzados y apoyados por las fuerzas del Canadá y por su escuadra, pusieron en duro trance a los independientes. Estos contaban con fuerzas bizoñas, milicianos con entusiasmo, pero con poca organización militar y con escasez de armas, ropas y dinero.

Como los colonos carecían de gobierno central, que reemplazaban con el vínculo que entre ellos establecía el Congreso, optaron por confiar a Washington el mando supremo, que ejerció con dedicación ejemplar.

Pero no todas las colonias eran partidarias de la independencia, y esta falta de unidad las hacía aún más débiles.

A cambio de esto, contaban a su favor con la extensión grandiosa de su país, escenario inmenso de la guerra, en que los ingleses no podían penetrar y abastecerse, sino con dificultades sin cuento.

Capitulación de Saratoga

La primera gran acción de guerra fué la capitulación de Saratoga (17 de octubre de 1777) donde después de dos años de lucha desfavorable, los insurrectos al mando del general Gates, obtuvieron una gran victoria contra un ejército inglés de 5.000 hombres, procedente del Canadá, que después de haber marchado cientos de leguas, se vió cercado y tuvo que rendirse por falta de víveres.

2º período

El triunfo obtenido por los norteamericanos en Saratoga, decidió la intervención extranjera en la contienda.

La primera potencia europea que intervino a favor de

los insurrectos fué Francia, que, impulsada por el deseo de revancha, confiaba en poder modificar en su provecho las duras cláusulas del Tratado de París de 1763.

De Francia partieron muchos militares y jóvenes entusiastas que se enrolaron en las filas revolucionarias, entre ellos el marqués de Lafayette, y este país, que ayudó al comienzo con armas, equipos y dinero, terminó por firmar un tratado de alianza y otro de comercio (1778), con el representante en París de los patriotriotas norteamericanos, Benjamín Franklin, hombre de ciencia que había puesto su fe y entusiasmo a favor de la causa de la revolución.

Bien pronto el ministro de Estado francés, conde de Vergennes, obtuvo la alianza de España (1779) y luego la de Holanda. Todos deseaban limitar el poderío arbitrario que Inglaterra ejercía en los mares.

Yorktown

La lucha se desarrolló en las colonias de América y en los mares. La acción principal en la primera fué en Yorktown, plaza fuerte de Virginia, donde un ejército inglés de 7.000 hombres, comandados por Lord Cornwallis, sitiado por las fuerzas de Washington y por un ejército francés bajo las órdenes de Rochambeau, y bloqueado por la escuadra francesa del almirante Grasse, tuvo que capitular (19 octubre 1781).

En los mares la escuadra francesa últimamente renovada, obtuvo algunos éxitos en las costas de la India, pero la flota del almirante Grasse fué vencida por la inglesa en la batalla de Saintes, librada en el Mar de las Antillas.

Paz de Versalles

Por fin, después de tantos años de guerra, durante la cual las colonias norteamericanas lucharon por la obtención de su libertad, se iniciaron negociaciones de paz (1782), las que no pudieron arribar fácilmente a soluciones satisfactorias para todos, principalmente por lo complejo de los problemas que la intervención europea había creado.

La guerra había planteado tanto a Francia como a Inglaterra, graves problemas económicos, dado el decai-

miento experimentados por la industria y el comercio, y se hacía sentir en ambas, el deseo de paz.

Los representantes norteamericanos, Franklin, Jay y Adams, firmaron antes, los preliminares de paz, y finalmente Francia y sus aliados europeos prestaron oídos a las propuestas inglesas y pudo ser firmado el tratado de paz de Versalles (3 de septiembre de 1783).

Por él, Inglaterra reconocía la independencia de los Estados Unidos. Francia quedaba en posesión de algunas Antillas, que antes le habían pertenecido, y del Senegal. España continuaba en posesión de Luisiana y se le devolvía la Florida y la isla de Menorca, no así la plaza de Gibraltar, por cuya recuperación tanto había combatido.

Organización del nuevo Estado. — Firmada la paz, las trece colonias norteamericanas tuvieron que vencer muchas dificultades antes de llegar a la constitución definitiva que las agrupara en un verdadero Estado.

Se pensó, al comienzo, ofrecer el poder a Washington para que lo ejerciera como dictador; pero éste, lejos de aceptar, se retiró a la vida privada en sus propiedades de Mount-Vernon, a orillas del Potomac, hasta que reclamado por sus conciudadanos, presidió la Convención reunida en Filadelfia, para dar al país su carta constitucional (1787). Formaron parte de ella los más ilustres varones de la época, como Hamilton, Franklin, Adams y Jefferson, y después de dos años de arduos trabajos, surgió de esa asamblea la Constitución de los Estados Unidos, de carácter representativo, republicano y federal, siendo el primer presidente, el más ilustre de los norteamericanos: Jorge Washington.

Consecuencias de la emancipación de los Estados Unidos

La emancipación de las colonias inglesas de la América del Norte, y la incorporación de los Estados Unidos a la vida de los pueblos independientes, es uno de los más grande acontecimientos que registra la historia humana en la segunda mitad del siglo XVIII.

Sus consecuencias múltiples pueden sintetizarse así:

1°) La independencia norteamericana influyó polí-

tica, social y económicamente, para que en Francia se precipitara el movimiento revolucionario, que estalló en 1789. Aquellos jóvenes franceses que habían luchado en América por la libertad, regresaron a su país, más entusiastas aún con respecto a las ideas de los filósofos franceses, que los revolucionarios norteamericanos incorporaron al preámbulo de su constitución política.

Está demás decir, que ello tenía que influenciar poderosamente en el proceso político-social a que Francia estaba abocada, y contribuir a que esas ideas de igualdad y libertad, se vulgarizaran entre los hombres del pueblo.

2°) Gran Bretaña privada de sus trece colonias de América del Norte, tuvo necesariamente que buscar nuevos mercados comerciales, influyendo para la obtención de franquicias por parte de las colonias españolas de América, que vieron así aumentar la tendencia liberal en materia de comercio, durante los reinados de Carlos III y Carlos IV.

3°) La emancipación norteamericana influyó poderosamente en las decisiones que bien pronto iban a tomar las colonias hispano-americanas, en el sentido de obtener también su independencia, máxime cuando España había prestado ayuda a las colonias inglesas para conseguirla.

4°) El nacimiento a la vida independiente de los Estados Unidos, significó para el mundo en general, la aparición de un nuevo país de gran influencia en todas las manifestaciones de la actividad humana.

LVII

Movimiento de Tupac-Amarú. Las colonias españolas y la revolución francesa. Repercusión de la independencia de los Estados Unidos en América española. La propaganda revolucionaria en el Río de la Plata.

Movimiento de Tupac-Amarú. — Durante el gobierno del virrey Vértiz, estalló en la provincia de Tinta una sublevación de indios peruanos dirigidos por un cacique

llamado José Gabriel Condorcanqui, que posteriormente tomó el nombre de Tupac-Amarú.

Causas

Apenado por la triste condición de su raza, sometida a los rudos trabajos de la mita y a los excesos de los corregidores, Tupac-Amarú no vaciló en encabezar un movimiento para conseguir su liberación, ya que todas las gestiones hechas ante las autoridades para obtener un mejor tratamiento, habían fracasado.

Rebeliones de esta naturaleza no habían faltado en diversas regiones de América española, sobre todo, en las mineras donde los trabajos eran más penosos y la opresión se manifestaba en forma más intensa. Pero todas ceden en importancia, a la encabezada por este cacique.

El jefe

Tupac-Amarú, que era un tipo excepcional de su raza, alto, de noble presencia y ademanes caballerescos, había nacido en la provincia de Tinta y recibido su educación en el Colegio de San Bernardo del Cuzco. Hablaba con igual corrección el español y el quechua y se dedicaba en la época de la sublevación, al transporte de mercaderías.

En su condición de cacique de Tungasuca (Tinta), su influencia sobre los demás indígenas era considerable, y entre los mismos españoles inspiraba viva simpatía.

Este es el hombre que irritado por la inicua explotación de que eran víctimas sus hermanos de raza, decidió intentar la redención de la misma por medio de una sublevación general contra los opresores, que estalló en la provincia de Tinta en 1780, y que duró hasta 1783.

El estallido de la rebelión

El estallido de la rebelión tuvo lugar al ser apresado el corregidor Antonio Arriaga (abril de 1780) a quien se ejecutó días después en Tungasuca. Enseguida la insurrección tomó cuerpo, proclamando Tupac-Amarú que, como descendiente de los antiguos incas redimiría a los suyos del yugo español, disponiendo al poco tiempo de unos 6.000 hombres irregularmente armados, número que pronto ascendió a 60.000, al generalizarse el levantamiento de indios en una extensa zona.

La lucha

Esta circunstancia determinó el envío desde el Cuzco de un contingente de tropas españolas de unos 1.200

hombres al mando del capitán Landa, a fin de sofocar la insurrección; pero los indios rodearon a los españoles en la plaza de Tinta, obligándoles a rendirse. Esta victoria, indujo a Tupac-Amarú a llevar un ataque contra Cuzco, pero habiendo sido rechazado, se replegó sobre Tinta, dispuesto a reorganizar sus tropas, al mismo tiempo que la sublevación aumentaba, extendiéndose en las provincias del Alto Perú.

Así las cosas, el virrey del Perú don Agustín Jáuregui, decide enviar tropas para terminar con la insurrección, y esa misma actitud es tomada por el virrey del Río de la Plata, don Juan José de Vértiz, pues la insurrección también cundió dentro de los límites de ese virreinato.

Derrota de Tupac-Amarú

La batalla decisiva se libró en Combapata, a una legua del Cuzco (abril de 1781), donde los indios fueron completamente derrotados. Pero el desastre no había desalentado a Tupac-Amarú, que con todo tesón trataba de rehacer su ejército, cuando es traicionado y entregado a los españoles junto con algunos miembros de su familia y con varios de sus principales colaboradores, siendo todos conducidos al Cuzco.

Sentencia y muerte de Tupac-Amarú

Allí se le enjuició, y la sentencia fué terrible. Varios de sus parientes sufrieron la pena de garrote, cortándoseles la lengua a dos de ellos, antes de la ejecución. A Tupac-Amarú, se condenó a morir descuartizado, después de serle cortada la lengua. Con cuatro caballos atados a sus extremidades y tirando en distintas direcciones, se procedió a cumplir la sentencia; pero habiendo fracasado el intento, pues no se le pudo descuartizar con ese procedimiento, se optó por decapitarlo. Sus miembros fueron luego separados y remitidos a varios pueblos, donde se les expuso, para servir de escarmiento.

Consecuencias

Con la ejecución de Tupac-Amarú no terminó la insurrección de los indios peruanos, prolongándose lánguidamente, hasta ser completamente sofocada en 1783. Pero lo que perduró fué el sentimiento de venganza contra los españoles de parte de los indios, sobre todo, por la

violencia empleada en el castigo de los vencidos, lo que precipitó a gran número de indios a seguir la suerte de los revolucionarios hispano-americanos, en la lucha que luego sostendrían para obtener la emancipación de las colonias.

Como consecuencia inmediata de esta sublevación, se suprimieron algunos abusos, y el trato dado a los indígenas en las zonas afectadas por la misma, mejoró considerablemente.

Las colonias españolas y la revolución francesa. — La revolución francesa de 1789, tuvo gran repercusión en todo el continente europeo y asimismo en las colonias de América.

Causas generales

Ella tuvo por causas fundamentales la situación política, social y económica de Francia durante el período llamado del antiguo régimen que se desarrolla, principalmente, en los reinados de Luis XIV y Luis XV, en los que el abuso, la prepotencia y los privilegios de clase, trajeron como consecuencia un malestar social y económico, que llevó al pueblo a la revolución.

Influyeron poderosamente en esta evolución los filósofos y pensadores del siglo XVIII, como Voltaire, Montesquieu, Rousseau, D'Alembert, etc. que, con su prédica en escritos y libros fueron inculcando en el pueblo las ideas de libertad, igualdad, fraternidad y justicia social, que luego harían suyos los hombres de la revolución, a fin de dar una nueva organización al Estado y a la sociedad, basándose en los principios de la soberanía del pueblo.

Propagación de las nuevas ideas

Los sucesos ocurridos en Francia durante la revolución, conmovieron profundamente y alarmaron a los monarcas absolutos de Europa, que se coaligaron repetidas veces contra ella, dispuestos a aplastar el movimiento y terminar con la difusión de las ideas liberales, a las que consideraban como un atentado contra la estabilidad de sus respectivos Estados.

Pero no obstante esa actitud, las ideas revolucionarias siguieron propagándose, y bien pronto comenzaron tam

bien a difundirse en las colonias españolas de América, a pesar del rigorismo de la censura que no permitía la entrada de escritos y libros, cuyo contenido no estuviese de acuerdo con las leyes, costumbres y religión allí imperantes. Pero toda precaución fué inútil, pues, aunque las reformas liberales introducidas por los monarcas de la Casa de Borbón, habían mejorado en algo la condición de las colonias españolas, éstas continuaban desarrollándose sin contar con ninguna clase de libertades, bajo la severidad de las leyes y la rigidez de las instituciones.

Las noticias llegadas a América referentes a la revolución francesa

Las clases intelectuales de las colonias, conocían las ideas de los grandes pensadores franceses del siglo XVIII, y cuando empezaron a difundirse las noticias referentes al estallido de la revolución francesa, y a conocerse los principios sobre soberanía del pueblo que ella había proclamado, como base de la constitución del Estado, esas clases selectas dentro de los diversos núcleos coloniales, se agitaron, germinando en sus espíritus las nuevas ideas de libertad. El antiguo descontento de los americanos ocasionado por el régimen político y económico impuesto por España, y sobre todo, por los abusos cometidos en el gobierno y administración de las colonias, fué en gran parte, la causa de la simpatía con que recibieron las nuevas ideas. Ese estado de espíritu se concretó en las diversas "sociedades literarias" y "centros humanistas", y en las columnas de algunos periódicos, donde se trataban temas referentes a asuntos económicos y sociales, de acuerdo a las nuevas tendencias.

Antonio Nariño

Así por ejemplo, recordaremos al gran literato y periodista, tribuno y luego héroe de la revolución colombiana, don Antonio Nariño, hombre de gran ilustración, que puso su casa y su riquísima biblioteca, en Santa Fe de Bogotá, a disposición de la más selecta juventud criolla, imbuída de las nuevas ideas. En 1794, Nariño recibió el texto de la "Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano" proclamados el 27 de abril de 1789 por la Asamblea Constituyente de Francia, que él juzgó "como el decálogo de los principios políticos de

la sociedad regenerada". Pues bien: Nariño tradujo al castellano el texto de esa Declaración, imprimiéndolo en su propia casa, de donde se difundió por todas las colonias españolas de América. Esto le valió la privación de su libertad, la confiscación de sus bienes y luego, el destierro; pero su obra y su ejemplo contribuyeron poderosamente a forjar el espíritu revolucionario.

Conspiraciones

En esta época se temió en varias colonias el estallido de movimientos sediciosos, descubriéndose conspiraciones en Chile (1780), en Venezuela (1797) y en Méjico (1799) que, con la mayor premura fueron sofocados. Y hasta en Buenos Aires, se temió por entonces una sublevación durante el gobierno del virrey Melo de Portugal, que se decía apoyada por los franceses con la colaboración de los esclavos negros; pero que no pudo estallar debido a las medidas tomadas a tiempo por las autoridades y por su poca consistencia.

Antagonismo entre criollos y españoles

Por otra parte, el antagonismo entre criollos y españoles, estaba latente desde hacía mucho tiempo y se había manifestado desde los comienzos del siglo XVIII en varios alzamientos y motines, que patentizan ese estado de espíritu. Así, en la época del gobernador Bruno Mauricio de Zavala, se produce en La Asunción el alzamiento de Antequera (1723)) que originó la llamada revolución de los comuneros del Paraguay que, como aquellos antiguos comuneros de Castilla, se levantaron en armas en defensa de sus fueros, lesionados, según ellos, al no prestarse acatamiento a lo dispuesto por la Cédula Real de 1537, que autorizaba la elección de gobernadores interinos en casos especiales. Otra sublevación de esta índole ocurre en Corrientes en 1762.

Estos movimientos, y las conspiraciones posteriores a que nos hemos referido anteriormente, revelan con qué simpatía y entusiasmo serían recibidas las ideas que habían hecho suyas los revolucionarios franceses de 1789, y cómo influirían para preparar debidamente a las clases intelectuales de las colonias, para la obtención de sus anhelos.

Repercusión de la independencia de los Estados Unidos en América española. — La influencia ejercida por la revolución de 1789 en las colonias españolas de América, acompañó a la que también ejerció la revolución norteamericana de 1776, intensificada luego por el reconocimiento de la independencia de los Estados Unidos, por la paz de Versalles de 1783. España aliada a Francia y a los revolucionarios, había contribuído a esa independencia, olvidando tal vez el grave peligro que le amenazaba en sus propias colonias.

Proyecto del conde de Aranda

El conde de Aranda, gran ministro de Carlos III, fué quien con mayor claridad vió por entonces la influencia que ejercería la independencia de los Estados Unidos, sobre la América española, teniendo en cuenta el abismo ya existente entre criollos y españoles y el auge alcanzado por la difusión de las ideas liberales llegadas a través del océano. Este estadista consideraba que el estallido de movimientos revolucionarios estaban próximos en la América hispana, preocupándole muy seriamente la casi imposibilidad en que se encontraría España para poderlos sofocar, dado la distancia, la escasez de medios y la rivalidad con Inglaterra, que desde la pérdida de sus colonias en el norte, quería a toda costa obtener buenos mercados en las hispano-americanas, lo que no le hacía vacilar en alentar cualquiera de esos movimientos emancipadores.

Para solucionar lo que el conde de Aranda creía inevitable, formuló su famoso proyecto que consistía en síntesis, en la creación en la América española de tres monarquías, cuyos tronos serían ocupados por príncipes españoles, que reinarían como tributarios del soberano español. Estos tres dominios subordinados serían constituídos: el primero, por Méjico y America Central; el segundo, por Nueva Granada, Venezuela y Ecuador; y el tercero, por Perú, Río de la Plata y Chile, quedando el resto de las posesiones bajo el gobierno directo del rey. Esta agrupación de estados tributarios, evitaría, según la opinión del conde de Aranda, la completa independencia

de las colonias españolas de América, que dadas las circunstancias no podría tardar en operarse.

El proyecto no prosperó, pues, Carlos II consideró, erróneamente, que el otorgamiento de concesiones y franquicias, tendría la virtud de mantener la fidelidad de las colonias a la madre patria. Los sucesos ulteriores dieron la razón al conde Aranda que, con su plan, seguido más tarde por el de otros ministros españoles, quería evitar la completa emancipación de las colonias, hecho que no tardó en producirse.

La propaganda revolucionaria en el Virreinato del Río de la Plata. — Durante los últimos años del siglo XVIII las nuevas ideas liberales habían cundido en el virreinato del Río de la Plata, tanto las de orden político, social y filosófico, como las que se referían a las cuestiones económicas.

La propagación de estas ideas liberales tiene origen ya sea en la cátedra universitaria, en las opiniones vertidas en algunas conferencias públicas, en los libros, periódicos y hasta en informes redactados por algunos funcionarios.

Difusión de ideas liberales

Naturalmente, correspondió a la clase intelectual, el mayor interés por estos problemas fundamentales que tanto preocupaban por entonces a la humanidad, y ya sabemos que fué la Universidad de Charcas y su famosa Academia Carolina, lugar predilecto de los estudiantes de la época, donde las ideas de los escritores, filósofos y economistas modernos, fueron ampliamente comentadas y analizadas.

Esta inquietud espiritual por conocer el pensamiento renovador de la hora, fué favorecida por la entrada de libros y escritos prohibidos, que no obstante el rigor de la censura, pasaban a engrosar su ya crecido número, en las ricas bibliotecas existentes en los centros principales del virreinato. No era raro encontrar en algunas de ellas, libros de los filósofos, de los enciclopedistas y economistas del siglo XVIII: de literatura, historia, ciencias, etc. Casi todos eran libros cuya lectura estaba

vedada, y que, indudablemente, contribuyeron a forjar el espíritu de los dirigentes de la generación que iba a tomar parte activa, en la lucha por la obtención de la libertad.

Debates del Consulado

Las nuevas ideas liberales tenían ocasión de manifestarse en el seno de algunas instituciones, como en los cabildos y en el Consulado, principalmente en este último, al debatirse los problemas económicos, que habían dividido a los miembros de esa corporación en monopolistas y librecambistas. Recordaremos la actuación de Belgrano, de Escalada, de Marcó del Pont, de Tomás Fernández, y de tantos otros que, abogando a favor de las ideas del libre cambio, solían tratar asuntos sociales, en los que se destacaba la tendencia liberal, que aun dentro de lo estricto del régimen colonial, pujaba por imponerse. Muchas veces a través de las discusiones económicas del Consulado, surgen verdaderos gérmenes revolucionarios.

Acción del periodismo, etc.

El periodismo del Río de la Plata, aparecido en los últimos años del régimen colonial, fué un constante difusor de ideas revolucionarias, en el terreno económico, y su propagación hacía valorar los beneficios que podrían obtenerse en ese sentido, mediante un régimen que asegurase el goce de mayores libertades y derechos.

Muchas veces son los mismos funcionarios los que abogan a favor de una mayor liberalidad económica y social, como el administrador de la Aduana don Angel Izquierdo que defiende en sus famosos informes, la libertad de comercio; como Belgrano que anhela desde su cargo de secretario del Consulado, la aplicación de las nuevas normas de la ciencia económica al desarrollo de la riqueza pública; como Cornelio Saavedra, que con su informe de Síndico del Cabildo proclama la libertad de trabajo y de industria, al oponerse a la existencia de los gremios. También Moreno en su famoso escrito de 1809, a favor de los Hacendados, habla de la excelencia del libre cambio y "de los derechos de los pueblos, que aún en el régimen colonial, no pueden privarse sin escándalo".

Para terminar, diremos que en las postrimerías del siglo XVIII, existía realmente en el Río de la Plata, una vasta propaganda liberal, que del terreno económico derivó hacia el social y político, lo que contribuyó poderosamente a preparar los espíritus de los hombres dirigentes de la revolución emancipadora. Conclusión

LVIII

España e Inglaterra (1796 - 1802). Paz de Amiens. Política colonial inglesa; los planes de Miranda

España e Inglaterra (1796 - 1802). — El estudio de las líneas generales de la política europea de los últimos años del siglo XVIII y de los comienzos del XIX y, sobre todo, lo que se refiere a las causas que indujeron a España e Inglaterra a militar en campos contrarios, contribuirá a explicarnos el alcance de la política colonial de Inglaterra en la misma época, y las invasiones que ésta llevó a cabo contra el Río de la Plata, en los años 1806 y 1807.

La política europea después de 1789 gira alrededor de la gran revolución que ese año había estallado en Francia, cuya trascendencia conmovió a todo el continente. Antecedentes

El ajusticiamiento del rey de Francia Luis XVI, decretado por la Convención en 1793, la proclamación de la república, y la difusión de las nuevas ideas, alarmaron a los monarcas de Europa, gran número de los cuales —entre los que figuraban los de España e Inglaterra— formaron la primera coalición contra la república, pero sin poder abatirla, no obstante haberse conseguido invadir su territorio. Por el contrario, los aliados fueron obligados a dejar el territorio francés, y el gobierno revolucionario salió fortalecido de esa prueba.

Por su parte, España, que al principio había obtenido algunos triunfos, optó por retirarse de la coalición cuando varió la suerte de sus armas, y lo hizo junto con Prusia, firmando con Francia la paz de Basilea (1795), cediendo a este país la parte española de la isla de Santo Domingo, en el mar de las Antillas.

A partir desde entonces se modifica la posición de España, que pasa a combatir al lado de Francia, aliándose con ella, por el tratado de San Ildefonso de 1796, lo que motivó la declaración de guerra de Inglaterra a España, cuya duración alcanzó hasta la firma de la paz general de Amiens, en 1802.

España e Inglaterra (1796-1802)

La lucha fué larga y resultó desfavorable para España, especialmente en el orden colonial, porque tuvo que hacer muchas concesiones, siendo las más importantes las siguientes: El reconocimiento de parte de España de la pérdida de Trinidad, conquistada por Inglaterra en 1797; la cesión de la Luisiana a Francia, a cambio de concesiones hechas a este país en Italia; y, por último, la concesión para que sus colonias de América pudiesen comerciar con buques neutrales, debido a que el bloqueo de las costas españolas por la flota inglesa impedía el tráfico regular con América, ocasionando a España grandes perjuicios, los que aun fueron mayores para sus colonias.

Paz de Amiens. — Esta larga lucha terminó con la firma de la paz general de Amiens el 25 de marzo de 1802, paz que en realidad no fué sino una tregua, pues al año siguiente se incendió de nuevo la guerra entre Inglaterra y Francia, no tardando en intervenir también España.

Política colonial inglesa; los planes de Miranda. — El poderío colonial de Inglaterra había ido incesantemente en aumento desde el tratado de Utrecht de 1713, llegando a su máximo al firmarse la paz de París de 1763. Inglaterra fué desde entonces dueña del Canadá y de casi todas las colonias francesas de América del Norte, lo que acrecentó su poderío colonial en tal forma, que sólo podía comparársele con el que poseía España en el mismo continente.

Rivalidad colonial entre España e Inglaterra

Esta situación ahondó, naturalmente, la rivalidad colonial ya existente entre esas dos grandes naciones europeas, rivalidad que había contribuído a inducir a España a liberalizar el comercio con sus colonias, pues, de

lo contrario, comprendió que se expondría a ser batida en ese terreno por Inglaterra, que veía en las colonias españolas espléndidos mercados para su expansión comercial, y que aumentaba cada vez más el tráfico de contrabando con esas colonias.

Este interés de Inglaterra por intensificar su comercio con las colonias españolas, se convirtió para ella en una verdadera necesidad, cuando en 1783 se reconoció la independencia de los Estados Unidos de América del Norte, independencia que España había contribuído a obtener, aliándose a los revolucionarios norteamericanos. Y decimos necesidad, pues perdidas sus trece ricas colonias de América del Norte, Inglaterra podría compensarse, en parte, de las pérdidas sufridas por su comercio, introduciendo sus mercaderías en los excelentes mercados de la América española, lo que le indujo a emplear todos los medios para lograr lo que se había propuesto.

Apoyo a las ideas de emancipación

Como en esa época no eran pocos los colonos de la América española que ya habían concebido la idea de trabajar a favor de la emancipación de las mismas, Inglaterra alentó firmemente estos propósitos, pues si ello se conseguía, sus ambiciones comerciales podrían tener inmediata realización.

Francisco Miranda

Fueron muchos los hombres nacidos en las colonias españolas, que alimentaron desde largo tiempo la idea de independizarlas de España; pero todos ceden en importancia al que con razón se ha llamado el gran precursor de la independencia americana, el venezolano, general Francisco Miranda (1750-1816).

Su personalidad y su ideal

Este ilustre americano, que había prestado grandes servicios a España; que luchó a las órdenes de Rochambeau y de Lafayette, los grandes colaboradores de Washington, en la lucha para obtener la independencia de los Estados Unidos; que visitó diversos países de Europa y alternó en los mejores salones, frecuentando hasta los de Catalina II de Rusia; que hizo armas a favor de la revolución francesa, conquistando allí sus ga-

iones de general: este ilustre americano, consagró lo mejor de su vida a un único ideal, en defensa del cual iba a morir mártir, y que no era otro que el de trabajar y combatir por la emancipación de la América española.

Sus trabajos

Decidido a obtener el apoyo necesario para llevar a cabo su proyecto, trabajó incesantemente desde 1790, dirigiendo sus esfuerzos, sobre todo, para que Inglaterra decidiese prestarle su poderosa ayuda.

El primer proyecto

Una comisión secreta de americanos nacidos en distintas colonias españolas, que Miranda había constituido a fin de trabajar por la emancipación de las mismas, se reunió en París en 1797, resolviéndose solicitar del gobierno inglés el apoyo necesario para tan trascendental empresa. El momento no podía ser más oportuno, pues Inglaterra trabada en lucha contra España, ambicionaba extender su comercio a las colonias españolas, y nada mejor para obtener este fin, que propender a su emancipación, aportando su poderosa ayuda.

Miranda pasó a Londres, donde, a cambio de la alianza de Inglaterra, le ofreció, en nombre de los organizadores del plan, una gran retribución pecuniaria y ventajosas concesiones de orden comercial, que se harían efectivas, una vez consumada la empresa.

El primer ministro inglés William Pitt se mostró favorable al plan propuesto, cuya ejecución apoyaría Inglaterra con una fuerte escuadra que escoltaría a una expedición de 10.000 hombres, que partiría de los Estados Unidos, país que también se había comprometido a aportar su ayuda, con el mismo fin.

Otros proyectos

El proyecto que acabamos de esbozar y otro más, no tuvieron éxito, hasta que en 1803, Miranda, que había fundado en Londres la sociedad secreta llamada la "Gran reunión americana" —con filiales en varias ciudades europeas— y de la que formaban parte los futuros héroes de América, O'Higgins, Bolívar y San Martín, entró de nuevo en conversaciones con Pitt, siendo portavoces del primer ministro el primer lord del Almirantazgo, Lord Melville y el comodoro sir Home Po-

pham. Desde entonces datan las relaciones amistosas entre Miranda y Popham, quien en 1806 iba a dirigir la expedición inglesa destinada a invadir el virreinato del Río de la Plata.

En esas entrevistas, Miranda tuvo ocasión de escuchar opiniones de avezado marino que le formuló Popham, y hasta, según parece, se planeó la realización de un ataque simultáneo que Miranda llevaría a las costas venezolanas, mientras que Popham lo haría contra Buenos Aires, dejándose establecido que los ingleses no perseguían la ocupación territorial definitiva, sino la obtención de concesiones comerciales en esos territorios coloniales, una vez independizados.

La expedición a Venezuela

Como el tiempo transcurría e Inglaterra no se decidía a proceder de acuerdo con lo planeado, Miranda se dirigió en 1805 a los Estados Unidos, donde después de organizar una pequeña expedición, trató de desembarcar en las costas venezolanas sin conseguirlo (1806), pues su flotilla fué dispersada por navíos españoles que le salieron al encuentro, viéndose obligados los atacantes a refugiarse en la isla de Trinidad. Allí, con la ayuda de los ingleses, Miranda reorganizó y aumentó sus fuerzas, dirigiéndose luego a las costas de Venezuela, donde consiguió desembarcar y ocupar a Coro. Pero no encontró allí el apoyo esperado de parte de los pobladores criollos, lo que le obligó a abandonar la empresa, dirigiéndose a Londres, donde por entonces fijó su residencia.

Actuación posterior de Miranda. Su fin

Los contrastes sufridos no habían logrado desanimar al gran venezolano, que continuó incansablemente su propaganda a favor de la libertad de América española, terminando, más tarde, por formar parte de la campaña emprendida con ese fin por sus compatriotas venezolanos, en la que participó brillantemente. Habiendo sido hecho prisionero en 1812, Miranda fué conducido a Puerto Rico, y desde allí a Cádiz, donde se le mantuvo en prisión, hasta el fin de sus días (1816).

LIX

La primera invasión inglesa. Popham. Sobremonte. Ocupación de Buenos Aires por los ingleses: medidas de gobierno. Liniers: la reconquista.

La primera invasión inglesa. Popham. Sobremonte. — La paz de Amiens de 1802 significó para España la terminación de una serie de contrastes y de pérdidas, originadas por el funesto tratado de San Ildefonso de 1796, firmado con Francia, por el cual había participado en la guerra contra Inglaterra. Pero esta paz fué de duración efímera, pues al año siguiente se reanudaron las hostilidades entre Francia e Inglaterra, al ponerse esta última al frente de la tercera coalición contra Napoleon Bonaparte, futuro emperador de los franceses, y que a la sazón estaba al frente del gobierno francés, con el cargo de primer cónsul.

El tratado de los "subsidios"

El rey Carlos IV, de carácter débil y vacilante, firmó entonces con Francia el tratado llamado de los "subsidios", mediante el cual se obligaba a contribuir con seis millones de francos mensuales al sostenimiento de la guerra, a cambio de no intervenir militarmente en ella (19 de octubre de 1803).

Este tratado, a pesar de su carácter secreto, fué conocido por Inglaterra, que al poco tiempo abrió hostilidades contra el tráfico comercial español, iniciándolas sin declaración de guerra, con el ataque a cuatro fragatas españolas que, portadoras de cuantiosos caudales, se dirigían desde el Río de la Plata a España. Después de un combate librado a la altura del cabo Santa María (octubre de 1804) entre la escuadrilla española y la inglesa, compuesta también de cuatro navíos, una de las fragatas españolas fué incendiada y hundida y las tres restantes apresadas. Esto provocó la declaración de guerra de España a Inglaterra, y su inmediata participación en ella, al lado de Francia.

Trafalgar

Unidas las escuadras francesa y española libraron contra la inglesa la famosa batalla naval de Trafalgar

(19 de octubre de 1805), cuyo resultado fué una magnífica victoria del almirante Nelson que, a costa de su vida, conquistó para Inglaterra el dominio de los mares.

La acción contra la colonia del Cabo

Esta supremacía marítima iba a ser aprovechada por Inglaterra para su expansión colonial y comercial, por lo que el primer ministro inglés, William Pitt, se resolvió a enviar una expedición compuesta de 6.600 hombres de desembarco que, ocupando la colonia holandesa del Cabo de Buena Esperanza en el sur de Africa, asegurase una base de primer orden para proteger el camino que conducía a los ricos mercados de las Indias Orientales. El mando de la escuadra fué conferido al comodoro sir Home Popham y el del ejército de desembarco al general David Baird, que llevaba como segundo jefe al brigadier Guillermo Carr Berresford.

La expedición se apoderó, casi sin combatir, de la Colonia del Cabo de Buena Esperanza a mediados de enero de 1806, después de haber tocado en la travesía las costas del Brasil, lo que produjo inusitada alarma tanto en España como en el Río de la Plata. Al enterarse de la noticia el virrey Sobremonte, ordenó la concentración de milicias en la plaza de Montevideo, a fin de oponerse a los ingleses, pero cuando se supo que, lejos de dirigirse al estuario del Plata, la expedición cruzaba el océano rumbo al Africa, el virrey dispuso el licenciamiento de esas tropas y no volvió a ocuparse del peligro de un probable ataque de los ingleses a esa colonia española.

Proyectos de Popham

Una vez conquistada la Colonia del Cabo, el comodoro Popham, excelente y avezado marino, poseedor de un espíritu aventurero y ardiente, concibió el plan de dirigir una expedición destinada a la conquista del Río de la Plata, convenciendo al general Baird, que le confió una parte de las tropas que estaban bajo su mando, y al general Berresford que aceptó el comando de las mismas.

El antiguo confidente de Pitt y amigo de Miranda, creía que con estas fuerzas lograría apoderarse de la co-

lonia del Río de la Plata, animado tal vez con el recuerdo de sus conversaciones con Miranda acerca de los proyectos de emancipación americana, contando con la posible colaboración de los criollos, que a su entender favorecerían su acción militar, por suponerlos ávidos de obtener su independencia. Por otra parte, algunas noticias acerca del Río de la Plata, proporcionadas a Popham antes de salir de Inglaterra por un comerciante que había residido en B. Aires; otras que conoció por un carpintero con quien habló en las costas del Brasil, artesano que también había residido en dicha ciudad; y los datos que después recogió de boca de dos marinos de su escuadra y de parte del capitán Wayne. comandante de un buque negrero, lo convencieron de que el ataque a Montevideo y a B. Aires sería empresa fácil, por estar casi desguarnecidas, y que su posesión implicaría añadir a los dominios ingleses uno nuevo. rico y de gran porvenir. Además, había llegado a manos de Popham una colección del "Telégrafo Mercantil", cuya lectura le ilustró con respecto a las posibilidades comerciales y a la riqueza del Río de la Plata.

Salida del Cabo

La expedición compuesta de tres fragatas, tres corbetas y cinco transportes, con un total de 1.600 hombres de desembarco, entre los que se encontraba el famoso regimiento 71 de infantería escocesa, zarpó del Cabo de Buena Esperanza al promediar el mes de abril de 1806, y después de una escala en Santa Elena, donde embarcó un considerable refuerzo de tropas, se dirigió al estuario del Plata, al que llegó el 8 de junio.

Llegada al Plata

Popham intentó al comienzo atacar a Montevideo, pero considerando que por ser plaza fuerte podría ofrecer alguna resistencia, puso la proa de sus naves en dirección a la otra orilla del río, amagando el día 24 un desembarco en la Ensenada, ante cuyo fuerte, defendido por Santiago Liniers, hizo una demostración naval.

Ocupación de Buenos Aires por los ingleses: medidas de gobierno. — El virrey Sobremonte fué enterado de que los ingleses se disponían a desembarcar en un sitio

cercano a la ciudad, la noche del 24, mientras asistía al espectáculo en la Casa de las Comedias, y dirigiéndose al fuerte, intentó vanamente organizar la resistencia.

Desembarco de Berresford en Quilmes

Al día siguiente (25 de junio), los ingleses desembarcaron en las costas de Quilmes en número de unos 1.650 hombres, y aunque el subinspector general de milicias don Pedro Arce, con 500 milicianos, se acercó hasta aquel pueblo, fué fácilmente vencido el día 26, corriéndose con sus desorganizadas fuerzas hasta el Riachuelo, donde, habiendo presentado combate a los ingleses en la margen izquierda del mismo, fué nuevamente derrotado (27 de junio), y los ingleses cruzando el río, dirigiéronse hacia B. Aires, venciendo las últimas resistencias, hasta posesionarse del Fuerte la tarde del 27 de junio de 1806, lo que les dió el dominio de la ciudad, que había caído en manos de los invasores casi sin oponer resistencia.

Huída de Sobremonte

No fué extraña a esta actitud de los pobladores de B. Aires la ineptitud y cobardía del virrey que, cuando supo la derrota de las milicias de Arce, sólo atinó a ponerse en salvo huyendo con su familia a Luján y de allí a Córdoba, habiendo enviado a Luján los caudales reales, antes de abandonar la capital.

Apresamiento de los caudales

Una vez tomado posesión del gobierno, el general Berresford despachó una columna en persecución del virrey, que desde Luján, donde aun se encontraba, huyó a Córdoba, posesionándose los ingleses de los caudades fiscales, los que fueron enviados casi en su totalidad a Inglaterra en una nave que se despachó a los pocos días, para dar la noticia de la conquista y solicitar el envío de refuerzos. Los tesoros fueron recibidos prontamente en Londres, paseándoselos en carros tirados por varias yuntas de caballos, con toda solemnidad.

Medidas de gobierno adoptadas por los invasores

Ya en el mando, el general vencedor expidió una proclama, asegurando a los habitantes de la ciudad el goce de los derechos individuales, libertad de culto y de prensa, garantizando la administración de justicia, la

propiedad privada y concediendo la más amplia libertad de comercio.

A la vez que el jefe inglés tomaba todas estas disposiciones, recibía el juramento de obediencia de las autoridades españolas, eclesiásticas, civiles y militares. Pero, comprendiendo la difícil situación del pequeño ejército vencedor para mantener la ocupación en el caso de que estallase una sublevación, los jefes británicos trataban de ocultar el número exiguo de sus soldados y hacían todo lo posible por congraciarse con el vecindario. Pero el pueblo de Buenos Aires se mostró reacio a los halagos del vencedor; la actitud mesurada y liberal de éste no pudo hacer olvidar su condición de extranjero y agresor, y la población esperó ansiosamente el momento de poder expulsarlo.

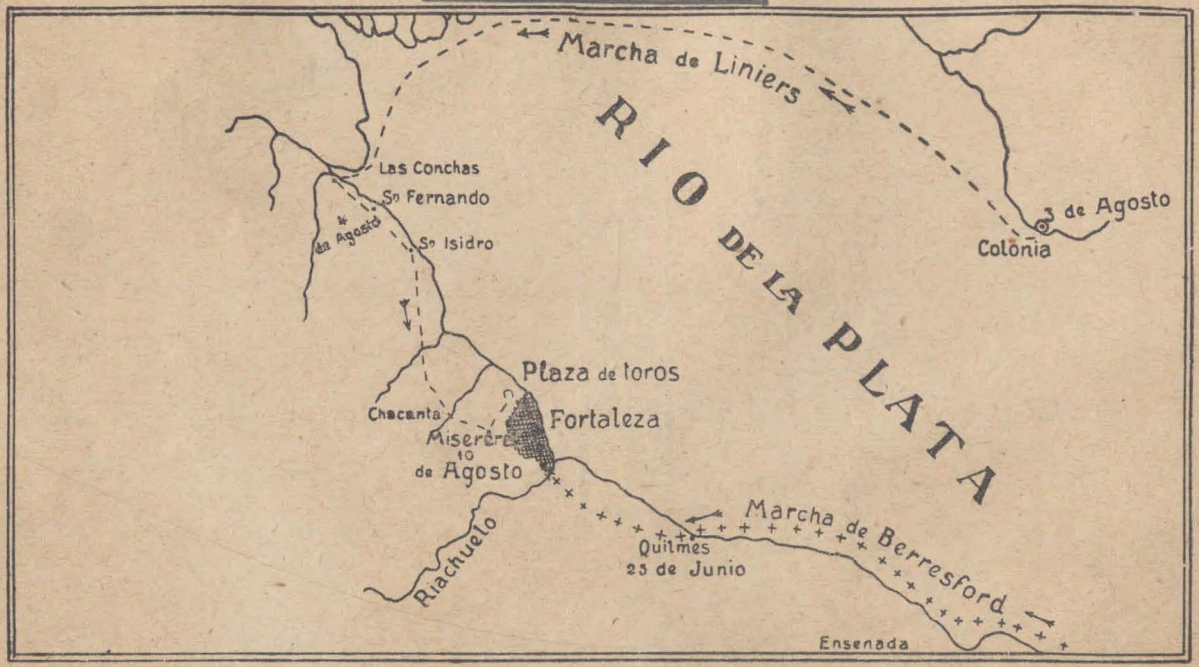
Planes para expulsar a los ingleses

Liniers: la reconquista. — Mientras los ingleses confiados en la actitud aparente del pueblo, no sospechaban en la posibilidad de un intento inmediato de reconquista, varios eran los planes que se tejían a fin de conseguirla.

Unos pensaban en preparar minas y hacerlas explotar debajo del fuerte ocupado por los ingleses, idea que fué pronto desechada; otros, como Pueyrredón, trataban de sublevar a la gente de la campaña para marchar sobre la ciudad; pero el que apreció la situación con verdadera visión militar y obró en consecuencia, fué don Santiago Liniers. Por otra parte, el virrey Sobremonte anunciaba desde Córdoba que preparaba un ejército para marchar sobre Buenos Aires, y el gobernador militar de Montevideo don Pascual Ruiz Huidobro, también organizaba fuerzas, previendo un ataque inglés a esa ciudad.

Todos estos trabajos y proyectos revelan el deseo existente en todas partes de resistirse a la ocupación inglesa, y aun cuando no todos tuvieron realización, lo cierto es que la tranquilidad de la población era sólo aparente.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Primera invasión inglesa.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

El primer intento lo puso en práctica el criollo don Juan Martín de Pueyrredón, que tan destacada actuación iba a tener después. Con la colaboración de Martín Rodríguez, de sus dos hermanos y de otros adeptos, inició los trabajos para agitar el espíritu del paisanaje de la campaña inmediata a Buenos Aires, a favor de la reconquista. Así pudo reclutar y armar a su costa un contingente de voluntarios de caballería que, unido al regimiento de Blandengues, formó un cuerpo de unos mil hombres que obraría de acuerdo con las tropas que Liniers —como luego veremos— se proponía traer de la Banda Oriental. **Acción de Perdriel**

Las fuerzas de Pueyrredón se habían reunido en la chacra de Perdriel, situada a cuatro leguas de Buenos Aires, lo que llegó a conocimiento de Berresford, que inmediatamente destacó unos 500 hombres con seis piezas de artillería, los que, después de una hora de combate, lograron imponerse dispersando a sus adversarios (1º de agosto de 1806).

Este descalabro de los bisoños soldados de Pueyrredón frente a las aguerridas tropas británicas, sirvió empero para mostrar el nervio guerrero del nativo que, en plena derrota, arrebataba a los vencedores su carro de municiones, dejando entrever el excelente soldado que haría de él, más tarde, una instrucción militar adecuada.

El honor de librar a la ciudad de Buenos Aires de sus invasores, correspondió a don Santiago Liniers, francés de nacimiento, llegado al Río de la Plata como oficial de la expedición de don Pedro de Cevallos, en 1776, y que había prestado treinta años de servicio a España en ese virreinato, ocupando a la sazón, el cargo de capitán del puerto de la Ensenada. **Liniers**

Este marino dispuesto a luchar a fin de restituir la ciudad de Buenos Aires a la soberanía de su patria adoptiva, concibió un plan para expulsar a los ingleses, y de inmediato se puso a la obra. **Su plan**

Obtuvo del gobernador inglés licencia para entrar a la ciudad a fin de visitar a su familia, lo que aprovechó

para pulsar la situación, apreciando militarmente los recursos de los invasores, cambiendo ideas, además, con don Martín de Alzaga y otras personas influyentes, sobre una acción acorde contra los ingleses.

Juzgando Liniers que los recursos con que se contaba en Buenos Aires no eran suficientes para organizar la reconquista, decidió dirigirse a Montevideo, contando con que el gobernador Ruiz Huidobro le facilitaría las fuerzas necesarias para la realización de la empresa, y a los pocos días se embarcó con destino a aquella ciudad.

La expedición

En Montevideo, Liniers obtuvo el más franco apoyo de Ruiz Huidobro, y con las tropas de línea que éste le facilitó, más algunos contingentes bien adiestrados que logró reunir, pudo disponer de un ejército, bien equipado y armado, de 1.300 hombres, al frente del cual llegó a la Colonia el 31 de julio. En la Colonia, Liniers embarcó sus tropas, y favorecida por un temporal y por la niebla, su expedición pudo burlar la vigilancia de la escuadra inglesa, cruzando el río la noche del 3 de agosto, desembarcando la mañana siguiente en el puerto de Las Conchas.

Marcha sobre la ciudad

Desde allí, Liniers inició la marcha sobre Buenos Aires, la que se hizo lentamente por el mal estado de los caminos debido al temporal reinante, y al arribar al pueblo de San Isidro, se le incorporaron los dispersos de Perdriel y luego otros voluntarios, llegando a disponer con esos refuerzos, de unos 1.800 hombres bajo su mando, con los que llegó el día 9 a la Chacarita, y el 10 a los Corrales de Miserere (plaza Once de Septiembre). Desde Miserere Liniers despachó a su ayudante para que intimase la rendición a Berresford, y ante la negativa del jefe inglés, movió su ejército hacia el noreste, ocupando la Plaza de Toros (Retiro), después de desalojar de allí a los ingleses, desde donde iba a organizar el ataque al centro de la ciudad y al Fuerte.

La reconquista

La noche del 10 y el 11, Liniers permaneció en el Retiro, donde acudió gran número de voluntarios que

se incorporó a sus fuerzas cuyo armamento había mejorado, desde que entró en posesión del parque allí existente. Además, la población, en general, se aprestaba a colaborar con los libertadores, luchando con todos los medios para conseguir vencer a los ingleses.

El día 12 de agosto de 1806, las tropas de Liniers atacaron decididamente la ciudad, divididas en dos columnas principales, que avanzaron por las calles de la Merced (Reconquista) y de la Catedral (San Martín) hacia la Plaza Mayor, desalojando a los invasores de sus acantonamientos de la Catedral y del Cabildo, y cuando la caballería de Pueyrredón penetró en la plaza, los ingleses se replegaron al Fuerte, que fué su último refugio antes de rendirse.

La rendición

Una vez ocupada la plaza Mayor, Berresford creyó conveniente izar la bandera de parlamento, pero Liniers, por intermedio de su ayudante militar don Hilarión de la Quintana, intimó la rendición al jefe inglés, el que, viéndose perdido, optó finalmente por levantar la bandera española en señal de rendición.

Poco después, Berresford se entregaba en calidad de prisionero conjuntamente con lo que restaba del ejército invasor, con armas y banderas. La rendición se operó frente a las arcadas del Cabildo, donde el general vencedor, que había recibido la espada de manos del vencido, se la devolvía, obrando con desusada magnanimidad.

Resultados de la jornada del 12 de agosto

En la jornada del 12 de agosto se había llevado a efecto la reconquista de la ciudad, costando a los ingleses 1.200 prisioneros, 300 bajas entre muertos y heridos, 35 cañones y 1.600 fusiles, sus banderas y estandartes y el prestigio de invencible del famoso 71° de infantería escocesa, cuyo valor había sido probado durante la guerra emancipadora de los Estados Unidos y en San Juan de Acre, luchando contra Napoleón.

Por su parte, los vencedores habían tenido unas 200 bajas entre muertos y heridos.

Los prisioneros

Los soldados prisioneros fueron, al comienzo, recluídos en el fuerte y algunos cuarteles, y los oficiales quedaron en libertad dentro de la ciudad bajo la fe de su palabra. Pero como seis días después de la rendición a discreción, Liniers por complacencia, había irreflexivamente concedido a Berresford una capitulación que llevaba la fecha del día de la reconquista, concediéndole la libertad de los prisioneros, la población en general, además de oponerse a los términos de esta capitulación que con razón juzgaba sin ningún valor, exigió que los prisioneros fueran internados en el interior del país. Berresford, Pack y otros oficiales, fueron internados en la cárcel de Luján, donde el primero tuvo conferencias con varias personalidades criollas, alentándolas en su aspiración de obtener la independencia.

Posteriormente, en 1807, Berresford y Pack fueron trasladados a Catamarca, y en el camino lograron huir, llegando a Montevideo, ocupada a la sazón por los ingleses. Berresford se embarcó para Inglaterra, no así Pack que, faltando a su palabra, tomó parte en la segunda invasión.

LX

Congreso general 14 de agosto: sus consecuencias. La segunda invasión. Caída de Montevideo. Junta de guerra del 10 de febrero.

Congreso general del 14 de agosto: sus consecuencias. —La huída del virrey Sobremonte había dejado a la ciudad sin gobierno, por lo que, al decir de un contemporáneo, "la victoria fué la única autoridad que se encontró en Buenos Aires el día de la reconquista".

En virtud de que ni Liniers ni la Audiencia se decidían a hacerse cargo momentáneamente del gobierno, el cabildo resolvió convocar un congreso general o cabildo abierto que debía reunirse el día 14 de agosto, a fin de poner término a la acefalía del gobierno y "afirmar la victoria".

Participantes del Congreso general del 14 de agosto de 1806

La citación comprendía un centenar de personas caracterizadas de la ciudad, que representaban a todas las clases sociales, entre los cuales se encontraban los miembros de la Audiencia, del Tribunal de Cuentas, del alto clero y de las milicias, agolpándose en la Plaza Mayor unas 4.000 personas dispuestas a participar de las deliberaciones del Congreso, si la situación lo requería.

La discusión

De acuerdo con la citación, el Congreso general se reunió el 14 de agosto de 1806, dos días después de la reconquista de la ciudad, y lo primero que en él se trató fué lo concerniente al afianzamiento de la victoria, manifestándose que era necesario organizar tropas a fin de precaver a la ciudad de un nuevo ataque de los ingleses y, además, arbitrar fondos para sostenerlas; pero a esto se opusieron los oidores de la Audiencia allí presentes, juzgando que estas medidas eran privativas del virrey, y aconsejando que se designara una junta de guerra provisional para decidir al respecto, temperamento que el Congreso se inclinaba a adoptar. Pero, habiéndose enterado de esto el pueblo, dejó oír sus protestas, manifestando su oposición a la idea de nombrar esa junta de guerra, siendo la opinión generalizada, de que ya que el virrey estaba ausente, el único que debía investir el mando militar era Santiago Liniers, jefe en quien la mayoría tenía depositada toda su confianza, y a quien juzgaban en condiciones de poder tomar todas las providencias que creyera oportunas para poner a la ciudad a cubierto de una nueva invasión.

La decisión

Esta sugestión del pueblo no fué aceptada al principio por los congresales, juzgando muchos de ellos que esa actitud era, en cierto modo, subversiva; pero como la multitud reunida frente al cabildo insistiese tumultuosamente en su demanda, finalmente, el Congreso general tuvo que acceder a la misma, encargando a Liniers el mando militar de la ciudad.

Resolución del virrey

Acto continuo, el Congreso designó una comisión compuesta de tres miembros que fué al encuentro de Sobremonte, para comunicarle lo resuelto. El virrey, con

3.000 hombres reclutados en las provincias del interior, se dirigía a Buenos Aires, a fin —según él— de operar la reconquista...

Enterado Sobremonte del nombramiento de Liniers hecho por el Cabildo abierto, se mostró muy contrariado, alegando que no había autoridad, a excepción de la del rey, capaz de quitarle la suya; pero, finalmente, el 28 de agosto resolvió confirmar a Liniers en el mando militar de la ciudad, confiando el político a la Audiencia, mientras él se dirigía a Montevideo para —según dijo— dirigir la defensa de esa plaza en el caso de ser atacada por los ingleses.

Consecuencias

No obstante la resolución del virrey Sobremonte entregando el mando político y militar de la ciudad de Buenos Aires a la Audiencia y a Liniers, respectivamente, actitud que aparentemente salvaba la dignidad de su alta investidura, lo cierto es que lo hizo presionado por los acontecimientos, y que lo resuelto por el Congreso general implicaba, lisa y llanamente, la suspensión del virrey en el gobierno de la ciudad, a la que él cobardemente había abandonado, en momentos de peligro.

Por eso se puede asegurar que la intervención del pueblo de Buenos Aires fué decisiva en la resolución adoptada por el Congreso general del 14 de agosto, pues al nombrar jefe militar a Liniers, se consagraba a quien ese pueblo había seguido con las armas en la mano para reconquistar la ciudad, suspendiendo de hecho al gobernante que la había dejado librada a su propia suerte. Es teniendo en cuenta lo que antecede, que destacados autores consideran que en el Congreso general que nos ocupa, el pueblo de Buenos Aires ejerció un verdadero acto de soberanía, precursor de acontecimientos próximos de decisiva trascendencia.

La segunda invasión. — Después de la rendición de Berresford, la escuadra inglesa al mando de Popham, había quedado recorriendo las aguas del Plata, lo que hacía prever que el invasor esperaba refuerzos para arriesgarse en un nuevo intento contra Buenos Aires.

Organización de milicias

Estas circunstancias hicieron pensar seriamente en la necesidad urgente de organizar en Buenos Aires nuevas milicias, a fin de reforzar las existentes y estar a cubierto de una nueva agresión.

El momento no podía ser más oportuno, pues existía en la ciudad un ambiente de sano entusiasmo, especialmente entre el elemento nativo que había contribuído con su valor a la gloria del día de la reconquista.

Orden de alistamiento

Una orden de Liniers dispuso el alistamiento de los hombres de 16 a 50 años de edad, los que estaban obligados a concurrir a los ejercicios de adiestramiento militar. Pocos fueron los castigados por no dar cumplimiento a este deber, que la seguridad de la ciudad y del virreinato exigían, pues la gente de diversas capas sociales acudió al llamado, y muchos de ellos contribuyeron también con sus recursos al mejor logro de la formación de las milicias.

Criollos y españoles constituyeron los nuevos batallones, en los cuales los soldados elegían libremente a sus oficiales y éstos, a su vez, a los jefes, efectuándose la elección por mayoría de votos.

Cuerpos de nativos

En esta forma se constituyeron cinco batallones de criollos: cuatro de ellos eran de Patricios, de los que formaban parte únicamente naturales de Buenos Aires, siendo uno de estos batallones exclusivamente de pardos y morenos; el quinto, estaba formado por hijos del interior, al que se llamó de Arribeños.

El cuerpo de Patricios estaba bajo las órdenes de Cornelio Saavedra y formaron parte de él jóvenes entusiastas que luego iban a descollar en la Revolución de Mayo y en los sucesos posteriores, como Manuel Belgrano, Eustaquio Díaz Vélez, Juan José Viamonte, Vicente López y Planes, Feliciano Chiclana, Francisco Ortiz de Ocampo, etc., etc.

Además de los nombrados, se formaron otros batallones de nativos, como el de granaderos provinciales y el de Cazadores correntinos, agregándose algunos escuadrones de caballería, entre los que se destacaban los

Húsares de Pueyrredón, los Migueletes del Alto, los Húsares de Vivas, etc., organizándose también un cuerpo de artillería.

Cuerpos de españoles

Por su parte, los españoles también formaron milicias exclusivas, destacándose los batallones de andaluces, catalanes, gallegos, cántabros y montañeses.

Completaban la organización de estas milicias de criollos y españoles algunas unidades mixtas, entre las que se encontraba una de artillería.

El ejército

En el mes de octubre de 1806, Buenos Aires contaba con poco más de 8.000 hombres entre tropas de línea y milicias ciudadanas, de los cuales por lo menos 5.000 eran nativos. Para la organización de este ejército, provisión de armamentos, ropas y abastecimientos en general, la población no había reparado en gastos, contribuyendo con las autoridades para poner a la ciudad en condiciones de resistir una nueva invasión, que no tardaría en producirse.

Se proyecta la segunda invasión

El pueblo de Londres había dado muestras de viva aprobación al tener noticias de la toma de Buenos Aires por los ingleses en junio de 1806, y el tesoro que en vano intentó salvar Sobremonte, había sido paseado en triunfo por las calles de la capital inglesa.

Envío de tropas

El gobierno británico pensó entonces en mantener la conquista efectuada, y destacó al brigadier Craufurd con 4.400 hombres, para que, ocupando Valparaíso o Talcahuano, distrajera la atención hacia Chile, evitando el envío de fuerzas desde allí y del Perú al Plata. Otros 4.350 hombres, al mando del general sir Samuel Achmuty, se destinaban a reforzar la guarnición inglesa que se creía todavía en posesión de Buenos Aires.

Concentración en el Plata

Al llegar a Londres la noticia de la reconquista, Craufurd recibió contraorden, indicándosele que se dirigiera al Plata y se pusiera bajo el mando de Achmuty. Al poco tiempo partía también para el Plata el teniente general John Whitelocke, junto con su segundo, el general Gower, al frente de 1630 hombres. Whitelocke

había sido nombrado general en jefe de todas las tropas inglesas concentradas allí, con el fin de volver a ocupar Buenos Aires.

Mientras de este modo Inglaterra había tratado de afirmar las nuevas conquistas, por otro lado, mandaba procesar a Popham por haberlas emprendido sin orden expresa, y ordenaba su relevo de la escuadra, que era puesta bajo el mando del almirante Stirling.

Toma de Maldonado

El primer refuerzo que había recibido Popham, antes de la llegada de las fuerzas citadas, fué un cuerpo de 1.400 hombres enviados por el general Baird desde la Colonia del Cabo, fuerzas que lograron desembarcar en la ribera septentrional del Plata, apoderándose de Maldonado, después de vencer a su escasa guarnición, apostándose en la citada población, a la espera de refuerzos que hiciesen posible atacar desde allí la plaza fuerte de Montevideo.

Caída de Montevideo. — Con la llegada de la escuadra de Stirling y de las fuerzas de Achmuty a Maldonado, se inician las operaciones de los ingleses contra Montevideo: Una vez embarcados los 1.400 hombres que guarnecían a Maldonado, Achmuty se presentó frente a Montevideo desembarcando a la altura del Buceo (16 de enero de 1807), situado al este de la ciudad, con unos 6.000 hombres. En seguida marchó sobre la población, iniciando el sitio de esa plaza fuerte, que resistió durante diecisiete días el ataque del invasor. Por fin, el 3 de febrero de 1807, después de un ataque general a la bayoneta, los ingleses se apoderaron de la ciudad, cayendo prisioneros varios cientos de defensores, entre ellos, el general Pascual Ruiz Huidobro y otros jefes y oficiales que fueron enviados a Inglaterra, habiendo ascendido a 700 las pérdidas de los defensores durante el sitio.

Actitud de los ingleses en Montevideo

La política de los ingleses en Montevideo fué idéntica a la de Berresford en Buenos Aires, el año anterior: aseguraron las libertades individuales, otorgaron libertad de comercio, y desde las columnas del periódico "La

Estrella del Sur", impreso en castellano e inglés, hicieron todo lo posible para la difusión de las nuevas ideas liberales.

Refuerzos enviados desde Buenos Aires

Al tenerse noticias en Buenos Aires del ataque de los ingleses contra Montevideo, se dispuso el envío de 2000 hombres a fin de contribuir a su defensa, comenzando por salir 500 hombres, que lograron llegar a tiempo, penetrando en la ciudad el 1º de febrero, y luego otros 1.500, que al mando de Liniers cruzaron el río desembarcando al norte de la Colonia; pero cuando Liniers se dirigía a marchas forzadas a Montevideo, al llegar al pueblo de San José tuvo noticias de la heroica resistencia y caída de la plaza sitiada, y regresó a Buenos Aires.

La conducta del virrey Sobremonte en Montevideo

Sobremonte, que había llegado a Montevideo para organizar su defensa, se retiró de ella con algunas fuerzas en los momentos de mayor peligro, poniendo así de manifiesto, nuevamente, su ineptitud y cobardía.

Junta de guerra del 10 de febrero. — La caída de Montevideo en manos de los ingleses y la actitud cobarde mostrada nuevamente por el virrey Sobremonte, conmovieron e indignaron al pueblo de Buenos Aires, donde, a la vez que se aceleraban los trabajos destinados a su defensa, se exigía la destitución y castigo del indigno gobernante.

Actitud del pueblo de Buenos Aires

El 6 de febrero, el pueblo volvió a reunirse tumultuosamente a las puertas del Cabildo, como lo había hecho el 14 de agosto de 1806, pidiendo que se convocase un Cabildo abierto a fin de destituir y apresar a Sobremonte. El cabecilla principal de esta agitación era el alcalde de primer voto, don Martín de Alzaga, que tan destacada actuación había tenido el año anterior, por sus trabajos para lograr la reconquista de la ciudad, quien tenía gran ascendiente entre el elemento español.

Liniers convoca una Junta de Guerra

Consultada la Audiencia, declaró que para dar satisfacción a la demanda del pueblo, se podría exigir al virrey que delegara el mando a su favor; pero como se produjeran desavenencias al respecto entre este tribunal

y el Cabildo, el jefe militar de la ciudad, don Santiago Liniers, decidió convocar una Junta de Guerra, que debía reunirse en el Fuerte el 10 de febrero.

Sus componentes

A esa Junta de Guerra fueron invitados los vecinos más caracterizados de la ciudad, los miembros de la Audiencia, del Cabildo, del Tribunal de Cuentas, del Consulado, y las autoridades eclesiásticas y principales jefes militares. En realidad, la Junta en nada se diferenciaba de un Congreso general o Cabildo abierto, a no ser el hecho de que no era convocada por el Cabildo, sino por el jefe militar de la ciudad, y de que el lugar de la reunión fué el Fuerte y no la sala capitular del Cabildo.

La decisión

Reunida la Junta de Guerra en el Fuerte el 10 de febrero de 1807, después de deliberar sobre la actitud que debía asumirse con respecto al virrey, resolvió suspenderlo en su cargo, entregando el mando a la Real Audiencia y disponiendo, además, que se procediese a detenerle, privándole de su libertad.

Detención de Sobremonte

El marqués de Sobremonte fué detenido y traído a Buenos Aires, desde donde, más tarde, se le envió a España.

Consecuencias

Al comentar lo resuelto en la Junta de guerra del 10 de febrero de 1807, el general Mitre dice: "Era que, en efecto, el poder colonial había caducado de hecho y la revolución seguía su camino". Y, en verdad, la actitud del pueblo de Buenos Aires ante la reincidente cobardía del virrey, implicaba que se sentía capaz de exigir que se velase mejor por su suerte, presionando para obtener la destitución —porque en realidad no se hizo otra cosa— nada menos que del representante del S. M. el rey, en el gobierno del virreinato. Ciertamente, la revolución estaba en marcha.

LXI

El ataque a Buenos Aires. La defensa. Preparativos para una tercera invasión. Consecuencias políticas, sociales y económicas.

El ataque a Buenos Aires. — Mientras ocurrían los sucesos a que nos hemos referido, había llegado al Plata el general Craufurd, y luego el teniente general Whitelocke, que asumió el mando de todas las fuerzas inglesas, cuyo número se elevaba a más de 12.000 hombres, bien equipados, contando con poderosa artillería y con la protección de veinte naves de guerra.

El ejército invasor

Con estas tropas, Whitelocke iba a llevar el ataque a Buenos Aires, creyendo poder rendirla fácilmente, dado el número y la calidad de sus efectivos. Dejando una guarnición de 1.000 hombres en Montevideo, Whitelocke destinó los 11.000 restantes para el ataque a Buenos Aires, que llevaría a cabo secundado por los jefes de las cuatro divisiones de su ejército, que eran los generales Achmuty, Craufurd, Lumley y coronel Mahón. Formaba parte del ejército el coronel Pack, que, faltando a su palabra, intervenía en esta nueva invasión.

En Buenos Aires, unos 8.600 hombres a las órdenes de Liniers se aprestaban a la defensa de la ciudad, no llegando a un millar el número de soldados veteranos que integraban el ejército defensor.

El desembarco

El ejército inglés desembarcó el 28 de junio de 1807 en la Ensenada, desde donde Whitelocke dispuso el avance sobre Buenos Aires, haciendo preceder al grueso de sus tropas por una columna de poco más de 2.000 hombres, comandada por el general Gower, que marchó hacia el Riachuelo.

Los ejércitos en el Riachuelo

Dada la señal de alarma en Buenos Aires, todos ocuparon con el mayor entusiasmo su puesto en las filas del ejército. Liniers, dejando la ciudad guarnecida con 1.600 hombres, se dirigió con los 7.000 restantes al

encuentro del invasor, pasando el Riachuelo por el puente Gálvez la noche del 1º de julio, alineando sus tropas en la margen sur del mismo, grave error militar, pues en caso de una retirada, sólo tenía un paso a su espalda para efectuarla.

Gower llegó al Riachuelo el 2 de julio, pero evitó el combate, y corriéndose por su izquierda, cruzó el río por un vado llamado Paso Chico, situado a dos leguas al oeste del puente Gálvez y se dirigió a la ciudad, ocupando los corrales de Miserere. Mientras tanto, Whitelocke con el grueso de su ejército había llegado a la Reducción de Quilmes, prosiguiendo la marcha lentamente.

Combate de Miserere

Liniers, después de una penosa maniobra, lo imitó y, dejando a orillas del Riachuelo la mayor parte de sus fuerzas, marchó también en dirección a la ciudad al frente de una división, seguida por otra, comandada por Elío que, a poco, se desbandó. Cuando Liniers llegó a las proximidades de Miserere, apenas con unos 1.000 hombres, fué atacado por las fuerzas de Gower allí concentradas, y después de un combate de media hora, su columna fué vencida y dispersada, pudiendo él salvarse por haber huído en dirección a la Chacarita, teniendo que pernoctar en un rancho donde, según lo manifestó luego, pasó los momentos más angustiosos de su vida.

La derrota debíase principalmente a la poca preparación de sus tropas y a la impericia de los jefes y oficiales que las mandaban, salvándose la ciudad de ser dominada inmediatamente, por haber permanecido Gower en Miserere sin intentar el ataque a la ciudad que, indefensa, no lo hubiera podido resistir.

La defensa. — La reacción de Buenos Aires ante la derrota no se hizo esperar. La encabezó el alcalde de primer voto don Martín de Alzaga y le secundaron entusiastas jefes criollos y peninsulares, contando con el apoyo de todo el vecindario que se manifestó dispuesto a defenderse hasta el último extremo.

Los preparativos para la defensa

Mientras tanto iban retornando a la ciudad las tropas que habían quedado cerca del Riachuelo, las dispersas de Miserere y las pertenecientes a la división de Elío que, por falta de dirección, no habían podido tomar parte en aquel combate.

La noche del 2 de julio se trabajó sin descanso, construyéndose improvisadas obras de defensa, que abarcaban varias calles, consistentes en barricadas en las bocacalles, fosos, y cantones en las azoteas. En estos atrincheramientos se distribuyeron los defensores, acumulándose todo el armamento disponible, habiéndose, además, convertido cada casa en una pequeña fortaleza, donde desde los techos y balcones, todos sus ocupantes hábiles, sin excepción de sexo ni edad, estaban dispuestos a combatir —como en verdad lo hicieron— usando de piedras, agua y aceite hirviendo, y todo cuanto tuviesen a mano, para contribuir a repeler al invasor. Se estableció el cuartel general en el Fuerte, se colocaron cañones en las esquinas de la Plaza Mayor y en otras principales, guarneciéndose el Retiro con tropas provistas de artillería. Y a manera de desafío con respecto a los ingleses y de señal para los defensores dispersos, se iluminó con candilejas las principales calles de la ciudad.

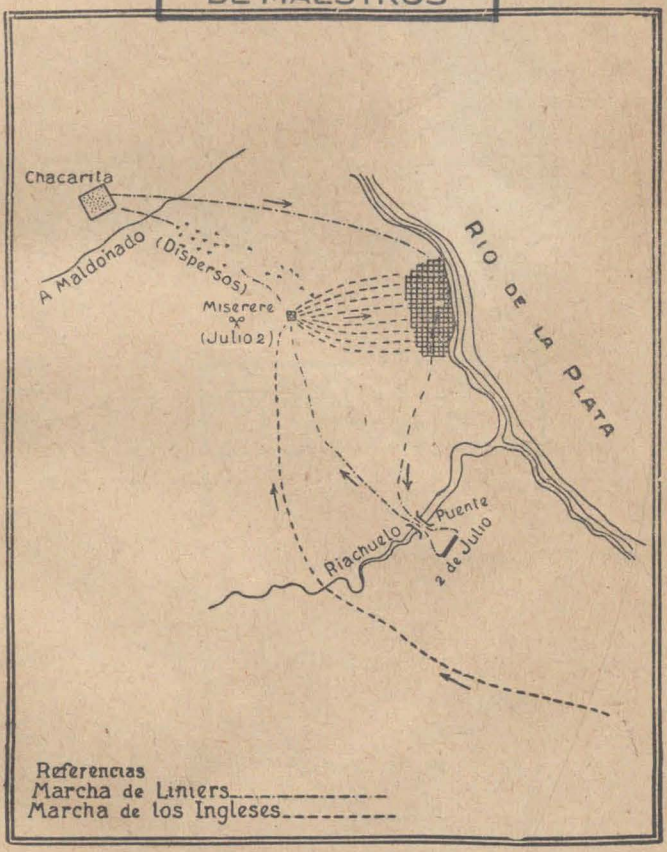
Primera intimación de los ingleses

Al llegar la mañana del día 3 de julio, cuando ya nadie vacilaba en defender la ciudad hasta el último extremo, Gower juzgó conveniente enviar una intimación pidiendo la rendición incondicional de los defensores, ultimátum que don Martín de Alzaga contestó con una terminante negativa.

Llegada de Liniers

La situación de los defensores se hizo más fuerte, cuando a las pocas horas entró a la ciudad por el Retiro don Santiago Liniers, quien llamado por Alzaga, se presentó con 1.000 hombres, reunidos en la Chacarita, y algunas piezas de artillería, haciéndose cargo del mando y disponiendo la distribución más conveniente de las fuerzas y el robustecimiento de las obras de defensa.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Segunda invasión inglesa.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Nueva intimación

El día 4 de julio, Whitelocke, que ya había reunido el grueso de sus fuerzas en Miserere, intimó, a su vez, la rendición de la plaza, repitiéndose la enérgica negativa del día anterior, y desde entonces el general inglés se preparó para el ataque.

Ataque de los ingleses

Al amanecer del día 5 de julio, el tronar de los cañones ingleses anunció el comienzo de las hostilidades: Eran las seis y media de la mañana, cuando los ingleses, repartidos en tres gruesas divisiones compuestas de un total de doce columnas, llevaron el ataque de oeste a este, tratando de rodear la ciudad por el norte y por el sur. La orden era de avanzar hasta alcanzar el río sin hacer fuego, si ello fuera posible, y apoderarse de los edificios dominantes, dirigiéndose luego hacia la Plaza Mayor y el Fuerte.

La división de Achmuty: norte

Algunas de las columnas de la división del general Achmuty, bajo su directo comando, atacaron el Retiro, librando combate con una fuerza considerable de defensores comandada por Gutiérrez de la Concha, a la que vencieron, haciendo gran número de prisioneros, logrando apoderarse de la Plaza de Toros y del parque de artillería. Otras de sus columnas tomaron, sin resistencia, el Convento de las monjas Catalinas, situado en las cercanías.

División de Lumley: centro

De la división del centro, a cargo de Lumley, algunas columnas bajo su dirección personal, llegaron sin novedad hasta las orillas del río; pero otras dos que marchaban a su derecha y que atacaron La Merced y San Miguel, tuvieron que soportar antes de llegar, sobre todo la primera, nutrido fuego de fusilería, lluvias de piedras y de agua hirviendo, arrojados desde los cantones de las azoteas, sufriendo enormes bajas. Luego, al llegar a su meta, sostuvieron rudo combate con los cantones vecinos durante varias horas, teniendo los sobrevivientes de ambas columnas que rendirse a discreción.

División de Craufurd: sur

La división del sur estaba bajo el mando de Craufurd, y sus columnas trataron de alcanzar sus objetivos: la de la extrema derecha, bajo las órdenes del coman-

dante Guard pudo tomar la Residencia y su iglesia; pero la comandada directamente por Craufurd, fuerte de 600 hombres, que se dirigía a Santo Domingo, tuvo que retroceder después de soportar el fuego mortífero de los cantones y trincheras, dividiendo entonces esas fuerzas en dos fracciones: una al mando de Cadogan, que atacó las Temporalidades y que fué rechazada por los Patricios que estaban allí acantonados; y otra, bajo las órdenes de Pack, que debía posesionarse del edificio del Colegio de los Jesuítas, atacando luego la Plaza Mayor y el Fuerte, fué sangrientamente rechazada, teniendo que retroceder, reuniéndose finalmente con Craufurd, cuando sólo le quedaban unos 70 hombres.

A esta altura del combate, Craufurd ordenó la incorporación a su columna de una parte de los hombres que habían ocupado la Residencia, y así reforzado, dió el ataque a Santo Domingo, logrando apoderarse del templo, y rescatar las banderas del regimiento 71°, que se conservaban en él, desde la anterior invasión. De inmediato las enarboló en lo alto de la torre, dando lugar a que la escuadra inglesa surta en el río las saludase con sus salvas.

Rendición de Craufurd en Santo Domingo

Pero este triunfo local no fué duradero, pues hostilizados los ingleses desde las azoteas vecinas y ante el ataque de una columna de defensores procedente del Fuerte, Craufurd, en la imposibilidad de toda resistencia, tuvo que rendirse. Craufurd, Pack (este último había sido herido), 46 oficiales y unos 600 soldados, cayeron prisioneros, después de haber dado la impresión a Whitelocke y a los jefes de la escuadra que habían visto flamear las banderas inglesas, de que la victoria era segura.

Lumley y Whitelocke se concentran en Retiro

Lumley, habiendo quedado casi aislado cerca de la ribera, se dirigió al Retiro, donde también se había acogido Whitelocke con las tropas de reservas, a las que casi no había tenido ocasión de emplear en la lucha.

En resumen: al terminar la jornada del 5 de julio, las bajas de los ingleses ascendían a más de 2.000 hom-

bres entre muertos y heridos, dejando en manos de los defensores unos 1.000 prisioneros.

Propuesta de los defensores

Como Whitelocke, que antes de producirse la rendición de Craufurd había tratado de auxiliarlo, moviendo sin éxito sus reservas, disponía aún de 5.000 hombres distribuídos en las posiciones conquistadas —Miserere, Retiro y la Residencia— Liniers y Alzaga ofrecieron al general inglés la libertad de reembarcarse con sus tropas, siempre que se comprometiese a evacuar también la plaza de Montevideo.

La capitulación

Al día siguiente, 6 de julio de 1807, Whitelocke, que al principio se había negado a aceptar aquella proposición, optó (después de recibir una intimación), por enviar un parlamentario que a las dos y media de la tarde se presentó al cuartel general de los defensores. participando de parte del comandante en jefe inglés, la conformidad con lo propuesto.

La capitulación convenida el día 6 y firmada el siguiente por el general Whitelocke y el almirante Murray, establecía que los ingleses abandonarían de inmediato la ciudad de Buenos Aires, entregando también Montevideo y todas las posiciones ocupadas en la margen septentrional del Plata en el término máximo de dos meses. Se acordaba asimismo el canje de todos los prisioneros.

Honores por el triunfo

Durante la defensa, el pueblo de Buenos Aires, incluso las mujeres y los niños, combatió con un ahinco verdaderamente heroico. El triunfo obtenido fué largamente comentado en la metrópoli y en las demás colonias: los poetas lo cantaron y el rey acordó "a la muy noble y muy leal ciudad de Buenos Aires", el tratamiento de "excelencia", y a sus cabildantes, el tratamiento de "señoría". A Liniers se le ascendió al grado de mariscal de campo, ascendiendo también a los oficiales especialmente mencionados por su comportamiento.

La noticia de la capitulación en Inglaterra

Whitelocke, después de dar cumplimiento a lo estipulado en la capitulación del 6 de julio, se retiró a Inglaterra. Allí, al conocerse la noticia de la derrota de

sus fuerzas en el Río de la Plata, fué grande la indignación del gobierno y del pueblo, por lo que se decidió procesar al general en jefe inglés (enero de 1808), a quien se hizo responsable de lo acaecido, condenándoselo a la pérdida de su grado, por conceptuarse que era indigno de continuar prestando servicios en el ejército del rey.

Preparativos para una tercera invasión. — Con la derrota de los ingleses en su segunda invasión del año 1807, no dieron término las intenciones de éstos de volver a realizar una tercera tentativa.

Se alista un ejército para una nueva invasión

En efecto: inmediatamente de haber sido procesado Whitelocke, se ordenó la formación de otro cuerpo expedicionario destinado a invadir por tercera vez el Río de la Plata. Este ejército debía constituirse en el puerto de Cork, designándose jefe y organizador del mismo al general Wellesley, el futuro duque de Wellington, vencedor de Napoleón en Waterloo.

Los sucesos de España detienen el intento

Pero, cuando esto se proyectaba, Napoleón invadió España, citando a Bayona al rey Carlos IV y a su hijo Fernando VII, obteniendo del primero la renuncia a la corona, poniendo en el trono español a su hermano José Bonaparte.

España no admitió sumisa la voluntad del dominador de Europa y se levantó como un solo hombre en defensa de su libertad, constituyéndose Juntas que, en nombre del rey cautivo Fernando VII, organizaron la resistencia, solicitando la alianza y cooperación de Inglaterra para expulsar a los franceses del suelo español.

Es entonces que el general Wellesley recibe orden de embarcarse con el ejército que había formado en Cork con destino a España, librándose así Buenos Aires, por el curso imprevisto de los acontecimientos, de una tercera invasión inglesa, a la que, sin duda, hubiese resistido con la misma decisión y heroísmo anteriormente demostrados.

Consecuencias políticas, sociales y económicas. — Es indudable que las invasiones inglesas fueron aconteci-

mientos de gran importancia para la vida de la colonia, y de ahí que sus consecuencias hayan sido de mucha trascendencia desde el punto de vista político y militar, social y económico.

Consecuencias políticas y militares

Desde el punto de vista político y militar, las principales consecuencias son las siguientes:

1ª) El pueblo de Buenos Aires que fué el alma y el ejecutor de la reconquista y de la defensa, había hecho prevalecer su voluntad, haciendo suspender, y luego destituir al virrey, al juzgar que su actitud frente al enemigo era incompatible con su cargo, hecho insólito que subvierte el orden existente, provocando una verdadera revolución jurídica.

2ª) Desde entonces se ahondó el antagonismo siempre latente entre españoles y criollos, los que encontraban nuevos motivos de rozamientos en los comentarios del triunfo obtenido contra los ingleses.

3ª) El antagonismo llevó a la formación de dos partidos políticos: el criollo, que apoyaba a Liniers, bajo cuya jefatura los nativos habían contribuído al triunfo contra los ingleses, y el peninsular, cuya cabeza visible era don Martín de Alzaga.

4ª) Puede decirse que, a raíz de las invasiones inglesas, aparecieron los primeros síntomas de la emancipación. A ello contribuyeron los prisioneros ingleses, principalmente Berresford que, en Luján, tuvo ocasión de hablar con varias personalidades criollas, alentándolas para que provocaran un levantamiento contra España —de cuya situación crítica hizo amplias referencias — a fin de obtener la independencia de la colonia, bajo la protección de Inglaterra. Asimismo, durante su estada en Buenos Aires y Montevideo, los ingleses hicieron intensa propaganda de las ideas liberales, empleando para ello, en la segunda ciudad citada, las columnas del periódico "La Estrella del Sur".

5ª) La heroicidad que los nativos pusieron en defensa de sus hogares, había despertado una verdadera conciencia nacional, y por primera vez ellos tuvieron oca-

sión de formar batallones de línea con cierta autonomía de acción. Esos batallones habían de conservarse, y algunos de ellos, como el de Patricios, estaban destinados a un papel preponderante en los hechos ulteriores. La vocación militar se despertó en muchos criollos, entre los que había hacendados, juristas, etc., y se formó así el primer plantel de oficiales de los futuros ejércitos de la patria: Saavedra, Pueyrredón, Martín Rodríguez, Belgrano, Ortiz de Ocampo y tantos otros criollos, recibieron entonces el bautismo de fuego.

Consecuencias sociales

Las consecuencias sociales de las invasiones inglesas están estrechamente unidas a las de orden político. Ellas derivan de la propaganda de las ideas liberales y de los principios de equidad y justicia social que los ingleses pusieron en práctica durante su breve ocupación, proclamando la libertad individual, la igualdad de los derechos civiles, la libertad de conciencia, etc., lo que necesariamente avivó en la población de la colonia, el deseo de obtener mejoras en su constitución social.

Consecuencias económicas

Desde el punto de vista económico, las invasiones inglesas influyeron para generalizar las ideas librecambistas, sostenidas por muchos criollos desde las columnas de los periódicos y en las deliberaciones del Consulado.

Tanto en Buenos Aires, durante la primera invasión, como en Montevideo, en la segunda, los ingleses concedieron amplia libertad comercial, haciendo propaganda a favor de las nuevas doctrinas económicas.

Los beneficios de esta política comercial se pudieron palpar en el Río de la Plata, durante la segunda invasión, al ocupar los ingleses la ciudad de Montevideo durante más de cinco meses: en esa época llegaron al citado puerto gran cantidad de buques cargados con toda clase de mercaderías, lo que produjo una baja de los precios, favorable para la mayor parte de la población, mientras subían los precios de los frutos del país, debido a su gran demanda.

Naturalmente que la propaganda efectuada por los ingleses, y los resultados obtenidos por ellos al poner en

práctica los nuevos principios económicos, convencieron aún más a los criollos del beneficio que, con su implantación definitiva, se podría obtener para el desarrollo de la riqueza pública.

En resumen, se puede afirmar que las invasiones inglesas aceleraron el ya largo proceso que, paulatinamente, llevaba a los colonos a la obtención de su independencia política.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

INDICE

CAPITULO PRIMERO

Prehistoria e historia

I.—Objeto y modalidades del estudio de la prehistoria. Poblamiento primitivo de América. Teorías de Hrdlicka, Ameghino y Rivet 5
II.—Las poblaciones primitivas de América y los grandes focos culturales. Los Mayas 19
III.—Las primitivas civilizaciones mejicanas. Area de difusión. Organización política, social y económica. La cultura 31
IV.—Los Chibchas. Las culturas preincaicas de la costa del Perú 39
V.—El imperio Incaico. Area de difusión. Organización política, social y económica. La cultura 51

CAPITULO SEGUNDO

Indígenas del territorio argentino en el momento del descubrimiento

VI.—Aborígenes del noroeste: influencia de las culturas del Norte. Comercio y medios de transporte. Los indígenas del Chaco y del litoral 61
VII.—Los pueblos de la Pampa, Cuyo, Patagonia y Tierra del Fuego 74

CAPITULO TERCERO

Europa al finalizar la Edad Media

VIII.—Situación política y económica. Los turcos otomanos. Caída de Constantinopla: consecuencias 81
IX.—El saber astronómico y geográfico. Los portulanos. Los elementos para la navegación. El comercio: rutas. Viajeros 89

CAPITULO CUARTO

Los descubrimientos portugueses en el siglo XV

X.—Las exploraciones y los resultados obtenidos. Las bulas papales. El reino del Preste Juan 98

Página

CAPITULO QUINTO

El Estado de Castilla y Aragón

XI.—Situación política y económica. La unidad castellano-aragonesa con los Reyes Católicos. Rivalidad con Portugal. La expansión aragonesa 105

CAPITULO SEXTO

El descubrimiento de América

XII.—Cristóbal Colón y su proyecto. Colón ante los Reyes Católicos. Las Capitulaciones. Viajes de Colón 115

CAPITULO SEPTIMO

Los descubrimientos geográficos

XIII.—Los viajes españoles. La Junta de Burgos 129
XIV.—Descubrimientos realizados por los portugueses, ingleses y franceses 143
XV.—Consecuencias de los descubrimientos. Las bulas de Alejandro VI. Tratado de Tordesillas. La dominación de las rutas. La cartografía 151

CAPITULO OCTAVO

La conquista

XVI.—Conquistas de Boriquén y Cuba; otras expediciones. Hernán Cortés: conquista de Méjico. América Central: su conquista. El virreinato de Nueva España 158
XVII.—Perú: Pizarro y Almagro. Las concesiones de conquista y la división del continente sudamericano 173
XVIII.—Perú; las guerras civiles. El Virreinato 183
XIX.—Conquista de Chile. Exploración del Amazonas. Conquista de Nueva Granada y Venezuela 191

CAPITULO NOVENO

Corrientes conquistadoras y colonización del actual territorio argentino

XX.—Caboto y Diego García. El peligro lusitano. Los Adelantados. Fundación de Buenos Aires y Asunción ... 203
XXI.—Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Segundo gobierno de Irala. Juan y Diego Sanabria. Fundación de Santa Cruz de la Sierra 218
XXII.—Juan Ortiz de Zárate. Juan de Garay: fundación de San-

Página

ta Fe y repoblación de Buenos Aires. Fundación de Corrientes 227
XXIII.—El Tucumán: descubrimiento y conquista. Las ciudades estratégicas. Conquista de Cuyo. Tentativas de conquista de la Patagonia. Descubrimiento de las islas Malvinas 237

CAPITULO DECIMO

Las naciones marítimas de Europa y la conquista americana

XXIV.—Inglaterra. Formas de colonización inglesa en las distintas zonas de América. Gobierno y régimen económico. Adelantos culturales 251
XXV.—Colonización portuguesa. El Brasil bajo la dominación española y lusitana. Los bandeirantes. Gobierno y régimen económico 264
XXVI.—Colonización holandesa. La Compañía de las Indias Occidentales. Colonización francesa. Gobierno y régimen económico de las colonias holandesas y francesas 276

CAPITULO UNDECIMO

Las colonias españolas de América durante los siglos XVII y XVIII

XXVII.—El Virreinato de Nueva España: fundación. La conquista espiritual. El arte y la cultura en general. Reformas administrativas; acción de José de Gálvez .. 288
XXVIII.—Virreinato de Nueva Granada: las dos fundaciones. Acción de los comuneros. La cultura del virreinato ... 297
XXIX.—Capitanía General de Venezuela: su organización. Población, industria y comercio. Capitanía General de Cuba: su importancia en el comercio marítimo. Audiencia de Quito: su creación. Desarrollo de Guayaquil y Quito 304
XXX.—Capitanía General de Chile: área de su jurisdicción. La región de Cuyo. Dependencia del Virreinato del Perú. Guerra contra los indios. Reformas de 1776-1778; desmembramiento de Cuyo. Institución de la Capitanía General 313
XXXI.—Virreinato del Perú. Gobierno de los virreyes. Opulencia de Lima. El comercio. Las producciones. Desmembramiento del Virreinato 322
XXXII.—Las gobernaciones: a) del Río de la Plata. Desarrollo de la colonización. Hernandarias. Principales gobernadores 334
XXXIII.—Las gobernaciones: b) el Tucumán. Consolidación de la conquista. Acción de las órdenes religiosas 345

CAPITULO DUODECIMO

Los problemas internacionales y el Río de la Plata

XXXIV.—La Colonia del Sacramento. La Sucesión de España.

Página

La paz de Utrecht. Tratado del Asiento y navío de permisión ... 352
XXXV.—Fundación de Montevideo y población de la campaña uruguaya. Tratado de Permuta ... 362
XXXVI.—España y la guerra de los Siete años: el Pacto de Familia. Paz de París. La cuestión de las islas Malvinas 367

CAPITULO DECIMO TERCERO

El gobierno colonial

XXXVII.—El Rey. El Consejo de Indias. La Casa de Contratación 375
XXXVIII.—Adelantados, Gobernadores, Virreyes y Capitanes Generales ... 381
XXXIX.—Audiencias, Cabildos y Consulados ... 386

CAPITULO DECIMO CUARTO

Estado social, económico y cultural de la población

XL.—Blancos: españoles, criollos y extranjeros. Mestizos. Los negros. Clases sociales, especialmente en el Río de la Plata. La ciudad y la campaña. El gaucho ... 393
XLI.—Los indios. El P. Bartolomé de Las Casas. Las Leyes Nuevas. Régimen de encomiendas. Mita y yanaconazgo. Ordenanzas de Alfaro. Las reducciones ... 401
XLII.—La Recopilación y demás medidas legales para el gobierno de la América hispana ... 410
XLIII.—El comercio: requisitos. Los puertos y el régimen de flotas y galeones. Naves Avisos. La Urca de Manila ... 412
XLIV.—Reformas comerciales de los Reyes borbónicos. Navíos de registro. Otras franquicias. La Pragmática de libre comercio. El contrabando ... 421
XLV.—La cultura: principales centros. Universidades de Charcas y Córdoba. La enseñanza primaria. Los Colegios Monserrat y San Carlos ... 427
XLVI.—La cultura: La Academia de Náutica, la Escuela de Dibujo y el Protomedicato. La Imprenta: principales manifestaciones literarias ... 435
XLVII.—La cultura: el periodismo. El arte ... 440

CAPITULO DECIMO QUINTO

Acción religiosa y colonización misionera

XLVIII.—Acción desarrollada por los dominicos, franciscanos, mercedarios y jesuítas. Acción de la Compañía de Jesús en nuestro territorio: Misiones del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán. Organización. Vida económica ... 447
XLIX.—Expulsión de los jesuítas. Las Juntas de Temporalidades. Obra cultural realizada por las Ordenes religiosas en nuestro país. La Imprenta. La Inquisición ... 456

Página

CAPITULO DECIMO SEXTO

El Virreinato del Río de la Plata

L.—Causas de su creación. Crecimiento de su población. Comercio e industrias. Problemas administrativos. La justicia. La expansión inglesa. El avance lusitano. 462

LI.—Expedición de don Pedro de Cevallos. Paz de San Ildefonso. El virreinato: su carácter definitivo. Cronología de los virreyes 466

LII.—El problema indígena. Las vaquerías. Expediciones a las Salinas. La Patagonia: tentativas de colonización 473

LIII.—Las cuestiones económicas. El Bando de libre internación. Producción minera, agrícola y ganadera. La pesca. Industrias manufactureras. Los gremios. El contrabando. 479

LIV.—Desarrollo económico y progreso industrial del Río de la Plata. Nuevas concesiones comerciales. Crisis 1808-1809. El expediente de comercio de ingleses. La Representación de los Hacendados 487

LV.—Las autoridades políticas y administrativas del Virreinato. Las intendencias. La Aduana y el Consulado de Buenos Aires. El régimen rentístico. El sistema monetario 494

CAPITULO DECIMO SEPTIMO

Emancipación de las colonias de América

LVI.—Independencia de las colonias inglesas de la América del Norte: causas. Guerra de Independencia. Organización del nuevo Estado. 506

LVII.—Movimiento de Tupac-Amarú. Las colonias españolas y la revolución francesa. Repercusión de la independencia de los Estados Unidos en América española. La propaganda revolucionaria en el Río de la Plata 514

LVIII.—España e Inglaterra (1796-1802). Paz de Amiens. Política colonial inglesa; los planes de Miranda 523

LIX.—La primera invasión inglesa. Popham. Sobremonte. Ocupación de Buenos Aires por los ingleses: medidas de gobierno. Liniers: la reconquista 528

LX.—Congreso general del 14 de agosto: sus consecuencias. La segunda invasión. Caída de Montevideo. Junta de guerra del 10 de febrero 536

LXI.—El ataque a Buenos Aires. La defensa. Preparativos para una tercera invasión. Consecuencias políticas, sociales y económicas 544

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

INDICE DE CROQUIS

	Página
Indígenas de América en el momento del descubrimiento, excluyendo los de Argentina	20
Indígenas del territorio argentino en el momento del descubrimiento	62
Rutas comerciales de la Edad Media	94
Descubrimientos de los portugueses	100
Primer vaje de Colón	122
Otros viajes de Colón	124
Viajes menores	130
Conquista de Tierra Firme	134
Solís y Magallanes	140
Ocupación de la América del Norte	150
Conquista de Méjico	164
América Central: Primeras fundaciones	170
Conquista del Perú	178
Guerras civiles del Perú	186
Conquista de Chile	192
Conquista de Venezuela, Nueva Granada y Quito	200
Caboto y García	204
Mendoza, Ayolas e Irala	210
Alvar Núñez, Irala y Garay	220
Corrientes colonizadoras	240
Colonias de la América del Norte	256
Colonización del Brasil	268
Las gobernaciones del Río de la Plata	340
Divisiones políticas y administrativas de la América española	384
Rutas comerciales	416
Las misiones jesuíticas	454
El Virreinato del Río de la Plata. Intendencias	496
Primera invasión inglesa	532
Segunda invasión inglesa	546

Este libro se terminó de imprimir
el 25 de abril de 1939,
en PROVENTAS S. A.
(Sección Tall. Gráficos)
Sarmiento 4550
Bs. Aires

